
TORCUATO LUCA DE TENA
PEPA
NIEBLA
Lectulandia

Pepa Niebla, que lleva el título de la protagonista de la obra, no es en realidad un nombre de mujer sino la traducción libre de Josephine (Josefa, Pepa). «Mist»: niebla, bruma, calina, nube que roza con la tierra y que produce dudas en la vista, confusión, vaguedad. Como el personaje de raza negra que lleva, junto con su nombre, esos atributos. Publicada en 1970, tras obtener el Premio Ateneo de Sevilla. Con ella, Torcuato Luca de Tena se adentra en el mundo de los enfermos mentales que habría de desarrollar en plenitud en otra de sus grandes creaciones, «Los renglones torcidos de Dios». Pero si bien en esta última novela el escenario es un manicomio acogido en la beneficencia social, en Pepa Niebla los personajes, de tan difícil diagnóstico, se mueven en la calle, en la cárcel, y saltan de uno a otro lado del Atlántico para recalar en Los Mosquitos, una isla imaginaria del archipiélago de Las Bahamas, donde el protagonista hispanobritánico, Jaime Gades Dartmoore, encuentra en una mendiga loca y negra, el amor que nunca encontró entre los de su raza y color de piel, porque una fuerza oculta los rechaza de sus sentimientos. La intriga, la ternura, se juntan con el humor para trazar esta fábula tan realista, que se diría que el lector está conversando y conviviendo con los personajes de ficción.

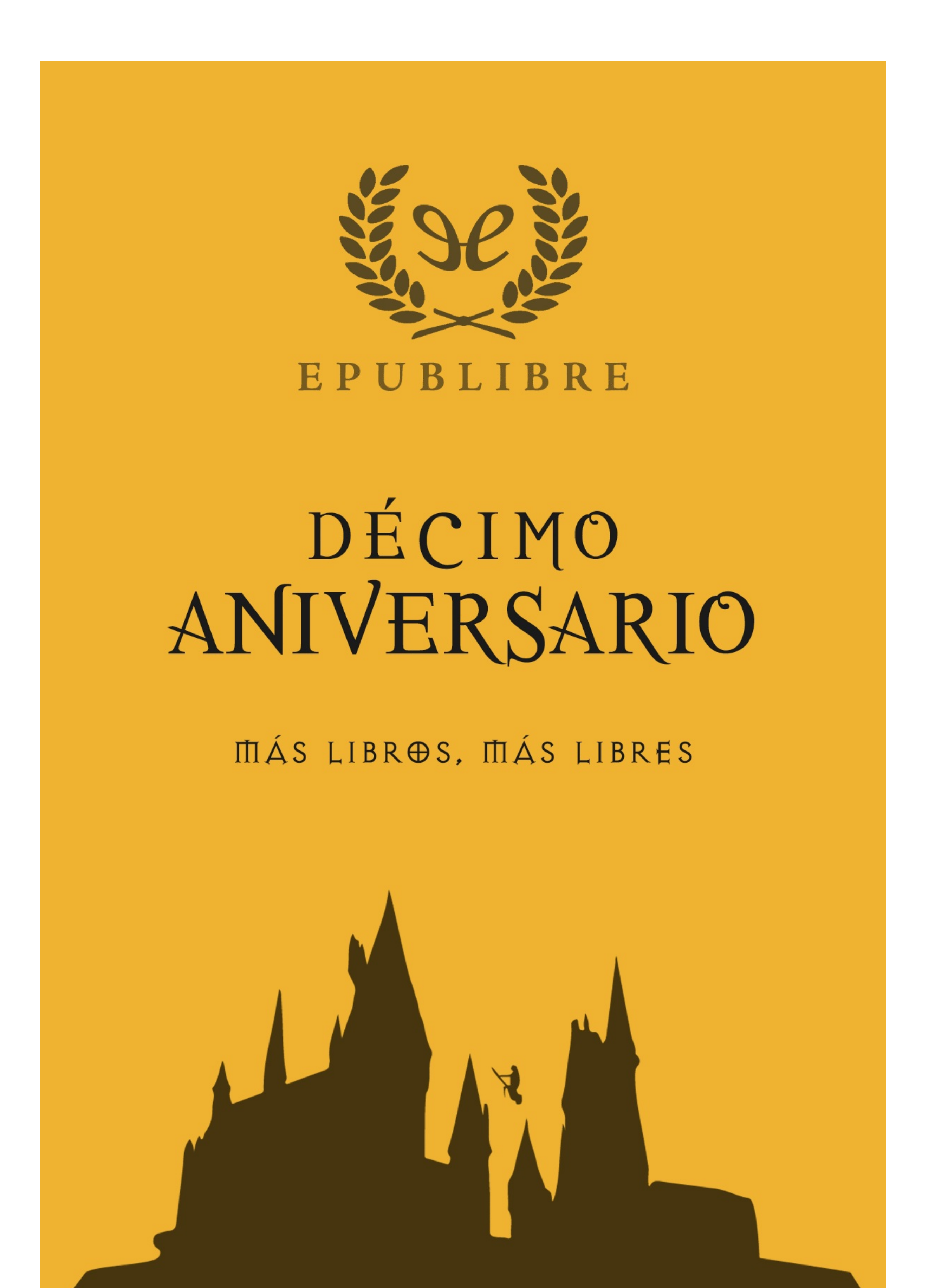
Torcuato Luca de Tena

Pepa Niebla

(Memorias de Jaime Gades Dartmoore)

ePub r1.0
Titivillus 28-04-2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


EPUBLIBRE
DÉCIMO
ANIVERSARIO
MÁS LIBROS, MÁS LIBRES

PRÓLOGO DEL AUTOR

LOS GRANDES AUTORES GRIEGOS *no permitían que sus héroes —Antígona, Fedra, Jasón— escaparan a la muerte. No querían con ello dejarles correr el riesgo de eludir su condición de mitos. Por impedir que desvirtuaran su destino, ni a Don Juan ni a Don Quijote ni a la Celestina —los tres grandes arquetipos aportados por España a la Literatura Universal— les dieron sus creadores la gracia de la vida. Tampoco Shakespeare indultó a Hamlet. Ni Rostand salvó de la tumba a Cyrano de Bergerac*.

De no morir a tiempo, Calisto hubiera amado a otras mujeres distintas a Melibea; Julieta, madre de diez hijos, hubiera olvidado a aquella ingenua veleidad de su adolescencia llamada Romeo; Don Quijote, repuesto de sus delirios, habría solicitado un oscuro cargo burocrático en la Corte, a Don Juan el reúma y los achaques, más que la virtud, le alejarían de pendencias y amoríos.

Menos avispado que los antiguos, más inexperto que mis maestros, yo he dejado vivo (y gozando —creo— de buena salud) a un personaje típico, arquetípico, de nuestros días, producto de un clima y unas realidades actuales: Jaime Gades Dartmoore, hijo de Carlos el estafador (y de unos ojos azules), estudiante de veinte y pocos más años; opositor a la angustia, descubridor el movimiento continuo alentado por un ingenuo motor de ilusión, que protagoniza mi comedia dramática HAY UNA LUZ SOBRE LA CAMA.

Cuando en la vida imaginada del personaje teatral llamado Jaime Gades, la tensión entre el individuo y su contorno se hacía más difícil, en el punto justo en que parecía ineludible la ruptura entre el alma, peligrosamente cándida, del protagonista y el mundo, particularmente perverso, que le rodeaba…, en ese instante mismo caía el telón del último acto sobre la farsa, se apagaban las candilejas sobre su dilema. La angustia de haber dejado vivo a mi protagonista en un mundo que le era hostil, me ha privado de sueño desde entonces. He aquí la razón última de esta novela.

Jaime Gades había dicho patéticamente: «Huyo del mundo porque me da miedo; de las gentes porque me dan asco». Y en otro lugar «Hay cosas que no puedo entender; que no he nacido para entender; que quiero morirme sin entender». Caído el telón, fluyente la vida, pasando el tiempo ¿no hubiera

acabado «entendiendo» todo aquello que «no había nacido par entender»? Al madurar de su tardía adolescencia ¿no hubiera perdido miedo al mundo y ganado afición a esas mismas gentes que le repugnaban? De acontecer así, de seguir la buena lógica de la evolución de la personalidad, Jaime Gades perdería su condición de «personaje» y pasaría a ser «persona». ¿No hubiera sido mejor forzarle a morir en escena y conservarle impoluta la gloria de ser arquetipo de inmadurez, bondad, contradicción, candidez, honestidad y cobardía? ¿No hubiera sido más aconsejable cerrar definitivamente su balance vital con unos resultados contables donde la exacerbada sensibilidad del adolescente estuviese en superávit, y en déficit el coraje para luchar y para vencer? No es Jaime Gades un «hombre de una pieza» sino de muchas piezas. Y muy sutiles. Y muy complejas…

La clave de Don Juan Tenorio estriba en la atracción por el eje «aventura-variedad». De haber resultado vencedor en su duelo con el capitán Centellas ¿hubiera concluido sus días como traficante de esclavos en el Caribe, monje recluso en Asís, pirata a sueldo del turco en Constantinopla, o, acaso, como un viejo verde —sin majeza ni grandeza— a la caza de moriscas y gitanillas tiernas por los ocultos vericuetos de las riberas del Guadalquivir?

La clave de Jaime Gades (situado como Amiel en las antípodas de Don Juan) estriba en su atracción por el eje «soledad-apego a la propia infancia». «Su soledad venturosa (escribe Marañon refiriéndose a Amiel) estaba presidida por la sonrisa de su madre». Y Jaime Gades dice de sí mismo que muchos años después de la muerte de la mujer que le dio el ser creía notar sobre él los ojos de su madre amparándole, vigilándole. Para el entendimiento cabal del mito de Don Juan no puede sernos indiferente su último destino: no es lo mismo que muriera en duelo que de unas tercianas malignas o de un resbalón en la escalera. Para el entendimiento cabal de Jaime Gades no me es indiferente que su tendencia a la misantropía marque su destino como intelectual solitario que como anarquista antisocial, como homosexual reprimido que como místico enclaustrado.

Para poner remedio al riesgo de dispersión he forzado a Jaime Gades a hacer algo insólito: escribir sus Memorias. Pretendo con ello que no se evada de su destino y se fije como tipo, como prototipo del hombre noble, débil, bondadoso, torturado, inhábil honesto, incongruente y cobarde; del fugitivo de sí mismo, símbolo de una época en la que el héroe no manda sino que obedece a su contorno; no influye en él, ni lo transforma, sino que se deja, impotente, conformar y deformas por él.

Las páginas que siguen son las Memorias de Jaime Gades. Las ha comenzado a redactar muchos años después del momento en que vivía, cuando cayó el último telón de mi comedia dramática. Es, por tanto, en razón a su edad, un hombre maduro. Jaime Gades Dartmoore y no es el adolescente de HAY UNA LUZ SOBRE LA CAMA, la obra teatral que le dio la oportunidad de nacer y en la que yo no le di la oportunidad de morir.

TORCUATO LUCA DE TENA

A Manuel Galiana, que supo entender el alma de Jaime Gades, hombre que no es de una pieza sino de muchas piezas. Y muy sutiles. Y muy complejas.

LISTA DE PERSONAS DE QUE SE HABLA EN «PEPA NIEBLA», CRONOLOGÍA DE EPISODIOS Y OTRAS NOTAS PERSONALES COMPUESTAS POR JAIME GADES A MODO DE RECORDATORIO ANTES DE COMENZAR A REDACTAR SUS MEMORIAS.

El lector poco curioso puede abstenerse de leerla

on Pedro Maldonado y Valls.
l ama Conrada.
lberto, el Jardinero.
on Carlos Gades.
orothy Dartmoore de Gades.
i abuelo.
ngustias, la cocinera.
a pinche de cocina (no recuerdo su nombre).
l médico que me atendió cuando la meningitis. (No recuerdo su nombre).
l obrero de la fábrica que, junto con Alberto, ayudó a mi padre, en el río, y cuyo nombre tampoco recuerdo.
onuca, mi niña.
onuca, moza.
l cura que ofició los funerales del ama.
usto Maqueira.
onuca, mujer.
on José Sanmiguel.
l sátrapa Nabopolasar de la Gran Babilonia.
ulalia, a quien mi madre llama Adela.
l novio de Adelita: un chulo.
l mecánico, cómplice de don Carlos.
l comisario, Sr. Orozco.
l inspector Morales.
licia, la compañera de Universidad que se parecía ami madre).
l taxista que me llevó a la calle del Barco.
a muchacha desconocida que acompañaba a Tonuca.
l inspector de tren.
a señora que, en el tren, leía un libro.
l sacerdote joven que leía un periódico en el tren.
a muchacha que me miró insistentemente desde el andén en la estación de Ávila.

elázquez, Zuloaga, Machado, Azorín, Modesto Lafuente.
nos carreteros con perros que vi junto a un paso a nivel.
l jefe de Estación de Polavieja, cuya mujer era hermana o prima (no recuerdo este extremo) de Alberto el Jardinero.
a dueña de una pensión en Polavieja, donde no llegué a dormir.
l viejo cura de San Gregorio, a quien conocí de niño.
n ciego con un paraguas rojo que recitaba romances de crímenes.
n burro con un sombrero de paja agujereado por donde le salían las orejas.
n niño que me daba envidia porque tenía bicicleta y yo sólo triciclo.
atón, Sócrates, Santa Teresa.
a pareja de Guardias Civiles.
a esclava Mary Gold. No sé si era esclava o lo fueron sus padres.
li bisabuela.
ord Connaught.
ady Burton, hija del anterior.
ord Burton, hijo de la anterior (único de esta estúpida familia a quien conocí. Tía Lisa le llamaba el Viejo Sapo. Le odio. Sólo le vi dos veces en mi vida. Quizá tres).
on Pedro Maldonado y Valls, otra vez.
amiana, la guardesa de Pedraza.
l doctor Tangil.
ervantes, Balzac, Marcel Proust, Gerado Diego.
l político español, después exiliado, que construyó la casa de Pedraza. Era nudista y vegetariano. Es muy conocido. He sabido su nombre. No puedo recordarlo.
l Almirante inglés a quien apedrearon en Pedraza.
ıs hijas.
l Alcalde.
l conductor que me llevó a Pedraza.
arlos V, Francisco I, sus hijos rehenes, Trajano.
a dueña de la Fonda, excelentísima cocinera. No la conocí, pero probé su cocina.
ray Luis de León.
l Caballero del Verde Gabán.
arba Azul.
as mujeres decapitadas por mi abuelo.
l agente de viajes que me trajo una piña tropical.
l tendero que abrióme un crédito. (De ése hay que hablar antes).

l Juez que decretó el embargo. (De ése hay que hablar mucho antes).
a azafata (quizá no valga la pena hablar de ella).
os aduaneros negros de New Providence.
a señora a quien confundí con tía Elisabeth.
avid Haughton.
a Reina de Inglaterra y el Príncipe Felipe.
l Conserje, que me sirvió de intérprete, Julio Camba, Quevedo.
iss Lewis.
l barman y sus combinaciones de ron.
ISA, BETH. E-LISA-BETH Dartmoore… ¡Adorable tía Beth!
dward Swam.
am Torton, gran amigo a quien tanto debo. Me odia.
lver, Gold, Tom y Katie.
l doctor Rosewald.
na señorita cuy nombre creo que no supe nunca y a la que aquí llamaré Linda Brown. ¡No le caí nada bien!
rake, Watling, Walter Raleigh, la reina Nefertitis, Atahualpa, Colón, los indios lucayos, Joselito, El Cid, Osio de Córdoba, Abdullah de Transjordania.
l Vicepresidente Ejecutivo del Banco no sé cuántos, de Nassau.
l Gobernador del British Ocean Empire.
apoleón Bonaparte Smith.
l amigo de David Haughton que nos cedió su barco.
l grumete o marinero del *Tuckaway*, que se llamaba Jonás (?) ¡Estoy seguro de que se llamaba Jonás!
nos niños negros.
a hija del bombero.
ather Nightingale, Párroco Católico en la Isla de los Mosquitos.
a llamada Madre de Dios, que era tan sólo madre del cura.
resident Washington Norman.
ing Lyon.
otton.
ethoven Mist.
ristophus colombus Thompson.
bel Tennessy.

(Recuerdo que de los tres últimos uno era cartero, otro diputado y otro pescador de tortugas. Pero no estoy muy seguro de que los nombres

coincidan con los cargos correspondientes. No creo que el posible error sea grave. Los bautizaré a ojo de buen cubero).

epa Niebla.

octor Wassermann.

a mujer de Wassermann. (No la conocí).

azslo, el pintor inglés de origen húngaro.

l fiscal.

li abogado defensor.

l Presidente de la Audiencia Territorial de Santander.

on Rosendo Azcárraga y Mencos.

oña Emilia Lemos Inclán.

l cura y el alcalde del pueblo de donde es oriundo el cirujano Zaragüeta.

os padres y los hermanos de María Rosa Ibázez.

l cirujano Zaragüeta y María Rosa Ibáñez, mis dos últimos amigos. (Quizá no valga la pena hablar de ellos: ya veremos).

i edad en cada episodio:

lás que cronología de sucesos, me interesa anotar con claridad la edad que yo tenía en cada episodio. Si no estoy atento en esto puedo cometer errores.

ansbrook en el término de Polavieja (Santander): 7 años.

n casa de mi padre en Madrid: 23 años.

aso de abrir paréntesis, para aludir a episodios contemporáneos al momento de redactar mis Memorias, debe quedar claro que hoy tengo 40 años y 11 meses. Considero inevitable aludir alguna vez al momento actual de tanta o mayor importancia en mi vida que los pretéritos.

assau, capital de Bahamas: 25 a 27 años.

la de los Mosquitos, Bahamas. (Calculo que estuve año y medio).

ansbrook por última vez, cumplo 29.

ladrid, en la casa que fue de don Rosendo Azcárraga y Mencos, once años más, incluyendo los dos que decidieron mi destino.

o creo que sea necesario citar otros lugares. Yo soy hombre que he nacido a los veintitrés años.

DIFICULTADES FONÉTICAS

udo si escribir los nombres extranjeros con su ortografía original o castellanizándolos. En cualquier caso, Hansbrook debe pronunciarse Jansbruc; Dartmoore, Dartmu; Haughton, Oton; Nassau, Nasó; Nightingale, Naitingueil.

Nota del editor. —Hay una cruz, una fecha elegible y una apostilla que dice así: «Mañana comenzaré a escribir».

Primera parte

Tonuca

I

HANSBROOK

ESCRIBO ESTE RELATO por «prescripción facultativa», obedeciendo al médico, no de otra manera que nuestros místicos de antaño evocaban sus trances por prescripción teológica, obedeciendo a sus confesores. Quienes me atienden, no quieren que vuelva la espalda a mi pasado, ni que pretenda arrancármelo de la memoria, ni escapar a su influjo, ya que a este inútil y desesperado empeño atribuyen la causa de una situación que ha estado a punto de arrastrarme al suicidio o la locura. Antes bien, me fuerzan a que lo acepte como una parte inseparable de mí mismo; un punto de partida hacia nuevos rumbos.

Piensan que el esfuerzo que supone mantener el equilibrio del relato y fijar la atención en los variados matices de los sucesos que he de narrar, ha de ayudarme a devolver a cada cosa su valor. Y en verdad que el trabajo previo a la redacción que hoy comienzo —apuntes con el orden de los episodios, plan de construcción de la totalidad del escrito—, me ha causado mucho bien. He tenido que aplicarme en situar de nuevo ante mi vista hechos y personas que yacían sepultados por la obsesión de los acaecimientos posteriores. Y este ejercicio de hundir el brazo en la oscuridad y sacar a la luz los recuerdos perdidos se me ha revelado como excelente terapéutica. Inicialmente me resistí a admitir lo que consideré una cruel medicina. Creo que he gozado y he sufrido —creo, en suma, que he vivido— en situaciones límites, y se me antojaba morboso deleitarme en mi sufrimiento, inicuo mortificarme en la contemplación de mi felicidad.

Los sucesos más recientes están aún vivos, no sólo en mi memoria, sino en mi historia clínica. Transcribirlos con orden y equilibrio me obliga a partir de muy atrás: de esa vaga zona en que la función de evocar se confunde con la nostalgia.

En la penumbra de mi rememoración, nimbada de un hálito de prestigio y de misterio, deformada quizá por recuerdos inciertos y vagas fantasías, está Hansbrook, *mi casa*, aquella en que nací. Las otras sólo son *lugares* donde he vivido, cuadrículas de material que me han alojado, techos y paredes que

cobijaron mi cuerpo mas no a mis fantasmas: muebles, árboles, seres que me vieron nacer y crecer; espiaron mis primeros pasos; escucharon mis primeras voces, y fueron testigos del despertar de mi sensibilidad a los riesgos y maravillas —a las perplejidades— del mundo exterior.

Mi abuelo era inglés, radicado en las Bahamas —donde nació mi madre— y bautizó esta casa que construyó en España —en la raya de Santander y Vizcaya— con nombre de fonética sajona cuyo significado y origen tardé mucho tiempo en conocer: Hansbrook. Ignoro qué causas le movieron a emigrar de las islas y establecerse en esta tierra, donde fundó una fábrica de hilados y erigió su hogar. En realidad he vivido muchos años ignorando todo, o casi todo, de mi ascendencia materna. Sólo sé que el abuelo vendió la fábrica poco antes de nacer yo y regresó a las Bahamas con tía Elisabeth, la segunda y última de sus hijas, que aún era muy niña. En España quedaron mi madre, ya casada, y una edificación de estilo colonial inglés —pintoresca contradicción arquitectónica— en unos valles cántabros y vascones que no colonizaron romanos ni bereberes.

Sólo dos veces he vuelto a Hansbrook. Las dos hileras de tilos que flanqueaban el camino del parque hacia el estanque se han unido de tal modo que hoy ciegan el sendero donde me aventuré por vez primera a sostenerme sobre mis pies. Una muralla impenetrable de ramas tupidas y entrelazadas sepulta los bancos de piedra en que yo me sentaba. La pradera salpicada de castaños, a cuya sombra aprendí las difíciles teorías de unir vocales y consonantes, es hoy una jungla de helechos y espinos silvestres donde anidan las culebras y se guarece el zorro. La maleza trepa por la escalinata de piedra e invade el porche colonial que imita un breve partenón ateniense, más del gusto de los colonos decimonónicos de Bermudas o Jamaica que de Fidias y Praxíteles. El musgo, poblado de pequeños bichos, oculta con una funda natural las balaustradas del estanque. El agua no fluye de la concha de siempre. Croan las ranas donde antes los peces rojos acudían a devorar el pan que yo migaba sobre la superficie. Un olor fétido emana del fango donde ayer crecían los nenúfares. El invernadero en que me escondí para besar a Tonuca —¡idilio apasionado de mis siete años!— es hoy un esqueleto de hierro y de moho sin huella de cristales.

El día que visité Hansbrook por vez primera tuve que abrirme paso a hachazos entre las malezas para alcanzar la escalinata.

Tenía entonces veintitrés años y recordé enternecido, como recuerdo ahora y recordaré siempre, al ama Conrada, junto al primer peldaño, bajo el frontón del porche, preguntando al jardinero si me había visto bajar al parque.

Respondió aquél negativamente y el ama entró en los dominios de Angustias, la cocinera.

—¿Están aquí los niños?

Cruzó el oficio, miró en el lavadero, penetró en la despensa…

—¿Cómo se le ocurre que estén en la despensa? ¡Los habríamos visto!

—¡Pues en algún sitio han de estar! —replicó, malhumorada.

El ama Conrada había sido nodriza de mi padre y reingresó en la casa cuando yo nací. Era extraordinariamente gruesa y vieja. Se balanceaba al andar como si le costara un gran esfuerzo movilizar su inmenso corpachón, pero renqueando renqueando, nunca estaba quieta y sabía llegar a donde quería. Era el último ejemplar superviviente de una especie en trance de extinción: la niñera finisecular. No sólo su uniforme, sino ella misma, parecía arrancada de una acuarela de Sancha o de Toulouse Lautrec. Vestía unos delantales rizados y almidonados que se ceñían a su espalda con un gran lazo. Como éste caía a ambos lados de sus inmensas posaderas, y el ama se balanceaba mucho al andar, yo me entretenía en mirar aquellas cintas desplazándose de extremo a extremo de sus ancas poderosas. No eran estas cintas el único elemento pendular de su indumentaria. El ama llevaba unos grandes perendengues —que colgaban de sus orejas hasta cerca de los hombros— formados por monedas ensartadas y otros abalorios de encaje de plata que oscilaban como lámparas en un barco cuando ella avanzaba. Un camafeo antiguo en el centro del pecho y media docena de pintorescos alfileres, grandes como arpones —cuya misión era sostener un solideo de encaje blanco sobre el moño— componían el resto de su indumentaria.

Conrada se aventuró en el despacho de mi padre.

—¿Están aquí los niños?

—¿Qué niños? En esta casa no hay más que uno.

—Es que hoy ha venido la Tonuca de visita, ¿sabe usted?

—Pues aquí no están.

Tonuca era nieta del ama. Tenía a la sazón poco menos de seis años y yo algo más de siete, circunstancia que me concedía gran autoridad. Era marisabidilla y descarada. Con esto y con todo, yo ejercía sobre ella un poder tiránico y avasallador. Un mes antes de comenzar el verano la habían traído desde el pueblo para hacer una visita a su abuela, y mi madre consintió en que permaneciese en casa todo el día jugando conmigo. Me llamaron a la cocina para hacer los honores.

—¡Mira qué visita más maja te he traído! —dijo el ama.

Y, después, estrechándola hasta estrujarla, añadió:

—¡Es mi nieta de mi alma!

Tonuca y yo nos miramos con expresión hostil. Ella se apretaba de espaldas contra las faldas de su abuela.

—¡Y mira que eres pacata! Corre y dale un beso a este niño.

Mi madre, inglesa al cabo, era poco partidaria de los besos y no tanto por evitar excesos efusivos cuanto por higiene. ¡Quién sabe —pensaba— qué enfermedades ocultas tendrían los niños de aquellos valles agrestes y aquellas montañas!

—Dale la mano, querido. ¡Vamos, salúdala!

El ama por un lado y mi madre por otro nos empujaban. Yo avancé unos pasos de muy mala gana, máxime al comprobar el poco entusiasmo que provocaba mi presencia. Súbitamente la niña se volvió hacia su abuela y le lanzó las uñas a la cara, con intención de arañarla.

—¡Yo quiero que se vaya ese niñoooo! —gritó con voz horrísona, y tan fuerte que parecía imposible fuese emitida por un cuerpo tan chico. Y, a lágrima viva, comenzó a imitar a Jeremías con gran acierto.

Mi madre, compadecida por tan detestable educación, me dijo con voz suave:

—Vámonos, Jaime. ¡Nos han echado! Hay que ser corteses y obedientes con esta joven señorita.

En su casa, si se negaba a comer, le metían la comida por la boca a trompicones, y si se mantenía en sus trece le alzaban la falda sin respeto alguno a sus precoces pudores, y le enrojecían el trasero con media docena de azotes. Aquí la llamaban «joven señorita» y me ordenaban que obedeciera sus órdenes. Quedó desarmada, y se volvió para mirarnos, con espanto y curiosidad.

—Jaime, querido, dile adiós desde aquí.

—Adiós —dije con un hilo de voz.

Y apenas salimos:

—Es un poco tonta, ¿verdad, mamá?

—Yo la encuentro limitadamente adorable. He observado que ejerces una gran fascinación sobre ella.

Mediado el partido de *croquet*, en el que fui invitado a participar, mi madre mandó al jardinero que preguntase al ama por qué lloraba Tonuca. La respuesta fue sorprendente. Tonuca lloraba porque quería «que viniese el niño».

—Pero si antes dijo que no quería verme, ¿verdad, mamá?

Mi madre, desde muy lejos, dio un golpe seco con el mazo sobre la bola de madera. Ésta giró sobre el césped y atravesó sesgada el aro de metal, quedando en excelente posición para ganar la partida.

—Y tú, ¿quieres verla?

—¡No! —exclamé horrorizado, recordando el ademán de las uñas de Tonuca contra su abuela.

—De acuerdo. ¡No la verás más!

Miróme de soslayo, sonriendo.

—Vamos, Jaime, tesoro… ¡No te distraigas! Te toca jugar a ti…

—Es que, a lo mejor, me gusta verla un poquito —confesé.

Mi madre me abrazó riendo.

—¡Los niños tenéis el pecho de cristal!

—¡Que me lo vas a romper! —exclamé desasiéndome, profundamente molesto por mi ostensible transparencia.

A la hora de la merienda —sellado el armisticio ante grandes rebanadas de pan con mantequilla—, Tonuca y yo nos hicimos excelentes amigos.

Conrada cruzó el salón donde mi madre, ante un inmenso *puzzle* de más de mil piezas, iba reconstruyendo con suma habilidad la complicada figura del original.

—¿No están aquí los niños?

—No, ama. No están.

—No los encuentro por ninguna parte.

—¿Ha mirado usted en el invernadero?

—Alberto me ha dicho que no han bajado al jardín.

—Estarán en el despacho del señor, viendo las ilustraciones.

—Ya he mirado.

—¿Y en la despensa?

—También…

—Búsquelos en el desván…

Lo cierto es que Tonuca y yo estábamos escondidos cuando comenzó el ama a buscarnos. Pasó dos veces junto a nosotros, que jugábamos, sentados en una esquina del porche, absortos en la fabricación de un muñeco con corchos de botella y palillos de dientes. Me resultó no poco divertido, estando tan cerca de ella, que preguntase por mí al jardinero, y en consecuencia propuse a Tonuca que nos escondiéramos de veras donde no pudiese encontramos. Tonuca aceptaba con entusiasmo todas mis ideas, pero aquélla

le pareció particularmente cautivadora. Había en casa un cuarto aislado que no tenía otro objeto que guardar la ropa blanca. En una de las baldas más altas de uno de los armarios empotrados, sobre el muelle lecho de las sábanas recién planchadas, hechizados por el olor del espliego que aromaba la ropa, Tonuca y yo nos habíamos aislado otras veces del mundo de los mayores. Las puertas del armario podían cerrarse desde dentro… y nadie sino yo sabía cómo hacerlo. La magia de la oscuridad excitaba mi fantasía y en aquel insólito rincón desplegaba al unísono mis dotes de narrador en cierne y precosísimo galán. Inventaba para ella cuentos alucinantes y me agradaba sentir a mi lado su pequeña humanidad atónita y estremecida. La balda de la ropa estaba casi llena, de modo que no podíamos permanecer sentados sino tumbados como en un nicho y tan cerca uno de otro que, a veces, Tonuca se creía obligada a exclamar:

—Niño, ¡no me soples en la cara!

Una vez más decidimos refugiarnos en aquel prodigioso lugar. ¡Con qué emoción percibimos por dos veces los pasos de la abuela de Tonuca, su respiración asmática, sus voces irritadas al hablar consigo misma! Apenas advertíamos que se alejaba, la seguridad de haber engañado a una persona mayor nos colmaba de satisfacción. Aquella tarde aprendí lo difícil que es fiarse de una mujer, aunque sea mujer en capullo, ya que resulta imposible compartir secretos con quien lleva faldas. Tonuca se lanzó de bruces a su perdición con admirable inconsciencia.

—¡Agüela, agüela! ¡Que estamos aquí! —murmuró muy bajo sin intención de ser oída. Aquel golpe de audacia aumentaba el riesgo y con el riesgo la emoción. Apenas lo dijo se estrechó contra mí y hundió su cabeza bajo la mía conteniendo el aliento. El ama no la había oído. Sus pasos se alejaban… Una risa nerviosa nos contagió. Nos tapábamos mutuamente la boca con las manos para que no se oyeran nuestras carcajadas. Cuando pasó el peligro de ser descubiertos, repitió la experiencia y volvió a ceñirse contra mí, toda temblorosa. Yo hubiera querido que aquellos instantes cautivadores no acabasen nunca. Experimentaba un especial deleite en sentir las manos de Tonuca clavadas en mi ropa y el calor de su mejilla junto a la mía. Una vez que se apartó, protesté:

—¡No te separes, tonta! ¿No ves que así… es mejor?

Lo que ambos ignorábamos es que a aquellas alturas de la tarde, no era sólo el ama sino todos los de casa —mi padre incluido— quienes nos buscaban. Angustias, la cocinera, fue la que percibió nuestras voces y, acometida de súbita generosidad, llamó a la pincha y al ama y al jardinero,

para que nadie perdiera la ocasión —y con la ocasión el gusto— de sorprendernos juntos haciendo quién sabe qué cosas abominables. Mis padres, entretanto, seriamente alarmados, escrutaban el estanque y las márgenes del río.

Abrieron bruscamente la puerta. Un chorro de luz nos dejó cegados. Los rostros de nuestros captores no denotaban indignación. Antes bien, parecían extrañamente satisfechos, y sus miradas recorrían nuestros cuerpos enteros buscando ávidamente un rastro delator. Había en ellas —en las del ama también— una brutal complacencia.

Aquel día descubrí en los otros la maldad que no había en mí. Tonuca fue salvajemente —impúdicamente— interrogada, y más tarde golpeada sin piedad. Lloré con toda la aflicción del mundo volcada en el alma, rebelándome contra la injusticia y mi impotencia para evitarla. Y mis lágrimas eran tanto más amargas cuanto incomprensibles las razones por las que fuimos castigados.

Mi madre, al enterarse, prohibió que se me hablara jamás de este episodio y echó de casa a la pincha, por contravenir sus órdenes, al saber que quiso interrogarme para medir, por mis respuestas, el grado de mi perversión. Las visitas de Tonuca fueron tajantemente prohibidas y no volví a verla hasta muchos años después, cuando ya no habría sido, ¡ay!, tan candoroso repetir nuestros juegos.

Los recuerdos de mi vida en aquel escenario no podrían reproducirse en una cinta continua. Son breves relámpagos que iluminan con asombrosa claridad episodios efímeros y aislados cuya cronología no me resulta posible establecer. A veces mis recuerdos no se corresponden con «hechos», sino tan sólo con «cuadros» indeleblemente grabados en mi memoria.

No puedo relatarlos, pues carecen de argumento. Sólo puedo describirlos.

Desde el porche colonial se divisaba una gran extensión. En primer término, la pradera salpicada con macizos de hortensias y petunias y unas plantas —importadas del Caribe, de hojas carnosas e inmensas— llamadas «crotos». Algo más lejos, la avenida bordeada de tilos conducía a un conjunto de obras ajardinadas que remataban la arquitectura del parque. Este rincón —que era mi preferido y que recuerdo aureolado de mágico encanto— estaba formado por un estanque, una pérgola y un quiosco, todos ellos muy del gusto de la *belle époque*. La barandilla circular del estanque era de hierro trabajado en forma de hojas rizadas y muy semejantes a las orlas que adornaban las

páginas literarias de los semanarios de fin de siglo. Un puentecillo de madera lo cruzaba de parte a parte como el diámetro al círculo. Desde allí, Alberto el jardinero, armado de un instrumento de larguísimo mango, retiraba las hojas que caían sobre los nenúfares. Junto a la superficie, un fauno de boca siniestra dejaba resbalar el agua entre sus horribles labios de piedra deformados por el musgo. El estanque estaba semirrodeado por una pérgola cubierta de parra virgen. Y desde allí se divisaba la casa —al otro extremo de la avenida de tilos— y su porche entre columnas vagamente helénico, colonial, washingtoniano. En este rincón concluía la zona ajardinada. Todo cuanto había más allá del quiosco era un mundo prohibido para mí.

Mi madre solía instalar su caballete en la pérgola. Pintaba acuarelas con arte singular. La recuerdo de perfil, el pincel alzado en la mano y el rostro de frente, vuelto súbitamente hacia mí, con vaga inquietud. «¿Qué estás haciendo, Jaime?», parecían decir sus labios apenas entreabiertos. El sol —al cruzar la espesura de la parra— dibujaba manchas de sombra y de luz sobre su vestido y parte del rostro, de modo que sólo sus ojos se distinguían con toda nitidez.

Por mucho que me esfuerzo —desde una fecha terrible y memorable de la que conozco el día, la hora y el minuto— no puedo ya recordar el óvalo de la cara, la línea del perfil o los labios de mi madre. Sólo recuerdo sus ojos grandes, bellísimos, de un azul muy puro y transparente, que manaban paz. Siendo muy niño me aconteció algo semejante a lo que ahora mientras lo escribo. No había cumplido cuatro años cuando mis padres realizaron un largo viaje a las Bahamas, y estuvieron fuera un tiempo que parecía interminable. Durante su ausencia yo no hacía más que hablar de ella. Por burlarse, el ama Conrada me dijo: «Pero si ya no te acuerdas ni cómo es… ¡A ver, niño! ¿Cómo es tu madre?». A lo que yo respondí: «¡Sí me acuerdo! Mamá es azul…». Muchas veces he pensado, de hombre, en el sentido de estas palabras que dije siendo un crío. Para un niño de pocos meses la madre es unos brazos que mecen y protegen. Más tarde, cuando se inda el despertar de la conciencia, es, sobre todo, unos grandes ojos que miran, acarician, vigilan, sonríen. En aquellos años los ojos de mi madre lo eran todo para mí; toda mi madre eran sus ojos. Mi madre —toda mi madre— era azul.

Yo no recordaría este episodio si no me lo hubiesen repetido de niño y de mozo hasta la saciedad. Quizá por la sugestión de esta minúscula historia, o por causas más hondas, durante mucho tiempo, al evocar a mi madre, he visto sus ojos, sólo sus ojos, como un gran cielo azul desplomándose sobre mí.

La separación de Tonuca representó la primera herida sentimental de que guardo memoria. El episodio del armario puso fin a una convivencia de varios meses y fue el comienzo de un sordo rencor contra quienes decretaron un castigo tan cruel e inmerecido. De este rencor estaba excluida mi madre.

Me recuerdo junto a ella, en la penumbra del inmenso cuarto de estar, absortos en la contemplación de las piezas del *puzzle* que, al unirse, daban forma y sentido a episodios sorprendentes y mágicos paisajes ingleses. Trozos disformes —de un violento color escarlata— encajaban en otros y daban vida a unos jinetes uniformados de rojo que galopaban por amplias praderas suavemente onduladas. Se agregaban más piezas y surgía de la nada el rizo dorado de un cuerno de caza. ¿Cuál de aquellos jinetes —unos con hombros, mas sin cabeza; otros con rostro, pero sin cuerpo— sería el encargado de soplar por él? ¿Qué mano de las muchas ya formadas mas no encajadas, tendría el privilegio de llevarlo? Decenas de perros jadeantes latían precediendo a los caballos y —a pesar de la mutilación de sus cuerpos mientras no estuvieran ordenadas todas las piezas— me complacía en imaginar el estruendo de la ladra quebrando el habitual silencio de las praderas. En la verde lontananza —últimas piezas que colocaba mi madre para mantener el interés de la paciente reconstrucción—, el zorro huía despavorido.

Un día que andábamos en estos menesteres, alzó la cabeza y escuchó atentamente.

—¿Has oído?

Me alarmó su profunda atención, la cabeza inclinada, severo el gesto.

—¿Has oído?

—No —respondí, más aplicado en observarla que en atender lo que me decía.

—Es la voz de tu padre; en el río. Algo le pasa. ¡Corre hacia allá!

Salí al porche y bajé de tres en tres los peldaños de la escalinata. Llegué anhelante temblándome las piernas, doliéndome el costado. Sobrecogido de pavor vi a mi padre y al jardinero en el centro del río debatiéndose en una pelea singular y terrible. Con el agua a la cintura, en difícil equilibrio sobre las lascas del fondo, manoteaban, juraban, daban traspiés.

—¡Hijo de mala madre! —chillaba el primero alargando la voz en un lamento espantable—. ¡¡Me arrastras!! ¡Casa! ¡Casa! ¿Nadie me oye?

Yo hubiera querido lanzarme al río en su defensa o al menos advertirle de mi llegada. Pero el espanto paralizaba mi cuerpo y silenciaba mi garganta.

—¡Papá! ¡Papá! —alcancé a musitar…

Lejos de agradecerme la presteza en acudir, me increpó por no haber llegado antes, volvió a increparme por no entender sus instrucciones y, como alternaba cuanto me decía con insultos a su rival y juramentos a grito herido, mi confusión iba en aumento. Arrasados los ojos, desemblantado el rostro, me dispuse a volver sobre mis pasos y avisar a todos de lo que ocurría. Mas ya llegaban exhalados, precedidos por mi madre. Me abracé a ella y contemplé desde la orilla la inaudita batalla. Apreté los párpados y recé; recé porque mi padre —cuando saliera de aquel peligro— no volviese a regañarme injustamente. Sus voces me aterrorizaban, sus juramentos me estremecían.

—¿Por qué se pelean?

—¡No se pelean, hijo! El pobre Alberto está queriendo ayudar a tu padre… que es muy torpe… muy torpe.

Siempre he sido tardo de reflejos e intelectualmente perezoso para modificar mis primeras impresiones. De aquí la exasperante lentitud en rectificar mi error, incluso después de esta aclaración.

De súbito, mi padre cayó de bruces. Dos hombres, armados de garfios que llegaban desde la fábrica requeridos por Angustias, se precipitaron a asistirlo. No hizo falta. Alberto, el jardinero, le ayudó a enderezarse. Rompí a llorar y los demás a reír. El salmón, en un último esfuerzo por liberarse, dio un gran salto fuera del agua.

—¡Jesús, qué ejemplar! —oí decir.

—¡Bribón! ¡Cabrito! ¡Se me va a la cascada!

—Si se va a la cascada, lo pierde, don Carlos… ¡Recoja! ¡Recoja! ¡Aprisa!

—¡Ladrón!

—Procura no hablar mientras luchas, Carlos —le decía mi madre con voz sosegada desde la orilla—. Toda la fuerza se te va por la boca…

Media hora larga duró la descomunal contienda. Cuando la pieza estuvo cerca, los hombres le clavaron los cloques en la ventrecha y lo halaron hasta la orilla. Pesó doce kilos en una romana de la fábrica. El lance concluyó posando mi padre ante una inmensa cámara fotográfica de altísimo trípode, con el monstruo fluvial cargado sobre su espalda. Mi madre, que actuaba de artista fotógrafo, me invitó a mirar un curioso cristalito donde se veía invertida la figura del orgulloso e inexperto pescador —los pies arriba y abajo el cielo— de modo que se diría que era el salmón quien lo sostenía sobre el lomo, y no al revés.

Introdujo después la cabeza bajo una negra caperuza que cubría también el cajón de la cámara.

—Has estado muy imprudente, Carlos —le dijo mientras manipulaba—. ¡Acuérdate, en la Biblia, lo que le pasó a Jonás! ¡Quieto, ahora! ¡Sonríe, al menos, ya que tu víctima no puede hacerlo! Uno… dos… ¡ya está! ¡El héroe ha sido inmortalizado!

Cuando días más tarde se comprobó que, con las precipitaciones del lance, la cámara no estaba cargada, el salmón ya había sido devorado con mi colaboración entusiasta.

El ama —que denunciaba su proximidad por el cascabeleo de sus largos pendientes— me transmitió, cuando ya estaba a punto de acostarme, un extraño recado.

—Tu madre quiere que duermas con ella esta noche.

Este privilegio no me era concedido más que cuando estaba enfermo, y no pocas veces había fingido dolores y malestares inexistentes para sumergirme en la inmensidad de aquella cama, cuatro veces mayor que la mía, y dormir hecho un ovillo arropado por sus brazos. «Este niño está siempre malo», rezongaban las criadas. Y el ama sentenciaba filosófica: «Es hijo único; y eso es ya una enfermedad».

Mi madre no estaba en el dormitorio cuando me acostaron en su cama. Ya dormido, me desvelé al sentir su cuerpo deslizarse entre las sábanas. Me abracé a ella en silencio. Mi sueño fue un largo abrazo interminable. Cuando desperté, muy avanzada la mañana, ya no estaba junto a mí. Quien estaba era el ama Conrada, de pie, junto al lecho, espiando angustiada mi despertar.

—¿Dónde está mamá?

Miré los dedos entrecruzados de la vieja y tan apretados unos con otros que se diría los fuese a quebrar.

—¿Dónde está mamá? —insistí.

—Se ha ido… —respondió en un susurro.

—¿Por qué?

—La han llamado.

—¿Quién?

Los labios del ama temblaban y sus ojos no se apartaban de los míos. Unas grandes manchas violáceas afeaban su rostro. Había llorado. Ahora, al evocar esta escena, creo interpretar que su piedad estaba temperada por una ansia cruel y quizás inevitable. Era terriblemente patético confesar que mi madre, presa de angustia, había querido pasar conmigo la noche, antes de ser trasladada al hospital de la ciudad donde habían de operarla. Y que cuando

desperté ya había muerto. Pero era terriblemente curioso también ver cómo reacciona una criatura ante el latigazo salvaje de una noticia como ésta. Nadie desea que un ser humano se ahogue en la playa, pero si este accidente se produce y las olas del mar empujan el cuerpo del infeliz hasta la arena, la gente se arremolina en torno suyo para saciar su curiosidad. Y hay cierto deleite en el horror de contemplar sus despojos. Había piedad en los ojos del ama Conrada, mas también una infinita, cruel avidez…

—¿Quién, quién, quién la ha llamado?

—El Niño Jesús…

—¿Y dónde ha ido?

—Se ha ido con él…

—¿Por qué?

No fue una pregunta, fue un grito, un lamento desgarrador, una protesta de rebeldía, una no aceptación del veredicto.

El ama se dejó caer en una silla; cubrióse la cara con las manos y rompió a sollozar. Yo me lancé sobre ella como un cachorro de tigre sobre un animal herido e indefenso, y comencé a golpearla con los puños, afirmando que era mentira cuanto me había dicho, esperando así obligarla a retractarse. Ella me dejaba hacer, sin emplear otra defensa que cubrirse con las manos. Cuando mis fuerzas se agotaron me desplomé de bruces en la cama; hundí la cabeza en las huellas de mi madre sobre la almohada y aspiré ávidamente los últimos vestigios de su olor. En esta posición permanecí horas enteras embrutecido. A mis espaldas oía los sollozos entrecortados de Conrada y, esporádicamente, desde la puerta, los de las criadas, que venían a satisfacer sus raciones de horror en la contemplación de mi sufrimiento.

No sé si llegué a dormir o si aquel estado de embotamiento de los sentidos era ya un preludio del delirio. Como si no aconteciera en la realidad sino en otro plano subyacente a la vida, experimenté una sensación de pánico al escuchar los pasos de mi padre acercándose y el coro de lamentos de las criadas acompañándole hasta mi cuarto. Yo no quería desprenderme de aquel velo de insensibilidad que me aislaba del dolor y temía que mi padre me despojara de él. Ignoro si no pude abrir los ojos o no quise mirarlo; si no pude moverme o decidí no manifestar haber advertido su presencia. Se reclinó sobre mí; sentí el peso de su cabeza en mi espalda y la vibración de mi cuerpo con sus sollozos. Súbitamente exclamó:

—¡Tiene fiebre, tiene mucha fiebre!

Los recuerdos de aquellos días se conservan en mi memoria en un presente continuo: cual si los episodios, las frases rememoradas o intuidas no fueran sucesivas sino superpuestas. Aunque acaecieran con varios días de intervalo, he perdido el sentido del tiempo fluyente y las conservo agrupadas en un mismo segundo. La voz de mi padre, patética: «¡Dios mío, no te lo lleves también!». La voz del médico: «meningitis». La voz del ama: «Reza mucho a tu madre para que te ponga bueno». Y mi madre junto a mí, presente, actual, como la única realidad viva en medio de fantasmas, dialogaba conmigo y me amparaba. Yo nunca le pedí que me curase. Mi enfermedad era gratísima con su compañía; su larga duración, un deseo inconsciente de prolongar mi estado de delirio, por no perderla.

Pocas semanas después de mi restablecimiento nos trasladamos a Madrid. Una pequeña caravana enlutada y silenciosa descendió por la escalinata y cruzó la avenida de tilos, camino de los coches. En cabeza, mi padre, llevándome de la mano; detrás, Conrada y el resto del servicio.

Con la perspectiva de hoy, al escribirlo, adivino que a medida que avanzábamos, todo cuanto quedaba tras nosotros se iba transformando: el jardín, en selva; el arbolado, en bosque; el estanque, en ciénaga; la casa, en ruinas. La Naturaleza, hasta entonces domada, esperaba nuestra partida para reconquistar lo que era suyo.

Éstos son mis recuerdos de Hansbrook. La vida de los hombres es una sucesión de momentos encadenados y no es posible alcanzar la cumbre sin hollar uno a uno todos los peldaños. Varios episodios de mi vida, harto alejados de mi niñez, tienen sus raíces en aquel entrañable lugar. Nunca como ahora, al poner en orden mis recuerdos, he reparado en la filiación de unos sucesos con los que les precedieron.

Mi padre no volvió a Hansbrook jamás.

II

TÓTUM REVOLÚTUM

MI HABITACIÓN cumplía muy variadas funciones. Hacía las veces de dormitorio, cuarto de aseo y gabinete de estudio, pero este último destino absorbía las tres cuartas partes del espacio invadiendo el reservado a los demás menesteres. Había libros sobre la cama; carpetas con apuntes, en la cuadrícula de porcelana de la ducha; rimeros de papeles sobre el suelo; lápices en el vaso de la mesilla de noche. Si la idea abstracta del caos tomara cuerpo, lo haría imitando a mi dormitorio. Aquellas cuatro paredes encerraban la imagen misma del desorden. Mi cuarto era una perfecta alegoría de la confusión. Adherido con pasta de dientes al espejo del lavabo, había un folio que decía. «Ojo. Advertir a mi padre que Justo Maqueira se quedará a comer».

Justo Maqueira estaba instalado junto a mi cama. La utilizaba como mesa, ya que a la mía de trabajo no podía invitarle porque estaba totalmente invadida por los más variados enseres. Alzó la mano en el aire y, en esta postura, que imitaba a la de la estatua de la Libertad, permaneció varios segundos antes de decir:

—¡Cerillas!

Se las lancé por vía aérea y continué trabajando. Fue la primera palabra pronunciada en cuatro horas. Destapó una botella de cerveza y se la llevó a los labios.

Justo era un muchachote gallego, de inmensa estatura, inteligencia finísima y origen aldeano. A él se debe el nombre —«Tótum Revolútum»— de aquel recinto. Vivía en una pensión cercana a mi casa y a veces se venía a estudiar conmigo para aprovechar mis libros, mi café y mi silenciosa compañía. La cantidad de café y cerveza que cabía en aquel robusto corpachón era ingente. El ahorro que representaba para su bolsillo tomarlo en casa y no en la pensión, nada despreciable. Yo opositaba a una cátedra de Historia de la Universidad de Madrid y él aspiraba a la de Filología Románica. Éramos los más jóvenes de todos los opositores y competíamos en tenacidad, gusto por el estudio y resistencia para el trabajo.

Dormíamos recitando mentalmente nuestros temas, no descansábamos nunca, desconocíamos las distracciones y placeres propios de la edad. No pocas veces me proponía administrar mis fuerzas y cumplir a rajatabla un horario mínimo dedicado al sueño. Raras veces lo cumplía. Abría los libros a la hora de acostarme con intención de repasar sólo unos minutos por la noche lo que había aprendido por la tarde… y el alba me sorprendía estudiando.

Justo Maqueira mantuvo la cerilla encendida entre los dedos hasta quemarse las yemas. Sopló y la dejó caer sobre la moqueta sin separar sus ojos del libro. Al cabo de un tiempo hizo arder otro fósforo, cuya llama se extinguió sin cumplir la función para la que fue encendida. Tardó varios minutos en tener conciencia de su deseo.

—No tengo tabaco —gruñó.

—Estás muy hablador esta tarde —protesté, bromeando.

Lo dije con intención de lanzarle por la misma vía que primero un par de cigarrillos, en cuanto culminase el párrafo en que estaba enfrascado, pero lo olvidé. Y Justo también, pues no volvió a rezongar. Si alguien nos avisaba que acabaríamos chalándonos de tanto mamar doctrina y quemarnos las cejas entre libracos, Justo respondía plagiando al Romancero, engolada la voz:

Mis arreos son los libros
mi descanso el estudiar.

En aquel tiempo Justo Maqueira era mi único amigo. A los otros los fui dejando, o la vida nos fue separando. De mis compañeros de colegio o universidad, él fue el único superviviente, quizá por haberse embarcado en la misma línea vocacional que yo. Hoy, a la hora de escribir, Maqueira está muy lejos de mis actuales inquietudes; odio su recuerdo, pues en cierto modo colaboró a trenzar los primeros flecos de la soga que estuvo a punto de acabar conmigo. No obstante lo dicho, al situarme, para evocar los episodios que voy a relatar, en la mentalidad que yo entonces tenía, siento brotar de mi interior una paradójica corriente de ternura hacia la colosal humanidad de este muchacho a quien después aborrecí tanto. No niego que éste sea el tipo de contrastes que haya querido provocar el doctor en mi ánimo, al forzarme a remover el poso de mis recuerdos. Con mi padre me acontece lo mismo que con Maqueira. Voy dejando de aborrecerle a medida que lo evoco.

Olvidado Justo de su tabaco y yo de lanzárselo, sólo nos distrajo del estudio la llegada de mi padre. Imposible no oírle: su voz era la más poderosa de cuantas recuerdo. No sabía hablar sino a gritos. Para saludar a un amigo o pedir la cena derrochaba tantos pulmones como serían necesarios para hablar, sin micrófono, a una concentración de mil sordos, al aire libre. Las criadas le

temían tanto como yo de niño. No acababan nunca de comprender que sus voces estentóreas y hasta los frecuentes golpes de sus puños sobre las mesas no significaban necesariamente que estuviese enfadado. Era un ser extra vertido, extremoso, eufórico y violento. Yo tardé en comprenderle lo que él tardó en tratarme, pues lo cierto es que de niño y de mozo apenas se ocupó de mí. Le inquietaba mi fragilidad, le intimidaban las manifestaciones de mi carácter, extremadamente sensible. Su posición frente a mi persona se asemejaba a la de un aldeano que se negara a transportar una figurilla de finísima porcelana por tener conciencia de la torpeza y bastedad de sus manos y recelar romperla. Yo le agradecía íntimamente su despego, pues los excesos de su personalidad me acobardaban hasta la exacerbación. Solamente al hacerme hombre comenzó a interesarse por mí, pero con no mucha fortuna.

Se esforzaba por tratarme campechanamente: de igual a igual. Se afanaba en recuperar el terreno perdido y ganar mi amor —que tuvo siempre— y mi confianza, que nunca tuvo. Su zafiedad mental destruía —las más de las veces — mi avidez de ternura. El modo de entender sus deberes paternales era asaz original. Últimamente había nacido en él cierto recelo a causa de la austeridad de mi vida (ordenada a un solo fin: ganar las oposiciones) y, como era más partidario de la acción que de la meditación, se dispuso muy lindamente a romper con la sobriedad de mis costumbres. Yo no había tenido trato íntimo con ninguna mujer, y él —temeroso de que mi candor procediese de una congénita anormalidad— se dedicó con evidente fruición a contratar unas criadas esculturales y espectaculares para despertar mis instintos, descompensar mi equilibrio y observar si me turbaban.

Salí a su encuentro por el corredor.

—Papá, está aquí Justo Maqueira. ¿Puedo invitarle a comer?

Mi padre afirmó con voz tonante:

—¡Justo Maqueira no necesita ser invitado para quedarse a cenar! ¡Tus amigos son mis amigos! ¡Ésta es su casa! ¿Dónde diablos le tienes escondido?

Justo apareció balanceándose como un oso borracho.

—Buenos días, don Carlos.

—¡Hola, muchacho! Pasad los dos al salón. Os prepararé algo de beber.

Dios no había favorecido a mi padre con el don de la observación. Ni Maqueira ni yo bebíamos jamás las combinaciones que nos preparaba. Y no por aversión a los licores, sino por puro sentido de la disciplina. Si bebíamos a mediodía, el sueño se apoderaba de nosotros tras la comida, impidiéndonos seguir estudiando por la tarde. Las plantas de la terraza, los ceniceros

herméticos y los floreros se beneficiaban de nuestras abstinencias alcohólicas sin que mi padre se enterara.

—¡He tenido un día de perros! —rugió mientras batía en la coctelera hielo picado con varios ingredientes infernales—. ¡Mis socios, que son unos zotes, se han dedicado, con singular acierto, a una obra enternecedora: arruinarse… y arruinarme!

Una doncellita de la nueva hornada (a quien mi padre llamaba Adela, equivocando su nombre, pues se llamaba Eulalia) entró en el salón con una bandeja de canapés. Mi padre la fue desvistiendo —prenda tras prenda— con la mirada.

—¡Hay que bendecir a Dios, cada día, por haber fabricado estas cosas! —comentó apenas hubo salido. Y añadió, guiñando un ojo a Maqueira. «¡Ya verás cómo se arrima cuando sirva la sopa!».

Uno de los errores más grandes que puede cometer un hombre maduro al tratar con jóvenes —¡y cuanto más un padre con sus hijos!— es el de buscar la igualdad de trato por la vía de la confianza en temas sexuales. Y es que Eulalia —a quien mi padre se empeñaba en llamar Adela ¡quién sabe por qué asociación de ideas!— estaría más o menos apta para recibir los requiebros de Maqueira, pongo por caso, o los míos. Pero como los jóvenes ven a los maduros más viejos de lo que son (y los maduros se ven menos viejos de lo que son), el adecuar a mi padre con la muchachita no sólo nos resultaba perverso, sino grotesco, que es harto peor.

Nos ofreció dos vasos y los llenó voluptuosamente de un liquido rosado y espumoso.

—¡Os he hecho una combinación para hombres! ¡Ya veréis lo que es bueno!

Mientras mi padre saboreaba con fruición su propia obra, Maqueira aprovechó la circunstancia para vaciar sigilosamente su copa en el cubito del hielo.

—¡Excelente! —exclamó el muy bribón, cuidándose de cubrir el cristal con toda la mano para que no se advirtiera el fraude.

—¡He tenido un día de perros! —repitió mi padre, deseoso de que le preguntáramos la causa de sus desdichas. Como no lo hicimos, se explayó, sin ayuda de nadie—: ¡El mayor error de mi vida fue dar entrada en la empresa a una colección de porros, a una partida de berzas, a un hato de avestruces, cuando tuve que ampliar el capital para renovar la maquinaria de la fábrica de Getafe… y me birlaron la mayoría!

Justo le escuchaba complacidísimo. Ni él ni yo entendíamos nada de negocios. El mundo de las Finanzas, la Industria y la Economía estaba más alejado de su mentalidad que los orígenes del sánscrito. Leer un balance —¡y entenderlo!— era para él harto más arduo que traducir la escritura cuneiforme de los palacios de Babilonia. Su complacencia no provenía, por tanto, del interés del relato sino de la riqueza del léxico que usaba mi padre para denigrar a los demás. Por de pronto ya había ensartado cuatro vocablos —«zotes», «berzas», «porros», «avestruces»— de muy diversa acuñación. Comprendí que mi compañero los anotaba mentalmente y se disponía a asistir al despliegue oratorio del autor de mis días como a un espectáculo. Tan atento estaba que descuidó cubrir el cristal de la copa con sus manazas de leñador.

—¿Estaba buena o no? ¡Venga esa copa, muchacho!

—Estaba colosal. Le felicito. Acepto otra encantado…

Se la llenó hasta los bordes.

—¿Tú quieres otra copa, Jaime?

—No, gracias —respondí—. Aún no he terminado la primera.

—¡Hijo mío! ¿También en esto eres «abstemio»?

Me sonrojé ante el significado del «también» y procuré, para evitar unas chanzas que me humillaban, volver la conversación —aunque estaba muy lejos de interesarme— a su primer derrotero.

—¿Tan grave es la situación de las fábricas?

—Es insostenible —comentó con un torrente de voz—. A ver si me entiendes, Jaime. Este problema, al fin y al cabo, te afecta tanto como a mí. Ya sabes que se empeñaron, con mi voto en contra, en levantar dos fábricas más: una en Manresa y otra en Avilés. ¿Qué es lo que ocurre? ¡Que mis predicciones, desgraciadamente, se han cumplido!

Bebióse de un trago la combinación.

—Cada una de las fábricas, para ser rentable —añadió—, ha de trabajar al tope de su rendimiento. Pero —¡fíjate bien!— si trabajan al tope de su rendimiento no hay mercado en España capaz de absorber la producción. ¡Producimos demasiado! ¿Comprendes? ¡Nos hacemos la competencia a nosotros mismos! ¡Es demencial! ¡Sencillamente demencial!

Más que a las explicaciones de mi padre yo atendía a los paseos y evoluciones subrepticias de Justo, buscando un florero donde vaciar su «bebida para hombres». No bien lo hubo conseguido cuando le vi estremecerse.

—¿Otra copa, Maqueira?

—Con mucho gusto, don Carlos…

Eulalia nos interrumpió:

—Los señores están servidos.

—A mí no me gusta la sopa —comentó mi padre en voz que pretendía ser baja, aunque no lo era—. Lo que me gusta es Adelita. La chica es complaciente y se arrima cada vez más al servirla.

Apenas nos sentamos a la mesa —y quizá por interesarle más las aproximaciones de Adelita que la descripción de sus desgracias financieras—, mi padre se encerró en un profundo mutismo. Maqueira, por distraerme de tan humillante visión, se atrevió a romper el silencio:

—Hay un tema fascinante —me dijo— que podríamos escribir juntos, pues pertenece por igual a nuestras dos especialidades. Tú sabes que varios filólogos han denunciado la presencia de multitud de raíces de origen malayo en algunas lenguas indias de América del Sur. Si tú escribieras acerca de las migraciones orientales, yo investigaría las vías lingüísticas y los rastros fonéticos que aquellas razas primitivas han ido dejando de Norte a Sur de América.

—Te equivocas —le dije—. Los primeros pobladores de América no llegaron a pie, sobre los hielos, desde Kamchatka a Alaska, sino a través del Pacífico, a lo largo de milenios, de salto en salto, de isla en isla… La invasión de América por los hielos del Norte es una hipótesis tan simple como innecesaria.

—¿Innecesaria?

—Claro está, pues no explica cómo se poblaron las Hawai, por ejemplo, ni todo el archipiélago polinésico.

—¡Un momento, muchachos! ¿Todo eso cuándo ocurrió? —preguntó, de pronto, mi padre.

—En los albores del neolítico —respondí.

—¡Dios me ampare! Y ¿puede saberse —¡raza de inútiles!— a quién le puede importar una higa si el archipiélago ese del cuerno se pobló en el neolítico por el Norte, por el Sur, o por generación espontánea como los hongos?

—Es un problema fascinante —tuvo Maqueira el valor de decir. Para llegar «a», hay que venir «de». ¿Desde dónde se extendió la vida humana sobre el planeta…? He ahí un dilema estremecedor.

—Esta noche no podré dormir pensando en ello —se chanceó el viejo—, ¡oh sapientísimos, inútiles empollones!

Maqueira se dirigió a mí solamente.

—Puedo probar —insistió— que hubo invasiones del Norte de Asia al Norte de América. Los esquimales (o *escarlingos* como los llaman en las sagas vikingas) son razas bicontinentales: intermedias entre los dos continentes.

Mi padre no estaba dispuesto a que le hurtáramos su tema preferido. Golpeó la mesa con inusitada violencia.

—El rastacueros de Pepito Sanmiguel —rugió—, que es idiota (y no rebuzna porque Dios es bueno) me descubre esta tarde la piedra filosofal: «Hay que exportar». «¡Bestia! ¿Exportar adonde?», le dije. «A África», me responde el muy cerril, que es más simple que un hilo de uvas…

Yo no tenía humor ni perspicacia para ahondar en los altibajos del carácter de mi padre, quien pasaba de la euforia a la depresión como el acróbata del trapecio a la red. Él era muy capaz de confundir las «Postrimerías —como límite histórico— del Medievo» con las fronteras —como límite geográfico— del Imperio Carolingio; y yo el «inmovilizado» de un balance con la parálisis infantil. Cada uno de nosotros estaba inmune a todo contagio de interés por los problemas del otro. Vivíamos en mundos tan distantes como Sirio de Andrómeda. Mis intentos de acortar las leguas mentales que nos separaban constituían estruendosos fracasos.

—¿Por qué te parece mal la idea de don José Sanmiguel de abrir nuevos mercados en África y exportar allí vuestros productos?

—¡Pepito Sanmiguel no anda en cuatro patas por casualidad! ¡Es tonto de baba! ¡Su cretinismo es integral! ¡Su memez, congénita! ¡Un trozo de cemento es almíbar a punto de hebra al lado de la dureza de su cráneo!

—De acuerdo, de acuerdo. Pero la única solución para la producción excesiva es la exportación. Eso no tiene vuelta de hoja.

—Hijo mío, no todos los productos son exportables. ¡También en Murcia necesitamos agua y no se nos ocurre traerla del Japón! ¡También en Madrid hay déficit de ladrillos y no se nos antoja comprarlos en Australia!

—¡El comercio no es un invento moderno! —insistí con gran suavidad—. Las leyes que lo rigen son eternas. En el palacio del sátrapa Nabopolasar, en la Gran Babilonia…

—¡Detente, desgraciado! —susurró mi padre tras un largo lamento—. ¡Juro por Dios vivo que el médico me ha autorizado a hablar contigo de mujeres, de música y de la migración de las aves acuáticas en primavera! Pero de negocios no, Jaime; de negocios, no… —Y se restregó impúdicamente sobre el seno de Adelita, quien, muy sofocada y sin saber dónde mirar,

colocaba en ese instante ante el señor de la casa un plato de bizcochos con natillas.

No conservo ningún retrato de mi padre. El único cuadro que guardo suyo no es un lienzo colgado de la pared, sino una imagen inamovible clavada en mi memoria. Por lo general las rememoraciones son fluyentes como los ríos, vienen de atrás y siguen hacia adelante con un movimiento continuo. Pero a veces sucede que un momento determinado de nuestra vida pretérita se fija de tal modo en nuestros recuerdos, que se inmoviliza. Es como si el río se detuviera. Lo que vemos no es un devenir de momentos, sino un momento solo, quieto, como la figura central de una obra pictórica. Mi padre no podía entonces sospechar que el único «cuadro» de su persona que yo conservaría a través del tiempo con óleos indelebles sería el de su cabeza descaradamente inclinada hacia atrás y sus ojos entornados mientras rozaba con la nuca, a la hora de servírsele el postre, el cuerpo de su criada.

III

LA VENGANZA DE AFRODITA

ESTÁBAMOS UNA TARDE Justo y yo enfrascados como de costumbre en nuestros estudios, cuando súbitamente mi padre golpeó cortésmente con los nudillos en la puerta del cuarto. No era usual que empleara conmigo tales miramientos. Cuando le placía entraba en mi recinto sin llamar, dando grandes vozarrones e importándole poco que estuviese dormido, estudiando o en cueros bajo la ducha.

—¿Estás muy ocupado?

Asomó la cabeza entre la jamba y la hoja y me dedicó una larga sonrisa enigmática.

—Tienes visita. ¡¡Ya verás qué visita!!

Empujó la hoja y apareció tras ella una muchacha preciosa, de muy buena planta, bien peinada y mejor compuesta, que me buscó ávidamente con la mirada. Yo estaba sin arreglar, mal vestido, rodeado de libros, en un lugar poco apropiado para recibir visitas y, probablemente, con barba de tres días; circunstancias que unidas a mi cortedad de ánimo se aliaron para hacerme sobremanera ingrata aquella inoportuna aparición.

—Ya le decía yo a usted —dijo la chica a mi padre con tono y ademán de fingido reproche— que no se acordaría de mí…

En efecto, yo no podía sospechar quién era. De haber conocido alguna vez mujer tan bonita no habría podido olvidarla.

—¿No te acuerdas de ella, desmemoriado? ¡Es Tonuca, la nieta del ama Conrada! ¡Mira, mira, qué buena moza la ha hecho Dios!

Hansbrook, con todo su poder de añoranzas, vino hacia mí como un viento dulcísimo y lejano. Enrojecí hasta las cejas. ¡Tonuca! ¿Quién hubiera podido reconocerla? Cuando la vi por vez primera llevaba el pelo recogido en un moño pintoresco y tan estirado que se me antojó milagroso que pudiese cerrar los ojos para llorar. Desde que fuimos sorprendidos abrazados y tumbados en la balda de un armario, sólo una vez había vuelto a verla: cuando murió su abuela. Tonuca era ya entonces una mocita descarada, despabilada y perfectamente consciente de la generosidad que había tenido con ella la

Naturaleza. Yo, con mis quince años a la espalda, era «todavía» un niño y ella, con sólo trece, era «ya» una mujercita. Y una mujercita adorable. Así al menos me lo parecía a mí, mientras en el funeral por el ama Conrada admiraba yo con tanta inocencia como poca discreción las maravillas que a tan temprana edad obra el Creador en alguna de sus criaturas.

Ahora la tenía de nuevo ante mí y me mortificaba el temor de que guardase aquellos episodios en la memoria con la misma claridad que yo. Me incorporé un tanto corrido y estreché su mano.

—Éste es Justo Maqueira —dijo mi padre presentándole—. Es un destripalibros de la misma camada.

—¡Mira que no acordarse de mí…! —protestó Tonuca sin hacer caso del gallego. (Alzó los brazos y los dejó caer después sobre los muslos en un ademán muy campesino.)—. ¡Con lo que hemos jugado de niños!

Volví a enrojecer pensando en el cariz de aquellos juegos y el hecho de sentir cómo la sangre me subía al rostro aumentaba mi turbación.

—¡Y no sólo jugar! —añadió—; que un día me arrastró usted por el suelo tirándome de un moño que yo tenía…

—Eso es imposible…

—¡Andá! ¿Pues no dice que es imposible? ¡Ya lo creo que me arrastró! Y otro día, cuando murió mi abuela…

—Me acuerdo muy bien —la interrumpí—; estabas un poco asustada. Sería por la pena.

—No era por la pena, no. Es que… ¡me miraba usted de una manera!

Rompimos los cuatro a reír, bien que las carcajadas de mi padre fueron tan estentóreas que acallaron las nuestras. Cuando la hilaridad se lo permitió, juró a grandes voces que de niño y de muchacho yo prometía ser un Don Juan, pero que la timidez había malogrado mi carrera de conquistador. No valieron mis protestas ni la evidente irritación que aquellas extemporáneas y desafortunadas confidencias me produjeron.

—No sabes, Tonuca, lo pacato que se nos ha vuelto. ¡Prefiere un mal libro a una buena mujer! Yo quiero espabilarle, pero no se deja…

Súbitamente dejó de reír; se golpeó la frente con la palma de las manos; maldijo su falta de memoria; miró inquieto el reloj; juró que llegaría tarde a una cita con el Ministro de Industria, se quejó amargamente por tener que abandonamos y se fue por donde vino, cerrando alevosamente la puerta tras sí. Por el pasillo le oímos lamentarse a gritos de que sus muchas obligaciones le impidieran, día tras día, tener un rato de tertulia, en familia, con su único hijo.

Maqueira y yo quedamos corridísimos al vernos encerrados con aquella muchacha tan bonita en ese antro del desorden y no sabíamos qué decir ni por dónde iniciar un diálogo coherente con nuestra visitante. Yo añadía a mi natural timidez una soterrada indignación, pues no pude menos de intuir en aquella aparente falta de delicadeza una maniobra consciente de mi padre.

A él no le alarmaba mi salud, perpetuamente amenazada por el insomnio y el esfuerzo titánico que exigía la preparación de mis oposiciones; no le ofendía mi desapego por sus negocios ni la indiferencia que me inspiraban las empresas que él fundaba y dirigía. Lo único que le preocupaba de mí y parecía ofenderle era el hecho —que consideraba insólito— de haber alcanzado los veintitrés años sin tener trato íntimo con ninguna mujer. Su pretensión de provocar mis instintos era a un tiempo grotesca y obsesiva. A veces pensaba que se sentiría más satisfecho sabiéndome en la cama de un burdel que no en «mi» cátedra de la Universidad.

La nieta del ama Conrada tenía sobrada desenvoltura para vencer cualquier situación embarazosa. Había heredado no sólo el afecto de los suyos por mi familia sino un caudal de noticias y anécdotas acerca de mis gentes, que contaba con no poco gracejo y que Maqueira fingía escuchar sonriendo mientras repasaba mentalmente el texto recién aprendido. Por muy nieta que fuese de una servidora de mi casa, no me parecía correcto que se mantuviese en pie mientras yo estaba sentado; mas ella no aceptó mi indicación sino después de mucha insistencia mía. Al fin lo hizo, muy modosa, al borde del asiento y las manos sobre las rodillas.

Súbitamente la interrumpí.

—No recordaba que tuvieses los ojos azules, como mi madre —le dije.

Observé en Tonuca una extraña mirada entre irónica y compasiva que tardé mucho tiempo en poder interpretar.

—Usted… habla siempre mucho de su madre, ¿verdad?

—Supongo que como todo el mundo —respondí.

—Como «todo el mundo» no —sentenció Maqueira.

Hubo un cruce de miradas entre ambos.

—Los míos no son azules, son verdes —comentó la chica.

Y acercó tanto su rostro al mío, para que lo comprobara, que sentí el calor de su aliento y el olor joven de su piel.

—Son azules —insistí.

—Lo que pasa —comentó Tonuca—, es que estoy un poco nerviosa. Y cuando una está nerviosa, ¡ya se sabe!, se le cambia el color de los ojos.

Nunca había oído semejante afirmación.

—De su natural son verdes —aclaró—, pero a veces se ponen lilas, grises, azules y también violetas. Todo depende del color de lps muebles o de que una esté nerviosa o de que haya tomado mariscos.

—¡Vaya, mujer! ¿También por tomar mariscos?

—Pues claro… ¡todo el mundo lo sabe! —terció Maqueira muy serio.

Y se inventó una teoría asaz peregrina sobre la influencia de moluscos y crustáceos en la pigmentación del iris.

Tonuca agradeció aquella súbita alianza, mas confesó que la transformación cromática era sólo por los nervios. Concluyó que no se notaba porque ella sabía contenerse «por buena crianza».

—Y cuéntame: ¿a qué se debe el que hoy estés así?

—¡A qué va a ser! A mi nuevo trabajo.

—Me encanta que me hables de tus cosas. Anda, cuéntame qué trabajo es ese que te hace cambiar el color de los ojos.

Me lanzó una mirada inquisidora. Rompió a reír.

—No se haga usted de nuevas. ¡Como si no lo supiera!

—Te aseguro que lo desconozco, mujer. ¡Dímelo!

—Pues ¿cuál va a ser? Los pobres no tenemos mucho donde escoger. Me coloco de chica de servir.

—¿Qué me dices? ¿Dónde?

—¡No se haga usted el que no lo sabe!

—¿Y por qué iba yo a saberlo?

—Porque es aquí, en su casa, donde hoy empiezo a trabajar —dijo sonrojándose por primera vez—. De doncella particular de usted… ¿Ahora se desayuna?

Maqueira tuvo un súbito ataque de tos y yo enrojecí de ira. Acababa de entender que la maniobra de mi padre era de fondo. Mucho más de lo que imaginé. Tonuca era, por lo que veníamos de oír, la última belleza con cofia y delantal que ingresaba en casa con la finalidad de espabilarme. Los manejos de mi padre se me antojaban de una exquisita zafiedad.

—Bien, Tonuca. Muchas gracias por tu visita —exclamé no poco turbado —. Y ahora vete a tus cosas, que nosotros debemos seguir estudiando.

Ya iba a salir cuando ordené con buscada sequedad:

—Tráeme un café solo. Muy cargado, por favor.

Mas no era café lo que yo quería, sino restablecer las distancias apropiadas y demostrar mi autoridad.

Apenas hubo salido, lancé con ira la almohada de la cama contra la pared. Justo Maqueira se desternillaba de risa en un rincón.

—¡Esta muchachita en tu casa puede dar al traste con tus oposiciones!

Me encaré con él.

—¿Puede saberse, majadero, por qué dijiste a esa chica si yo hablo o dejo de hablar de mi madre de una u otra manera?

—¡Vamos, Jaime, no seas picajoso! Estábamos todos bromeando…

—No me gustan esas bramas. ¿Por qué lo dijiste? ¡Habla en serio!

Maqueira se llevó una mano a la oreja y comenzó a pellizcarla.

—¿Quieres realmente que hable en serio? Resulta —¡no sé cómo decirte! — muy infantil que siempre que conoces a una muchacha te pongas a buscar un parecido entre tu madre y ella. No es la primera vez que presencio lo mismo. Te aseguro que resulta grotesco…

Enrojecí y no dije nada.

—Con Alicia te pasó lo mismo.

—¿Con Alicia? ¿Qué me pasaba con Alicia?

—Que era asombrosamente parecida a tu madre.

—¿A mi madre dices?

Para probar lo que afirmaba, Justo descolgó un retrato de la pared, sobre la mesilla de noche, y me lo acercó. Aunque la fotografía, levemente azulada como los daguerrotipos antiguos, fue tomada dos años antes de nacer yo, mi madre estaba tal como entonces la recordaba. (Ya he dicho antes que ahora, al tiempo de escribir estos sucesos, ya no la recuerdo). Junto a ella había una niña, mucho más joven, a quien no conocía: tía Elisabeth. La pérgola de Hansbrook enmarcaba a las dos hermanas. La pequeña llevaba en los brazos un ramo de hortensias. El sol se filtraba con dificultad por la parra virgen. Todo el retrato estaba aleopardado; con motas de luz y sombra.

—Es posible que Alicia se pareciera algo a mi madre —confesé—. No había caído en la cuenta…

Enrojecí de nuevo al decirlo, pues estaba mintiendo. Yo tenía plena conciencia de que todas las muchachas que me habían agradado, cuya compañía —antes de encerrarme en mi torre de marfil— buscaba con más anhelo, tenían siempre un dejo, un aire, un vago parecido con mi madre. Unas veces era el óvalo del rostro, otras la proporción del cuerpo o la arquitectura de las manos o el color de los ojos… Y como esta semejanza era la causa primera —y quizás única— de la atracción, mi modo de comportarme con las jóvenes de mi edad estaba marcado con este signo: carecer de inclinaciones o impulsos que pudieran manchar a cuanto de mi madre había en ellas. Todas las mujeres que he querido —salvo Pepa Niebla—, eran, en cierto modo, mi madre o participaban de su encanto y su pureza. No eran, pues, para mí, imán

de tentación sino de limpia atracción como la que un niño de pocos años, no pervertido, puede experimentar hacia una bella mujer amiga de su casa.

Maqueira colgó el retrato y se volvió lentamente hacia mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Jaime?

—Puedes.

—¿No has estado nunca íntimamente con una mujer?

—Sabes perfectamente que no.

—No deseo ofenderte, Jaime…

Se interrumpió para dar una bocanada y expeler el humo, con pausa.

—…pero quisiera estar seguro —añadió frunciendo la frente— de que tu retraimiento obedece sólo a causas morales y no a… a…

—Puedes estar seguro.

—¡Llevas tres años sin salir con una chica ni para ir a un cine!

—¡Llevo tres años preparando mis oposiciones!

Tonuca golpeó la puerta anunciándose y entró con el café.

—¡Cómo me gusta —exclamó— verlos así, de cháchara, y no tragándose los libros como si fueran pasteles!

—Tonuca… —dije severo—, no te hemos pedido tu opinión.

—Pero yo se la doy… ¡Mira éste! —replicó con infinito descaro.

Dejó el café sobre la mesa y salió antes de que supiera qué contestarle.

—La chica es preciosa —comentó Maqueira entornando los ojos—. Pero me temo que no va a tenerte mucho respeto…

—Temo lo mismo —murmuré con voz sombría.

Mis temores respecto a los abusos de confianza de Tonuca tuvieron en los meses subsiguientes una rotunda confirmación. Pretender con quien lleve faldas borrar las huellas de una intimidad anterior es tan imposible como quemar agua. El haber arrastrado a una mujer por las guedejas (aunque sea una mujer en cierne) es una ceremonia, por lo visto, que imprime carácter, como el Bautismo o el Sacramento del Orden Sacerdotal y concede a la víctima ciertos privilegios muy sutiles contra el que fue su verdugo infantil. Privilegios a los que Tonuca no estaba dispuesta a renunciar.

Era descarada, insolente y respondona. Con todo y con eso, su dedicación a mi persona resultaba conmovedora, y había en el fondo de sus modales cierta ternura que compensaba sus desgarros.

A Tonuca le soliviantaba verme perder lo mejor de mis años encerrado entre cuatro paredes, le maravillaba mi capacidad de ensimismamiento, le

escandalizaba que mi padre, con la fortuna y la posición de que gozaba, permitiera e incluso alentara lo que ella consideraba un lento suicidio entre libros, apuntes y cuadernos. Pero admiraba la función intelectual —el *aprender cosas*, como ella decía— como reservada a seres superiores. Cuando caía la tarde, Tonuca (que respetaba mis horas de estudio e incluso me protegía de interrupciones y distracciones), me forzaba a tomar unas horas de descanso hasta la cena. Entraba de improviso.

—¡Se acabó! Hoy no se estudia más…

Abría las ventanas de par en par para ventilar el cuarto, cargado de humo; ordenaba cuanto podía; retiraba los cascos vacíos de cerveza y las tazas de café.

—Cuénteme qué rollo ha estudiado usted hoy.

—Nada de rollo, Tonuca. La Historia es fascinante.

—¿Qué es «la Historia»?

Le interesaba más provocarme a hablar que atender a lo que le dijera. Le divertía mi exaltación. Le gustaba el calor que ponía en mis palabras más que las palabras en sí mismas.

—La Historia, Tonuca, es la más alucinante aventura que se pueda soñar…

—¿Y de qué tratan esas aventuras?

—Del camino recorrido por el Hombre desde sus orígenes hasta nuestros días. La Historia no se está quieta como las figuras de un cuadro, sino que está en perpetuo movimiento como la música. El objeto de la Historia es la andadura del Hombre o, si quieres, «el Hombre en movimiento». Desde que existe nuestra especie, desde que el primer *sapiens*, alzándose sobre sus plantas, dio el primer paso, la Tierra hollada por su pie ya era tierra conquistada. La conquista de la Tierra por el Hombre: eso es la Historia.

Tonuca me escuchaba conmovida.

—¡Qué bonito es saber «cosas»!

A veces Justo Maqueira participaba en nuestras tertulias, pero sus intervenciones no le interesaban tanto como las mías.

—El Hombre —explicaba yo—, que vivía en rebaños, se extendió a velocidades increíbles para sus pobres medios por toda la superficie de la Tierra. Lo ignoraba todo y más que nada se ignoraba a sí mismo. Primero descubrió los utensilios que complementaban la ineptitud de sus manos; y el lenguaje, para expresar sus instintos: el hambre, el miedo, el amor… Mucho más tarde descubrió la escritura para que sus pensamientos llegaran a los ausentes e incluso se proyectaran hacia los que aún no habían nacido:

aquellos que vendrían después. Lo último que descubrió el Hombre fue su mundo interior y con él el colosal poder de que estaba dotado. El día en que el Hombre pasmado de su fuerza, comenzó a observarse por dentro —concluí— ¡ese día comenzó la cultura!

—Usted es un poeta. ¡Eso es lo que es usted! —exclamó de pronto Tonuca halagando por igual mi gratitud y mi vanidad.

Rompí a reír ante esta súbita explosión de entusiasmo. Creyendo que me burlaba buscó la protección de Maqueira. «¿Verdad que se puede ser poeta sin necesidad de escribir versos?». ¡Se lo he oído decir a gente que sabe mucho!

—Pero es que él —dijo Maqueira señalándome— «además» los escribe.

Tonuca palmoteo entusiasmada.

—¡Dígame alguno! ¡El que más le guste!

Tanto insistió que me dejé convencer.

—Bueno; sólo diré uno y sin que sirva de precedente. Se titula «Te quiero como el mar quiere a los ríos».

—Déjeme que lo piense despacio —me interrumpió Tonuca—. «Te quiero como el mar quiere a los ríos…». ¡Oiga, oiga, está muy bien eso!

Te quiero como el mar quiere a los ríos
que le roban sus brisas a la altura
y al agua amarga llevan la ventura
del pájaro, la peña, el valle umbrío…
Y en el recio fluir de su albedrío
ecos de la alta peña y la espesura.
¡Que así fluye en tu cauce la ternura
que mana de tus ojos a los míos!

—¿Cómo ha dicho, cómo ha dicho? —interrumpió Tonuca exigiendo que le repitiera los dos últimos versos.

Lo hice y proseguí:

Tú que tienes del alba en la mirada
la quietud, el color y la pureza,
dile al sol que detenga su jornada,
no se pierda en el cielo la belleza
de esta hora total y abandonada
reclinada en tu pecho mi cabeza.

—Es magnífico —comentó Maqueira, cuando hube concluido.

Y Tonuca añadió, soñadora.

—Los amores así no existen…

—Es un poema dedicado a mi madre —expliqué.

Sonrojóse Tonuca al oír esto, y Maqueira no ocultó su desaprobación mirándome con expresión hostil.

No siempre era Tonuca tan delicada. Su trato no fue siempre tan poético. En cierta ocasión me aconteció con ella algo tan insólito y fuera del orden lógico de las cosas, que —a pesar del tiempo pasado— no puedo recordarlo sin sentirme profundamente confundido.

Intentaré relatarlo con fidelidad. Era de noche. Yo estaba dispuesto a trabajar hasta el alba y me acerqué a la cocina a horas muy avanzadas para prepararme un café. Oí unos pasos apresurados en las habitaciones de servicio, y al poco tiempo apareció Tonuca. Iba descalza; llevaba un abriguito de calle, sin abrochar, a modo de bata, encima del camisón, y el pelo desordenado y suelto sobre los hombros. Estaba bellísima. Me azoré como un párvulo al verla. El escote de la camisa de dormir era más que generoso.

—¿Qué hace usted aquí, en la cocina?

—Me estoy preparando un café.

—Y… ¿no sabe usted tocar el timbre?

—No quería despertar a nadie…

—Pues más vale despertarme con el timbre que no estar hurgando de noche por estas puertas. ¡Menudo susto me ha dado!

—No tenías motivo de asustarte. Ya te he dicho que estay preparándome un café. Y ahora vete a acostar. No te necesito. Estás medio desnuda…

—Ya se lo llevaré yo, que está usted poniendo todo perdido.

Me arrebató la cafetera de la mano.

—Y si le parece indecente mi ropa… —añadió con no poca desfachatez —, con no mirarme ¡Santas Pascuas!

No obstante lo dicho, cuando entró en mi cuarto llevaba el abrigo abrochado, muy púdicamente, botón a botón.

—¿Por qué me has dicho antes que estabas sola en tu cuarto? ¿Eulalia no duerme contigo?

—¿Conmigo? ¿Eulalia? Usted sabrá mucho de escrituras… ¡pero lo que es de la vida! ¡Vamos, que está usted en Babia! Eulalia tiene novio, ¿sabe usted? Y duerme con él. Y no vuelve a casa hasta que su hombre no se ha ido al trabajo…

Si la noticia me dejó perplejo, ¿qué diré del epílogo? En otras ocasiones —según la puntual explicación de la chica— cuando el mecánico salía de viaje con mi padre y por tanto su dormitorio quedaba libre, Tonuca pasaba a dormir a ese cuarto, y Eulalia se traía a casa al rufián. Yo escuchaba todo aquello presa de infinita confusión. ¡Mi hogar convertido poco menos que en una casa de citas! ¡Tonuca practicando la tercería, protegiendo los amores de

Eulalia, como una vulgar alcahueta! No encontraba palabras para afear su conducta.

—¡No lo puedo creer! Me parece, Tonuca… —no sé cómo decirte— abominable… y perverso… que los ayudes a ensuciar esta casa con sus porquerías.

—¿Por qué «porquerías»? ¡Ellos se quieren! —arguyó inapelable.

—En cuanto regrese mi padre de Lisboa hablaré con él para que la ponga de patitas en la calle.

Me habló suplicante.

—Si se lo he soplado a usted ha sido sólo para explicarle el susto que he pasado y no para perjudicar a una compañera.

—Me importa un rábano los motivos que hayas tenido para contármelo. El caso es que estoy enterado, y eso basta.

Tonuca se mordió los labios con rabia.

—Va a parecer que le he hecho una cabritada a la Eulalia. ¡Nadie tiene la culpa de que sea usted medio cura o que lo parezca!

—Está bien, Tonuca. Vete a dormir. No pienso consultarte mis decisiones.

La chica puso los ojos en blanco, con buscada y sarcástica comicidad.

—De los pazguatos y papamoscas… ¡libera nos, dómine!

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque sé latín!

—Yo en cambio sólo sé que eres una insolente. ¡Vete de aquí!

Tonuca se acercó a la puerta. Estaba sofocadísima.

—¡Caray con el don Melindres este! ¡Cree que si me quedo un minuto más… pongo en peligro su virtud! ¡Eso es lo que cree! Por eso me echa del cuarto. ¡Será gili el tío…!

Me dio la espalda para salir. Su deslenguamiento rayaba en lo inaceptable. No pude sufrir tanta desvergüenza. Lo primero que hallé a mano fueron las zapatillas. Se las lancé con ira. Una le dio en la nuca, en la espalda la otra. Se encogió brevemente al sentir los golpes y se detuvo. Permaneció así unos segundos. Volvióse muy lentamente con ademán de reto. Supongo que en aquel instante ya había ideado su venganza, bien que fueran mis palabras posteriores las que actuaran de percutor, y la decidieran a ejecutarla. Una sonrisita de feroz complacencia aleteaba en sus labios. Le brillaban los ojos, más que de rabia, de anticipada satisfacción por lo que iba a hacer…

—Discúlpame —logré decir, comiéndome las palabras—. Me ha irritado mucho lo que has dicho. Estoy muy arrepentido. Yo te tengo mucho afecto… Somos como hermanos, y…

—¿Como hermanos?

Rompió a reír con tanto sarcasmo que de no haber comenzado ya los movimientos preliminares de su venganza sutilísima —y con ellos mi paulatina paralización— le hubiese lanzado a la cara no dos objetos muelles como las zapatillas sino proyectiles contundentes como los libros.

—¿Qué… qué… estás haciendo?

Fue lo último que fui capaz de tartajear. La sangre se me vino a los talones al comprobar perplejo que se estaba desabrochando ¡que había desabrochado ya! el abrigo y lo dejaba caer desde los brazos hasta el suelo. Después… después…

¿De qué modo explicaré «después» mi turbación, al observar, atónito, cómo deshacía lentamente un lazo en el escote, y cómo se acariciaba blandamente los hombros y cómo ayudaba con las manos a deslizar sobre sus brazos los tirantes de la camisa de dormir hasta dejar su cuerpo al descubierto? ¿De qué palabras echaré mano para describir mi sobresalto al ver cómo la ropa se desplomaba sobre su piel hasta quedar suspendida de la comba de la cadera?

La mujer de Lot, convertida en estatua de sal, era un atleta olímpico comparada con mi capacidad de movimientos. Entontecí súbitamente como las víctimas de las serpientes cuando éstas fijan sus ojos en ellas antes de cazarlas y engullirlas. Y los de Tonuca estaban fijos en los míos procaces, anhelantes, espiando mi sorpresa, mi conmoción; leyendo mis sentimientos encontrados y gozándose en mi aturdimiento.

—Vamos a jugar, Jaime… ¿No somos hermanos? Pues, ya se sabe, los hermanucos… juegan.

Se reclinó en el quicio de la puerta. Tendió los brazos hacia mí.

—Estamos solos en casa…

¿Me estaba invitando real y verdaderamente a tomar posesión de lo que ofrecía? ¿Era acaso —como las circunstancias parecían indicar— una burla cruel asestada contra mi castidad? ¿Pretendía tal vez satisfacer su vanidad, aprovechar un pretexto baladí para provocar mi admiración hacia la rotunda perfección de su anatomía? Quizás hubiera en su decisión una brizna de todos y cada uno de estos elementos.

Al observar mi incapacidad —provocada de consuno por la humillación, el estupor y la tristeza—, sus facciones se endurecieron.

—¡Qué más quisieras tú, serafín!

Cuando mi cerebro volvió a funcionar, mi primer pensamiento fue el de haber sufrido una alucinación. Era absoluta, radicalmente imposible que eso

me hubiese ocurrido a mí. En el lugar en que estuvo Tonuca, junto al quicio de la puerta, yacía su abrigo. Bajo sus pliegues asomaban —¡mudos causantes del drama!— mis zapatillas. Me llevé una mano a la cabeza. Seguía milagrosamente en su sitio: sobre los hombros y entre las dos orejas. Miré furtivamente al retrato de mi madre.

—No he tenido la culpa… —dije—. ¡No comprendo nada! ¡Nada!

Al ir a depositar su abrigo en la cocina, la oí correr ruidosamente el cerrojo de la puerta.

Han transcurrido muchos años desde entonces. La figura de Tonuca semidesnuda, suelto el pelo sobre los hombros y enganchada la ropa en la cadera; su mirada procaz, su cuerpo joven no han podido borrarse de mi memoria. No hay lascivia alguna en mis recuerdos. Hay sólo dolor y consternación.

A mis veintitrés años —época a la que corresponde este relato— yo era más cándido que un arcángel; tenía la formación intelectual de un hombre culto de cuarenta y la mentalidad de un niño de diez. Mi posición ante la vida era la del pez que se acerca al pescador submarino a ver en qué consiste un arpón. Y la vida me clavó su arpón. Y fue más insufrible el dolor de la sorpresa que el de la propia herida.

IV

CREPÚSCULO DE MIS DIOSES

A LA MAÑANA SIGUIENTE no me vino a despertar. Por no encontrarme con ella, no quise acercarme a la cocina. Total: que me quedé en ayunas hasta muy avanzada la mañana. Intenté estudiar. Pretensión inútil. Sobre las hojas del libro, mi fantasía proyectaba la imagen de Tonuca exhibiéndose desnuda con tanta procacidad como la víspera en el quicio de la puerta. Prefería morir de hambre antes de dar un paso para llamarla. Me sentía tan aturdido y apesadumbrado cual si hubiera sido yo, y no ella, quien realizó la grotesca y turbadora exhibición. Un cúmulo de preocupaciones nacidas más de mi candor que de un sincero sentimiento de equidad me alucinaban: no sería justo —me decía— despedir a Eulalia, y absolver, en cambio, a Tonuca. Mas apenas me hacía esta reflexión, procuraba encontrar fórmulas que tranquilizaran mi conciencia por absolver a Tonuca y despedir a Eulalia. Bien pensado, Tonuca había realizado un acto de heroísmo semejante al de *Lady* Godiva cuando cruzó a caballo desnuda la ciudad de Coventry. Ésta lo hizo para salvar a sus vasallos de los abusivos impuestos a que los tenía sometidos su esposo, Leofric, conde de Mercia. Y Tonuca para salvar a Eulalia de un despido fulminante, que ella juzgaba injusto. Me entretuve en sopesar las cosas desde este ángulo novísimo: Tonuca, heroína; Tonuca, mártir de la Justicia… Mas no acababa de cuadrar exactamente el modo que tuvo de mirarme con la castidad que imaginaba en los ojos de aquella santa de la antigua Roma, que murió de pudor al ser desnudada ante sus jueces. En definitiva, no tenía más que estas cuatro alternativas: despedir a Tonuca y absolver a Eulalia, víctima del amor; despedir a Eulalia y absolver a Tonuca, víctima laboral caída en acto de servicio por defender a una compañera; despedir a las dos, salvando mi casa del deshonor; no despedir a ninguna y convertir mis paredes en antro de lenocinio, casa de mancebía, lupanar elegante. Maqueira y yo haríamos de jayanes y nuestras criadas de meretrices.

El hambre hurgaba despiadadamente en mi organismo. Era necesario tomar una determinación. Me puse en pie para ensayar una frase. Me encaré con la puerta por donde habría de llegar Tonuca apenas pulsara el timbre: «¡A

la calle! ¡Fuera de mi casa!», le diría. Y lo dije, en efecto, bien que en voz muy baja y «actuando»: actuando, como un mal actor en su camarín antes de iniciarse la representación. Súbitamente vi con horror que alguien movía desde fuera el pomo de la puerta. Me precipité entre mis libros, coloqué las manos a modo de apretada visera ante los ojos y fingí estar hundido en las simas del estudio. Alguien se acercaba a mí. Hubiera podido venir armado de un puñal y clavármelo en la espalda, y yo no habría tenido valor para levantar el rostro y defenderme.

—¿Me perdona por lo de ayer? —murmuró Tonuca a mi lado, con un hilo de voz.

No respondí. Fingí no oírla. Todos los arrestos imaginados para mi discurso habíanse desvanecido cual columnilla de humo ante un fuerte mistral.

—¿Me perdona por lo de ayer? —repitió acongojada. Y su tono era tan melódico, humilde y estremecido que hubiera causado envidia a Eleonora Duse en sus tiempos mejores.

Apreté los dedos sobre la frente y comencé a leer en voz alta, al azar, el Diario de Colón.

—*«Varios hidalgos que moravan en Gomera con doña Inés Peraza y que eran oriundos de las islas de Hierro aseguraban que todos los años aparecía una tierra al oeste de las Canarias…».*

Tonuca acercó una silla y se sentó junto a mí.

Hice un alto para tomar aliento.

—Le juro que estoy muy arrepentida…

Seguí leyendo:

—*«Y otros naturales de la Gomera afirmaban lo mismo bajo juramento…».*

—Ha pasado algo muy raro —añadió súbitamente—. La pobre Eulalia se ha despedido. Pero por su gusto, ¿sabe usted? Sin que yo le dijese ni pum. Llegó, hizo la maleta y se largó; mismamente como si nos hubiese oído.

—¿Sin cobrar su sueldo?

—Eso le pregunté yo; que por qué no lo cobraba.

—¿Y qué te dijo?

—Que ya se lo pagaría otro día el señor o usted. Bueno, en realidad lo dijo con otras palabras. «Ya me lo pagará tu señorito». Eso es lo que dijo. Para mí que esa guarra cree que usted y yo nos entendemos.

—¡Tonuca! No te consiento que…

—Discúlpeme. Siempre me pierdo por la boca, como los peces.

—Me alegra que lo reconozcas: hablas mucho. Y déjame solo de una vez. Quiero estudiar.

Aquella tarde Maqueira se presentó en mi casa vestido de punta en blanco, hecho un brazo de mar. Nada más verle comprendí que el propósito de su visita no apuntaba esta vez al estudio. Yo albergaba la secreta esperanza de atreverme alguna vez a aconsejarle acerca de su modo de vestir. Cuando quería lucirse delante de alguna chica se adornaba de suerte que parecía un marinero de asueto que baja al puerto en un día de fiesta. Había venido a proponerme, y lo hizo con muchos circunloquios, pues conocía la austeridad de mis costumbres, que tomáramos una noche de descanso. «De cuando en cuando es necesario evadirse», me dijo.

Maqueira entendía por «evasiones» unas juergas indecentes con mujeres de ínfima laya que él se agenciaba en verbenas y bailes populares. No me cabía en la cabeza que un hombre tan equilibrado como él pudiera entretenerse con gitanas y fregonas. Y me preguntaba qué conexión podría haber entre un espíritu tan elevado y culto como el del filólogo y una buscavidas medio analfabeta y probablemente sucia.

—¡Son dos chavalas muy complacientes! —comentó por convencerme.

Me negué a acompañarle. Súbitamente se acercó a mi mesa y echó una ojeada a mis papeles.

—¿De dónde has sacado este dato? —preguntó intrigado.

Le señalé un tomo en mi biblioteca. Lo extrajo de su sitio y leyó ávidamente el índice. Miró inquieto el reloj.

—Aún no son las siete —dijo—. No importa mucho si llego un poco tarde. ¡Haces mal en no venir…!

Yo hubiera querido pedir a Maqueira que se largase cuanto antes. Estaba atareado con un tema que me fascinaba: la influencia de las leyendas medievales (desde Simbad, o San Barandán, o el *Libro de las Maravillas*, de Johan de Mandeville) en la cartografía de la época: los mapas de Martín Behaim o Toscanelli. Pero Maqueira se había instalado junto a mi cama y trasladaba cuidadosamente desde el libro a un folio de papel un dato de su interés; y, en verdad, no me estorbaba. Me senté ante el escritorio, sin esperar su partida: revisé unos apuntes, abrí dos libros, comencé a escribir…

La luz del ocaso flameaba en los visillos cuando Maqueira exclamó: «Anoto este dato, termino la cerveza y me voy. ¿Por qué no te animas?».

Uno de los dos había encendido ya la luz eléctrica. Me abstraje en mi trabajo. Olvidé a mi padre, del que ignoraba si había regresado o no de Lisboa; olvidé a Maqueira y a sus dos chavalillas complacientes; me olvidé de

mí mismo. Pasaron las horas. Fuera de allí, las puntuales estrellas marcaron la medianoche. Más tarde tres campanadas gotearon desde la torre de una iglesia. Muy pronto la esfera celeste declinó anunciando a los hombres la llegada del alba. Y amaneció. Y el mismo sol que doró mis visillos al despedirse, los encendió de púrpura al saludarlos. Mi pluma se movía rápida sobre las cuartillas. Las ideas esperaban ordenadamente su tumo para fluir y expresarse. ¿Qué placer asequible al hombre puede superar a la función creadora? Yo tenía conciencia de la originalidad de mi exposición —que ya había apuntado como un esbozo en mi tesis doctoral— y me sentía satisfecho de mí mismo. ¿Cómo comparar el deleite intelectual con los torpes goces ocasionales a que se habría entregado Maqueira en el catre de una mancebía barata, con alguna de sus chavalillas complacientes?

No me engañaba en lo primero: la supremacía del contento moral y la delectación intelectual sobre cualesquiera otros solaces; mas erraba lamentablemente al juzgar a mi amigo, quien, sentado a la usanza mora en la moqueta, junto a mi cama, a muy pocos metros de mi espalda, olvidado de sus compromisos sentimentales, arrugado el traje dominguero, yacía sumergido en las profundidades del estudio. ¡Se había pasado la noche en «Tótum Revolutum» sin que yo lo advirtiera! ¡El dato aquel que tanto le interesó tuvo más poder de atracción sobre él que la cita con las dos mozas! Volví todo mi cuerpo sorprendidísimo. Maqueira, sin levantar la cabeza del libro, alzó su brazo en el aire cuan largo era, y exclamó como tantas otras veces:

—¡Cerillas!

¡Qué baladíes me resultan ahora estos episodios! Al escribirlos hoy, vistos desde tanta distancia, no puedo menos de calibrar su intrascendencia. Pero su misma trivialidad me ayuda a medir, al tiempo que los evoco, mi falta de preparación para resistir impactos tan violentos como los que habían de herirme muy pronto.

En el primer capítulo de estas memorias —que escribo, insisto en ello una vez más, obedeciendo las instrucciones del médico que me atiende—, mi inicial desagrado fue vencido por el creciente placer de evocar a mi madre. Aquellos años el fluir de mi existencia tenía en ella un margen permanente, una orilla quieta. Yo era «el agua que pasa». Ella, «la flor que está». Estoy parodiando el verso del poeta[1]:

Tú eres la orilla inmóvil del río de mi vida.
Junto al agua que pasa tú eres la flor que está.
El minuto que muere se muere para siempre
y si nunca fue tuyo ya nunca lo será.

De aquí que si pude vencer en las páginas anteriores la íntima repugnancia a hurgar en mi pasado gracias a la compensación de los entrañables recuerdos que surgieron al conjuro del primer capítulo, esta repugnancia se acentúa ahora que he de penetrar, sin compensación alguna, con mi carga de insoportables rememoraciones en los años de mi juventud y hozar como los puercos entre tantas inmundicias como me salpicaron.

Mi adolescencia fue casta (como la de aquel «niño provinciano» de que habla otro gran poeta)[2] y se prolongó más allá de la edad en que otros muchachos dejan de ser adolescentes. En esta prolongación excesiva, y quién sabe si enfermiza, incidieron no pocos de mis males. Es difícil esclarecer cuáles son los límites de la inmadurez. «Un hombre comienza a ser maduro —me ha dicho recientemente el doctor Maldonado y Valls, que es quien me ordenó escribir estas páginas— cuando acepta la existencia del mal entre nosotros». Y yo no era capaz de concebir el mal ni en mí ni en los más próximos a mí.

Sobre este clima de inmadurez, sobre esta realidad de mi ausencia de preparación, el muchacho sin curtir que yo era hubo de enfrentarse con los terribles episodios que paso a relatar.

Aún tenía Maqueira la mano alzada sosteniendo la cerilla, cuya llama estaba a punto de quemarle los dedos, cuando un violento portazo en la puerta de entrada hizo vibrar todas las paredes de la casa.

—¡Jaime, ven a mi despacho! —voceó mi padre—. Tengo que hablarte. ¡Tonuca, procure usted que no nos interrumpa nadie!

Enrojecí de indignación. ¿En qué mundo vivía mi padre? ¿Qué hora imaginaba que marcaban los relojes? ¿Pretendía por ventura que Tonuca pasara las noches en vela, esperando su regreso hasta después de la salida del sol? Y en cuanto a mí, ¿comprobó acaso, al dar aquellas voces, si estaba despierto o dormido, como hubiera sido lícito pensar? ¿Y en el primer supuesto, si estaba solo o acompañado para evitarme, al menos, el bochorno de evitar tener testigos de sus indelicadezas?

—Jaime, Jaime, ¿no me has oído? —volvió mi padre a gritar.

—Oye tú, yo me las piro —anunció Maqueira, asustado.

Desanduvimos juntos el pasillo; Maqueira hacia la puerta de salida, yo hacia el despacho.

—Te creía en Portugal —le dije.

—Acabo de regresar.

Ni la sequedad del tono, ni la rudeza de los ademanes, ni la contracción del gesto, me pasaron inadvertidos.

—No te he llamado para consultarte sino para informarte —me dijo, a modo de aviso en cuanto estuvimos solos, como si tal maravilla fuese excepción a la regla general—. Siéntate y escucha.

Obedecí.

Se reclinó hacia atrás en su asiento y cubrióse los párpados con las yemas de los dedos, en actitud de profunda meditación.

—Lo que he de decirte, es grave.

Buscaba las palabras justas. No quería improvisar, y la poca costumbre de manejar la prudencia se le hacía especialmente difícil.

—Quizá tenga que residir, a partir de ahora, una larga temporada fuera de España. Y necesito saber, hoy mismo, si quieres venir conmigo.

—¿Qué te ha ocurrido para tomar esa decisión? —pregunté sobresaltado. Y enseguida amplié la pregunta con otra que contenía, más que el deseo, el temor de oír la respuesta: «*¿Qué has hecho*?».

—No es asunto de tu incumbencia. Respóndeme a esto: ¿Vienes o no vienes conmigo?

—Yo no puedo irme de España en vísperas de las oposiciones.

—Si te quedas —añadió con amargura, interrumpiéndome—, tu posición económica no podrá ser muy brillante. Cualquier cantidad que yo te enviase quedaría retenida. En cambio, fuera de España tengo mucho dinero. Piénsalo…

—Mis oposiciones son el mes que viene —respondí secamente.

Retiró los dedos de los párpados. Todo, hasta ese momento, lo había dicho sin mirarme. Ahora lo hizo, subrepticiamente, resbalando sus ojos sobre los míos.

—Lo esperaba. Sabía que ésa iba a ser tu respuesta. Discúlpame. No tengo derecho a jugar con tu porvenir como con mi dinero.

Extrajo un libro de cheques de su bolsillo, y me lo extendió.

—Toma esto y guárdalo. Están todos firmados. La cuenta está a nombre de tercera persona. No conviene que seas tú quien los haga efectivos en la ventanilla del Banco cada vez que necesites metálico. Quizá Justo Maqueira pueda hacerte ese favor…

Guardé el libro de cheques maquinalmente, como tantas otras veces cuando me daba dinero antes de ausentarse.

—Lo que no tienes derecho, padre, es a mantenerme en ascuas. Algo grave te ocurre y te niegas a decírmelo. Me exiges una decisión gravísima y me ocultas las causas. ¿Qué has hecho, padre, qué has hecho?

—¡Salvar a la empresa de la ruina, evitar una catástrofe, si es eso lo que quieres saber! ¡Sólo faltaba que mi propio hijo me creyese capaz de cometer una bellaquería!

El tono empleado esta vez era más «suyo» que el anterior. Me encontraba más seguro oyéndole hablar así que no con las prudencias y miramientos de antes. Intenté sonreír.

—¿Por qué, entonces, te ves forzado a salir de España? ¿Por qué piensas que el dinero que me enviases quedaría retenido?

Se movió incómodo en su asiento.

—El modo, el… el procedimiento, entiéndeme, la táctica que me he visto impelido a utilizar, parece ser que… desde algún punto de vista… es, en cierto grado… delictiva. Pero no es deshonroso, no es inmoral, ¿me entiendes?

—No. No te entiendo. Y temo que tu concepto de lo que es moral y lo que no lo es, sea un tanto personal. Háblame claro, ¡por favor!

La sola posibilidad de «justificar» ante mí la «genialidad» que acababa de cometer y que le abocaba a la expatriación, caso de no llevarle a la cárcel o a la ruina, iluminó sus ojos. Él imaginaba que iba a sumirme en un silencio hosco y expectante y no se sentía con fuerzas para hacer su confesión teniéndome de juez. Mas he aquí que yo «deseaba saber», que buscaba una explicación racional a sus actos. Y estaba dispuesto a dármela, seguro de poder convencerme.

—El Estado —comenzó— nos ha concedido, para salvar a la empresa, créditos importantísimos (recalcó estas palabras con énfasis), ¡importantísimos!

—Es una magnífica noticia —exclamé.

—¡Es un dislate de los gordos! —me corrigió. ¡Pretendiendo salvar con inyecciones financieras a industrias mal planeadas sólo consiguen fomentar la inflación, hundir la moneda y provocar el delirio en la carrera de precios!

—Pero, padre. En este caso, las industrias mal planeadas son las tuyas. ¡Las tuyas!

—El que ha nacido cojo, cojo morirá, aunque le pongan piernas de madera. Pretenden hacemos ganar los cien metros lisos con rodillas ortopédicas. Con esto no consiguen salvar a la industria privada, sino arruinar al erario público.

—Insisto en que es muy de agradecer que el Estado haya echado una mano a vuestra sociedad. Puedo citar casos en que…

—¡No eran créditos para malvivir —replicó con violencia inusitada— lo que necesitábamos del Estado; sino permiso para cerrar unas fábricas improductivas! ¡Cerrar, cerrar, y mil veces cerrar, antes que gastar millones en poner inyecciones de suero a los muertos!

Se detuvo para tomar aliento. Había recuperado la perdida vehemencia. Sus ojos brillaban maliciosos y cansados.

—Nunca podrás adivinar quién me inspiró la idea salvadora. Parece tan imposible como regar las huertas levantinas con un pozo seco. ¡Agárrate! Fue Sanmiguel… ¡Sí, hijo! Aunque parezca milagroso que de tal caletre surja algo bueno… no todo era absolutamente despreciable en el proyecto de ese soplamocos. El estudio de mercados que demostraba la necesidad de productos como los nuestros en África Oriental, estaba muy bien hecho. No me duelen prendas. Y excelentemente escogida también la ciudad de Nairobi como centro comercial y de distribución…

—Te encuentro muy generoso esta noche —le interrumpí.

—Pero como era de esperar, la consecuencia que de aquel buen planteamiento pretendía extraer ese zote era rigurosamente estúpida. La idea de exportar a África Oriental unos productos como los nuestros no es más que el rebuzno de un asno constipado. El coste de los fletes pondría nuestras manufacturas a precios invendibles. La única solución era cerrar las fábricas de Manresa y Avilés, mantener la de Getafe y montar otra en Nairobi. No se trata de exportar —¿me explico?— sino de erigir una fábrica de nueva planta en el centro mismo del consumo.

—Me parece muy bien planeado. ¿Tú se lo propusiste?

—Sí.

—¿Y se opusieron?

—Sí.

—¿Y entonces qué decidiste? —pregunté con miedo…

—¡Hacerlo por mi cuenta!

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Con qué dinero?

—Con el de la empresa —respondió con inquietante simplicidad.

Le miré consternado.

—No había otro —añadió sonriendo.

La sospecha de que mi padre había perdido el juicio se me antojó por un instante la única explicación posible. Con eso y con todo, había otra más congruente, bien que más deplorable: no había tenido juicio jamás. El Júpiter tonante de mi infancia y adolescencia, el ente poderoso de, ciclópea

personalidad a quien se admira de lejos, pues de cerca atemorizan su fuerza y su poder, se me estaba deshaciendo entre las manos.

—En las fábricas no había dinero —balbucí—. Te he oído mil veces hablar de las dificultades para pagar las nóminas del personal.

—Olvidas los créditos —me respondió con una inclinación de cabeza que parecía pedir un aplauso.

—¿Los hiciste efectivos…? ¡Tú no has podido hacer eso!

—Sospecho que sí; que he podido hacerlo. Y aún añadiré que sin muchas dificultades…

—¿Cómo sacaste el dinero de España?

—Eso no te concierne.

—¡Si te cazan irás a la cárcel!

—No creo que por mucho tiempo. Nadie puede estar encarcelado por deudas.

—¡Pero tú no serás encarcelado por deudas, sino por estafa!

—¡Niego la mayor! Las participaciones en Nairobi serán las mismas que aquí. No pienso quedarme con el dinero de nadie. Esos merluzos de agua dulce acabarán sacando más dinero de la fábrica africana que el que van a seguir perdiendo en las españolas. ¡Mi venganza será hacer ricos contra su voluntad a esa tribu de antropopitecos, a ese rebaño de mamacallos!

Yo sentía la imperiosa necesidad de llorar. La congoja —y el esfuerzo por dominarla— me aturdían. No era por el dislate cometido, ni siquiera por la posible repercusión de sus consecuencias en el curso de mi vida y mis proyectos, sino por el ídolo caído —como hambre, como padre— del pedestal en que mi candor y mi inexperiencia le tenían peraltado. Pensé en mi madre y una duda cruel y refinada —contra la que me rebelé apenas surgida— atenazó mi ánimo. ¿Sería ella también indigna del lugar que ocupaba en mis recuerdos? El solo roce con este pensamiento se me hacía insufrible: era el crepúsculo de mis dioses.

—¡Vamos, muchacho, sé fuerte! —dijo súbitamente mi padre, al ver mis lágrimas.

—Yo no soy fuerte —confesé—. Nunca lo he sido.

—Te falta seguridad en ti mismo —añadió jovialmente, golpeándose el pecho con las manos—. ¡Mírame a mí!

—Es que a ti te sobra seguridad… ¿no te parece?

Me contempló con un vago ademán de tristeza.

—No solicito tu aprobación sino tu comprensión —dijo en el único arrebato de humildad que le recuerdo. Y que duró bien poco, pues a

continuación se puso en pie y comenzó a frotarse las manos con expresión satisfecha—. Cambiemos de tema, Jaime. Me aburre hablar siempre de lo mismo con quien no entiende un pelo de lo que se habla. Dime: ¿cómo se comporta la chiquita esa, Tonuca, contigo?

—No quiero cambiar de tema. Todavía estás a tiempo de devolver lo que no es tuyo.

—Ya te advertí que te había llamado para informarte, no para consultarte.

—Padre, escúchame. ¡Te lo suplico por el recuerdo de mi madre!

—¡Jaime, Jaime! ¡No estés siempre hablando de tu madre! Contesta a mi pregunta: ¿te trata bien la mocita? ¿Te sirve bien? ¡Me agradaría tanto saberte feliz en mi ausencia…!

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo, profundamente desalentado. Carecía de fuerzas para luchar contra sus excentricidades. Me avasallaba, me confundía, me enredaba…

—Confiésame la verdad. ¿Duerme contigo?

—¿Qué dices? ¿De qué me hablas?

—¡De Tonuca, caballerete, de Tonuca! ¡Pregunto que si te acuestas con ella! Creo que está bien claro, ¿no?

—¡Papá, por favor! Sería incapaz de mancharla ni con el pensamiento.

—No seas primo, hijo. ¡Yo… a tu edad, con una gacelita así, metida en casa…!

—Cada uno es como es. ¡No quiero hablar de eso! Y contigo menos…

Me puse en pie enfurecido. Por primera vez caí en la cuenta de que mi padre era más bajo, más pequeño que yo.

—¿Cuándo piensas marcharte?

—Pasado mañana. Hasta el día 10 no se hace arqueo de caja ni se revisan las cuentas bancarias.

—Entonces aún tendremos tiempo de hablar. Hasta luego. Le di la espalda y salí dando un portazo.

Aún le oí rectificar a gritos:

—Hasta mañana. Hoy no almorzaré ni cenaré en casa.

Fueron las últimas palabras que le escuché en mi vida. No había querido decirme la verdad. Apenas comprobó que me encerraba en mi cuarto, salió a la calle, donde le esperaba el coche, y enfiló hacia la carretera de Portugal.

V

LA DESNUDA VERDAD

TONUCA ENTRÓ en mi cuarto sin llamar. Era lo convenido, pues si golpeaba la puerta con los nudillos, tan embebido estaba yo en la lectura, y tan flojo era de nervios, que me llevaba grandes sobresaltos.

Desde que me levanté —muy avanzada la mañana, pues había ingerido barbitúricos para conciliar el sueño— me dispuse a refugiarme en el estudio y evitar que la confesión de mi padre me tuviera en permanente desasosiego. ¿He de sentirme avergonzado si confieso que en gran parte lo conseguí? Un vago, no expresado deseo de satisfacerme del agravio recibido al pretender arrastrarme con él —aun a precio de frustrar mi carrera universitaria—, me incitaba a pagar la decepción sufrida con la moneda de mi indiferencia. Este sentimiento —que por llevar larvados otros ingredientes, tal vez innobles, no tardaría en evolucionar— era *todavía* pasivo: de pura autodefensa. Por encima de cualquier otra consideración, yo debía salvar del naufragio mis oposiciones. ¿Iba acaso a arriesgar mi porvenir por librar a quien voluntariamente había hundido el barco en que yo iba? Como tardé muchas horas en conocer que la fuga de mi padre se había consumado, me hice el firme propósito de eludir, cada vez que le viera, toda alusión a nuestro diálogo de aquella misma madrugada. Si me quedara un solo hilo de esperanza en poder convencerle, lo perdería en el empeño: no era éste mi caso. Me concentré en el estudio, y logré evadirme, no sin echar de ver en mi interior el orgullo y la satisfacción de haberlo conseguido.

Tracé una marca en el libro, al barruntar que entraba Tonuca, y alcé la cabeza.

—¿Qué hora es? —murmuré.

Lo mismo podría ser de noche que de día; la hora del desayuno que la de la cena. La impresión de sentirme deslizar por un tobogán de irrealidades fantasmales, era en mí habitual cada vez que me interrumpían. Sin esperar la respuesta de Tonuca, o sin oírla —caso de haber sido formulada— añadí: «Tráeme otro café».

La chica hizo un mohín de desaliento.

—¿No me ha oído decir que hay dos señores que preguntan por usted?

—No. No lo había oído.

—Se va usted a quedar pavitonto. ¡Hay dos señores que preguntan por usted!

—Te he entendido muy bien —mentí desperezándome.

Me di agua en la cara, me alisé el pelo y crucé el pasillo hacia la zona de recibo. Mi decepción fue grande al comprobar que no se trataba de alguien conocido. Hubiera jurado que Tonuca me anunció la visita de dos profesores de la Universidad.

—Soy el inspector Orozco. Le presento a mi colega el inspector Morales —dijo uno de los recién llegados, tendiéndome la mano. Estreché maquinalmente la de ambos.

—¿Policías? ¿Ocurre algo?

El inspector Orozco trazó en el aire un vago ademán inexpresivo.

—Nada irremediable —respondió sin mirarme a los ojos—. ¿Podemos sentarnos? No sabe cómo nos violenta tener que distraerle a estas horas. Pensábamos que estaría usted acostado.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Cerca de medianoche.

Hubo un cruce de frases amables. Se interesaron por mis estudios; aludieron a la dureza de vida del opositor; se lamentaron de las pocas horas que dedicaba al sueño y tuvieron curiosidad por saber con cuántos rivales habría de enfrentarme y en qué fecha sería la convocatoria.

—Precisamente, cuando me avisaron que alguien me esperaba, pensé que era algún compañero con buenas noticias…

—Lo siento —dijo el inspector Morales recalcando las palabras—; no son precisamente buenas noticias las que le traemos.

Con los sentidos alerta, dispuesto a medir mis reacciones, me recliné en el asiento y llevé un cigarrillo a los labios. Orozco me ofreció solícito la llama de su mechero.

—Fume y cálmese; parece usted muy inquieto.

—Tiene usted razón y no tengo por qué ocultarlo —confesé extremando la sinceridad—; estoy nervioso y me tiembla estúpidamente el cigarrillo en los labios. Llevo en el cuerpo ocho o diez cafés y dos simpatinas para seguir estudiando. Por favor, señores: díganme qué ocurre o en qué puedo ayudarlos.

—Nuestra conversación va a ser larga…

El inspector Orozco soportaba, con no mucha dignidad, la existencia de una gran calva tanto más penosa cuanto mayores eran los esfuerzos de su amo

por ocultarla. Y así como los meridianos circunvalan —de polo a polo— la superficie del globo terráqueo, una exigua hilera de larguísimos pelos circunvalaba de oreja a oreja la superficie de su cráneo. Le juzgué hombre experimentado y sagaz, bien que blando y untuoso. Era extraordinariamente correcto y se diría que su bondad natural —caso de no ser fingida— le hacía sentirse cobarde ante el espectáculo del sufrimiento ajeno. Tenía grandes bolsas bajo los abultados párpados, lo que, unido a un cierto rictus de permanente aflicción en los labios, le daba un cómico aspecto de hombre que, de uno a otro instante, va a romper a llorar. La llamita vivaz y penetrante de sus ojos contrastaba con un aspecto general más bien apocado y gris.

El inspector Morales —seco de rostro y de palabras— era radicalmente opuesto a su compañero. Dos grandes surcos que se dirían hendidos a navajazos cruzaban verticalmente sus mejillas. En ocasiones se impacientaba ante los circunloquios del que era probablemente su jefe y cortaba por lo sano, con brusquedad, anticipando el final largamente preparado por el otro. Ambos a dos parecían seriamente afectados o incómodos en mi presencia.

Comenzó Orozco lamentándose de lo ingratas que eran de ordinario las funciones que cumplían. Días pasados habían tenido que detener en su domicilio a un raterillo de dieciséis, años y éste, al ver llegar a la policía, se lanzó por el balcón, matándose, sin que ellos ni la madre del muchacho, que estaba presente, pudieran hacer nada por evitarlo. Orozco se manoseó la frente cual si quisiera borrar ese recuerdo. Abrió ampulosamente los brazos.

—¿Cree usted que hay proporción?

Como yo no respondiera, continuó, profundamente incómodo:

—Nuestra misión de hoy es también muy ingrata, don Jaime… (¿se llama usted Jaime, verdad?). ¡Muy ingrata!

—Y… ¿por qué, si puede saberse? —pregunté lentamente con una frialdad que me admiró.

—Porque es usted muy joven y se encuentra en circunstancias nada fáciles. Lo que hemos de decirle… es grave.

—Necesitamos su colaboración, don Jaime —prosiguió su compañero— para deshacer en lo posible los males de una, llamémosla, operación desafortunada. Soy el primero, somos los primeros en comprender las circunstancias dramáticas que rodean esta demanda nuestra de colaboración.

Extrajo un pañuelo y empapó el sudor que le chorreaba de la frente.

—Hace calor aquí…

—Tiene usted derecho a saberlo —exclamó Morales bruscamente—. Y a saberlo cuanto antes: el juez ha decretado el embargo de esta casa y de todo

su contenido.

Debí de palidecer. No lo esperaba. No había graduado, no me había siquiera detenido a calibrar la incidencia de los actos de mi padre en mi propia vida.

—¿Por qué no se lo dicen a su dueño? —pregunté secamente—. Esta casa es de mi padre; no mía.

—Su padre, don Jaime, ha sido detenido a mediodía de hoy en la frontera de Portugal.

—Eso no es posible. Me consta que no se ha movido de Madrid.

—Está usted en un error, don Jaime.

—¡Ayer mismo hablé con él por la noche en ese despacho! Para llegar a mediodía a la frontera tendría que haber salido apenas concluyó de hablar conmigo.

—Eso fue exactamente lo que hizo.

—Pero si me dijo que…

—Le engañó.

Aplasté el cigarrillo contra el cenicero y al punto eché de menos su compañía entre los dedos. Encendí otro y procuré serenarme sin conseguirlo.

—¿De qué se le acusa?

—En cámaras ocultas de la carrocería de su automóvil, y bajo los asientos, y entre el tapizado, se encontraron fajos de billetes, rimeros de acciones al portador, divisas… ¡Qué sé yo!

Tragué saliva.

—¿Fue un descubrimiento casual?

—No, don Jaime. Estábamos sobre la pista desde hacía tiempo. No era la primera vez que don Carlos hacía eso.

Cerré los ojos.

—¿Puedo saber —dije con miedo de averiguar lo mismo que pretendía— de quién partió la denuncia?

—Del Consejo de Administración que su padre de usted presidía —respondió Morales—, que fue puesto en antecedentes de todo por los mismos empleados.

¡Ah, qué grotesca actuación la de mi padre! Yo no le acusaba tanto en mi fuero interno por lo que había de granujería en su decisión como por lo que había de necia bufonada. Mi atención, incapaz de lidiar en dos frentes, se apartó de cuanto me decía el inspector para detenerme en la contemplación de ese gran histrión que me había dado el ser. El espectáculo de su soberbia se me representó por primera vez imbuido de una patética contorsión cómica. La

apabullante seguridad en sí mismo se me antojó la menos justificada de las debilidades humanas. ¡Dios, qué torpe y ridícula pantomima la de aquel pobre diablo que se creía nacido de la cabeza de Minerva! Un hijo puede perdonar todo a su padre menos que sea ridículo. De la relación que me hicieron, cediéndose mutuamente la palabra, los dos inspectores —y a pesar del respeto y discreción de sus giros y modales—, mi padre quedó en cueros vivos ante mis ojos.

Profundamente humillado, aún tuve alientos para interesarme por él.

—No se lo traerían ustedes esposado, supongo…

Morales y Orozco no supieron responderme. Ellos no estaban presentes durante la detención. Sólo conocían lo que habían oído a sus compañeros que lo trajeron a Madrid desde la frontera. Le sometieron, oí decirles, a un largo interrogatorio. Era preciso saber dónde había ingresado o guardado las remesas anteriores y quiénes eran sus cómplices, caso de haberlos. Mintió y fue descubierto en todas sus mentiras; baladroneó, según costumbre; denigró a propios y extraños, desde la atalaya de su honestidad y sabiduría, mas no confesó la verdad. Como parecía inútil seguir intentándolo, utilizaron una argucia: hacerle creer lo que no era cierto: que la Interpol había localizado, al fin, lo que se buscaba, y que, en consecuencia, el Gobierno español había solicitado del portugués la devolución del dinero exportado fraudulentamente. Con eso, dejaron de interrogarle y lo trajeron a Madrid. Aquí, al verlo muy abatido, le aseguraron que no volverían a preguntarle nada, ya que, en el transcurso de su viaje —lo cual era mentira— el Gobierno portugués había accedido a permitir la devolución de los bienes. Su procesamiento estaba ya firmado —lo cual era cierto—, y decretado el embargo de todos sus haberes conocidos.

Interrumpí la narración de los hechos.

—¿En qué puedo serles útil? Díganmelo pronto, pues les juro que haré todo cuanto esté en mi mano para que mi padre devuelva hasta el último céntimo.

Tracé una cruz con el índice y el pulgar y la besé, repitiendo con énfasis: «¡Lo juro!».

Lejos de satisfacerlos, mi interrupción pareció desconcertarlos y abrumarlos. Se miraron incómodos y Orozco no volvió a permitir que mis ojos coincidieran con los suyos. Pensé que no creían en mi sinceridad a pesar de la vehemencia y el calor con que les hablé.

—Necesitamos establecer una relación completa de los bienes de su señor padre —dijo Orozco lentamente—. Quizás usted nos pueda ayudar.

Morales extrajo unas notas del bolsillo.

—El embargo decretado por el juez no abarca tan sólo este piso y su contenido, sino también a…

Orozco le interrumpió.

—Yo desearía de corazón que pudiera usted seguir viviendo en esta casa tan espléndida; quiero decir que celebraría fervientemente no se viera usted obligado a desalojarla pronto. Desgraciadamente no son ésas mis impresiones…

Se calló no muy satisfecho de su interrupción e hizo ademán a su compañero rogándole que prosiguiese.

—También se ha decretado el embargo de unos inmuebles en Zarauz y Marbella —leyó Morales—; de una finca llamada Cerejeda en Córdoba, otra de regadío —La Mimosa— en Orihuela, unos solares en Madrid, las cuentas corrientes conocidas, y los valores industriales, cuya lista es muy larga de leer, pero que le ruego que usted revise, don Jaime. Si tiene usted noticia de algo que no esté aquí incluido…

No sé en qué momento rompí a llorar. Tomé la lista entre las manos y busqué, ávidamente —mientras maldecía las lágrimas que me velaban las letras—, un solo nombre: Hansbrook. Si el temor de hallarlo fue sin duda el estimulante de mis lágrimas, el consuelo de no encontrarlo entre los bienes contaminados no fue suficiente para restablecer mi equilibrio. Un sentimiento nuevo, que yacía agazapado en lo más íntimo, en lo más innoble de mi ánimo, acababa de hacer acto de presencia, tímidamente primero, sin deseos de ocultarse después a la luz de mi conciencia: el odio. El odio hacia mi padre se me reveló de pronto como una entidad corpórea, física, con todos sus atributos: peso, volumen y contornos definidos. Y el saber que odiaba, el descubrir y abarcar en su totalidad el conocimiento de que odiaba, no me hacía sufrir: antes bien, me producía un goce inefable. Un goce que merecía ser desmenuzado para saciarme en su estudio y satisfacerme en su análisis. Yo no le odiaba porque me dejara en la indigencia, porque me salpicase su deshonor, porque arriesgase mi porvenir; no le odiaba por motivo alguno de vindicación: le odiaba pura y simplemente por ser un payaso fatuo y vulgar, por ser una caricatura de hombre, un arlequín de la bellaquería, un esperpento risible. Y por ser mi padre. Mas no lamentaba, sino que celebraba y me complacía que fuese así, pues de no serlo no experimentaría este raro y sutilísimo placer de odiar.

Alcé el rostro y me conmovió de veras observar que mi dolor podía transmitir sus efectos sensibles a aquellos dos individuos que me estaban

contemplando fríamente. ¡Qué complejo es el mecanismo de las reacciones humanas! Me habían encerrado en una campana neumática, y cada palabra que añadían a las anteriores tenía la virtud de aspirar el aire que yo necesitaba para vivir. Con todo, sentí lástima por ellos, como puede sentirla el reo por el verdugo que le ajusticia al intuir que cumple con repugnancia su deber. Los enternecedores rodeos del más viejo no eran sino resultado de la violencia que le producía romper mi candidez y rasgar el velo de ignorancia que él suponía me separaba de la verdad; el modo expeditivo de Morales, el tiro de gracia para no prolongar, con la agonía, el sufrimiento.

—Creo que en mi cuarto tengo algo para ustedes —dije.

Me siguieron en silencio a «Tótum Revolútum». Me agradaba adivinar su sorpresa al entrar en mi dormitorio; me complacía que comprobaran que no era aquella la habitación de un muchachuelo adinerado y frívolo, sino de un esforzado, incansable trabajador. Y si había cierta degradación en exhibir mi sacrificio, tal degradación me complacía. Dejé resbalar la mirada sobre las carpetillas hacinadas con los frutos de mi propia investigación (y que contenían en germen lo que yo consideraba la futura obra intelectual de toda mi vida); sobre el retrato de mi madre, bajo la pérgola de Hansbrook; sobre la biblioteca que fui formando desde los tiempos de la Universidad, invirtiendo en ella, libro a libro, lo que otros dilapidaban en alcohol y en rameras. Necesitaba tener mis cosas por testigos de lo que iba a hacer. Busqué el talonario de cheques, y lo entregué.

Aunque el volumen de la cuenta no me haría volverme atrás en mi decisión, tuve la curiosidad de mirarlo. Sentí una congoja en el pecho. Nunca había tenido en mis manos, ni había visto reunido, tanto dinero junto.

—Es todo cuanto poseo —dije al tendérselo.

—¿Qué es esto? —balbució Orozco, hojeándolo.

—Cheques firmados y sin rellenar. Aunque la cuenta no esté a nombre de mi padre, ese dinero es suyo. Bueno… «suyo» es un eufemismo, una manera de decir.

La cifra marcada en la primera casilla de la primera hoja hizo palidecer al inspector.

—¿Va usted a desprenderse… de esto?

—No me desprendo puesto que no he tomado posesión. No es mío.

—No hubiera sido fácil para nosotros seguir la pista a estas cantidades.

—No son mías —repetí secamente.

Orozco lo guardó con unción religiosa no sin antes mostrar el saldo de la cuenta a su compañero.

Dudó. Parecía muy abatido.

—¿Tiene usted bienes personales?

—No.

—Entiéndame —aclaró azorándose—. Se lo preguntaba a usted desde un punto de vista exclusivamente humano. ¿De qué va usted a vivir?

Me encogí de hombros.

—Mi padre, desde la cárcel, proveerá. ¡Sus ideas son siempre geniales y singulares…!

Unas placas blancas y azuladas se le marcaron en el rostro.

—Sentémonos —suplicó Orozco. Y añadió por segunda vez y con la misma incongruencia que antes: «¡Hace tanto calor aquí!».

Habló Morales con voz opaca.

—Don Jaime, hay algo que no podemos ocultar a usted por más tiempo: su padre de usted… al creer ser cierto que el dinero había sido localizado y devuelto a España… ha puesto fin a su vida.

VI

CALLE DEL BARCO, 56

LA MUERTE DE MI PADRE provocó un brusco viraje en mi personalidad: tal fue la conmoción moral que me produjo.

Sufrí un proceso regresivo en mi carácter, un «aniñamiento» de la personalidad, cuyos principales factores eran mi abandono a la protección ajena y la complacencia que me producía ese abandono. Me dejé dominar por el aborrecimiento al trato con cuantos no fueran mis protectores inmediatos. Cierto que siempre sentí inclinación a la soledad: mas antes mi retraimiento estaba gobernado por una voluntad férrea; sacrificaba mi vida social, la relación con mis semejantes, a la meta impuesta: ganar mis oposiciones a cátedra. La misantropía posterior fue de otra índole: no suponía un sacrificio, sino un horror a la presencia ajena. Yo huía del mundo porque no me era grato; de las gentes, porque las temía. «Tótum Revolútum» dejó de ser trampolín para más altas empresas y se contrajo a la dimensión de un refugio para mi apocamiento.

Hubo un lapso especialmente dramático en la crisis de mi interioridad: aquel en que comprendí que ya no me presentaría como opositor a la cátedra de Historia. Era ésta una decisión no formulada. Nunca me lo propuse de modo cierto. «Sabía» que no me presentaría: eso era todo. El hijo del suicida, el heredero del autor del desfalco, estaba vetado para una función magistral y docente. Seguí estudiando por inercia, por gusto a los temas, quizá por evitar formularme de manera clara, con pensamientos precisos aquella decisión o por no formulársela a cuantos me protegían, alimentaban y mantenían mientras yo les dejaba creer que seguía preparando unas oposiciones a las cuales nunca me atrevería a concurrir.

Aquellas penosas semanas fui víctima de la generosidad ajena. No fue sólo Tonuca quien se desvivió por mí cediéndome sus parcos ahorros (hasta que, consumidos, decidió colocarse como costurera en un taller de modas, para poder seguir manteniéndome). Don José Sanmiguel —aquel que no andaba «en cuatro patas por puro milagro»; «que no rebuznaba porque Dios es bueno»; el Pepito Sanmiguel a quien mi padre se complacía en denigrar

afilando contra su persona el pintoresco estilete de sus epítetos injuriosos—, se comportó conmigo con más generosidad de la que merecía el hijo de su estafador. Gracias a la iniciativa de Sanmiguel fui designado depositario del piso embargado, con lo que pude, durante algún tiempo, seguir viviendo en él. Los cuadros de mérito, la plata, las alfombras, los muebles de estilo fueron distribuidos entre los accionistas o pasaron a los despachos de la empresa. Mi dormitorio, mi biblioteca particular y la despensa fueron íntegramente respetados.

La gran protagonista de aquella etapa desnortada de mi vida fue Tonuca. Durante aquel lamentable proceso de reblandecimiento de mi sensibilidad llegué a compararla con el único amor definitivamente puro y total de mi vida —y quizá de la vida de todos los hombres—: el de aquella que me dio el ser. Mi relación con Tonuca no fue de amancebamiento, sino de enmadramiento. El largo vacío de ternura y protección que había en mí desde que murió mi madre fue Tonuca quien lo llenó. Con todo, fui cruel con ella como lo son los hijos con sus madres. Aun hoy día me siento envilecido por la ingratitud como un oficial pusilánime ante el soldado valiente que muere por cubrirle. Tonuca se comportaba conmigo como una mujer piadosa con un niño impedido, infradotado y subnormal. Vigilaba mis comidas, mis horas de sueño y de estudio; me obligaba a comprobar mi peso todas las semanas. Los excesos de su protección ya no me humillaban, sus cuidados ya no me ofendían.

Una mañana me irrité injustamente con ella por no haber encendido la calefacción.

—¿Por qué no lo has hecho?

Se plantó ante mí, poniendo los brazos en jarras.

—¡También tiene usted la cabeza a pájaros! ¿Me ha dado usted alguna vez un gordo?

—Pensaba que en la leñera quedaría…

—En la leñera, en la leñera… ¿Y en la despensa, qué?

—¿No quedan cosas en la despensa?

—Queda sal de apio y azafrán. ¿Quiere usted cenar azafrán?

Bajé los ojos avergonzado.

—Ya sé que me estás manteniendo. No me lo eches más en cara… Te devolveré todo ¡todo! lo que hayas gastado en mí.

—Usted a seguir estudiando, que es lo suyo, y lo que le gusta, y para lo que sirve, y no se preocupe de más. Cuando sea todo un señor profesor, ya me lo devolverá.

Había quedado en lo que fue salón un enorme sofá que por descuido (o por caridad) se olvidaron de retirar. En el centro del gran cuarto vacío aquel mueble solitario semejaba una barca abandonada y al pairo en un mar en calma. Me placía sentarme allí y dejar que pasaran las horas en absoluta inactividad como un náufrago sin esperanza que no sabe adónde va.

Al regresar de su trabajo Tonuca se sentaba a mi lado. Reclinaba su cabeza en mi hombro y solía decir: «Estoy cansada».

Una tarde sorprendí en sus ojos una lágrima furtiva.

—¿Qué es eso, Tonuca?, ¿estás llorando?

—No me gusta mi trabajo —murmuró. Y al punto, por una incomprensible asociación de ideas añadió—: Estoy muy arrepentida de haber hecho «aquello» con usted. ¡Sólo de pensarlo me echo a llorar!

Guardé silencio. El recuerdo de aquella befa contra mi castidad me turbaba y me entristecía.

—Yo le tengo a usted mucho afecto —añadió Tonuca con calor—, pero ¿sabe por qué?

Moví negativamente la cabeza.

—¡Porque es «distinto» a todos! —confesó exaltada—. ¡Y lo que más me gusta de usted es lo que tiene de distinto! Los hombres son unos guarros —sentenció— y usted no.

Sonrió con una extraña mezcolanza de cándido cinismo.

—Cuando mi trabajo me hastía… cierro los ojos y pienso en usted. Eso me consuela.

¿Desde cuándo me encontraba Tonuca distinto a los demás? Porque de unos días a esta parte yo me encontraba distinto a mí mismo. Sentía la extrañeza no tanto de mis actos como de mi pereza en enjuiciarlos. Temí volverme niño y aunque mi buen sentido me denunciaba la necedad de tal pensamiento, me pasaba horas enteras frente al espejo espiando en mi rostro un retroceso de mis facciones hacia la infancia, paralelo al que descubría en mi espíritu.

Si yo supiera algo de esa complicada máquina de embustes y ternezas, donaires y destemplanzas, huraños retraimientos y entregas generosas que se llama mujer, podría aproximarme a la intelección de lo que había de genuino y de profundo, o de mera chanza —cuando no de mofa y sarcasmo— en mi desconcertante ángel guardián. Mas yo era párvulo en esa ciencia de la feminología, en la que creerse un doctor es optimismo demencial o vana presunción. Sólo sabía que Tonuca se iba adentrando lenta, subrepticia, irremisiblemente en mi corazón. ¿Cómo explicarme, en cambio, él

comportamiento de Justo Maqueira? Los primeros días me atendió y acompañó con un desvelo afanoso y correlativo con mi desgracia y su amistad. Pero más tarde su conducta varió radicalmente. No parecía el mismo.

El escándalo en la prensa y en los medios financieros en torno al desfalco en la empresa y al suicidio de su original presidente fue superlativo. ¿Sentiríase tal vez incómodo en mi presencia, no pudiendo desechar de su pensamiento que yo era el hijo del brillante protagonista de tanta bellaquería? ¿Habríanle afeado, en los medios universitarios, su amistad conmigo? No desestimaba yo totalmente otra sospecha: ¿creería Maqueira por ventura —como alguno de mis vecinos— que Tonuca y yo éramos amantes? Acaso esta idea le desagradaba o bien le impelía simplemente a quitarse de en medio por no estorbar. Yo columbraba en él una barrera —inexistente meses atrás— que se interponía entre él y yo. Mas ninguna de las explicaciones anteriores alcanzaba a satisfacerme. Tampoco era imposible que le ocurriese algo muy personal, sin relación alguna conmigo —problemas familiares, económicos, o de salud—, que en otras circunstancias me hubiese comunicado; mas ahora no, quizá por verme apaleado, humillado y retraído, y no considerarme apto —con razón— para receptor de mezquindades o dolores ajenos. En todo caso, estaba seguro de que no me engañaba al percibir bajo su frente un vago, inexpresado y doloroso anhelo. Cierto que su expresión más habitual estaba tocada a partes iguales de malicia socarrona y de melancolía, mas ahora notaba yo en sus ojos el más grávido de estos signos: el que acarrea la pesadumbre. Sus visitas nunca abandonadas, pero cada vez más infrecuentes, sus respuestas evasivas, sus frases equívocas en las que yo adivinaba un segundo fondo de intención inalcanzable para mi perspicacia, me entristecían en lo profundo. El desapego de Maqueira coincidió con el nuevo trabajo de Tonuca; de modo que sus ausencias aumentaron mi soledad.

Una tarde, en el preludio invernal de la primavera, Maqueira vino a verme.

—¿Estás solo?

—¿No lo ves?

—¿No está Tonuca?

—Sale casi todas las tardes.

—Trabaja fuera de aquí, ¿verdad?

—Cose en un taller de modas —confesé—. Me presta casi todo lo que ella gana y con eso vivimos los dos.

Dejé caer los brazos, desalentado, y agregué:

—¡No puedo seguir prolongando esta situación! Cualquier día comenzaré a trabajar. Ya puedes imaginar lo que eso significa: abandonar las oposiciones.

Pensé que iba a escandalizarse, y no otra cosa pretendía yo, al oír esto. Con todo, su gesto permaneció asombrosamente inexpresivo.

—Anda, acércate una silla y charlaremos —le dije.

Arrugó la nariz, se rascó una ceja.

—He salido de casa con una pretensión inaudita: sacarte de la tuya. Los almendros de la Universidad han florecido. Hace una tarde colosal. ¿Vamos?

—Sólo te pido una cosa —le dije—: que no nos paremos a hablar con nadie.

—De acuerdo.

Era en verdad un día soberbio. El invierno había invitado a su casa un día huésped: un día extranjero, cocido en otra hornada. Volverían los fríos y los vientos, la blanca escarcha de la mañana, las nieblas sobre el río y el aguanieve de las últimas lluvias invernales. Pero cuando traída por el calendario llegara la primavera, habría que decirle: «Ya te conocíamos; uno de *tus* días fue invitado por febrero el mes pasado y vino a vernos».

¡Qué día, Dios! Ni el olor era el mismo, ni igual la transparencia del aire, ni el color de las cosas.

Maqueira paseaba silencioso a mi lado. Un buen amigo es aquel cuyo silencio no nos estorba.

—Escucha, Justo. He pasado una mala temporada, ¿sabes?

—Ya sé, ya sé…

—Quizá me conviniera pasear de vez en cuando contigo como hoy. Estoy como en un pozo aún.

—Ya sé, ya sé…

—¡Y quiero salir de él!

Justo guardó silencio.

—Durante un tiempo he pensado —y aún sigo pensando— abandonar mi carrera. Pero hoy desearía no haberlo pensado, o dejar de pensar en ello y rectificar…

—Ya sé… ya sé…

—¡Ayúdame!

Cruzábamos la Ciudad Universitaria; una de las más bellas —así me lo pareció siempre y aún no he rectificado mi juicio— del mundo. No he dicho la mejor, ni la más limpia, ni la más organizada, ni la más útil; he dicho, la más bella. Florecían, tal como Maqueira me había anunciado, los primeros

almendros. Y frente a la Facultad de Medicina, unos que semejaban bojes, y no lo eran, habían florecido también y parecían nevados. Maqueira comenzó a hablar, con acento marcadamente gallego, cosa que no le acontecía más que cuando estaba turbado, pues en los muchos años de estudiante, en Madrid, había ido perdiendo lamentablemente su bello dejo vernáculo.

—Escucha, Jaime. He de decirte algo que no va a ser de tu agrado. Pero tengo que hacerlo porque prefiero tu bien a tu amistad.

—¡Esto y no otra cosa es la amistad! —comenté rápidamente—. Pero ¿por qué lo dices?

—Gracias por reconocerlo —añadió sin responder a mi pregunta—. Eso me facilitará el camino.

¡Gran ingenuidad la suya! ¡No se lo facilitó en modo alguno! Divagó más que un mal estudiante en exámenes difíciles. Patinó más y mejor que un burro andaluz en hielos de Suecia. Durante largo rato creí que me hablaba de mi padre: incluso que aludía a ese dinero no encontrado aún, y del que —según creí entender— él barruntaba que yo vivía. Si fuera ya un profesor universitario —me vino a decir—, se me formaría tribunal de honor y sería expulsado. ¿Cómo pensar que ningún tribunal de oposición me abriera, pues, las puertas de la enseñanza en tales condiciones?

Nos sentamos en un banco, pues la multitud de estudiantes y profesores que caminaba a pie —dada la bondad del día— no nos permitía seguir en derechura un diálogo que, más que conversación, parecía un embrollado galimatías.

—Ya te he dicho que prefiero tu bien a tu amistad —me repitió.

—No entiendo una palabra de lo que dices. Y menos por qué lo diera.

Añadió tristemente: «Porque sé que voy a perderte como amigo».

No me dio tiempo a protestar.

—Yo te seguiré apreciando, porque… —tragó saliva— porque… estoy seguro de que lo ignoras todo.

—¿Qué diablos es lo que yo ignoro? ¡Habla claro!

—Ignoras —añadió— que estás viviendo a costa de una mujer pública. Tonuca lo es…

Le miré espantado, incapaz de articular palabra.

—¡Lo es! ¡Lo es! Es una golfa profesional. Vive de eso. ¡Y tú también!

Tardé mucho en poder decir algo.

—¿Cómo lo sabes?

—Compruébalo si quieres. ¡Pregunta por ella en doña Rosita, calle del Barco, 56…!

Una losa de hielo me cayó en el alma.

No dudé un instante de que cuanto me decía era cierto. Comprendí. Brusca, dolorosamente, la venda se me cayó de los ojos.

—Se ha prostituido por ayudarte, Jaime. ¡Tienes que hacer algo por ella! Y por ti mismo.

—Déjame solo…

Fueron las únicas palabras que pude articular.

Se levantó y huyó de mi lado, mas no se alejó. Me espiaba, me rodeaba balanceando los largos brazos, como un gorila hambriento. Se acercó de nuevo. Púsose en cuclillas ante mí.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—¡Vete! —supliqué, ahogando mi congoja.

—¡Ah! —exclamó, llorando—. ¡Qué difícil me ha sido decirte la verdad!

—¡Vete, vete!

Pasaron las horas. Nadie paseaba ya junto a los primeros almendros florecidos del año. La tarde era tan clara que no había nubes que reflejaran los rayos sesgados del sol; esos rayos que tiñen de sangre prodigiosa los crepúsculos de Castilla.

El día fue perdiendo su luz, triste, melancólica, resignadamente.

VII

VIAJE EN TREN HACIA MI INFANCIA

APRETÉ LA CARA contra la ventanilla y curvé las manos junto a las sienes para que el reflejo en los cristales no me privara de la contemplación del paisaje. El tren, abandonada la sórdida zona de mugre próxima a la estación, ganaba velocidad entre las claridades de la Casa de Campo y enfilaba hacia los nítidos azules de la Sierra de Guadarrama como si quisiera perforar un lienzo de Velázquez.

Trazó el tren una amplia curva al cruzar sobre el río y Madrid se ofreció por última vez a mi vista. Desvié la mirada: no quería verlo. Me recliné en mi asiento y hundí la cara entre las manos fingiendo dormir. Me gustaba imaginar las horas futuras. En primer término, mi itinerario: Madrid-Escorial-Ávila-Medina del Campo-Valladolid-Venta de Baños-Palencia… Y muy cerca ya de Santander, Polavieja: el término municipal donde estaba enclavada Hansbrook. El corazón me batía violentamente. Iba a desandar, estaba desandando ya, el mismo camino que hicimos cuando murió mi madre. Regresar a Hansbrook era viajar hacia mi infancia.

Las emociones y humillaciones sufridas —y no fue la menor pedir por caridad a don José Sanmiguel que me facilitara el dinero necesario para el viaje—; la despedida de los muebles salvados del embargo, de los libros que no pude traerme, de las pequeñas cosas entrañables; el esfuerzo para liberarme de tanta degradación (pues no dejé de experimentar la atracción del envilecimiento) me habían sumido en un estado de cansancio infinito. Pero, lejos de querer ahuyentar tantas miserias de mi recuerdo, me placía detenerme en su contemplación. Así no estaba solo; mi dolor iba conmigo.

El día de la alucinante declaración de Maqueira, cuando la tarde moría en las llanuras de Poniente, abandoné el banco de los jardines de la Ciudad Universitaria dominado por un deseo obsesivo: presentarme en la casa donde «actuaba». Tonuca; ser su cliente. Con el dinero que ella ganaba para mí pagué un coche de alquiler.

—Calle del Barco, 56 —ordené.

Cuando llegué al portal no fui valiente para subir al piso. Un entramado de confusiones inmovilizaba mi voluntad impidiéndome cursar órdenes al cuerpo. Llevado de mi candor dudaba si la penetración en lugares tales debía ir precedida por la recomendación de algún cliente antiguo como en los clubs. «No es posible», me decía, que se permitiera la entrada a cualquier desconocido. «No es posible», que las mujeres allí concentradas realizaran su oficio con el primer recién llegado. Todos aquellos imposibles eran posibles en el mundo real, mas no en mi mundo interior. ¿Quién abriría la puerta? ¿Qué palabras había que pronunciar? ¿Y si me rechazaban? ¿Y si coincidía con alguien en la escalera? Temí que las gentes que pasaban cerca adivinasen mis propósitos; me aparté unos metros y me aposté en un portal cercano. Quizá Maqueira —pensé por consolarme— había inventado aquella farsa demoníaca. Enamorado de ella y despechado por creerme su amante, pudo muy bien urdir esta invención, a sabiendas de que mi pusilanimidad me impediría comprobarlo. Si así fuera, lo mataría. Y la idea de matar a Maqueira fue desarrollándose en mi caletre enfebrecido, como si yo, pobre diablo inútil, fuese capaz de transformar en hechos mis pensamientos. Súbitamente, Tonuca, acompañada de otra muchacha, apareció en el portal. Me oculté en la penumbra para no ser visto, sin dejar por ello de verlas. Nada en su apariencia exterior podría denunciar su oficio. La acompañante de Tonuca era muy joven, de aspecto tímido y rostro bondadoso. No iba maquillada y vestía con sencillez no exenta de elegancia. Agarradas del brazo, conversando, echaron a andar en dirección opuesta a donde yo estaba. Detuvieron un coche de alquiler que venía hacia mí y subieron en él. Al cruzar ante el portal, la desconocida amiga de Tonuca volvió el rostro y me miró fijamente. No supe interpretar su gesto. ¿Era una invitación para acompañarlas? ¿Una muda pregunta, esperando tal vez un gesto mío para descender y brindarme sus execrables servicios? ¿O era sólo un atisbo de extrañeza ante mi rostro demacrado, mis manos torturadas, mi expresión de dolor? Algo debió de decir a Tonuca, su compañera, pues también ella se volvió para mirarme. Apenas inició el primer movimiento de su cuello me hundí en la oscuridad del portal y no salí hasta que el taxi hubo desaparecido.

Volví a casa a pie, analizando los rasgos de mis reacciones con no menos envilecida complacencia que Narciso los de su rostro. Más allá de la tristeza, de la decepción, de la ignominia, estaba profundamente aturdido como quien ha recibido un golpe en la cabeza y no acaba de reponerse. ¿Se habría prostituido Tonuca por mí, para pagar mis horas de ocio con su sacrificio?

¿Se habría dedicado a esa profesión acogiéndose a una fórmula de ganar dinero con facilidad, o porque le agradaba? En suma, ¿hacía eso Tonuca por amor al dinero, por amor al vicio, o por amor a mí?

Recordé sus palabras recientes.

—No me gusta mi trabajo.

Comprendí por qué la alusión a este trabajo le condujo a recordar el juego cruel de desnudarse aquel día ante mí, trastornando todos mis sentidos; provocando la dramática dualidad entre mis principios morales y la acuciante atracción del mal.

Entendí, con hiriente claridad, todo el sentido de aquellas palabras suyas: «Cuanto más me desagrada mi trabajo, más pienso en gusted». ¡De modo que cuando Tonuca tenía entre sus brazos a un viejo, o a un hombre grosero, brutal y sucio; mientras recibía con repugnancia sus besos y secreciones, se consolaba pensando en mí! Sentí náuseas al comprender esto. Y no obstante… —¡ah, qué complejo es el hombre!— también sentí, como un latigazo en la sangre, el deseo de lo mismo que me repugnaba.

Un brusco movimiento del tren me desprendió del mundo de mis cavilaciones. ¿Dónde estábamos? La máquina se detenía. La hilera de vagones penetraba en los andenes de El Escorial.

Como un perro se sacude el agua al salir del río, sacudí la cabeza para desprenderme de los recuerdos. Miré el reloj. Encendí un cigarrillo. Dos personas más ocupaban mi compartimiento: un sacerdote muy joven y una mujer de edad. Ambos leían: él, un periódico; ella, una novela de bolsillo.

En la Biblioteca del Monasterio —cuya riqueza sigue siendo ingente a pesar de las muchas visitas con que la honraron, siglo y medio atrás, los muy cultos y muy rapaces oficiales del ejército invasor de Napoleón— había yo investigado con mucho provecho en varias ocasiones. En los pinares que rodean el Monasterio, y entre los riscos que circunvalan el pueblo, y en las pequeñas, típicas tabernas de las afueras, yo había vivido años antes horas llenas de encanto. Aquí conocí a Alicia, la compañera de Universidad que, según Maqueira, tanto se parecía a mi madre. ¿Qué habría sido de ella? Dejé de verla cuando sacrifiqué mi vida a un objetivo que nunca alcanzaría: mi cátedra de Historia. El recuerdo que me quedaba de esta muchacha era limpio como limpia fue nuestra amistad. Al pararse en El Escorial el tren que me llevaba hacia la infancia, se había detenido también —brevemente— en mi adolescencia.

Apenas la máquina se puso en marcha, el recuerdo de Tonuca volvió junto a mí, y se alojó de nuevo en mi dolor. *La veía en pie, junto a la puerta de*

casa, con gesto de reto y huellas patentes en el rostro de haber llorado. Me estaba esperando. Se apresuró a abrirme en cuanto oyó el rumor de mis pasos en el descansillo.

—¿Qué hacías espiándome en la calle del Barco? ¿Quién es el hijo de mala madre que te lo ha soplado todo?

Era la primera vez que me tuteaba desde que éramos niños.

—¿Quién es Rosita? —respondí, preguntando.

—Es una alcahueta que presenta niñas —contestó altanera—. ¡Y yo soy una de ellas si es eso lo que quieres saber!

Hablaba engallada, desafiante, sabiendo que era inútil ocultar la verdad. Su altanería era tanto más cruel cuanto innecesaria, como la de un perro cuando ladra a un vagabundo, que ni amenaza, ni reprocha, ni exige, ni pide, sino que existe solamente, sin tomarse siquiera —como dijo de sí mismo el poeta— la pena de vivir.

—Quiero estar solo —murmuré. Y al ver que Tonuca me seguía hacia mi cuarto, insistí gritando—: ¡Déjame solo!

Mis dos compañeros de viaje alzaron la vista hacia mí. Me azoré profundamente al comprobar que había dicho estas últimas palabras en voz alta. Aplasté el cigarrillo contra el cenicero y dejé descansar la vista hacia el panorama de la Sierra, ocultando mi turbación.

A pesar de los túneles y puentes que perforan la montaña y salvan los desniveles de los barrancos y vaguadas, el tren no era insensible a la pendiente. La velocidad había disminuido mucho. Los bosques no eran tan espesos que no permitieran a través del enrejado de los pinos ver las laderas de enfrente, donde el ganado pastaba en libertad. Nubecillas de vapor emergían del belfo de las yeguas. Debía de hacer frío en el exterior, a pesar de que el sol cegaba los ojos al reflejarse en la nieve de las cumbres más altas. Desde este punto de la Sierra no se veía Madrid; no obstante, desde Madrid sí se veía el punto en que estábamos, muy próximo ya a la cumbre. Comprendí entonces que había llegado al límite del espacio que Velázquez pintaba. Él fue el primero capaz de captar la dimensión del aire: en crear sensación de distancias en la pura transparencia. Los retratos del Conde Duque, o del Infante Baltasar Carlos, a caballo; los de Felipe IV de caza, e incluso uno geográficamente alejado de nuestro suelo como «La Rendición de Breda», tuvieron como modelo de azules la Sierra de Guadarrama vista desde Palacio. «Más allá» de la Sierra, ni su vista ni sus pinceles alcanzaron. Yo comenzaba a penetrar en aquel «más allá». Muy pronto la marcha del tren se aceleró. Habíamos cruzado la cota más alta del puerto y descendíamos por la vertiente

Norte. Detrás quedaba Castilla la Nueva, la España parda de las encinas, casi Extremadura, y de los olivos, casi Andalucía. Delante, la España amarilla de la meseta alta, la de los «chopos del camino blanco y álamos de la ribera» cantada por Machado, la pintada por Zuloaga como fondo de infinitas sobriedades del retrato de Azorín: Castilla la Vieja.

—¡No! —grité súbitamente.

El joven sacerdote desvió los ojos de su periódico; la señora, de su libro.

—¿Se encuentra usted enfermo? —oí decir.

Avergonzado por la reiteración de mis voces, me puse en pie y salí al pasillo en busca de un compartimiento que estuviese vacío. Por mucho que quisiera abstraerme con pensamientos inocuos, aquellos otros que quería acallar me llegaban con fuerza inusitada. Yo había alentado hasta entonces en un mundo delirante creado a mi imagen y semejanza, para mi uso personal. Nada de cuanto me rodeaba era como yo lo había soñado. Todo pura ficción, inventada por una mente inclinada a la fantasía. Las personas junto a las que había vivido no eran mejores ni peores de como debían ser. Simplemente eran otras. Mi padre era otro y otro Maqueira, y otra Tonuca. ¿Y mi madre… —volví a pensar— sería tal como yo la había cultivado en mis recuerdos…?

—Déjame solo, Tonuca. ¡Quiero estar solo!

(Yo estaba tumbado en mi cuarto sin desvestir. Tonuca se había sentado al borde de la cama).

Me cubrí la cara con las manos para no verla; para que ella no me viese. La oía llorar a mi lado; sentía sus manos acariciando las mías y su aliento muy próximo a mi rostro. Hubiera debido echarla de mi lado, pero me agradaba su proximidad… porque me envilecía. ¡Qué grotesca, qué denigrante posición la mía, arropado como una criatura desvalida, por los mimos y los cuidados de una ramera: por los arrumacos de una mujer a la que yo a golpes de castidad! —¡ah cómo me humillaba en ese instante mi castidad!— había prostituido, o al menos así lo creía yo, obligándola a buscarse el pan —y a buscármelo— entregándose a otros. ¿Y yo era el que no perdonaba a mi padre por haberse revelado a mis ojos como un hombre ridículo y vencido? Mi posición no era para llorar sino para reír. ¡Cómo lamentaba ahora la ausencia de Maqueira! Me hubiera agradado saberle en el umbral de mi puerta, haciendo alarde de buen estómago al no vomitar los hígados, al contemplarme. Acumulando hipocresía murmuré:

—Ya has hecho bastante por ayudarme. ¡No me toques más!

La oí separarse de mi lado. Tonuca aceptaba mi dolor, pero no mi desprecio. Se sintió herida y se dispuso a vengarse, utilizando la más cruel de

las torturas que el hombre ha inventado: el uso, como arma arrojadiza, de la verdad.

—Yo no he hecho «esto», «ahora», por ayudarte —dijo lentamente—. ¡No seas ingenuo! ¡Yo estaba ya más lanzada que las gallinas cuando me contrató tu padre… para espabilarte, pobre tonto!

Quizá sea una forma útil, para hacerlos revivir, apuñalar a los muertos. Yo pensaba que todo cuanto me había sido dicho hasta entonces, coronaba los límites del escarnio. Y he aquí que un estupendo y novísimo elemento venía a contradecirme.

Siempre hay un «más allá» para el ludibrio. Yo conocía de sobra la intención de mi padre al contratar las muchachitos que habían de servirme; lo que yo ignoraba era que se trataba de zorras profesionales. ¡Ah, qué delicioso entretenimiento apalabrar sus servicios, comprobar sus habilidades, instruirlas en lo que debían y no debían hacer, para espabilar al mozo retraído cuya virtud había hecho fracasar a no pocas antecesoras! ¡Qué amenos y envidiables coloquios los de mi padre con las patitas que más le complacían instruyéndolas en sus deberes! Habría un premio, ¿quién podría dudarlo?, para quien consiguiese ganar mi intimidad. ¿No fue ese premio acaso el que creía Tonuca estar a punto de alcanzar la conmovedora noche del improvisado «striptease»*?*

Retiré las manos del rostro y contemplé largamente con nuevos ojos a la que sin duda fue amante ocasional de mi padre. También éste ganó, en mi conocimiento, un aspecto inédito. La sensación de gozar, por dinero, de una chiquilla que era nieta de quien le había amamantado de niño, debía de ser especialmente conmovedora. Era como un póstumo y delicado homenaje a la memoria del ama Conrada.

—Vete… —supliqué.

Tonuca estaba intensamente pálida. Sus labios temblaban ligeramente, pero no había lágrimas en sus ojos.

—No quiero dejarte solo… ¡así!

—No te digo que te vayas del cuarto —aclaré—. Digo que te vayas de casa.

Y el latigazo que sintió Tonuca en su orgullo lo sentí en mi carne como si yo fuera la víctima. Nunca olvidaré su mirada.

Mucho antes de que yo advirtiera el estigma de infantilismo patológico que ha marcado mi vida; antes de que tuviera conciencia del estancamiento de mi personalidad, leí en los ojos de aquella muchacha una verdad que no me fue dado «todavía» interpretar. Y, es que día «sabía» ya entonces por

intuición lo que los médicos y yo habríamos de tardar largos años en averiguar: que yo era un anormal.

El tren, vencida la montaña, se deslizaba por la llanura. Apenas una suave pendiente daba cara a la línea férrea, se veía la tierra cubierta de mil retales como si un ser ciclópeo y descomunal hubiese cubierto la llanada con ropas de distintos colores y hechuras, puesta allí para secar. Eran las cuadrículas de los sembrados y los barbechos. Algunos de éstos habían sido arados para esponjar el suelo; otros conservaban los rastrojos amarillos supervivientes de la última siega. En los oteros y altozanos, donde no entra el tractor ni el arado impulsado por motor de sangre, rebaños de merinas pastaban la breve pelusa verde que crecía entre los pedregales. A veces la locomotiva —como con espantable galicismo la denominaba mi maestro el notable historiador Modesto Lafuente— se cruzaba con la carretera. Los carros de los campesinos tirados por mulos o jamelgos, esperaban junto al paso a nivel. Las caballerías, asustadas de nuestro estrépito, tensaban entonces las orejas y los galgos amarrados entre las ruedas ladraban al paso del tren.

La herí inútilmente, sabiendo que la hería y gozando en su daño.

—Hay una obligación que no has cumplido, Tonuca. Se te contrató para eso…

—Desprecio por desprecio —me respondió, conteniendo las lágrimas—. ¡Olvidas que no tienes dinero!

—Te pagaré —grité— aunque tenga que trabajar todo un día en la estación cargando maletas.

—¿Y tú crees, pobretuco mío, que con propinas de cargadores podrías pagarme? ¡Todavía hay clases! ¡Habría cola de maleteros en la escalera! ¿Por quién me tomas?

A pesar del orgullo de las palabras, había en sus ojos menos altivez que pesadumbre. Tonuca sufría más por verme fuera del terreno que ella admiraba en mí que por la humillación a que yo intentaba someterla. Fue un diálogo penoso en el que nos empeñamos los dos en salpicar basuras al rostro del otro, llorando después por haberlo hecho, pues nos queríamos.

Tonuca me volvió la espalda y se encerró en su cuarto. La oí abrir y cerrar cajones. Me acerqué a su puerta.

—No hace falta que te vayas ahora, Tonuca. Es de noche. No tendrías adónde ir.

—Sí, tengo adónde ir. ¿Qué te has creído?

—Espera a mañana…

Salió al poco tiempo con el abrigo puesto y una maleta en la mano. Cruzó ante mí sin mirarme. Sólo al llegar a la puerta se detuvo. Habló sin volverse, dándome la espalda, sin un quiebro en la voz que denotara emoción alguna.

—¿Quieres que venga mañana a prepararte la comida?

—No.

—¿Quieres que venga alguna tarde a hacerte compañía?

—No.

Tardó unos segundos en añadir:

—¿No quieres verme más?

—No.

Entreabrió la puerta.

—Adiós, Jaime.

—Adiós, Tonuca.

Cuando el tren llegó a Ávila, el sol, sesgado, doraba las murallas teresianas. La luz era pálida y fría. Oficiales de la guarnición, cadetes de la Academia, números de la tropa se daban cita entre los andenes, a las horas del tren, con las muchachas casaderas. Las no acompañadas miraban con descaro a los pasajeros. Imaginaban nuestras vidas. Inventaban nuestro destino. No pocos poetas se han inspirado en esos cruces fugaces de miradas patinadoras entre los que pasan y los que están.

La fugacidad como sujeto poético, el recuerdo de unos versos lejanos leídos en mi niñez, la mirada triste de una muchacha en el andén que detuvo sus ojos en los míos, y más que nada el ánimo inclinado a la melancolía me indujeron a escribir. En mi cuaderno de notas, tracé unos versos que borré luego y rehíce al punto con mayor fortuna. No pude dar término al poema del que sólo unos endecasílabos blancos quedaron como testimonio en mi cuaderno. El resto me nació sin voces, en espera de las palabras que le dieran cuerpo.

Ya de noche cruzamos Medina del Campo. No advertí el paso por Valladolid, pues me dejé vencer por el sueño, y no desperté hasta llegar a Palencia. A medida que el tren avanzaba hacia mi niñez, se iba acercando también a la infancia de mi patria. Allí, muy cerca de Polavieja, del otro lado de la Cordillera Cantábrica que no tardaríamos en cruzar, se refugiaron en el siglo VII los restos desperdigados de la Monarquía Visigoda, pulverizada por el avance sarraceno. Y desde aquellas cumbres los hombres rubios de Cantabria iniciaron la reconquista hacia el Sur, para la cristiandad, de esta misma meseta que yo estaba cruzando hacia el Norte. Fue un lentísimo avance de ocho siglos, de serranía en serranía, de soto en soto, de terrón en

terrón. En cada peñasco los guerreros erigían un castillo como quien clava una bandera. Y la tierra que iba quedando detrás ya era España. El tren recorría en camino de vuelta los campos por donde galopó la Historia en camino de ida.

Estaba yo dormido cuando unas luces rápidas, como estrellas caídas, cruzaron ante los cristales. El tren aminoró la marcha. Se paró. En la estación, un letrero: Polavieja. No tuve tiempo para acallar las impaciencias del corazón. ¡Si hubiera sido de día habría divisado, minuto antes, un bosque de castaños flanqueando el curso de un río en cuya curvatura el sol se reflejaría como en un alfanje! ¡Y un calvero, sembrado de verde, cruzado por una avenida de tilos! ¡Y una loma en cuya ladera se alzaría una construcción señorial incongruente con el paisaje, distinta a todas las de los contornos: Hansbrook, la casa en que nací!

VIII

UN ÓLEO DE LASZLO

OÍ DECIR, ALARMADO, que el tren se detenía solamente dos minutos en Polavieja. «¡Qué idea más peregrina —pensé— tienen los funcionarios de ferrocarriles de la elasticidad de los minutos!». Descender las maletas de la rejilla en que están instaladas; cruzar el pasillo del vagón, no siempre libre de estorbos; regresar al compartimiento para recoger los bártulos de menos peso, agolparlo todo junto a la puerta y proceder al traslado de los bultos hasta el andén, es tarea que —no siendo Siva, el dios hindú de los múltiples brazos— requiere un tiempo más generoso. Más tarde hay que desplazarse hacia los vagones de cola y realizar las minucias administrativas correspondientes para retirar el equipaje facturado (tres cajones de libros, en mi caso), encontrar el resguardo, buscar una propina y todo ello en ciento veinte velocísimos segundos.

La premura de estos quehaceres me liberó, mientras estuve ocupado, del desasosiego que me produjo el nombre de Polar vieja, en cuyo hospital murió mi madre, en cuyo cementerio yacía enterrada, en cuyo término municipal estaba enclavada Hansbrook, la caprichosa edificación construida por mi abuelo donde nacimos tía Elisabeth y yo. Mas apenas el tren arrancó de nuevo, una intensa cobardía se apoderó de mí, paralizando los resortes de mi voluntad. Me senté en uno de los cajones que guardaban mis libros sin dar la menor importancia a ese proyecto de lluvia que en la región llaman «rosaura» y que en forma de polvillos finísimos de agua descendía lentamente sobre mí, espolvoreando mi ropa con pequeños planetas de cristal que me sumergían en una vía láctea de lo diminuto. Y así me quedé, absorto, y a solas con mi apatía, sin que me atreviese a moverme. No conservaba ningún recuerdo concreto de la estación donde embarcamos camino de Madrid, quince años atrás, apenas repuesto de la enfermedad que siguió a la muerte de mi madre. Y, no obstante, el volver a verla me servía de acicate para rememorar —desde mis años infantiles— no ya la estación, sino cuanto había detrás de ella. Y así «sabía» que en algún lugar no muy lejano estaba una iglesia de piedra oscura, en cuyo campanario había un inmenso nido de cigüeñas, y que por unas calles

tortuosas, de casas torcidas y tejados a varios niveles se llegaba a una plaza en la que había un reloj que se iluminaba de noche y un quiosco de música en el centro, rodeado de castaños que en otoño se volvían rojos como si ardieran y sus hojas fueran llamas. Recordé unos caramelos, grandes como la oreja de un conejo, que se sostenían en un palillo de madera y que se vendían en aquella plaza, debajo de las arcadas; y una casa de tejado inclinadísimo entre cuyas tejas crecían, por desidia de sus moradores, helechos y plantas. Y rememoré a un muchacho del pueblo a quien yo envidiaba porque tenía bicicleta cuando yo sólo tenía triciclo; y a una tienda en que se vendían las sábanas bordadas por las monjas de un convento; y a un borrico, de nombre *Pirulo*, que llevaba un extraño sombrero de paja perforado para dar cabida a sus orejas, que de ese modo parecían mucho más grandes; y a un ciego dueño de un fantástico paraguas colorado, que los días de feria recitaba historias de crímenes, en verso, que a mí no me dejaban escuchar. Me sentí zambullido en el extraño universo de los recuerdos extraviados; universo que veía *desde fuera* y en cuyos escenarios no transcurría y alentaba yo, sino el niño que fui; alguien que no era yo mismo —aunque un día fui yo— y cuya rememoración me producía un agudo dolor.

El jefe de estación se me acercó. Señaló mis bultos.

—Lo siento, amigo; pero a estas horas de la noche no va a encontrar nadie que le traslade todo eso.

Como no respondiera, continuó:

—De día es otra cosa. Si no hay taxi, se pide prestada una furgoneta. Y si no, un carro. ¿Va usted muy lejos?

—Voy a una propiedad que se llama Hansbrook.

Leí en sus ojos la incredulidad.

—¿Hansbrook?

—Sí. Es una finca que queda a…

—Ya sé, ya sé… pero ¿con qué títulos se alojará usted allí? Que yo sepa no se ha vendido. Alberto, el guarda de la casa, es primo de mi mujer.

—Alberto… Me acuerdo muy bien de él. ¿No era el jardinero de los últimos señores? Si usted pudiera avisarle, él me solucionaría el problema. Dígale que soy Jaime, el hijo de don Carlos. Estoy seguro de que se alegrará y se apresurará a venir.

Meneó la cabeza con pesimismo.

—Eso es imposible. Vive muy lejos de aquí. Y yo voy a cerrar. Mire, lo mejor es que yo eche unas lonas sobre su equipaje, y mañana temprano vuelve usted a retirarlo.

Me pareció adivinar en su gesto una vaga sospecha.

—¡De modo que usted es nieto del inglés! No se le parece nada…

Le pedí me indicara el camino de Hansbrook, pero se negó bajo el pretexto de que, aunque me lo indicara, me perdería en la noche. Lo que yo debía de hacer era dormir en una pensión del pueblo, no lejos de allí, cuyas señas me facilitó, así como la necesaria explicación para llegar a ella. Le escuché atentamente, mas, apenas hube salido me encaminé no a donde él quería sino a donde quería yo.

La lluvia y los ladridos de los perros despertados por mis pasos fueron mis solos acompañantes.

No era una rememoración: era un conocimiento lo que me llevó a encontrar el camino. Yo no recordaba. Yo sabía. Ni me turbaba la negrura, ni sentía el frío, ni me arredraba el agua que caía o el temor a perderme. Anduve, anduve, anduve… por la carretera solitaria, atraído por Hansbrook como un insecto por el foco de luz; llevado de mi querencia como una bestia hacia su costumbre. Al cabo de dos horas comenzó a clarear. Amainé la celeridad de mis pasos. La sombra en el alba de un árbol más grande, la curva pronunciada de la carretera, el rumor lejano de un río, me denunciaron la cercanía. Yo no recordaba el árbol, ni la curva, ni el rumor. No obstante pensé: «Ahora a mano diestra están las naves de la fábrica. Al doblar el primer recodo veré las chimeneas de los hornos, altas como mástiles. Una de ellas tiene una escala de hierro por el exterior. Siempre soñé subir por ella y nunca me dejaron».

Al reconocer la tapia de la casa tuve que detenerme. El corazón, que había resistido el esfuerzo de la caminata, impulsado por el anhelo de llegar, se negaba ahora a soportar el placer de haber llegado. Me acerqué a la tapia y la palpé para anticipar así el goce de la posesión. Apoyé la frente y las palmas de las manos sobre el paramento vertical mientras se calmaban las impaciencias de mi cerebro. Permanecí así mucho tiempo. Y me aconteció una extraña cosa…

Cuenta Platón que Sócrates, su amigo y su maestro, quedaba a veces sumido en una suerte de abstracción tan profunda que se detenía en plena calle, evadido de la existencia actual, y permanecía en esta especie de sueño, ajeno a cuanto acontecía en tomo suyo, horas enteras. También, por la vía mística, no intelectual, Santa Teresa refiere este fenómeno de sí misma. Cito estos ejemplos, que son los primeros que me vienen a la memoria, por ser los más próximos a lo que me ocurrió. Yo permanecí en pie bajo la lluvia, doblado sobre el muro de mi casa, absorto, mudo, como si mi naturaleza,

entendiendo que yo no era capaz de soportar tanta emoción, me protegiera anegándome en una clase de letargo, cuyas esencias yo mismo no sé explicar. Y así, evadido de toda actividad intelectiva, permanecí mucho tiempo. «Estoy loco —me dije al despertar—, y tengo conciencia de mi locura». No fue la primera vez que me hice esta reflexión. Y no me estremecí al pensarlo. Antes bien me complací en ello, pues el ser loco libera a los hombres de los dos máximos engaños en que vive: la «libertad» y la «responsabilidad».

Había amanecido y la lluvia escampado. Hilazas de niebla se enganchaban en las malezas y en los arbustos cual si hubiesen frotado los espinos con algodón. No me arredró hallar la verja cerrada. Me encaramé sobre los maderos y salté. Caí en una nube pegada al suelo, que se movió perezosamente al ser perforada por mi peso.

Avancé unos pasos. ¡Lo que había ante mí era una jungla; no un jardín!

Me dirigí a la casa, pero equivoqué el camino y vine a dar en el río donde mi padre luchó con el salmón. ¡Ah, qué dolor al ver aquellas aguas, antaño limpísimas, convertidas en un inmundo hacinamiento de sucias espumas! Las fábricas alzadas río arriba vertían en el cauce sus detritos químicos y una masa viscosa de mugre formaba icebergs de impurezas, que flotaban quietos, detenidos por las rocas. Me sentí herido por este atentado contra mi infancia, y sólo me consolé ante la vivencia de mi madre, escondida la cabeza bajo una caperuza negra que también cubría el cajón de una inmensa máquina fotográfica, del altísimo trípode, para retratar a pescado y pescador. Aún la oigo decir: «Mira por aquí, Jaime», indicándome un extraño cristal ahumado. Y entonces vi a mi padre invertido, cabeza abajo y pies arriba, lo cual me sorprendió tanto que aún no lo he podido olvidar. Para subir desde aquel lugar a la pérgola había una escalera exterior de hierro (de las llamadas de caracol por sus muchas espirales) que desembocaba en un quiosco chino, con su tejado inclinado del revés, como las pagodas. La prohibición de entrar allí era absoluta. Siendo niño jamás vi el quiosco por dentro, ni a nadie que penetrara en él. Subí por la escalera de caracol, tiznándome las manos y manchándome la ropa, pues los hierros estaban oxidados, y penetré en el antro misterioso. Sufrí una gran decepción. Allí no había dragones —que yo, de niño, imaginaba iguales a los de los jarrones chinos, en correspondencia a la forma oriental del recinto— ni mujeres ahorcadas por mi abuelo, cosa que sospeché con inusitada vehemencia desde el día mismo en que leí *Barba Azul*. La sola justificación posible para prohibirme cruzar desde la pérgola al quiosco era el peligroso descenso hasta la zona del río, cosa que sin duda yo hubiera

intentado cien veces desoyendo las órdenes del ama Conrada de no haber mediado el obstáculo de la puerta clausurada.

Crucé el hueco, ya sin candado, que daba a la pérgola. Rememoré a mi madre pintando bajo sus vigas.

—Mamá, ¿es verdad que el abuelo tenía la barba azul?

—¡Qué disparate! Tu abuelo no tenía barba.

Siguió pintando. Sonrió.

—Tu abuelo era muy guapo.

Pensé para mis adentros que era lógico que así fuera, pues de algún modo había que justificar la fantástica belleza de mamá y de tía Elisabeth.

¡Ah, no! No había cadáveres ni dragones en aquel estuche cerrado de mis fantasías infantiles. Sólo había una hacha en buen uso y un rastrillo sin dientes como boca de bruja.

Tomé el hacha en mis manos y me ayudé con ella a abrirme camino entre los matorrales que cerraban por aquel lugar el paso a la escalinata. Corrí anhelante hacia ella. La hierba y el musgo cubrían todos sus peldaños. Plantas silvestres y arbustos incrustaban sus raíces entre las lajas de mármol, levantándolas y agrietándolas. Subí lentamente y me precipité hacia la puerta. Estaba cerrada con una valla de madera. Los dos ventanales que se abrían a sus costados estaban igualmente protegidos. Palpé los tablones buscando un hueco; tiré de ellos con fuerza, sin hacer caso del dolor de mis dedos. Fue inútil. Tuve que apelar a la contundencia del hacha. ¡Ah, qué feliz me sentía!

Vencidas las defensas, y antes de penetrar, intenté reconstruir el cuarto en mis recuerdos, mas éstos eran harto inconexos. Sólo sabía que al fondo, a mano izquierda, había un sillón y una mesa baja en la que mi madre diseminaba las infinitas piezas del *puzzle*. No esperé más y entré. El suelo protestó con largos crujidos.

«—No te asustes, mamá. Soy yo —dije en un susurro».

Y me reí de haberlo dicho. Y así, riendo, tanteando el suelo antes de descansar el peso del cuerpo, tropezando, hablando solo, llegué a la mesa, palpé sus bordes, orillé su contorno y me desplomé, vencido por la emoción, en el sillón de mi madre. Mi voz había sonado extrañamente en mis oídos. Pensé que de haberla escuchado mi madre no habría podido reconocerla, pues no era ya igual a la voz que yo tenía cuando le hablaba. ¡Nada, nada era igual! La habitación era radicalmente más pequeña de lo que yo imaginaba…; las paredes más cortas, el techo más bajo. Esta sensación se exacerbó al contemplar la escalera. Tan altos eran los peldaños cuando yo la subía de niño que tenía que alzar mucho la pierna como quien escala entre grandes riscos la

pendiente de una montaña. Me levanté e hice la prueba. ¡Qué insólita sensación!: ¡mi casa había reducido su tamaño en la misma proporción en que mi voz y yo habíamos crecido!

Subí la escalera. Al llegar arriba, recordé una por una todas las puertas. Aquélla daba a la habitación donde fui llamado para dormir con mi madre la noche que murió; aquella otra era la de mi propio dormitorio; por ésa se entraba al cuarto de armarios donde me encerré con Tonuca, y otra más —al fondo del pasillo— correspondía al conocido por «el cuarto de Lisa», porque así llamaban de niña a tía Elisabeth, a quien nunca conocí. En mis tiempos lo utilizaba mi madre como escritorio. Allí hacía cuentas, escribía cartas y recibía al servicio para despachar los asuntos de casa. Quizá por la instintiva necesidad de graduar mis emociones y por ser éste el cuarto que en menor grado las despertaba, lo escogí para visitarlo primero. Presioné la puerta, penetré despacio y me dirigí antes que nada a las contraventanas para que entrara la luz. Al volverme no fijé los ojos en la cama infantil —casi una cuna — de tía Elisabeth; ni en los grabados adorables de las paredes, ni siquiera en el escritorio donde solía trabajar mamá, sino en un precioso retrato suyo pintado al óleo por Laszlo, del que mi memoria no había conservado ni atisbos de recuerdos. Llegaron éstos de súbito, al mismo tiempo que las lágrimas, como un clamor dulcísimo y entrañable. ¡Qué bella era! En esto no me habían traicionado el amor, el dolor y la evocación. Era celestemente perfecta. Mi madre desde su retrato me miraba a los ojos y me sonreía. Me desplomó la emoción y lloré largamente sin dejar de mirarla. Al fin le hablé con ternura y con ira: «Llévame contigo…». Yo no era feliz aquí abajo; no lo había sido nunca desde que ella se fue: tampoco podría serlo en lo futuro. Mi temperamento no estaba hecho para sufrir tantas falsedades, trampas y bellaquerías como las que habían llovido sobre mí. Yo deseaba morir, cruzar esa leve frontera de pintura y penetrar en ese otro mundo de misterios quietos donde mi madre estaba.

—Llévame contigo… —repetí en voz alta.

Y me senté en el suelo, al modo oriental, delante del cuadro. Y allí permanecí ¡quién sabe cuánto tiempo! dialogando con ella hasta que el sueño me venció.

Voces destempladas, pasos apresurados, rompieron la ensoñación. Nunca he tenido más amaino despertar.

—¿Quién anda por ahí? —grité por dos veces, mientras me incorporaba y desandaba el pasillo hacia la escalera.

—¡Eso digo yo! ¿Quién anda por ahí? —replicó airada una voz.

Al llegar al rellano divisé a dos guardias civiles armados de mosquetones, y a un campesino con la boina puesta.

—¿Qué quieren? —pregunté.

—Ahí le tienen —gruñó el hombre de la boina, señalándome.

—Si no me equivoco —comenté, procurando sonreír— usted es el hijo de Alberto. Yo conozco mucho a su padre.

—Se equivoca —respondió con creciente desconfianza—. Alberto soy yo.

Le observé atentamente. Veinticuatro años tenía cuando era jardinero de mi madre; y yo siete. Ahora él habría cumplido cuarenta y yo veintitrés. Los años transcurridos me habían transformado en adulto. Mas él ya lo era cuando nos conocimos, de modo que nuestras edades se habían aproximado. No era un anciano como yo pensaba. A su edad, el tiempo se había deslizado más lentamente que para mí. Estaba igual a como lo recordaba el día de la pesca del salmón. Quien no estaba igual era yo.

—¡De modo, Alberto —añadí, procurando que el gesto y la voz fuesen amistosos—, que me traes a la Guardia Civil para echarme de mi casa!

Siempre ingenuo, pensé que al comprobar quién era yo haría una gran demostración de alegría y se apresuraría a estrechar mi mano. Apenas le reconocí, mi ánimo ya se había volcado a su favor con la vehemencia, limpieza y sinceridad de un cariño infantil. Pronto comprendí que aquella corriente de impulsiva simpatía no era correspondida por él. Y su desabrimiento me hirió, no en mi sensibilidad de entonces sino en mi sensibilidad de los siete años. Y me pareció brutal escucharlo como si él no hablara al hombre que era sino al niño que fui.

—¿Cómo sé yo que ésta es su casa ni quién es usted?

—Existen unos papeles que se llaman documentos de identidad. ¿No sabías eso? ¡Ahí los tienes si los quieres ver!

Se los lancé por el hueco de la escalera. Uno de los guardias se anticipó a recogerlos.

—Siento no poder ofrecerles nada —dije a los civiles mientras revisaban mi documentación—. La próxima vez que pasen por aquí tendré mucho gusto en invitarlos a beber unos vasos de vino.

—«Jaime Gades Dartmoore —leyó en voz alta el civil—; hijo de Carlos y Dorothy»… ¡Ya me imaginaba yo que sería usted hijo de don Carlos!; pero había que comprobarlo, ¿usted me entiende? Desde que el jefe de estación le mandó un aviso, el Alberto este… (y le golpeó la espalda riendo) estaba un poco escamado.

—¡A ver! ¡No es para menos…! ¡Si me ponen cuatro palabras dándome aviso, le tendría preparada la casa!

—Para todo hay tiempo.

—Hay montones de cosas por hacer; ¿se quedará aquí muchos días?

—¿Pues no acabo de llegar y ya quieres que me vaya? —pregunté riendo.

—No, señor, no. No es eso…

Y él también rió.

Se fueron los guardias, no sin deshacerse en cortesías y ofrecimientos, y quedamos mano a mano el jardinero y yo. No necesitaba, le dije, persona alguna que me atendiera o cocinara. Sólo precisaría de él mismo para las gestiones exteriores. En primer término, debía acarrearme el equipaje que abandoné en la estación, y abrir una cuenta a mi nombre en la tienda para comprar algunas cosas… Las pagaría en cuanto me llegara una remesa de dinero que estaba esperando. Yo le haría la lista y él debía ocuparse de traérmelas a Hansbrook, pues era mi propósito no salir de sus límites en mucho tiempo. Arreglar la casa, desbrozar el jardín, sacar agua del pozo, cocinar…: eso era cuenta mía.

—¿Y de la Tonuca no me dice usted nada? —preguntó inesperadamente —. ¿Cómo le sientan los Madriles? Cada vez escribe menos. ¡Hija más descastada…!

Experimenté al oírle un indecible malestar.

—¿Tonuca… es hija suya?

—¡Pues de quién va a ser! ¿Ahora se desayuna?

—Tonuca era nieta del ama Conrada…

—¡Toma, claro! Y el ama Conrada era mi suegra. Por eso, cuando la chica quiso irse a Madrid, se la encomendamos a don Carlos, para que cuidara de ella y la colocara…

Enrojecí, como una criatura sorprendida en una mala acción.

—No se sofoque usted por eso. Era usted muy niño cuando se fue de aquí, y pensándolo bien, es natural que no supiera usted que mi mujer era hija del ama.

—No recuerdo a su mujer.

—Usted no la conoció. Yo me coloqué aquí, de jardinero, cuando ella murió. Por recomendación del ama. Pero usted era muy niño. ¿Por qué iba a saber nada de eso?

—Yo le recuerdo muy bien de cuando la pesca del salmón.

—¿Qué salmón?

—Uno que pescó mi padre. Usted le ayudó a sacarlo.

—Pues ya ve; de eso no me acuerdo yo.

Se hizo un silencio.

—Bien, don Jaime. Aún no me ha dicho cómo está la Tonuca.

—Trabajó en casa algún tiempo…

Alberto se sobresaltó.

—¿Y ya no?

—Ahora se ha colocado en una tienda de modas. Desde que murió mi padre.

Me miró espantado.

—¡Válgame la Virgen! ¿Don Garlos… murió?

—Hace tres meses ya…

—¡Y yo que nada sabía! ¡Y la Tonuca sin escribírmelo! ¡Por todos los diablos…!

—No se apure usted por ella —dije tragando saliva—. Está muy fuerte y muy buena moza.

—¿Y se porta bien…? ¿Dónde vive?

—No sé dónde vive.

—¿Y de la tienda ésa tampoco sabe usted las señas?

—Calle del Barco, 56. El local se llama «Doña Rosita».

—Pues allí le escribiré.

Se fue Alberto, no sin antes ofrecerme a su madre para que me ayudara a preparar la casa —a lo que yo me negué terminantemente— y volví a quedarme solo, más abatido que nunca. La catadura moral del hombre que me engendró quedaba bien a las claras. La afrenta cometida contra sus servidores, pervirtiendo a la muchacha recién llegada del pueblo (muchacha que le había sido encomendada por su padre), y haciéndola su amante para ofrecérmela luego, era de una exquisita perversión. Había venido a Hansbrook para evadirme de tanta bellaquería y he aquí que era en Hansbrook donde más claramente podía medir en extensión y profundidad la pirámide de mugre.

A mi vida le había acontecido lo que al río que fluía junto a la casa en que nací. Sin él saberlo, ni quererlo, le habían echado encima más basuras de las que podía arrastrar.

Segunda Parte

EL Doctor Maldonado

(Primer paréntesis).

IX

VIAJE HACIA EL PRESENTE

HE DE INTERRUMPIR bruscamente el curso de este relato y dejarlo detenido en Hansbrook, aquel mágico santuario de mi infancia adonde acababa de llegar con el corazón encogido y el ánimo suspenso. No me refiero tan sólo a la necesidad de aplazar este episodio sino toda la narración en su conjunto.

Cuanto vengo escribiendo («por prescripción facultativa», según declaro al comienzo de estas memorias) pertenece a mi pasado. Mas he aquí que la acción de escribir —y de rememorar al escribir— acaece *hoy*, a medida que pulso las teclas de la máquina, en un presente que participa por igual de la perplejidad y la esperanza. Y a este *presente* he de saltar hoy desde mis recuerdos antes de volver a la narración que en este punto queda interrumpida.

El médico que me atiende me ha anunciado su visita; convivirá conmigo el próximo fin de semana y leerá los capítulos precedentes de estas memorias que voy redactando en obediencia a su mandato. Le espero con profunda ilusión. Deseo y temo su reencuentro. Mas su proximidad me turba hasta el extremo de no poder avanzar un paso más en la relación de los sucesos pretéritos sin hacerme eco de mis actuales meditaciones. Para ello he de realizar una difícil transformación mental: situarme en el «hoy» y en el «aquí», lejos de ese «ayer» y de ese «allá» donde estampé el punto final del capítulo anterior.

—¡Qué extraña sensación la que experimento al dejar de ser «personaje» de un libro para transformarme en «persona» viviente! Tan embebido estaba en mi trabajo, que yo me sentía, en el momento presente, el Jaime de mi vida pretérita, no el actual. Yo era el hombre que, muy poco antes, había abandonado unas oposiciones; no el que, muy poco antes, había abandonado un manicomio. La carta del doctor anunciándome su visita me ha sumido en un mundo de confusiones. Los dos planos de mi vida están yuxtapuestos. He regresado al presente y sigo embebido en el pasado. En el momento en que he interrumpido la narración yo deseaba buscar en Hansbrook las acuarelas que

pintaba mi madre y anegarme en su adorable recuerdo. Deseo la visita del doctor Maldonado —pero deseo que sea breve también— para volver a ser «personaje» y fundirme con la sombra de mi madre en el césped de mi antiguo jardín.

Entretanto, ¡qué notable cosa experimentar la transformación de volver a ser el Jaime de hoy, aquel que, tras de dos años de cárcel y ocho de manicomio está viviendo sus primeros meses de libertad a un centenar de kilómetros de Madrid, en una casa recién alquilada en la vertiente norte de la Sierra de Guadarrama!

Explicar qué hago en este lugarejo y por qué estoy aquí exige un poco de historia, de mi otra historia, o si se quiere, de mi infrahistoria.

Este libro de Memorias que estoy escribiendo no es mi primera obra. Tengo docena y media de títulos publicados de carácter histórico y, si no me está mal el decirlo, creo que gozo de algún prestigio entre las gentes de mi especialidad. No puedo imaginar sin estremecerme el terrible vacío de mis horas durante mi larga reclusión si no hubiera podido llenarlas satisfaciendo este vicio mío —que hoy es ya necesidad ineludible— de escribir. Uno de mis últimos ensayos, titulado «Influencia de la literatura legendaria en la cartografía medieval», mereció los honores de ser publicado en la *Geographical Revue*, de Londres, junto a una nota bibliográfica y un estudio crítico, ciertamente generoso, de toda mi obra anterior. A este opúsculo debo mi relativa libertad actual: una de las separatas que me remitió el editor vino a caer en manos de don Pedro Maldonado y Valls —humanista profundo y excelente escritor—, que acababa de ser nombrado Director del Sanatorio muy pocas semanas antes, y quedó admirado de que uno de los internados tuviera tales aficiones de lectura. Se informó acerca de mi persona; supo que me gastaba lo exiguo de mi fortuna en libros y aunque esto lo atribuyeron sus informadores a una de mis manías —pues mi colección de volúmenes psiquiátricos es casi tan grande como la de temas históricos y no pocas veces he tenido que facilitárselos a mis propios médicos— se interesó en conocerme. Cuando cayó en la cuenta de que mi firma figuraba al pie del texto publicado en inglés —yo mismo se lo hice ver— creyó a pie juntillas que era una patraña urdida por mí. No hubiera sido insólito, dada su clientela habitual, que uno de sus pacientes poseído de manías intelectuales hubiese remitido como propio a la revista inglesa un trabajo copiado de un libro o de otra publicación de la especialidad. Y en esta creencia estuvo no poco tiempo hasta que de sus conversaciones conmigo comenzó a deducir la posibilidad de que yo fuera realmente autor del trabajo publicado con mi firma. Sólo

entonces lo leyó y quedó maravillado de cuanto aprendió de mis actividades como historiador y del prestigio que, por lo visto, gozaba yo entre los entendidos. Se interesó por conocer otras cosas mías. Y como ni entre locos ni entre cuerdos hay escritor que no desee ser leído, le fui remitiendo periódicamente mis otros ensayos publicados en Estados Unidos y mis cuadernos todavía inéditos. Y no se los di de golpe, pues me satisfacía más la vanidad de que los leyera, de que admirara el volumen de mi producción; y pensé que la posibilidad de lo primero era mayor —dado su mucho ajetreo— si yo le ofrecía en prudentes y espaciadas entregas los frutos de mi pluma.

Con harta discreción y del mismo modo que yo le daba a pequeñas dosis mis ensayos o mis poemas, él —también en pequeñas dosis— fue incitándome a hacerle confidencias sin aludir a mis rarezas. Se quedó muy sorprendido —me lo confesó más tarde— de que, siendo yo hombre lúcido, no aludiera nunca al deseo de mejorar, sanar y reintegrarme a la vida social, lejos del sanatorio. Una tarde me hizo una insólita proposición que yo rechacé de plano: invitarme a pasar el domingo en su casa, con su mujer y sus hijos. Fingió admirarse de mi negativa.

—¿Por qué?

—¡Porque soy un enfermo! —respondí secamente.

Se retiró con pausa los lentes, los humedeció con su aliento y comenzó a limpiarlos con el borde del pañuelo, eludiendo con esta operación mirarme a los ojos.

—Me gustaría tratarle personalmente, señor Gades —dijo mientras frotaba los cristales—. He leído su ficha. Su caso me interesa.

A partir de aquel día las sesiones con el médico fueron exhaustivas. Él no hablaba: me hacía hablar a mí. Aunque conocía mi vida, me obligó a contársela. Quería oírla de mis labios. Las pocas veces que me interrumpía eran para decir: «Repítame eso, por favor». Y en varias ocasiones, al concluir mi versión duplicada, insistía: «Otra vez más».

Una tarde, aun no habiendo llegado al final de mi relato, me sorprendió diciéndome:

—Supongo, Jaime, que el largo trato que ha tenido usted con los médicos^ unido a la copiosa literatura científica que obra en su poder, y sobre todo al profundo conocimiento de su interioridad, le habrán permitido poseer una imagen exacta, o, al menos muy aproximada, de sus males, ¿no es así?

—Así es —respondí.

—Me interesa que trace usted un diagnóstico de su enfermedad. No me hable usted ahora de su vida sino de sus síntomas morbosos. Le escucho.

—Bien —comencé—; como usted sabe, doctor…

—¡Yo no sé nada, Jaime! —me interrumpió con vehemencia—. Quiero saber lo que usted conoce de sí mismo, en su lugar, lo que usted cree conocer.

—En mí conviven —comencé a decir—, dos morbos claramente diferenciados; empezaré por el más antiguo: todos los actos decisivos de mi vida han estado influidos, cuando no *provocados*, por tres obsesiones nacidas en distintos momentos: la «*fijación materna*», que culminó en los episodios que usted ya conoce relacionados con tía Elisabeth; *el odio hacia mi padre*, que ofuscó mi entendimiento y supuso un brusco viraje en mi vida, ya que el abandono de mi carrera universitaria lo atribuyen los médicos no a un sentimiento de vergüenza, por lo acaecido, sino a un deseo de venganza para que de este modo mi padre fuese aún *más* responsable de mi fracaso; y, por último, el sentimiento compulsivo de mi propia degradación que encadena con el anterior, se desarrolla inicialmente con Tonuca y adquiere caracteres delirantes con Pepa Niebla.

De estas tres obsesiones hay dos que aún conviven conmigo y son tan reales que podría palparlas: el odio a mi padre y el sentimiento de la propia degradación, que me hace huir del mundo y del trato de los hombres como esos parias de la India que se apartan de las gentes cuando hace sol, pues «saben» que el solo contacto con su sombra contamina a los demás. Pero ya no me acontece lo mismo con la primera de todas esas obsesiones: la fijación materna, de la que creo, haberme liberado totalmente.

Hice una pausa por si el doctor Maldonado quería hacer algún comentario o pedirme alguna aclaración. Lejos de esto me indicó que continuara.

—Cuanto he dicho hasta ahora, doctor, equivale a la descripción del «caldo de cultivo» —¡un caldo de cultivo muy antiguo!— donde comenzó a germinar la enfermedad por la que estoy aquí. «Cada conflicto psíquico o vivencia traumatizante no superada —me dijo hace ya muchos años el doctor Tangil— es una herida del espíritu sin cicatrizar y hay un riesgo permanente de desangrarse por ellas». ¡Las mías no cicatrizaron nunca y me desangré! Y dejé de ser yo mismo. Y un día terrible, ese otro que no era yo, pero que un día fui yo, se desdobló. Y desde entonces yo soy dos. Y por ello estoy aquí. No quiero hablar de esto. La sintomatología de mi desdoblamiento está prodigiosamente descrita en el informe que hizo ante el Tribunal el perito médico de la defensa. ¿Conoce usted ese informe?

Maldonado me contempló impasible, sin responder (¿Me equivoco si digo que creí notar en sus ojos un puntico, una breve llama de ironía?).

—¡Debe usted conocerlo, doctor! —añadí con firmeza.

Don Pedro se encogió de hombros y frunció los labios en un gesto ambiguo que no supe interpretar.

A partir de esa sesión el doctor dejó de llamarme diariamente a su despacho, como solía. Y esto me tenía confuso hasta el extremo de que abandoné la redacción de un «Informe a la Academia de la Historia» en el que pretendía demostrar que un mapa mallorquín del siglo XIV que se acababa de subastar en Londres era una burda patraña.

Cuando al fin me convocó, fue directamente al grano:

—Antes de despedirnos —me dijo—, quisiera recomendarle a usted un tratamiento que considero eficaz.

—¿Cómo? —le dije apenadísimo—. ¿Nos deja usted, doctor?

—No. Por supuesto que no. Es usted quien nos deja.

La sangre se me retiró del rostro.

—¿Van a trasladarme?

—Tampoco es eso. A petición mía, el juez acaba de decretar su libertad provisional. Puede usted preparar su equipaje. Le felicito.

Anonadado por lo que oía, me dejé caer en un asiento. Tardé mucho en hablar.

—No me atrevo a irme, doctor. Me da miedo…

—De otra parte —añadió, sin hacer caso a las manifestaciones de mi pesadumbre— hemos llegado a un punto muerto. Yo no puedo progresar más, como desearía, en el proceso de su total recuperación, sin su ayuda. Y usted no me la presta.

Me ofreció un cigarrillo, y él mismo encendió otro. Aspiró el humo y lo fue expeliendo lentamente.

—Para recuperar la confianza en sí mismo, para alcanzar la cota cero a partir de la cual podría usted rehacer su vida (incluso, y sobre todo en el campo profesional) necesita reconocer la causa de sus anomalías. Y usted se obceca en inventarse otras distintas y en desconocer las verdaderas.

—Estoy dispuesto a ayudarle, doctor, pero… ¡sin salir de aquí!

—No puede usted ayudarme *desde aquí*. Y por una razón transparente. La terapéutica que quiero que usted siga tiene dos partes. Y la primera es que se vaya.

Hundí la cabeza entre las manos. Sentía un miedo físico a abandonar el hospital. Yo no sabía dirigirme a mí mismo. Siempre había tenido a mi lado —mi madre, Tonuca, Lisa, Pepa Niebla…— alguien que me protegiera.

—Y… la segunda parte —añadí con la voz quebrada—, ¿cuál es?

—Que escriba usted sus Memorias.

Alcé el rostro interrogante.

—Será más útil para los dos —continuó el doctor— que estas sesiones interminables *à la recherche du temps perdu*…

Guardó un corto silencio, y enseguida me preguntó:

—¿Ha leído usted a Marcel Proust?

—Las tres cumbres de la novelística mundial —respondí maquinalmente — son éstas: Cervantes, Balzac, Marcel Proust…

—Celebro oírselo decir, Jaime.

—¿Por qué?

—Porque Proust merecía, ¡tanto o más que usted!, un tratamiento psiquiátrico. Sus perversiones, no lo dude, tenían un origen neurótico… y procedían, exactamente igual que en su caso, de una fijación materna. Él la combatió derivando, por buscar el contraste, hacia la homosexualidad; del mismo modo que usted, para buscar el contraste con su madre, derivó hacia Pepa Niebla.

Repliqué con más cansancio que ira:

—¿Y qué quiere decirme con eso?

—Que Pepa Niebla no habría existido si usted no hubiera nacido en Hansbrook; si su madre no hubiese sido inglesa, natural de las Bahamas, o, si siendo inglesa y natural de las islas hubiera tenido el pelo, la piel, los ojos de otro color: ese color que le movió a exclamar siendo niño: «Mamá es azul…». ¡Usted mismo me contó esta anécdota! ¿Lo ha olvidado?

—¡Doctor, doctor…! Nada de eso es nuevo para mí. Ya sé que nunca he sido libre. Ni lo fui entonces, cuando el mundo se hundió bajo mis pies, ni lo soy ahora.

Maldonado replicó.

—Ni lo será nunca, Jaime, mientras no se haga usted consciente de las motivaciones que le movieron inconscientemente a actuar como lo hizo. Ya le he recetado mis medicinas: escriba, fuera de aquí, la historia de su vida. Pretendo con ello que, al revivir ordenadamente los sucesos que le turban, se haga consciente de por qué hizo cada cosa: en definitiva, que allane por sí mismo las cumbres de errores que le impiden ver su verdadero horizonte. Y, donde no lo haga, yo mismo intervendré hasta conseguir trazar un cuadro real de su vida, libre de fantasmas.

—¡Acabará usted convenciéndome!

—Yo mismo le brindo un título —añadió el doctor animado por mis palabras—. Un título que será comercial y le hará ganar dinero si tiene usted el capricho de lanzar sus memorias al mercado.

—¿Qué título?

—«Historia de mis obsesiones»…, o si prefiere «…de mis fantasmas».

Me puse en pie.

—No, no, doctor. Mi libro sólo podrá tener un título…

La congoja me quebró la voz. Guardé silencio.

—¿Qué título, Jaime? —preguntó asombrado el médico al ver mis lágrimas.

—¡«Pepa Niebla…»!

X

PEDRAZA DE LA SIERRA

LA INAPELABLE DECISIÓN del doctor Maldonado de privarme de alojamiento en el Sanatorio; la repugnancia, seguramente provocada por el temor, que me inspiraba la gran ciudad; un anuncio de periódico ofreciendo en alquiler una casa a un centenar de kilómetros de Madrid, me indujeron a buscar refugio a mis complejos y resquemores en Pedraza de la Sierra, desde donde escribo.

El pueblo semeja un nido de águilas coronando un alcor.

Cuando ya las estribaciones del Guadarrama amansan sus declives con vocación de llanura, se quiebran súbitamente, cual si hubiesen cambiado de propósito, y se convierten en simas, barrancos, hendiduras. En el centro de estas brechas del terreno —como un caballo alzado de manos— se levanta una cumbre señera. En la cúspide de sus peñas, circundado de murallas, está el caserío.

Cuando atisbé por primera vez el pueblo en la lejanía, me pregunté cómo podría llegar hasta él. Los barrancos que lo aíslan y las murallas medievales que lo cercan, en doble anillo defensivo, no permiten descubrir lo insólito de la entrada.

Va esto dicho, y va bien dicho, en singular; pues «entrada» hay sólo una. Un camino, que semeja un rayo caído del cielo (tales sus quiebros y torceduras), trepa por el cerro, desde el puente romano que cruza uno de los tajos, y llega al pie de las murallas en busca del hueco por donde penetrar al sorprendente recinto. He buscado el verbo preciso para indicar esta acción. En Pedraza no se «entra»: se «penetra». Esto se hace por un túnel abierto en las paredes de la antigua cárcel y después de haber empujado las pesadas hojas, casi siempre entornadas, de una noble puerta claveteada con herrajes fundidos diez generaciones atrás. Pedraza, en Segovia, y Castelar de la Frontera, en Cádiz, son los únicos pueblos de que guardo memoria a los que es preciso llegar empujando unas hojas, entre unas jambas, bajo un dintel, sobre un umbral.

El pueblo fue cárcel y corte, en tiempos del Emperador, de dos futuros reyes de Francia. Mientras Francisco I penaba la derrota de Pavía en la madrileña Torre de los Lujanes, dos de sus hijos varones fueron guardados en Pedraza como rehenes. Y los dos, por morir el Delfín sin descendencia, reinaron en su nación. Las viejas casas hidalgas —escudos de armas en la fachada con sus emblemas y divisas; gárgolas de piedra que figuran ángeles y dragones— se aprietan en las callejas como piezas de un museo abandonado. Recuerdo mi asombro al contemplar la variedad de columnas de la plaza porticada. No hay dos iguales: una tiene como remate un chapitel corintio salvado de un antiguo templo dedicado a Diana; otras, las más modernas, son del Renacimiento; algunas, cuya antigüedad se pierde en los orígenes del país, proceden de un monumento ibérico hoy desaparecido. El pueblo tiene dos tabernas y un homo de asar. El pueblo tiene un palacio del duque de Frías, una torre mozárabe y tres iglesias románicas. Una de ellas con parroquia, retablo, cura, campanario y campana. El pueblo tiene un castillo, con foso, torre del homenaje y defensas almenadas. El pueblo tiene seis calles, dos olmas centenarias, diez cuadras, cuarenta vecinos, una escuela y tres veredas que le llegan del Norte, del Este y del Sur. El pueblo es viejo, noble, pobre, altivo, silencioso, irregular y solitario. El pueblo es la más bella ruina de Castilla la Vieja.

El mecánico de la furgoneta, sabedor de que no venía en visita de anticuario (visitas rapaces que han despojado de sus bellezas a pueblos y villas de toda la península) sino a quedarme a vivir —y buena prueba de ello era el peso de los libros que mortificaban los amortiguadores del vehículo—, se chanceó de mí preguntándome si había escogido este lugar para hacer penitencia. Y yo consideré al oírle lo que va de Pedro a Pedro, pues, a medida que avanzábamos, mi espíritu se iba abriendo a la esperanza. Aquellos rincones de singular belleza, batidos mas no abatidos por el tiempo, entroncaban directamente con las raíces de mi deseo más constante: soledad, sosiego, paz…

La guardesa (que lo era también del castillo) era una viejísima mujer a la que los años, por un singular mimetismo con el panorama, habían labrado rostro de paisaje con sus vaguadas, surcos y tajos, color de tierra y serenidad castellana. Era muy parlanchína y reidora. Mientras me acompañaba a la casa, me explicó que ésta era propiedad de un almirante inglés retirado, el cual, a su vez, la había comprado a un político español —algo excéntrico— exiliado en Londres; pues este pueblo —según supe más tarde— había sido escogido no

pocas veces como refugio ocasional por artistas, misántropos y fugitivos de la sociedad.

Chirriaron los goznes de la inmensa puerta que daba a la calle y penetramos la guardesa y yo en algo que parecía zaguán mas que no lo era, pues no estaba unido a la casa sino separado de la misma por un minúsculo jardín frailuno que se veía cuatro metros más abajo, sembrado de césped con un pozo en el centro, tres macizos de petunias y un ciprés que asaeteaba «el cielo con su lanza» como el de Silos que cantó Gerardo Diego. Como el jardín estaba en lo hondo y las murallas que lo separaban de las vecindades partían de la altura de la calle y del descrito falso zaguán, resultaban altísimas. El aislamiento era absoluto. La guardesa, que, como queda dicho, tenía tan fácil la risa como la palabra, se acodó en el repecho que dominaba el césped y rompió a reír con tan buena gana que hubiera sido descortesía no preguntarle la causa.

Parece ser —según me explicó la jovialísima anciana— que el primer dueño de la casa era naturista —amplio vocablo que abarca al nudismo y al vegetarianismo— y se pasaba los domingos en cueros vivos, practicando el yoga en aquel lugar.

—Por eso —me explicó Damiana, la guardesa, sin acabar de dominar la hilaridad— hizo el jardín en lo hondo y son las tapias tan altas: ¡para que nadie le viera! «¡Allí mismo, allí mismo se ponía, cabeza abajo, pies arriba y sus impudicias al aire!».

—Y si nadie le veía, ¿cómo lo sabe usted?

—¡Toma! —respondió la abuela—. No le veían desde el pueblo; pero yo sí que tenía que traerle zumos de fruta desde la cocina.

—Y además del «yoga», ¿qué otras cosas hacía?

—Leer, y hacer gimnasia, y escribir discursos, que después repetía en voz alta por el jardín y por la casa, y que días después pronunciaría en la Cámara, porque era diputado.

—¿Siempre desnudo? —pregunté asombrado.

—¡Siempre desnudo!

—¿Y venía solo?

—Sí, señor. Y era formalísimo y muy bueno: un santo varón. Un santo laico y en cueros…, pero un santo.

—¿Y el almirante inglés —pregunté— también era «naturista»?

—No, señor, ése era un golfo nada más. Cada año se venía con dos jovencitas que decía que eran sus hijas. Pero al cabo de quince años de traer siempre a hijas distintas y por parejas ya no nos lo creímos; que aquí, en el

pueblo, somos muy desconfiados. Una vez, va para dos veranos, le apedreamos.

Y ya no ha vuelto. Por eso ahora alquila la propiedad. Y si se tercia y le pagan bien, la vende.

Descendimos al minúsculo jardín, cruzamos el césped y penetramos en el interior de la casa. Ésta, como las colgantes de Cuenca, está volada sobre el abismo. Un rastrillo de vigas se apoya sobre la vieja muralla (que el vegetariano se cuidó, prudente, de reforzar) y encima de éstas se alza la parca edificación que es, toda ella, un mirador sobre el paisaje. Despaché, en cuanto pude, a mi parlanchína cicerone (a la que contraté dos horas diarias para ayudarme a hacer las faenas de la casa) y absorto por el panorama, me acodé en el ventanal. Los versos de Fray Luis me vinieron a las mientes:

Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado…

Respiré muy hondo, quizá por un impulso irreprimible; acaso por voluntad de llenar los pulmones con aquel aire nuevo. Me sentía profundamente dichoso. El placer y el dolor están muy próximos. (Nada más semejante al dolor que el gesto de Pepa Niebla al experimentar el placer). También la dicha y la tristeza lo están. Yo me sentía feliz y esa misma felicidad me arrancaba las lágrimas. ¡Ah, bendito sea el dolor y la tristeza pasadas —pensé— sin las cuales no experimentaría yo ahora esta sensación de paz y plenitud!

Mi primer impulso fue escribir al doctor Maldonado.

«¿Qué puede importarle a usted —le decía— que alcance a describirle o no lo que tengo ante los ojos? ¿Qué más se le da —aun siendo mi amigo— que el panorama que me rodea sea de esta o de otra manera? Con todo, me siento impulsado a trasladar a otros noticias de mi dicha; y ésta no sería igual si cuanto me rodea no fuera como es; y no tengo… —si no es usted— con quién hacerlo.

»Doctor, debajo de mí, vuelan los vencejos. Están muy altos y, no obstante se desplazan debajo de mí. El caso es que el terreno se derrumba frente a las ventanas y apunta a un tajo profundísimo por donde corre un río como una espada fluente. No veo las lajas y farallones del despeñadero de mi lado, pues lo veda la inclinación, mas sí los del opuesto, cuyas rocas están perforadas por multitud de cavidades, aspilleras y hornacinas que deben de ser profundas, pues por ellas entran y salen, persiguiéndose, los pájaros. Por encima del despeñadero distingo tanta extensión de terreno que no cabe más:

praderas, bosques y la vertiente norte de la sierra, cubierta de nieve desde la cresta a la base. Pero lo que más me subyuga es no ver una sola construcción desde la casa. El pueblo queda a mi espalda; frente a mí ni un poblado, ni un molino, ni una colmena, ni un redil: nada, salvo el puente y la vereda, nada que haya sido construido por el hombre.

»El del agua es el único rumor que llega hasta mí, y, tan apagado, que no sé a ciencia cierta si lo escucho en verdad, o si me imagino que lo escucho; o si es el fragor de la tierra que vive o del aire que se mueve; o sí es el batir de alas de los pájaros que en inmensas bandadas trenzan y destrenzan en el barranco su propia estela; o si es, acaso, el blandísimo ruido de mi sangre sólo perceptible en el difícil y total silencio».

Concluida la carta permanecí en la solana varias horas más hasta que el atardecer primero, la noche después, fueron borrando los volúmenes, unificando los colores, difuminando los contornos. Y tuve frío.

A la mañana siguiente, sin pérdida de tiempo, aun antes de ordenar mis papeles y colocar mis libros; con prisa, y poseído de una suerte de fiebre creadora, comencé a escribir los capítulos que anteceden.

¡Con qué emoción he ido recorriendo en este tiempo los antiguos caminos! ¡Con qué intensidad he vuelto a ser niño, y mozo, y estudiante y fugitivo de mí mismo! He llorado y he reído y me he irritado y me he sonrojado según me adentrara en las vivencias de mi madre pintando en el claroscuro de la pérgola de Hansbrook, o de Maqueira estudiando en «Tótum Revolútum» con una mano alzada pidiendo un cigarrillo que después se olvidaría de fumar, o de Tonuca desnudándose ante mí, para turbar, por venganza, mi castidad.

¡Qué evolución la que ha experimentado mi ánimo en estos meses de convivencia con mis fantasmas! ¿Sabré algún día, al poner punto final, renunciar a su compañía, y reintegrarme a una vida en la que ellos ya no están?

Ha habido días —nunca más de dos o tres seguidos— en que he renunciado a trabajar por un súbito decaimiento del interés, una baja de tensión literaria, o por una pereza mental, que me hundía en el nirvana de la indiferencia. En estos casos me he dedicado a leer la extravagante biblioteca del primitivo dueño de la casa (que a más de nudista y vegetariano era espiritista y masón), o a escuchar música, o a tirar de la lengua a mi pintoresca guardosa, o a pasear por el monte, a la orilla de los ríos, bajo los chopos desnudos, espiando el amor de los pájaros, la torpe labor de los topos, la vigilante espera de las arañas o el brusco despertar de alguna liebre

encamada. En estos trances no pensaba en mi libro abandonado, o, por mejor decir, no sabía que pensaba. Mas algo se estaba cociendo en mi interior hasta hacer saltar la tapa de mi indiferencia —como la de la olla que inspiró a Papin el descubrimiento de la fuerza expansiva del vapor—, pues súbitamente me levantaba si era de noche, o regresaba anhelante a casa si andaba por el monte, y comenzaba a escribir, escribir, escribir sin advertir el paso del tiempo, ni sentir hambre, ni sueño, ni cansancio alguno, sino sólo el deseo de continuar.

Al hundirme en el pasado y enfrentarme con mi antiguo «yo», he podido observar, gracias a mi conocimiento de ahora, las primeras manifestaciones de mi enfermedad futura. No aparecen nunca muy a las claras. Sus primeras señales son aisladas, imprecisas, pero están ahí. Yo las reconozco. Cuando el Jaime Gades de aquellos años habla, sé muy bien qué palabras son verdaderamente suyas y cuáles son del «otro»: un «otro» en gestación, que yacía dentro de él —dentro de mí— agazapado, latente.

Siendo esto así, ¿cómo poder seguir tecleando la máquina y emborronando cuartillas ante la conmoción que para mis dos «yo» representa la próxima llegada de don Pedro Maldonado? Hoy es viernes. Mañana no escribiré.

El sábado no pude escribir. Hice orden en la casa, puse los muebles en su sitio, ordené los libros y di instrucciones a Damiana para la compra del día siguiente. No quería en modo alguno que guisara ella misma, pues no hubiera sido justo pagar tan mal los buenos servicios de Maldonado. La comida sería traída de la fonda, cuya dueña era excelentísima cocinera. Y en casa, si fuera menester, se calentaría.

El domingo amaneció frío y despejado. La escarcha, que el sol se encargó pronto de fundir, dejó las praderas más verdes y lustrosas, cual recién lavadas. Detrás del mirador de mi casa, que enmarca el panorama como si fuese un cuadro, situé, impaciente, mi observatorio. El sol oblicuo de la mañana arrancaba fantásticos reflejos al río, que reverberaba como una cinta arrugada de papel de estaño, y una infinidad de regatos, acequias y diminutas cascadas —que no se veían normalmente, salvo cuando el sol las trocaba como hoy en espejos— vertían sus aguas en el río. El corazón me dio un brinco al distinguir el coche de Maldonado en la lejanía. Tan grande era la distancia que no se le veía avanzar, como no se ve el lentísimo desplazamiento de la aguja del reloj, y, con todo, a poco que se aparte la vista y vuelva a posarse

después, se advierte que ya no está donde primero. Reí para mis adentros (y aún de labios afuera, pues la soledad me había acostumbrado a no disimular mis impresiones) al imaginar los baches y piedras y charcos y cráteres que tendría que sortear el doctor por aquel camino infernal, caso de ser él quien se acercaba. Cuando su coche llegó a la altura del puente romano, me eché un capote sobre los hombros, me calé una boina y fui a su encuentro.

XI

ENTONCES, NO; AHORA

A LA LLEGADA del doctor Maldonado dos factores esponjaban mi vanidad: mi casa, mi libro.

La relación de las voces «esponja» y «vanidad» supone uno de los aciertos más sutiles de nuestro idioma. La esponja está perforada por infinitos canales y poros que le permiten absorber su contorno, y en consecuencia, inflarse. La esponja —como la vanidad— tiene sed y parece haber sido creada para satisfacerla. Pero su misma naturaleza la traiciona. Su flexibilidad es tanta que a la menor presión se desinfla, contrae y desanima. También con la vanidad acontece lo propio. Quien haya introducido la voz «pavonearse» para indicar la autosatisfacción del hombre presuntuoso no pasó de ser un fino observador visual de ese arco iris de plumas que es la cola abierta, en abanico de orgullos, del pavo real. Mas quien haya relacionado el «esponjarse», «hacerse como esponja» para señalar lo mismo, era un genio de la observación interior del ánimo, pues supo añadir al simple gusto externo del lucimiento, la sed, la necesidad de lucirse y el pánico por desinflarse, al no conseguirlo.

Mi casa de Pedraza, entendiendo también por ella el paisaje que la circunda, es el lugar que más se acomoda a mi manera actual de ser y de sentir. Yo estoy aquí como esos enebros que veo desde mis ventanas, al otro lado de la quebrada; en mi ambiente, en mi sitio.

Mi entusiasmo por esta isla de paz a la que he arribado desde el Sanatorio, necesitaba ser compartido con el entusiasmo de otros, alimentado con sus elogios. Y di doctor los prodigó.

—Creí que exageraba usted en sus cartas —exclamó reclinándose en el alféizar del ventanal y dejando la mirada perderse en la infinita hondura del panorama—. Y ahora compruebo que no. ¡Cómo le envidio!

Volvióse hacia mí con un gesto de amistad.

—Supongo que habrá podido trabajar bien aquí.

—Así es. ¿Le traigo mis carpetas?

—No hace falta todavía. Dígame: ¿están muy adelantadas sus Memorias?

—No. He trabajado mucho, pero muy despacio. Sólo en el primer capítulo invertí un mes.

—¿Y de qué trata ese primer capítulo?

—De Hansbrook. He agrupado allí los recuerdos de mi madre…

¿Le traigo las carpetas?

—No sea usted impaciente. Las leeré esta noche, a solas. Mañana las comentaremos.

Yo estaba impaciente, en efecto, por conocer de sus labios el juicio que le merecían mis páginas. La esponja de mi vanidad estaba tensa y esperando el agua de los elogios para inflarse. Mas tal especie de agua nunca llegó.

Aquel primer día paseamos juntos por ese camino del que dije, páginas atrás, que sus quiebros y torceduras le asemejan a un rayo caído del cielo; bebimos el vinillo de la tierra en botas de cuero (bien curadas con aguardiente) sentados en las peñas, junto al río; oímos música en el jardín, junto al ciprés prodigioso, y vimos el crepúsculo desangrarse tras el bosque de enebros desde la solana.

Nuestras charléis versaron sobre temas históricos (Pedraza es uno más entre la media docena de pueblos españoles que se atribuyen ser cuna del emperador Trajano); sobre antropología (los huesos humanos que aparecieron en unas cuevas cercanas han podido identificarse como pertenecientes a una mujer de quince años que vivió hace setenta siglos y murió de reúma articular); sobre humanidades (Virgilio, Fray Luis y la terapéutica de la soledad) y muy ocasionalmente sobre mi salud y mi trabajo.

—No estoy haciendo —le dije— el relato minucioso de todos y cada uno de los minutos de mi vida. El Diario de Amiel me repugna por lo que tiene de innecesaria recreación de trivialidades.

—No obstante —me interrumpió Maldonado—, Marañón escribió sobre el Diario de Amiel su mejor obra.

—Prefiero mil veces —respondí exaltado— el libro de Marañón sobre Amiel que el de Amiel sobre sí mismo.

—Marañón —replicó el doctor— necesitó de aquella morbosa deleitación de Amiel en sus propias minucias para trazar su diagnóstico. Yo también necesitaré de esas minucias de usted para trazar el mío… No rehúya del todo las pequeñeces.

—Algunas hay doctor, algunas hay…

—¿Qué es lo que más le ha costado escribir?

—La mayor dificultad que estoy teniendo es la concreción: el intentar escoger las situaciones que mejor reflejan cada momento crucial. Y de esos

«momentos» seleccionar sólo aquellos que sirvan para entender cabalmente los sucesivos. Dentro de la descripción de cada uno de los episodios ya escritos he procurado situarme mentalmente tal como yo era cuando los viví. Es decir, redactarlos sin la perspectiva de hoy: como si los estuviese escribiendo entonces, con mi mentalidad de entonces.

Tragué saliva. Respiré muy hondo.

—Así —continué— me olvido de…

Al observar la súbita palidez de mi rostro, el doctor me interrumpió:

—Mañana hablaremos.

—¡Me olvido —insistí con la voz quebrada— de que tengo las manos manchadas de sangre!

—Mañana hablaremos.

—¡Manchadas de sangre hasta los codos!

No me dejó seguir por aquel camino. Con suavidad y autoridad, y sin dejar traslucir el cambio de método en su relación conmigo, procuró descargarme de la angustia. Esta operación es en lo psíquico como en lo físico liberar en un recinto cerrado los gases acumulados por un motor de explosión.

Fingió no haber observado el temblor que sacudía todo mi cuerpo ni el movimiento instintivo de mis manos frotándose una con la otra como si quisiera lavarlas. Y yo fingí no caer en la cuenta de que me trataba como a un enfermo y no como a un hombre que ha sufrido un arrebato transitorio de carácter emocional.

Reconozco haber perdido durante unos pocos segundos el sentido cabal de lo que me rodeaba. Cuando volví a adquirir la plena conciencia, el doctor estaba disertando sobre poesía bucólica medieval y mi cuerpo ya no temblaba ni mis manos buscaban la espuma de un jabón inexistente.

Al día siguiente, me levanté muy temprano. El doctor había estado leyendo hasta muy avanzada la noche y tomando notas de algunos pasajes, como supe después. Al verme, no pronunció una sola palabra de felicitación por mi trabajo. La difícil labor de síntesis de unos episodios que, en fin de cuentas, son indispensables para entender mi relación con Pepa Niebla, no mereció un mínimo comentario. No abrió la boca para adjetivar la adecuación del lenguaje con el pensamiento, o la verosimilitud de los diálogos, o el acierto de una observación o la hondura de un pensamiento o la originalidad de una metáfora. Lo único que pareció interesarle fue la invasión por mi parte

de «su» terreno, como si yo fuera un intruso que me atreviera a ejercer una profesión sin el título académico correspondiente.

—Veo que sigue usted diagnosticándose a sí mismo —comentó enarbolando en el aire mis capítulos—. Pero olvida que a quien corresponde trazar o rectificar un diagnóstico de usted, ¡es a mí!

—No recuerdo haber intentado hacerlo —protesté.

—¿Cómo que no? Escuche esto —dijo mientras revisaba sus notas—: «Tonuca sabía por intuición lo que los médicos y yo habíamos de tardar años en averiguar: *que yo era un anormal*». Y en otra página reitera: «Tonuca, advertida de *mi invalidez interior*…». ¡Por lo tanto, usted da por seguro que era interiormente un inválido y que las gentes le miraban y consideraban como un anormal! Y ambas cosas son discutibles. Yo no tengo aún mi criterio formado. Procure usted no influírmelo. Sería inútil.

—Creo que es la sola vez que me he atrevido a emitir un juicio sobre mí —repliqué—. Fuera de esa página no hay uno solo más.

—¡Hay muchos más! Aquí dice usted: «Sé que un oculto mecanismo de mi personalidad (esa urdidumbre de taras y cualidades que dirige todas nuestras inclinaciones) *ha estado, o quizá sigue estando… enfermo*». Y en otra página: «*Padecí un proceso regresivo en mi temperamento, un aniñamiento en mi carácter*». Y en otro lugar especifica que la muchacha aquella se comportaba con usted como lo haría «*una mujer piadosa con un niño impedido, infradotado y subnormal*».

—La verdad… no había caído en la cuenta de tanta insistencia… En cualquier caso —añadí—, no veo por qué se escandaliza de esas sinceridades.

—Porque no está claro que, en aquel entonces, estuviera usted enfermo.

—Si no estaba enfermo, ¿por qué me han retenido ocho años en el Sanatorio que usted dirige?

—Por librarle de la cárcel.

—¡Luego sus antecesores en la dirección del Hospital y usted mismo son mis encubridores!

—Usted fue internado por sentencia firme de un tribunal. La «irresponsabilidad» de usted es tesis de su defensor, no mía.

—Si es así, ¡quiero ir a la cárcel! ¿Qué hace usted que me permite la libertad?

—La libertad que yo puedo conceder o denegar no es la de un establecimiento penitenciario, sino psiquiátrico. El régimen que usted goza aquí en Pedraza es de «libertad vigilada». No lo olvide.

—¿Por qué dijo usted antes que la tesis de mi irresponsabilidad fue de mi defensor y usted no la hace suya?

—No sé si la haré mía o no en lo futuro. Por ahora no tengo aún trazado un diagnóstico definitivo de usted.

—¡Don Pedro, don Pedro! ¿Olvida usted que su colega, el doctor Tangil, demostró ante el tribunal que yo era totalmente irresponsable?

Maldonado se irritó.

—Guárdeme usted el secreto. Era un incompetente. Yo digo del doctor Tangil lo que su padre de usted decía de don José Sanmiguel: «No rebuzna, porque Dios es bueno[3]».

—El «autodiagnóstico» —continuó hablando el doctor— que más me ha irritado, por lo que tiene de atrabiliario e injusto, es el que incluye usted en el Capítulo XII, apoyándose nada menos que en una cita de Platón. ¿Quiere usted que se lo lea?

—No hace falta, doctor. Sé muy bien a qué pasaje se refiere: era el momento justo en que iba a cruzar las verjas de Hansbrook. Fue muy extraño lo que me aconteció: sufrí una especie de alucinación: me dormí de pie.

—Y… ¿está usted seguro —me interrumpió Maldonado— de haber pensado *entonces* eso de «*estoy loco*» y «*tengo conciencia de mi locura*»? ¿No será más cierto que es un pensamiento *actual* que ha incrustado usted en ese lugar como si fuera un pensamiento de aquel día? ¡Está usted queriendo engañarse, Jaime, o queriendo engañarme!

—No, doctor. Recuerdo como si fuese hoy la extrañeza que me produjo descubrirme de pronto apoyado sobre el muro exterior de Hansbrook, sin haberme dado cuenta de que, entretanto, había amanecido. ¡El tiempo había transcurrido sin que yo tuviera conciencia de ello!

—¡De modo que no tuvo usted conciencia del paso del tiempo y sí la tuvo en cambio de su locura! Le diré que no hay persona en el mundo a la que — por una profunda emoción, por miedo, por abstracción intelectual u otras muchas causas— no le haya acontecido alguna vez perder el control del tiempo. ¡Ah, Jaime! La consideración de creerse loco por ello es un estupendo dislate. Incluso literariamente es inverosímil. Desde un punto de vista narrativo es un error. ¡Suprima usted esa torpeza!

—Bien, doctor. Lo consideraré.

Maldonado me tomó amistosamente de un brazo y me condujo al jardín. La mañana era espléndida. La zona de césped donde se extendía la sombra conservaba la escarcha de la noche. No así aquella otra, caldeada y coloreada por el sol, donde nos sentamos. (Unos gorriones que alimentaban a sus hijos

en un nido oculto entre la enredadera, huyeron al sentirnos y las crias protestaron desde su escondite por el frustrado desayuno). El doctor se inclinó hacia mí.

—Bien, Jaime. Hablemos un poco de su caso «actual». Usted es un hombre extraordinariamente lúcido. Sin duda alguna el más lúcido de los enfermos que he tratado, y sería inútil pretender engañarle.

—¡Luego soy un enfermo! ¡Usted lo acaba de decir!

—Yo no sé, Jaime, si usted era un enfermo entonces. Pero no excluyo la posibilidad de que haya enfermado en el manicomio, del mismo modo que enfermaría del hígado el paciente ocasional de un sanatorio a quien se le aplicara un tratamiento inadecuado. Eso quiere decir…

Penetró con sus ojos, a través de los míos, en mi interior, para mejor observar desde allí el efecto de sus palabras.

—Eso quiere decir… que yo no sé todavía si estaba enfermo *entonces*. Cuando sé que está usted enfermo, es *ahora*.

Bajé la mirada, volví a alzarla, suspiré. Yo sabía que lo que el doctor afirmaba no era cierto. Cuando estuve sin juicio era antes; no ahora; justo al revés de lo que el doctor decía. Me quedé muy sorprendido y juzgué increíble que el médico no se hubiera percatado de esta evidencia.

Maldonado encendió un cigarrillo y me ofreció otro, que quedó temblando entre mis dedos como un pájaro asustado.

—¿Me permite que trace ante usted una hipótesis?

No esperó a mi asentimiento para continuar.

—La decepción sufrida con su padre o con esa pobre muchacha a quien su padre prostituyó no es bastante para trastornar a nadie, créame, aunque sí para provocar vivencias traumatizantes. Los sucesos posteriores tampoco, Jaime: no se engañe a sí mismo. Lo que aconteció, cuando entran en su vida quienes fueron sus víctimas, son sucesos que pudieran abocarle a un arrebato, pero no a una pérdida del juicio. El juicio no se pierde por razones «históricas», como los nervios, sino porque sí: sin razón alguna. Ayer me hizo usted una confesión estremecedora y esclarecedora también. Me dijo que, al escribir, se situaba usted con su mentalidad de entonces para olvidarse que tiene las manos manchadas de sangre… hasta los codos. Pues bien, este deseo de sentirse libre de culpa, de borrar su responsabilidad, esta protesta contra sus propios actos, este querer, en fin, no haber hecho lo que hizo… le predispuso a creer, le inclinó desatinadamente, a desear creer que era cierta la tesis de su abogado defensor. A lo largo de estos diez años usted ha ido buceando en su pasado; ha ido componiendo una lista mental de todas sus incongruencias y

contradicciones, para inventarse el desarrollo de una enfermedad congénita que no existía, sin caer en la cuenta de que la vida de todo hombre está sembrada de idénticas rarezas o extravagancias, aun cuando no las racionalicen como usted ha estado haciendo en colaboración con unos médicos no siempre competentes. Día tras día, con obsesiva regularidad, se ha empeñado usted en realizar un autoanálisis capaz de enloquecer a la misma cordura con la no confesada intención de creerse loco y de este modo liberarse del horror de ser responsable de lo que hizo.

Inicié un ademán de protesta.

—Le ruego que no me interrumpa todavía. Hay algo más, a lo que concedo la máxima importancia. Si el sanatorio hubiese significado para usted una tortura insufrible, hubiera usted, tenido a mano una arma colosal para desear no estar loco. Mas he aquí que aconteció todo lo contrario. Entre sus paredes usted encontró paz y sosiego para dedicarse a su función intelectual, a sus gustos históricos y literarios, que antes no había tenido. Su tendencia a la misantropía, su amor a la soledad, que era y es una de sus constantes más firmes, fueron allí una realidad espléndida. Se sentía usted alejado de un mundo al que tiene horror, que le ha sido hostil, que no le gusta. Si usted sanaba se encontraría ante el terror de saberse responsable de cuanto hizo (terror que un espíritu pusilánime y débil como el suyo no puede soportar) y además… perdería la paz del manicomio al reintegrarse a un mundo al que tiene miedo.

—También tiene miedo al mar —murmuré— el que no sabe nadar…

El doctor abrió los brazos desalentado.

—Quizá su única locura, Jaime, sea ésta: creerse loco. Aunque, repito, esto no es un diagnóstico definitivo.

—¿Y no es loco —interrumpí— el que se cree Napoleón o el Mesías, sin serlo?

—Exacto, exacto. Por eso creo que ahora usted está enfermo. Pero hay una diferencia entre ellos y usted. Esos desgraciados a que alude ni desean ni dejan de desear sus traumas psíquicos. Son paranoicos u oligofrénicos o esquizofrénicos, como otros tienen la piel blanca o la piel negra, sin que en ello juegue para nada su voluntad. Su caso es distinto: usted desea fervientemente su locura.

—Así es —confesé con naturalidad. Y añadí con un atisbo de cínica melancolía—: Mis lesiones y yo somos amigos.

(El gorrión adulto que huyó al comienzo de nuestra charla no estaba dispuesto por más tiempo a tener a su prole en ayunas. Se situó ante nosotros

sobre el césped, con una lombriz en el pico. Nos miró atentamente; giró a un lado y otro la cabeza; dio unos saltitos temerosos y, al fin, armándose de valor, alzó el vuelo por encima de nuestras cabezas y depositó el sabroso manjar en la boca de uno de sus voraces descendientes, no sin que se oyeran grandes protestas del resto de los hermanos. Hecho esto, alzó el vuelo en busca de nuevas raciones).

—¡Qué lástima —dijo el doctor— que no tenga escritas más páginas! Estoy deseando seguir con la lectura.

Maldonado se llevó las manos a los ojos.

—Me imagino muy bien —prosiguió— al Jaime de entonces. Era usted un excelente muchacho al que la vida no había logrado todavía pervertir. Conservaba usted íntegras las virtudes y el candor de la infancia. Estaba dominado, no puedo negarlo, por una fijación materna. Pero esto no constituye una anormalidad en sentido estricto, sino un rasgo diferencial que a mí, le soy sincero, me conmueve profundamente. Este muchacho que usted era, no vacunado contra las mezquindades ajenas, recibe unos golpes duros, muy duros, que le dejan confundido como un niño a quien cortaran la mano cuando iba a realizar, una buena acción. «*Y fue más insufrible*, ha escrito usted en alguna parte, *el dolor de la sorpresa que el de la propia herida*». En definitiva, era usted un muchacho inmaturo, pero empiezo a creer que de una perfecta salud, moral y mental.

Hasta entonces tuvo el doctor las manos sobre los párpados como si para trazar mi imagen de entonces prefiriera no ver mi imagen de ahora.

—Hay algo…, a pesar de lo dicho —continuó Maldonado—, que me detiene a la hora de trazar un juicio definitivo. Yo no sé todavía por qué cometió usted un crimen tan brutal. Ni encuentro en usted la motivación que hubiera tenido un delincuente al uso (robo, herencia, venganza, arrebato pasional), ni acepto, sin más, un diagnóstico como el de Tangil, que es contrario a todo lo que me ha enseñado mi experiencia clínica.

De nada me sirve pretender que usted me confiese la verdad, pues no es imposible que el propio Jaime Gades desconozca por qué mató. Estoy pensando en voz alta. Quizá la lectura completa de sus Memorias me dé la clave. En cualquier caso me gustaría entroncar con aquel muchacho moralmente sano e intelectualmente honesto que creo que usted era. Si lo consigo habremos triunfado los dos. Para conseguir su rehabilitación necesito saber qué motivos puede tener para matar un hombre que tiene principios morales; que es fundamentalmente bueno; que no busca utilidad en el mal que

realiza; que quiere a aquel que mata y que no ha recibido ofensa alguna de su víctima.

Yo le había escuchado con atención y con escepticismo.

—¿Para qué, doctor, para qué saber?

—Para conseguir su rehabilitación.

—¿Y para qué conseguirla? ¿Qué bien me va en ello?

—Si usted me ayudara a ayudarle…

—¿Para qué, para qué, para qué?

Comencé a hablar lenta, sosegadamente, con un dejo despectivo en la voz; después me fui acalorando. Mis propias palabras me resultaban abrumadoramente convincentes, y eso me prestaba ánimos y calor.

—¿Para qué, doctor? —repetí—. Si yo le prometiera ayudarle a ayudarme…, ¿cuál sería mi premio? ¿Reintegrarme a la vida social, descender al circo de los gladiadores donde para triunfar hay que vencer a otros, donde la gloria propia se funda en la derrota ajena? ¡No quiero ese premio! ¿Meterme en ese otro circo que no es de los gladiadores sino el de los payasos y participar sobre el redondel en la gran pantomima del mundo? No sirvo, como mi padre, para malabarista de los negocios, ni, como otros, para andar en la cuerda floja o hacer piruetas en la política, ni para dar o recibir zancadillas que hagan reír. ¡No quiero ese premio! ¿He de volver al tráfico de las mentiras, las trampas, las deslealtades y las traiciones?

¿He de vender por cuatro perras mi fe en unos valores que sólo se ven si se cierran los ojos, para mejor mirar hacia adentro de uno mismo y que se esfuman si se cierran a uno mismo y se abren al mundo? ¿He de hundirme en las basuras hasta las cachas y sentir en mi rostro las salpicaduras de las mugres ajenas? ¡No quiero ese premio! ¿Lo entiende usted bien, doctor? ¡No quiero ese premio!

Al llegar a este latiguillo final el doctor Maldonado se puso a aplaudir jocosamente, con lo que quedé no poco corrido. Acto seguido miró a uno y otro lado fingiendo un gran asombro.

—Pero… ¿cómo? ¿Estoy solo? ¿Dónde están las multitudes enfervorizadas que no aclaman al insigne orador?

Creí que iba a proseguir en el mismo tono de chanza, mas no fue así.

—En efecto, Jaime. El mundo está lleno de gladiadores, payasos, tramposos y bellacos. Y, con eso y con todo, la evolución de nuestra especie hacia formas mejores y superiores es todo punto evidente. Eche la vista atrás y observe el salto prodigioso que va de la antropofagia a la ganadería; de la magia a la medicina; de la alquimia a la química; de la esclavitud a la

democracia; de la voluntad del sátrapa al juicio de la ley. ¿A quién se debe esta ascensión continuada, irreversible, hacia planos cada vez más altos y más dignos? A hombres, Jaime, que conviven en las mismas calles, en las mismas casas, en las mismas ciudades con los gladiadores, los payasos, los tramposos y los bellacos. Pero bien claro está que no ha sido inútil su esfuerzo en lucha constante contra la naturaleza, la ignorancia, los demás hombres y sus propios instintos. ¿Que un hombre como usted no quiere incorporarse al tesón de los mejores? El mundo no se hundirá por eso. Otros ocuparán su puesto. ¿Que no quiere colaborar al esfuerzo ajeno? ¿Que prefiere ser empujado que empujar? ¡Ah, sí, le «gustaría» siempre que no hubiese el riesgo de mancharse, contaminarse, contagiarse y pervertirse al contacto con los demás! No se preocupe, hombre de Dios. Otros se contaminarán para que usted se conserve limpio. Pero no cometa la ingenuidad de creerse el único en esta postura de inhibición. Forman legiones los mezquinos, los pusilánimes y los cobardes que viven de las rentas del esfuerzo ajeno. En este caso hace usted muy bien en decir: «No quiero ese premio».

Me encogí de hombros. No me sentía con fuerzas para replicar.

—Ha estado usted un poco duro, ¿no le parece?

—No he pretendido ofenderle.

—No me ha ofendido usted en modo alguno. Sólo que… mientras me hablaba me ha parecido que se olvidaba usted de algo esencial.

—¿De qué me he olvidado, Jaime?

—De que yo… soy un enfermo.

El doctor hundió sus ojos en los míos, como el brazo de un cirujano lo haría en las entrañas de su paciente.

—Dígame, Jaime. Si yo ahora… (¡que conste que lo digo como una simple suposición!), si yo ahora… le quisiera forzar a volver a Madrid, con intención de dejarlo abandonado en una calle céntrica, con mucho público, y usted se enterara de mis intenciones, ¿qué haría?

—Abrirme las venas —respondí sonriendo.

El doctor no pareció extrañarse de mi respuesta ni de la rapidez con que la enuncié.

—Y… ¿no me las abriría… a mí?

—¡No, no, no! Yo le tengo un afecto extraordinario, doctor. No sería capaz de hacer eso. ¡Ni a usted ni a nadie! —aclaré.

—¿En ningún caso?

Medité una fracción de tiempo.

—Sí. Sólo en un caso.

—Que yo impidiera que usted se suicidara, ¿no es así?

—Así es.

Rompió a reír.

—Pues escuche bien esto, Jaime. Yo le sacaré de aquí. ¡Y no contra su voluntad!

Ahora fui yo quien le penetró con la mirada. ¿Fue una profecía? ¿Quiso tan sólo darme la seguridad de que no intentaría forzarme o de que sanaría hasta perder el miedo al mundo? Confieso que no le entendí.

Nos habíamos ya puesto en pie cuando vimos que Damiana bajaba ágilmente los escalones que unen el porche de entrada con el jardín. Traía una gran cesta en la mano con el almuerzo preparado en la fonda y venía hablando sola. Su cháchara consigo misma debía de ser especialmente jocosa, pues la vieja hablaba y reía a un mismo tiempo. Al vernos, exclamó:

—¡A comer! ¡A comer! ¡Que todo viene calentito!

Tercera Parte

Elisabeth Dartmoore

XII

EL HACHA Y EL DICCIONARIO

Nota del autor: Una vez que el doctor Maldonado dejó mi casa de Pedraza para reintegrarse a sus habituales quehaceres en Madrid, tardé muchos días en alcanzar el necesario sosiego para escribir. Me costaba un esfuerzo infinito transformarme de persona en personaje. Sólo al cabo de ocho días la atracción del pasado se impuso al lastre del presente. Y dejé de ser el que soy para ser el que fui. Sólo entonces reanudé febrilmente la redacción de los capítulos que siguen.

AQUELLAS PRIMERAS semanas de mi reencuentro con Hansbrook me vi poseído por la delirante obsesión de trabajar. Me levantaba con el alba y, apenas liberado de los últimos jirones del sueño, me lanzaba al campo a enderezar lo que, por abandono del hombre había torcido la naturaleza. Cavé la tierra a lo ancho de la explanada donde antaño se extendía la pradera; podé las ramas que habían crecido desmesuradamente con perjuicio de otras plantas; talé enredaderas parasitarias que ahogaban los troncos originales; liberé la avenida de tilos de los espinos salvajes que la invadían; limpié de fango y hojas podridas el fondo de la fuente; prendí fuego a las támaras y jaras que cegaban los caminos; arranqué malas hierbas, acarreé leña, y, con no poca emoción, adecenté la pérgola que enmarcaba, con un fondo de claroscuro, el recuerdo de mi madre.

Apenas puesto el sol me bebía un gran vaso de vino, que en España es lujo de pobres (pueblos hay en que el vino es más barato que el agua) y deambulaba por la casa medio a oscuras o me sentaba en la escalinata del porche a contemplar ensimismado la siempre renovada melancolía del crepúsculo.

Me fallaron las manos antes que el ánimo. No estaban hechas para el pico, el hacha o el azadón. El dolor de las ampollas abiertas o los callos agrietados me impedía apretar con fuerza sobre los mangos. Tuve, por tanto, que aplazar las labores hasta curarme. ¡Entonces reanudaría con manos mejor curtidas el empeño iniciado! No por eso descansé. Otras faenas útiles reclamaban mi atención: colocar los libros traídos de Madrid, reunir las acuarelas pintadas

por mi madre, hacer fichas de documentos, ordenar cuentas y revisar carpetas antiguas.

Una tarde que estaba entretenido en estos menesteres descubrí una carta tan singular y sorprendente que no pudo menos de hacerme reír. Era de mi bisabuela. Estaba escrita en inglés y dirigida a su hijo cuando éste aún vivía en Hansbrook. (La fecha era posterior a la boda de mis padres, pero anterior a mi nacimiento). Lo interesante no era tanto el contenido —ordenarle que regresara a Bahamas— cuanto el tono despótico y autoritario empleado por la anciana para tratar a un hijo que no era precisamente una criatura… sino que… ¡estaba a punto de ser abuelo! Anoté este párrafo lapidario: *Un muchachuelo tan fatuo como ignorante que ha dilapidado en tierras exóticas como España toda la fortuna de su difunta mujer, pretendiendo fabricar camisas en un país donde nadie las lleva, no merece que su madre le llame a su lado para dirigir sus finanzas. Pero ya estoy muy vieja y permito al arrogante joven que me arruine con sus estúpidos y fantásticos negocios a cambio de tenerle cerca en mis últimos años*.

Al margen de esta carta, había una anotación escrita sin duda alguna por mi abuelo. Decía así: ¡*Dios te bendiga, adorable e impenitente cascarrabias*! Aquella tarde no hice otra cosa que revisar carpetas por ver si encontraba otras muestras de tan curiosa correspondencia entre madre e hijo. Y si bien no di con lo que buscaba, hallé en cambio cosas distintas, que me compensaron sobradamente de la búsqueda: cartas de tía Elisabeth a mi madre, de ésta a la suya, de los abuelos entre sí; cartas cuya lectura me permitió, a lo largo de los días y las semanas, penetrar en el mundo fascinante y desconocido de mi ascendencia materna, de la que apenas sabía nada. Recuerdo una carta de mi abuelo, ya en las Bahamas, comunicando patéticamente a mi madre la muerte de una antigua sirvienta negra llamada Mary Gold, muy querida de todos según deduje, y que había sido hija y nieta de esclavos, todos ellos propiedad de los Dartmoore, desde que el primer colono de nuestra sangre se estableció en las islas. Y recuerdo también, con la mayor emoción, una carta conmovedora de tía Elisabeth felicitando a mi madre… ¡por mi nacimiento! Estaba escrita con cuidada y torpe caligrafía —tía Elisabeth no tendría entonces más de cinco o seis años—; la tinta recorría el camino previamente marcado a lápiz y borrado después, aunque no con tanto esmero como para que no se advirtiera la argucia de una niña aplicada. La redacción, dirigida a su hermana mayor, ya casada, ya madre, era sencillamente angelical. Su lectura me conmovió y anduve todo el día con el ánimo ensimismado y melancólico.

La creciente atracción que experimenté aquellas semanas por mi familia inglesa la atribuyo no sólo al interés de compensar mi ignorancia respecto a ella sino también y, sobre todo, a la acuciante necesidad, teñida a partes iguales de angustia y de esperanza, de ahondar mis raíces en alguna parte… ¡distinta!

En el desván, donde en grandes baúles se guardaban en increíble promiscuidad las cosas más exóticas y dispares (entre otras muchas los libros en que tía Elisabeth aprendió a leer y a sumar, lo que me permitió admirar la rotunda supremacía de los textos escolares ingleses sobre los nuestros), descubrí un precioso retrato de mi tía, niña, dibujado al pastel por mi madre. *A mi muy querida Lisa*, decía el comienzo de la dedicatoria con gruesos trazos. Y debajo, con letra más pequeña: *Recuerdo de tu quinto cumpleaños y de tu vieja hermana que tanto te quiere, Dorothy*.

Desde que, días antes, había leído la postal de tía Elisabeth bendiciendo a Dios por mi nacimiento, yo tenía el vago propósito de lanzarme algún día a escribirla. Era un deseo subyacente, no expresado muy a las claras, que tenía precisión de una ayuda para aflorar de modo manifiesto a mi conciencia. El hecho que sirvió de catalizador a aquel inconfesado proyecto potencial fue el hallazgo de este retrato. Decidí súbitamente enviárselo, y, apenas comenzó a redactar las brevísimas líneas para justificar el inesperado obsequio, comprendí que desde hacía tiempo necesitaba establecer esta comunicación: que había algo muy hondo y entrañable que me exigía relacionarme con quien encarnaba la representación viviente de mi ascendencia materna, perdida hasta ahora, o —por mejor decir— olvidada por mí desde siempre.

Querida tía Elisabeth —escribí—. *Desde un rincón del mundo que no recuerdas, alguien a quien no conoces quiere hacerte este obsequio. Muchos recuerdos de tu sobrino*, JAIME. Me pareció útil buscar un rasgo de humor que ocultara la emoción con que redacté lo que precede y añadí debajo de la rúbrica esta posdata: *¡Te la envío como muestra de gratitud… por la carta que escribiste a mamá hace veintitrés años felicitándola por mi nacimiento!*

Entretanto, curadas ya las heridas de mis manos, volví a emprender las faenas materiales: desatrancar las gárgolas del tejado, que estaban taponadas por el polvo, los bichos y las basuras; cavar un canal para llevar el agua desde los depósitos hasta la antigua fuente y acarrear cantos rodados desde el río, para reconstruir el antiguo camino de la avenida de tilos. Procuraba con esto olvidar el más acuciante de mis problemas, o al menos no abordarlo de frente. Mientras pudiera comer hoy —y la despensa no estaba mal nutrida, gracias al crédito concedido por los almacenes de Polavieja— me producía una infinita

pereza pensar en cómo arreglármelas para comer mañana. A veces me venían ideas fantásticas que no me detenía en contrastar con las exigencias del sentido común, que es —si mido a los demás por mi rasero— el menos común de los sentidos: talar los árboles del bosque y vender los inmensos troncos; subastar los muebles sobrantes a algún anticuario; colocarme como profesor de primeras letras, ya que en Polavieja no imaginaba que florecieran las vocaciones universitarias, o escribir artículos en los periódicos montañeses.

Una tarde encargué a Alberto que me comprara una hacha —pues la que encontré en el quiosco estaba mellada y mohosa— y un «Diccionario inglés-español» que me permitiera captar todos los matices de la correspondencia familiar. Alberto expresó sus dudas en cuanto a poder conseguirlo, pues los Almacenes comenzaban a inquietarse por el retraso en cobrar la cuenta; y, de paso, me indicó discretamente que desde que murió mi padre no había vuelto a recibir el sueldo que le correspondía como guarda de la casa. A pesar de sus palabras, al día siguiente tuve el hacha, el Diccionario… y algo más cuya contemplación me turbó profundamente: un sobre azul larguísimo, estrechísimo y perfumado, con sello de Bahamas y un membrete de Nassau que rezaba: «British Atlantic Ocean Empire». Lo guardé nerviosamente en el bolsillo de la chaqueta y no lo abrí hasta que estuve solo.

¡Oh sobrino, mi muy querido hijo de mi muy querido Carlos y mi nunca olvidada y muy querida Dorothy! Éste era el comienzo. (Los principios de las cartas de tía Elisabeth fueron siempre muy singulares). La siguiente que recibí de ella comenzaba: *Mi muy querido caballero español y poeta del mundo*. Y la tercera: *Eres un muy perverso muchacho y muy adorable bribón y sobrino*. Bien; mas cuando recibí estas otras cartas posteriores yo estaba ya hecho a su estilo exaltado y atrabiliario, así como a su originalísimo castellano, que era de lo más pintoresco que cabe imaginar. Pero esta primera lectura me dejó estupefacto. Tenía tía Elisabeth un vocabulario muy limitado y ello la obligaba a repetir constantemente las mismas palabras. Pero con esta economía de voces buscaba tales giros y daba tantas vueltas para alcanzar a expresar lo que deseaba, que el conjunto resultaba francamente peregrino. Cierto que no era su mal castellano lo que me llamó la atención (pues era lógico que lo hubiese olvidado), sino la manera tan original de satirizarse a sí misma.

El texto completo era el siguiente:

¡Oh sobrino, mi muy querido hijo de mi muy querido Carlos y mi nunca olvidada y querida Dorothy!

Has de saber… (¿se dice así?) que tu tía tiene un muy duro corazón según dicen los despechados caballeros que he tirado por la barandilla de mi barco mientras enfilaba al puerto de los celibatarios. Aunque en el Caribe hay muchos tiburones carniceros y muchas barracudas carniceras, algún galán enamorado de mí logró salvarse y con muy malos sentimientos ha hecho circular ese rumor calumnioso del corazón duro de tu tía. Pues yo les digo ahora que ese muy duro corazón de tu tía ha sido hecho capaz de llorar por tu presente. Gracias, gracias, gracias. Te beso las manos muy fuertísimas o muy fuertísimos que no sé ya hablar fluentemente el bello español.

¿De dónde has salido tú de repente? Eras obligado de mandar a tu tía una foto tuya para saber cómo es el hijo de mi muy querido Carlos y mi muy querida Dorothy. Y no has hecho eso. E eso es muy malo y perverso. Pero ¿de dónde, de dónde, de dónde has salido tú de repente? Hace muchos muchos años que Carlos tu muy querido padre y mi muy querido hermano de ley, se esfumó de este mundo. Y nadie sabía sus señas ni en qué ciudad o en qué país vivía. Yo muchas veces pensé que tú y él habíais muerto en la guerra civil española. Y que no había ya descendencia de la sangre nuestra porque has de saber que tu tía será celibataria para siempre y Dios sea bendito por ello. ¡Oh, ahora estoy muy dichosa de saber que todo es del revés y que me escribes desde el querido Hansbrook, del que dices que es un lugar del mundo que yo no recuerdo! ¡Oh, sobrino, tú no sabes nada de mí! Mucho mucho hondo está el querido Hansbrook en mi corazón. Escucha esto. Hay una fuente con peces blancos y rojos. Los blancos son los ángeles buenos del estanque y los rojos los demonios malos. Y hay un quiosco japonés con una escalera de fierro muy peligrosa por donde se cayó mamá cuando ya estaba mala, y un pequeño caminito misterioso con tilos a un lado y tilos del otro lado también. ¡Oh qué bueno que has salido tú, no sé dónde, de repente, y has dado tanta luz gloriosa con tu presente a tu tía! Escríbeme de ti para saber algo de ti, porque de ti yo no sé nada y quiero saber todo de ti. Y escríbeme del querido Carlos y del querido Hansbrook también. Cariños. Lisa.

Concluida la lectura, mis ojos se posaron en el hacha y en el Diccionario. No me había sido útil esta vez aunque podía serme muy necesario en lo futuro. Mis manos se tendieron hacia él, pero variaron de rumbo y tomaron el hacha por el mango. Sin medir poco ni mucho mis fuerzas, sin planear el modo de llevar a feliz término la operación, decidí tantear el modo de talar y vender —para salir de apuros— los mejores troncos centenarios del parque. Y allí me fui, sin meditarlo más, a poner en práctica tan descabellado intento.

Al primer golpe comprendí lo arduo de la empresa. El hacha —tan fuerte fue mi impulso— se me escapó de las manos mientras que del inmenso tronco apenas saltó una piececilla de corteza. Recogí el arma del suelo; la aferré con todas mis fuerzas y descargué un segundo golpe con no mejor fortuna que el primero. Quería alejar de mí toda posibilidad de reflexionar en torno a un esbozo de idea que me habían sugerido al unísono el diccionario y la carta de tía Elisabeth.

¡Zas, zas, zas! Hendí el aire con el hacha sin que el tronco se resintiera tanto como mis huesos. Al cabo de un tiempo el sudor me bañaba todo el cuerpo, el dolor en la espalda y los riñones se me hacía insufrible y los pulmones parecían haber llegado al límite de su fuelle. Al día siguiente tuve que guardar cama todo el día.

Mi segunda comunicación con tía Elisabeth fue harto más larga que la primera. Dividí mi carta en dos partes. Una, puramente informativa: la muerte de mi padre (ocultando, por supuesto, el suicidio y el desfalco), la ruina de sus empresas, la indigencia en que me había quedado y mi regreso a Hansbrook. La otra, que escribí con el mayor esmero literario y la clara intención de conmoverla, tenía como único objeto la descripción de la casa donde ella naciera y de donde salió poco más o menos a la misma edad que yo, bien que en épocas diferentes. Su res puesta, que tardó diez días en llegar, tocaba los mismos temas que yo, aunque en orden inverso. El encabezamiento («Mi muy querido caballero español y poeta del mundo») iba seguido de una serie de ditirambos a la magia con que había descrito «su querido Hansbrook», y en la segunda parte, abordaba, sin abandonar nunca su estilo estrambótico, noticias y problemas del mayor interés. Prescindo de la primera parte de su carta y reproduzco tan sólo la segunda y de más enjundia.

¡Oh, sobrino!, estoy muy triste de conocer que mi querido hermano de ley te dejó ruinoso al morir: «sólo con el sol y las estrellas», como dicen aquí las gentes de la piel negra.

Yo te voy a contar unas cosas de mi papá para que tengas consuelo de los malos negocios del tuyo.

Tu abuelo era muy mucho original y se paseó (no sé si es ese el correcto camino para decir el verbo pasado de «andar por placer»: to walk) se paseó siempre con un salacot por los jardines nuestros del querido Hansbrook, como si fuese a disparar a tigres sanguinarios. Pero aquí en Nassau le gustaba hacerse el español cañí y se paseó por nuestras plantaciones de piñas con sombrero de español cañí: ese que se ponen los toreadores cuando se visten de civil no para matar los toros sino los corazones de las morenas.

Tenía un bigote amarillo en punta como un coracero de Queen Victoria. Y era muy gentil y guapo hombre. ¡Pero muy cómico también! Él tenía una gota alemana. Porque una su gran abuela (¿se dice así la abuela de la abuela?) era alemana de Alemania, hija de un militar con nombre de músico famoso, pero que no era el músico famoso, y que se llamaba Hans Bach: que quiere decir «pequeño río de Hans», esto es, de Juan. Tu abuelo no tradujo al inglés Hans por John, pero sí «Bach» por «brook»: río pequeñito. Por eso se llama Hansbrook la casa en que tú y yo hemos nacido al lado de la fábrica ruinosa donde se fue al diablo la fortuna de mi muy querida mamá. ¡«Dady» «no era un businessman»! ¡Se metía en todos los negocios como quien anda a la guerra… y perdía todas las guerras! (En esto se podía ver la su gota alemana).

¿Sabes tú, querido sobrino, que un 10% de Hansbrook es de mí, y que tú no puedes venderlo, ni yo tomar mi parte mientras yo no tenga un hijo? Imagínate, ¡oh querido!, qué feo que mi padre me tire al pozo de las malas costumbres… porque aquí en Bahamas no gustan que las señoritas solteras tengan hijos. Y yo no creo estar bien casarme para que tú me mandes en un paquete el 10% de esas feas chimeneas que se devoraron el dinero de mamá.

«Also», el 10% de las piñas de aquí son tuyas, pero yo no puedo vender las plantaciones ni tú comer de las piñas mientras tu padre era vivo. ¡Y tampoco es bueno que un hijo degollé a su padre sólo para comer un 10% de piñas de postre!

¡Mi muy querido dady era tan original! También esa parte tienes tú de unas tierras secas en una isla que no tiene agua pero sí mosquitos. Lord Connaught en 1876 fue el único blanco que cultivó sisal (¿se dice así? ¡Es una paja para hacer escobas y sombreritos!) en esa terrible isla. Luego se fue y hoy no hay más que los negros grandes nietos de los esclavos de Lord Connaught.

Y tu abuelo —¡oh sobrino, la vida es para reírse: is'nt it*?— le compró a* Lady *Burton, hija de un hijo de Lord Connaught por una estúpida suma grandísima la tierra, los mosquitos, las escobas y los esclavos!*

(Si quieres la parte tuya yo te mando un barco con arena).

Siempre he pensado que mi nunca olvidado dady… que tenía un corazón muy mucho derretido pagó algún favor secreto a Lady *Burton con aquella detestable compra ruinosa. Tú tienes que venir a Bahamas para ayudar a tía Lisa a vender eso. Dicen que la isla es esa donde Christophus Columbus llegó primero a la América. ¡No puedo pensar en un hombre con un tan malo gusto!*

Te escribo a ti estas viejas noticias de mi papá para que tú tengas consuelo de no estar el solo en el mundo huérfano de papás originales.

Cuando vengas comeremos piñas —yo unos pedazos mucho grandes y tú mucho pequeños (sólo un 10%)— y miraremos de vender la parte que es tuya.

También somos dueños de muchas propiedades rarísimas. Pero tu abuelo lo hizo tan mal que ninguna produce un «penny». Tenemos un teatro pero no puedemoslo *vender, ni hacer cinematógrafo en él («movies») por prohibición manifiesta del testamento —y como en Bahamas no hay compañías de actores y actrices— está cerrado desde veinte años ya.*

También somos dueños de un muy odioso y abominable museo de uniformes militares de todas épocas y pueblos del mundo. Pero las moths (esos bichos malvados que se comen las lanas) lo han dejado de manera que todos parecen iguales: ¡los de los indios caribes y los de los lanceros bengalíes! También somos dueños de una parte (¿se dice «parte»?) de una Sociedad que tiene la exclusividad de poder vender a otros países conchas de mar (seashells). Pero no podemos vender a otros países las seashells porque el gobierno tiene muy mucho prohibido con pena de cárcel su exportación. Así que tampoco ganamos un «penny» con esto. Sólo tenemos la exclusividad de poder ir a la cárcel si queremos, ¡Ah, no debo olvidarme que también somos dueños de un magnífico mausoleo en el cementerio presbiteriano, donde está enterrada Lady *Burton! (la que vendió a tu abuelo los mosquitos y yo me pienso que algo más).*

¡Oh, querido sobrino. Tu abuelo inglés era muy mucho original!

No acabo de entender por qué razón la lectura de las cartas de tía Elisabeth me producían aquel extraño furor arboricida. El caso es que también esta vez dudé si tomar el diccionario y dedicarme seriamente a perfeccionar mi inglés o tomar el hacha y enfrentarme con mi impasible enemigo del parque. Y también esta vez triunfó el hacha sobre el Diccionario.

A lo largo de la pasada semana había vuelto a ejercitarme, no más de cinco minutos cada día, en ir ciñendo el tronco, a golpes de hachazos, de un collar de cortes irregulares. Aunque despacio, mi labor iba progresando. Esta vez, entre mandoble y mandoble, no evité plantearme a las claras mi angustioso dilema. O cerrar la casa y volar a Nassau, para hacerme cargo de la herencia, por minúscula que fuera, o encerrarme en Hansbrook para siempre, rehacer mi biblioteca y escribir aquí mis libros en soledad. El ideal de mi vida sin duda alguna era el último expuesto: alternar mis investigaciones históricas con la edición de poemas, ensayos y obras de creación; poner en explotación la finca que antaño fue sólo de recreo; cultivar

frutales donde hoy no había sino inmensos árboles inútiles; convertir en maizales las márgenes del río. Aparceros o colonos se cuidarían de cultivar la tierra; yo sólo de cultivar mi espíritu. Me convertiría en el señor de más prestigio de la comarca y mis libros darían a mi nombre —Jaime Gades Dartmoore— la proyección social y el respeto intelectual que merecería mi obra. Bien; pero esto ¿cómo se hacía? Necesitaría créditos para empezar. ¿E iba algún Banco a concedérmelos, a mí, al hijo de Carlos Gades, el estafador? En cuanto a lo del «señor de más prestigio de la comarca»… ¡malos habían sido mis principios! Tuve que pagar al tendero de Polavieja con la ropa de mi padre que salvé del embargo diciendo que era mía. Si tía Elisabeth hubiese conocido esta operación podría decir en justicia que, al igual que el abuelo, yo no era un *business man*. A cambio de dos perras de mercancías el tendero se quedó con dos soberbios abrigos de cachemira, media docena de camisas de seda sin estrenar, zapatos medio nuevos y una maleta… Con esto de pagar en especies había conseguido renovar el crédito, pero no mi prestigio. Mi única solución inmediata era Nassau. Cualquier otro planteamiento equivalía a engañarme a mí mismo. Pero… ¿quién me pagaría el viaje hasta la capital de Bahamas, que costaría una fortuna? ¿Tía Elisabeth? ¿Y quién me facilitaría dinero para vivir el tiempo que mediara entre mi llegada y la percepción de mis primeros ingresos? ¿Tía Elisabeth? Prefería cortarme la mano con el hacha antes que pedirle dinero.

Profundamente desalentado consideré que todos los caminos se me cerraban. ¿Qué hacer, Dios, qué hacer?

Por entretener mis ocios, o por ver hasta qué punto era soportable la lectura de mis miserias, escribí una nueva carta a tía Elisabeth:

Querida tía Lisa: Los estudiantes no andamos nunca sobrados de fortuna. En cuanto el diez por ciento de la venta de tus piñas permita, a partir de la muerte de papá, acumular una cantidad suficiente para adquirir un billete de avión, iré a verte. ¡Qué gran satisfacción si puedo serte útil!

La carta me pareció un primor de cinismo.

Un viaje corto a Bahamas no suponía renunciar a Hansbrook, a esa vida imaginada del señor rural que cuida al tiempo sus tierras y su intelecto, sus ganados y su biblioteca; que lo mismo sabe seleccionar semillas que componer sonetos, vender las cosechas que editar sus obras. Recordé el episodio del Caballero del Verde Gabán en el Quijote. Cervantes, amigo de chancearse de tantas cosas, trata con infinito respeto a este personaje episódico en cuya casa solariega se hospeda unos días el Caballero Andante. Y es que el Caballero Andante, que también era Miguel de Cervantes

Saavedra, trotacaminos, vagabundo y vagamundos, hubiera gustado de ser como el del Verde Gabán, como yo mismo, señor de su hacienda y de su ánimo (¡y de su sosiego, Dios, de su sosiego!), para poder cultivar por igual en paz con su conciencia y con los hombres, los bienes de la tierra y del espíritu.

Ante mí descansaban el hacha y el diccionario: Hansbrook o Nassau; mi angustioso dilema, mi sola disyuntiva.

XIII

DAVID HAUGHTON

EN MIS VIAJES de fin de Carrera por el Próximo Oriente y en las pocas conversaciones que mantuve en España con anglo-parlantes, pude comprobar que yo sabía hablar inglés con los egipcios, los jordanos, los sirios y los griegos… pero no con los ingleses.

La culpa es de las vocales. El alfabeto latino sólo tiene cinco y yo sé pronunciarlas todas. Pero he aquí que estos cinco signos no corresponden a todas las posibilidades de la garganta humana para emitir un sonido de una sola emisión de voz. Los franceses comenzaron a complicar las cosas con el peculiar sonido de su «u» (que es a la «i» y a la «u» castellanas lo que el color verde al amarillo y al azul, pues el primero es la consecuencia de mezclar los dos últimos) y con el sonido no menos peculiar de su «e cerrada», sonido, dicho sea con perdón, que se oye como un discreto regüeldo. Los ingleses fueron mucho más lejos. Son dieciocho los sonidos de vocales que han podido catalogarse en el alado idioma de Guillermo Shakespeare. El problema de aprender a hablar correctamente el inglés se simplificaría si para estos extraños sonidos se hubieran inventado signos nuevos (como hicieron los castellanos con la «ñ» peninsular). Pero no es así. Esta docena y media de ruiditos ingleses se expresan gráficamente con los únicos cinco signos que el alfabeto latino ha establecido para las vocales. Y para aumentar las dificultades no hay reglas fijas que exijan según cada caso una determinada pronunciación, sino que ésta viene impuesta (al igual que la Constitución Británica, que no está escrita) por la tradición.

Los españoles tenemos también algunos sonidos propios, absolutamente inexportables, como la terrible «j» española, que es de todos los ruidos emitidos por los humanos el que más se aproxima al rugido feroz del león en el desierto. Al igual que el apéndice, los colmillos y el inútil dedo meñique del pie son supervivientes atávicos de cuando teníamos rabo, desgarrábamos carne cruda y nos columpiábamos de los árboles colgados de las extremidades inferiores —que eran prensiles—, la «j» ibérica es lo que ha sobrevivido de nuestros rugidos primitivos. Esta letra terrible es causa de no pocos males.

Entre otros, del alto porcentaje de laringitis entre los españoles y entre cuantos extranjeros intentan pronunciar en su versión original la dura lengua de Cervantes. Tenemos también la doble «1» —letra que denominamos «elle»—, que para decirla correctamente hay que hacer admirables malabarismos con la lengua. La República Argentina, mucho antes que de la Corona de España, se independizó de nuestra «11», creando, para pronunciarla, un sonido patinador y elástico —de suave frenazo de bicicleta sobre asfalto mojado— mucho más tolerable y humano. Pero ¿qué significa esto al lado de las dieciocho vocales inglesas, sólo comparables por la variadísima gama de sus pronunciaciones con el mirífico gorjear de jilgueros y ruiseñores?

¿Sabe usted imitar a un pájaro canoro? ¡Pues no sabe hablar inglés como un inglés! Y como los no angloparlantes ignoran cómo emular el canto de las aves, se han visto forzados a reducir, cuando hablan en inglés, a sólo cinco los sonidos de las vocales sisperianas con lo que han puesto al alcance de mi entendimiento y posibilidades de expresión el idioma de Sus Graciosas Majestades. Debo gratitud a griegos, egipcios, sirios y jordanos por su economía de sonidos, pues gracias a ellos supe unir el inglés aprendido en los libros —el inglés que saben leer los ojos— con el que saben escuchar los oídos. No puedo decir lo mismo de *Sir* Lawrence Olivier y de los locutores de la B.B.C., cuyo preciosismo lingüístico estuvo a punto de hacerme renunciar a aprender una lengua que es en lo gutural tan rica al menos como lo es el chino en los signos de la escritura.

Todas estas consideraciones bullían y se atropellaban en mi caletre mientras el reactor de una compañía inglesa sobrevolaba las islas del «Imperio Británico del Océano», *British Ocean Empire*, como denominan los súbditos de Su Graciosa Majestad al Archipiélago de las Bahamas.

No eran éstas mis únicas meditaciones. Sólo cuarenta y ocho horas antes yo había recibido en Hansbrook la visita de un agente de viajes que se desplazó desde Santander para entregarme personalmente un determinado documento y un gran paquete, semejante a una sombrerera. El documento era una tarjeta de crédito que cubría no sólo el precio de los billetes sino las cantidades que yo libremente pidiera en efectivo para gastos previos o dinero de bolsillo. La sombrerera contenía una soberbia piña tropical y el consabido sobre alargado, perfumado y azul de tía Elisabeth, adherido con una cinta rosa al perifollo de la fruta. La carta decía así: «Eres un muy perverso muchacho y muy adorable bribón y sobrino. Ven pronto. Te mando el 10% de la cosecha de las 6 a. m. horas de ayer».

Calculé mentalmente el dinero que debía a la tienda y al jardinero, así como el que necesitaba para comprarme la ropa adecuada. Cuando el agente me preguntó —al rellenar los impresos exigidos— la fecha que deseaba partir, le respondí:

—Si usted vuelve esta tarde a Santander, ¡me voy con usted!

¿Semejante precipitación no dejaba traslucir demasiado a las claras mi indigencia? ¿No aparentaría un deseo inmoderado y descortés de tomar posesión de mi parte en las propiedades? El telegrama en que anunciaba a tía Elisabeth mi llegada, ¿lo habría recibido a tiempo? Y aún en este caso una aparición imprevista como la mía, ¿no trastocaría sus planes, obligándola a renunciar a otros compromisos anteriores?

Sería muy triste que por culpa de mi súbita y quizá precipitada resolución, no entrara con buen pie en esta nueva etapa de mi vida.

La orden de ceñirse los cinturones de seguridad y dejar de fumar había sido dada muchos minutos atrás, pero sólo ahora recibió el piloto la orden comunicada por la torre de mando de tomar tierra. La azafata se disculpó en tres idiomas de estos retrasos impuestos por el tráfico.

¿Cómo sería tía Elisabeth? ¿Cómo debía saludarla? ¿Abrazándola? ¿Besándole la cara? ¿Solamente estrechando su mano? Recordé que mi madre no era partidaria de los excesos, tan españoles, en las efusiones de cariño o amistad. No le gustaba que yo besara a otras personas ni que me besaran; y no por sequedad de carácter, sino por higiene. ¿Y si tía Elisabeth pensaba igual que mi madre? ¿Y si consideraba descortés o por ventura procaz que la besara al saludarla?

No debía olvidar que las solteronas están muy apegadas a sus fórmulas propias: a sus manías. Recordé una obra de teatro inglesa que vi en París por los años de la posguerra. Representaba a un militar que regresaba al hogar desde el frente después de cinco años de ausencia. Su hijo, que tenía doce años, no se le colgaba del cuello estrechándole con infinita emoción, como hubiese hecho con lágrimas en los ojos cualquier muchacho español, sino que le saludaba tendiéndole fría y cortésmente la mano… ¡No; yo no debía besar a tía Elisabeth, salvo que ella tomara la iniciativa!

Un breve golpe bajo el asiento: las ruedas del reactor habían sido colocadas en posición de aterrizaje. Un cambio de raido en los motores. Ya está… El avión se desliza por la pista. Cerré los ojos y formulé una breve oración. Mis manos temblaban ligeramente. Una nueva etapa de mi vida se abría ante mí.

Apenas pisé la escalerilla para descender del avión, me sentí ceñido por un aire húmedo y ardiente. La primera sensación del trópico la tuve en la piel. La segunda me vino por los ojos: las palmeras, las pitas, los cactos bordeaban el aeropuerto, abierto en medio de una espesa fronda salvaje, harto distinta a las sequedades de mi patria.

El edificio de la aduana era un barracón prefabricado con gran economía de materiales: sencillísimo, utilitario y limpio. Los auxiliares del aeropuerto, los mozos de equipaje, los oficiales de aduana eran negros. Nunca había visto tantos juntos. Los últimos citados —con quienes tuve que hacerme entender a efectos de revisión del equipaje— vestían pantalón corto y blanco, camisa del mismo color y gorra de visera a estilo militar. Negros eran también los taxistas y conductores de autobuses que ofrecían trasladar los pasajeros a la ciudad. Pero no iban tan pulcros como los oficiales.

Una vez cumplidos los trámites pasamos a un nuevo local. Multitud de personas esperaban a los pasajeros. Mi primera observación fue ésta: no una sino muchas mujeres se parecían a mi madre en el óvalo de la cara, y en el color de los ojos, el pelo y la piel. Segunda observación: vestían una moda —incluso las más elegantes— extrañamente antigua: nada más distinto a los estilos que el español Balenciaga, el francés Diorfo, la italiana Nina Ricci imponían desde París a las elegantes del mundo: lo mismo a las de Bangkok que a las de Nueva York, Oslo o Santiago de Chile. Si las modas continentales no conseguían traspasar el Canal de la Mancha ni penetrar las verjas de Buckingham Palace, ¿cómo pretender que llegaran a las colonias más alejadas de la metrópoli?

Aquellos sombreritos de flores —hechos con batistas rojas y malvas— o adornados con rizos y perifollos de organdí no se llevaban en Europa desde hacía veinte años. Y las amplias pamelas victorianas eran del tiempo de mis abuelos. Jóvenes y maduras, llevaban puestos unos guantecillos de hilo blanco; las faldas eran más largas que en Europa, y los estampados de las telas —grandes rosas abiertas, inocentes nubes azul marino sobre fondo celeste— ignoraban las audacias italianas de Pucci, Leonard o Falconetto.

¿Cuál de estas damas que miraban ansiosas a cuantos salíamos del recinto aduanero sería tía Elisabeth?

Había una de esbelta estatura y ojos bellísimos —tan azules como los de mi madre— que buscaba impaciente entre los recién llegados. Su mirada se cruzó con la mía. No era una mujer bonita. Sus facciones tenían esa dureza angulosa y rígida tan propia de algunas mujeres sajonas cuando comienzan a

envejecer. Adelanté unos pasos hacia ella. Alguien que venía a mis espaldas se adelantó.

—¡Margaret!

La mujer tendió sus brazos al recién llegado. ¡No era tía Elisabeth! Seguí buscando. Intenté consolarme al comprobar que no era yo el único que pretendía localizar a alguien entre aquel enjambre de rostros desconocidos. Había un caballero de colosal estatura, vestido medio de explorador medio de militar, en mi misma situación. Llevaba pantalón y camisa caqui —ambos cortos— y estaba sumamente bronceado. El vello de piernas y brazos era tan rubio que hacía un pintoresco contraste sobre el cuero quemado de su piel. Lo mismo acontecía con el pelo y las cejas, más claros que el rostro. Era enjuto y atlético: un tipo, pensé, que, a pesar de sus cuarenta y tantos años, es de los que gustan a las mujeres. Le imaginé descubriendo entre las pasajeras a una bellísima muchacha que caería rendida entre sus brazos. No era el único que vestía así: caquis o blancos, la mayoría de los hombres llevaban pantalón corto, salvo «los de la piel negra» que hubiese dicho tía Elisabeth. En esto los funcionarios de aduana eran una excepción. Muchos de los viajeros habían ya cargado su equipaje en los coches. La sala comenzaba a vaciarse. Pronto quedaría solo. Tía Elisabeth no aparecía. De pronto puse más atención a mis oídos que a mis ojos. El nombre que repetía el altavoz, reclamando a un viajero que se presentase en la oficina de información del aeropuerto ¿no sería, por ventura, el mío? Sonreí al reconocer los subterfugios de la garganta inglesa para evitar la pronunciación de la terrible «j» que encabeza mi nombre y me acerqué a donde me llamaban. El atlético caballero de las cejas cuasi albinas se dirigió entonces decididamente hacia mí. No entendí una palabra de lo que me dijo. Le rogué que me hablara *slowly* (despacio), pues mi inglés era «so poor» (¡tan pobre!). No se esforzó en absoluto en atender mi ruego. Los ingleses (¿fue Camba quien lo descubrió?) hablan a los extranjeros como si tuvieran una pipa entre los dientes: apretando las mandíbulas y procurando no entreabrir los labios con el decidido propósito de hacerse entender peor. Añado a esto que *Mr*. David Haughton (como hoy sé que se llamaba mi gigantesco interlocutor, pues aquel día no conseguí averiguar quién era) tartamudeaba constantemente (tal como mandan los cánones a los ingleses bien educados) y cortaba las palabras arbitrariamente uniendo las sílabas finales con las primeras de las siguientes, de modo que su perorata se convertía para mí en una jerga ininteligible. Si un madrileño dijera a un turista: «Miresese es-elmumu-seodélpra-dodotánfa-mosó» ni don Félix Lope de la Vega y Carpió, a quien Dios haya, entendería: «Mire; ése es el Museo

del Prado, tan famoso». Y esto es lo que, sin ninguna consideración a mi ignorancia de las trece vocales complementarias, hizo conmigo *Mr*. Haughton, quien tomó gentilmente en sus manos mis maletas más ligeras, ordenó a un moreno cargar con las más pesadas, me invitó a subir a un *jeep* y enfiló carretera adelante (supuse y supuse bien) hacia la ciudad.

He de anticipar aquí que, a fuerza de tiempo, conseguí entender a (y hacerme entender de) casi todo el mundo; pero a lo largo de muchos meses no supe qué me decía *Mr*. Houghton, ni siquiera por aproximación.

Durante el recorrido volvióse varias veces hacia mí para hacer corteses preguntas. Yo respondí al azar según me dictara la intuición. De modo que dije «*¡Excellent!*» cuando imaginé que se interesaba por la bondad del viaje; y exclamé «*¡Oh… not at all!*» al sospechar que me interrogaba acerca de si estaba cansado después de tantas horas de avión; y respondí «*of course… of course*», cuando intuí que la interpelación tenía por objeto saber si estaba contento de conocer las Bahamas. Pero no estoy en modo alguno convencido de no haber respondido «¡excelente!» a la triste noticia de que tía Elisabeth estaba mortalmente enferma; «no: en absoluto» a la cuestión de si me gustaban las Bahamas; o, «por supuesto… por supuesto» a la consulta de si acostumbraba a alimentarme con sesos crudos de niños recién nacidos. (Para evitar el riesgo de las incongruencias en mis respuestas, volví la cara hacia la ventanilla, simulando una invencible atracción por el paisaje).

Una hilera de casas con amplios jardines bordeaba la carretera. Trinitarias y jacarandas en flor cubrían fachadas y paramentos. Muchachas de color vendían sombreros y baratijas a los automovilistas. El viento abanicaba el airoso plumón de los cocoteros.

Minutos después llegamos a un soberbio hotel; dos negrazos vestidos con libreas celestes se hicieron cargo de mi equipaje; mi rubio y atlético acompañante me condujo a Recepción; fui obsequiado con una llave y una tarjeta en la que estampé mi firma y el número del pasaporte; crujieron los huesos de mi mano a causa del apretón de mi improvisado amigo; marchóse; quedé solo; sentéme y consideré que mi situación era cómica a fuer de peregrina. No sabía dónde estaba; ignoraba quién era el caballero de caqui; no había entendido ni sombra de cuanto me había dicho; desconocía las razones de la ausencia de tía Elisabeth, y carecía de todo conocimiento de mi futuro inmediato. Lo mismo pude haber sido informado de que mi tía me esperaba aquella misma noche a cenar, como de que había fallecido la víspera, atacada de la viruela negra.

Los morenos porteros que flanqueaban la gran puerta que daba a la calle no tenían otra misión que sonreír a los clientes que entraban o salían silenciosos. Iban muy pintorescamente vestidos. El calzado, la levita, la chistera y los guantes eran celestes como un amanecer sobre el mar; y, en verdad, que el contraste cromático entre el «Inmaculada Concepción» de su atuendo y el oscurísimo café de su piel era asaz estrafalario. La sala donde me encontraba —de estilo colonial inglés— tenía cubiertas las paredes y el techo con teca de Jamaica. Una bella colección de grabados antiguos de temas marineros adornaba las maderas de los paramentos. Fragatas y bergantines —trapos y perejiles al aire— navegaban por las paredes, enarbolando la insignia real. Sobre el pupitre de recepción había una fotografía de gran tamaño que desmerecía del buen gusto de todo el resto. Era un retrato en Kodacolor de Isabel II acompañada del Príncipe Felipe vestido de marino. La real pareja posaba y sonreía a ese fotógrafo de Palacio a quien, a pesar de sus muchos atentados artísticos a la Corona, en Buckingham Palace no acaban de licenciar. En torno mío había silenciosos jubilados, calladas damas de noble porte, criados mudos, silentes alfombras.

Distinguí muy pronto dos clases harto diferenciadas de clientes: los británicos que residían en el Hotel permanentemente y los turistas que lo habitaban ocasionalmente. Una hornada de ellos regresaba ahora de excursión y el recinto se llenó de bullicio.

Distribuidas a lo largo del amplísimo salón de recepción había tres mesas, detrás de las cuales se instalaron otras tantas azafatas para atender a los recién llegados. El nombre de la señorita en cuestión estaba grabado en un marbete semejante al que tienen ante sí los diplomáticos (con la indicación del país al que representan) en las conferencias internacionales. Y junto a este marbete había un rimero de folletos que la gente consultaba antes de dirigirse a las azafatas. Me procuré uno de cada mesa y volví a mi asiento para informarme de su contenido. En el primero se anunciaban las diversiones individuales o colectivas a que tenían derecho, previas las reservas correspondientes, los clientes del hotel. A saber: pesca submarina, fotografía submarina, clases de inmersiones submarinas, alquiler de lanchas rápidas para la pesca del atún, alquiler de yates, alquiler de esquís acuáticos, clases de patinaje acuático, alquiler de equipos de tenis, clases de lo mismo; y, en fin, reserva de mesas para los bailes vespertinos que se celebraban en el establecimiento.

La segunda mesa se dedicaba exclusivamente a reservas fuera del hotel: restaurantes, *cabarets*, museos, alquiler de coches con o sin conductor, etc. Y la tercera, la más singular, y más concurrida también, según observé, por los

turistas norteamericanos, se dedicaba a hacer presentaciones. Los jugadores de *bridge* que viajaban solos se inscribían allí y la señorita encargada de tan original menester se ocupaba de relacionarle con otros jugadores que deseaban lo propio. Y del mismo modo podían utilizar los servicios de tan simpática urdidora de buenas voluntades los solitarios que quisieran encontrar compañía, para cenar, bailar, jugar al tenis o visitar monumentos en la ciudad.

Ninguna de estas tres mesas servía a mis propósitos. Yo deseaba algo harto más sencillo. Y para intentarlo me dirigí al jefe de recepción. El caso es que yo sabía hablar inglés. Lo que no sabía era *entender* el inglés que hablan los ingleses. Fingiendo, pues, una dificultad mayor de la real para expresarme (al solo efecto de que tuviera en cuenta esa misma dificultad mía para entender sus palabras) rogué al recepcionista me marcara el número telefónico que le di y preguntara por *Miss* Elisabeth Dartmoore. La respuesta me dejó atónito:

—Me dicen que está en Nueva York.

—Pregunte cuándo regresa.

—No la esperan hasta la próxima semana.

—¡Qué contrariedad!

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—*Miss* Dartmoore debía entregarme un dinero. Acabo de llegar a Nassau desde España… ¡y no tengo un penique en el bolsillo!

—¿Tiene usted alguna carta de crédito, señor?

—De una agencia de viajes. Pero para llegar a sus oficinas he de tomar un taxi… y ni para eso tengo.

—¿Me permite?

Le enseñé los papeles.

—¿Cuánto dinero desea, señor?

Minutos después, sentado en un taburete del bar, con dos combinaciones de ron en el estómago y una tercera sobre la barra, me puse a considerar cuánta razón tenía mi viejo amigo don Francisco de Quevedo y Villegas:

Poderoso caballero
es don Dinero…

Tan poderoso, que hasta conseguí esbozar una conversación bastante fluida con el barman. Animado por aquel repentino progreso lingüístico —en el que colaboró en buena parte el estimulante ron añejo de Puerto Rico— me incorporé, volví al salón y con pasos más vacilantes de lo que convenía, pero con el ánimo dispuesto a las mayores audacias, me dirigí a la mesa donde se urdían las presentaciones sociales.

Estaba ya muy cerca cuando un súbito acceso de prudencia me contuvo. «Será mejor —pensé— que estudie primero, palabra por palabra, lo que voy a decir. De este modo mi conversación será más eficaz». Me senté a pocos metros de donde estaba la azafata —cuyo nombre era Lewis y cuya sonrisa encantadora—, y compuse para mis adentros la siguiente conversación:

—Excúseme, señorita… señorita Lewis. Mi inglés es muy pobre y debe hablarme despacio.

—Su inglés es excelente, señor (diría la azafata); le entiendo muy bien. ¿En qué puedo ayudarle?

—Desearía que me presentara a alguien para cenar esta noche.

—De acuerdo, señor. ¿Cómo es su nombre?

—Jaime Gades Dartmoore.

—*Spell it to me*, *please* (deletréeme, por favor).

—J.A.I.M.E…

—¿Número de habitación?

—510.

—¿Prefiere usted un hombre de negocios, un deportista o acaso una dama?

—Sí, eso último: es para cenar y bailar. ¿Me comprende?

—Le comprendo perfectamente, señor. Ya le he dicho que su inglés es excelente. ¿Tiene usted alguna preferencia de edad, de aspecto…?

—Lo más importante para mí, *Miss* Lewis, es que esa señora o señorita entienda esta horrible manera que tengo de expresarme. ¿Usted cree que será fácil para usted… encontrar a esa persona?

(Al llegar a este punto de nuestro diálogo, *Miss* Lewis acentuaría esa sonrisa absolutamente cautivadora y me diría enigmáticamente «depende…»).

—Depende… ¿de qué?

—De a dónde pretenda usted llevarme. Perdón: llevarla…

—¡Oh… yo no conozco Nassau! Lo dejaría a la elección de usted: quiero decir a la elección de la dama. Yo prefiero el mejor restaurante, la mejor música, no me importa el dinero… «Tengo mucho, ¿sabe?».

—Ah… ah… En ese caso… creo que he encontrado lo que le conviene:

Poderoso caballero
es don Dinero…

—¡Admirable! ¿Conoce usted a Quevedo?

—Soy licenciada en lenguas románicas.

—¡Admirable! ¡Admirable! Y bien… ¿cuál será el nombre de mi acompañante?

—Ethel Lewis, para servirle.

—¿Quiere usted decir que… usted misma?

—Yo misma, en efecto, seré muy feliz de ser invitada por usted…

—Me hace usted un gran honor… *Miss* Lewis.

—Llámeme Ethel, por favor, míster Dartmoore.

—No me llame míster Dartmoore. Puede usted decir Jaime, simplemente.

—De acuerdo, Jaime.

—Hasta esta noche, Ethel.

Colosal: ¡el ensayo me había salido sencillamente colosal! Pero he aquí que yo era un tímido congénito. Y a pesar del poder de «don dinero»; a pesar del ron antillano que me sumía en un vaporoso, incitante optimismo, no me atreví a acercarme a *Miss* Lewis. Y, en consecuencia, aquella noche cené solo en una cafetería y me acosté inmediatamente después de cenar.

XIV

LA CAZA DE PATOS

LOS ESPAÑOLES hemos heredado de los moros el arte de saber protegemos del sol que nos sobra. Los anglosajones, en cambio, han heredado la nostalgia por un sol que les es esquivo. De este modo han exportado desde sus islas brumosas, lo mismo a América que a la India, a Sudáfrica que a Australia, multitud de virtudes y cosas buenas: ¡lo que no han exportado son contraventanas ni el gusto de tenerlas! Apenas comenzó a amanecer, la luz del trópico invadió mi habitación, anegó mi cama y comenzó a lamerme el rostro hasta desvelarme. Me desperté con hambre, pues la víspera había cenado muy poco; mas era tan temprano que tuve que esperar algunas horas hasta que llegara la de solicitar el desayuno, tiempo que invertí no tanto en bañarme, vestirme y afeitarme como en escribir, palabra por palabra, lo que habría de decir por teléfono, para pedirlo. No fue del todo inútil mi previsora preparación lingüística, pues pedí café con leche y, en efecto, me trajeron café con leche. Pero como me interrumpieron varias veces para preguntarme telefónicamente no sé qué cosas que no entendí, y yo a todo dije «yes, yes», el caso es que más que desayuno me sirvieron el banquete de Heliogábalo, si es que el emperador Heliogábalo comía tanto como de él dice la fama. A saber: arenque ahumado a la crema, huevos revueltos, gajos de toronja, cereales secos, zumo de pina, amén de tostadas, bollos, pastas, *pudding* con pasas, mantequilla, jalea de frambuesa y mermelada de naranja. Me instalé en mi terraza particular, que daba a la zona deportiva del hotel, y consideré que no habiendo cenado casi nada la víspera por temor a no saber expresarme correctamente —pues pedí un plato pensando que era carne y resultó ser fruta—, esta misma ignorancia me había permitido ahora compensar al estómago de las muchas nostalgias que pasó durante la noche.

Me desayuné despaciosamente, puse en orden mi cuarto y salí a ver el mundo, sin alejarme mucho de las proximidades del hotel.

La mayoría de las calles estaban inundadas de puestos callejeros, algunos de los cuales pude ver de lejos, el día anterior, desde el coche de *Mr*. Haughton. Ahora podía verlos de cerca. Las muchachas de «la piel oscura»,

sentadas a la sombra de mangos y jacarandas (árboles que al moverse parecen arder, pues sus flores son rojas como llamas oscilantes), trenzaban las hojas de palmito teñidas de colores con maestría singular, improvisando las más audaces y atrevidas formas de sombreros, malvas, granas, amarillos, que, según comprobé más tarde, hacían la delicia de las ancianas *ladies* a la hora de la playa y la piscina. Las negritas, soñolientos los ojos, perezoso el ademán, apenas prestaban atención al enjambre enloquecido de sus dedos diligentes. No miraban sus manos sino a sus posibles compradores, y con no poco descaro; y siempre sonriendo. Como me decían cosas y yo no las entendía, me alejé de sus talleres ambulantes y me acerqué a la playa, que estaba casi vacía. Miles de gusanillos de oro vibraban al primer reflejo del sol de la mañana. Cuando soplaba la brisa los gusanillos se transformaban en grandes bandadas de peces fugitivos. Tan plácidas eran las aguas que, a mi vera, un mozalbete negro cumplía un extraño rito pagano. Se había metido en el agua con un caballejo, allí había descabalgado y con un cepillo que extrajo de las alforjas frotaba con agua de mar el pelo del corcel anfibio hasta sacarle lustre. Las aguas se movían entre las patas del bruto. La razón de ser de tan admirable quietud no era otra que una gran barrera de formaciones coralíferas que cierra el paso a las corrientes y que se extiende a cincuenta o cien metros de la costa y paralela a ella. No obstante el mar rugiente que se advierte en la lejanía, entre los corales —donde rompían las olas— y el lugar en que me encontraba yo, el mar no palpitaba. Recordé con interés que Cristóbal Colón, que navegó por estas mismas aguas, pues la primera isla en que desembarcó formaba parte del archipiélago de las Bahamas —las antiguas Lucayas—, escribió varias veces acerca de estas formaciones coralíferas. *Yo temía* —escribió en su Diario— *de ver una gran restinga de piedras que cierra toda aquella isla en derredor*.

Era bonito el tema. Apenas tuviera ocasión me compraría cuantos libros trataran de aquel primer desembarco. Me quedé muchas horas ensimismado mirando el mar, el mismo mar donde se perdieron las huellas de las carabelas descubridoras.

No eran carabelas las que cruzaban ahora ante mí, sino dos muchachas de pelo flamígero que practicaban el esquí acuático. Me incorporé lentamente y a pasos perezosos regresé al hotel.

La minoría blanca de la isla, que por las tardes conservaba unas modas tan anticuadas como las que me sorprendieron el día anterior, vestía en cambio por las mañanas de acuerdo con el último grito. Estaban *á la page*, como dirían los franceses. Incluso las viejas *ladies* que había visto la víspera muy

apegadas a las gasas victorianas, no oponían reparo a los pantalones multicolores, las blusas y los *bikinis*. Los estrambóticos sombreros que vi tejer a las obreritas negras tenían una gran aceptación, de modo que la amplia terraza que bordeaba la piscina del hotel —donde decidí instalar mi centro de observaciones— resultaba extraordinariamente cromática. Me senté bajo una gran sombrilla de paja y, al instante, un camarero negro vestido con chaqueta escarlata me trajo una carta de bebidas. Pedí al azar la que llevaba un nombre más sugestivo y a poco me vi ante un inmenso vaso por cuyos bordes caía un ramito de menta. En el interior, trocitos de papaya y pifia se anegaban en una buena porción de ron añejo y hielo picado. La bebida era sencillamente deliciosa y comprendí que, al concluirla, hablaría mejor el inglés que al empezarla. A los pocos sorbos me sentí, en efecto, extraordinariamente lúcido. Y me dediqué a los más extraños juegos mentales, cuyos resultados fueran los siguientes: primero, aunque llevaran la cabeza tapada y no se atisbara un milímetro de su piel, se podría averiguar sin lugar a dudas si una persona era blanca o negra sólo por su manera de andar. Allí, por supuesto, no había más negros que los camareros, de modo que me detuve a considerar si aquel leve contoneo de los hombros y las caderas que empleaban al desplazarse era producto de la raza o de la profesión. Deduje que de la raza. Segunda observación: a poco que se fijara uno en la clientela de la terraza y la piscina, se podía distinguir también cuáles eran turistas americanos y cuáles originarios de las Bahamas. Un conocedor más experto del idioma que yo, podría averiguarlo por el acento, mas no era ése mi caso. Las líneas diferenciales que establecí (gracias a la clarividencia que me brindaba el excelente ron tropical) fueron las siguientes: los americanos eran más bulliciosos, bastos, simpáticos, gesticulantes y alegres; menos convencionales y mejor constituidos muscularmente. Los isleños, más sobrios de gestos y ademanes, mejor educados, más finos de cuerpo y de modales y quizás algo «*snobs*», o, al menos, muy apegados a fórmulas convencionales. Entre los norteamericanos había más pelos negros y castañooscuros que entre los de ascendencia británica, y entre éstos más ojos azules, más rubios ceniza que entre los primeros. Por último, observé que entre los turistas, las mujeres gustaban de tostar su piel al sol, mientras que las damas y damiselas de la isla se protegían para no perder la extraordinaria blancura original. Con esto recaí en lo mismo que llamó mi atención en el aeropuerto el día anterior. Todas las mujeres se parecían algo a mi madre, o, al menos, pertenecían al mismo estilo humano que ella. ¿Y yo? ¿Cómo era yo? ¿Qué privaba en mí: la sangre

hispano-romana de mi padre o la sajona de mis abuelos matemos? ¡Nunca me había hecho esa pregunta!

Ésas eran mis no muy elevadas filosofías cuando, entre las muchas gentes que atisbaban un sitio donde poder sentarse en torno a la piscina, descubrí a la persona cuya presencia podría resultarnos menos grata: el gigantesco *Mr*. Haughton. Si había algo en el mundo que pudiera apetecerme menos, era que este caballero se sentase a mi mesa. Su jerga ininteligible era para mí un tormento, máxime cuando él cometía constantemente el error de imaginar que yo entendía lo que me hablaba. Venía acompañado de una joven lindísima, muy graciosamente vestida con pantalones bermudas y blusa tropical enlazados en la cintura. Supuse que era su hija, y, por su modo de buscar con la mirada, intuí que pretendía localizarme con intención quizá de presentármela. No excluí la posibilidad de que me lo hubiera anunciado la víspera sin que yo me enterara. «*Mañana le presentaré a mi hija Jany* —podría muy bien haberme dicho— *para que tenga usted alguien con quien hablar mientras regresa su tía Elisabeth*». Y quizás añadiera: «*Vendremos a buscarle a las doce*». De ser esto cierto, yo estaba cometiendo una verdadera incorrección al no haberlos esperado arriba, en los salones de entrada. Pronto tuve ocasión de comprobar que mis sospechas no iban descaminadas. Los ojos de *Mr*. Haughton se cruzaron con los míos, y, aunque yo fingí no haberle reconocido, observé (con la claridad con que perciben estos riesgos los tímidos) cómo indicaba a la muchacha quién era yo, y cómo ella se acercaba lentamente, abriéndose paso entre las mesas hasta llegar a mi rincón. Yo mantuve todo lo posible la farsa de no haberme dado cuenta de nada. Cuando la joven se detuvo ante mí, y retiró la silla que había a mi lado y acabó sentándose frente por frente de donde yo estaba, ya no pude desconocer por más tiempo su presencia. Fingí un ademán de sorpresa.

—*¡Hallow!* —me dijo simplemente, en voz muy baja.

—*Hallow*… —respondí con buscado y al propio tiempo sincerísimo acento interrogador.

Me miraba con desusada intensidad. Era bellísima, pero tenía «algo» muy superior a su belleza: la serenidad de sus facciones y la penetración de sus ojos, del mismo color que los de mi madre, de donde deduje que no era turista americana sino natural de las islas. La recién llegada me sonreía con una vaga tristeza, y, de esta suerte —mirándome muy hondo dentro de los ojos— permaneció un tiempo sin decir nada. ¡Qué asombroso asunto! ¿Sería corriente en Nassau que las muchachas se instalaran, sin ser invitadas, en las

mesas de los caballeros y allí permanecieran en silencio, en actitud de hipnotizar a sus escogidos?

Tratando de medir el grado de mi sorpresa, dijo al fin, en un susurro, casi en secreto:

—¡Soy Lisa…!

¿Cómo expresar el efecto de estas palabras? Aunque mis labios se movieron diciendo «no-pue-de-ser…», un clamor suave y hondo, una voz de la sangre, dulce y segura, me dijo que aquello era cierto, que no estaba borracho ni sufría alucinaciones. Y, como el ciego que palpa con las manos un objeto para reconocerlo, todas mis vivencias ciñeron aquel rostro buscando ávidamente los rasgos de mi madre. Y los encontraron. Aquel modo de «decir» con sólo mirar, era de mi madre; y el color de la piel, y el equilibrio del cuello, y la sonrisa apenas esbozada, eran de mi madre.

Tía Lisa extendió las manos sobre la mesa y las estreché entre las mías.

—¡Qué bueno que hayas venido! —murmuró.

Si el doctor Maldonado no pusiera objeciones a la luz que en algunos pasajes he de proyectar sobre mi mundo interior, confesaría sin reparos que al oír estas últimas palabras me oí a mí mismo diciéndoselas a mi madre (a mi madre encamada en tía Elisabeth): «*¡Qué bueno que hayas venido*!». No pretendo afirmar que yo creyera efectivamente que era así; pero, con todo, vi en ese plano que no es el de la realidad, sino que está más allá de la realidad, a mi madre respondiendo a mis angustiosas peticiones de niño de que volviera a mi lado desde allí a donde había partido para siempre. Y entonces, al reaparecer ahora mi madre en tía Elisabeth, era como si hubiese atendido a mi llamada y yo le dijera con el pensamiento lo que tía Elisabeth me decía con los labios: «¡Qué bueno que hayas venido!». La evocación me sacudió como un latigazo, mas no duró mucho, pues no todas las palabras de tía Lisa permitían un paralelismo de esta alcurnia.

—Tengo un sobrino muy poco galante. Tú me esperabas mucho más bonita y no puedes esconder ahora tu… tu… (¡ah, no sé cómo es esa palabra en español!)… *deception*.

—Decepción…

—¡Esa mismo: de-cep-ción! ¿He dicho la verdad?

—No es eso —protesté—. Es que yo no te esperaba hasta la próxima semana. ¡Me dijeron en tu casa que estabas en Nueva York!

—¿Cómo? ¿Ese caballo borracho de Haughton no te dijo que yo llegaba hoy?

Rompí a reír, no sólo porque eso de «caballo borracho» no lo hubiera dicho nunca mi madre, sino porque era muy posible que Haughton me lo hubiese explicado con todo detalle sin rozar para nada mis entendederas.

—¿De qué te ríes tú ahora?

—Me río, tía Lisa, porque no soy capaz, y me moriré sin ser capaz, de entender a un hombre como *Mr*. Haughton, que habla con la boca cerrada. Y también me río al pensar lo tonto que he debido de parecerte al no comprender quién eras.

Y también me río porque estoy muy contento de que tú seas tú, y de que seas… así.

—Son tres razones muy poderosas para reír. Dime: ¿cómo me pensabas tú que yo era?

Bebí dos tragos del ron antillano y confesé la verdad.

—Te imaginaba más… más antigua.

—¿Más antigua?

Volví a beber, esta vez prolongadamente.

—En realidad… era imposible imaginarte tan… tan maravillosa.

Tía Elisabeth dobló la cabeza entre halagada y enternecida.

—Ah, sobrino, ¡qué bueno saber que no te parezco tan mal como a mi espejo! ¡Y qué bueno también para mí tener un tan gran caballero y sobrino al que escuchar esas cosas tan buenas!

Respiré muy hondo. Estaba claro que no le había caído mal a tía Elisabeth. Ella estaría tan intrigada por conocerme y tan preocupada por mi modo de ser como yo respecto a ella.

Y esta seguridad de no haber entrado con mal pie en mi relación con Lisa me producía, en connivencia con el ron antillano, una vaporosa exaltación. Mi dicha se vio súbitamente vapuleada con la llegada del «caballo borracho», como llamaba tía Elisabeth a *Mr*. Haughton. Éste, que nos había dejado a solas durante las primeras ternezas del encuentro, se acercó a nosotros, me estrechó la mano con gran campechanía, me dijo dos o tres cosas, sin abrir la boca según su costumbre, ni mover los labios, como un ventrílocuo; y yo, siguiendo la mía (quiero decir, mi costumbre) no entendí nada y moví sonriente y afirmativamente la cabeza cuando pensé que me preguntaba algo. Lo mismo pudo haberme invitado a una partida de golf que recitarme la traducción inglesa de los poemas de Mao Tse Tung.

—Es un viejo caballo leal —comentó tía Elisabeth, apenas se hubo ido.

Y esto, aunque dentro siempre de la raza caballar, representaba un ascenso en la estimación de tía Lisa, pues de borracho ascendía a leal. En cualquier

caso yo celebraba que se esfumase porque, mientras hablaba, tenía siempre puesta una mano sobre el hombro de tía Elisabeth, y esa muestra de confianza me irritaba sobremanera. Yo empezaba a considerarla como algo exclusivamente mío y nunca he podido soportar los afectos compartidos.

Tía Lisa siguió punto por punto las manifestaciones en mi rostro de estos razonamientos. Me observaba con gran atención.

—¿Qué piensas? —le dije, quizá para evitar que ella me preguntase lo mismo. Mas no lo evité.

—¿Y tú, qué pensabas tú?

—En lo engañado que estaba al no haberte imaginado tan joven, pues lo cierto es que tienes muy pocos años más que yo. Y tú, tía Lisa, ¿qué pensabas?

—Pensaba que mi sobrino es un muy guapo hombre. ¡Eres un Dartmoore puro!

Tía Lisa se puso en pie.

—Mientras preparas las maletas tuyas, yo me bañaré en la, piscina. ¡No tardes!

—¿Dónde iremos?

—A casa. Todo está preparado ya. El cuarto de tu abuelo será para ti. Y un gabinete de trabajo, muy lindo y *silent*, también. ¿Cómo se dice *silent*?

—Silencioso.

Me puse en pie. Se acercó a mí y unió su mejilla con la mía. No la retiró hasta acabar de decir:

—Estoy muy mucho contenta de que hayas venido.

Me volví de espaldas para que no advirtiera la emoción en mis ojos, y me alejé.

—¡No tardes! —le oí decir de nuevo.

Subí a mi dormitorio. Estaba conmocionado. Me tumbé en la cama para ordenar mis ideas. La hermana de mi madre era la criatura con más encanto que nunca vi. ¿Dónde estaba la ajada solterona que yo me había imaginado? ¿Por qué no me detuve nunca a considerar que, teniendo tan pocos años más que yo, sería una mujer en la plenitud de su atractivo y su belleza? ¿Qué clase de torpeza movía siempre mi fantasía empeñándose en deformar cotí la imaginación la realidad de las cosas? Me recreé reviviendo la escena de su llegada cuando, sentándose a mi lado, estudiando mi emoción, mi incredulidad, mi sorpresa, se había dado a conocer: «Soy Lisa…».

Súbitamente tuve un impulso. No hacerlo sería monstruosa ingratitud hacia El que mueve los hilos de este retablo en el que somos simples títeres de

hueso. Me arrodillé junto a la cama, cerré los ojos, me cubrí el rostro con las manos y di gracias a Dios por el reencuentro[4] con tía Elisabeth.

Agrupé sin mucho orden las cosas en la maleta. Escogí la ropa veraniega más a propósito para la piscina, de acuerdo con los estilos que había observado en los demás. Y lamenté que los atuendos que adquirí en Santander pecaran de excesivamente sobrios para lo que allí se llevaba. Cuando todo estuvo listo, pedí por teléfono que me bajaran el equipaje, y descendí apresuradamente.

Los bordes de la piscina estaban abarrotados de gente. Tía Elisabeth, sentada en la orilla, chapoteaba con los pies en el agua. Me alegré mucho de que su traje de baño no fuera de dos piezas. No me hubiera agradado verla (o que la vieran los demás) de otra manera. Mi talante puritano llegaba a aceptar, y quizás hasta agradecer, el nudismo en las demás mujeres, pero no en aquellas que eran algo mío.

—Pero… ¡tú no estás en traje de baño! —exclamó, al verme, muy sorprendida.

—Me parecía algo complicado, después de hecho el equipaje, volver a vestirme para ir a tu casa —confesé.

—Pero así —me dijo— no podrás cazar el pato.

—¿Qué pato?

—¡Oh, sobrino, el que te dijo David!

—¿David? ¿Quién es David?

—¡*Mr*. Haughton!

—Tía Lisa —dije severo—, júrame que *Mr*. Haughton me ha invitado a cazar patos en traje de baño… y… sólo por ser tú quien lo juras lo podré creer.

Aquello que dije debió de ser especialmente ingenioso. Ahora soy yo el que va a jurar que desconocía la comicidad de mis palabras ni mi intención de parecer jocoso, pero el caso es que tía Elisabeth debió considerarme un genio del buen humor —¡a mí, que siempre tuve el complejo de ser más triste que un Viernes Santo!— y rompió a reír con tal jovialidad que me quedé no poco corrido. Estuvo largo rato chapoteando en el agua con los pies para acompañar su risa. Después se levantó, se me colgó de un brazo y me hizo esta asombrosa declaración:

—Soy muy feliz de que tú no quieras hacer *estupiditis*. ¿Sabes? ¡Yo quiero que gane el pato!

—Tía Lisa —dije con la mayor seriedad—, te juro por Dios vivo que no sé quién es ese pato de que me hablas.

Nueva carcajada de tía Lisa.

—Eres adorable —me decía presionándome el brazo del que estaba colgada, cuando las convulsiones de su risa se lo permitían—. ¡Definitivamente adorable!

Y yo, que desconocía tales encantos en mi persona, aunque no desechaba del todo una íntima satisfacción, estaba realmente perplejo por merecer tales entusiasmos. Al fin, se deshizo la incógnita. Llegó un camarero con un pato, un pato de verdad, un pato vivo, y lo exhibió ante la multitud. El pato fue ovacionado. Detrás del camarero había cinco caballeros en traje de baño. Uno de ellos, un metro más alto que los demás (que no eran bajos), *Mr*. Haughton. Los cinco caballeros fueron igualmente ovacionados. Mi gigantesco amigo, al verme vestido, me hizo un gesto de protesta, y dijo eso, lo de siempre, ruidos.

—Te ha llamado «desertor» —me tradujo tía Elisabeth—. ¿Por qué le dijiste que querías cazar el pato?

—¡Yo no entendí lo que me decía!

—¿Y qué pensabas que te decía?

—Creí que me recitaba los poemas de Mao Tse Tung.

(¡Ah, tía Elisabeth, con qué gratitud recuerdo ahora tu risa, tu alegría, tus ganas de vivir! Y lo fácil que me hiciste la difícil transición desde mi mundo al tuyo. Mira. Estoy escribiendo estas minucias —que tú probablemente habrías olvidado— y me siento acongojado por la melancolía. Es triste y es grotesco y es, en cierto modo, malvado hacerte ahora esta confesión. Las horas más felices de mi vida las compartí contigo. Pepa Niebla no fue mi plenitud: fue mi tormento).

—¡Los poemas de Mao Tse Tung! ¡Ah, qué observación muy mucho genial! ¡Se lo he de decir al viejo caballo!

El «viejo caballo», en aquel mismo instante, se tiró al agua. El pato había sido depositado en el extremo opuesto de la piscina y los cinco concursantes avanzaban cautelosos hacia él. Éste bogaba, desdeñoso, de espaldas a sus perseguidores. El más rápido se acercó y, apenas le hubo rozado con la mano, el palmípedo se hundió hacia los fondos transparentes del agua. Se zambulleron todos en su persecución, y era triste ver la torpeza humana luchando con el instinto de conservación del animal. El pato pasaba como un rayo entre las piernas o los brazos de sus enemigos sin que pudieran atraparle. Y hubo veces en que los cinco hombres rastreaban el fondo buscándole, mientras el pato navegaba tan tranquilo por la superficie. Las risas y los aplausos de quienes presenciábamos el juego no son para contados, pues el agilísimo animal sabía defenderse no sólo huyendo —con todas las

habilidades y trucos de un experto buceador y nadador—, sino que pasaba al ataque con el pico al menor roce de una mano enemiga.

—¡Yo quiero que triunfe el pato! —repitió tía Elisabeth.

Y así fue. Súbitamente, el perseguido descubrió la escalera, y, ayudándose con alas, tarsos y pico, consiguió alcanzar la orilla. ¡Había que verle, contoneando con infinito desprecio sus partes traseras, cómo escapaba entre la multitud de curiosos y ganaba su libertad!

Tía Elisabeth inició una ovación en honor del fugitivo (que fue inmediatamente coreada) y acto seguido un abucheo para los nadadores (con mayor éxito aún).

La circunspección anglosajona es algo muy relativo y complejo; se rige por normas tan poco precisas como la gramática inglesa, que no tiene ninguna. La afición por los abucheos es típicamente británica. Lo difícil es saber cuándo y dónde se puede y cuándo y dónde no se puede dar suelta a tal afición. Un lugar donde siempre está permitido el abucheo, pongamos por caso, es el Parlamento: cualquier Parlamento de la Commonwealth. Otro, según deduje aquel día, en las cazas a mano de patos vivos.

—Los hoteles —me dijo día Lisa mientras nos alejábamos de aquel bullicio— no saben qué más cosas estúpidas hacer para que los americanos se sientan felices aquí. Son como niños y necesitan jugar o bostezan. Y si bostezan se ponen hornachos.

—Pero *Mr*. Haughton no es americano. Es isleño, ¿verdad?

—David es distinto. Es el Director de Turismo. Y hace esas cosas con un espíritu muy *sport*, para que sean felices los turistas. ¡Por eso te invitó a ti a cazar el pato y tú le pusiste los cuernos!

Yo no sé si tía Lisa conocía el verdadero significado de esta expresión que mi madre jamás hubiera utilizado ni siquiera como metáfora.

—Yo no soy turista en Bahamas, tía Lisa. ¡Soy un Dartmoore, no lo olvides!

Y lo dije con cierto orgullo, teniendo conciencia de que estrenaba mi apellido.

Tía Lisa se estrechó contra mí.

—No lo olvido. Y siempre seré muy dichosa de que un Dartmoore haya salido de repente, como tú, así de esa manera tan poco usual, y tan… tan… ¡ah, yo no sé hablar mi lengua!

—¿Tu lengua?

—¡Claro! Yo soy una española de Polavieja. Yo nací en Hansbrook. Quien era inglesa era Dorothy.

(¡Qué pueril observación! El doctor Maldonado pensará, sin duda, que la incorporo ahora al repertorio de mis sensaciones antiguas. Y no obstante, piense lo que piense al leerme, lo cierto es que me sentí vagamente incómodo al percibir que Dorothy y Elisabeth no eran una. ¡Ya *sé* que no eran una! Pero me molestaba *saberlo*. No sé si consigo hacerme entender. En realidad me da igual que me entiendan o no. Pero esto que digo fue así).

—Voy a vestirme —me dijo—. Espérame. Y nos iremos a casa.

—¿No te bañas?

—Lo del pato en el agua me ha quitado todo placer de bañarme. Un día pondrán aligators… ¡oh! ¿Cómo dices tú en España «aligators»?

—Cocodrilos…

—Pondrán cocodrilos en las camas para que los yanquis no se hagan borrachos. Y escúchame bien esto. *Listen to me*…

Se interrumpió, pues tardaba en encontrar las palabras adecuadas.

—*Listen to me*: ¡Ni yo estaré nunca con aligators en mi cama, ni con patos en mi baño!

Y una vez hecha tan categórica afirmación, tía Elisabeth se fue a vestir.

En el recorrido hacia los vestuarios del hotel, la alcanzó David Haughton. Tía Lisa le recibió dándole un tirón de orejas por su fracaso. Él aceptó humildemente el veredicto, y siguieron avanzando, agarrados de la mano, en dirección a las cabinas.

XV

LA LEPRA DE CLEOPATRA

LA CASA DE TÍA LISA, o, por mejor decir «nuestra casa» —pues también en cierta proporción era mía—, me recordó un Hansbrook en pequeño. No me refiero al jardín; lo digo por la edificación. El porche colonial y la escalinata para llegar a él eran prácticamente iguales, aunque de dimensiones más reducidas. No hay duda de que mi abuelo, al planear la de España, se inspiró en las construcciones típicas de Nassau, donde había muchas de ese curioso estilo arquitectónico, mezcla de templete griego y pabellón de caza tropical.

Al pie de la escalinata nos esperaba una simpática cuadrilla de cuatro negros uniformados. Tía Lisa me los fue presentando por sus nombres. Yo les daba la mano y ellos la estrechaban con grandes muestras de respeto y deferencia.

—Éste es Tom, que sería un gran mayordomo si no perdiera tanto tiempo contando mentiras.

Tom, pelo blanco, ojos muy abultados, noble porte y voz de trombón, se inclinó respetuoso.

—Buenos días, *Mr*. Göods.

—Ésta es Katie —continuó tía Lisa en inglés—, su mujer, que sería una excelente cocinera si no se pasara las horas muertas escuchando las mentiras de Tom.

Katie, inmensamente gorda y diminuta, se inclinó muy levemente, pues sus carnes no le permitían más.

—Buenos días, *Mr*. Gaâds.

—Éstas son Silver y Gold, dos hermanas de la Isla de los Mosquitos, que serían las mejores doncellas del mundo si no pasaran el tiempo imitando los malos ejemplos de Katie.

Las dos mocitas, que tenían muy lindos cuerpos, hicieron una rápida y graciosa reverencia de corte.

—Buenos días, *Mr*. Gaids.

—Buenos días, *Mr*. Guuds.

El modo personal de pronunciar cada uno mi nombre me confirmó en las colosales posibilidades fonéticas de las vocales inglesas.

Entramos en la casa. Aunque la construcción era antigua, la planta baja la había decorado tía Lisa muy a la moderna, y siempre en función del jardín, de modo que las plantas tropicales alternaban con los cuadros abstractos de fantásticos colores en los salones de recibo; y los muebles del interior jugaban con los que se espaciaban sobre el césped.

Al revés que en el piso de mi padre, donde lucían los damascos episcopales y los muebles neorrenacentistas, lo que aquí privaba era el cristal, la planta interior, los colores pálidos. Mi padre en su casa acumulaba todo cuanto, por ser caro, consideraba distinguido. Aquí aprecié que lo distinguido no era siempre lo caro. Y calibré la diferencia que va entre la presuntuosa ostentación del nuevo rico y esa elegancia básica, esa natural distinción, que nace de una espontánea disposición del espíritu y que se tiene o no se tiene, con independencia del volumen de las cuentas bancarias.

En la planta alta sólo una pieza conservaba el sello inconfundible del estilo inglés finisecular: ese estilo que recuerda vagamente la cámara de un capitán de barco. Me refiero al despacho de mi abuelo. Sobre el que había de ser mi escritorio, estaba el retrato de tía Lisa, niña, que mi madre pintó.

—Ea el presente que me ha estado más feliz en toda la vida mía —comentó tía Lisa a mi espalda, halagando mis oídos en la misma medida en que destrozaba la sintaxis castellana.

Al llegar a mi cuarto me anunció que comeríamos en cuanto acabara de preparar mis cosas, y salió. Como no vi mis bultos por parte alguna, bajé a preguntar a Tom dónde estaba el equipaje, y me lo encontré formando una hilera con el resto de su cuadrilla al pie del último peldaño, rodeado de todos mis bártulos. Apenas hice el recuento, tomó cada uno dos maletas y me siguieron hacia mi dormitorio. A medida que subía oí unas risitas a mis espaldas. No tuve necesidad de volverme para ver lo que ocurría; en llegando al rellano, por el cristal de una vitrina que me sirvió de espejo, vi no sin asombro que Tom, Katie, Silver y Gold se estaban burlando donosamente de mí; que me sacaban la lengua; que bizcaban; que inflaban cómicamente los carrillos e imitaban mi manera, un tanto rígida, de andar. Llegamos al dormitorio; depositaron los bultos; Tom expresó con voz grave y solemne unas frases muy rizadas de salutación; repitieron todos las reverencias y ceremonias; y salieron. Apenas se cerró la puerta oí unos chasquidos y una especie de zapateado; me precipité sobre el ojo de la cerradura. ¡Increíble! ¡Estaban bailando! ¡Bajaban la escalera bailando! Descendían tres peldaños,

subían uno de espaldas, chascaban los dedos para marcar el ritmo, giraban, se encogían, contoneaban hombros y caderas…; así hasta que los perdí de vista. ¡Qué increíble espectáculo!

Deshecho mi equipaje, comprobé que me faltaba un maletín. Descendí en su busca y al no encontrarlo me dirigí a la cocina, que estaba vacía, pero por la puerta que daba a un patinillo se oía no poca bullanga. No me sorprendió tanto el hecho de que estuviesen cantando como las palabras mismas de un trabalenguas musical recién improvisado:

I say Gads
you say Goods,
oh God, that's good!
You say Gades
She says Gods,
oh Lord, good God!
Gades, Gads, Gods, Goods?
oh God, that's good[5]*!*

Los antillanos utilizan el eufemismo de «nativos» para aludir a los descendientes de aquel siniestro tráfico de ébano que, procedente de Costa de Oro o Costa de Marfil, ha oscurecido la piel de todo un continente. Pues bien, en el avión que me condujo a Nassau había leído en un prospecto turístico que los nativos de Bahamas eran tipos de excelente humor. ¡Nunca hubiera imaginado que lo fuesen hasta ese extremo! El trabalenguas que se habían inventado a costa de mi apellido era, en verdad, ingenioso, y no supe si enfadarme o reír. Opté por toser y hacer ruido con la puerta. La música cesó automáticamente. Entró Tom en la cocina desde el patinillo.

—Veo que están ustedes de buen humor, ¿eh?

—¡El Gran Dios nos lo conserve, *Mr*. Gaâds!

—Tom, he perdido un maletín.

—¿Es uno pequeño, negro, con asa plateada?

—Exacto.

—Y o sé dónde está.

—¿Dónde?

—En el jardín. ¿Usted desea que se lo entre, señor?

—Sí, Tom; muchas gracias.

—Pues si antes me lo dice, antes se lo entro.

Almorzamos muy frugalmente (la comida fuerte, al revés que en España, era siempre la de la noche) y tía Lisa —por no imponerme su continua presencia, o por avisarme que no debía imponérsela yo a ella— me anunció que no nos veríamos hasta la hora del *cocktail*: una antes de cenar. Iba a

retirarme a mi cuarto cuando me sorprendió ver mi maletín al pie de la escalera.

—Pero ¿cómo, Tom, no me ha subido usted el maletín?

—Usted me dijo que lo entrara; no que lo subiera. ¡Ah, no! Eso no me lo dijo. Y yo pensé: ¡qué raro es esto!

Me quedé —lo confieso— sin saber qué responder. Tom me miró anhelante.

—¿Usted desea que se lo suba, señor?

—Sí, Tom, por favor.

—Pues si antes me lo dice… ¡antes se lo subo!

El servicio negro de tía Elisabeth me ayudó no poco a comprender algunas características de su raza. Digo mal: me ayudó a diferenciar estas características, mas no a entenderlas cabalmente. Este conocimiento no lo adquirí hasta mucho tiempo después. Era gente bonísima, pero sujeta a increíbles limitaciones. Carecían de iniciativa; no hacían nada que no les fuera previamente ordenado y, de cien veces, ciento lo cumplimentaban mal. La mayor parte del tiempo lo pasaban los cuatro en el patinillo exterior situado a espaldas de la cocina. El mayordomo contaba historias larguísimas donde mezclaba cuentos de miedo, supersticiones de encantadora comicidad y relatos bíblicos, y las tres mujeres le miraban absortas y estremecidas. A veces, mientras le escuchaban, tamboreaban con los dedos sobre cualquier superficie sonora, y contoneaban hombros y caderas como si pusieran una música imaginaria al relato que oían.

—¡Ah, sí; ah, sí! —decía el negro—. ¡Esto no ha tenido que contármelo nadie! Me ocurrió a mí personalmente. No a otro. ¡Y bien sabe el gran Dios que nunca lo olvidaré!

Aquel primer día en casa de tía Elisabeth me dediqué, apenas hube ordenado mis cosas, a estudiar la biblioteca de mi abuelo. Era curiosísima. No faltaban libros en español, adquiridos en su mayoría más por afición a las encuadernaciones antiguas que por su contenido. Otros eran interesantes por sí mismos. Recuerdo, entre éstos, unos Secretos raros de artes y oficios (*Obra útil a toda clase de personas*), editado en las Imprentas de Villapando, Madrid, en 1807, que contenía la más diversa colección de consejos; desde el mejor medio para «que crezca pronto un apio» hasta el procedimiento más eficaz para «curar la dureza de los pechos de las madres lactantes con dos onzas de esperma de ballena». También había un curiosísimo librito editado por la «Biuda de Al.° Martín» en 1602, titulado *Discursos de la nobleza*; llevaba un marbete muy de su época que rezaba así:

Las letras y las almas dan nobleza.
Consérvala el valor y la riqueza.

Estaba dedicado al rey don Felipe IV, Nuestro Señor, y había sido compuesto por Bernabé Moreno de Vargas, Regidor Perpetuo de la Ciudad de Mérida.

El de más valor bibliográfico era sin duda el Diccionario de la Lengua Castellana, editado en 1780 por «don Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia», pues se trataba del primer Diccionario completo de nuestro idioma impreso en un solo tomo, ya que el conocido como de «autoridades», terminado de editar en 1793, ocupaba varios copiosos volúmenes de muy difícil uso. Encerrado como estaba en el despacho, no comprobé hasta el momento de reunirme con tía Lisa que había caído un buen chaparrón tropical. La temperatura refrescaba y la tarde se hacía deliciosa. Tía Elisabeth ordenó a Tom que limpiara la mesa de cristal del jardín; la lluvia la había puesto perdida. Salió Tom disparado, pronunciando frases de consternación, como si un terremoto hubiese arruinado la casa, y prometió dejarla más limpia que una patena. Y así lo hizo, pero no retiró el barro ni el polvo de una sola de las sillas que rodeaban la mesa, porque eso no se lo había ordenado nadie, que si antes se lo dicen, antes lo hubiera hecho. Las tuvimos que limpiar entre tía Lisa y yo.

—Ve a la cocina —me dijo— y tráeme unos paños.

Fui a donde me mandaban, pero no pude cumplir el encargo con la rapidez exigida, pues lo que oí me dejó subyugado. Estaban todos en el patinillo, como de costumbre, de suerte que no advirtieron mi proximidad. El mayordomo, abrumado por la terrible lluvia que había de tal modo manchado la mesa del jardín, estaba contando a su fácil auditorio la historia completa del Diluvio Universal. Con una sola variante: el Arca había sido construida por un tío abuelo de su padre que se llamaba Noé y era habilísimo carpintero.

La enumeración de los animales fue completa. Citó uno por uno a todos los bichos de pelo y pluma de que tenía noticia. Cuando parecía que todo estaba terminado, una de las hermanas preguntó:

—¿Y también metió dos moscas?

—¡También!

—¿Y dos lombrices?

—¡También metió lombrices!

Se oyó la voz de Katie, su mujer.

—¿Y dos sardinas?

Se hizo un largo silencio. El hombre meditaba.

—¡No! —exclamó al fin—. Las sardinas iban en procesión detrás del Arca bendiciendo al gran Dios, que lo miraba todo con un solo ojo metido dentro de un triángulo. ¡Eran millares y millares! ¡El agua del Diluvio borbotaba de tantas como había!

Tomé unos paños de limpieza y volví al lado de tía Elisabeth. Le conté asombrado lo que había oído; fingió no atenderme. Intuí cierta reprobación en su mirada, no sé si por haber escuchado una conversación a escondidas, o por haber tardado tanto, o quizá porque el tema de los negros no era de buen gusto entre las gentes de la alta sociedad.

Edward Swam, administrador de tía Elisabeth, vino al día siguiente a visitarme. Era un muchacho descolorido y despeinado, con pecas en la nariz, en las orejas y en el dorso de las manos. De su informe deduje que tía Lisa era rica con limitaciones. No era una gran fortuna la suya: la mayor parte de sus propiedades y posesiones no rentaban un *penny*, según su expresión habitual, pero tenía, como dirían en España los castizos, un buen pasar. Yo, en cambio, era pobre… (con limitaciones también); poseía tan sólo un 10% de las rentas de aquélla, pero mi situación no era de hambre como en España.

Edward Swam me informó puntualmente de todo esto y quedó muy satisfecho al saber que yo no pretendía dividir la administración de los bienes comunes. Muy por el contrario —le dije—, me encantaba confirmarle en su puesto, encargarle del cobro de mi parte y dividir con tía Elisabeth, en la proporción correspondiente, los gastos de administración.

El mundo de los negocios, como bien sabía mi padre, me producía vértigo. ¿Quién hubiera podido convencerme, por aquel entonces, de que la primera operación en que intervine habría de constituir un éxito sin precedentes?

Tía Lisa no nos permitió ahondar mucho en las cuentas. Nos interrumpió cuando más enfrascados nos hallábamos en ellas. Estaba preciosa. Había cambiado de peinado. Poseía una gracia singular para vestirse sin que se notara la pretensión de realzar su belleza, pero la realzaba —¡voto al diablo! — con arte exquisito. Las pecas de Edward Swam se hicieron más rojizas en su presencia, y comprendí que la devoción que ponía al administrar nuestros bienes estaba afianzada en otras muchas devociones. Me sentí orgulloso de la admiración que tía Elisabeth despertaba en los demás; comprendí que no podía ser de otro modo, y eso me satisfizo. Había que ser ciego o estar hecho de madera para no experimentar el influjo de su encanto.

—Vengo a liberarte —me dijo— de las garras de las Finanzas. Si le dejamos solo, ¡Edward acabará haciéndonos ricos!

Las pecas del administrador pasaron del color zanahoria al color remolacha. Me sentí enternecido al comprobarlo.

—Pero usted no se deja, *Miss* Beth —dijo Edward Swam con sonrisa de roedor—. ¡Sus excentricidades financieras son muy poco rentables!

—¡Mantengo la tradición familiar! —respondió tía Lisa. Y volviéndose a mí añadió—: Edward me acusa de no haber abandonado el «Museo de uniformes de todos los tiempos» que fundó mi querido papá. Quiero absolutamente que lo conozcas, Jaime. ¿Estás dispuesto?

—Sería para mí un gran honor acompañarlos —terció el señor Swam—. No me parece conveniente que *Mr*. Gades se vea envuelto en fantasías económicas desde tan pronto.

Tía Lisa no lo consintió. Debíamos ir solos —dijo— para que ninguna consideración sensata influyera sobre mí. «Las genialidades escapan a las normas de la sensatez», sentenció.

Y agarrándome de una mano me arrancó de allí.

El edificio del Museo fundado por mi abuelo era soberbio: el contenido; lamentable. Hicimos girar varias veces la enorme llave y penetramos sigilosamente en el solitario recinto con el respeto de quien huella un cementerio. Las sombras de esos entes fantasmales que eran los muñecos uniformados —todos ellos de tamaño natural— se proyectaban con cierto aire macabro sobre nosotros. Y el silencio, la penumbra y la presencia de las siniestras figuras antes invitaba al recogimiento que al desenfado.

El primer personaje con quien topamos fue Moctezuma. Y digo que era Moctezuma porque así lo decía un letrerito situado a sus pies, que sin eso no le hubiera reconocido la madre que lo trajo al mundo. Es el caso que mi abuelo había disfrazado al emperador de los aztecas de centurión romano: un extraño centurión ciertamente: sobre los espaldares de la coraza le caía una amplia melena negra, y le ceñía la cabeza un prensador con plumas de avestruz. Era, por hacerme entender de alguna manera, una mezcla de Escipión el Africano y un piel roja del lejano Oeste. Algo más distantes —caras de trapo, ojos de cristal, barbas de crepé— estaban los famosos corsarios Drake, Watling y Walter Raleigh. Mi abuelo, siempre original, los había vestido, poco más, poco menos, de cortesanos del tiempo de Richelieu. ¿Y qué decir de los egipcios, los indios lucayos, o los descubridores españoles de América, compañeros de Colón en el Primer Viaje? ¿Qué decir del propio Colón? Con su faldita corta y su melena rubia cortada a la altura de las orejas,

antes parecía una *demie mondaine* parisiense de la *belle époque*, dispuesta a bailar el charleston, que no el bronco navegante que cambió la faz de la tierra.

—Tía Elisabeth —dije, consternado—, ¡este Museo es el mayor disparate que he visto jamás!

—Tu abuelo… ya te advertí acerca de eso…, no era un *business man*. No calculó que la gente de aquí no tiene afición por las cosas de la cultura…

—¡No es eso, tía Elisabeth, no es eso; es todo lo contrario! Este Museo es un atentado contra la erudición. Hasta ahora la más alta muestra de cultura que he apreciado en las Bahamas, es el no haber tomado en serio esta farsa de mal gusto.

Tía Lisa me escuchaba y no sabía si reír o enfadarse.

—¿Me quieres explicar por qué la reina Nefertitis y la cohorte de dignatarios que la siguen van vestidos como escoceses de la guardia del Palacio de Balmoral? ¿Y qué me dices de Atahualpa, emperador de los Incas, ceñido en una piel de tigre de Bengala? ¿Había, acaso, tigres de Bengala en el Perú? Lo que me irrita no es que sea un negocio ruinoso ni la cláusula del testamento que lo prohíbe vender, ni que la polilla haya estropeado a la pobre Cleopatra dejándole la cara cual sí tuviera lepra, sino la falta de rigor histórico. ¿Tú crees que los españoles que descubrieron América iban vestidos de esa guisa? ¡Así iban los fenicios dieciocho siglos antes de que América se descubriera! Y los indios lucayos que poblaban estas islas no llevaban esas joyas, ni esas telas de seda, ni esas capas de lana. ¡La seda era desconocida en América! Los lucayos sólo conocían el algodón. ¿Quieres que te diga cómo iban vestidos los primitivos pobladores de las Bahamas?

Al llegar a esta altura de mi discurso tía Lisa optó por sentarse sobre un pedestal vacío. Cruzó una pierna sobre otra e inclinó la cabeza no sé decir si con sorna o con interés de escucharme. Ya he dicho en otro lugar que yo lo ignoro todo de esa complicada máquina de embustes y ternezas, donaires y destemplanzas que se llama «mujer»; y que soy un párvulo en esa ciencia de la feminología en la que creerse doctor no es sino optimismo demencial o vana presunción. Y lo repito aquí porque por primera vez advertí en el gesto de tía Lisa algo indescifrable. Me observaba muy fijamente sin poder yo distinguir si su atención era cortesía para disimular su aburrimiento, o interés por mis palabras o por mi persona, o burla, o ternura, o todas estas cosas juntas. Yo estaba un tanto suspenso ante ella y no sólo por la difícil interpretación de su sonrisa, o por la generosidad y desenfado con que exhibía sus piernas tal como estaba sentada, sino por su turbadora belleza. Ésta es la palabra justa: «turbadora». La belleza de tía Lisa me turbaba.

—¡Te estoy aburriendo! —dije—. No hablaré más.

—*You are wrong, my dear*. Estás en un muy gordo error. Quiero absolutamente saber cómo iban vestidos esos *gentlemen*; y sobre todo que me digas cómo diablos lo puede saber nadie, y sobre todo que me digas cómo lo sabes tú, y qué pruebas puedes aducir para demostrarlo.

—Esos caballeros, tía Lisa, llevaban la cara pintada e iban totalmente desnudos.

—¿Las mujeres también?

—También.

—¿Tú las viste?

—No te burles, tía Lisa.

—Pues si no estabas, ¿cómo puedes saber con tanta exactitud y tanta seguridad que iban tan *shocking* o tan indecentes?

—Te diré todavía más: eran altos, esbeltos y delgados, y tenían el pelo liso y la cabeza muy grande.

Tía Lisa se dispuso a examinarme.

—¿Cómo sabes que eran altos?

—Porque Colón, refiriéndose a ellos, escribió estas palabras: «Todos son de buena estatura. Gente muy hermosa. Las piernas muy derechas. Y no barriga, salvo muy bien hecha». Y también nos dice cómo iban peinados.

—El que no tuvieran *tomy*, oh querido, podía significar que practicaban la sauna, pero nunca que tuvieran el pelo de una u otra manera.

—Pero es que dice el Almirante…

—¿Quién es el Almirante?

—Colón.

—Bien, bien, ¿qué dice Colón?

—*Llevan los cabellos gruesos, casi como sedas de colas de caballos, y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan*. Y, en otro lugar: *Unos se pintan de prieto* (es decir de negro), *otros de blanco, otros de colorado y otros de lo que hallan. De ellos se pintan las caras y de ellos todo el cuerpo y de ellos sólo los ojos y de ellos sólo la nariz…*

—¡Ah, sobrino! ¡Tú has caído en una trampa! Porque al leer que se pintaban los cuerpos creíste que por eso iban desnudos y ello no es necesario. Hay muchos marineros que se pintan en el cuerpo anclas y sirenas y un corazón atravesado por una flecha con el nombre de su amada. ¡Y no por eso van desnudos!

—Pero es que Colón lo dice textualmente.

—¿Textualmente, Jaime? ¡Mira que yo estoy lista para comprobarlo con ayuda de Sam Torton! Y como no sea cierto yo te proclamaré el más grande fanfarrón y embustero de la tierra.

—Textualmente dice: *Me pareció que eran gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió. Y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza.*

—Es escandaloso que sepas tantas cosas. Ni siquiera Sam Torton sabe tanto como tú. O por lo menos no se atreve a decir las cosas sin estar *absolutamente* seguro.

Tía Lisa recalcó el *absolutamente* con ademán acusador.

—Yo estoy absolutamente seguro. ¡Y he aquí que mi querido abuelo me pone indios gordos cuando eran delgados; los viste de esclavos cartagineses cuando iban desnudos; les adorna con collares de concha cuando lo cierto es que llevaban trocitos de oro incrustados en la nariz, y les pone finas cabezas de aristócratas orientales cuando eran cabezones y frentilargos! ¿Y quieres decirme qué significa ese bicho de trapo que está al pie de un indio lucayo?

—Es un perro.

—¿Y qué hace con la boca abierta?

—Está ladrando a tus ilustres antecesores porque no le cayeron simpáticos.

—¡Eso es un dislate tremendo!

—¡Qué soberbios sois los españoles! ¿Tú crees que los descubridores de América tenían tanto ángel que sería una simpleza decir que les ladraban los perros?

—Repito que es un error histórico incalificable.

—¿Querrá mi sabio sobrino decirme por qué?

—¡Porque los perros de América eran mudos y por lo tanto no podían ladrar! ¿Quieres que te cite todos los párrafos de Colón en que habla de los perros mudos?

No pude concluir. Tía Lisa saltó súbitamente de su asiento y me cubrió los labios… ¡no con la mano sino con sus propios labios! Lo hizo riendo, bromeando, diciendo en inglés que no podía sufrir tanta sabiduría en un niño. Recalcó varias veces lo de «niño», como para quitar importancia a su beso; y a lo largo de los minutos que siguieron —a pesar de las risas y las burlas en que nos enfrascamos a propósito de aquellos fantasmas «históricos» que nos rodeaban— me pareció adivinar cierta turbación en ella: como si estuviese arrepentida de no haber reprimido aquel súbito impulso tan… (no sé cómo explicarme) tan poco convencional…

Me pidió acto seguido que le hablara de Atahualpa y de la reina Nefertitis y de Walter Raleigh, a quien los indios de habla española de Puerto Rico castellanizaron su nombre —según le expliqué— y llamaban Guatarral. A cuenta de aquellos buenos caballeros que hoy están en la gloria de Dios (salvo que estén poblando los infiernos) estuvimos largo tiempo bromeando. Me caben no pocas dudas respecto al buen gusto de aquellas chirigotas a costa de los muertos, pero el caso es que tanto tía Lisa como yo estábamos poseídos de una especie de excitación histórica, como si estuviésemos borrachos, cuando la verdad es que no habíamos bebido otro líquido que el té del desayuno. Quizá la penumbra, la extravagancia del museo, las sombras de los muñecos, nos provocaban —por un paradójico juego de contrastes— a mofarnos y redoblar nuestras carcajadas. O quizás era una reacción mutua para tapar con las bromas y las risas la sensación de sorpresa que en los dos había producido aquel beso tan aparentemente trivial.

XVI

LOS ADORADORES DE TIA BETH

MISS LINDA BROWN era una muchachita muy joven, alta, esbelta, de piel muy bronceada, pelo endrino y ojos verdes. *Miss* Linda Brown era la invitada que tía Elisabeth había escogido para que yo formara pareja con ella. *Miss* Linda Brown hizo todo lo posible por entablar una conversación fluida conmigo, sin conseguirlo. *Miss* Linda Brown acabó en los brazos patriarcales del más viejo de los invitados de tía Elisabeth, con quien bailó toda la noche. *Miss* Linda Brown fue la primera en retirarse a su casa sin que uno solo de sus muchos admiradores se dignara acompañarla, pues parecía establecido que era a mí a quien correspondía ese honor. *Miss* Linda Brown no volvió a aceptar una invitación en Nassau a sabiendas de que yo estaría presente.

Yo había luchado cuanto pude para evitar que tía Lisa diera aquella cena en mi honor. ¡Me produce un tedio infinito escuchar a los demás, y descubro demasiado tarde el tedio que a los demás les produce escucharme! Parece ser que es obligado en sociedad —y muy especialmente en la británica— el arte de emplear el ingenio en temas menudos y que hay una norma —tácitamente aceptada por todos— para eludir asuntos graves o trascendentes. Cuanto más nimio sea el objeto de que se habla, más mérito tiene ser ameno en la minucia, gracioso en la poquedad, agudo y chispeante en las trivialidades. ¡Yo no sirvo para la vida social! Toda la noche la pasé sufriendo pues tenía el convencimiento de que mi modo de ser no era del gusto de nadie.

De los veinte invitados sólo recuerdo los nombres de los que por uno u otro motivo tuvieron alguna ulterior relación conmigo, con tía Elisabeth o con Pepa Niebla: el doctor Rosewald, Lord Burton, Sam Torton, David Haughton. Los dos primeros podrían competir —así al menos los juzgué— en un certamen de antipatía… y el resultado final sería muy dudoso. Rosewald era un médico eminente; tenía una noble cabeza blanca, notable estatura y ojos escrutadores y fríos. Viendo que era hombre de no pocos saberes me atreví a iniciar con él una conversación que adivinaba tabú: los nativos. Me interesaba —le dije— leer alguna obra que analizara su literatura, el origen de sus ritos y supersticiones, sus creencias, su alma en suma.

—Le confieso mi ignorancia —me respondió secamente. No es tema de mi interés. En cuanto a su literatura… ¡me parece que sobrevalora usted sus… posibilidades!

—Me gustaría leer alguna obra acerca de ellos —repliqué—. Y, si no la hay, me gustaría escribirla yo.

—Me temo, amigo mío, que emplee usted su tiempo en algo que no lo merece. Los nativos carecen de todo interés, créame: son perezosos, tienen un tope mínimo de inteligencia, se burlan del blanco como los niños ante lo que no tienen; son juguetones, mentirosos, serviles y cobardes. La inmigración de esclavos africanos fue una gran desgracia. Hoy día estas islas están arruinadas por su culpa.

—Sin embargo, estas islas fueron ricas… gracias al trabajo de ellos.

—Sí. Muy ricas. Cuando existía la esclavitud…

—¿Eso quiere decir que atribuye usted la ruina de las islas a la desaparición del látigo? ¡Me parece un poco fuerte!

—No lo dude. Al desaparecer el látigo, las tierras comenzaron a rentar menos de lo que costaba su explotación. Y los colonos blancos las fueron abandonando.

—Siga…

—Hoy día no están cultivadas. Las diecisiete islas del archipiélago pobladas sólo por negros carecen de todo. No hay agricultura, ni ganadería, ni servicio, ni industria: ¡nada!

—¿De qué viven, entonces, los negros agricultores?

—Cuando tienen hambre, pescan. Cuando tienen sed, suben a un árbol y parten un coco y beben el agua del fruto. Pero no cultivan la tierra. ¡Qué cómodo es hablar de las diferencias económicas entre los blancos y los que no lo son! Unos son ricos, porque trabajan, tienen ingenio y mejoran sus técnicas. Otros no lo son, porque no quieren progresar. No les interesa.

—Y dígame, ¿son felices?

El doctor Rosewald dudó antes de responder.

—Son… distintos. Su felicidad no consiste en el bienestar.

Hizo una pausa.

—En realidad, es asunto que no me interesa. Aquí no hablamos mucho de ese tema.

Aprovechó la oportunidad de saludar a alguien para separarse astutamente de mí. Primero se mantuvo de perfil como desconociendo mi proximidad. Poco a poco me fue volviendo la espalda, descartándome de su lado. Al fin se trasladó al otro extremo del jardín y no volvió a dirigirme la palabra. (Muchos

meses después —en la etapa más oscura de mi vida— volví a tener noticias suyas. «El doctor Rosewald odia a los negros», grité angustiado a mi interlocutor. Y éste le defendió argumentando: «Para un buen médico los pacientes no tienen piel». Pero este asunto —¡amargo, amargo asunto!— no es de este lugar).

En cuanto me presentaron a Lord Burton le asocié automáticamente con el ranúnculo. El ranúnculo es una hierba venenosa, una de cuyas variedades —la sardonia— provoca a quien la come una contracción de los músculos faciales que imita a la risa. Una risa mordaz, burlona, llena de suficiencia, que ha recibido su nombre de la planta que la produce: risa sardónica.

Lord Burton era un sesentón de piel estirada por las lociones embellecedoras, con un monóculo incrustado entre la ceja y el pómulo, ojos abultadísimos de besugo, aspecto ingrato y voz sinuosa. Más tarde supe que tía Lisa le llamaba el «viejo sapo». Cada palabra suya era un sarcasmo; cada sonrisa, una mofa. (Si las insinuaciones de tía Elisabeth eran ciertas, su madre tuvo amores con mi abuelo). Estuve muy poco tiempo hablando con él. Había oído decir que yo había venido a Bahamas para poner en explotación la Isla de los Mosquitos y estuvo interrogándome sobre mis proyectos con la sola intención de comprobar mi ignorancia y burlarse de mí.

—Yo tengo grandes extensiones en Eleuthera y con la cosecha de algodón no me llega para hacerme cada año una almohada.

—¿No le interesaría venderla? —pregunté, por decir algo.

—Mi joven amigo, eso que acaba usted de decir es un destello de gran clarividencia. ¿A quién me sugiere usted que las venda?

—A los nativos que las cultivan —respondí molesto—. Si se les conceden plazos suficientes, pagarían las tierras con sus productos.

—Me deja usted asombrado, caballero. Estoy seguro de que con su claro ingenio podrá descifrar el enigma de cómo podrán pagarme los negros con los productos de la tierra cuando la tierra no produce nada.

—Usted me dijo antes —insistí audazmente— que la tierra no produce nada por culpa de la mano de obra de color. Pero si estos individuos se saben propietarios, trabajarán más con la ilusión de un beneficio propio. ¡En todas partes es así!

Y con ese beneficio podrán pagar el precio de la tierra.

Lord Burton se quitó el monóculo con tanta celeridad que pensé se había arrancado un ojo.

—¡Es una fantástica idea! Si no he entendido mal, usted ha descubierto el movimiento continuo, impulsado por un motor de ilusión.

Tía Lisa se acercó a nosotros con un vaso en cada mano.

—¡Adorable Beth! —exclamó el viejo sapo—. Su ilustre sobrino posee un gran talento creador. Debe usted seguir sus consejos económicos e informarme de los resultados, ¡por si me interesa seguirlos a mí también!

Se enganchó el monóculo; y con el monóculo se le enganchó también la sonrisa mordaz. A tía Lisa le molestó profundamente la ironía.

—Mi ilustre sobrino —comentó tía Beth— posee, en efecto, un gran talento; y celebro que hasta un caballero tan distraído como usted lo haya captado.

Entregó el *whisky* a Lord Burton y me alejó de allí.

—Gracias por liberarme, tía Elisabeth. Sospecho vivamente que se estaba burlando de mí.

—No me sorprendería —respondió—. Ese viejo zorro acostumbra a elogiar con arsénico.

Cuando me di cuenta de que nos dirigíamos hacia un grupo en el que estaba Linda Brown, ya era tarde para evitarlo. Lo intenté débilmente, pero tía Elisabeth me tomó enérgicamente del brazo. Linda Brown lo observó todo y se alejó apenas llegué yo.

—Sam —dijo tía Beth con aire severo al acompañante de la muchacha fugitiva—, está usted cometiendo hoy dos grandes errores: pervertir a Linda Brown y abandonarme a mí.

—Mi querida Beth, ambas apreciaciones son injustas. Sólo se pervierte quien quiere. Y sólo se abandona al que está solo. Y usted no lo está… La *muy particular* elección de sus invitados ha permitido también que esté usted *particularmente* atendida… esta noche.

Comprendí la alusión y procuré contemplar discretamente el conjunto de invitados con intención de descubrir quién o quiénes podían ser los admiradores de tía Beth a los que aludía Sam. ¡Gran ingenuidad la mía! ¡Tía Beth no había invitado más que a sus adoradores!

—Me encanta saberle celoso —rió la hermana de mi madre—. Yo también lo estaba de verle en compañía de esa preciosa jovencita. Y ¡ya ve usted! apenas me vio llegar, le abandonó. Pero lo celebro de veras pues quería presentarle a mi sobrino. Y que se hicieran amigos.

Nos estrechamos las manos con cierto recelo. (Tía Elisabeth nos había elogiado exageradamente por separado y ambos a dos temíamos estar muy por debajo de los méritos que nos atribuían).

—Este caballero —me dijo tía Lisa— tiene dos eminentes virtudes: saber de todo y no servir para nada.

—Veo que no tiene usted en cuenta —replicó Sam Torton con buen humor— la única virtud que yo desearía que usted apreciara en mí.

—¿Cuál es? —preguntó mi tía, conociendo de antemano la respuesta.

—¡Ser su impenitente y eterno adorador!

—Sí, lo aprecio —proclamó ella riendo—, ¡pero no me parecía prudente divulgarlo!

Y dicho esto nos dejó solos.

Sam Torton era un viudo de bastante edad, de espíritu crítico muy desarrollado, devorador de libros, poseedor de una vastísima cultura humanística, gran conversador, muy pulcro traductor de clásicos latinos, socialmente bohemio e intelectualmente riguroso. Su *hobby* era conseguir para sus amigos los libros más raros y de mayor dificultad que se le pidieran.

—No dude usted en pedirme lo que quiera —me dijo—. Me divierte hacerlo. Sobre todo, por el asombro que produzco al resolver en poco tiempo lo que otros llevan años intentando.

(Me pareció hombre interesante y sospecho que en aquella primera entrevista no debí de desagradarle. Gracias a él pude documentarme en todo aquel tiempo para escribir tres títulos que publiqué en muy distintos momentos de mi vida y que me dieron no poco prestigio en el mundo de la investigación: «Ocupación de las Lucayas a España por Carlos II de Inglaterra», que fue mi primer libro; «Estudio antropológico de los indios lucayos», que completé con mis observaciones directas en la Isla de los Mosquitos y —el que yo aprecio más— *Las Islas en controversia* y el *Diario de Colón*, que escribí íntegramente durante mi estancia en Bahamas y fue publicado en inglés y castellano, en Estados Unidos y España, durante mi ulterior encarcelamiento.

No sé decir si por aprecio a mi obra o por complacer a tía Elisabeth, pero él fue quien tradujo mis primeros ensayos y quien me relacionó con el editor neoyorquino con el que aún sigo trabajando. Era un gran caballero y sería injusto no proclamar lo mucho que me favoreció. Años más tarde rompió toda relación conmigo. Cuando publiqué *Las Islas en controversia*, la edición completa estuvo dedicada a él. Le remití un ejemplar lujosamente encuadernado y me lo devolvió. A pesar del tiempo transcurrido sigo lamentando, entre las más dolorosas, la pérdida de su amistad. Al momento de escribir estas líneas ignoro si aún vive o ha muerto. El recuerdo de las nobles, acaloradas polémicas sobre temas eruditos que manteníamos —olvidando el paso de las horas—, en su estudio o en mi despacho, pertenece a los más gratos de cuantos guardo en la memoria).

Sam Torton fue el último invitado que abandonó la casa. Me quedé en el jardín mientras tía Lisa le despedía en el porche. Al regresar me lanzó los brazos al cuello.

—Me ha dicho Sam Torton que tienes una rara erudición para tu edad, y que está orgulloso de que seas mi sobrino. Debes apreciar estos elogios. ¡Él no es un cualquiera!

Observé a tía Lisa con atención. Sospecho que aquella noche tenía una copa de más.

Liberó mi cuello de sus manos, despidió a la servidumbre, se sirvió dos *whiskies*, me ofreció uno y se reclinó en un sillón junto a mí.

—¿Y Linda Brown —pregunté— no te dijo nada?

—Tuvo el buen gusto de no comentar conmigo tus displicencias. ¿Por qué no te agradó? ¡Es preciosa!

—Tiene los ojos verdes, es morena y está demasiado tostada por el sol. No es mi tipo.

Tía Lisa reía y bebía a un tiempo.

—¿Cómo te gustan entonces?

—Rubias, con la piel muy blanca y los ojos claros. ¡Pero no verdes como el perejil!

—Pero, sobrino —exclamó sin dejar de beber y de reír—, ¡me estás describiendo a mí!

—¡Claro! Preséntame a una muchacha que sea como tú y caeré rendido a sus pies.

—¿Y qué haría ella, la pobre, contigo tendido a sus pies como esas horribles alfombras que se hacen con osos y con tigres? ¡Oh, no te eches nunca a los pies de una linda muchacha! Echate en sus brazos. Ella será así muy mucho más agradecida…

Y me observó de tal modo, mientras reía, que debí de considerarme autorizado a interpretar sus palabras como una invitación.

Tía Lisa, de súbito, bostezó discretamente. Miré el reloj. Fingí escandalizarme de la hora y me puse en pie.

—No te vayas tú, de repente —exclamó—. ¡Se está muy bien aquí!

Obedecí, aunque después de reponer el *whisky* de nuestros dos vasos.

—Quiero *profitar* de tu compañía, ¿sabes? Los más noches me paso horas aquí sola.

—¿Siempre sola? ¿Con tantos admiradores?

—Haughton viene a verme, a veces. Se sienta ahí, enciende su pipa, estira los pies y bebe galones y galones de *whisky* sin decir nunca nada…

Imité instintivamente a Haughton, pues encendí un cigarrillo, bebí dos tragos, estiré las piernas y guardé silencio. Era bueno beber. Nunca lo había hecho tanto. Quizá sea que el clima lo exigía. La sangre fluía más rápida. Y la lengua. Y los pensamientos.

—Dime, tía Beth…

—¡Adoro que me llames Beth!

—Dime: ¿qué clase de relación te une con David Haughton?

Hecha la pregunta, me pareció terriblemente indiscreta, y me arrepentí de haberla enunciado.

—Está enamorado de mí como un caballo —confesó simplemente.

—Siempre le llamas caballo.

Bebió dos largos tragos, mirándome por encima del cristal.

—Los caballos son fuertes y leales —dijo lentamente—. Y… ¿tú sabes, sobrino? Eso cuenta. Y él es ambas cosas…

Pensé que iba a cerrar el tema. Tía Lisa miraba con intensidad al fondo de su vaso.

—A mí me gustan —concluyó— los fuertes y los leales. ¡Pero no me gustan los caballos!

Y suspiró muy cómicamente.

—Quien más me ha agradado de todos tus amigos —comenté—, es Sam Torton. Y el que menos Lord Burton.

—Tiene un gran éxito con las mujeres —dijo tía Lisa.

—¿Quién? ¿Torton?

—¡No! Burton.

—¡No puedo creerlo! —exclamé sorprendidísimo.

—Siempre se le ve con muchachitas muy jóvenes y lindísimas, generalmente extranjeras y cada año distintas. Una vez, por bromear, David Haughton le pidió la fórmula para tener tanto éxito. «¿Qué las da usted para conquistarlas?». A lo que Lord Burton respondió: «Les doy dinero y asco. Pero, según los resultados, les doy más de lo primero que de lo segundo».

—Desde entonces —concluyó Elisabeth— David y yo le llamamos el viejo sapo.

Seguimos cerca de una hora bebiendo, riendo, charlando de mil menudencias. Cuando ya nos hubimos retirado a nuestras habitaciones, permanecí largo tiempo en la cama sin poder dormir. Me había empeñado en verificar cuáles eran los rasgos más parecidos y cuáles más diferenciados entre tía Lisa y mamá. Y no pude conseguir mi deseo, pues —con gran sorpresa y preocupación de mi parte— no llegué a reconstruir el rostro de mi

madre. Cada vez que pensaba en ella, cuanto más me esforzaba por recordar sus facciones, no era su rostro sino el de tía Lisa el que venía a mí. Lo intenté varias veces sin resultado alguno. Era tía Lisa, siempre tía Lisa, quien se alojaba en mi memoria. Precisión también ésta que no juzgo inútil brindar al doctor Maldonado.

XVII

VENDER HISTORIA POR METROS CUADRADOS

—SOLO LES RUEGO —concluí— que tía Beth no sepa nada.

Sam Torton se rascó nerviosamente la coronilla; Edward Swam comenzó a frotarse las mejillas como si quisiera borrarse de la cara las pecas con que le había dotado la naturaleza; David Haughton encendió su pipa, estiró las piernas, movió afirmativamente la cabeza y me sonrió.

Estábamos en el cubil del primero de los citados. No de otro modo puede llamarse aquella buhardilla donde los libros apiñados ocupaban tres cuartas partes del espacio cubicable.

Los tres hombres convocados por mí me contemplaban absortos.

—La división de trabajo es perfecta —insistí—. Sam Torton se encargará de la investigación, David Haughton de la propaganda y las relaciones públicas, Edward Swam de la administración y el contacto con los suministradores extranjeros; yo de la redacción y la correspondencia.

A pesar de ser el más lento de reflejos, David Haughton fue el primero en hablar. No fue muy retórico ciertamente, pero fue el primero y le guardo esa gratitud. Unió en forma de «o» el índice y el pulgar y pronunció un escueto discurso que incluía una aceptación y un aplauso.

—O.K.!

Ocho meses después de esta reunión inauguramos con la máxima solemnidad el «Museo del Traje», que venía a sustituir, sin traicionarlo del todo, el de «Uniformes de todas épocas y lugares» que abortó mi abuelo. Asistió lo más sobresaliente de la sociedad local, y nada menos que el Gobernador y *lady* Ruth, su esposa, nos honraron presidiendo el acto. Pronuncié, como descendiente del fundador, un breve discurso en inglés y, al final de la ceremonia, proyectamos diapositivas de cuadros famosos que avalaban el rigor científico de la exposición. Edward Swam no salía de su estupor: el número de entradas adquiridas a muy buenos precios para la visita de aquella misma tarde y de los días subsiguientes rebasaba los cálculos más optimistas. Sin quitar mérito alguno a Sam Torton, que fue quien facilitó los grabados y libros en que había de inspirarse la confección; sin descartar mi

labor como redactor del catálogo y de los textos explicativos que figuraban cerca de cada personaje histórico; sin olvidar la atentísima vigilancia de los gastos por parte del pecoso administrador, he de reconocer que el factor principal del éxito fue el gigantesco Director de Turismo. En efecto, David Haughton incluyó, como visita obligada de los recorridos turísticos, en todos los folletos, carteles, anuncios y demás medios propagandísticos, nuestro flamante Museo. Los hoteles, el aeropuerto y hasta los barcos de recreo que arribaban a New Providence (tal es el nombre de la isla que tiene a Nassau por capital) estaban surtidos de publicidad. Y en las agencias de viaje de Nueva York, Miami, Caracas, Habana, Santo Domingo o San Juan de Puerto Rico se entregaba gratis el catálogo a cuantos viajeros pedían información sobre Bahamas.

Sin llegar a corrérsele el *rímel*, hubo su discreto cupo de lágrimas por parte de tía Lisa ante la sorpresa de la inauguración y la colosal calidad de los maniquíes americanos y las confecciones parisienses. María Antonieta llevaba el mismo vestido que lució en su coronación, y el Cid, amén de sus mallas, yelmo y guanteletes de la época, enarbolaba en la diestra una representación exacta de la Tizona. El rigor documental fue servido hasta el límite de lo posible y, en algunos casos, como el del torero Joselito, el Obispo Osio de Córdoba y Abdullah de Transjordania, las vestimentas no eran fingidas, sino las auténticas que usaron en vida. La capa pluvial del Obispo era una verdadera joya del siglo IV de nuestra era. A la vista del éxito, el Vicepresidente ejecutivo del Banco Local nos ofreció una ampliación del crédito que nos concedieron, y el Gobernador nos anunció una dotación anual, para la conservación de aquel tesoro, a fondo perdido.

Por muy importante que hubiesen sido los créditos bancarios y el de la Oficina de Turismo, el crédito mayor que obtuve fue el de la devoción hacia tía Lisa y el deseo de agradarla por parte de sus tres máximos adoradores: Torton, Haughton y Swam. Los cuatro —pues no me excluyo— habíamos trabajado bravamente los últimos ocho meses sin aspirar a otro premio que el complacer a la que, por distintos motivos, tanto queríamos. Y los cuatro cenamos con ella aquella noche en casa, y regamos con champaña nuestra íntima satisfacción por el doble éxito alcanzado: éxito en la realización de una obra bien hecha… y en la gratitud de Elisabeth Dartmoore.

Cuando todos se hubieron ido, tras la misma puerta cerrada por donde acababan de salir, Lisa se me colgó del cuello y me cubrió la cara de besos.

—Gracias en nombre de papá.

Iniciamos juntos la ascensión por la escalera.

—Tu madre y yo nos sentimos muy orgullosos de ti.

Al llegar frente a su cuarto me despedí de ella, pero tía Lisa me rogó que pasara. No tenía ganas todavía de dormir. Nos sentamos al borde de su cama. Los dos mejores regalos que había recibido en su vida —me dijo—; los que más hondamente le habían emocionado, fueran el retrato de ella, niña, pintado por mi madre, que le envié desde Hansbrook, y la reforma del Museo, inaugurado hoy. Añadió que sólo tenía una pena: no saber cómo pagarme la dicha que le había proporcionado. A partir de aquí su conversación comenzó a decaer. Se tumbó en la cama, la cabeza en la almohada y las manos bajo la nuca, y me habló de su infancia, su adolescencia, sus primeros pretendientes. Me hizo el efecto de que no se fijaba mucho en lo que decía; que divagaba, que hablaba automáticamente, como distraída, por pensamientos distintos a los que expresaban sus palabras. Yo estaba muy cansado—, pues el trabajo acumulado de los últimos días en el Museo resultó agotador. Me despedí de ella y fui hacia la puerta. Tía Lisa se incorporó, holgazaneando.

—Espera —me dijo.

Obedecí. Estiró los brazos, se desperezó, sin tomarse mucha prisa en decirme el motivo por el que me detenía. En realidad no me lo dijo nunca. Lejos de esto, se acercó a mí, apretó los dientes, me agarró por ambas orejas y murmuró:

—¡Estúpido…!

Después abrió la puerta, que estaba cerrada con pestillo, cosa que yo no había visto y me invitó a salir.

¡Donosa situación! ¿En qué había yo podido ofenderla? ¿No acababa de cubrirme la cara de besos? ¿no venía de demostrarme con palabras emocionadas —en las que no cabía fingimiento posible— su gratitud? ¿A qué se debía este cambio? Llegué a la conclusión de que la mujer y el caballito de mar son los bichos más raros que ha producido la naturaleza.

Mi estancia en Nassau fue realmente fructífera en orden a la producción intelectual. Escribía de la mañana a la noche. Una hora antes de la cena tía Elisabeth solía entrar en mi despacho.

—¡Ah, qué bueno que ya estés cansado de trabajar! —me decía, cerrándome los libros o arrebatándome la pluma y arrastrándome de un brazo hasta sacarme del cuarto.

Y, al llegar abajo, me ofrecía un daikiri o cualquier otra combinación hecha con tres clases distintas de ron, que preparaba con singular maestría.

¡Bendita tía Elisabeth! Ella ignoraba o fingía ignorar esta pereza de vivir que ha quemado mis mejores horas: o quizá yo no manifesté muy a las claras en aquel tiempo mi verdadera personalidad. Lejos de considerarme un anormal, me trataba como a un superdotado. Tan engañada estaba que me creía incluso un genio de los negocios, sin comprender que el verdadero responsable del éxito en la «Operación Museo» fue David Haughton, con su apoyo publicitario. Pero como la idea de convertir aquella patochada primitiva en un verdadero «Museo del Traje» fue mía, nadie pudo apearme ya del inmerecido prestigio.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Si dijera, incurriendo en un tópico, que el tiempo pasaba junto a mí insensiblemente, mentiría. Muy al contrario, el tiempo resbalaba sobre mí *sensiblemente*. Tenía conciencia de su paso y me consideraba dichoso por carecer de todo impulso o deseo de regresar.

Una tarde que estaba trabajando en el segundo de mis ensayos, pues el primero hacía cola desde hacía tiempo en la imprenta del editor que me había recomendado Sam Torton, tía Lisa depositó sobre mi escritorio un gran paquete certificado. Leí el remite y el corazón me dio un brinco en el pecho. ¿Cómo poder explicar mi emoción? ¡Un libro mío! Por todos los diablos; nadie que no haya pasado por este trance, puede entender la deliciosa embriaguez que supone para un novel contemplar su propio nombre impreso en la cabecera de un volumen. Calculé el peso balanceándolo en la palma de la mano; olí su mágico perfume de tinta; lo observé del revés, de canto y de frente; calibré la elegancia de su presentación externa; los tipos, los márgenes, las notas bibliográficas, el índice, e inicié luego, con avidez, desde el «*Copyright*», una lectura que no concluiría hasta el «Acabóse de imprimir». Como la gallina en trance hipnótico, fui recorriendo el curso de la escritura, sin poder separar los ojos de la mágica línea, embebido y entontecido a partes iguales por tan sabroso y nuevo licor.

Me presenté ante Sam Torton enarbolando el ejemplar en una mano; y, en la otra, los tres primeros capítulos mecanografiados de mi futuro ensayo sobre los lucayos. La admiración que leí en sus ojos, ante la lectura de estos tres nuevos capítulos, aún me sirve de acicate. Los muchachuelos de poco más o menos que desprecian a los viejos no saben por dónde andan. No hay nada que, en justicia, merezca tanto la lícita vanagloria de un joven como el aplauso de un hombre de edad. Yo no sabía entonces si mi obra era buena o

no lo era. Yo sólo sabía que era un trabajador incansable y tenaz. Y necesitaba que, al menos, ese mérito me fuera reconocido.

—Si llega usted a demostrar la hipótesis que aquí ha esbozado acerca de las primitivas razas —me dijo Sam Torton—, habrá puesto la flecha en la diana.

—Antes que nada he de investigar directamente en Los Mosquitos e Islas adyacentes. ¿Por qué no se viene usted conmigo?

—¡De ningún modo! —protestó—. Por nada del mundo quisiera enemistarme con Elisabeth. Ella está deseosa de que se ocupe usted en la isla de sus intereses. Y he aquí que se marcha usted para husmear los rastros de las poblaciones precolombinas. Preveo una ruptura de hostilidades. ¡Cuando Beth se enfurece, es temible!

—Procuraré compaginar las dos cosas —dije.

Y así fue.

¡Oh, Dios! ¡Qué desoladora impresión me produjo el interior de la isla! Estaba prácticamente deshabitada. Podían recorrerse decenas de kilómetros sin ver alma viviente, ni una construcción, ni una señal de habitabilidad, ni una huella del trabajo del hombre. Cruzamos una jungla sin majestad y sin grandeza. El espesor de la fronda era ingente, pero no estaba formada por árboles sino por jaras. No contemplamos la poderosa gracia del ficus, del árbol de la goma o de la ceiba prodigiosa; sino la irritada aglomeración de espinos, cañas y arbustos. Tan sólo de vez en cuando una palmera rompía la monotonía del paisaje con la altiva arrogancia de su silueta. Por caminos infernales, y en diversos sentidos, recorrimos toda la propiedad sin que se advirtiera un cultivo, un apero de labranza, un redil. Sólo al alcanzar algún recodo de la costa, vimos un poblado. ¡Cuánta miseria! Las casas eran unos minúsculos tarugos de madera con una sola habitación que servía de dormitorio, cocina y comedor. ¡Para las demás funciones vitales, la Providencia creó el aire libre! Vimos una mujer arrodillada en tierra lavándose en un cubo de plástico y a un chiquillo cortando a su abuelo, indolentemente tumbado en la madre tierra, las uñas de los pies. Detrás de las casas estaban las huertas. Eran mínimas parcelas robadas a la jungla, donde se cultivaba lo justo para la subsistencia de los que la trabajaban, pero ni un adarme más. En cambio vi redes en la playa y barcas de remo y de vela, de donde deduje que la población confiaba más en la mar que en el suelo para alimentarse.

Nuestro capataz tenía un nombre formidable: Napoleón Bonaparte Smith y se llevaba bastante mal con el buenazo de Edward Swam, que me acompañó

al viaje a pesar de la desaprobación de tía Elisabeth. Éste quería darme a entender que Napoleón era un granuja; y el encargado que Swam, en asuntos agrícolas, era un inepto. Y con harta probabilidad, ambos tenían razón. En lo que coincidían los dos era en desaprobar mi plan de trabajo, que les resultaba un tanto inútil para el desarrollo agropecuario de la región. Lo cierto es que me empeñé en conocer los sitios más insospechados: conviví una semana con una tribu mestiza de indio y negro de clarísimo ascendiente lucayo, que tenía establecida su aldea en el borde de un gran lago pestilente, del que los hombres extraían sal; pasé una noche en casa de una hechicera llamada Sumy-Sumy, que hizo hablar, en mi honor personal, a Satán; recorrí a caballo de extremo a extremo (el Diario de Colón en mano) la costa donde, de confirmarse la teoría de Sam Torton, pisaran por vez primera tierra americana los Descubridores; dormí en refugios de pescadores, en cabañas destinadas al almacenaje de aperos de pesca, al cielo raso y en las ruinas de una ermita abandonada. Cuando regresé a Nassau, tía Lisa contempló con horror mi suciedad y desaliño, y me echó de su lado señalándome el cuarto de aseo con una mano alzada.

—No me beses. No me toques. ¡Vete a bañar ahora mismo!

—Convócame a Sam Torton y a David Haughton. ¡Tengo una idea genial!

—¡Oh, sobrino! Estás lleno de mugre y probablemente de bichos. ¡Corre a desinfectarte!

—¡Una idea genial, tía Lisa! ¡Voy a hacer de ti la mujer más rica de las Bahamas!

—¿Crees que podemos producir «algo» que tenga un buen mercado? Porque no basta producir, sobrino. ¡Además hay que vender lo que se produce!

—Exacto, tía Lisa. ¡Exacto!

Movió con ademán escéptico la cabeza.

—¿Quiénes serán nuestros compradores? ¿Los de la piel oscura?

—No precisamente. ¡Nuestros compradores serán los americanos!

—¿Y qué quieres venderles? ¿Piñas? ¡Ellos cultivan las mejores del mundo en California y Florida!

—No son piñas lo que quiero venderles, sino sol, playas, historia y paisajes.

—Estás loco, sobrino. Hay dos mil islas, cayos e islotes en Bahamas. Sólo diecisiete están habitadas. Y de todas, la más pobre y miserable es «Los Mosquitos». ¿Por qué van a comprar parcelas precisamente allí?

—Tienes razón al decir que hay dos mil islas. Pero olvidas que entre esas dos mil, sólo hay una en la que *por primera vez* desembarcó Colón. ¡Te sugiero vender a los yanquis la Historia por metros cuadrados!

Tía Lisa me miró perpleja. Guardó silencio. Sonrió interesada.

—¿Te imaginas a los millonarios de Florida y Virginia —añadí con fervor — comprando parcelas en las calles de «Rodrigo de Triana» o de los «Hermanos Pinzón»; poniendo *drugs stores* en la «Plaza del Descubrimiento» o bañándose en una playa que llevaría por nombre «Isabel de América»? Los tres barrios más importantes se llamarán como cada una de las carabelas; las minutas de un restaurante titulado «Palos de Moguer», tendrán impresa, en caracteres antiguos, la Carta de Colón a los Reyes Católicos informándolos del Descubrimiento. Y un Museo, cuyo Director será Sam Torton, y del que yo seré archivero, contendrá todos los libros, grabados, fascímiles, cartas y noticias de la más grande aventura realizada por el hombre sobre la tierra**[6]**.

—¡Qué fallo más terrible, sobrino! —me interrumpió chanceándose—. ¡Has olvidado bautizar el Museo!

—No lo he olvidado. Se llamará «La Cuna de América».

—¡Jaime, Jaime! ¿Por qué te esfuerzas en ser distinto a la gente razonable? ¡Vete a bañar de una vez! Mientras te arreglas telefonearé a Sam Torton —que sabe de esas historias más que tú— para reímos juntos de tus proyectos demenciales.

Dijo «demenciales», pero no me cupo duda alguna de que mi idea le había impresionado. Cuando me hube bañado, afeitado y vestido, y bajé al cuarto de estar, tía Beth estaba radiante.

—¡Sam Torton está tan loco como tú! Dice que la idea es perfectamente razonable y que tú… (hizo una breve pausa, se interrumpió). Bueno. No quiero halagarte los oídos. Porque lo que añadió a continuación no lo dijo para halagarte a ti sino a mí.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que no sólo eras «una persona muy agradable y un excelente muchacho, sino que tenías un gran talento: que eras un superdotado». Éstas fueron *exactamente* sus palabras: ¡superdotado!

—¿Y a ti te halaga, tía Lisa, oír esas majaderías de tu sobrino?

Se puso en pie de un salto. Me tiró del pelo y de las orejas. Me abrazó.

—Sí. Me halaga, me halaga… ¡Óyelo bien: me halaga!

(Cuando tía Lisa me abrazaba, una fiebre inquietante y desconocida se adueñaba de mí. Y por la noche acrecía mi insomnio).

XVIII

EL NÉCTAR DE ADÁN

TIA LISA ME APREMIABA a que realizásemos juntos un viaje a Los Mosquitos, acompañados de Haughton, cuya experiencia en estos temas —como director de la Oficina de actividades turísticas— podía sernos de gran utilidad. Pero yo no quería en modo alguno iniciar el planteamiento comercial de la operación sin haber previamente terminado mi ensayo sobre las razas que fueron testigos del Descubrimiento.

Sabía por experiencia cuánto había entorpecido mi anterior trabajo la «Operación Museo» y no quería dedicarme de lleno a la aventura urbanística sin atender antes que a otra cosa los ruegos insistentes —ruegos que tanto me halagaban— del editor neoyorquino, en orden a la entrega de un nuevo título mío.

Las cartas alentadoras recibidas desde España respecto a mi primera obra —y muy particularmente la del que hubiera sido Presidente de mi tribunal de oposiciones—; las críticas elogiosas de las especializadas revistas americanas y un pequeño artículo aparecido en una publicación universitaria anunciando que «el historiador hispano británico Gades Dartmoore se disponía a demostrar la persistencia en nuestros días de las razas lucayas precolombinas», fueron causantes de no pocos roces contía Elisabeth, pues por culpa de aquellos acicates ni atendía sus ruegos, ni recibía a Edward Swam —ardiente defensor del proyecto turístico— ni tenía la cabeza ocupada en otra cosa que no fuera la redacción de mi escrito.

Por aquel tiempo tía Lisa hizo dos viajes cortos a Miami y a Acapulco, invitada por amigos que allí tenía. (El segundo viaje coincidió con mi vigesimosexto cumpleaños y me regaló una cerámica antigua mejicana de mucho mérito). Aunque no se quejaba abiertamente, leía en sus ojos que estaba dolida por el desapego que yo le demostraba. Embebido en la redacción de mi trabajo, no era infrecuente que renunciara a comer en la mesa familiar, o —lo que es peor— que le rogara que me esperase unos minutos, olvidando después mi ruego… y su espera. Una tarde en que la conciencia me reprochaba mis constantes descortesías hacia tía Beth, y en que la lluvia

reciente y el calor tropical habían arrancado a las plantas toda la gama de sus fuertes aromas, vi desde mi ventana a tía Lisa sentada en el jardín, sola, perdida la mirada en el vacío, una revista sobre las rodillas y una copa en la mano. Abandoné mis cuartillas y bajé a grandes zancadas, dispuesto a acompañarla.

—¡Es maravilloso! —me dijo con soma—. ¡Desde la última vez que nos vimos has crecido por lo menos dos centímetros!

La besé en la frente.

—Eres una mujer malvada y rencorosa, tía Lisa —repliqué—. Pero estoy dispuesto a hacerme perdonar.

—¿Perdonar? ¿Acaso te remuerde la conciencia por algo?

—Sí. Por haber aplazado tanto nuestro viaje a la Isla de los Mosquitos.

—Si prefieres la compañía de Edward Swam a la mía, ¡eres libre de irte con él, como la otra vez!

—No prefiero ninguna compañía a la tuya. Sabes muy bien que de todos tus admiradores soy el que más te quiere.

—¡Qué gran mentira! Eres el más esquivo.

—Eso también es cierto. Pero tengo una poderosa razón.

—¿Puedo saber cuál?

Excusado es aclarar que todo este preludio estuvo dicho con un inocultable aire de chanza. No obstante, cuando añadí —siempre en el mismo tono y con la misma intención jocosa— que la razón de mi aparente desapego era un movimiento natural de autodefensa, pues su belleza me turbaba más que a los otros, alzó la cabeza, me observó fijamente, entreabrió los labios como si quisiera replicar alguna cosa y optó por callar. Me alargó sonriendo el mismo vaso de que bebía.

—Pruébalo. ¿Qué te parece?

—Hummm… ¡excelente!

—Le diré a Tom que te prepare uno igual. Es su especialidad.

—No te molestes, tía Lisa; ya voy yo.

—No, no. Tengo que hablar además con Katie en la cocina.

Me senté junto al sitio que desocupó mi tía. Era ya de noche. Los crepúsculos en el trópico son mucho más rápidos que en cualquier otro lugar de la tierra. El sol se zambulle vertical sobre el horizonte y se le ve hundirse con prisa de seguir su rumbo. Al poco tiempo las sombras se adueñan del paisaje, sin esas indecisiones de rojos y morados, luces y sombras, que prolongan y hacen tan bellos los atardeceres de Castilla. Los crotos, esas plantas aleopardadas, cuya belleza no está en la flor sino en la hoja

exuberante y magnífica, despedían un olor excitante y dulzón. No tienen los aromas del trópico la delicadeza de nuestras flores. La rosa o el clavel de nuestras latitudes son más fragantes. Y al caer la tarde, el jazmín y la dama de noche convierten los jardines de Andalucía en pebeteros de perfumes. Aquí no. Los olores son más salvajes. Están más ahincados en la naturaleza, en lo primigenio, como si la selva primera, la Creación misma, estuviese más próxima. No es vana esta divagación. ¡El olor que emanaba aquel día del jardín de tía Elisabeth lo tengo indeleblemente grabado en mi memoria! Y el ron: el sabor de aquel ron…

Batiendo la coctelera como si fuera una maraca, llegó Tom corriendo desde la casa.

—¡Ah, *Mr*. Gaâds, cómo se ve que es usted un caballero! Me ha dicho *Miss* Beth los elogios que ha hecho usted de esta bebida. Y en verdad, en verdad, que son merecidos. Cuando Dios se va de viaje, no olvida nunca llevarlo en su cantimplora…

Contoneaba las caderas, movía los hombros, el cuello, los ojos, marcando el ritmo con el hielo picado.

—¡Ya está!

Volcó el contenido sobre un vaso y me lo ofreció con no menos orgullo que Velázquez descubriría el lienzo de «La Rendición de Breda» ante los reyes.

—Esta bebida es la obra de un gran artista, Tom. Le felicito. ¿Con qué está hecha?

—¡Ah, *Mr*. Gaâds, eso no puedo revelarlo! La fórmula ha llegado hasta mí de padres a hijos. Es tan antigua que entronca con las plantas del Paraíso…

—Ya decía yo, Tom, que además de ron añejo, esto tiene alguna planta. ¿Menta quizá?

—No me tiente usted, *Mr*. Gaâds. Mis muertos me perseguirían como a un hijo maldito… Conténtese con gozar sin penetrar en los misterios. ¿Le relleno la copa?

La llegada de tía Elisabeth me impidió arrancar a Tom la fórmula de la bebida, pues a buen seguro que estaba deseando confiármela.

—Deje aquí la coctelera, Tom. Muchas gracias.

Comenzó a hojear una de las revistas. Me hablaba sin mirarme.

—Como no te he visto en todo el día, no tuve tampoco ocasión de darte las gracias por la devolución de mi préstamo.

—Te lo ingresé ayer. Te confieso que no me sentía cómodo mientras no te pagara el viaje y los gastos que hice. Swam ha calculado que con sólo mi

parte en los ingresos del Museo en dos meses más podré pagarme, sin ayuda de nadie, el de regreso.

—¿Piensas regresar ya a España?

Dudé antes de contestar.

—Háblame de tus planes —insistió ella.

Elisabeth hojeaba negligentemente la revista. Pasaba las hojas despacio. A veces se detenía en una de ellas, no sé si por interés o por escucharme mejor.

Mis planes eran todavía imprecisos, le dije. Cuando abandoné España no sabía si regresaría nunca allá. Era mucho lo que había sufrido. A Madrid no deseaba volver. A Hansbrook, sí. Edward Swam había calculado el dinero que podría remitirme anualmente, y con eso, aunque modestamente, podría vivir y dedicarme de lleno a mi vocación. Aquí, en Bahamas, había encontrado nuevos horizontes de trabajo. El contacto directo con América había abierto perspectivas inusitadas al estudio de mis temas preferidos. Quería prolongar, por eso, mi estancia aquí —bien que no por mucho tiempo—, y, de paso, ayudarla, tal como ella me pidió, a resolver alguno de sus problemas. Por eso deseaba volver una vez más y cuanto antes a «Los Mosquitos», para poder fijar, después de ello, la fecha de mi regreso.

Tía Elisabeth dejó la revista sobre las rodillas y me observó fijamente. Después volvió a su posición primera, y parecía que iba a seguir leyendo, cuando, hablando en inglés, me hizo esta asombrosa declaración:

—El viejo Lord Burton me ha honrado hoy con una delicada proposición: ser su amante.

No sabré describir por mucho que me esfuerce mi estupor y mi dolor al oír esto. No fui capaz sino de murmurar mordiéndome los labios:

—¿Por qué me dices, eso… a mí?

—¿No me acabas de decir *tú a mí* que lo único que te retiene en Nassau son los estudios sobre tus temas preferidos?

¡Pensé que mi presencia o mi afecto también debían retenerte!

Tía Lisa rellenó su copa y la bebió de un golpe, sin degustarla. El latigazo del alcohol le obligó a sacudir la cabeza. Tosió brevemente.

—Lord Burton añadió que tu presencia en casa era altamente incómoda para sus proyectos.

No se puede pedir a una mujer que, además de ser bonita, sea congruente. Esta frase era una clara invitación a preparar mis maletas. Pero ¿cómo compaginar esta declaración con sus palabras anteriores? O yo estaba borracho o tía Lisa acababa de decir: «Pensé que mi presencia o mi afecto también debían retenerte»… ¿En qué quedamos?

—¿Quieres tener la bondad, tía Lisa, de trasladarme palabra por palabra tu respuesta a la honrosa proposición de Lord Burton? —dije conteniendo mi irritación—. ¡Supongo que le abofetearías, o mejor…, que le escupirías en su vieja cara de baboso!

—¡Oh, sobrino, ésa no hubiera sido nunca la respuesta de un Dartmoore! Supongo que en España una mujer en mis circunstancias lo hubiera abofeteado, o quizás escupido. ¡Ah… pero las mujeres españolas son más bravas que yo! ¡Acuérdate de Agustina de Aragón y de la Monja Alférez! ¡Tú mismo me has contado sus historias!

—¿Quieres decirme de una vez, tía Lisa, qué le respondiste a Lord Burton?

Tía Elisabeth me contempló con aire retador.

—Le acaricié la cara con gran afecto. «Mi querido Lord Burton —le dije—, yo estoy dispuesta, como enfermera, a cuidarle su reúma, pero no sus sueños».

Cambié nerviosamente de postura. Respiré hondo.

—No me interesa saber más —repliqué satisfecho.

—Pues a mí, adorable, sabio, inocente sobrino, sí me interesa que sepas algo más: si tú no hubieses estado aquí, quizá mi respuesta a Lord Burton hubiera sido distinta.

—¡Estoy dispuesto a irme esta misma noche, tía Lisa! No quiero ser un estorbo para que sigas tu gusto.

—Tú no eres inteligente. Eres muy poco listo, tú. Y torpe. He querido decir que tu presencia en casa me protege y me tranquiliza. Y no me siento tan sola como antes. Y no necesito tener otras compañías. Yo voy a decirte muchas cosas hoy…, pero prométeme ser más despierto y listo que antes para comprender a tu tía.

Me habló muy sinceramente, bebiendo a sorbos pequeños la nueva copa que se había escanciado, sin más interrupciones que gritar inútilmente de vez en cuando —«¡Tom, Tom!»—, pues el viejo no podía oírla desde él patinillo de la cocina. Habló mezclando el inglés y el español (aunque más de lo primero) y utilizando tan pronto la precisión como el golpe de humor (aunque más de lo segundo), de modo que mi confusión fue aún mayor, pues ni el inglés ni el humor fueron jamás mi fuerte.

—Yo te he recibido en casa con mucha emoción y con gran ilusión por tenerte conmigo, porque antes de resucitar tú yo no tenía a nadie de mi sangre. Pero este sentimiento primero ha sido desplazado por otro que espero te halague. Tienes una gran personalidad y —algo importante para mí—: una

personalidad «distinta». Yo estoy muy contenta de que seas así… Es como el problema de la sopa…

—¿De la sopa, tía Lisa?

—¡Sí, de la sopa! Nunca me ha gustado la sopa, hasta que un día descubrí que había una sopa que me gustaba más que ninguna otra cosa. Te diré la verdad: nunca me han gustado los hombres como tú, *excepto «tú»*. ¡Oh, sobrino, entiéndeme! ¡Estoy tan contenta de saber que hay en casa un hombre que no es mi padre, ni mi amante, ni mi marido, ni mi hermano, ni mi hijo, pero que es un poco de todo eso… junto!

—Tía Lisa, tía Lisa… ¡es tan sorprendente lo que me dices! Yo… en mi relación contigo, me siento un poco como tu hijo (a pesar de que tenemos casi la misma edad), pero ¡no como tu padre!

Tía Elisabeth se puso en pie, miró desolada hacia el fondo de la casa y se sentó de nuevo desalentada.

—¿Dónde estará ese borracho de Tom? Necesito que venga antes de seguir hablándote… Sírveme una copa más y ve a avisarle.

Hice lo que me pedía. El viejo Tom estaba en camisa de dormir, pero muy despierto, según se desprendía de la extraña ceremonia en que le sorprendí. Estaba en la cocina abrazado a una de las jóvenes hermanas de la Isla de los Mosquitos (creo recordar que era Gold quien estaba sentada sobre sus rodillas) mientras que Silver y Katie se desternillaban de risa al contemplarlos. Estaba haciendo una parodia de los pudores de su gordísima mujer cuando comenzó con ella sus relaciones amorosas. Y para que todos comprendieran mejor aquellos pudores, hizo la demostración a lo vivo con la más joven de las hermanas, y la besaba, abrazaba y pellizcaba mientras que su complaciente mujer corría el riesgo de morir allí mismo de hilaridad al verse reflejada en los espantos y contorsiones defensivas de la pequeña. Fingieron todos que no se daban cuenta de que yo los había visto (del mismo modo que yo fingía que no los veía), y al poco tiempo llegó Tom al jardín, enfundado en una lujosa y pintoresquísima bata de cama de damasco escarlata. Tía Lisa se limitó a alzar con las dos manos la coctelera pidiendo un repuesto.

—*Miss* Dartmoore sabe muy bien —exclamó Tom con voz enfática y dirigiéndose a mí— que puede utilizarme a cualquier hora del día o de la noche. Mi mayor placer es complacerla. Aunque estuviese enterrando a mi hijo, yo le privaría de la última paletada para obedecerla…

—¡Oh, Tom! —exclamó tía Beth—. No sea rencoroso. No podía pensar que era ya tan tarde. Le ruego me perdone. Sólo sirve para disculparme que nadie salvo usted sabe preparar este néctar…

—Bien lo ha dicho usted, *Miss* Beth. Éste es el néctar con que los ángeles entretuvieron a Adán mientras le arrancaban la costilla. Sus descendientes se dividieron en dos ramas: unos se encerraron en las casas y se hicieron artesanos. Como no les daba el sol, su piel se quedó blanca. Otros salieron al campo y se hicieron cazadores y agricultores: como les daba el sol, su piel se hizo oscura. Pero los artesanos y los cazadores, los blancos y los negros, son como las teclas de estos dos colores que tienen los pianos: ambas son necesarias para conseguir la completa armonía de la humanidad.

—Eres un filósofo, Tom: siempre lo he dicho. Y ahora tráeme de prisa el néctar de Adán. ¡Perezco de sed!

—Tía Beth… —insinué, apenas se hubo ido Tom, con toda su retórica a cuestas—. ¿No crees que estás bebiendo esta noche un poco más de la cuenta?

—Vuelvo a lo de antes. Si fueras mi padre, te obedecería. Si fueras mi hijo, me avergonzaría. Si fueras mi hermano, te arañaría. ¡Pero no eres nada de eso! Eres un hambre. ¡Y quiero que bebas conmigo!

—No me conviene beber más. Empiezo a notar que no me conviene.

—Necesito que bebas, para que entiendas, al estar un poco bebido, lo que yo no sería capaz de decirte sin beber antes cuatro copas.

—¡Has bebido seis!

—Pongamos un límite de diez… y no beberé más.

Ignoro cuántas fueran las que bebió, ni sé cuántas bebí yo mismo. Sólo recuerdo que fueron muchas y que el ron colaboró, junto con las palabras de tía Elisabeth, y el olor de los crotos salvajes, y la inquietante tibieza de la noche, y la soledad y el silencio de la casa, al embriagamiento de mis sentidos.

—Bien, Jaime. Ármate de valor, bebe el néctar de Adán, y habla. Espero rápidamente de ti una rectificación y un desagravio.

(Hay seres, como David Haughton, a los que el alcohol hunde en una especie de mutismo, muy semejante al letargo de los cocodrilos, y otros, como tía Beth, que se vuelven especialmente locuaces. Digo esto porque aunque me invitaba a hablar, no me dio ocasión alguna para ello).

—Debes desagraviarme —prosiguió— de las cosas tan perversas que has dicho antes. ¿Crees que un caballero puede ofender así a una mujer desamparada y sola? Imagínate entre los antiguos una de esas damiselas del cucurucho en la cabeza encerradas en una torre. Ve llegar a Ricardo Corazón de León galopando en su caballo; cree que viene a liberarla, le echa una escala de cuerdas para que trepe a la torre del homenaje; descabalga el

caballero, sube por la cuerda de nudos, se asoma al ventanuco, ve a la dama y exclama: «Me voy a las Cruzadas». ¡Y tal como lo dice se va, muy satisfecho, dejándola entre rejas! ¿No es eso abominable e indecente? ¡Pues no otra cosa es lo que tú pretendes hacer conmigo! ¿Acabas de llegar y ya estás mirando el reloj para marcharte a España? ¿Qué harás en Hansbrook que no puedas hacer aquí?

—No acabo de llegar, tía Lisa. Pronto se cumplirán dos años de mi llegada. Y ya te dije que aún no tengo decidida la fecha del regreso. Primero quisiera ir a la Isla de los Mosquitos.

—¡Perfecto! Cuatro semanas con Edward Swam en la jungla y a la vuelta… ¡a Hansbrook, a pudrirte de tedio! ¡Llévate al menos a Edward Swam también a Hansbrook para que se pudra contigo! ¡Yo no lo necesito!

—Tía Lisa…

—No quiero oír nada de ti. Bebe y calla.

Me llenó la copa, bebió un trago de la mía y me la devolvió.

—Mis planes son distintos —dijo después de un corto silencio.

—Háblame de esos planes, tía Lisa. No sé qué tiene este licor que me inclina a dejarme convencer. ¡Estoy deseando dejarme convencer! ¡Diablo, dame otra copa!

—Así me gusta, que seas juicioso —comentó sirviéndomela.

—Vengan esos planes.

—Son muy sencillos y muy claros. Que te quedes aquí *para siempre*.

—¡Eso es imposible! Sería tanto como vivir a costa tuya.

—Si tu puritanismo y tu mal gusto te inclinan a hablar de dinero, estoy dispuesta a que dejes de ser mi invitado y colabores a los gastos de la casa. Y si alguna vez debes viajar a España un corto tiempo para ocuparte de tus cosas, ¿por qué no he de irme contigo? ¡Hansbrook es mío también y no de Edward Swam!

—¡Nunca he dicho que me llevaría a Swam! ¡Fuiste tú quien lo dijo!

Tía Lisa encendió un cigarrillo y alzó la cabeza para expeler el humo. Siguió con la mirada la nubecilla blanca y al bajar de nuevo los ojos, los detuvo en los míos y rompió a reír. No la acompañé en la risa.

—Estás triste… —afirmó decepcionada.

—¡No estoy triste! —respondí con excesiva brusquedad—. ¡Estoy serio simplemente! Estoy pensando en lo que me has dicho.

—¿«Pensando»? —exclamó maravillada tía Elisabeth—. ¡No hay por qué pensar más en lo que ya está decidido! Me he acostumbrado a ti, ¿comprendes, Jaime? Tu compañía me entretiene. Tu dedicación al trabajo

me asombra. Tu personalidad me cautiva. Los comentarios que oigo de ti a las personas inteligentes me enorgullecen. La sensibilidad y el gusto que tienes para las cosas del espíritu te elevan a mis ojos por encima de los demás. Y como nunca estás conmigo *más* tiempo de lo que me agrada, sino *menos*, nunca siento hastío en tu compañía (cosa que me ocurre con casi todos los hombres), sino deseo de un poco más. Esa estúpida idea de regresar a España me ha parecido ¡no sé cómo decirte!… perversa; más aún: ¡sádica! Todas las tardes, y muchas mañanas también, le pregunto a Tom: «Tom, ¿qué hace ahora *Mr*. Gades?». Y Tom, con aire suficiente, responde: «Está leyendo, *Miss* Beth». Y al poco tiempo: «Tom: ¿sigue leyendo *Mr*. Gades?». «Ahora está escribiendo, *Miss* Beth». Y más adelante: «Tom: ¿*Mr*. Gades sigue escribiendo?». Y Tom abre ampulosamente los brazos para decirme con aire misterioso: «Ahora está pensando, *Miss* Beth». Y ya ves, muchos días no salgo de casa porque sé que allá arriba, en el despacho de mi padre, *Mr*. Gades está escribiendo, leyendo o pensando… ¡Y ya no me siento sola!

—Vas a acabar conmoviéndome.

—¡Eso es exactamente lo que pretendo! ¡Ésa es la palabra exacta! ¡Sírvete otra copa!

—No, yo no bebo más. Ni tú tampoco. ¡Tía Lisa, te suplico que dejes esa copa!

—Me encanta verte enfadado. Hasta ahora has sido… demasiado delicado; no sé cómo decirte, demasiado respetuoso conmigo. ¿Si me bebo esta copa serías capaz de pegarme?

—No. No sería capaz.

—Pues te autorizo a que lo hagas. ¿No es eso lo que hacen los españoles con las mujeres que aman?

Y apenas lo dijo, se la bebió. Mientras lo hacía me miraba retadora.

—¿No me pegas?

—¡Haré algo peor: beber yo también; emborracharme contigo; y después a pedir a Tom que nos suba a los dos en brazos hasta nuestros cuartos! ¡Será un bonito espectáculo!

—No exageres, sobrino. Me siento perfectamente. En la coctelera queda más hielo que licor. Prueba… ¿no ves? Es agua… Y además me gustaría llevar esta conversación hasta el final. Lo que te he propuesto…

—Lo que me has propuesto —interrumpí— no es que me quede a vivir en esta casa, sino que decidamos vivir juntos indefinidamente, bien sea aquí, o en Hansbrook, o en cualquier otro lugar.

—Exacto. Y te diré lo que me anima a creer qué puede ser una buena solución para los dos. Las razones son muchas. Sólo te diré algunas.

—Las quiero saber todas.

—No hay que pensar en el puente antes de llegar al río. Vayamos por orden. La primera no es sólo nuestro parentesco, sino que, por ley, somos los herederos naturales el uno del otro. Nuestros intereses son en cierto modo comunes. Al defender mi dinero defiendes tanto lo mío como lo tuyo. Y por culpa del extraño testamento de mi querido y originalísimo *dady*, no podemos partir casi nada de la herencia. A pesar de los buenos servicios de Edward Swam, yo no sirvo para ocuparme en estas cosas. Tú lo harías mucho mejor, o si prefieres, entre los dos juntos lo haríamos mejor (razón, entre paréntesis, por la que quiero ir contigo y no con Swam, a la Isla de los Mosquitos).

—La primera razón —confesé— es bastante convincente. Veamos la segunda.

—Una mujer sola, como yo, y no del todo fea, está continuamente expuesta a insolencias como la de ese viejo sapo de Lord Burton. No he cumplido los treinta años y hasta ahora no he perdido mi independencia. No quiero decir con esto que no haya aceptado, cuando he querido, algunas solicitaciones amorosas, pero… sin perder mi independencia, ¿comprendes? ¡Ah, Jaime, no me mires con reproche! ¡Te estoy hablando como a un hermano y no como a un hermano menor, sino como a uno mayor, porque sé que eres juicioso!… ¿Por qué voy a mentirte? Cuando quiero divertirme y usar de mi libertad me voy a Miami o a San Juan de Puerto Rico o Nueva York, pero nunca aquí en Nassau. Tú y yo somos dos solitarios. Lo que te propongo es que unamos nuestras soledades.

Hizo una pausa larga buscando con cuidado sus palabras.

—Hace unos meses yo no te hubiera pedido nunca que te quedaras para siempre. Antes bien, hubiera preferido que te fueras pronto…

—¿Qué ocurrió hace unos meses?

—Hace unos meses comprendí que… a poco que tú colaboraras, a poco que tú me invitaras a dar un paso más en… digamos, en… nuestro afecto, yo podría dejar de quererte como hasta entonces (es decir como a un pariente de mi misma sangre, casi como a un hermano) y empezar a quererte como una mujer puede querer a un hambre. Entiéndeme: yo no digo que te quisiera entonces ni ahora de ese modo, sino que comprendí que existía ese riesgo. Y sufría al pensar que tú pudieras colaborar a ese cambio…, porque en ese caso seríamos los dos mucho más estúpidos que ahora. ¡No me interrumpas, Jaime, no me interrumpas, que sólo estoy a mitad de camino! Ha pasado el tiempo y,

a Dios gracias, no has colaborado *en absoluto, en ningún momento, ni con la sombra de una insinuación* a que yo rompiera mi equilibrio. Y como sé que esto ya no se producirá nunca, y no se quebrará el encanto de esta relación nuestra, tan… tan… peculiar, es por lo que me atrevo a proponerte que consolidemos esta situación que para mí, quizá por lo que tiene de nueva (e increíble a los ojos de mucha gente) es muy grata; que me he hecho a ella. Y que me gusta. Ahora brindemos por mis dotes oratorias. ¿Qué te ha parecido mi discurso? ¿No te ha gustado mi franqueza?

—Todo me gusta en ti, tía Lisa. Si algún día yo me enamorara, sería de una mujer exactamente como tú.

—Hagamos un pacto. No me digas nunca esas cosas. Las mujeres somos tan vanidosas que nos enamoramos por el oído (por conocer ese secreto ha hecho su fortuna Frank Sinatra); al revés que los hombres, que os dejáis pescar por los ojos. (Por conocer ese secreto ha hecho su fortuna Elisabeth Arden). Y ahora dime: ¿qué piensas de lo que te he dicho?

—Pienso, tía Elisabeth, que nunca hubo ese riesgo al que tú aludes, ni que lo hay, ni que lo habrá. Aunque eres la mujer más maravillosa que he conocido, yo nunca te he mirado, ni puedo hacerme a la idea de que te pudiera mirar con otros ojos que los de un hijo o un hermano.

—Digamos mejor que en ti no hubo nunca ese riesgo. Y que en mí sí lo hubo… y ya no lo hay.

—Bien, bien, bien. Tu proposición empieza a adquirir forma y sentido.

—No seas presumido. Confiesa más bien que empiezas a entenderla. ¡Mi proposición siempre tuvo sentido!

—En resumen: me has hablado del aspecto económico, del social y del personal. ¿Queda alguno más?

—¡Sí! Que la idea de volverte solo a España es una majadería y una crueldad gratuita. Una majadería porque ¿dónde vas a estar mejor que aquí? Y una crueldad porque me harías mucho daño si te fueras. Un daño innecesario. Y ahora ya me he cansado de tu presencia. ¡Hemos estado juntos demasiado tiempo! Vete a dormir…

—Vete tú, tía Lisa. Me apetece quedarme un rato, fumarme un pitillo y quizá beberme el fondillo de la coctelera.

—Era exactamente lo que me apetecía a mí. Te toleraré a mi lado unos minutos más.

En el cielo del trópico hay largas noches en que no se ven estrellas. Una caja de humedad se eleva desde el mar y cubre las islas de una bruma ingrávida y no siempre transparente. Esta bruma se pega a las cosas y a las

plantas hasta arrancarles ese olor peculiarísimo y raro que excita los sentidos como una droga. Estiré las piernas, encendí un cigarrillo y permanecí en silencio varios minutos. No sé cuánto tiempo pasó antes de enterarme con infinito asombro de que tía Lisa estaba llorando. Al percibir ella mi estupor, exclamó riendo y llorando, a la vez:

—Querido sobrino, te agradeceré que respetes mi libertad de emborracharme y de llorar cuanto me plazca. Y ahora dame un beso y vete a dormir.

Obedecí torpemente. El alcohol comenzaba a surtir sus naturales efectos. Me alejé dando tumbos. Toda la casa parecía invadida de aquel mágico, inolvidable olor.

XIX

ADORABLE TÍA BETH

ESTABA YA EN MI CUARTO (embriagado, como antes dije, a partes iguales por el «néctar de Adán», las palabras de tía Elisabeth y aquel tibio, mágico y salvaje olor de los crotos) cuando oí en el jardín una rotura de cristales. Me asomé a la ventana y vi a tía Lisa caída en el suelo y, a su lado, hecho añicos, el vaso que debió de romperse al caer ella. La pobre intentaba levantarse y no podía. Era un espectáculo doblemente penoso. Y digo «doblemente», porque no era una mujer borracha la que yo veía, intentando incorporarse sin conseguirlo, sino dos, pues he aquí que mi estado era en todo semejante al suyo. Hundí la cabeza en el lavabo lleno de agua y acudí en su ayuda. No quiero ponderar lo que ocurrió. La vergüenza de que nos sorprendiera la servidumbre en aquel estado logró sobreponerse a mi borrachera, y a costa de mil esfuerzos y de haber caído yo mismo al suelo varias veces, logré incorporar a mi tía, introducirla en casa y alcanzar, dando tumbos, la base de la escalera. Allí, abrazados los dos, iniciamos la más difícil prueba de alpinismo que cabe imaginar: subir hasta el cuarto de tía Elisabeth, dificultad agravada por el ataque contagioso de risa que nos poseyó al comprobar la inutilidad de nuestro intento; hubimos de hacerlo de espaldas, sentados en los peldaños, y retrocediendo a medida que ascendíamos como los cangrejos. Todo esto entre gritos de júbilo, arrebatos de hilaridad y constantes recomendaciones mutuas de no hacer ruido para no ser oídos por la tribu que capitaneaba Tom. Al llegar al cuarto, tía Lisa se declaró en huelga y, sentada en el suelo, anunció que no entraría en su dormitorio si no iba primero a buscarle una botella de *whisky*. La engañé diciendo que se la llevaría apenas la viera acostada. Accedió. Gayó en la cama como un tronco, pero con suficientes energías para arrastrarme a mí en su caída. Se ciñó a mí como una lapa a la roca. Dormimos juntos la borrachera, vestidos, calzados y abrazados. No me desperté hasta muy avanzada la mañana. Regresé a mi cuarto terriblemente abochornado por haber bebido tanto la víspera[7].

A lo largo de todo aquel día no pude trabajar a causa de la neuralgia, ni apenas comer, por el malestar general del cuerpo producido por el alcohol. No

vi a Elisabeth Dartmoore en todo el día; pues almorzó y cenó en la cama, y preferí evitarle la incomodidad de ser visitada por mí. Al siguiente sólo crucé con ella dos palabras. Ella se fue a primera hora de la tarde a la peluquería, y por la noche a un baile benéfico al que yo me negué a asistir.

A la mañana del tercer día, entró en mi despacho.

—¿Te interrumpo?

Si tuviera costumbre de hacerlo, habría contestado afirmativamente. Mas no era ése el caso. Sabía respetar mis horas de trabajo y las raras veces que entraba en mi recinto era para darme recados breves y precisos. Dejé a un lado «Las migraciones de esclavos a las Bahamas en los siglos XVII y XVIII», de las que estaba extrayendo datos interesantísimos, puse encima el cuaderno con mis anotaciones y me dispuse a escucharla.

—Tengo todo dispuesto para el viaje a la Isla de los Mosquitos. ¿Quieres que hablemos de ello? Por la noche sería tarde; tenemos que decidirlo antes de mediodía.

Acercó una silla y desplegó sobre la mesa un plano del archipiélago.

—Mira —me dijo—, la isla es ésta. Y el único puerto de refugio que tiene un muelle donde poder atracar, está aquí. De modo que nuestro recorrido…

Y señaló con el dedo el itinerario que debíamos seguir, bordeando varios cayos e islotes deshabitados, y alejándonos de unas barreras de arena a flor de agua que hacen por aquella zona muy peligrosa la navegación.

—Total —concluyó—: doscientas veinte millas. Como ves, es un recorrido muy largo.

—¿No sería mejor ir en la avioneta como hicimos Edward Swam y yo?

—Si vamos en la avioneta, no tendremos dónde dormir, pues como has podido comprobar la casa está desamueblada. Mientras que si vamos en uno de los dos barcos que voy a proponerte, tenemos camas, ducha, cocina: de todo.

—Me has convencido. Explícame cómo son los dos barcos. Y, sobre todo, cuánto cuesta alquilarlos.

—No cuesta un *penny*. Son prestados y ni siquiera creo que nos acepten pagar el combustible. El problema es otro.

—Veamos cuál es ese problema.

—Uno de los yates es absolutamente sensacional: tiene cuatro camarotes, mientras el otro no tiene más que uno; tiene varios baños, mientras el otro no tiene más que una ducha; tiene un salón y una cámara de capitán donde poder estar caso de que llueva o el mar salpique, cosa frecuente si vamos emproados al viento. Y además navega a veintidós nudos, con lo que en diez horas de sol

estaríamos en la isla, sin tener que pernoctar en ninguna de las del camino, pues de noche no se puede navegar.

—¿Por qué?

—Por los arrecifes y los bajos que rodean las islas y son muy peligrosos.

Al oír esto me levanté de un salto y trepé por la escalerilla de la biblioteca para buscar el Diario de Colón, que estaba en los estantes más altos y que aludía a los arrecifes «que cercan toda la isla en derredor».

—¿Qué estás haciendo ahora, sobrino?

—Te voy a leer algo del mayor interés acerca de esos arrecifes. Perdóname que te interrumpa…

—¡No te lo perdono! Ya me lo enseñarás después. No he terminado de explicarte el problema. ¡Estás muy mal educado!

—No hay problema ninguno, tía Beth —dije encaramado a da escalerilla —. Si un barco es rápido y otro lento; si uno es cómodo y otro incómodo… ¡no hay duda en la elección!

—Es que… quien nos presta ese barco tan cómodo y tan extraordinario tiene un nombre muy particular: se llama Lord Burton…

La mano que ya tenía tendida para coger el libro, quedó en el aire como un pájaro que duda antes de posarse. Y no se posó. Bajé lentamente la escalerilla.

—¡No me querrás decir que has ido a ver a Lord Burton…!

—Eso es exactamente lo que ha ocurrido —me contestó con aire burlón.

—¡Lo desapruebo *rotundamente*! —grité.

—¡Rotundo sobrino! ¿No ves cómo siempre me tratas como si fueras mi padre?

—¡Hoy sí que merecías un buen cachete, tía Lisa!

—No se puede castigar a nadie sin ser oído. ¿No dicen eso los hombres de leyes?

—Sí.

—Pues siéntate; desarruga esa frente y esos labios (que te pones muy feo cuando te enfadas), y escucha. Son dos los admiradores que he visto esta mañana: David Haughton y Lord Burton. Primero fui a ver a David, para pedirle su barco y sus marineros. Los marineros duermen en un cuchitril que está en proa, al que se desciende por una escotilla desde cubierta y que está separado del resto, de modo que su compañía no es incómoda, ¿comprendes? Y dentro no hay más que un camarote y un pasillito que por un lado da a una cocina diminuta y por otro al cuarto de aseo. Yo había pensado dormir en el camarote y a ti adaptarte una litera de esas de *boy scout* en el pasillo.

—Me parece perfecto.

—Pero da la casualidad de que no puede ser. Porque uno de los marineros —precisamente el piloto— está de permiso. Y, por tanto, tendría que venir David con nosotros para pilotar él mismo la embarcación y, como no hay más que una cama y un pasillo, y somos tres, cualquier solución resultaría muy incómoda. Ésa es la razón por la que deseché el barco de ese adorable caballo, y fui a ver a mi otro adorador, el viejo sapo de Lord Burton, para pedirle el suyo. ¡La conversación que mantuve con él fue absolutamente deliciosa! ¿Te la cuento?

—No me interesa.

—¡Jaime, Jaime! No sé por qué te quiero tanto siendo como eres… tan antipático.

—No soy antipático. Soy un hombre recto.

—De acuerdo: ¡eso me consta! Eres un hombre recto y antipático.

—Muchas gracias.

—*Don't mention it*. Además, no te sirve de nada. Quieras o no quieras, te contaré lo que le dije. Imagínate que apenas me vio entrar exclamó: «*Elisabeth… es inútil eludir el adulterio. Mi corazón y mi pensamiento ya son adúlteros cada vez que la miro*». «*Mi querido Lord Burton* —respondí sin perder mi sonrisa—, *¡cómo me gusta saberle tan apegado a la tradición de nuestras dos familias!*». «*¿Por qué, mi adorable Elisabeth?*». «*Porque mi querido papá fue amante de su madre de usted, ¿no lo sabía?*».

—¡No puedo creer que le hayas dicho eso!

—¡Ya lo creo que se lo dije!

Rompió tía Lisa a reír al recordar la escena.

—¡Creí que le daba una apoplejía! Le surgió un tic nervioso en el ojo izquierdo y no lo perdió en todo el tiempo que duró la entrevista. Parecía que los párpados se habían tragado el monóculo y lo estaban masticando.

—¿Y después de eso te atreviste a pedirle que te prestara su barco?

—Exacto. Y me pareció lo más apropiado porque fue *Lady* Burton, su madre, quien nos vendió por una fortuna la Isla de los Mosquitos. Y dijo que la casa estaba amueblada, lo que no era cierto; de modo que lo justo es que durmamos en las camas de Burton en compensación de las que nos deben desde hace veinte años y que no pusieron en la casa.

Guardó silencio esperando mi respuesta, que fue fulminante.

—¡Yo no iré en el barco de Lord Burton! ¡Y tú tampoco!

—Mira, Jaime. Nunca más te llamaré «sobrino»; desde ahora te llamaré «papá».

—No está bien, ¿me entiendes?, *no está bien* que le debas favores a un señor que pide los tuyos.

—Sí, papá.

—Moralmente, es un acto deleznable.

—Sí, papá.

—Iremos en el otro barco, aunque sea más incómodo.

—Sí, papá. Y en nombre de la moral dormiremos en la misma cama tú, David y yo.

—¡No es necesaria esa combinación!

—De acuerdo: tú dormirás en el pasillo y David y yo en la, cama. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Eres ra-di-cal-men-te estúpida, Elisabeth Dartmoore!

—Hay otra combinación, decentísima Jaime Gades. Y es que durmáis David y tú en la cama y yo en el pasillo. Pero no doy un *penny* por tu integridad. David fue de los que firmaron una moción en el Parlamento pidiendo que se suprimieran las penas contra la homosexualidad.

—¡Acabarás enfadándome! Tus bromas son de un gusto deplorable.

—Sí, papá.

—Hay una tercera combinación mucho más lógica —repliqué con suficiencia—, en la que no has pensado.

—¡Ay, papá, papá!, que te veo venir. ¡Tú lo que quieres es dormir conmigo! Lord Burton es un arcángel de pureza comparado contigo. Eres pícaro y perverso. ¡Un padre y una hija! Eso está muy mal visto en Nassau…

—No. La combinación es otra. O bien David, o bien yo, podemos dormir en el camarote de proa con el marinero.

—¿Cómo se te ocurre pensar que el dueño del barco toleraría dormir él mismo, o que durmieras tú, con un negro en ese agujero? ¡Estás loco! Y ahora te hablo seriamente. La única combinación posible es ir en el magnífico yate de Lord Burton, donde cada uno tendríamos nuestro cuarto y nuestro aseo privados. Y podríamos invitar a Sam Torton, que me ha amenazado con dejar de adorarme, pues dice que le tengo muy abandonado y ante el que el bueno de David no se atreve a galantearme en exceso. Este truco de atender conjuntamente a dos galanes es excelente, pues así los dos me dejan en paz. Sam Torton te tiene mucho aprecio, lo mismo que David. Los cuatro juntos haríamos un crucero inolvidable.

Oímos sonar el timbre de la puerta. Y al poco tiempo la voz de David Haughton, preguntando a Tom si estábamos en casa. Nos asomamos Elisabeth y yo al descansillo de la escalera. Apenas nos vio, David gritó desde abajo:

—¡Todo solucionado! ¡Tengo un segundo barco!

Bajamos apresuradamente.

David nos informó de que había conseguido intercambiar su barco por unos días con él de un compañero de club: era algo más espacioso. Subsistía, el problema del marinero-piloto. Su amigo no había querido desprenderse del suyo. En cambio, quedaba resuelto, en parte al menos, el de los camarotes; había dos individuales. Uno de nosotros tenía que dormir en el pasillo.

—¡Qué maravilla, David! —exclamó tía Beth—. ¡Eres un genio!

—No soy un genio. Simplemente soy tu esclavo. Le aseguro, Jaime, que su tía Beth es el único habitante de Bahamas que conserva un esclavo. Ése soy yo.

—Es cierto —dijo riendo tía Beth—. Y no quiero perder ese privilegio por nada del mundo. ¿Quieres ver, Jaime, cómo me obedece en todo? ¡Póngase de rodillas, caballero! —David Haughton se arrodilló—. ¡A cuatro patas, señor mío! —David Haughton se puso a cuatro patas—. ¡Muja como las vacas salvajes! —David Haughton mugió, y muy bien por cierto, de donde deduje que no era la primera vez que hacían esta comedia en público—. ¡Ahora, póngase de pie! —David Haughton se incorporó—. ¿El caballero quiere un premio? —David Haughton movió afirmativamente la cabeza, y tía Lisa, como quien da a un cachorrillo un terrón de azúcar, le besó en los labios, cosa que no me hizo la menor gracia. Acto seguido se colgó de su brazo y nos dirigimos los tres al salón.

David se brindó a ser él quien durmiera en el pasillo, argumentando que por culpa de su tamaño no cabía en casi ninguna de las literas de los barcos de recreo, a lo que yo me negué con tal insistencia que tía Lisa llegó a extrañarse. No confesé, por supuesto, el motivo de mi terminante negativa. Lo cierto es que si yo dormía en el pasillo, situando mi colchón o mi cama de *boy scout* entre los dos camarotes, no habría posibilidad de que mi gigantesco amigo quisiera cruzar secretamente de noche al cuarto de tía Lisa. Y esta idea, probablemente absurda, se adueñó de tal modo de mí, que no hubo modo de dar mi brazo a torcer.

—¿Cómo se te ocurrió buscar un segundo barco sin que yo te lo pidiera? —preguntó tía Elisabeth a David.

Éste hizo un gesto ambiguo y dijo algo que trocó de golpe el recelo y la incomodidad que yo sentía hacia él por la más ardiente de las simpatías.

—No me parecía bien, —murmuró— que pidieras ese favor a Lord Burton.

¡Fueron casi mis palabras! Dirigí a tía Lisa una mirada triunfal.

—Sois dos puritanos incurables —murmuró ella resignada.
¡Adorable tía Beth!

XX

TIBURONES DE ARENA

NO FUERON POCAS las bromas que tuve que soportar en el barco a cuenta de mi equipaje. No llevé cuatro trajes de baño, como hicieron los otros, sino uno solo; ni pantalones cortos —que según me dijeron, cuando ya era tarde, era prenda imprescindible a las horas de calor—; ni un jersey de lana para la noche; ni esas camisas multicolores a las que yo, en mis soledades de Madrid o Hansbrook, no estaba en verdad acostumbrado. Lo que me llevé fue media biblioteca, la máquina de escribir y un montón de cuartillas, cosas todas ellas que tía Lisa me aseguró no tendría ocasión de utilizar, prometiéndome acto seguido dirigir mis compras de vestuario en cuanto regresáramos a Nassau. Las dos predicciones quedaron incumplidas. Tuve ocasión abundantísima de utilizar mis libros y mi máquina y hasta de agotar mis cuartillas. Quien no tuvo en cambio la oportunidad de cumplir su promesa fue tía Lisa. Al redactar ahora, desde mi refugio de Pedraza, este capítulo, no puedo menos de meditar acerca de las vueltas que da el destino para trazar inexorable y caprichosamente el rumbo de los humanos. Conociendo, como conozco ahora, cuál ha sido la trayectoria de mi vida, me Heno de admiración y de espanto al considerar cómo los hombres caminan ciegos hacia sus respectivas incógnitas. Aquel viaje de placer iba a transformar mi vida toda. Al cruzar la escalerilla del barco se iniciaba un episodio cuya culminación haría girar el eje de mi existencia marcándola para siempre. Las horas amargas y las bellas, deliciosas, adorables —crueles por efímeras—, inesperadas horas que desembocarían en aquel terrible delito, del que no soy responsable, estaban ya aguardándome tras un recodo muy cercano de mi destino. Y yo reía, y hablaba, y bromeaba y me consideraba feliz, ignorante de mi próxima, inmediata transformación.

No subimos al barco desde el puerto de Nassau, que es uno de los más pintorescos y multicolores puertecillos de las Antillas británicas, situado entre la isleta Hog y el cabo Silver, sino desde la casa particular del amigo de David (y propietario del barco), cuyos servidores nos ayudaron a cargar los cajones de bebidas y comidas, mis libros y los equipajes.

—Para sólo tres días lleváis bebidas como para un año —comentó nuestro anfitrión.

Y tía Lisa respondió:

—¡No olvides que viene David con nosotros! ¡Su estómago no tiene fin!

El mayor problema de nuestra convivencia marítima lo planteó, como había previsto tía Lisa, la distribución de las camas. El *Tuckaway* no contaba con tres camarotes sino con uno solo, que de noche se dividía en tres partes. De este modo, durante la navegación, la cámara interior hacía las veces de salón y comedor. Dos amplios sofás estaban adosados a los laterales de babor y estribor; y una mesa (que David tenía perpetuamente invadida con planos, compases y cartas de navegar) separaba aquellos muebles. Llegada la hora de dormir, la mesa, que era plegable, se adosaba a la pared; los sofás se convertían en camas; y dos puertas correderas se deslizaban en cada banda, de suerte que los lechos quedaban encerrados en dos recintos individuales. En el estrecho pasillo que había entre ambas puertas, y en el sitio libre dejado por la mesa, se instalaba la cama portátil que me había sido asignada.

Para un hombre como yo —cuyo pequeño drama habitual era el insomnio — aquella situación presagiaba ser particularmente ingrata.

Al llegar la primera noche comprobé, desolado, que no eran infundados mis temores.

Habíamos llegado al atardecer al punto intermedio de nuestro recorrido: un islote paradisíaco y deshabitado llamado Tower Cay. No obstante la mala mar que tuvimos durante el día, por la tarde calmó, y el agua de nuestro fondeadero (tal era su quietud) parecía de cristal. Apenas echamos anclas, ordenamos nuestros bártulos (en los barcos pequeños, y aun en los grandes, es inexcusable obedecer el adagio que exige *un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio*); guardamos las provisiones en la nevera; hicimos las camas; comimos frugalmente y nos retiramos a dormir en atención a David, que debía levantarse más temprano que nadie, para dirigir al amanecer la maniobra de zarpar. Mi litera portátil era incomodísima, el calor del pasillo insoportable, y como no acababa de ganar el sueño, subí a cubierta, a respirar aire fresco. Había luna llena y el agua, que tenía muy poca profundidad, traspasada como estaba por la luz del satélite, era de una fantástica transparencia. Se diría que el barco estaba posado sobre una esmeralda; tan grande era la reverberación de la arena del fondo, de un verde quieto y

melancólico. Jonás, el grumete negro, dormitaba en proa sobre una manta y, al oírme, se acercó a saber si deseaba algo.

Respondí negativamente y ya se dirigía hacia siu sitio cuando volvió rápidamente sobre sus pasos.

—¡Mire! —exclamó excitadísimo—. ¡Nunca los he visto tan cerca!

Se refería a un inmenso tiburón (*sand-shark*: tiburón de arena) que rondaba el barco y husmeaba los desperdicios de la comida que habíamos lanzado al mar. En un principio pensé que eran dos, pues su sombra se reflejaba en el fondo duplicando su figura y mi emoción. Se desplazaba muy lentamente, como un gran zepelín en un cielo invertido, y dio varias vueltas en tomo nuestro sin querer alejarse. Me precipité a las cabinas.

—¡Tía Lisa, sube! ¡David, David, venga a ver el tiburón!

Los oí, a un lado y otro del pasillo, saltar de la cama. Al regresar cogí todos los restos que vi sobre la cocina —pan, arenque ahumado y un trozo de jamón— y apenas llegué a cubierta los lancé al agua.

—*It's gone* —me dijo Jonás. E hizo un gesto como diciendo «mala suerte». Pero no habían transcurrido unos segundos cuando, de nuevo, vimos las dos sombras, la sombra real y el siniestro cuerpo que la producía, acercándose a nosotros con la misma lentitud y solemnidad que primero. Dio una pasada sobre cada uno de los trozos que acababa de lanzar, como si tratase de reconocer cada cosa antes de engullirla. Tía Lisa y David llegaron, le vieron y desaparecieron al punto. Ella, en busca de la máquina fotográfica; él, de una caña de pescar, en cuyo anzuelo empatilló sin perder tiempo varios arenques. El tiburón comió antes que nada el jamón, pasó sobre el arenque que yo había lanzado al agua y que brillaba en el fondo como si fuera de plata, y lo despreció. Lo mismo hizo con el pan, y sólo cuando vio que no había repetición del primer plato, se merendó el pan y el pez, sin añorar su multiplicación como en la Escritura, pues no le gustaron, según deduje de que al poco tiempo vomitó el pan de la boca.

—No ponga arenques en el anzuelo. ¡Ponga jamón! —dije a David. Era tarde: el alambre del que pendía el racimo de arenques ya estaba en el agua. El *sand-shark* paseó toda la zona, buscando más comida, despreciando una y otra vez la trampa que le tendía Haughton. Hasta que, al fin tía Lisa volvió con una enorme lata de jamón. Hubo que buscar un instrumento para destapar la lata, abrirla, retirar los arenques, colocar el jamón, del que tía Lisa sólo consintió que se destinara la mitad para el escualo, reservando la otra mitad para nuestro desayuno. Cuando el anzuelo cayó al agua, el negrito repitió: «*It's gone*».

—Llamándote como te llamas —le dijo tía Lisa a Jonás—, no deberías quejarte de que se haya ido. Los peces grandes son peligrosos para los que se llaman como tú.

El grumete se quedó muy pensativo, mas no dijo nada: no lo entendió.

Iban a ser muchas las evocaciones de mi madre que tuve los días inmediatos: aquélla fue la primera. La recordé en la explanada de Hansbrook, junto al río, fotografiando a mi padre, que acababa de pescar un inmenso salmón. «*Has estado muy imprudente, Carlos* —le dijo—. *Acuérdate en la Biblia lo que le pasó a Jonás*». También ahora, su hermana, citaba al hombre que fue devorado y vomitado por un pez; y también lo decía a modo de chanza; y también enarbolaba una máquina fotográfica para inmortalizar la escena. Y también, para extremar la identidad de los sucesos, no vería yo jamás aquellas fotografías que, en uno y otro caso, tanto hubiera deseado conservar.

—¡Ya vuelve! ¡Ya vuelve! —gritó el grumete, tocayo del Profeta.

—¡No hay luz bastante para la máquina! —se lamentó tía Elisabeth—. ¡La aguja del fotómetro no marca nada!

A pesar de lo que dijera la tal aguja, a la luz de aquella luna se podría leer un libro: el fondo del mar brillaba como un acuario iluminado. El escualo se detuvo ante el señuelo. Se le vio dudar entre el apetito y la amenaza de algo raro y desconocido para él. Por un instante parecía que iba a dominar la prudencia, pues volvió grupas y se alejó; mas al momento echó de menos aquel bocado exquisito y, tomando impulso, trazó un amplio círculo, giró en rotación sobre sí mismo, de suerte que pudimos ver abierta su boca de media luna, y se llevó el jamón, el anzuelo, el hilo… y no se llevó también a David Haughton porque no quiso Dios. David estuvo habilísimo. No le dio cuerda, como es costumbre hacer en otras circunstancias para cansar la presa, pues, de haber ganado velocidad, el escualo hubiera roto el cable; antes bien, le obligó a mantenerse en un círculo muy estrecho, sin espacio para debatirse. Empezamos todos a dar órdenes contradictorias. Tía Elisabeth suplicó a David que desplazara el tiburón hacia proa para poder encender el foco del barco e iluminar el agua; David pedía a Jonás que le trajera un garfio de hierro, o instrumento equivalente; Jonás corría de un lado a otro, aturdido, sin saber si atender al foco o al garfio; yo, al Diario de Colón, para comprobar la fecha en que los españoles —ya en el viaje de regreso— pescaron «un muy grande tiburón» que se comieron, y al que debe el Mundo el conocimiento de que un Nuevo Continente había sido descubierto. ¡Agotadas a bordo las

vituallas de los descubridores, la tripulación estaba a punto de perecer de hambre!

Los *sand-shark* no se debaten como los atunes u otras especias dando grandes saltos fuera del agua con intención de romper el hilo que los sujeta, sino que oponen toda su resistencia apretando hacia el fondo del mar. No emplean la habilidad, sino la fuerza, hasta que llega su total y absoluto aniquilamiento. Cuando sus energías se agotan, se entregan a su suerte como un gladiador vencido.

Iluminado el foco, trasladada la fiera a proa —pues tía Elisabeth amenazó con tirar a David al agua si no lo hacía así—; clavado un poderoso garfio de hierro en sus fauces, procedimos a izarlo a bordo, mientras tía Lisa filmaba la escena. Conseguido esto —fotografiados todos en conjunto e individualmente con el flamante pescador—, David, con gran sorpresa mía e indignación de Jonás, lanzó el cuerpo al mar, y allí quedó flotando, panza arriba —aunque recuperándose, pues le vimos respirar—, entre dos aguas.

—Se lo comerán sus hermanos —profetizó el marinero.

Comenté con Haughton que el hombre es, en toda la escala zoológica, el más sanguinario de los animales: el único que mata, no por saciar su necesidad de alimentarse, sino por satisfacer su apetito de matar.

—Consuélate pensando —me replicó tía Elisabeth— que también es el único que ama, no por satisfacer su apetito de reproducirse, sino por obedecer a su necesidad de amar.

—Repita eso, Elisabeth —suplicó David Haughton—. ¡Es muy bello lo que acaba de decir!

—He dicho —repitió tía Lisa recalcando sus palabras—, que los seres humanos son los únicos que aman no por satisfacer su apetito de reproducirse sino por obedecer a su necesidad de amar…

El negro Jonás interrumpió con una gran voz nuestras filosofías.

—¡Cielos! ¡Miren…, miren lo que ocurre!

Volvimos la mirada a donde nos decía. Una terrible y siniestra batalla se estaba desarrollando a muy pocos metros entre cuatro o cinco inmensos escualos por llevarse la presa del cuerpo aún vivo que Haughton pescó. El mar hervía ante nosotros, y muy pronto su exquisita transparencia se vio turbada por unas nubes rojas que lo invadían todo: la sangre del vencido.

Me puse de espaldas, con repugnancia por la crueldad de la escena, y al poco regresé para contemplarla, atraído por la fuerza de su propia crueldad. Parecía un contradiós que una noche tan clara y serena pudiera ser escenario de aquel siniestro combate. Las sombras de los escualos cruzaban raudas y

temibles bajo la quilla del *Tuckaway* con grandes trozos de carne hermana entre sus fauces. Eran como torpedos lanzados por un submarino: símbolos de la muerte. Anhelantes, subyugados por el talante dramático y repulsivo de la escena —repulsión que, a ninguno, nos impidió contemplarla— vimos cómo los restos, y su turbia secuela de sangre y espumas, se alejaban de nosotros.

—¡Oh, Dios! —comentó Jonás, chanceándose—. ¡Tenían hambre! ¡Eso sí que es tener apetito!

Me volví hacia tía Elisabeth con intención de que me sirviera un *whisky*. Sólo entonces caí en la cuenta de que no estaba en modo alguno ataviada para exhibirse en público. Iba descalza, vestía un mini camisón escotadísimo y sin mangas; y encima un mini salto de cama, tan parco de faldas y tan alado y transparente, que era como si no llevara nada. La aventura de la pesca nos había abstraído a todos, de suerte que no tuvimos ojos más que para la lucha entablada entre David Haughton y el tiburón de arena; y, más tarde, para el espantable banquete de los escualos. Ahora ya no era igual. Jonás, por ejemplo, sí tenía ojos para tía Elisabeth; y no parecía sino almíbar desleído al contemplarla. Me acerqué a ella, rojo de ira. Le pasé un brazo por los hombros, para defenderla de aquella sucia mirada pegajosa, y la rogué que me acompañara a popa.

—¿Qué quieres? —me preguntó—. Pareces enfadado.

—¡Estás indecente! —dije, bajando la voz—. ¡Ve a vestirte o a acostarte!

—¿No te gusta mi ropa? —preguntó falsamente asombrada, burlándose de mí, y utilizando la sonrisa como un guante de desafío.

—¡Obedéceme pronto! ¿No ves que se acercan los otros?

¡No quiero que te vean así!

—Sí, papá. Obedezco, papá. Buenas noches, papá.

Hizo una desangelada —que pretendió ser graciosa— reverencia de colegiala, me dio un beso en la punta de la nariz y se retiró[8].

Me quedé refunfuñando para mis adentros: ser endiabladamente estúpida y endiabladamente bonita son cosas perfectamente compatibles. Rectifiqué: lo que había dicho tía Lisa minutos antes distinguiendo entre el «apetito» de reproducirse y la «necesidad» de amar, era muy bello y exigía una inteligencia muy fina. No podía negarlo: tía Lisa era inteligente. Volví a rectificar: ¡era más estúpida que un camello en una bañera! Al fin concedí, para dar satisfacción a mi rigor de intelectual, que era las tres cosas: bonita, inteligente y estúpida. Y algunas cosas más.

Llegó David Haughton limpiándose de las manos con una toalla húmeda la sangre del tiburón.

—¿Y Beth, dónde está?

—Se ha retirado a acostarse.

—Yo también voy a dormir. El *shark* luchó como un valiente; estoy cansado.

Tuvo que saltar por encima de mi cama para alcanzar su cuarto.

Al poco tiempo yo también me acosté. Fuera hacía demasiada humedad; dentro, demasiado calor. A pesar de la quietud del agua, el *Tuckaway* se balanceaba leve, casi imperceptiblemente. ¡Qué diferencia entre mi vida en España y mi vida de aquí! Las decepciones de mi padre y Tonuca… ¡qué lejanas estaban! Nunca respondí afirmativamente a la proposición de tía Lisa, pero la aceptación ya estaba tomada «in péctore». Me gustaría llevarla a Santander y Hansbrook y recorrer juntos el lugar en que nacimos; reamueblar la casa sin que perdiera del todo el antiguo estilo; reconstruir el jardín. Me parecía asombroso que hubiésemos venido al mundo con tan pocos años de diferencia permaneciendo después tanto tiempo sin conocernos, ignorantes el uno del otro, no sabedores siquiera de si estábamos vivos o muertos. En esa vaga zona de la duermevela, propicia a la ensoñación y la melancolía, me imaginé en Hansbrook —un Hansbrook no del pasado sino del futuro—. A través de los ventanales de mi despacho vería a tía Elisabeth podando las flores o dirigiendo las labores de Alberto para rehacer la avenida de tilos. Me la imaginaba con las grandes tijeras de podar y los guantes que usaba mi madre, y la cesta donde mi madre echaba las malas hierbas y las hojas secas y las rosas ajadas. Llegaría el cartero y Elisabeth abriría precipitadamente el paquete certificado. Subiría corriendo los escalones del porche, llegaría al despacho, y me extendería con orgullo el ejemplar de una nueva obra remitida por mi editor. ¿Cómo pretender que me llegara el sueño si hasta quise encontrar un título para el libro que aún no había escrito y que jamás habría de escribir? Otros sí he publicado desde entonces, pero no «uno» escrito en Hansbrook, y que tía Elisabeth pudiera recibir de manos del cartero para enseñarme triunfante el primer ejemplar salido de la imprenta.

Encendí un fósforo para mirar la hora. Al paso que galopaba el tiempo pasaría la noche en blanco. Deseaba dormir, pero no estaba dispuesto a pagar por conseguirlo un precio tan alto como sería dejar de pensar en aquello que me lo impedía: mi futuro con Elisabeth, a quien habría que suprimir ese antetítulo de «tía», ya que si ella se empeñaba en tratarme un poco como a su padre y yo a ella un poco como a mi madre, lo mejor sería partir la diferencia y consideramos simplemente hermanos.

¡Me pareció ingeniosísima esta reducción al mínimo común múltiplo de los lazos de sangre que me unían a la mujer que descansaba a dos pasos de mi cama! Pero ni siquiera la beatitud que me produjo tamaña candidez me permitió conciliar el sueño. Me pasé la noche yendo de la cubierta al catre y del catre a la cubierta, quitándome o poniéndome ropa, según me encontrara en el interior —caliente y sin ventilar— o en el exterior, frío y húmedo. Cuando David Haughton, recién amanecido, saltó de la cama para dirigir las maniobras de zarpar, yo seguía allí, consumiendo cigarrillos y al borde de la desesperación. Tía Elisabeth no se levantó hasta muy tarde.

—Tienes muy mala cara —me dijo al verme—. ¿Te encuentras enfermo?

—He estado en vela toda la noche. Ya son dos veces seguidas las que me pasa lo mismo.

—Métete en mi cama —me dijo—. Te la cedo a cambio de que hagas el cuarto al despertarte.

—Acepto —exclamé.

Y sin mediar más palabras me encerré en su camarote.

¡Qué maravilla! La cama era ancha, muelle y confortable. El vaivén del barco me acunaba. El calor que dejó en las sábanas el cuerpo de tía Lisa me confortaba. Y adherido a él un olor grato, tibio, inolvidable, que me recordó al que dejó mi madre entre las suyas la última noche que dormí con ella. Soñé con mi madre. La busqué junto a mí con mis manos de niño. Recuerdo aquel sueño como si fuera de ayer. Lo recuerdo como algo vivo. Es más: como un presagio. Tanto y tan profundamente dormí, que, al despertar ya estaba a la vista, en el lejano horizonte, la Isla de los Mosquitos.

XXI

LA SONRISA DE DIOS

UN ENJAMBRE DE CHIQUILLOS, descalzos y medio desnudos nos esperaba en el muelle. Los niños negros son tan gráciles y esbeltos como desangelados sus padres. Y las niñas, elásticas como crías de panteras. Ante nosotros una buena colección de ambos sexos observaba la maniobra de atraque al crujiente espigón de madera. Nos ayudaron a colocar la estacha en los bolardos, para amarrarnos a tierra; pidieron a gritos chocolates y golosinas; preguntaban para qué servía eso o aquello; y reían sin ton ni son a cada respuesta o a cada pregunta nuestra. Súbitamente vimos venir corriendo hacia el grupo a una mocita todo lo pinturera que cabe imaginar. Llevaba un traje de algodón sin mangas, de colores muy vivos, y un gracioso sombrero de sisal escarlata, encajado hasta las cejas. Calzaba, además, guantes blancos, que destacaban sobre el negro de su piel como azúcar sobre un piano. Tales elegancias contrastaban con los pies desnudos y no muy limpios. Era una real moza y tenía no poco ascendiente sobre la chiquillería en tomo, de la que se desembarazó a bofetadas y pescozones para acercarse a nosotros.

—Buenos días, capitán; bien venido a la isla, capitán —me dijo, honrándome con tan inusitado ascenso. Mi padre no ha podido venir porque está organizando la fiesta; así que he venido yo.

El diálogo que mantuve con ella fue tan pintoresco como su sombrero. David y tía Elisabeth andaban muy atareados arreglando sus cosas y lamenté, en verdad, que no lo presenciaran.

—¿Y quién es tu padre, muchacha?

La chiquilla hizo un gesto en dos tiempos igualmente expresivos. El primero, con una mezcla de reproche y asombro por mi ignorancia; el segundo, marcando el respeto hacia la dignidad de su progenitor.

—¡Es el bombero! —me dijo, con no menos orgullo que si se tratara del Gobernador.

—¡Ah! ¡El bombero!

—Y yo he venido en su representación.

—Pues dale las gracias a tu padre por habernos enviado una embajadora tan gentil. Pero añádele que no hay fuego a bordo.

—Muchas gracias, capitán. Yo se lo diré y se pondrá muy contento.

—Y dime. ¿Qué fiesta es esa que está organizando?

—Pero ¿no lo sabe? Una fiesta en honor de los distinguidos visitantes que han llegado en este barco tan bonito.

Estas últimas palabras las dijo como quien recita una lección.

—¿Una fiesta en honor nuestro?

—Sí.

—¿Y en qué consiste esa fiesta?

—¡Oh, capitán! Los mejores músicos del mundo viven aquí. Tenemos un acordeón y dos guitarras.

—¿Y dónde será la fiesta?

—¡Ése es el problema! —dijo meneando tristemente la cabeza—. Hace falta un camión para llevar a los músicos, las botellas, el acordeón y las sillas. Y otro coche para llevar a los distinguidos visitantes hasta la playa.

—¿La fiesta será en una playa?

—Sí.

—¿Y está muy lejos?

—Sí.

—¿Y tu padre tiene un coche y un camión?

—Ése es el mayor de los problemas. El coche es del cartero. Y hay que invitar al cartero. Y el camión, del cura. Y hay que invitar al cura. Y dice mi padre: «¿Cómo voy a organizar la fiesta en honor de nuestros distinguidos visitantes si nuestros distinguidos visitantes van a ser expoliados por el cartero y por el cura al alquilar el coche y el camión? ¿Cómo voy a organizar la fiesta si los músicos van a querer abusar de la bondad y la generosidad de nuestros distinguidos visitantes al pedirles dinero por alquilar las guitarras y el acordeón, porque de lo contrario no hay fiesta? ¡Ah, no! —dice mi padre—; ¡yo no consentiré que los engañen! Yo me ocuparé de todo: yo alquilaré todo, yo conduciré el camión, yo dirigiré la orquesta, yo serviré las bebidas, yo tocaré el acordeón, y ¡así no hay engaño posible!».

—Entonces tu padre es empresario…

—Sí, señor capitán. Es empresario y bombero y músico. ¡El mejor músico de la tierra! Cuando toca el acordeón bajan los ángeles a escucharle. Yo los he visto.

—¿Tú has visto a los ángeles?

—Sí.

—Y dime: ¿cómo se llama tu padre?

—Beethoven.

—¿Beethoven y músico?

—Sí, señor capitán.

—¡Caramba, yo creo conocerle!

—En la isla, todo el mundo le conoce…

Tía Elisabeth me mandó llamar.

—Jaime, ¿con quién hablas?, ¿quién es esa chiquilla?

—¡Es divina! Pretende sacamos dinero a cuento de una fiesta que quiere organizar su padre en una playa.

—¡Me fascina la idea! Pero no me fío de ti como negociador. Ya voy yo.

La muchacha del sombrero escarlata hizo una graciosa reverencia.

—Buenos días, mi señora. Bien venida a la isla, mi señora.

Tía Lisa fue directamente al grano. Le dio veinte dólares cómo anticipo y le prometió treinta más, para el final de la velada.

Al filo del anochecer llegó en un *jeep* Napoleón Bonaparte Smith. Le hicimos pasar al barco y le invitamos a una taza de café mientras trazábamos el plan de acción para los días siguientes. Recordé a tía Elisabeth que mi proyecto era quedarme al menos una o dos semanas; hablar con los colonos; ver por mis propios ojos las fuentes o pozos de agua, las conducciones eléctricas, las posibilidades de contar con mano de obra especializada, etc., sin descartar además mi interés por establecer contactos directos con las gentes de color y aprenda algo de sus costumbres, folklore, supersticiones y expresiones dialectales. Y todo ello por mucho que tía Elisabeth desaprobara este afán mío por escudriñar el espíritu de esas gentes «sucias, embusteras, inútiles y deshonestas» que, según ella, eran los nativos. No puedo negar que en cierto modo me conmovía la oposición de tía Lisa a separarse de mí, aunque fuese un tan corto espacio de tiempo, pero me irritaba también que contradijera tan obstinadamente mis planes.

—Sí, papá. Sí, papá. Sí, obstinadísimo papá —me dijo tía Lisa—. Sé que no hay fuerza, ni razones, ni buenos sentimientos en el mundo que te hagan cambiar de opinión. Te empaquetaré a Edward Swam, en cuanto regresemos, puesto que no puedes vivir sin él.

En todo ese tiempo David Haughton no había abierto la boca.

—¿No vienes, David? —preguntó tía Lisa llegado el momento de salir para el baile—. ¡Vamos, holgazán, levántese usted de ahí!

—Sugiero —respondió David lentamente— que vaya sólo tu sobrino. En realidad, él es el único interesado en tratar con los nativos.

—¿Cómo se te ocurre que podamos dejarle solo? ¡Vamos, David, *get up*!

David se puso perezosamente en pie.

—Si yo soy tu esclavo, querida Lisa… y tú te conviertes en esclava de Jaime, yo también paso a serlo suyo. Creo que este cambio de situación merece la firma de un nuevo convenio entre tú y yo…

—¡Vamos, caballero, salga usted delante, ábranos el camino!

David obedeció resignado. Tía Lisa, radiante, me guiñó un ojo.

—Está celoso de ti, por haber usado mi cama —me dijo, apenas David salió a cubierta—. ¡Celoso como un caballo!

—¿Son celosos los caballos?

—Por si cupiera alguna duda al respecto, ¡ahí tienes la prueba!

Y señaló a nuestro gigantesco amigo que ya cruzaba la pasarela para saltar al muelle.

Sentí un ligero vahído al poner pie en tierra firme. Creo que la sensación de que el suelo se mueve bajo los pies la experimentan con frecuencia quienes llevan muchas horas navegando. Mas yo sentí un morboso placer al imaginar que el mareo me lo producía el orgullo de que alguien pudiera sentir celos de mi persona. Y más aquel atleta, al que consideré, desde el primer día en que le conocí en el aeropuerto, como al tipo ideal para que las mujeres cayeran rendidas a sus plantas.

Sobre unas sillas de mimbre desvencijadas; utilizando como mesas unos cajones vacíos de los que se usan para transportar botellas; ante una tribu medio de payasos, medio de mendigos, presenciamos aquella noche, a la luz de una hoguera y de la luna, el espectáculo más fascinante que he visto jamás. Para trasladarnos a la playa no utilizamos el camión del cura ni el coche del cartero, sino el *jeep* de Napoleón. No obstante, los dueños de ambos vehículos se consideraron nuestros invitados y acudieron a la cita con gran puntualidad. El lugar tenía algo de fantasmagórico. La luna, que ya no era llena (y que tenía como todos los seres la deformación correspondiente a quien entra en la etapa menguante) se desprendía del horizonte como un pomelo maduro que cae del árbol. Estaba intensamente amarilla, detrás del palmeral que se alzaba entre la playa y la carretera, si es que así puede llamarse aquel amasijo de polvo y piedras sobre el que circulaban los coches. Apenas descendimos, unas grandes sombras avanzaron a contraluz hacia nosotros; unas grandes voces nos aclamaron, unas grandes risas nos carearon y unos grandes apretones de mano nos hicieron crujir los huesos. Los nombres de nuestros contertulios

eran parejos en grandeza al ya conocido de Napoleón Bonaparte Smith. Uno se llamaba Christophus Colombus Thompson, otro Beethoven, otro King Lyon (rey león), otro, en fin, President Washington Norman. Entre las damas había uno de mujer que aventajaba a todos, pues se llamaba Madre de Dios, bien que no lo fuera más que del cura. Los demás nombres y apellidos eran ciertamente más modestos: Cotton (algodón), Nightingale (ruiseñor) y Josephine, la preciosa muchachita del sombrero escarlata que vino a vernos al muelle y me llamó «Señor Capitán». Si los nombres que llevaban los más eran dignos de maravilla, no lo eran menos sus atavíos. Única nota común, los andrajos, y el ir vestidos —bien que paupérrimamente— a la europea. Caá todos menos dos llevaban en la cabeza sombreros de mujer hechos con sisal entrelazado —iguales al de la muchacha— cada uno de distinta forma y color: amarillos, celestes, malvas, rojos. No lo llevaban, el cura, que se tocaba con un flexible castaño (que en atención a su dignidad no se apeaba de la cabeza ni para saludar), y el bombero, el cual iba de uniforme de lo mismo: con su casco y sus botas contra incendios. Éste era el hombre más feo que cabe suponer, y no se explicaba uno cómo pudo engendrar una chiquilla tan garbosa y etérea como su hija. El bombero que era también empresario y «el músico más grande de la tierra», según su chica, fue quien llevó la voz cantante:

—Bien venidos al Paraíso, *ladies and gentlemen*. Un marinero llamado Jonás nos ha dicho que es usted *Miss* Dartmoore, hija de aquel grande y llorado *Mr*. Dartmoore, heredero de *Lady* Burton; y que este caballero, *Mr*. Haughton, es su prometido, y que este joven, *Mr*. Gades, es su sobrino. ¡Bien venidos sean todos!

No tuvo tiempo tía Lisa, por entonces, de rectificar algunos extremos: el bombero había ya iniciado las presentaciones.

—Éste es el Reverendo Nightingale, encargado por el Altísimo de bautizarnos, casamos y enterramos, que es su oficio predilecto. Pero de esto último se queda con las ganas, pues gozamos —¡Dios nos la conserve!— una excelente salud. ¡Vamos, Reverendo, confiese la verdad!

—La verdad —respondió éste (con una voz tan cavernosa que a pesar de su celeste misión parecía surgir de lo más hondo de los infiernos)— es que sólo quiero enterrarte a ti para que no escandalices al pueblo con tus costumbres depravadas. ¡Sean los bien venidos *Miss* Dartmoore y compañía!

Los demás se apelotonaban detrás del cura esperando ser presentados.

—Éste es King Lyon, que, a pesar de su nombre, es más pobre que un perro sin dueño y más prudente que un pajarito. Pero es un músico excelente

y ha creado como el gran Wagner sus propios instrumentos.

La presentación fue larga y circunstanciada, con coro de risas, empujones y pellizcos al aludido. Cuando concluyó, y en vista de que el bombero se olvidaba del bello sexo, el cura continuó:

—Ésta es mi madre. Vamos, mamá, saluda a *Miss* Dartmoore. Y ésta, Josephine: ¡oro de ley, á, señores, oro de muchos quilates!

—Ahora voy a presentarme yo —dijo tía Elisabeth, apenas nos sentamos junto al curioso escenario montado con tablas sobre la arena—. Yo no soy la heredera de *Lady* Burton, ni mi padre lo fue, sino que entre los dos le compramos sus propiedades. Y digo entre los dos porque la última parte la pagué yo después de muerto mi muy querido y recordado padre.

—¡Gran compra fue ésa! —comentó el cartero—. ¡Ésta es la mejor tierra del mundo! ¿No es así, Reverendo?

—¡La mejor tierra del mundo; ah, sí, la mejor! —confirmó el Cura meneando la cabeza.

Yo hubiera querido que no hablara nadie más que el párroco, pues su voz era absolutamente colosal. Era baja; potente como un rugido y modulada como un órgano. Pero tía Elisabeth quería precisar aún más algunos extremos.

—Y este caballero, *Mr*. Haughton, es el Director de Turismo de las Bahamas, que es mucho más importante que ser mi prometido. Pero, desgraciadamente, no lo es…; y digo «desgraciadamente» porque es muy apuesto y marcial caballero.

—¡Sí que lo es! —exclamó palmoteando la madre del cura.

Y la hija del bombero lo confirmó con cortos y rotundos movimientos de cabeza.

David Haughton se puso entonces en pie y agradeció los cumplidos a la concurrencia con un saludo circular. Después se reclinó en su sillón de mimbre, estiró las patas con riesgo de ocupar toda la isla, encendió la pipa y no habló más durante una hora.

—Por último —concluyó tía Lisa—, éste es mi sobrino, *Mr*. Gades, hijo de mi hermana Dorothy y propietario también de Burton’s House y de la finca. Se va a quedar aquí unos días. Espero que sean todos buenos amigos de él.

—¡La mejor tierra del mundo! —insistió el cartero (y era mentira).

—¡La mejor gente del mundo! —comentó el cura (y era verdad).

—Bien —dijo tía Lisa—. ¡Veamos ese baile!

Un rumor de desagrado se extendió entre los concurrentes de color.

—¡Hay que beber, primero! —dijo a modo de disculpa King Lyon…

Y mientras la vieja y la joven distribuían vasos no muy limpios —todo hay que decirlo—, el bombero se explicó:

—Las danzas de aquí, *Miss* Dartmoore, no se bailan cuando quieren los hombres, sino cuando lo mandan los espíritus.

Me sorprendió extraordinariamente una rara maniobra de tía Lisa, incomprensible para mí. Tanto el vaso que ella tenía en su mano como el de David Haughton cayeron al suelo, al azar, sobre la arena, y cuando me precipité a recogerlos, de un manotazo disimulado, tiró también el mío.

—¡Oh —exclamó— se han llenado de arena! Voy a lavarlos en el mar…

Y descalzándose ágilmente corrió hacia la orilla.

La negrita del sombrero escarlata fue tras ella con intención de ayudarla, pero tía Lisa no se lo consintió. Reconocí que mi madre hubiera hecho quizá lo mismo, por mor de la higiene, pero no lo aprobé por la humillación que hubiera supuesto para ellos caer en la cuenta. Y tía Lisa en ese instante descendió unos puntos para mí. Cierto que los recuperó minutos más tarde, pues estuvo brillante, ágil de conversación, llena de humor y de gracia, mientras loe negros, con grandes cucharones soperos, llenaban una y otra vez nuestros vasos —¡y los suyos, por todos los diablos!— de un licor compuesto con jugo de piña, leche de coco y ron.

Al cabo de una hora larga encendieron una hoguera, calculando muy bien de dónde venía la brisa para que las chispas ni el humo nos molestaran. Con la luna alta, el mar frente a nosotros se volvió de estaño bruñido. La madre del cura se sentó lejos, junto a una piedra, y comenzó a batir con los dedos una piel de cabra estirada y ceñida con cuerdas al hueco sin tapa de un cajón vacío. La conversación fue declinando, la luna ascendiendo, las risas apagándose, hasta que no hubo otro ruido en medio de la paz de la noche, que el rumor de los dedos de la mujer sobre el extraño artefacto. No acierto a entender cómo un instrumento tan primitivo podía producir tonos y notas tan diversos. Primero fue como un enjambre lejanísimo, tenue y monocorde, una brisa, un murmurio; después se fue acercando hasta incrustarse en el cerebro, en los nervios, en los músculos y estallar en golpes frenéticos, rítmicos; coreados en el punto de máxima tensión por un gemido doloroso, un llanto terrible, arrancado al acordeón por el moderno Beethoven de la Isla de los Mosquitos. Súbitamente todos se pusieron en pie, y permanecieron quietos, como en trance, mirando a la luna. De pronto, varió el ritmo y comenzó la locura con una especie de parodia de marcha militar. Encabezaba la fila el bombero y tras él, President Wahsington Norman con una guitarra, Cotton con otra, Cristóbal Colón con dos cajas de clavos que utilizaba a modo de

maracas, y King Lyon con el más sorprendente instrumento musical que he visto jamás: una sierra metálica de cortar madera, colocada entre la mano y el hombro en forma de violín, a la que arrancaba, raspándola con un clavo, unos sonidos increíbles y asombrosamente diversos, según la sierra estuviese distendida o curvada por la presión. Aquella caravana comenzó a girar en torno a la higuera, bailando y tocando a un tiempo, contorciéndose, andando a gatas; o sentados, a tumbos; o en cuclillas, a lo húngaro; o de pie y elevando los instrumentos al cielo como si los ofrecieran en sacrificio a las divinidades de la noche. Por un instante, ver aquellos individuos vestidos, uno de bombero y otros con sombreros de mujer, utilizando una sierra como violín, o unas cajas de clavos como maracas, se me antojó una carnavalada de mendigos, un pretexto para sacar las perras a la media docena de turistas que llegaran a aquellas soledades (y por error) al cabo del año. Pero si la vista me engañaba en esa apreciación injusta, el oído, en cambio, no podía engañarme: aquella música erizada de ritmos era prodigiosa.

Tía Elisabeth alargó la mano hasta rozar la de David, que parecía dormido.

—¡Estoy fascinada! —exclamó en voz baja—. Son colosales…

—Nunca me lo hubiera imaginado —respondió éste, recogiendo las piernas, desentornando los párpados e instalándose en su silla con el cuerpo adelantado como quien asiste a un concierto.

El cura, la hija de Beethoven y el cartero, que coreaban con palmas a los danzantes, nos dirigieron una amplia sonrisa de gratitud.

Aquello no tenía nada que ver con los ritmos que se hayan podido escuchar a los mejores conjuntos de color en salas de música. Las orquestas al uso «interpretan» una partitura determinada; el bombero y sus huestes «interpretaban» lo que les decían los espíritus; es decir, iban creando su propia melodía; improvisando sobre la marcha, sin más obediencia que al ritmo del instrumento que tocaba la más vieja y que, por llamarle de alguna manera, denominaremos tambor. Pero los dedos de la mujer se plegaban a su vez a las necesidades de otro instrumento si éste, en vena de inspiración, se lanzaba a imponer su propia maestría. Y así, entre giros y más giros en torno a la hoguera, veíamos cómo súbitamente la caravana se detenía para iniciar un solo de maracas, o un solo de acordeón o un solo de guitarra. En uno de esos «solos», a cargo del violín —sin más acompañamiento que el tam-tam y las cajas de clavos— la hija de Beethoven, bombero, acordeonista y empresario, se lanzó a las tablas. Situóse ante los músicos, cerró los ojos, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, abrió los dedos de las manos como si quisiera

abarcar con ellos al Universo, y permaneció en esta posición estática durante largo tiempo. El violón de King Lyon demostró una amplia gama de todas sus posibilidades. El artista (con un modo de pellizco en una de las púas) producía en el metal una extraña vibración y curvando y distendiendo la sierra entre la mano y el hombro, la vibración se convertía en un lamento prolongado, tan armonioso y nuevo, que no podía escucharse sin sentirse uno estremecido. Entretanto, ¿la hija de Beethoven se movía o no se movía? Las piernas ligeramente separadas seguían —pies desnudos— clavados en la arena. Las manos permanecían abiertas, los dedos estiradísimos, como si el apartarlos unos de otros fuera su único esfuerzo; los párpados cerrados y la cabeza alta, escuchando a los espíritus. Cuando éstos comenzaron a hablarle un ligero temblor, apenas perceptible, sacudió su cuerpo. ¡Ah, es fácil decirlo, pero harto difícil describirlo con propiedad! El temblor no la contorcía. Ya he dicho que estaba quieta y clavados sus pies, pero no se movía al unísono, sino que todas y cada una de las partes de su cuerpo temblaban individualizadas y de distinto modo como hojas de un arbusto zaleadas por una brisa blanda y persistente. El lamento del alucinante violín fue la señal del brinco prodigioso. Fue un salto de leopardo; mas al caer, quedó arrullada y doblada en el suelo como una paloma asustada con el mismo temblor que primero. Los músicos, cuyos instrumentos yacían silenciosos —acordeón y guitarra—, balanceaban sus cuerpos sirviendo de fondo rítmico y cromático al espectáculo. Hizo la danzante un giro lleno de grada al incorporarse y quedó frente a nosotros, de espaldas a la hoguera. Yo hubiera dado una mano para comprender el símbolo de todo aquello. La chica, con su sombrerito de *lady*, su bata de colores de jovencita y sus pies de niña, pues sólo los pequeñuelos andaban descalzos por la isla, movía los hombros —siempre bailando— en una suerte de disculpa; balanceaba, sin procacidad, las caderas al compás de las maracas; doblaba el cuello y movía los brazos como si dialogara con nosotros diciendo cosas que no abarcan las palabras. Era la muda interpretación de un diálogo sublime entre una raza y otra raza; entre la selva y la ciudad, entre la inocencia y la malicia. Súbitamente provocó en su cuerpo un estremecimiento que se fue reduciendo hasta apagarse totalmente. Entonces cerró los ojos y quedó quieta, callada, como estatua de sí misma.

David Haughton perdió no sólo la flema británica, sino su pipa, que cayó al suelo según se ponía en pie.

—¡Bravo, bravo, bravo…!

Tía Lisa, enrojecidas las manos de aplaudir, se acercó al Reverendo Nightingale.

—¡Es asombroso! ¡Estoy fascinada!

—Ya les dije yo —respondió el cura (cuyo horrendo flexible castaño seguía colgado de su cabeza)— que esta chiquita es oro de muchos quilates.

Tía Lisa se puso en cuclillas ante mi asiento para servirme por ella misma otro vaso.

—¿Te ha gustado?

—Estoy aturdido. Nunca había visto nada igual.

—¿Te sientes feliz?

—Si pienso en mi vida pasada, tengo que preguntarme: «¿He sido nunca más feliz que al lado de tía Lisa?». Y mi respuesta, si no quiero ofender al Dios de la Justicia, será siempre ésta: «Nunca; nunca he sido más feliz que cuando la he tenido al lado».

David Haughton, hombre correcto, había ido a hacer una visita a la madre del cura, que —sentada sobre una piedra— descansaba del esfuerzo realizado. La invitó a reunirse con nosotros. Ya se acercaban al grupo cuando tía Elisabeth, que seguía a mis pies, comentó:

—*Soy* muy contenta de oírtelo decir. Pero no estés celoso «tú» si tengo alguna atención con el bueno de David…

—Estás en un gran error. Creo que lo mejor para ti sería casarte con él, siempre que me honrarais siendo yo el padrino.

Se puso en pie irritadísima.

—Ése es asunto mío y no tuyo.

Se volvió de espaldas y creí que iba a alejarse cuando giró de nuevo dándome la cara.

—Estoy de muy buen humor esta noche y no consentiré queme lo estropees, digas lo que digas.

Y bajando la voz añadió:

—Procura ser cortés con estas gentes de color. Son muy sensibles y llorones, y conviene saber tratarles.

Por obedecerla me aproximé al Reverendo:

—Estoy maravillado —le dije— por lo que hemos visto y escuchado. La chiquita me ha parecido asombrosa. ¿Qué edad tiene?

—Dieciocho años. Ya le dije a su tía que es oro de ley.

—¿Dónde le enseñaron a bailar?

—En ningún lado. Se pasa el día sola, danzando cosas que ella se inventa. Un día bailó en la iglesia, cuando adorábamos al Santísimo, y los feligreses la quisieron echar. Yo se lo impedí. «Baila, hija, baila —le dije desde el altar— porque tu danza es grata a los ojos de Dios».

El bombero me llamó junto a él para escanciarme el vaso.

—Le felicito por la bailarina —le dije—. ¿Qué edad tiene?

—Veinte años.

—¿Y dónde aprendió a bailar?

—En el Real Conservatorio de Música de Nassau. Lo fundó la Reina Victoria ¡ella misma! cuando visitó las Bahamas, y allí aprendieron a bailar muchas princesas…

Me acerqué a David Haughton.

—David, ¿la Reina Victoria… vino alguna vez a las Bahamas?

—Jamás. Las únicas personas de la Real Familia que yo recuerdo hayan estado por aquí fueron el Duque de Windsor y Lord Mountbatten.

Me volví hacia la joven del sombrero colorado.

—Estoy deslumbrado por lo deliciosamente que ha bailado usted. ¿Dónde ha aprendido?

Se encogió de hombros y sonrió con modestia.

—Es la primera vez que he bailado en mi vida.

—¿Y nunca estuvo en ningún Conservatorio?

—No.

—¿Y nunca antes de hoy bailó sola, llevándose de su inspiración?

—No. Hoy ha sido la primera vez.

—Es admirable. ¿Qué edad tiene usted?

—Catorce años…

—Es admirable, es admirable —dije. Y me alejé de allí.

Lo absolutamente admirable es que, de tres personas con quienes hablé, las tres versiones fueron radicalmente distintas. ¿Tenía veinte, dieciocho o catorce años? ¿Era autodidacta, había estudiado en un Conservatorio o era la primera vez que intentaba bailar? No es que ninguna de ambas cosas me interesara especialmente. Lo que me interesó fue confirmar que de los cuatro adjetivos empleados por tía Elisabeth para definir a los nativos —sucios, embusteros, inútiles y deshonestos— al menos el segundo era verdad.

Intenté acercarme a tía Elisabeth, pero me contuve ante una escena conmovedora. David Haughton, arrodillado ante ella, le estaba quitando de los pies la arena —ya seca— que se le había adherido cuando la operación de limpiar los vasos. Tía Lisa, al ver mi gesto de desagrado, me lanzó un beso desde lejos. David, una vez concluida la operación, introdujo delicadamente los pies de tía Elisabeth en sus sandalias.

—Necesito imperiosamente besar a mi sobrino —exclamó tía Lisa abriendo los brazos.

Me acerqué como un niño pequeño; tomó mi cara entre las manos y me besó en ambas mejillas.

—No sé por qué te quiero tanto —añadió—, siendo tan raro como eres.

Es posible que yo fuera «raro», pero el caso es que a David Haughton, que no lo era, o al menos nadie decía que lo fuese, también le molestó tanta efusión hacia mí por parte de tía Elisabeth.

Los negros, repostado el estómago con nuevas cargas de licor, estaban otra vez dispuestos a entrar en contacto con los espíritus. La madre del cura dio la señal tocando el tam-tam. La hija del bombero, que estaba en trance, por la emoción sin duda que produce todo éxito, fue la primera en situarse ante la hoguera. Y ya iban los demás a imitarla cuando el Reverendo Nightingale se sintió inspirado y comenzó a cantar. Se diría una letra compuerta por San Francisco de Asís para una orquesta de *jazz* con influencias gregorianas. La voz del cura, que ya me había parecido admirable en la conversación coloquial, era templada, honda, modulada y eficaz. Voz de bajo, y de los mejores entre los buenos.

Reíd las criaturas cuando el gran Dios sonríe.
¿No sentís una savia que sube de la tierra
y entra por las raíces del hombre hasta sus músculos?
Es la risa de Dios, el padre de la luna,
del hombre, de la hormiga y la airosa palmera.
Es la risa de Dios, que nos contempla a todos
y es feliz de mirarnos cuando estamos jugando.
Y su risa hace hermanos al lobo y a la nube,
a la hierba, a la piedra, al sol, a las serpientes…
a las madres que lloran, y al pájaro que canta.
¡Reid las criaturas! ¡El gran Dios nos saluda!

Mientras el Padre Nightingale cantaba, la hija del bombero interpretaba mímicamente la música. Y comprendí las palabras que el cura la dijo un día ante el Santísimo: «Baila, hija, baila, porque tu danza es grata a los ojos de Dios». «De un Dios —repetí para mis adentros— que es feliz de mirarnos cuando estamos jugando…».

Poco tiempo después tuvimos que regresar. Napoleón Bonaparte Smith habló con mucho misterio a tía Elisabeth. Cuatro por lo menos de los contertulios —el cartero, King Lyon, Beethoven y President Washington Norman— estaban borrachos. A su juicio, no convenía prolongar más la velada. Le obedecimos con pena. Pagamos; nos despedimos jurándonos eterna amistad y emprendimos el regreso. Al llegar al barco, nos instalamos en cubierta y seguimos bebiendo.

Por no entorpecer el uso del pasillo a David y tía Elisabeth, me retiré, como siempre, el último. Cuando ambos estuvieron acostados instalé mi cama y me instalé yo mismo. ¡Tampoco esta vez conseguí dormir! Me desesperaba ver pasar el tiempo sin que el sueño tuviera la gentileza de venir a visitarme. ¿Iba, por ventura, a pasar en vela una tercera noche? La víspera sólo conseguí quedarme traspuesto cuando ya era de día y tía Lisa me cedió su cama. En mi litera no me era dable descansar. Había sido fabricada, sin duda, por una comisión de sádicos, enemigos del sueño. Si me encogía de lado para doblarme, los hierros de los bordes se clavaban en mis rodillas. Si me mantenía derecho como los muertos, los pies no me cabían en el catre, y salían fuera de las sábanas. Utilicé todos los procedimientos posibles que me recomendaran de niño para conciliar el sueño. Recité mentalmente aquello de «Una hora duerme el gallo, dos el caballo, tres el peregrino, cuatro el capuchino, cinco el que es santo, seis el que no lo es tanto, etc.». Y después, comenzando por el final: «Doce el borracho, once el muchacho, diez el escudero, nueve el caballero, ocho el estudiante, siete el caminante…». No me sirvió de nada. Recurrí entonces a una argucia que usaba mucho antaño: reducir con el pensamiento la dimensión de las personas cuyo recuerdo inquieta al insomne. Mis profesores de Universidad, el presidente del tribunal de exámenes, los compañeros que competían conmigo en la obtención de las mejores calificaciones, se iban encogiendo al impulso de mi deseo, empequeñeciéndose hasta quedar del tamaño de soldaditos de plomo. Me los imaginaba entonces sobre mi mesa escritorio; abría mentalmente el cajón del mismo; los empujaba con la mano, hasta hacerlos caer, junto a mis lápices, tinteros y gomas de borrar; cerraba rápidamente el cajón, con doble llave, y esperaba absorto a ver si alguno escapaba. En la abstracción de esta espera solía quedarme dormido. Entonces hice lo mismo con el cura, el bombero, la hija del segundo, la madre del primero y demás compañía, pero se fugaron por las rendijas del cajón y comenzaron a bailar y cantar ante una hoguera imaginaria. La luna era como una gran ventana de luz abierta en la negrura del cielo, y por ella se asomaba Dios, que les sonreía y hasta jaleaba marcando el ritmo con las palmas de sus manos. Esta visión me impedía no sólo dormir sino repetir la prueba, pues me parecía imposible reducir el tamaño de Dios y encerrarlo en un cajón. Salté de la cama y salí a cubierta, donde fumé el consabido cigarrillo del condenado. El panorama no era tan fascinante como la noche anterior. La víspera estábamos fondeados en el centro de una bahía, y hoy atracados a un muelle de madera. Ayer, el aire caliente que llegaba de tierra traía efluvios de plantas y selva; hoy, de

residuos podridos y poblado sin alcantarillas. Me estaba acostumbrando a beber demasiado. Quizás estuviera aquí y no en la litera la razón de mis insomnios. Tiré la colilla al agua y me volví a la cama. David Haughton, en el camarote de mi izquierda, roncaba rítmica y pausadamente. Resignado a no dormir me entretuve mirando en el techo unos reflejos muy tenues que procedían sin duda de la refracción del agua, pues la escotilla estaba abierta. Al cabo de unos minutos la puerta corredera del camarote de tía Lisa se entreabrió lentamente. La luz de la luna que entraba por el ojo de buey de su cuarto inundó el pasillo.

—¿No puedes dormir? —me preguntó en un susurro.

—No.

—Te he oído suspirar, y levantarte, y volver a suspirar.

—No quise hacer ruido. Discúlpame.

Estaba sentada al borde de la cama, los pies en el suelo y las sábanas cubriendo sus piernas. Casi no le veía el rostro, pues estaba a contraluz. Hablaba muy bajo. Extendió una mano señalando la puerta de Haughton, por donde llegaba el sonido de su fuerte y honda respiración.

—Debes aprender de David. ¡Escucha qué bien duerme él!

Me encogí de hombros.

—Yo no puedo.

—¿Quieres que te haga un hueco en mi cama?

—No me atrevo. ¿Qué pensaría David mañana?

—Te despertaré al amanecer, para que vuelvas a tu litera. ¡Anda; pasa…!

Obedecí. Cerré la puerta. Tía Lisa se desplazó hacia el lado de la pared; me introduje entre las sábanas. Diez minutos más tarde dormía profundamente. No tuve sueño alguno, o al menos no recuerdo haberlo tenido. Sólo sé que antes de quedarme traspuesto recordé que la penúltima vez que dormí acompañado fue la noche en que murió mi madre. Me acurruqué junto a ella buscando su presencia y su calor. Cuando desperté, mi madre ya no estaba.

XXII

CONTRAPUNTO

LA PLAYA ERA LARGA Y ESTRECHA. Cubría en longitud cuanto abarcaba la vista. Pero desde la orilla hasta esa zona amorfa en que la arena deja de ser playa, donde nacen los cactos y los espinos, apenas había el sitio justo para las barcas, varadas en tierra, de los pescadores. Recuerdo una infinitud de conchas y caracolas rotas. Los negros las partían para extraer con más facilidad el cuerpo del molusco que utilizaban como carnaza para la pesca. Recuerdo unos pulgones rubios como la arena, que saltaban al borde mismo del mar. Recuerdo a unas mujeres negras que se introdujeron en el agua, con unas túnicas de colores que les llegaban de la cintura a los pies y se lavaron el torso desnudo con un jabón que no hacía espuma. Recuerdo que esto aconteció apenas hubo amanecido. Recuerdo que aquel amanecer fue el más amargo de mi vida. Recuerdo, en fin, que aquellas mujeres no se alarmaron tanto de haberse visto sorprendidas en una faena íntima por un hombre que no trataba de ocultarse, cuanto de que aquel hombre fuese blanco y estuviese llorando.

A mi derecha, a menos de cien metros, el muelle de madera con mis bártulos abandonados. Ningún yate estaba amarrado a él. Los bolardos de hierro ya no sostenían las estachas del *Tuckaway*. Aún oía las voces de tía Lisa: «¡Échale fuera, David! ¡Échale fuera!» y David cumplió la orden, alzándome cual un muñeco de trapo y tirándome al muelle como el dueño de una taberna echaría de su establecimiento a un borracho que molestara a su mejor cliente. Desde el suelo vi la figura de aquel gigante, abiertas las piernas en aspa, apretados los puños, dispuesto a rematarme. Y a su espalda, la figura angustiada de tía Lisa: «¡No le hagas daño, David!». «No te lo perdonaría… ¡vámonos!». Y el rumor de los motores al encenderse. Y las órdenes breves y cortantes a Jonás. Y el roce de la cadena del ancla sobre la cubierta de proa. Y el chapoteo del agua, revolucionada por las hélices. Y la sangre detenida en mis venas mientras el barco se alejaba.

Avergonzado de que alguien me sorprendiese así en lo alto del muelle huí de allí, corrí por la playa hasta quedarme escondido en un hondón del terreno

como una liebre encamada. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había ocurrido? ¿Por qué?

Me desperté con la angustia de que mi madre había muerto. Y palpé la cama buscando su cuerpo. Y lo hallé. Y me apreté contra él con la emoción y la felicidad del reencuentro. Aquel cuerpo estaba desnudo. Sus manos me acariciaron las sienes, los párpados, los labios, mientras las mías, torpes y vacilantes, pretendían resolver la incógnita terrible: ¿Quién era yo? ¿Quién era ella? ¿Dónde estábamos? Me desvelé al sentir otros labios en los míos. Mi piel se erizó en lucha singular entre mi deseo y el horror que mi deseo me producía: porque aquella silueta y aquella voz, y aquel perfume eran los de mi madre. Comprendí entonces con espanto que desde siempre, desde las raíces de mi infancia, desde el despertar de mis sentidos en la adolescencia, toda mi vida estaba encaminada, había estado encaminada a la consecución de aquel deseo que me hallaba a punto de satisfacer. Hubo momentos en los que consentí y otros en que me debatí contra él, hasta que al fin logré sobreponerme. Lancé violentamente a tía Lisa fuera de la cama, y encendí la luz. Fueron minutos penosos y terribles. Ella me observó dudando si mi reacción respondía a la violencia de un deseo contenido o de una repulsa.

—Apaga esa horrible luz.

Lo hizo ella misma. Y volvió a introducirse en las sábanas. Sentí miedo y sentí náuseas al percibir la transformación de la dama en hembra. Me cubrí el rostro con las manos. Clavé mis dientes en los dedos hasta hacerme sangre. ¿Qué más quiere saber el doctor Maldonado? ¿Hasta dónde quiere que llegue mi bajeza al ofender su memoria narrando lo que un hombre, si es hombre, no debe contar? Mas ¿era yo un hombre acaso? Me comporté primero como un tarado; más tarde, como un rufián. Tía Lisa estaba sentada, dándome la espalda, al borde de la cama. La oí llorar, o mejor, sentí en su cuerpo la vibración del llanto. Entonces la insulté. El hombre humillado necesita, para sobreponerse, saber que al menos le queda —a falta de otra capacidad— la de ofender. Yo había fracasado ya como hombre. Luego me derrumbé ante sus ojos como hombre de bien. Creo que su asombro fue más grande que su dolor al oír mis bajezas y procacidades. No tuvo fuerzas ni voz para echarme del cuarto. Yo mismo salí, aturdido, a cubierta, donde me vestí. Tuve frío. En Oriente, una breve franja lechosa anunciaba la proximidad del alba. Oí descorrerse la puerta de tía Elisabeth, y golpear nerviosa en la de David: «¡Sal, David; despierta; sal; te necesito!». Y los pasos apresurados de éste y su enorme silueta saliendo por la escotilla, abrochándose la ropa: «¡Échale fuera, David, échale…!». Haughton no exigió explicaciones. Me vi en el

suelo del muelle, doloridos los huesos, sacudiéndome la cabeza en la inútil esperanza de que todo aquello no fuese real sino una pesadilla producida por el alcohol de la víspera. Después de mí, otros fardos cayeron sobre las maderas: mi ropa, mis libros, mi cama. Y, por tener vergüenza de que alguien me viese, huí de allí, para esconderme.

Ya había corrido por el poblado la noticia de mi presencia en la playa. Las mujeres que acudían a lavarse al mar no lo hacían frente a mí, sino que se alejaban un centenar de metros. A esa distancia no se recataban de exhibirse; frotaban sus pechos con arena del mar; secábanse después con gruesas toallas coloradas, y se reían cuando yo las miraba.

El sol, aunque bajo, calentaba fuerte. Unos chiquillos curioseaban en el muelle cerca de mis cosas y escudriñaban a uno y otro lado mirando por el dueño de aquel equipaje abandonado. Al no hallarme, el más decidido fue por una carreta, y vi cómo cargaban mis bártulos, dispuestos a llevárselos. Por muy grande que fuera mi desaliento, y el sopor moral en que me encontraba hundido, había algo que no estaba dispuesto a dejarme robar: mis libros y los apuntes de mis futuros ensayos. Póseme en pie con celeridad y sentí ese vahído de quien cambia de postura con demasiada violencia. Corrí tras los niños; los alcancé frente a la iglesia: un barracón de madera adosado a un cucurucho que hacía las veces de campanario. Diez mocosos, que entre todos no sumarían cien años, llevaban desplegado mi camastro de *boy scout*; encima del catre iba una morenita de muy poca edad, con la solemnidad y seriedad de una reina en una carroza. Abría marcha a tan singular procesión la carreta de mano con mi equipaje.

—¿Dónde vais con eso, muchachos?

Me respondieron todos a un tiempo; me tiraban de la chaqueta; me agarraban de las manos para asegurarse que era a ellos y no a otros a los que atendía. Al fin uno de los mayores logró hacerse oír:

—A su casa, señor —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y cómo sabes tú cuál es mi casa?

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Todo el mundo! —corearon los demás pequeños.

Y sin más explicaciones siguieron la marcha, marcando todos el paso y alzando los brazos en una cómica parodia de desfile militar. Me puse a la vera de la chiquilla. De buena gana cambiaría mi puesto por el de ella. El calor apretaba, la angustia me consumía; el camino era largo.

—¿Cómo te llamas?

Me miró con grandes ojos asustados; advertí en su rostro signos inequívocos que preludiaban llanto. Por evitarlo, me alejé de ella. ¿Sería yo quizás el primer hambre de piel blanca que veía en su vida? ¿Cómo seríamos los blancos a los ojos de los negros? ¿Su concepto de la belleza coincidiría con el nuestro? ¿Nuestras mejillas sin pómulos no las considerarían hundidas; y crueles nuestros labios; y procaces nuestros ojos; y descolorida nuestra tez; y lacio nuestro pelo; y nuestros modales soberbios y distantes? La risa de los negros era más jovial que la nuestra, sus ademanes y movimientos más elásticos, sus facciones menos artificiosas. La pequeñuela que hacía las veces de reina llevaba el pelo estiradísimo en dos minúsculas trenzas laterales, con objeto sin duda de ayudar a desrizarlo. Pero apenas se escapaba un mechón de los dos lazos de colores (dos enormes mariposas) que lo sujetaban, volvían a su querencia ancestral y caracoleaban que era un primor. ¿La chiquilla era fea o bonita?

Con estas consideraciones intentaba no pensar, o si se quiere, «despensar» los sucesos de la mañana; despensarme yo todo; hacerme inasequible a todo pensamiento.

El entusiasmo de los pequeños era superior a sus fuerzas; muy pronto comenzaron las deserciones. La primera en imponer su voluntad fue la reinezuela. Apretó los puños y dio un grito agudo de ave nocturna. Descendió a trompicones de lo alto de su palafrén y echó a correr hacia el poblado. No le había agradado cruzar la verja de Burton's House y penetrar en un recinto desconocido, donde los árboles eran más grandes y las sombras más espesas. La noticia de que no tenía chocolate que repartir como días antes desde el barco, ni *pennies* para propinas, produjo la desbandada general. Lo celebré. No me sentía con ánimos para penetrar «todavía» en la casa que se columbraba lejana, detrás de los arbustos. Frente a ella estaba el mar. Abrí allí mismo la maleta, que dejé al borde del camino, extraje el bañador, y fui hacia la costa. Una playa minúscula rodeada de dos promontorios de rocas, quedaba unida al palacete por un pasaje vegetal que me recordó la avenida de tilos que unía, en Hansbrook, la casa con la pérgola donde pintaba mi madre. ¡No, no quería pensar en mi madre! ¡Su recuerdo me producía una sensación lacerante de culpabilidad! Me llevé horrorizado las manos al rostro, temiendo y deseando un castigo que me absolviera del pecado contra su adorable recuerdo. Procuré calmar mi congoja. Me desvestí, dejando la ropa desordenada sobre la arena, y me lancé al mar deseando encontrar en el agua una sensación de alivio y liberación. El baño me hizo mucho bien. Nadé en todas direcciones hasta cansarme; me sumergí buceando hasta sentir el roce

de la arena en el pecho, y quedé brazos en cruz, flotando en la línea de breves olas, cara al resplandor del sol, queriendo olvidarme de mí mismo. Inútil pretensión. La idea de haber perdido a tía Elisabeth se me hacía insufrible. ¿Cómo y por qué habíamos llegado a una situación como la que desembocó en el bochornoso episodio? ¿Quién había sido culpable? ¿Quién, en fin, la víctima? Me sentía infinitamente triste y desamparado; y, al medir el peso de mi vergüenza y mi decepción, calibraba también la humillación y la vergüenza de tía Lisa. Esto me hacía sufrir doblemente. Por ella. Por mí.

Yo no sé si soy un malvado, o una víctima de mi enfermedad o ambas cosas a la vez, o ninguna de ellas. Yo no sé nada de mí. Pero a veces siento el extraño placer de confesar mis paradojas. Y no he de ocultar que en aquel instante, algo se sobrepuso a mi angustia: mi amor a la soledad. Por segunda vez en mi vida tenía la impresión de que una puerta se había cerrado en mi camino, y que otra se abría. Y experimenté una morbosa delectación en ello: delectación intelectual de ver mi dolor por dentro; delectación plástica de observarme por fuera, nadando en las aguas solitarias de una isla desconocida y lejana, dejándome llevar al unisono por las corrientes del mar y la melancolía. Me sumergí, para refrescarme, pues el sol flagelaba mi piel. Al emerger, oí un grito.

Al pie de uno de los pequeños acantilados, que convertían aquella playa en una minúscula bahía, una negra vestida de harapos me llamaba con grandes aspavientos. Me acerqué a ella lentamente, no sin gran desesperación suya, que, al parecer, exigía una velocidad mayor. Muy próximo ya, oí de sus labios la palabra terrible, cuyo solo sonido espanta.

—¡Tiburones!

Creo que superé la marca olímpica, hasta hacer pie. Y una vez tocado fondo, los cien metros lisos: a pesar de la resistencia del agua.

—¡Oh, señor! ¡Nunca, nunca debe usted bañarse tan lejos a estas horas!

Era la hija del bombero. No vestía la bata de colores de la víspera, ni calzaba los guantecillos blancos de algodón, sino que llevaba las manos desnudas y cubría su cuerpo con una bata deshilachada, llena de zurcidos, y que parecía estallar por todas partes: su cuerpo, más desarrollado que la capacidad de ensanchar de sus andrajos, no le cabía dentro. A pesar de aquella indigencia llevaba su sombrerito escarlata de siempre, que era el colmo de la elegancia.

—A estas horas vienen los tiburones. ¡Nunca más debe usted hacer esto!

—No lo sabía —respondí jadeando.

—Vienen al amanecer y no se van hasta mediodía, y vuelven al atardecer y no se van hasta la noche. *Oh, sir, you are mad!* (¡Oh, señor, usted está loco!).

—Creí que estaba solo —comenté apenas repuesto—. ¿Cómo ha logrado llegar hasta aquí?

La chica no parecía dispuesta a responderme.

—Los tiburones son así de grandes… —Y estiró los brazos abarcando la anchura del mar.

—Dígame: ¿cómo ha logrado llegar hasta aquí?

—Y son malos y carniceros y están siempre hambrientos.

—¿Por dónde ha entrado?

—Y les gusta la carne de los hombres.

Me senté en la arena.

—Acércate, no vayas tú a caerte al agua.

—¡Es horrible! —insistió mirando al mar—. ¡Mire, mire, la cola de uno, grandísimo!

Volví los ojos a donde me indicaba. No vi nada salvo una roca que emergía fuera del agua, mar adentro, que producía un poco de espuma.

—Bien, mujer. Gracias por haberme avisado. No volveré a bañarme a estas horas.

—Ha sido terrible. Ya le veía cortado en pedazos, así de pequeños, y toda el agua, roja, roja de sangre, como un crepúsculo que se ahoga.

(«¡Un crepúsculo que se ahoga! —pensé—. ¡Qué sorprendente metáfora!»).

—Acércate, muchacha. Y dime, si te place, ¿cómo has llegado hasta aquí?

Se aproximó. En sus pasos dudosos, noté su incertidumbre. ¿Debía o no debía acercarse más? Al llegar a diez metros de mí se arrodilló en el suelo, dejó después descansar hacia atrás el peso de su cuerpo, sentándose en los calcañares.

—¡Los tiburones!, ¿sabe usted lo que son los tiburones?

—¿Y tú sabes lo que significa contestar a lo que se te pregunta?

Bajó los ojos; alzó los hombros; no respondió.

—Dime: ¿dónde vives tú?

Señaló mi casa con la mano.

—Allí…

—¿Dónde?

—En la torre. Bueno, quiero decir que hasta hoy vivía en la torre, y que desde hoy viviré en la casa del cura, con el Reverendo Nightingale y Madre

de Dios. Porque yo no tengo permiso para vivir en esta casa. ¡Ah, no señor: no tengo permiso! Lo hago por esconderme.

—¿Por esconderte?

—Sí.

—¿De quién?

—De mi padre.

—Pero ¿tú no eres la hija del bombero?

—Sí.

—¿La que bailaste ayer?

—Sí.

—¿Y no vives con tu padre?

—No.

—¿Por qué?

—¡Ah, señor!…

—Explícame por qué no vives con tu padre…

—Porque está siempre borracho. Y por las noches me pega. Créame, señor, ¡sin ninguna razón!

—Y… ¿por qué te pega?

La muchacha alzó los brazos y bajó los ojos resignada.

—Porque no quiero que me haga un hijo —confesó con gran naturalidad.

Supongo que di un salto, pues súbitamente me encontré de pie, paralizado ante declaración tan inusitada.

—Déjame que tome aliento. ¿Has dicho que tu padre quiere hacerte un hijo?

—Sí, señor.

—Vamos a ver si te entiendo. ¿Me quieres decir que tu padre quiere hacerte un hijo? —volví a repetir aun a riesgo de parecer idiota.

La chica se sintió obligada a reivindicar el honor de su padre.

—Sólo cuando está borracho —precisó disculpándole.

Tragué saliva.

—Y dime: ¿se emborracha… con frecuencia?

La hija del bombero sonrió llena de encanto. Después dio un gran suspiro.

—¡Todas las noches!

Guardé silencio. Nunca había oído nada igual.

—¿Y qué le dices a tu padre cuando te propone eso?

—Le digo: «Oh, papá, no te enfades. ¡Eso no puede ser! Porque si yo tengo un hijo tuyo, sería mi hijo y al mismo tiempo mi hermano. Y como sería hijo de una hija tuya, sería también tu nieto. Y como yo soy su hermana,

yo sería tu nieta. Y como él será hijo de tu nieta, sería tu biznieto. Y como yo soy su hermana sería tu biznieta. Y como él sería hijo de tu biznieta, sería tu tataranieto. Y como yo soy su hermana, sería tu tataranieta. ¡Oh, papá, querido! No te enfades y duérmete. No está nada bien —¡nada bien!—, que un padre sea tatarabuelo de sus hijos».

La hija del bombero llamado Beethoven gesticuló como una gran actriz al contar esto. Ponía el alma en cada palabra. Y tanto lo que decía como el modo de decirlo era, en verdad, sorprendente.

Al fin se encogió de hombros.

—¡Eso es lo que le digo! —concluyó.

—¿Y él… —pregunté— qué te contesta?

—¡Ése es el problema! No me contesta nada. Unas veces se duerme. Y otras me pega. Pero nunca me contesta. Por eso cuando está borracho duermo fuera de casa. Y como está borracho siempre, duermo siempre fuera.

La miré de soslayo. ¿No será toda esa historia un gran embuste, una fabulación prodigiosa?

—¿Qué edad me dijiste ayer que tenías?

—Dieciséis…

—¡No es cierto, querida jovencita! Me dijiste que tenías catorce… y tu padre que tenías veinte. Y el reverendo que tenías dieciocho. ¡Me parece que tu padre y tú nunca decís la verdad!

—Es que yo… no sé…

—¿No sabes decir la verdad?

—¡No he dicho eso! Digo que no sé qué edad tengo.

—¿Y no se lo has preguntado nunca a tu padre?

—Sí. Pero él no se acuerda.

—¿Cómo te llamas?

Josephine…

—Josephine Beethoven, ¿no es eso?

—No, señor. Beethoven es el nombre de mi papá. Mi padre se llama Beethoven Mist. Y yo, Josephine Mist.

—¿Qué quiere decir «Mist»?

Josephine me miró muy sorprendida.

—¡Usted no habla como todo el mundo! ¿Por qué?

—Porque soy extranjero. Y no sé lo que quiere decir «Mist».

—¿Y de dónde es usted?

—De España.

—¿Dónde está España?

—En Europa.

La chica meditó largamente.

—¿Y España no es Inglaterra?

—No.

—¿Y no se habla el inglés?

—No.

—¿Y qué se habla?

—El español.

—Dígame algo en español.

—Dime tú primero qué quiere decir «Mist».

Josephine miró al cielo, como si allí estuviera escrita la solución del enigma. Después abrió los brazos y comenzó a mover los dedos a gran velocidad cual si pulsara las cuerdas invisibles de una arpa. Por la magia de su mímica comprendí que intentaba describir la bruma. Se puso en pie y avanzó a tientas palpando las cosas, fingiendo que se movía cautamente por falta de visibilidad.

—«Mist» quiere decir lo mismo que «fog» —aclaró de viva voz—. Es una nube que no es una nube y que baja sobre la tierra y no se ve casi nada…

—Ya entiendo. ¿Sabes cómo se diría tu nombre en español?

—¿Cómo?

—Pepa Niebla. A ver: intenta repetirlo.

—¡Yo no sé decir eso! ¡Dígamelo otra vez…!

Moví los labios lentamente.

—Pe-pa… Nie-bla…

Josephine intentó pronunciarlo. Y al no conseguirlo, rompió a reír.

Cuarta parte

Pepa Niebla

XXIII

LA MUJER Y LA SERPIENTE

POCAS COSAS como una gran casa abandonada. Se me encogió el ánimo al recorrer los salones vacíos, las caballerizas derrumbadas, los marcos de puertas y ventanas arrancados de cuajo por la rapiña de varias generaciones, las telarañas cubriendo los ángulos de los paramentos, los peldaños hundidos, la solería levantada y rota, La casa que *lady* Burton heredó de su padre Lord Connaught y vendió a mi abuelo era una escombrera desangelada sin la gracia y majestad de las ruinas antiguas. Atribuí la culpa de tanto desabrimiento a la madera. Las chapas y las vigas no han sido concebidas para la decadencia. Sólo la piedra se embellece con los estragos del tiempo.

Pepa Niebla, habitante intrusa de la torre, polizón de aquella nave desvencijada, me hizo los honores de la casa. Antes de acudir a la playa para informarme del riesgo que representaban los tiburones, descubrió mis bártulos al borde del camino, y, muy gentil y cortésmente, los trasladó y puso en orden, allí donde le plugo. Mas ¡ay!… no fue ella sola quien consideraba aquella pieza donde instaló mis cosas como el lugar que reunía mejores condiciones de habitabilidad. Una gran serpiente opinaba lo mismo y no parecía dispuesta a ceder su improvisada guarida sin muy contundentes razones. Las que le dio Pepa Niebla no le convencieron en absoluto. Yo confieso que di un gran salto hacia atrás apenas la vi moverse y quedé paralizado por el miedo cuando la chica, hablando a la bicha y azuzándola a palmadas como se hace con un perrillo molesto, le dijo que a partir de entonces la casa tenía dueño y que debía salir.

—Ni usted ni yo tenemos nada que hacer en esta casa. ¡Vamos, señorita, largo, largo de aquí!

El ofidio, que no era, a Dios gracias, una boa —que no las hay en esas latitudes—, mas tampoco una lombriz, no medía un palmo menos de dos metros. Se apretó contra el ángulo que hacía el suelo con la pared y comenzó a deslizarse obedeciendo a mi protectora en dirección a la salida. Pero una vez allí, lejos de escabullirse, pasó de rondón ante el hueco de la puerta y con no

poco atrevimiento y descaro siguió bordeando la misma habitación por la pared contigua.

—¡Ah, no señorita! ¡No se lo consiento! —exclamó Pepa Niebla—. Dé usted media vuelta ahora mismo y váyase a tomar el sol.

Ante la inutilidad de las buenas razones, Pepa se plantó delante del reptil y comenzó a dar pequeños saltos y patadas en el suelo, sin conseguir tampoco por ese procedimiento resultado alguno. Cansada de tantos miramientos, se desplazó ágilmente, agarró a la culebra por la cola y la alzó en el aire como un látigo. Pensé que iba a estrellar su cabeza contra la pared. Error. Pepa Niebla hizo un brusco movimiento con la muñeca y la depositó después suavemente en el suelo. Estaba muerta. Le había quebrado la espina dorsal.

Excusado es decir que yo estaba mudo, a partes iguales, por el espanto, la admiración y la gratitud. Con todo, Pepa Niebla no parecía muy satisfecha de haber cometido aquel desaguisado. Ella hubiera preferido que la siniestra reptante la obedeciera.

—¡Hay que obedecer a las personas! —le dijo alzando el dedo con severidad.

Y, sin darse por avisada de mi palidez y repugnancia, comenzó a subir los escalones para enseñarme el piso superior. La seguí como su sombra, mirando de reojo todo rincón de donde pudiera surgir una fiera.

—Y dijo Dios —exclamó de pronto la hija de Beethoven como hablando para sí— «*tenga el hombre dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra*». ¡Ah, sí, eso es lo que dijo! ¡Exactamente eso!

Se detuvo súbitamente.

—*Mr*. Gaids, ¿las serpientes son reptiles?

—Sí que lo son.

—Entonces los hombres tienen dominio sobre las serpientes. Por eso le dije que se fuera, ¡y no me obedeció!

Seguimos subiendo. Los peldaños crujían bajo nuestro peso.

—Las serpientes desobedecen siempre. ¡Por eso la maté!

El piso de arriba era de una sola habitación cuadrangular a la que se llegaba directamente desde el rellano de la escalera. Unos grandes ventanales desvencijados daban sobre el mar. Desde aquella altura se divisaba en la lejanía una segunda isla separada de la nuestra por un canal; y las corrientes de diversos colores que circulaban por la faja de agua producían la curiosa sensación de ser ríos que fluían por el mar. El techo de escayola de la habitación estaba hundido por varias partes, de modo que se veía la armadura

de vigas del tejado. A pesar de eso, el cuarto me disgustó menos que otros: no había telarañas que decoraran los recodos del techo, y el suelo estaba más limpio que el resto de la casa.

—Este cuarto me gusta más que ninguno —comenté—. Me instalaré aquí.

Pepa Niebla no parecía muy interesada en mis preferencias.

—«*La serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra que había hecho el Señor Dios*»; ¡eso dice el Libro!

—¿Qué libro, Pepa Niebla, dice eso?

—¡El libro de los libros!, *Mr*. Gaids.

—¿Y qué tiene que ver la Biblia con que yo me instale en esta habitación o en otra cualquiera?

Tampoco ahora parecía atenderme. Quería recordar algo. No me escuchaba.

—«*¡Maldita eres entre todos los animales de la tierra!*». Eso es lo que Dios le dijo a la serpiente. Y también le dijo que no le daría patas como a los cocodrilos, a las vacas, a los perros, a las gallinas, a los gatos y a las cabras. Y la condenó a que anduviese siempre sobre su pecho, sin patas, sin manos y sin nada. «Y *comerás tierra todos los días de tu vida*», le dijo también. ¡Por eso la maté!

Juzgando imposible mantener un diálogo con un monólogo, bajé al cuarto de antes para trasladar mis miserias. Josephine, al verse sola, se precipitó a ayudarme. Muy cerca de mi cama, ondulado como un río, estaba el animal maldito de Dios.

—Por favor, llévese de aquí esa bicha horrible —supliqué.

—Pero ¿… por qué? ¡Ya está muerta!

—Llévesela: es un gran favor que le pido.

—La pobre ya no puede desobedecer más…

—¡Llévesela!

Golpeó con el pie desnudo sobre el suelo.

—¡Me da miedo!

El gesto de terror se me antojó un tanto contradictorio con la valentía desplegada minutos antes. La joven con nombre de bruma comenzó a parecerme bastante… teatral.

—¿Cómo le va a dar miedo si ya está muerta?

—No me da miedo ésta —respondió señalándola con desprecio—, sino las otras. Dios dijo que pondría mucha enemistad entre el linaje de las mujeres y el linaje de las serpientes. ¡Sí lo dijo! ¡Estoy muy segura de eso! Pues si yo salgo ahora y las demás serpientes ven que yo he matado a ésta,

vendrán todas juntas contra mí. ¡Ah, no, *Mr*. Gaids, no me obligue a sufrir tan horrible muerte!

—¿Tantas serpientes hay…? —pregunté alarmado.

—¡Miles! —respondió la chica con voz baja y temerosa—. Debajo de las piedras —y señaló la tierra—; en los árboles —y señaló el cielo—; en la sombra de las plantas —descendió los brazos—; en los tejados —los alzó—; en los pozos… —volvió a bajarlos—. Gesticulaba mucho al decir esto y como alternaba las alturas (árboles, tejados) con las honduras (piedras, sombras, pozos), sus brazos giraban cual molinos locos.

—Eres una chiquilla muy estúpida —exclamé tuteándola y absolutamente convencido de su teatralidad—. Pero todavía más embustera que estúpida. Ni es verdad que haya tantas serpientes como dices, ni es cierto que tengas catorce años. Es mentira que tu padre quiera hacerte su tataranieta y es un embuste grandísimo que hayas visto a los ángeles bajar a la tierra para escuchar al autor de tus días tocar el acordeón.

Pepa Niebla bajó modestamente los ojos y sonrió con candor.

Tuve un arrebato de dignidad y me agaché —venciendo mi repugnancia— sobre el cuerpo muerto de la bicha. «Si tuviera unos guantes…», pensé. Cerré los ojos y alargué las manos.

—«*No contaminéis vuestras ánimas en reptil alguno que se arrastre sobre la tierra* —dijo Pepa Niebla, recitando el Levítico—… *porque yo soy el Señor que os saqué de Egipto para ser vuestro Dios*…».

Mis manos quedaron paralizadas.

—¿Cuánto dinero me da si me llevo la serpiente? —dijo de pronto la negra con gran jovialidad.

Me puse en pie con tanta rapidez que estuve a punto de caerme de espaldas.

—Si te doy dinero… ¿ya no tendrás miedo?

—¡No! —respondió firmemente y con tanto descaro como franqueza.

—Si te llevas la serpiente donde no vuelva a verla más —respondí—, te compraré una bata de colores. Y esa que llevas puesta la tiras a la basura.

Abrió los brazos en ademán ilusionado y al punto los dejó caer desalentada.

—¿Qué ibas a preguntar?

—¡No me acuerdo!

—¡Pregúntalo, mujer!

Creo que es ocioso advertir que un diálogo con Pepa Niebla era, para su interlocutor, espectáculo equivalente a una mixtura de circo y de teatro. Sus

gestos y ademanes eran siempre extremosos. Demostraba sus alegrías con saltos, y sus tristezas con tanta pesadumbre que se diría que iba a romper a llorar; ponía el alma en cada palabra; y cada palabra, en los ojos y en las manos tanto como en los labios. Con frecuencia me ha acontecido —pero con Pepa Niebla en un grado más alto que con nadie— saber desprenderme de cualquier episodio vivido por mí y situarme fuera de él como espectador a distancia. Y aquel día fue uno de ellos. La luz del mediodía inundaba la habitación desolada. Yo estaba sentado en un camastro de barco y tenía ante mí a una muchacha negra, descalza, vestida de harapos y con un sombrero que era el «no más allá» de la elegancia insular. Cerca de sus pies había una serpiente muerta de dos metros de longitud y tras ella, a más altura, una inmensa mariposa negra —de un tamaño jamás antes de ahora visto por mí— que se debatía en la trampa en que había caído de una telaraña. El batir de sus alas producía un extraño rumor. «¡Qué raro y sorprendente escenario!», me dije. «¿Qué hago yo aquí? ¿Cómo he venido a parar aquí? ¿Qué quiere de mí esta muchacha que me mira con ese gesto suplicante como si toda su vida dependiera de mis labios?».

—Vamos, Pepa Niebla, sé valiente y dime qué ibas a preguntarme.

—¿De qué color… será mi traje? —murmuró suavemente.

—¿De qué color —respondí preguntando— te gustaría que fuera?

—¡Amarillo! —gritó.

—Lo tendrás amarillo —respondí—. El más amarillo de cuantos haya en el mercado.

Segundos después tuve que sacudir la cabeza para convencerme de no estar soñando. La muchacha del sombrero escarlata, la ropa harapienta y los pies desnudos bailaba delante de mí una danza pasmosa: «La danza de la mujer y la serpiente». Los textos del Génesis, a los que minutos antes había hecho alusión; la tentación de la manzana, la perversión del hombre, el castigo bíblico, la enemistad puesta por Dios entre uno y otro linaje y, por último, la maldición a la serpiente condenada a caminar sobre su pecho «sin patas, ni manos, ni nada», fueron interpretados únicamente por aquella intuitiva, colosal bailarina, de tal modo que sólo podré encarecerlo mas no describirlo. Y todo esto, al ritmo inquietante, insistente, tenaz y siniestro del aleteo de una mariposa gigante apresada dentro de una telaraña. De pronto hubo un cambio de ritmo, que giró sin transición de lo trascendente a lo grotesco; Pawlova se transformó en Charlot. Pepa Niebla agarró a la serpiente muerta de la cola y se la llevó arrastrando, contoneándola, contoneándose, camino del jardín. Allí se la ciñó al cuello sosteniéndola con ambas manos

tras la nuca y cayendo sus dos extremos sobre el pecho y las piernas. ¿Estaba tratando de provocarme, como provocó Bethsabé a David (ya que entre símbolos bíblicos andábamos) o a José la mujer de Putifar? ¿O Fedra a Hipólito, en la mitología helénica?

La serpiente muerta parecía viva; temblaba con el temblor que emanaba del cuerpo de la mujer; se cimbreaba sobre su talle, su regazo y sus caderas; se contorneaba sobre sus piernas, se ondulaba en su busto. Era el de Pepa Niebla un ritmo salvaje y sensual.

Avancé unos pasos hacia ella. La hija del bombero debió de leer en mis ojos el deseo; hizo una gentil reverencia, dando por terminada la chirigota y huyó de mi lado sin abandonar a la bicha, que vendió en el pueblo —según supe más tarde— por tres perras, que era el premio establecido por la Junta de Vecinos para fomentar la exterminación de toda alimaña devora dora de una de las pocas riquezas de la isla: los huevos de pájaros.

No es difícil para un escritor relatar lo que perciben los sentidos inferiores: la vista, el oído, el tacto: esos pretextos que el cuerpo brinda al entendimiento para captar las impresiones de lo que es externo a nosotros. Harto más arduo, cuando se tiene cierta medida de los riesgos literarios, es aventurarse a describir no lo que columbran los ojos —que eso, repito, es fácil — sino lo que experimenta el alma. Y más todavía cuando lo que el alma dice no ennoblece a quien la lleva puesta. Y quien la lleva puesta es aquel que lo describe. Lo diré por lo derecho, la última parte del baile de la negra fue un latigazo para mis instintos, ya sensibilizados hasta el paroxismo por los sucesos de la mañana. Decir que deseé poseer a aquella mujer no exigiría más explicación ni entonces al experimentarlo ni ahora al escribirlo. Mas he aquí que mi ánimo, propenso a la sinuosidad y el enredo, era propicio a hallar una causa a cada tendencia, necesitaba una razón intelectual que justificara ante mí mismo lo que de por sí no tenía más aclaración que la propia biología.

Yo tenía entonces el corazón lacerado por tía Lisa y la piel erizada por la bailarina, y se me antojó imaginar que si deseaba el cuerpo negro de Pepa Niebla era por satisfacerme de la humillación sufrida con el cuerpo blanco de Elisabeth Dartmoore. Necesitaba convencerme a mí mismo de que mi fracaso respondía a complejos psíquicos y no a taras corporales. Yo hubiera amado a Elisabeth Dartmoore a pesar y por encima de los lazos de sangre que nos unían si la anormal vivencia de mi madre no se hubiera interpuesto entre los dos. Yo no precisaba querer con el corazón a Pepa Niebla para desearla. Me bastaba quererla con los ojos. Recordé la cínica frase de Lord Burton a tía Lisa: «Es inútil eludir el adulterio. Mi corazón y mis ojos ya son adúlteros

cada vez que la miro». Lo mismo me acontecía a mí con Josephine Mist, aunque mi espíritu se desangrara al propio tiempo imaginando con infinita angustia la singladura de un pequeño yate de recreo que, al alejarse de la Isla de los Mosquitos, apartaba de mi vida la única mujer a la que amaba.

Quisiera ahorrar cualesquiera términos inútiles para explicar lo que digo *sin ánimo de justificarme sino de explicarme*. Un hambre, cuando es sincero, siente pudor de adjetivar el propio sufrimiento. Necesitaba desarraigar de mi memoria, de una vez para siempre, el recuerdo de mi madre, que mantenía grotescamente anclada a mi infancia la parte más necesitada de evolución de mi personalidad, como un globo amarrado al fondo del mar. Si mi madre era suave, Pepa Niebla extremosa; si mi madre era grave, Pepa Niebla era cómica; si mi madre era un producto exquisito de la civilización, Pepa Niebla era primitiva como una fiera salvaje; si mi madre usaba botines, Pepa Niebla iba descalza; si mi madre era rubia, Pepa Niebla negra; si los ojos de mi madre eran fondos de aguamarinas transparentes, los de Pepa Niebla eran pozos opacos sin fondo.

Me rebelé contra mi pasado, contra mis complejos, contra mi madre. Y decidí usar de Pepa Niebla alegremente como de una medicina innocua para desarraigar mis complejos, sin computar en mi ingenuidad el riesgo que esconden las drogas desconocidas.

XXIV

FATHER NIGHTINGALE OCULTA LA VERDAD

AL DÍA SIGUIENTE —sin eludir el íntimo deseo de hacerme el encontradizo con la danzarina de «La Mujer y la Serpiente»— salí, camino del poblado, para realizar unas compras inaplazables.

Contrariamente a lo que acontece en Castilla, ninguna casa, salvo la iglesia, daba a una calle principal, de modo que para llegar a cualquier vivienda había que adentrarse en el borde de la jungla, donde, salpicadas sin concierto alguno, yacían independientes y aisladas. Eran todas iguales —ya lo dije en otro lugar— con formas de tarugos de madera elevados del suelo por otros taruguillos mínimos, como los palafitos del neolítico. Eran miserables y mínimas, aunque no exentas de algunas asombrosas modernidades: radios, neveras (que cubrían las tres cuartas partes de la habitación interior) o telas de plástico para impermeabilizar los tejados de los más pudientes. Televisores sólo había dos en la isla: el del cura y el de la policía.

El tenducho al que arribé era en todo semejante a los demás habitáculos. Allí se vendía de todo: comestibles, clavos, cuerdas, aperos de labranza, sellos de correo, ropa, artes de pesca y recados para escribir. (Un recuerdo ocasional para el editor de mi *Estudio antropológico de los indios lucayos*: el hombre de la tienda fue el primer ejemplar mestizo de indio y negro que reconocí en la ciudad).

Le compré una linterna, latas de conserva, clavos para colgar mi ropa, un infiernillo de alcohol, una mesa, una silla y una bata playera de color amarillo.

—Algo más grande que ésa —le dije al mestizo rechazando la que me mostraba.

Y no me acobardó el riesgo de agotar su paciencia hasta conseguir el tamaño adecuado.

Acto seguido busqué el modo de telegrafiar a Edward Swam para anunciarle que permanecería en la isla una temporada mayor de la que inicialmente habíamos programado, y que tuviera la bondad de girarme semanalmente algo de dinero a cuenta de mis ingresos. El telegrafista, que

era, además, cartero (a quien conocí la primera noche del folklore nocturno en la playa), tuvo que poner en marcha un grupo electrógeno para enviar el mensaje, lo cual alborotó a todo el poblado, pues la última vez que se había enviado un telegrama desde la isla fue con motivo de una epidemia de viruela negra que causó no poca mortandad entre los nativos. Las gentes se enteraron de que no era grave lo que ocurría y de muchas cosas más: entre otras, del texto —palabra por palabra— de mi telegrama. Esto lo deduje de que todas las visitas de cortesía que comencé a recibir a partir de aquel día se daban por enteradas de mi propósito de permanecer entre ellos un tiempo largo. A muchos de los que acudieron a visitarme ya los conocía de mi anterior estancia y se consideraban grandes amigos míos. A pesar de eso, no había vuelto a recordarlos desde que regresé a España hasta ahora en que obligado por la redacción de estas páginas han ido surgiendo del olvido hasta ocupar un puesto en mis rememoraciones. Tal me ha acontecido con Samy-Samy, la hechicera; Basil Drisdale, el pescador de tortugas o Abel Tennessy, el joven diputado *leader* de la Independencia.

Quien no vino a verme para celebrar la prolongación de mi estancia en la isla fue mi joven y alucinante matadora de serpientes. Eso me tenía confuso, pues no parecía la chica demostrar tanto entusiasmo en recibir su traje amarillo —que yo guardaba empaquetado en mi cuarto— como en pedírmelo.

So pretexto de devolver la visita al cura del pueblo, me presenté cinco o seis días más tarde en la casa parroquial, decidido a pedirle su parecer sobre determinadas dificultades domésticas… y con la no muy santa intención de recibir de sus labios exactamente el consejo que yo deseaba.

—En los días que llevo en la isla —le dije— no he podido dedicarme fructíferamente a mi trabajo; ¡ocuparme yo de las labores domésticas me lleva demasiado tiempo! Necesito alguien que, a cambio de un salario, me ayude en las faenas de la casa.

—¿Y qué faenas son ésas, *Mr*. Gaads? —preguntó con su poderosa voz de trombón.

—Hacer la limpieza, ordenar mis cosas, realizar la compra, lavar y cocinar.

—¿Y qué salario abonará usted a esa persona, *Mr*. Gaads?

—También en eso me gustaría dejarme aconsejar por usted —respondí.

—Creo que tengo exactamente la mujer que usted necesita. ¡Ah, sí; creo que la tengo!

—¿Quién? —pregunté ilusionado.

—Mi madre.

—¡Oh, Reverendo, no quisiera en modo alguno privarle a usted de los servicios de *Mrs*. Nightingale! ¡Usted la necesitará sin duda!

—Tengo ese problema resuelto, porque la joven Josephine está de huésped en mi casa.

—En todo caso, Reverendo, creo que me conviene una mujer más joven: que la pueda enviar a talar árboles o fregar suelos, o…

—¿O matar serpientes quizás? ¡Ah, *Mr*. Gaads, las cosas que usted pretende son faenas muy duras para una mujer, aunque sea joven!

No supe qué responder. La alusión a la matanza de la serpiente me dejó suspenso, y esas palabras «*…las cosas que usted pretende*» me ruborizaron como si hubiese leído mi pensamiento.

—Si usted busca mi consejo…

—¡Sólo para eso he venido, Padre!

—¡Pues sígalo! Usted necesita una mujer de edad. El regalo que hizo usted a su muy bella tía la honorable *Miss* Dartmoore me convence de ello. Mi madre se lo hubiese desaconsejado. ¡Las ropas que aquí se venden son para los pobres; no para las *ladies* elegantes de la ciudad!

—¡Oh, Reverendo! Se refiere usted sin duda a una bata playera amarilla…

—En efecto. Todo el pueblo se pregunta para quién sería esa bata amarilla…

—¿Para quién va a ser, Padre? La he adquirido para aquella joven que usted me aconseje que vaya a servir a mi casa. Me gusta estar rodeado de colores alegres.

—Es admirable, *Mr*. Gaads —y su voz parecía surgir de un abismo insondable— que conociera usted la talla sin conocer a la chica. Bien: procuraré encontrarle una sirvienta que quepa dentro de esa bata. Venga mañana a Misa. Para entonces lo tendré pensado.

Todo el poblado estaba presente, con sus mejores galas domingueras, en el Oficio Divino. Me situé de pie detrás de los últimos asientos ocupados. Y no había transcurrido un minuto de mi llegada cuando vi avanzar lenta y delicadamente por el pasillo central, con la solemnidad de un airoso velero en un puerto, a Josephine Mist. ¡La muy insensata había robado de mi casa y llevaba puesta la bata amarilla! Así como un mar encalmado sobre el que llega de pronto el relente mañanero comienza a moverse en breves olas y espumas, así las rizadas cabezas de astracán de los caballeros y los sombreros coloreados de las damas y damiselas que hasta entonces estaban quietos,

comenzaron a agitarse por la brisa creciente de la murmuración. Discreta o descaradamente no hubo feligrés que en uno u otro momento del Sacrificio no se volviera hacia mi persona. Cuando el Padre Nightingale hizo su medio giro para darnos el sacro saludo, y descubrió a Josephine con su traje amarillo-limón, el «*Dóminus vobiscum*» estuvo a punto de atragantársele. ¡Y ni siquiera él tuvo el tacto o el buen gusto de no buscarme con la mirada desde el altar!

Me escabullí antes del «*Ite, Missa est*», y esperé al cura en la Casa Parroquial, ideando alguna mentira que me justificara.

«Lo he pensado mejor —pensé decirle—. Creo que su señora madre, *Mrs*. Nightingale, será una preciosa ayuda para mí». No hubo lugar para tan arriesgada declaración. El párroco me saludó con los brazos abiertos.

—¡Ah, *Mr*. Gaads! ¡No sé si lio que usted ha hecho es una *buena obra* o *una obra inteligente*! ¡Digna de un político, digna de un gran político, sí señor! ¡Si hoy se presenta usted a diputado por esta isla le roba la candidatura a ese inexperto Abel Tennessy!

Aquél fue un día para mí de muchas e intrincadas confusiones, pero confieso que el escuchar tal declaración no fue la menor de ellas.

—¿Ha tomado usted su desayuno?

—Sí, Padre.

—En ese caso, acompáñeme al mío y seguiremos hablando.

Penetramos en un minúsculo dormitorio, en el que había una cama pequeñísima, un lavabo de palangana (quiero decir, sin agua corriente) y una mesa. Además de la cama, la mesa, la palangana y el lavabo, estaba Pepa Niebla, en pie, detrás de la silla del cura, con su pimpante bata amarilla, su sombrero escarlata y —cosa rara— zapatos. La chica me brindó una media reverencia de corte, que no mejoraría la esposa del Gran Lord del Sello Privado en el Palacio de Buckingham, y exclamó cortés y modosamente:

—Buenos días, *Mr*. Geids. Muchas gracias por el traje amarillo, *Mr*. Geids…

Y salió para volver al poco tiempo con el desayuno del cura. Éste me hizo una seña, llevándose un dedo a los labios, sugiriéndome que aplazáramos para más tarde toda alusión al respecto.

—¡Hala —le dijo a Josephine apenas hubo concluido—, ahora vete a corretear por ahí!

Pensé que el buen sacerdote cometía un grave error al hablarle como a una chavalilla de ocho o diez años, pues lo cierto es que quien bailó ante mí la última parte de la danza de «la serpiente», era una mujer hecha y derecha… ¡y

no precisamente de las tímidas y retraídas, sino de las muy despiertas e incluso procaces!

—Es oro de ley —comentó el Reverendo Nightingale—. Y muy popular en la isla; sí, señor, muy popular. Todos la quieren porque está muy necesitada de protección.

Pensé que iba a hacerme alguna alusión a los deseos incestuosos del acordeonista (tal fue el énfasis que puso en su «necesidad de protección»), pero su charla iba por otros derroteros.

—Todo el mundo ha elogiado su regalo. Mucho mucho… ¡Ah, sí: mucho! Porque todos se preguntaban…: «*¿Para quién será el traje amarillo que ha comprado Mr. Gaads? ¿Para quién será?*».

El buen cura enarcaba las cejas y fruncía los labios al decir esto, como si esta vacilación subsistiera todavía en él.

—En este pueblo —continuó— no existen envidiosos. ¡Apréndase usted esto!: todos se alegran del bien ajeno. Pero si el bien ajeno recae sobre Josephine, se alegran todavía más.

Hasta entonces yo no había dicho una sola palabra, pues esperaba que el buen Padre resolviera por sí mismo la incógnita del entusiasmo que parecía haber despertado en él mi regalo —nada desinteresado, sea dicho en honor de la verdad— a la muchacha del rojísimo sombrero. Por no parecer mudo y tonto, comenté:

—Josephine Mist tiene mucha personalidad.

Me contempló maravillado.

—¿Por qué ha dicho usted «Mist»?

—¿No es hija del bombero? —pregunté.

—No, señor. ¿Qué le ha inducido a pensar semejante cosa?

—Ella me lo dijo…

—¿Cuándo?

—Cuando vino al barco de parte de su padre para convencernos de que contratásemos una orquesta y organizásemos un folklore en la playa…

—Mi querido *Mr*. Gaads, voy a decirle dos cosas —alzó los dedos índice y corazón en forma de uve—:

—Primera…

(Abatió uno de los dedos y mantuvo enhiesto el otro).

—El bombero no se apellida Mist, ni existe nadie que se llame así en toda la isla. Segundo…

(El cura abatió el segundo dedo).

—Ella me dijo que ustedes la habían llamado para preguntarle quién podría organizar un folklore en la playa. Y tratándose de *Miss* Dartmoore fui yo mismo, ayudado por mi madre, quien contrató a los músicos.

—Reverendo —exclamé sin exagerar un ápice—. Estoy totalmente estupefacto de lo que oigo.

El sacerdote movió la cabeza con pena.

—Yo no, *Mr*. Gaads, yo no…

—Entonces… ¿de quién es hija?

—Sólo lo sabe Quien todo lo ve. La abandonaron hace dieciocho años en un cestillo, como a Moisés. ¡Y no sabemos más!

—El bombero fue quien la prohijó, ¿no es eso?

—No, señor. Fue la Junta de Vecinos. Josephine es como hija de todo el pueblo.

—Pero el bombero sería por aquel entonces Presidente de esa Junta…

—No, señor. Es un borracho crónico y nunca ha pertenecido a ella.

—Vaya, vaya, vaya…

El Reverendo Nightingale enarcó las cejas. Cuando hacía ese gesto le desaparecía totalmente la frente, pues el pelo blanco y rizado le comenzaba a crecer muy pocos centímetros más arriba. Tenía el buen Padre unas orejas desproporcionadamente grandes y muy separadas del rostro. Cuando meditaba, oscilaban lentamente como alas desplegadas de un pájaro que duda si va a lanzarse a volar.

—Las palabras, *Mr*. Gaads, son como potrillos salvajes sin domesticar —filosofó el cura—. Se van por donde quieren, y es difícil después encauzarlas ordenadamente. Digo esto porque estamos hablando de lo que yo no quería y no de lo que quería hablarle a usted.

—Le escucho, Padre. Todo cuanto estoy aprendiendo hoy me interesa vivamente.

—Si yo no entendí mal, usted me dijo haber comprado la bata amarilla para su sirvienta.

—Sí, en efecto, creo que le dije eso.

—De donde deduzco que usted ya había pensado en Josephine como sirvienta suya.

—No me atrevería a negarlo.

—La había usted designado «in péctore» como hacen los Papas con algunos Cardenales… ¿no es así?

—Creo que ha empleado usted la metáfora más apropiada.

—Pues eso, *Mr*. Gaads, ¡no puede ser! Y créame si le digo que tengo un gran problema de conciencia al no saber si tengo derecho a expresar lo que voy a pedirle. Usted compró el traje para Josephine, pensando que ella sería la que iba a trabajar en su casa, pero como eso es imposible —¡imposible!, recalcó—, yo le suplico que no le retire el traje a Josephine para dárselo a la que *realmente* vaya a trabajar para usted: sufriría mucho.

El Reverendo secó con un grueso pañuelo las gotas que perlaban su rostro.

—¡Uf! —exclamó. Eso es lo que quería pedirle. Sin ningún derecho, por mi parte. ¡Ah, no: sin ningún derecho!

—Está claro —le dije— que usted no desea que Josephine trabaje para mí. Le anticipo, por supuesto, que nunca retiraré de sus manos el obsequio que le hice, y que me da igual que me sirva en casa una muchacha que otra, con tal que sea joven y fuerte. Pero exijo… (perdón: no es ésta la palabra adecuada; no soy quién… para exigir nada de usted)… he querido decir que le ruego me explique por qué razón no va a ser Josephine, y sí otra cualquiera, la que me ayude en casa.

El Padre Nightingale me miró desolado.

—No me pida usted eso, *Mr*. Gaads.

—Mi curiosidad no es ociosa, Padre: responde simplemente a un sincero interés por ella.

—No ahonde usted en las miserias ajenas…

Y añadió un refrán inglés (*The more you stir it the worse it stinks*) que me sorprendió no poco, pues su traducción se correspondía exactamente con un viejo refrán castellano: «Cuando la olla huele a podrido, más vale no menealla».

—No entiendo nada de cuanto me dice, Padre…

El Reverendo se inclinó sobre la mesa alargando la cabeza hacia mí, en la misma medida en que bajaba la voz.

—¿Usted… ha hablado alguna vez con ella?

—Sí. El día del baile —me apresuré a precisar.

—¿Nunca más?

No me atreví a mentir.

—En casa: hace varios días, por segunda y última vez.

—¿Y no observó usted nada?

—Me admiró matando una serpiente con una habilidad pasmosa.

—¿Nada más?

—También me sorprendió por su conocimiento del Génesis y del Levítico…

El buen cura rompió a reír enternecido.

—¡Eso me lo debe a mí! Todo cuanto tenga relación con Moisés, la subyuga. Es comprensible. Vino al mundo en una cestilla abandonada, igual que el más grande de los Profetas: el único, al decir de Josué, que vio a Dios «cara a cara». Ahí mismo, donde está usted sentado, se pasa Josephine horas enteras mientras yo leo, leo, leo… ¡Antes me canso yo que ella: puede usted creerme!

—¿Ella no sabe leer?

—En los ojos, sí. En los libros, no. Es muy inteligente. Increíblemente inteligente. A veces pienso que Dios está con ella.

Hubo un largo silencio.

—Usted me dice, Reverendo, que esa muchacha es muy inteligente. No dudo que sea cierto. Pero yo soy el hombre más torpe del mundo ¡y no acabo de entender nada a derechas de esta conversación! ¿Qué es lo que usted insinúa que yo debía haber notado al hablar con ella?

Enarcó las cejas hasta confundirlas con el pelo; abanicó el aire con sus poderosas orejas; extrajo su voz de insondables cavernas, para hablarme de otras cosas, pero el párroco de Burton’s Town no contestó a mi pregunta; antes bien, me habló de las maldades humanas, de la concupiscencia de los sentidos y del pecado original, que nos inclina a la perversión. Todo esto fue un preámbulo para informarme de algo —que tampoco tenía relación directa con mi interrogante— aunque vino a demostrarme la poca originalidad de alguna de mis tendencias inconfesables. Josephine había sido solicitada por muchos hombres sin escrúpulos que abusaron de su candidez: no constaba en los anales de la ciudad que ningún sujeto que lo requiriera hubiese dejado de conseguir de Pepa Niebla los favores que pretendió. Afortunadamente, la chica desaparecía con frecuencia del poblado, se iba al monte, donde vivía como un bicho de la jungla, y no se volvía a saber más de ella hasta la época de las lluvias, en que regresaba con la ropa destrozada, cubierta de harapos y de parásitos, pidiendo por caridad unas monedas para comprarse un traje, unos guantes y un sombrero. Cinco veces había ocurrido ya eso. Las fugas periódicas respondían a una querencia y las reapariciones a una costumbre. Nunca pedía para comer. El buen Dios —decía— satisfacía todas sus necesidades. Lo que el buen Dios no le daba nunca, como no se lo da tampoco a los peces, ni a los perros, ni a los pájaros (según la admirable deducción del Padre Nightingale) era un sombrero, unas braguitas, un traje, unos guantes y un sostén. Y como Dios no se lo daba, la Junta de Vecinos la proveía una vez por año de esas cosas. La última desaparición había durado diez meses, y no

habían transcurrido ocho días de su regreso cuando la conocimos en el muelle donde acababa de atracar el *Tuckaway*. De ahí la limpieza y buen aspecto de su ropa.

—¿Y dónde vive —pregunté— cuando se fuga?

—Nadie se imagina dónde se guarece, cómo se alimenta ni en qué invierte sus horas. Lo cierto es que en ningún poblado; pues se sabría. Yo deduzco que más allá de los pantanos, en la zona deshabitada… Por cierto que desde que cobró el dinero por la serpiente que mató hasta anoche, en que me rogó la alojase en casa, ha permanecido cinco días desaparecida.

—Supongo, Padre, que nadie pensará que yo la he tenido escondida…

—Tranquilícese, *Mr*. Geids (exclamó una voz muy chillona desde otra habitación), todos *sabemos* que esa bestezuela no ha vivido estos días en Burton's House.

Por lo visto la madre del reverendo había «participado» desde el comienzo en nuestra charla (bien que de manera pasiva) y llegado a este punto no resistió a la tentación de intervenir.

—Véngase usted aquí, *mam* —dijo el cura—. Y así no necesitará escuchar a través de las puertas.

—Gracias, hijo, pero desde aquí oigo muy bien. Y además estoy trabajando y no puedo moverme.

Las voces de las gentes de uno u otro sexo en todos los países del mundo son diferentes. Mas no *tan* diferentes como en la Isla de los Mosquitos, donde los hombres alcanzan las notas más bajas de la escala y las mujeres las más altas de la octava siguiente. Ya había observado con anterioridad que los varones me llamaban «Gaads» y las damas y damiselas «Geids». El primer sonido es grave, el segundo chillón. El primero, de órgano; el segundo, de trompeta. Digo todo esto porque los que nacían de la garganta de la mamá del señor cura, más conocida por Madre de Dios, eran particularmente desapacibles.

Por cortesía hacia ella nos trasladamos a su cuarto. Las paredes estaban adornadas con múltiples litografías que procedían sin duda de calendarios de colores. Había, en el suelo, un aparato de televisión y, sobre el televisor, un gato jugaba con una gran mariposa negra que acababa de cazar. Sentada en un taburete, *Mrs*. Nightingale, además de escucharnos, estaba decorando un tambor. No quise sentarme, como me ofrecieran, pues deseaba despedirme pronto y volver a casa.

—He de trabajar —me disculpé.

—Todos sabemos cuánto trabaja usted, *Mr*. Geids —dijo la buena señora mientras adhería un trozo de tela bordada en los laterales del tambor.

—¿Y… cómo lo saben? —pregunté con gran timidez.

—Los pescadores que salen al alba y los que regresan puesto el sol, se asombran de que no pare nunca la música de su máquina de escribir.

—Y dígame, señora: ¿por qué también *saben todos* que esa chiquilla no estaba en mi casa los días que desapareció?

El cura se anticipó a su madre.

—Por la compra que hace usted a diario, *Mr*. Gaads. No crea que nadie le espía. Sabiendo cuánto le perturba interrumpir sus nobles y notables trabajos es lógico deducir que si tuviese usted alguien en su casa sería esa otra persona quien saliera a hacer la compra y no usted.

—Pero «además» —precisó *Mrs*. Nightingale con admirable tozudez— cuando usted sale de su casa, *sabemos* muy bien que nadie queda en ella.

—Le ruego que me aclaren dónde se vende en el pueblo tanta perspicacia. Quisiera comprar una poca para mí.

Si fuera lícito decir que una piel negra se sonroja, eso, o algo muy semejante a eso, le aconteció al cura.

—Yo no puedo ocultarle, *Mr*. Gaads, mi sospecha de que algún fisgón o alguna fisgona haya podido penetrar en su casa durante sus ausencias con intenciones que yo repruebo y lamento hondamente.

Y miró de un modo tan acusatorio a su madre, que aquello más que mirada parecía una delación.

—¿Y… con qué intención, si puedo saberlo?

—Con la perversa intención de saber si guardaba usted en su casa a esa chiquilla. ¡Hubiera sido muy mala cosa, señor, saber eso! Ella es una pobre niña huérfana: es la hija de todos.

—Pero *no estaba* —confirmó la tamborilera—. ¡Ah, no; hijo mío: te aseguro que no estaba!

Aturdido e indignado, quise despedirme. Josephine —les dije— podía quedarse por supuesto con el traje amarillo. En cuanto a lo de la sirvienta, lo pensaría mejor.

—Adiós, señora Nightingale. Adiós, Padre. Hasta otro día.

—Le acompaño a su casa —me dijo el cura—. A estas horas me gusta pasear.

—Yo también voy —añadió su madre poniéndose en pie.

No me satisfizo el ofrecimiento. Estaba exacerbado por cuanto acababa de aprender. Lejos de ofenderme, el saber que Josephine era una mujer tan fácil

me tranquilizaba. ¡Si ella era fácil yo difícil, y Dios con todos! Si antes me atraía irremisiblemente como a un paracaidista la tierra, ahora también, pero con el paracaídas cerrado.

Camino de casa nos alcanzó el cartero, quien me entregó un sobre alargado, perfumado y azul que guardé nerviosamente en el bolsillo.

—Es de *Miss* Dartmoore —exclamó sin pudor alguno por haber leído el remite—. Y se sumó a nosotros, para contarnos una pequeña desgracia local: un hijo de pocos años de President Washington Norman había querido jugar con una gran tortuga de mar recién pescada, y ésta, de un bocado, le había tajado en dos un pie. Un hambre a caballo había salido para avisar al doctor. Penetramos los cuatro en mi propiedad. Por lo visto, no pensaban dejarme mientras no les informara puntualmente del contenido de la carta, a la que aludieron velada o directamente varias veces. Mi ánimo, encogido y ensimismado por la llegada del sobre azul, se distendió al comprobar lo que, antes que nadie, habían ya advertido los ojos escrutadores de Madre de Dios. Sentada en el porchecillo de entrada, jugando a enlazar unos juncos con otros, Pepa Niebla me estaba esperando.

XXV

CARTA DE LISA

MISTRESS NIGHTINGALE miró a su hijo, su hijo al cartero, el cartero a Pepa Niebla, Pepa Niebla al cura. Todos los rostros se volvieron hacia mí. Maldije en mi fuero interno el paseo en compañía. ¡No hubiera estado mal recibir a solas y sin testigos la visita de la muchacha!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Madre de Dios severamente.

—Father Nightingale —respondió la chica con gesto compungido— me ha echado de su casa.

El Padre sonrió benévolamente:

—¿Cuándo, Josephine…?

—Ayer.

—¿Por qué? —preguntó el cartero.

—Por el traje amarillo.

—Ayer no puede ser, Pepa Niebla —intervine yo—; estás mintiendo, puesto que esta mañana te he visto en casa del Reverendo.

—Pero fue ayer cuando él me dijo —replicó señalándole acusatoriamente — que usted había comprado un traje amarillo «*a su muy bella tía la honorable Miss Dartmoore*». Y yo le dije que no era verdad: que el traje era mío porque yo había matado una serpiente. Y él no me creyó. Y entonces yo vine y me llevé el traje. Y hoy me lo he puesto en la iglesia para que todos vieran que era mío.

—Está bien, está bien, pequeña… pero nadie te dijo que te fueras… —dijo el Reverendo pacientemente.

Josephine no parecía muy dispuesta a escucharle. Me habló a mí sólo.

—¿Verdad que el traje es mío?

—Sí, muchacha; es tuyo y sólo tuyo.

—Yo dije que lo quería amarillo. Y éste es amarillo. ¡Amarillo y mío!

—Sí.

—Por haber matado a la serpiente.

—Sí.

—Una serpiente así de grande.

—Sí.

—¡Que estaba en su cuarto! Y yo le dije que se fuera. Y no se fue, sino que nos engañó haciéndonos creer que se iba por la puerta. Y después no se largó, como yo le mandé, porque «*la serpiente es más astuta que todos los animales de la Tierra que ha hecho el Señor Dios*». Y entonces hizo un gesto…

—¿La serpiente hizo un gesto? —preguntó el cura, socarrón.

—Sí. Un gesto como diciendo: «*¡Ya me voy!*»…, pero se quedó. Y entonces yo le dije: «*¡Ah, no, señorita! ¡No se lo consiento! ¡Dé usted media vuelta ahora mismo y váyase a tomar el sol!*».

—¿Eso le dijiste?

—Eso le dije. Pero no me contestó.

—¿No te contestó?

—No. Y entonces la maté. Porque Dios dio dominio a los humanos sobre los peces de la mar y sobre las aves del cielo y sobre todo reptil que hay en la tierra.

—Y la serpiente es un reptil —confirmó el cura.

—Sí. Y el traje, mío —ratificó Pepa Niebla.

Pensé para mis adentros que alguien se estaba burlando de alguien, pero no estaba muy claro que no fuera Pepa Niebla quien se burlaba de todos. Minutos después, *Mrs*. Nightingale, su hijo y el cartero se despidieron muy cortésmente de mí llevándose secuestrada a la muchacha.

Apenas me vi solo abrí lentamente el sobre azul. Mi primer movimiento fue acercármelo al rostro e inhalar su perfume. Sentado en uno de los peldaños del porchecillo de entrada, permanecí mucho tiempo cubierto el rostro con el papel, el ánimo suspenso y el pensamiento absorto. No me atrevía a leer su contenido. Temía que tía Elisabeth me anunciara su llegada. No conservo aquella carta ni recuerdo si la destruí o la guardé apenas leída. Me hablaba de lo impacientes que estaban Edward Swam y ella misma por conocer mi informe sobre las posibilidades urbanísticas de la finca; aludía a la buena marcha del Museo, cuyos ingresos aumentaban día a día, y me informaba de que el editor neoyorquino estaba interesado —según le comunicó a Sam Torton— en conocer la marcha de mi nuevo trabajo. El párrafo final decía aproximadamente así: *Te suplico que hagas un generoso esfuerzo para olvidar todo cuanto merece ser olvidado y conservar siempre en la memoria tantas otras cosas que son dignas de ser recordadas con la sonrisa en los labios y en el corazón. Tiernamente tuya*, Lisa.

Ni me anunciaba su visita, ni me llamaba a su lado. Con eso sentí una gran sensación de alivio. Abstraído como estaba con mi propia melancolía, tardé en relacionar una serie de crujidos y chapoteos que llegaban del lado de la costa con la presencia de alguien en la playa. Mi sorpresa fue grande cuando, al incorporarme, divisé a un individuo que trataba de amarrar a un árbol un cabo de cuerda cuyo otro extremo quedaba unido a una lancha motora anclada muy cerca de la orilla.

Cuando hubo concluido, se alejó del árbol (junto al que había dejado un maletín de cuero negro y una funda de pistola), se acercó al borde del mar, donde estaban sus zapatos, sentóse en la arena y comenzó a calzarse. El tipo en cuestión llevaba pantalón corto y cubría el cráneo con un salacot. Era un blanco. Bajé a ver qué diablos quería.

El hombre se llevó un gran sobresalto al verme. Le vi crispar los brazos como buscando una arma y nada pudo maravillarme tanto como su gesto de resignación al comprobar que había sido sorprendido sin medios para defenderse.

—*May I help you?* —pregunté, en mi siempre defectuoso inglés. (¿Puedo ayudarle en algo?).

No me respondió. El acento extranjero debió de aumentar el recelo que de mis intenciones albergaba. No hay nada más peligroso —pensé— que un hombre asustado. Quiero decir con esto que su miedo me dio miedo. Yo no he sido nunca un hombre valiente. Mis aficiones y mi dedicación no han aguzado mi rapidez de reflejos. Y, en cualquier circunstancia arriesgada, me encuentro, por ello, en inferioridad de condiciones. Mi tranquilidad estaba en su tranquilidad. Intenté por todos los medios deshacer sus sospechas. Avancé unos pasos mostrando las manos libres.

—¡No se mueva! —le oí decir.

—Caballero, me permito recordarle que estoy en mi casa —dije, procurando que mi voz fuera firme.

—Llevo veinte años viviendo en la isla, y sé que en esta casa no vive nadie.

—Exacto —respondí—. Y ése es el motivo de que usted no me conozca.

En esto estábamos cuando vi llegar corriendo hacia mí a Pepa Niebla. No tuve ocasión de averiguar entonces a qué venía esta nueva intromisión de la negrita, pues apenas me volví hacia ella, el hombre de la playa se acercó de un salto a los bultos que acababa de desembarcar y, cuando quise volver a hablarle, me encontré encañonado por una pistola.

—*Good, afternoon, Mr. Wassermann* —dijo entonces Pepa Niebla marcando mucho las eses.

—¿Qué haces aquí, Josephine? —preguntó el extraño sujeto.

—Estoy viviendo con este *gentleman* —mintió.

—¿Y quién es este *gentleman*? —preguntó sin dejar de encañonarme.

—¡Oh…! ¿no lo sabe? Es *Mr*. Gaids Dartmoore… ¡todo el mundo lo conoce!

—Y yo —pregunté, simulando estar calmado—, ¿puedo saber a quién debo el honor de esta visita?

—Es el doctor Wassman —explicó Josephine—. ¡Y está pescando!

—Wassermann —corrigió el aludido—. Ludwig Wassermann y no estoy pescando. ¿Hay alguien más en la casa?

—No —respondí.

—¿Josephine?

—No. No hay nadie.

—¿No mientes?

—¡Yo nunca miento! —protestó.

Por dar cierta cordialidad a la escena, por romper la acritud reinante, y porque creo que Josephine lo merecía, me permití bromear.

—Algunas veces, cuando está distraída, Josephine dice cosas que no son del todo ciertas. En este caso, doctor Wassermann, le aseguro que lo que dice la chica es exacto.

A lo que el insólito visitante, que no era precisamente un heraldo exquisito de la amabilidad, respondió, después de haber enfundado el arma:

—Escuche lo que le digo, *young man*. Lo que ha afirmado *Miss* Josephine es una gran verdad: ella no miente nunca.

—¡Nunca! —recalcó Pepa Niebla, que parecía muy afectada por mi broma.

Quise meditar en el sentido de estas palabras, pero el recién llegado no me dio tiempo para ello. Sonrió por primera vez, avanzó unos pasos y me tendió la mano.

—Le ruego me disculpe por mi sinceridad. La mayor parte de los blancos del mundo son unos indeseables. Y los que suelen venir por aquí ¡todos!

—¡Es usted muy generoso conmigo!

—Tenga en cuenta que es usted el primer blanco que veo en mucho tiempo. Y me ha desagradado profundamente.

—¿Usted no es inglés, verdad? —pregunté.

—No. Soy alemán. Tampoco usted parece ser de estas tierras.

—Soy español —aclaré.

—Viene usted de muy lejos…

—No menos que usted.

Por testificar mi personalidad con avales de más alcurnia que el de la negra, comenté:

—Estábamos aquí, hace unas horas, el Padre Nightingale y yo cuando nos informaron de que un hijo de President Washington Norman había sufrido un accidente. Ahora comprendo que debe usted de ser el doctor a quien avisaron…

—El camino más corto para llegar al poblado es el mar —respondió—. Y por no dar toda la vuelta al cabo, juzgué mejor desembarcar aquí. ¡Josephine! —ordenó a la negra—, tráeme un maletín de cuero que he dejado en la arenal.

—¿Conoce usted a Josephine hace tiempo? —pregunté mientras aquélla cumplía lo mandado.

—Josephine y yo somos muy buenos amigos —respondió alzando la voz —. ¿Verdad, muchacha?

Pepa Niebla asintió desde lejos, moviendo violentamente la cabeza.

Cuando tuvo el maletín en sus manos, maldijo la urgencia de atender al niño atacado por la tortuga que le privaba de charlar conmigo, cual sería su deseo, repitió dos veces más que los blancos como él y yo no éramos buena gente, nos dio la espalda, y a grandes zancadas se alejó de allí.

Ni la sorpresa por los modos ciertamente inusitados del alemán, ni la carta recién leída que me escribió tía Elisabeth, ni el temor a que el cura Nightingale y su madre vinieran a buscar a Pepa Niebla, de cuya vigilancia acababa, por segunda vez, de huir, fueron bastantes para arrancar de mi voluntad los malos deseos. La presencia de la muchacha de color me turbaba más de lo que pueda acertar a describir; pero no eran éstas las únicas preocupaciones que me inquietaban. La conquista de una mujer necesitaría sin duda unos preámbulos, unas fórmulas, que llevaran a su ánimo —bien que por medios indirectos— la seguridad de que ambas partes interesadas coinciden en una misma intención. Y yo desconocía totalmente el arte de conseguir esa unidad de propósitos. ¿Cómo haría Justo Maqueira para triunfar en tales trances? Yo siempre había tachado las suyas de fáciles conquistas. ¿Fáciles? ¿Eran realmente fáciles? ¿Cuál sería la primera palabra, cómo formular tan aventurada invitación?

Encendí un cigarrillo. Hubiera querido decir: «¡Qué feliz soy de que estés aquí otra vez!». Pero mis labios murmuraron: «Me parece muy mal que hayas vuelto a escaparte». Mi propósito era añadir: «Deseaba con toda mi alma que

vinieses». Pero lo que me oí decir fue: «No me gusta que desobedezcas al Reverendo Nightingale».

—¡*Mr*. Geids, *Mr*. Geids!… —gritó la muchacha—. ¡Yo he venido a verle para obedecer al Padre Nightingale! ¿No lo comprende? ¡Sólo por obedecerle!

—No creo nada de lo que estás diciendo —protesté—. Explícate mejor. Pero ten en cuenta que yo sé leer en tus ojos cada vez que mientes.

—¡Yo nunca miento! ¡Pregúnteselo al doctor Wassman, y ya verá lo que le dice!

—De acuerdo: se lo preguntaré. Y ahora dime: ¿en qué has obedecido al Reverendo?

Pepa Niebla se sentó en un peñasco, y comenzó a hablar:

—«*¡Qué bonita es el traje amarillo que llevas puesto!*», me dijo Madre de Dios…; y el Reverendo añadió: «*¡Sí que es bonito! Muy bonito es, sí, señor. ¡Muy bonito!*». Y entonces el cartero preguntó: «*¿Quién te lo ha regalado?*». Y yo dije: «*Me lo ha comprado el señor Geids por matar una serpiente*». Y entonces dijo el Reverendo: «*¡Ah desgraciada! ¿Y cómo vas a hacer para demostrarle tu gratitud? ¿Tienes dinero para hacerle a él otro regalo, para comprarle unas flores, un libro o unos calcetines?*». Y yo contesté: «*No, Padre; no tengo dinero para comprarle unas flores, un libro o unos calcetines*». Y entonces dijo el cura: «*¿Y tienes una huerta o un corral para regalar al señor Geids un cesto de papayas, huevos o piñas?*». Y yo le dije: «*No, Padre; yo no tengo huertas ni corrales para regalar papayas, ni huevos, ni piñas. Y lo que es más grave: tampoco tengo una cesta. Porque los huevos, las papayas y las piñas los puedo coger de las huertas o los corrales de otros, pero si no tengo una cesta, ¿dónde los metería?*». Y entonces dijo el cartero: «*Roba la cesta*». Y el cura gritó: «*¡Maldito seas tú y toda tu descendencia por haber dicho a la mujer que robe una cesta! Dios pondrá enemistad entre ti y la mujer, por eso que has dicho*». Y lo echó de nuestra compañía. Entonces el cura añadió: «*Hija mía, como no tienes dinero para comprarle unas flores o un libro o unos calcetines; ni una huerta para regalarle papayas, huevos o piñas, y ni siquiera tienes una cesta para dársela vacía, ve y baila delante de él, porque yo sé que eso le agrada*». Y entonces dijo Madre de Dios: «*¡Yo no quiero que Josephine baile delante de hombres, porque les hierven los ojos de lascivia y su pecho se enciende con malos deseos!*». Y dijo el Padre: «*¡Baila, hija, baila, porque tus danzas son gratas a los ojos de Dios!*». Y volviéndose a *Mrs*. Nightingale exclamó: «*Maldita seas, mujer, por…*».

—Pepa Niebla —interrumpí—, ¿estás segura, con la mano en el corazón, de que el cura maldijo a su madre?

Pepa movió la cabeza atormentada por las dudas.

—¡Como me ha interrumpido —confesó—, ya no me acuerdo…!

—Pues mira: no sólo te compraré otro traje azul, preciosísimo, que he visto en la tienda, sino unos zapatos blancos, y otros guantes, y una caja hecha de conchas, y una camisa para dormir, y… —calculé mentalmente si mi presupuesto daría para tanto— y… dime tú, Pepa Niebla, ¿qué más quieres que te regale?

—Unas braguitas —respondió— y un sostén.

—Te compraré tres pares. O, si prefieres, te daré el dinero para que te los compres tú.

—Y yo bailaré un día y una noche y otro día y otra noche. Porque no tengo cesta, ni huerto, ni dinero… ¡y mis bailes son gratos a los ojos de Dios!

Hubo un silencio. El regalo que me anunciaba Pepa Niebla me complacía bastante más que un cestillo con papayas tropicales. Se me antojaba fascinante eso de que bailara a solas para mí, como prueba de gratitud. Sólo imaginarlo me estremecía. ¿Debía invitarla inmediatamente a pasar adentro? Por supuesto que mi dormitorio era el cuarto más adecuado para ello. «¡Vamos, Jaime, decídete. Invítala a pasar!». Me dije esto, mas no conseguí decidirme. Antes bien me sonrojé de que pudiera leer mis pensamientos. La indecisión de mi ánimo, nacida de la timidez, buscaba los más hábiles subterfugios para manifestarse.

Mis dilemas no eran tan morales como cronológicos. Yo le había prometido comprarle determinadas prendas de ropa. ¿Qué debía ir por delante: el precio o el premio? ¿Cuál era la palabra «exacta» que debía emplear para que ella entendiera mis verdaderas intenciones? ¿Cuáles las suyas para que no hubiese equívoco alguno en su aceptación? Aquella mujer me atraía como a virutas de hierro la piedra imán. Y, no obstante, mi cobardía era mayor que mi deseo.

—Bien, bien, Josephine… —dije a punto de decidirme.

—¿Sí, *Mr*. Geids?

—Hace calor, ¿verdad?

—Sí, *Mr*. Geids.

—Dentro de casa estará mucho más fresco.

—¡Oh, sí! ¡Dentro de su casa, en la parte alta, en la torre, siempre corre la brisa!

—Claro; hay cuatro ventanas ¡imagínate! Una a cada lado.

—Y siempre hay brisa. Por eso la escogía yo para dormir. Y en invierno, ¿sabe usted?, dormía vestida.

—¿Ah, sí?

—Sí, *Mr*. Geids. Porque si no dormía vestida, pasaba frío. ¡Ahora en verano es distinto!

—Bien, bien.

—¡Ah, sí: completamente distinto!

—Bien, bien, bien…

Josephine, las manos en la espalda, se balanceaba alternando el peso sobre uno y otro pie.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora?

—¿Qué, *Mr*. Geids?

—Estoy dudando. No sé si dormir una siesta o ir al pueblo a comprarte lo que te he prometido.

—Lo que usted diga, *Mr*. Geids.

—Quizás haga mucho calor para ir ahora de compras.

—¡Oh, sí, mucho calor; un calor grandísimo!

—Bien, bien, bien…

—¿Qué, *Mr*. Geids?

—Nada, nada. He pensado que voy a hacerte las compras ahora, ¿sabes? Y, como hace tanto calor, si tú quieres puedes dormir la siesta en mi cama, entretanto.

—Sí, *Mr*. Geids.

—Yo volveré pronto.

Le di la espalda corridísimo y me encaminé al poblado. ¿No habría estado demasiado audaz? La respuesta más piadosa que me vino a las mientes fue ésta: «Soy un gran majadero. El más grande de los majaderos que ha pisado la tierra».

El mestizo de indio y negro que me vendió las prendas interiores —un juego rojo, otro azul, blanco el tercero— no pareció inmutarse: señal que, según deduje, era inequívoca de su sangre lucaya (pues sus abuelos no se helaron de espanto al conocer a la raza blanca). Envolvió los trajes, braguitas y sujetadores en un paquete; las latas de conserva que adquirí para disimular, en otro; y me deseó que las disfrutase a gusto no sabiendo a ciencia cierta a cuál de las compras se refería. Apreté los bultos bajo las axilas, con no poco sofoco, y me alejé de allí. ¿Tendrían los ojos de los negros la virtud de los rayos X? ¿Por qué, entonces, los transeúntes miraban los paquetes con tanta soma?

—¿Le ayudo, *Mr*. Gades?

Era la voz de Wassermann.

—En modo alguno… Le aseguro que no es necesario.

¡Ah, maldita suerte la mía! El médico se encaminaba hacia mi propia casa para embarcar. ¡Como se considerara obligado a darme conversación, mis planes se vendrían abajo!

—Mal asunto el del chiquillo —comentó el doctor—. No he podido hacer nada. Perderá el pie.

—¿Tanta fuerza tiene una tortuga?

—Por su forma, la boca de la tortuga es semejante al pico de un loro. Su mandíbula tiene el poder de un mastín. Basil Drisdale, después de pescarla, no debió dejarla en la playa entre los niños.

Caminamos en silencio. Al llegar a casa, el médico se limpió el sudor de la frente con el antebrazo desnudo.

—¿Me invita usted a una cerveza?

—Lo siento, doctor. Mi despensa está vacía… Pero diré a Pepa Niebla que vaya al poblado y…

—¿Quién ha dicho usted?

—He querido decir Josephine. Yo la llamo así.

El doctor miró su reloj.

—No hace falta. Mire: la tarde es joven. Le propongo que venga usted a mi casa. Le llevaré y traeré en mi barca. Llevo a bordo algo de comida. El paseo vale la pena.

Dudé unos instantes:

—¿Puedo llevar conmigo a Josephine?

El alemán clavó en mí sus ojos, penetrantes y acerados.

—Por supuesto. Ya le he dicho que esa muchacha y yo somos viejos amigos.

XXVI

EL DOCTOR WASSERMANN DICE LA VERDAD

LUDWIG WASSERMANN ERA EL ÚNICO blanco, fuera de mi persona, que habitaba en la Isla de los Mosquitos. Nació en un pueblo de Prusia Oriental en 1909. Hombre de corta estatura, cuadrado de espaldas, brazos fortísimos y nuca poderosa, antes parecía boxeador retirado que médico de profesión. Todo su aspecto denunciaba reciedumbre: la mandíbula cuadrada, el andar seguro, la postura exageradamente erecta, cosa que acontece con frecuencia a los hombres de menguada estatura. Con todo, la clave de su personalidad estaba en las cejas: eran pobladísimas, hirsutas y cuasi albinas. El pelo, cortado a cepillo, no era, con ser muy rubio, tan claro como sus cejas, que enmarcaban unos ojillos grises, inquietísimos y agudos. Las horas que le dejaba libre su profesión, las empleaba —según me explicó— en partir leña para fortificar sus músculos o cultivar un maravilloso jardín del que se consideraba particularmente orgulloso. Por la noche, se sentaba al piano, que era el único de la isla, e interpretaba a Bach y a Mozart. Los lunes depositaba en el cementerio un ramo de florecillas en la tumba de su mujer, que era inglesa, y los miércoles y domingos, con increíble regularidad, pescaba al atardecer en una lanchilla de motor que —según me dijo— situaba frente a mi casa.

La guerra fue un tormento para él más grande que para otros, y no sólo por la nacionalidad de su mujer, a la que quería entrañablemente (toda su casa era un muestrario de recuerdos de ella), sino por las especiales circunstancias de su participación en el conflicto. Wassermann —apenas hubimos embarcado— no se recató en confesarme que tanto su mujer como él habían trabajado en el interior de Alemania al servicio del espionaje británico. Terminada la guerra y huido de su país, el gobierno de Su Majestad premió sus servicios concediéndole un puesto vitalicio de médico rural. Ludwig Wassermann seleccionó entonces la más alejada y miserable de las islas, del más alejado y pobre de los archipiélagos donde Gran Bretaña ejercía su poder. Era un fugitivo de la Sociedad, como yo lo había sido en Hansbrook —como, en cierto modo, lo era en Los Mosquitos—, y esta circunstancia colaboró no

poco —a pesar de la diferencia de años— a la corriente de amistad que nació entre los dos.

Navegábamos desde mi casa a la suya, movidos por un motor fuera borda, nada potente, por cierto. Wassermann llevaba el timón y se esforzaba, al contarme la historia de su vida, en deshacer la mala impresión que pudo haberme causado —y en efecto me causó— nuestro primer encuentro. Me dio una caña muy corta, provista de un carrete. Él mismo se encargó de lanzar la cucharilla al agua y me cursó las cuatro o cinco instrucciones precisas que yo debía seguir a rajatabla —¡a rajatabla, insistió!— para el caso de que picara un pez. Al ver que no entendía bien por ser bisoño en esas lides, concretó de modo tajante:

—Si le pican, entregue la caña a Josephine. ¡Ella ya sabe!

—¿Se conocen ustedes hace tiempo? —inquirí, olvidando haberle preguntado lo mismo horas antes.

—Yo conozco a todos los habitantes de la isla hace tiempo —respondió—. Pero a ésta…

Observé que, al mirarla, los ojillos duros y penetrantes del médico se enternecieron de un modo muy similar a los del Reverendo Nightingale.

—A ésta la conocí… hace… ¿cuánto tiempo hace, Josephine, que comencé a tratarte?

Pepa Niebla se encogió de hombros.

—No sé…

—Unos diez años —calculó el médico—. Tendrías unos ocho de edad. Eras una chiquilla asombrosa, absolutamente asombrosa.

Josephine sonrió ante el cumplido.

—¿Recuerdas a mi mujer? —preguntó Wassermann, mirándola al fondo de los ojos.

—¡Oh, sí! Ahora está sentada en la tienda de los Justos.

Hubo un silencio. Wassermann tragó saliva.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó suavemente.

—Porque la he visto. La veo muchas veces…

—Berta y yo, habíamos decidido adoptar a Josephine —dijo Wassermann dirigiéndose a mí—. Mi mujer adoraba a esta pequeña. Al morir ella, desistí.

Navegamos largo rato en silencio. Al cabo de un tiempo el médico hizo girar la embarcación hacia tierra. No entendí bien lo que pretendía. A causa de la original configuración del terreno, no se adivinaba desde el mar, hasta

que se estaba dentro, la existencia del largo, bellísimo y original estero al que me condujo. Se trataba de un brazo de mar que penetraba en tierra hasta una gran distancia de la costa. Pensé que se asemejaba a mí en sus tortuosidades, pues daba mil vueltas y revueltas sobre su propio eje como un río loco que no acaba de encontrar su desembocadura. Las orillas pantanosas del estero estaban cubiertas de unas raíces entrecruzadas una y mil veces consigo mismas, formando una alfombra natural que daba consistencia a aquel suelo movedizo cual si quisiera protegerle con su enrejado. Entre sus nervaduras anidaban las especies más variadas de aves acuáticas que cabe imaginar. Al pronto pensé que eran flores: unos a modo de nenúfares blancos que flotaban en los bordes. No tardé en salir de mi error: al suave chapoteo de nuestros remos se asustaron y comenzaron a volar en tan ingentes cantidades, que nos maravillaron.

Aunque la boca del estero en su confluencia con el mar tenía profundidad bastante para un barco de tres metros de calado —y a nuestra lancha le bastaba con medio metro—, a medida que avanzábamos la profundidad disminuía ostensiblemente, de suerte que tuvimos que elevar el motor fuera a borda para que no diera la hélice en el fondo. Fue preciso continuar avanzando con los remos.

—¡Mira! —exclamó Josephine—. ¡Un *baby shark*!

Era una cría de tiburón, no mayor de tres palmos, que huía de nosotros, proa delante. Y como no tenía otra salida que volver grupas y pasar bajo nuestra quilla, y a tanto no se atrevía, nos iba precediendo indicándonos el camino.

Tras la zona baja de raíces y nidos (que algún día remoto fue mar) un bosque airoso y bellísimo de palmeras reales se alzaba en la costa antigua.

Con cuidado de no encallar en los bordes y navegar sobre el eje de mayor profundidad (que no estaba siempre situado en la equidistancia entre las dos orillas), llegamos al último extremo de aquel entrante de la costa que, aun conteniendo agua amarga, por su peculiar configuración, se diría ser río. Una playa sin olas, de blanquísima arena, se extendía desde el agua a las palmeras. Allí, protegidas por su sombra, había tres cabañas perfectamente construidas. Pertenecían (según rezaba un letrero prohibiendo la entrada) a un centro de investigación ornitológica de las Bahamas, dependiente del Gobierno. Allí acudían antiguamente todas las primaveras unos hombres que —al decir de Pepa Niebla— «ponían pulseras en las manos a los pájaros».

Años más tarde aprendí —y no quiero dejar de apuntarlo ahora— que muchos de los ejemplares anillados en esta isla han sido vistos y denunciados

por ornitólogos en centros similares del Coto Doñana, propiedad del Gobierno español, en el sur de la Península, donde existe, según he leído en textos ingleses, la mayor concentración y variedad de aves del Viejo Continente, pues por su especial situación es lugar de paso para las migraciones que llegan desde la próxima África y la América lejana. La visión por los tripulantes de las carabelas descubridoras de estas aves viajeras engañó numerosas veces a Colón haciéndale creer en la falsa proximidad de tierra. ¡Y es que muchos siglos antes de que América fuese descubierta por las naves españolas, Europa había sido descubierta por las aves americanas!

¡Qué prodigioso lugar! El estero que muy pronto bauticé «de los pájaros» era un magnífico puerto natural resguardado de temporales, umbrío por la exuberante vegetación, infinitamente pacífico y amable, abundante en caza, en pesca, y en dos alimentos suplementarios: huevos de volátiles y fruta: mangos, papayas, cocos y piñas salvajes.

Amarramos la barca junto a las cabañas, y saltamos a tierra.

Pepa Niebla echó a correr.

—No te entretengas —gritó el doctor—. Desde aquí iremos a pie hasta mi casa.

—¿Dónde va? —pregunté.

—Supongo que a coger frutas. Son excelentes y ella es muy golosa.

Hizo bocina con las manos, y gritó a Josephine.

—¡Te esperamos en casa!

—¿Vive usted cerca, doctor?

—No muy cerca, pero he supuesto que le gustaría a usted conocer esto. Es la zona más bella de la isla. Y la más rica. A pesar de todo está deshabitada.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros malhumorado.

—Las gentes de aquí no se distinguen precisamente por su clarividencia.

Echamos a andar, entre los mil canales en que se bifurcaba el estero tierra adentro.

—He notado —me dijo el doctor— que llama usted a esa chica por un nombre que no es el suyo.

—¿Pepa Niebla?

—Exacto.

—Pepa, en castellano —expliqué— significa Josephine. Y Niebla…

Lo expliqué cari con las mismas palabras que día me dijo.

—«Nie-bla» significa esa nube que no es exactamente una nube y que baja sobre la tierra y no se ve cari nada. En inglés la llaman «fog» y también

«mist»…

—En alemán —comentó el médico—, se dice *nebel*. ¡Está muy bien puesto ese nombre! Ella es exactamente eso: *nebel*, niebla. Es muy difícil leer dentro de su alma.

—¿De qué la trató usted cuando tenía ocho años?

—Ella se acuerda muy bien de eso. Pregúnteselo algún día y le contará cómo le quité las amígdalas.

—¿Por qué dijo usted que era «asombrosa»?

Clavó sus ojos en mí y rió.

—¿No lo es acaso, ahora?

—Sí, lo es.

—Dígame, señor Dartmoore, ¿trabaja realmente esa chica para usted?

—Todavía no. Pero eso pretendo.

La casa del doctor, estaba situada en una atalaya a más de dos kilómetros del estero. El pequeño muelle senda para atracar, mas no para dejar la barca durante la noche por temor a que se levantara el mar. No era lujosa, pero el orden y el buen gusto se advertían por doquier.

—Bien, señor Gades; ¿va usted a permanecer mucho tiempo en la isla? —me preguntó apenas estuvimos sentados cara al mar con dos vasos de *whisky* junto a nosotros.

—Me temo que un montón de meses —respondí—. He venido aquí en parte por negocios (soy copropietario de la mayor finca que hay aquí) y en parte…

—Le escucho, *Herr* Gades, le escucho…

—En parte por concluir, lejos de toda distracción, unos libros que estoy escribiendo.

—¿Tiene usted algún interés especial por esa muchacha?

—Uno de los libros que tengo en proyecto trata de la supervivencia, en América, de las costumbres y tradiciones de las razas aborígenes africanas.

—¿Es usted antropólogo?

—Soy historiador nada más. Y, a veces necesito, el concurso de los antropólogos. Uno de los títulos que estoy concluyendo es *Estudio antropológico de los indios lucayos*…

—Y… ¿qué sabe usted de eso?

—Creo, le ruego me disculpe, que de ese tema sé más que nadie.

—Por lo menos, es usted sincero.

—Lo soy.

Bebió un largo trago de *whisky*. Hizo un gesto de desagrado al ver que había llegado al fondo, y se sirvió otro.

—¿Le sirvo a usted más?

—Estoy tratando de averiguar si puedo conseguir dejar de beber —respondí.

—Todo hombre consigue lo que se propone. Es usted un hombre interesante, *Herr* Gades. Me alegro saberle vecino mío. Estoy dispuesto a departir con usted cinco horas por semana.

Ni una más ni una menos. Siempre que usted me consienta esos límites.

—Estoy seguro de que en lo futuro seré partidario del límite mayor, señor Wassermann. Porque intuyo que es usted más humano y cordial de lo que gusta aparentar…

—Je je, je… —rió tímidamente. Y después rasgó una gran carcajada—. ¡Sí, señor! Tenemos que vemos.

Hizo una pausa.

—Pues bien, señor Gades, si va usted a permanecer algún tiempo en la isla y no tiene ningún interés «especial» por esa muchacha, quizá le conviniera saber algo de ella.

—El Padre Nightingale me dijo esta mañana una porción de cosas. Me habló con mucho misterio… mas no acabó de confiarse. Me preguntó insistentemente si no había observado «algo» al hablar con ella. Pero no entendí bien a qué se refería. Lo único que he observado es su gran afición a mentir.

—Gran error, señor Gades. Josephine —ya se lo dije— no miente nunca.

Le miré sorprendidísimo. Rompí a reír.

—¡Es la más grande embustera de la tierra! —repliqué.

Wassermann no me acompañó en la carcajada.

—El Padre Nightingale —comentó, mirando atentamente el fondo de su vaso— es un gran santo. Seres como él le inclinan a uno a reconciliarse con los hombres. ¿No le habló de cuando yo reconocí a la muchacha por primera vez? Fue él quien me la trajo.

—¿Para extirparle las amígdalas?

—Eso dice siempre Josephine; pero no es cierto. Ella conserva sus amígdalas. Nunca ha sido operada de la garganta ni de ninguna otra cosa.

—Me sorprende usted, doctor. ¿No acaba de confesarme que esa chica no miente nunca?

Wassermann me ofreció un cigarrillo, encendió el suyo, exhaló el humo.

—Vamos a ver, señor Gades. Respóndame a la pregunta que le hizo el Reverendo. ¿No ha observado usted nada sorprendente en esa muchacha?

—Sí, por supuesto. Toda ella es sorprendente. Le confieso que su personalidad ha llegado a cautivarme. No sé si me he explicado bien; he querido decir a enternecerme. ¿Qué otra cosa es lo que yo debía haber observado al hablar con ella?

—Que está alucinada —respondió el médico con gran naturalidad.

—Perdón, doctor —exclamé a punto de perder la paciencia—. Mi inglés, ya lo habrá usted notado, es muy pobre. Y no acabo de entender lo que quiere usted decirme.

—Quiero decirle que esa chica está loca.

—¿Quiere decirme que…?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Y no otra cosa: está loca. Y debería estar encerrada. Pero… ¿quién paga los gastos? ¡Ya hicieron cuanto podían los feligreses del párroco enviándola a Nassau a que la observara un especialista! ¡Más… no pudieron hacer! Josephine ha vivido siempre a costa de la comunidad de vecinos. Fue un gran sufrimiento para todos ver confirmado por el neurólogo lo que yo mismo había diagnosticado. La habían criado como a una hija desde recién nacida…

(¿Cómo decir hasta qué punto me conmovió la inesperada revelación? Mas he de advertir que mi sorpresa no estaba teñida de repugnancia. La posibilidad de adueñarme de aquel cuerpo y enseñorearme de lo que hubiese en ella de espíritu, me acuciaba hasta el paroxismo).

—Dígame, doctor, ¿en qué consiste su locura?

—Ella no es consciente de nada de cuanto acaece a su alrededor. Vive solamente de quimeras que prefigura su fantasía. Ni sus actos ni sus palabras guardan necesariamente relación con la realidad. Si ella piensa que usted la quiere atacar, se defenderá con un cuchillo; si imagina que la casa está ardiendo, la inundará de agua; si se le antoja figurarse que el bombero del pueblo es su padre, le tratará como a un padre delante de toda la comunidad. Pero esas manías no son permanentes. Al poco tiempo las ha trocado por otras distintas. ¿Cree usted que es normal ponerse a bailar en la iglesia ante el Santísimo o tirarse al agua para salvar a un niño atacado por las barracudas cuando no era cierto que hubiese ningún niño atacado, pero sí que el mar estaba infestado de barracudas? Roba continuamente en la tienda y en las casas, pero como no esconde lo que roba, es fácil recuperarlo después. Una vez asistió como ayudante de comadrona a una parturienta (pues es muy hábil y paciente como enfermera), ¡pero robó a la criatura y huyó con ella a la

jungla! Se organizaron batidas de día y de noche, y no la encontraron hasta el tercer día. Estaba en una cueva de alimañas. Cuando eso ocurrió, tenía escasamente quince años. La encontraran con el pequeño colgado del pecho al que daba de mamar.

—¿De mamar?

—Eso imaginaba ella. El crío estuvo a punto de morir de hambre. Afortunadamente, los descubrieron a tiempo. Mucho antes de esto yo la había ya reconocido a fondo, y aconsejé la enviaran a Nassau para que fuera tratada por el doctor Rosewald. Es un especialista eminente.

—¿El doctor Rosewald? Le conozco muy bien.

—¿Conoce usted al doctor Rosewald? Yo le hice un informe consumado de cuanto había podido observar en la muchacha. Me cuidé muy bien de advertirle que yo no era un experto en su especialidad. Su diagnóstico fue contundente. Era un caso típico de hebefrenia, en grado agudo, incurable y probablemente peligroso. Josephine debía ser recluida.

—El doctor Rosewald odia a los negros —comenté—. Recuerdo muy bien una conversación que mantuve con él en Nassau.

—Para un médico —respondió con sequedad el doctor—, los pacientes no tienen piel.

—Hebefrenia… ¿en qué consiste eso? ¿Por qué es peligroso?

—Es una variedad o un tipo específico de esquizofrenia. Intentaré explicarme. La esquizofrenia es un estado mental que se caracteriza por un determinado trastorno en el proceso de asociación de las ideas; en la modalidad hebefrénica ese trastorno lo producen —por decirlo de modo que usted me entienda— los ensueños. El enfermo vive «ensoñado», si me permite usted este vocablo. Del mismo modo que las personas normales, mientras duermen, entrelazan las rememoraciones y los deseos con la fantasía —sin sujeción alguna a la lógica— para conformar los sueños, en el hebefrénico, eso mismo les acontece despiertos. Es decir, viven despiertos un sueño continuo e ininterrumpido. Son totalmente irresponsables, y ciertamente peligrosos. ¿Usted no ha soñado nunca que mataba a alguien?

—Sí. Es probable que haya soñado eso alguna vez…

—Pues bien, usted no es responsable de un crimen por soñarlo; ni peligroso, pues no lo realiza en la realidad de la vida sino en la irrealidad de los sueños. Un hebefrénico, en cambio, hace lo que sueña. Si sueña que mata, matará en la realidad. No es responsable, porque mata soñando, pero sí es peligroso, pues soñando y todo mata real y verdaderamente. ¿Lo ha entendido?

—¡Ése no puede ser el caso de esa criatura! —repliqué con calor—. Es profundamente bondadosa y tierna y llena de encanto natural. El Padre Nightingale me dijo algo que me sobrecogió: «A veces pienso (me confesó) que Dios está con ella…».

—¡Bah, bah! ¡Literatura! Dios la ha dejado de su mano. En los planes del Creador, Josephine no figuraba.

A medida que mi torpeza aceptaba y entendía en toda su tremenda dimensión cuanto me decía Wassermann, el conocimiento de la realidad me iba llenando de espanto. La mujer que anhelaba tener entre mis brazos era un ser que no tenía de humano más que la forma, y la facultad de hablar.

—Yo he observado en ella cierta lógica, doctor —dije.

—No, no, amigo mío. Lo que usted habrá apreciado en ella son ciertas respuestas coherentes —y en algunos casos ingeniosísimas— que los esquizofrénicos alternan con otras radicalmente absurdas. No confunda usted la hebefrenia con la oligofrenia. Ella no es una idiota que lleva una vida simplemente vegetativa; ni siquiera una débil mentid. Su enfermedad no atañe a la inteligencia (en su sentido de capacidad de entender) sino al equilibrio que esa inteligencia necesita para ser útil a quien la tiene.

—No comprendo lo que me dice, doctor Wassermann.

—Es muy sencillo, señor Gades. Un idiota —u oligofrénico profundo— no tiene ideas. Un esquizofrénico sí las tiene, pero son falsas, incomprensibles psicológicamente y desconectadas de la realidad. Un idiota no es capaz de pensar. Un esquizofrénico sí, pero sus pensamientos producen vértigo a las personas normales, pues no se aproximan a «lo que es» sino a lo que el enfermo «cree» que es. Si usted pregunta a Josephine si tiene apetito y ella contesta «sí», no se deje usted engañar por la respuesta, pues no siendo más que dos las contestaciones posibles existe un 50 por ciento de probabilidades de que su verdad biológica (el hambre) coincida con su verdad intelectual (creer que sabe que la tiene). Toda la conducta de Josephine está marcada por una entrega irreversible a una fantasía patológica que la mantiene anclada en el reino de lo absurdo.

—¿Quiere usted decir que padece delirios?

Wassermann se reclinó en su asiento, echó su cuerpo hacia atrás; sonrió sin alegría.

—En el caso de Josephine sobra el plural. ¡Vive en un puro y perpetuo delirio producido por una cadena ininterrumpida de alucinaciones!

Guardó silencio. Yo estaba doblemente admirado: en primer término, por lo que aprendía de Pepa Niebla; en segundo lugar, por lo que echaba de ver en

mi interior. ¿De qué elementos estaba compuesta mi alma para que aquella muchacha sin juicio me atrajera más cuanto más aprendía que estaba desprovista de razón? ¿No tendría mi impulso inicial hacia ella, un significado íntimo y desconocido hasta entonces por mí? Ese anhelo de poseerla, ¿no respondería a una congénita anormalidad mía, a una configuración enfermiza de mi ser? Al deseo de poseerla físicamente que aprecié en mí desde el baile de «La Mujer y la Serpiente» se incorporaba ahora el de poseer también esa inteligencia capaz de idear, mas no de razonar; de crear situaciones mentales, mas no de enjuiciarlas.

—Una de las aptitudes más acusadas en Josephine —continuó Wassermann— es la del «pensamiento sonoro». Cuando ella medita, *oye* sus ideas; las escucha con el oído, como usted mis palabras. Otra condición es la «capacidad interpretativa». Todo cuanto escucha o cuanto ve adquiere automáticamente un significado: tiene un sentido. Así es como cree entender el habla de los pájaros y el por qué de las agrupaciones —en distintas familias y tribus— de las estrellas. Otro de sus síntomas es el del bloqueo del tiempo y el espacio. No sabe nunca dónde está ni si el momento que vive es hoy, ayer o mañana. Así la he oído decir: «El año que viene me hizo usted mucho daño al quitarme las amígdalas», o bien «ayer le dije a Dios que yo no quería nacer, pero Él se empeñó. Y aquí estoy».

—No siga más, doctor. Eso que acaba de decir…

—…Parece haberle impresionado a usted…

—Más aún. Me ha estremecido. Porque da a entender que ella es consciente de su mal y que sufre por ello.

—Casi todos los esquizofrénicos son conscientes de su enfermedad, aunque muy pocas veces lo confiesan.

Me serví apresuradamente un *whisky* y lo apuré. Temí haberme excedido en demostrar mi interés por la negra. En adelante procuraría encauzar mis conversaciones con Wassermann hacia temas culturales o políticos. Tenía la sensación de que una gran desgracia se cernía sobre mí. Pepa Niebla era la Nada y yo deseaba lanzarme a aquel abismo, a sabiendas de que nadie sería capaz de impedírmelo ni de salvarme después.

Wassermann me invitó a salir a la terraza desde la que se columbraba la isla frontera (también visible desde mi torre) cuyo nombre español «La Primorosa» se había conservado incólume a través de los siglos británicos. Hacía muchos años que estaba deshabitada.

Me recuerdo a mí mismo aquel atardecer, reclinado en una butaca, contemplando el prodigioso cambio de color de su silueta, mientras el sol

declinaba en la última raya del mar y el médico, sentado al piano, interpretaba un *divertimento* de Mozart. Súbitamente Wassermann se interrumpió. Miró alarmado el reloj.

—Es muy tarde y no me gusta navegar de noche. He estado muy torpe y he olvidado el paso del tiempo.

Dirigí mi vista en derredor.

—¿Dónde se habrá metido esa chiquilla? —dije, fingiendo un aire paternalista y protector.

—Un negro, aunque esté loco —comentó Wassermann riendo—, no se mezcla jamás en las conversaciones de los blancos, salvo que se les requiera para ello. Josephine no andará lejos. Estará revolviendo en mis colecciones de fotografías, o en las golosinas de la despensa.

Wassermann se equivocaba. Pepa Niebla no estaba en la casa. Pepa Niebla no estaba en el muelle. Pepa Niebla no estaba en el jardín.

La buscamos inútilmente por la propiedad y sus contamos. La llamamos a grandes voces. Wassermann disparó al aire su rifle para hacerse oír. Todo fue inútil. Pepa Niebla no estaba.

XXVII

UN ÁNGEL DISTINTO

LA DESAPARICIÓN DE LA NEGRA me dolió profundamente. Intenté disimular mi decepción fingiéndome alarmado por los peligros que pudieran amenazarla.

—Le confieso que yo celebro mucho esas desapariciones —comentó el doctor al verme tan afectado—. Prefiero mil veces saberla a solas con la naturaleza que no en el poblado donde es el escarnio y la befa de todos. Guárdeme el secreto. Yo la he ayudado alguna vez a escapar.

—¡Ah, doctor! Todo lo que he aprendido hoy de esa muchacha me tiene aturdido.

—Parece usted muy interesado por esa criatura —comentó, golpeándome amistosamente la espalda.

—Deseo el mayor bien posible para ella —respondí secamente.

—¿Y se considera usted a sí mismo «ese mayor bien»?

—¿Por qué me pregunta eso?

Hizo un gesto lleno de suficiencia.

—Porque no dudo de que usted sea «el mayor bien posible para ella», pero dudo mucho de que ella sea «el mayor bien posible» para usted.

Con la perspectiva que dan los años, bien entiendo —ahora mientras lo escribo— que Pepa Niebla no era ciertamente el «mayor bien posible» para mí. Pero yo estaba entonces cegado a partes iguales por la lascivia y mi acuciante deseo de saberme hombre. Pretender detenerme en estas condiciones hubiera sido tan inútil como querer parar en el aire el cuerpo de un suicida intentando convencerle con muy buenas razones de que ya no era válida la Ley de la Gravedad.

Wassermann me condujo en su barca hasta mi casa. ¿Cómo no confesar mientras navegábamos que albergaba la secreta esperanza de encontrarla? Por dos veces había huido Pepa Niebla de la vigilancia de Father Nightingale atraída por la querencia de las paredes entre las que acostumbraba a dormir,

lugar donde ya no la dejaban encerrarse desde que yo lo habitaba. ¿Por qué iba a renunciar a la idea de que se hubiera refugiado allí de nuevo?

No me equivoqué. Al llegar a la torre la encontré tumbada sobre mi catre. No tardé en comprender que había olvidado la excursión con Wassermann y que confundía las largas horas transcurridas con los breves minutos que invertí al mediodía en ir al poblado para comprarle la ropa interior que me había pedido, cuando la invité a dormir la siesta en mi cuarto y esperarme. Mi conciencia —nunca del todo acallada— me advirtió lo que había de innoble en comprar por cuatro chucherías la voluntad de una mendiga menor de edad y privada de juicio. Pero yo no escuchaba a mi conciencia: sólo atendía al cuerpo de la negra moviéndose a un lado para hacerme sitio; a sus brazos extendidos hacia mí y al murmullo de sus labios expresando torpemente unas vagas palabras de bienvenida.

Ni me entretuve en el capítulo correspondiente a relatar al pormenor mi fracaso como hombre con tía Elisabeth, a bordo del *Tuckaway,* ni voy a detenerme aquí a describir mi tardío triunfo sobre los complejos. Si un exceso de cerebralización me había cegado hasta entonces los cauces del amor, no por eso dejé de intelectualizar mis instintos. Sin freno, sin cordura, me entregué desde aquella noche a la pasión que la negra me inspiraba. Pero tal entrega no tropezaba ya con el valladar de un entendimiento atormentado, sino con el acicate de lo mismo. El abuso de la razón nunca me hizo razonable; ni el afán de enjuiciarlo todo, juicioso. La hacía bailar desnuda a la luz de la luna sobre la arena de la playa; compuse versos para ella, que titulé Salmos; la amé a bordo de la barca a la deriva; la poseí dentro del mar. Pepa Niebla fue una amante dócil y complaciente. A mis ideas, su vacío cerebro no opuso nunca contraideas, pero en sus venas la sangre circulaba tan rápida como la mía y su corazón se desataba a los mismos impulsos que mi corazón.

Cegado por una decisión inapelable, no sometida a juicio ni a meditación, me entregué a su amor desenfrenadamente. Mientras la amaba dialogaba para mis adentros con Elisabeth Dartmoore. «Escúchame bien, tía Lisa. Esta mujer es una negra loca y miserable; es una rapazuela huérfana recogida por la caridad del pueblo; es un ente estrafalario que desconoce quiénes son sus padres; pero es el ser a quien he escogido para conseguir borrarte de mi memoria para siempre. Y ya lo he conseguido».

No debía ser totalmente cierto esto de que lo había conseguido, pues cada vez que amaba a Pepa Niebla ensartaba ésta o semejantes ideas como si el

acto que realizaba no estuviese inspirado por la atracción de la mujer que tenía entre mis brazos sino por la venganza hacia aquella que no estaba conmigo.

Y no era sólo a tía Lisa a quien dirigía en mi interior tales palabras sino también a mi madre (de cuya influencia, ¡al fin!, comenzaba a liberarme) como si quisiera brindar conjuntamente a las dos hermanas Dartmoore cada uno de mis espasmos y latidos.

Y pasaron los días, las semanas, los meses… ¡Ah, qué colosal experiencia la de mis intentos triunfales de enseñarla a leer! ¡Muchos años más tarde, cuando estuve recluido en el Sanatorio Psiquiátrico Provincial de Madrid, me harté de asombrar a mis propios médicos consiguiendo que aprendieran a escribir varios oligofrénicos en segundo grado, gracias a los conocimientos que adquirí en la Isla de los Mosquitos.

Todo comenzó cuando comprendí que Pepa Niebla interpretaba los signos de nuestro alfabeto no como la representación gráfica de sonidos sino como la representación escrita de ideas.

Para Pepa Niebla no era la nuestra una escritura *fonética* sino *ideográfica*, como el chino. Y pretendía encontrar en los tipos de imprenta de mi máquina de escribir una similitud con objetos reales de la vida, como si aquéllos fueran dibujitos que representaran a éstos.

Caí en la cuenta de esta creencia una tarde en que mi adorable insensata me preguntó que quién era «esa señora casada».

—¿Qué señora casada? —pregunté asombradísimo.

Y me señaló una cuartilla situada en mi máquina de escribir donde sólo había una letra estampada —la B mayúscula—. Quedé un instante suspenso y pulsé la teda correspondiente a la letra «P».

—Esta segunda mujer —comentó Pepa Niebla— es hermana de la otra, pero está soltera.

La cosa estaba clara. Para ella la «B» era mujer encinta o casada, a causa de la protuberancia del pecho y el vientre de la letra, mientras que la «P» era mujer soltera o célibe, pues no tenía vientre aunque sí pecho.

Al cabo de varios días de paciente averiguación respecto al modo de dar a cada signo el sentido que mejor cuadraba a su mentalidad compuse para ella el siguiente alfabeto:

A: casa de dos plantas.

B: mujer encinta o casada, a causa, como hemos dicho, dela protuberancia del pecho y el vientre de la letra.

C: boca de hombre blanco (labios finos), así como los verbos «hablar» y «comer».

D: media luna.

E: rastrillo sin mango.

F: viento (pues las ramas del árbol se inclinan de un solo lado).

G: boca del hombre de color (labio inferior muy grueso).

H: amor (los dos cuerpos unidos por el guión).

I: niño que juega a la pelota.

J: anzuelo de pescar.

K: madre anciana, doblada por el peso de los años, que se sostiene sobre el hijo joven.

L: azadón.

M: montaña grande de dos picos o cumbres.

N: montaña pequeña.

O: sol.

P: mujer soltera o célibe, por las razones expuestas.

Q: cerdo (por el jopo).

R: hombre (pues el cuerpo se sostiene sobre dos únicas piernas, que son las bases de esta letra).

S: río, por sus sinuosidades.

T: árbol, por su tronco y ramas extendidas.

U: pozo, por su apertura superior semejante a un brocal.

V: valle.

W: pájaro, por sus alas extendidas.

X: matrimonio anciano (se sostienen mutuamente).

Y: oración (los brazos alzados al cielo).

Z: rayo, por el zigzag o línea quebrada (como las chispas eléctricas) del último signo del alfabeto.

Queda claro que las combinaciones de unas letras con otras no se hacían para formar sonidos compuestos sino ideas combinadas: de suerte que siendo la letra «P» mujer joven o soltera, y la «O», el sol, la unión de ambas «PO» significaba, para Pepa Niebla, «muchacha tendida al sol». Siguiendo el mismo sistema JI era «niño pescando», y WU «pájaro en un pozo»… y cuantas combinaciones puede tejer la fantasía al unísono de la falta de rigor.

Sería injusto afirmar que el autor de tales interpretaciones era yo. No quiero adornarme con plumas ajenas. Soy sólo responsable del «método de enseñanza»; la traductora del alfabeto ordinario a este otro código particular fue exclusivamente Pepa Niebla.

He aquí un nuevo muestrario de su fantasía a costa de las minúsculas:

a) persona sentada o verbo sentarse.

^ hacha, cuchillo de cocina con mango: asesinato.

e) pupila entornada, cansancio, sueño, dormir.

f) bastón de mando o persona de alta dignidad.

g) hormiga, y en verdad que el parecido es grande.

h) vasija volcada.

l) periscopio, submarino, peligro oculto, traición.

m) acueducto elevado.

n) arcada, puerta.

p) lo mismo que b y d, con el mango en distinta posición.

r) grifo de agua.

t) barco navegando en la lejanía.

u) vaso.

x) estrella.

Otros signos ortográficos inmediatamente interpretados fueron:

=) camino, por sus márgenes paralelas.

%) macho.

¡)estrella fugaz o cometa celeste cuyo haz luminoso se desprende o es consecuencia del cuerpo celeste que lo produce (el punto).

!)fruta que se desprende del árbol, ya que el punto está separado de la rama de que procede.

¿) serpiente que va a devorar un ratón.

—) prohibido el paso, pecado.

") lluvia, pues las gotas caen iguales y paralelas.

9) pipa o cachimba de fumador.

2)cisne.

,) gota, pequeño.

). Dios.

…). La Santísima Trinidad.

Una vez identificado Dios con un punto, reconozco la consecuencia de aplicar los suspensivos —los tres en la misma línea e iguales entre sí—, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pero ¿por qué Dios con un punto? Esta interpretación me dejó atónito.

—¿Por qué, Pepa Niebla…, por qué?

Me enseñó en mis cuartillas todos «los puntos y aparte», página tras página hasta que se cansó.

—Dios está al final de todo, ¡de todo!

—En cualquier caso —repliqué—, un punto es una cosa muy pequeña y Dios es muy grande.

—¡Es muy pequeño —protestó—, porque cabe aquí (y señaló su pecho) y aquí… (y tomó en sus dedos una hormiga que, luego, depositó viva en el suelo), y aquí… (añadió recogiendo una semilla)!

Pasaron los días y no se le olvidó. Apenas veía algo diminuto —un pulgón, un grano de arena, una línea de luz que se filtraba en nuestra torre por un entresijo minúsculo— exclamaba siguiendo el hilo de la charla antigua:

—Y aquí, y aquí, y aquí también está Dios.

Arrodillada en la playa, la vi mojar un dedo en el agua, y escurrirse la mano después. Cuando la última gota resbalaba por su piel, pugnando por desprenderse, comentó mirándola caer:

—¡Y aquí!

¡Asombrosa criatura! ¿Quién estaba más cerca de la verdad, ella o quienes la compadecían? La suma de pequeñas verdades inútiles (que ella no alcanzaba), ¿no ocultan, acaso, a los seres normales la visión de la belleza y las grandes verdades trascendentes? Si amontono mis riquezas en la costa y una alta muralla de oro me impide ver el siempre renovado prodigio del mar, ¿para qué quiero el oro? Si amontono mis conocimientos y una alta muralla de ciencia me impide ver la Fuente de toda Sabiduría, ¿para qué quiero mi pedantesca y vana cultura? Si la suma de amigos y relaciones, de compromisos y zarabandas mundanas me cierra el paso a la contemplación de la hondura del hombre, ¿para qué quiero el trato social?

Cuando Pepa Niebla huía del poblado y se lanzaba al monte a vivir como una alimaña y permanecía meses a solas con ella misma, lo hacía por satisfacer su gusto. La comunicación con los bichos, las semillas o las gotas de agua que tenían a Dios dentro, le placía más que el trato con hombres que habían arrancado a Dios de su corazón. La relación de Pepa con las gentes del poblado equivalía a un diálogo de sordos. Ni ella entendía lo que le hablaban ni era capaz de hacerse entender. ¿A eso llaman locura? ¿No es por ventura también un diálogo imposible el del hombre recto con el estruendo de la avaricia, la trampa, la mentira, la cobardía y la lascivia que campean en el mundo? Conmigo había descubierto aquella muchacha la comunicación, la posibilidad de trasvase de uno a otro espíritu, los vasos comunicantes del alma. Pepa Niebla y yo llegamos a complementarnos de tal modo que

hablábamos el mismo lenguaje: yo, con más conocimiento; ella, por estar menos contaminada, con más sabiduría.

Sólo había echado hasta entonces de menos con ella la incomprensión del lenguaje escrito. Y como no me era dable subsanar su imposibilidad de entender el significado fonético de los signos, decidí —para escribir— emplear el ideográfico creado por ella. Y traduje el Génesis; y el nacimiento de Moisés en el Éxodo; y escribí cuentos y hasta pequeños poemas en nuestro asombroso código particular. Si se me permite anticipar ciertas cosas que acaecieron mucho tiempo después, diré aquí que aquellas traducciones, cuentos y poemillas me salvaron años más tarde de una muerte que parecía inminente y segura[9].

A pesar de los notables resultados que obtuve durante aquellos meses gracias a mi (en otros campos frustrada) vocación de pedagogo, las gentes honorables del pueblo dejaron de tratarme. Algunos, los más liberales, toleraban nuestra situación irregular; otros, no. Una tarde que tuve que bajar a la Oficina de Correos para enviar a Sam Torton un avance de mi ensayo acerca de los Lucayos precolombinos —ensayo del que él sería mi traductor —, Napoleón Bonaparte Smith me vino con el soplo de que un grupo de fanáticos querían aprovechar mi ausencia para quemar mi casa, en nombre de la moral, con Pepa Niebla dentro.

Bonaparte me aconsejó que guardara siempre un arma en casa para disuadir a los matones y aventureros de oficio. Me negué a ello por parecerme peligroso que semejante juguete cayera en manos de mi demencial compañera, pero acepté en cambio la sugestión de adquirir una barquichuela de segunda mano para poder huir caso de ser necesario.

Gracias a esta motora, cada vez que estaba cansado de escribir, o la tensión literaria bajaba, o la tensión del populacho contra nosotras subía, la cargábamos con cuantos bártulos podíamos y nos íbamos a vivir Josephine y yo al Estero de los Pájaros. Nos alojábamos en las casetas abandonadas del Centro Ornitológico y pasábamos grandes temporadas alejados del mundo, dedicados a la pesca, la recolección de frutos silvestres, la captura de huevos de pájaros, o la pedagogía, pues si bien yo enseñaba a Josephine los secretos de la escritura jeroglífica con grafismos latinos, ella me enseñaba a mí a tejer alfombras con juncos, o aperos de pesca con lianas y espinas de pescados. Otras veces nos tumbábamos simplemente a la sombra y dejábamos que las horas resbalasen sobre nosotros. Esto no siempre era bueno pues los fantasmas rubios de mi madre y de tía Elisabeth —contrapuntos de la rotunda

oscuridad de Pepa Niebla— se acercaban hasta mí y se complacían en torturarme.

Una tarde en que allí estábamos, y los pájaros descansaban, y el aire no agitaba las enramadas, y el mar parecía dormido, y un silencio augusto se alzaba sobre nosotros y se enseñoreaba del mundo recordándonos que él fue primero que todas las cosas y que a todas sobrevivirá, le hablé a Josephine del silencio de los no nacidos y del silencio de los muertos; del silencio que precedió a la Creación y del silencio que vendrá después, cuando todo haya concluido.

Me escuchó con gran atención y no dijo nada, pero comprendí que algo comenzaba a bullir en su caletre al socaire de aquellas palabras mías. Estábamos tumbados en la zona de monte, tierra adentro, a la sombra de un grupo apretado de palmeras. La variedad y cantidad de flores que habían nacido tras las últimas lluvias convertían el lugar en un paraje bucólico y encantador. Yo estaba entretenido en corregir mis últimos capítulos escritos; Pepa Niebla, en tejer guirnaldas y componer ramilletes. Súbitamente sonó un disparo. No fue un ruido seco sino prolongado. Las vibraciones de la explosión permanecieron en el aire como la nota de un piano. Tras el disparo, una voz.

—¡Por todos los diablos —le dije a Josephine—, es Wassermann!

Levantóse ésta pora acudir en dirección a las cabañas, de donde procedían las voces, mas la contuve y le ordené que se vistiera por no estar en condiciones de presentarse ante nadie. Como me replicara que su ropa estaba en las cabañas y que no podría llegar a buscarla sin cruzar ante el médico, le di mi camisa.

—Cúbrete con esto. Yo me adelanto a saludarle.

—He visto la barca pero no había alma viviente al derredor —me dijo el alemán al divisarme—. ¿Qué hace Josephine que no viene a saludarme?

—Se está vistiendo.

¡Animas del Purgatorio, y cómo se vistió la moza! Desde el tobillo al muslo, desde la muñeca al hombro, desde la cadera al cuello había enrollado piernas, brazos, vientre y busto con largas tiras de guirnaldas y en tal profusión que antes parecía un oso peludo y florido que no una mujer. Debió de considerar inadecuada y poco favorecedora mi camisa y, no teniendo a mano otra cosa que ponerse, decidió cubrir sus desnudeces con la misma Primavera. Ni un altar en Jueves Santo, ni un coche de recién casados, ni una

tumba de hombre público tuvieron nunca sobre sí tanta jardinería. Pepa Niebla no se había adornado con flores: se había empaquetado en pétalos, de suerte que apenas podía andar si no era con las piernas separadas (como una mujer encinta) y los brazos apartados del tronco (como un robot).

No es para descrita la cara de asombro de Wassermann al ver llegar aquel florero ambulante. Con tal indumentaria Pepa Niebla no podía hablar —ni casi respirar— pues al oscilar su tórax, las turgencias de su busto abrían rendijas en la vegetación por donde menos convenía a su pudor. (Y al mío). Tampoco podía sentarse: su flamante polisón de lirios y petunias, narcisos y amapolas, hubieran dejado al aire —al deshacerse— todas sus vergüenzas. Estaba por tanto condenada a ser, durante la tertulia, un florido e inmóvil macetero.

El doctor Wassermann se acercó a ella y la besó enternecido.

—¿Eres feliz? ¿Se porta bien contigo el señor Geids?

Pepa movió con tal vehemencia la cabeza para demostrar cuán dichosa era conmigo, que una lluvia botánica de cálices, pistilos, estambres, polen y corolas dejaron el suelo como una alfombra tinerfeña en día de Corpus Christi. Estuve tentado de abrazarla por tal demostración pública de lealtad hacia mí. ¡Si no lo hice fue por no dejarla desnuda! La mandé vestirse como es debido. Me obedeció sin chistar.

El doctor la miró alejarse con ojos enternecidos. Mientras el médico la observaba yo observaba al médico. A veces me preguntaba si no habría alguna razón oculta en la protección que nos brindaba. Wassermann estaba complacido de la felicidad que creía adivinar en Josephine, la mujer que hubiera podido ser su hija adoptiva. Esta complacencia era evidente. Pero la razón de la complacencia ¿era tan sólo la felicidad de la negra? A veces creía adivinar en el fondo de sus ojos una segunda razón a esta complacencia: una razón menos noble que yo sólo intuía sin ser capaz de analizar.

—He puesto al hielo dos botellas de champaña. Cuando se vista Josephine nos vamos para casa. ¿Conforme?

—Nunca rechazo una invitación tan bien regada como la que me anuncia —respondí riendo.

—Pues no hablemos más.

Hicimos el recorrido en la barca. Pepa vestía su bata amarilla. Se despojó de sus guirnaldas, mas conservó una o dos pulseras de flores en brazos, cuello y tobillos. Estaba bellísima. Mientras navegábamos nos interrumpió para decir:

—El silencio de los no nacidos es mayor que el de los muertos.

Llegado que hubimos a la casa, conocida la incompetencia de Josephine para las labores domésticas, el doctor me pidió le acompañara a la cocina para preparar unas fruslerías. Cargado con una primera bandeja de aperitivos regresé al cuarto de estar donde habíamos pedido a la negra que nos esperara, y la encontré hundida en un sillón llorando mansamente. Me arrodillé junto a ella.

—¿Qué te ocurre, muchacha? ¿Por qué lloras?

—Ha muerto la señora Wassermann —me respondió—. Se ha muerto para siempre. ¡Dios la tenga a su diestra en el Paraíso! El señor Wassermann se ha vuelto loco de dolor, porque Ja vida sin ella ya nunca será igual. Ahora está en el cementerio con un ramo de flores de su jardín…

—¿Quién?

—El doctor.

—¿Y qué hace?

—Llorar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le he visto.

—¿Dónde?

—En el cementerio.

—¿Y qué hacías tú en el cementerio?

—Llorar.

—¿Y de qué llorabas?

—De verle llorar a él. ¡Me daba mucha pena!

—¿Y a qué has ido al cementerio?

—A esconderme.

—¿Para qué?

—Para verle llorar.

Me imaginé al alemán varios años más joven, doblado por el dolor sobre la fosa de la compañera de su vida, y a la niña loca escondida entre las tumbas, espiándole en las sombras.

Pepa Niebla fue probablemente testigo, siendo niña, de alguna escena de amargura por parte del doctor con motivo de la muerte de su mujer, e imaginaba ahora que estaba viviendo o que acababa de vivir aquel momento ido que hirió poderosamente su sensibilidad infantil.

Regresé al lado de Wassermann.

—¿Le ocurre algo a Josephine?

Dudé si decirle o no la verdad. Ante su insistencia opté por contarle mi diálogo con ella.

—Ya le dije que Berta quería mucho a Josephine. Era una niña de diez años cuando ella murió. De no haber fallecido la habríamos adoptado.

Cargados con las botellas, los vasos, y una segunda bandeja de golosinas, nos encaminamos al salón. Pepa Niebla había desaparecido. Salió Wassermann al exterior y yo me precipité a las habitaciones contiguas. Quedé inmovilizado por el estupor. Pepa Niebla se había puesto el más elegante de los vestidos de la señora Wassermann y, al llegar yo, se colocaba ante el espejo un precioso y enorme sombrero celeste que acababa de robar. Estaba grotesca y ridícula con ese disfraz. La broma me pareció siniestra y me estremecí al pensar que el doctor la sorprendiera con aquella pamela de dos palmos, aquel traje blanco de seda, los guantes de gamuza hasta el antebrazo y los zapatos de tacón que habían sido de su mujer.

—¿Puede saberse, pequeña necia, cómo te atreves a hurgar en los armarios de… de… esa señora que acaba de morir?

Pepa Niebla abrió los brazos con el más inocente de los ademanes.

—El doctor me ha dicho: «Josephine, escoge lo que quieras del armario de mi pobre muerta. Ella, que está sentada a la diestra de Dios, sonreirá desde la tienda de los Justos al ver que eres tú y no otra quien usa sus ropas: porque Berta tenía mucho y tú, pobrecita Josephine, no tienes nada, nada, nada. Toma una maleta y llénala de cuanto gustes». ¡Eso me ha dicho!

Aun sabiendo que ella «no mentía nunca», no pude evitar un arrebato de ira.

—¿Cuándo te ha dicho eso…?

—Ahora mismo.

—Y… y… ¿dónde está él?

—¿Quién?

—Wassermann.

Dejó caer los brazos desolada.

—¡Se ha vuelto al cementerio para llorar otra vez!

—Escucha, Pepa Niebla, y procura meter en esa cabeza que Dios te ha dado vacía algo de lo que voy a decirte. Antes de una hora hemos de zarpar y regresar a casa bajo un sol de justicia o una lluvia inclemente, o lo que el cielo nos envíe. ¿Crees que estás adecuadamente vestida para dio? ¡Desnúdate ahora mismo!

—No, *Mr*. Geids. Porque esta ropa es mía. Me la ha regalado el doctor Wassermann. ¡Y es mía!

—¿Vas a devolverla o no? —grité exasperado.

—No —respondió terca.

—Termina de vestirte —dijo a mi espalda el doctor Wassermann con la voz velada—. Y ven abajo a charlar con nosotros. Nos sentiremos muy honrados de contar con una visita tan elegante como tú…

Con el viento de proa y el mar muy agitado hicimos Josephine y yo el viaje de regreso a Burton's House desde casa del alemán. El flamante vestido de la señora Wassermann quedó destrozado; la elegante pamela, hecha un guiñapo; los guantes de gamuza, para el arrastre. A cada golpe de viento una ducha de agua salada cubría a Pepa Niebla de la cabeza a los pies. Nada de esto parecía afectarla. Había robado una soberbia caracola de mar de la espléndida colección del doctor y la llevaba pegada al oído como un teléfono. Quería conectar, según me dijo, con las profundidades submarinas «donde yacían las almas de los muertos» y con las galaxias «donde esperaban su oportunidad los espíritus de los no nacidos», para confirmar si —como ella pensaba— el silencio de los últimos era mayor que el de los primeros.

Desde aquel día comencé a sospechar que el recibir, estando vestido, duchas de agua de mar (y Pepa las recibió copiosamente durante dos largas horas) tenía la virtud de fijar las obsesiones, ya que ésta, a la que Josephine comenzaba a mostrarse singularmente adicta, le duró dos largos meses.

A lo largo de los días que vinieron aprendí no pocas cosas de labios de mi amiga. Las almas de los no nacidos se dividían en dos grupos: las que tenían la incertidumbre de nacer algún día y las que —venturosamente— habían perdido para siempre tal posibilidad. Estas últimas eran espíritus radicalmente puros que jamás se contaminarían con nuestra naturaleza: ángeles creados desde el Principio con el riesgo de encamarse en cuerpos mortales, pero que, llegada su hora, habían sido liberados del peligro y del horror que reportaba la encamación.

Con uno de estos últimos Pepa Niebla mantuvo varios diálogos estremecedores. La hora decisiva de hacerse hombre o de no serlo ya nunca, se acercaba. Josephine deseaba fervientemente que no le ocurriera como a ella. Pepa Niebla, siendo ángel, se había resistido más que otro alguno a recibir la encarnadura mortal; mas no por rebeldía hacia los planes del Creador, sino por repugnancia a separarse de Él y por miedo al don, que no apetecía, de la libertad. Y Dios la castigó compasivamente a ser mujer sin dejar de ser ángel. Todo esto lo hablaba Pepa con el tono de una experta parturienta que hace confidencias y da consejos a una hermana suya primeriza por medio de llamadas telefónicas entre dos ciudades alejadas. Tanto verismo

ponía en sus diálogos y tan afectada estaba por el riesgo inminente que corría aquel espíritu amigo suyo que llegué a interesarme por su suerte.

—¿Buenas noticias, Josephine?

—¡Todo sigue igual! Todavía no sabemos nada.

—Deséale lo mejor en mi nombre.

—Muchas gracias, *Mr*. Geids. Se pondrá muy contento de saberse asistido por nosotros en un momento tan importante.

Una tarde estábamos comiendo un suculento «*bull-dau-phin*» pescado y cocinado por mí, cuando una cigarra lanzó un chirrido más agudo y penetrante que los usuales entre las demás. Pepa Niebla entendió que la llamaban desde el cosmos; se incorporó bruscamente y corrió en busca de la caracola. Se la aplicó a la oreja.

—Sí. Soy yo. Soy yo… —la escuché decir.

Y después:

—¡No oigo bien! ¡Hable más alto!

Acudí a su lado. Tenía el rostro radiante y en sus ojos lágrimas de alegría.

—¡Ya no tiene que venir «aquí abajo»! —me dijo, haciendo pantalla con sus manos para no ser oída en las estrellas—. ¡Ha sido liberado de hacerse hombre! ¡Oh, *Mr*. Geids, qué contenta estoy!

—No te olvides de felicitarle de mi parte —exclamé.

Lo dije sonriendo, pero con amargura en el corazón y los nervios rotos. Con todo, no me alejé de allí mientras Pepa Niebla, a grandes voces y usando el más exquisito vocabulario del entusiasmo y la cortesía, no concluyó de felicitar a su hermano de las galaxias por el privilegio de no haber nacido. «¡El privilegio de no haber nacido!». ¡Qué profunda melancolía me produjeron —oídas de sus labios— estas palabras!

Aquella misma noche partí la caracola a martillazos y esparcí sus restos en la mar.

XXVIII

EL FRACASO DEL DOCTOR MALDONADO
(SEGUNDO PARÉNTESIS).

LAS PAGINAS QUE SIGUEN ya no han sido escritas desde Pedraza de la Sierra. Mañana hará dos semanas que cambié de residencia. Al igual que otras veces, he necesitado un tiempo para adaptarme y devolver a mi ánimo el equilibrio necesario para reanudar mis memorias. Con esto de escribir acontece como con las danzas de los negros de la Isla de los Mosquitos: «*No se baila cuando quieren los hombres, sino cuando lo mandan los espíritus*». Para escribir no basta la voluntad de hacerlo, sino el ánimo propicio. Y el ánimo, estos días recientes, no estuvo inclinado a estas delicadezas.

He padecido lo que los ingleses denominan *nervous break down*, que no es exactamente una depresión nerviosa, aunque participa de alguna de sus características. Ahora me siento perfectamente. Creo que la culpa no ha sido mía, sino de un error del doctor Maldonado, que, por una vez, equivocó el tratamiento. Pero no hay mal que cien años dure: me encuentro bien en mi nuevo hogar. Si no tuviera cierto pudor en parecer cínico, confesaría que celebro lo ocurrido. En Pedraza, todo cuanto me rodeaba parecía tan normal, mis horas transcurrían tan plácidas, mi trabajo marchaba tan a gusto mío, que corría el riesgo de creerme un hombre sano: peligroso espejismo del que es bueno precaverse antes de tiempo para no tener que lamentarse después. Más vale un *por si acaso*, que un ¡*quién lo hubiera dicho*!

Aquel día nevaba en Pedraza muy fuerte. Damiana, la posadera, no se limitó como otras veces a encender la calefacción, sino que me preparó un buen fuego en la chimenea, que yo sentía crepitar a mis espaldas mientras trabajaba. Los copos que caían ante mi ventana eran grandes como puños. Por verlos mejor, dejé de escribir. (El relato de los diálogos de Pepa Niebla con los «no nacidos», fue lo último de mis Memorias que escribí desde Pedraza de la Sierra). A causa de la especial situación de mi casa, volada sobre el abismo, y a causa también de una corriente de aire que venía del precipicio, los copos no sólo descendían ante mí sino que se desplazaban de abajo arriba; de suerte

que me sentía como encerrado en esas bolas de cristal que venden en Lourdes de Francia a los peregrinos, y en los que se ve a la Virgen rodeada de copos, que, al solo impulso de la mano, se mueven en todas direcciones.

Nada más distinto y distante —pensé— que aquellas playas de corales y tiburones, que acababa de trasladar de la rememoración a las cuartillas, y la estación invernal donde me encontraba inmerso. Allí, los cactos florecidos, las palmeras enanas, el agua caliente del mar, la ardiente mordedura del sol y la joven nativa del sombreruelo escarlata, la cabeza vacía y el cuerpo escultural. Aquí, la vista cerrada al paisaje por la borrasca, el crepitar de la chimenea, mi rimero de cuartillas y la vieja Damiana sentada ante el fuego a espaldas mías, maldiciendo de la nieve, que le impedía volver a su casa. Con esto y con todo algo había de común entre aquellos mares tropicales y esta torre de la sierra de Castilla cortejada por la nieve: algo que me era igualmente grato y que no estaba dispuesto a perder más: la difícil soledad.

—¡No suspire más, Damiana, que no por eso va a dejar de nevar…!

—¡Es que en mi casa he dejado los repollos a la lumbre ¿sabe usted? y, como se me quemen, hoy no almuerzan mis sobrinos!

Arrimó una silla a la chimenea. Me entretuve en remover los troncos con el atizador de hierro. Los leños chisporroteaban más, al moverles de postura, y las llamas crecían como torturadas manos que se alzaban y suplicaban. Recordé a Pepa Niebla ante aquella otra hoguera del Trópico y la oración bailada cuando interpretó el canto del Reverendo Nightingale.

«Y su risa hace hermanos al lobo y ala nube…».

—¿Qué quiere usted comer hoy? —preguntó Damiana cortando el hilo de mis recuerdos.

—Hoy no se preocupe por mí. Yo mismo me prepararé algo en la cocina. No está la mañana para que ande usted correteando de su casa a la mía.

Unos golpes muy fuertes sonaran entonces en la puerta. Damiana y yo nos miramos sorprendidos. Salvo la visita, meses atrás, del doctor Maldonado, nadie más que Damiana había llamado nunca a mi puerta.

—¡Abran, por todos los diablos, que me congelo! —dijo una voz de hombre que no era, por supuesto, la del doctor.

Colgué el garfio de hierro en su sitio y acudí a abrir. No fue un hombre lo que entró, sino un remolino de nieve, con un individuo dentro. Cerré, no sin tener que esforzarme, pues el aire empujaba. El recién llegado se sacudió la nieve, poniendo el suelo perdido, se quitó abrigo y sombrero y abrió los brazos.

Sólo entonces le reconocí. Sentí un repentino rubor producido por un contubernio de sentimientos opuestos: sorpresa, incomodidad, recelo, curiosidad y el comprobar que, al menos en mí, no quedaban ni brasas de la antigua amistad.

—¡Justo Maqueira! ¿Qué haces aquí?

Me puso ambas manos en los hombros:

—Déjame que te mire, muchacho. ¡Estás igual!

Escrutaba en mis facciones el paso del tiempo; los rastros de mi enfermedad, las huellas de tantos años de reclusión.

—Damiana —dije por eludir su mirada—, cuelgue la ropa del señor Maqueira en el perchero de mi cuarto. O mejor: llévela a la cocina para secarla.

—¡No has cambiado nada! —volvió a mentir.

Él sí había cambiado. Estaba más gordo. Y todo su rostro parecía más blando, sus facciones más diluidas. Conservaba los ojillos maliciosos, con una burla latente de campesino socarrón, y aunque no tenía canas, pude advertir en su colodrillo la amenaza de una calva incipiente.

—En diecisiete años, siempre se cambia —comenté—. Cuando me fui de Madrid a Hansbrook…

—Sin despedirte…

—…yo tenía veintitrés años. Ahora, cuarenta.

—Creo recordar que te escribí una carta a Hansbrook.

—Perdona mi sinceridad: no lo recuerdo.

—E hice un viaje para verte, pero ya habías huido a las Bahamas.

—Nunca lo supe.

Golpeó con los pies en el suelo y se frotó las manos.

—¿Me invitas a una copa de aguardiente? ¡Necesito reponerme! Tuve que abandonar mi coche a medio kilómetro del pueblo y he venido andando hasta aquí, con esta nevada del demonio.

—No tengo nada en casa. Yo no bebo, y no suelo recibir visitas.

—Invítame, entonces, a un poco de chimenea.

—Pasa y siéntate.

Regresó Damiana de la cocina.

—Parece que ahora nieva menos. Me voy. ¿Insiste usted en que no vuelva, a pesar de tener visita?

Esperó mi respuesta y, al no haberla, echó un capote a mi descortesía.

—¿Les preparo algo para comer? En el pueblo hay repollos y cordero. Fruta y pescado no hay.

—Cuando venga a hacer la comida, tráigame usted unas botellas de vino de la taberna —respondí, aceptando— y algún licor. ¿Qué licor prefieres, Justo? Yo hace tiempo que no bebo.

—Tráeme coñac.

Apenas la guardesa cerró la puerta tras sí, comentó:

—¡Es bonito esto!

—Si despeja algo el día, ya verás qué panorama más soberbio se contempla desde ese ventanal. Bien, Justo. ¿A qué debo el honor de esta sorpresa, después de tanto tiempo?

—¡Caray! ¿Acaso necesitas una razón explícita para que yo te visite? ¡Vengo a verte! ¿Te parece poco? ¡A verte! —soltó una voz malsonante—. ¡A verte!

Guardé silencio. No quedaba ya en mí afecto alguno hacia él. Me irritó, al entrar, que manchara el suelo; su llegada despertaba en mí recuerdos ingratos; me forzó a abandonar mis cuartillas, a interrumpir la narración de mis amores alucinados con Pepa Niebla; a simular, por cortesía, que no me desagradaba la sorpresa del reencuentro.

—Acabo de leer —comentó Maqueira— tu último libro.

—¿Cuál?

—*Los cartógrafos mallorquines en la Corte de Portugal*. Bueno; en realidad he leído todo cuanto has publicado.

—¿Es cierto que has leído «todo»? ¡Mira, Justo, que estoy dispuesto a examinarte, para saber si es verdad!

—Acepto —exclamó Maqueira— y exijo que después me otorgues la calificación que merezca.

¡Ah, bendita sea la ingenua vanidad del escritor! A partir de aquel instante, Justo Maqueira comenzó a reconquistar, paso a paso, mi amistad; y esa violenta contracción del estómago que experimentaba siempre que me veía obligado a hacer algo contra mi gusto, se fue relajando al conocer su fidelidad a mi producción intelectual.

—Hay algo que no sabes. Estuve a punto de traducir al castellano un ensayo tuyo publicado en inglés acerca de los indios lucayos.

—Hubieras perdido el tiempo, querido Maqueira, porque la versión original fue escrita en español hace quince años.

—Exacto. Y cuando te escribieron desde la editorial, solicitando tu autorización para la traducción, les mandaste el original y lo publicaron.

—¿De modo —sonreí— que es a ti a quien debo que mis obras se hayan publicado en mi propio país? Porque lo cierto es que todas las que siguieron

después las he contratado con el mismo editor.

—Aquel primer ensayo tuyo me fascinó…

—No fue el primero.

—Digo el primero publicado en España.

—¡Yo mismo lo escribí fascinado! ¿Cómo y por qué desaparecieron esas razas descubiertas por Colón en su primer viaje? Las Bahamas estaban entonces tan pobladas o quizá más que lo estén ahora. Como sabes, viví mucho tiempo entre los nativos, y sólo a esta circunstancia debo el haber podido rastrear las huellas de los antiguos pobladores. La hipótesis de la exterminación masiva de aquellas razas por los primeros colonizadores no me parecía convincente. ¿Por qué iban a exterminarlos, cuando precisamente estaban necesitados de brazos para arar los campos, cultivar la tierra, cosechar el primer trigo, podar la primera vid, o almacenar el primer aceite de América? ¿Desaparecieron acaso las primitivas poblaciones en Méjico, Venezuela o Perú? ¿Por qué entonces los lucayos, testigos de aquel acontecimiento portentoso que cambió la faz de la tierra? La lectura detenida del Diario de Colón me dio no poca luz. No sólo describió el Almirante sus facciones y características físicas: la frente inmensa (*«más que otra generación que hasta aquí haya visto*») y el pelo lacio («*no crespo, salvo corredios y gruesos como sedas de caballo*»); sino que manifestó no haber observado la presencia de ningún viejo. De una manera reiterada insiste en esto: «*Y todos los que yo vi, eran mancebos que ninguno vide de más de treinta años*». Y al día siguiente reitera lo mismo: «*Vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo. Y todos de buena estatura, gente muy hermosa*». ¿Y por qué no había viejos, ni vio hombre alguno, ni mujer, que sobrepasara la juventud?, me pregunté. Y aventuré esta conjetura. Porque la edad media de vida era bajísima, como acontece aún hoy día en inmensas regiones de la India, con poblaciones infraalimentadas. También comenta Colón la ausencia de ganados. Los lucayos desconocían la carne como alimentación. No así los caribes, sus vecinos…

—¿Los caribes criaban ganado? —preguntó Maqueira sorprendido.

—No, ¡¡pero se comían a los lucayos…!! En definitiva: salvo las que practicaban la antropofagia, las demás razas que poblaban las Bahamas estaban degeneradas y próximas a extinguirse por sí mismas. ¡Hasta los perros eran mudos! Los perros y los hombres se alimentaban de raíces, moluscos, serpientes y pescado. Desconocían la leche, los huevos, la carne, las féculas. La mortandad fue feroz, pero no al filo de las espadas sino al peso

de los arados. No obstante, la descendencia de los lucayos no se ha perdido. Ésta es quizá la parte más original y mejor documentada de mi estudio. Los descendientes de los que fueron testigos del Descubrimiento de América siguen poblando las Bahamas…, sólo que han oscurecido sensiblemente el color de su piel. Los esclavos negros, fuertes y trabajadores —que vinieron a sustituir una mano de obra débil y degenerada— se cruzaron, en miles de casos, con indias, y las características raciales de los primeros privaron sobre las de las segundas. Es fácil distinguir el mestizaje de indios y blancos; pero nadie, antes que yo, se dispuso a estudiar el mestizaje de indios (me refiero sólo a los lucayos) y negros. Y no obstante, hay dos cualidades físicas inconfundibles para reconocer cuáles son los negros de pura raza africana y cuáles los mestizos, descendientes de los indios del Descubrimiento.

—¿Cuáles son esas características?

—¿Cuáles van a ser? ¡El pelo lacio y el tamaño de la cabeza: los dos rasgos diferenciales que describió Colón! ¡He convivido dos años con ellos y te aseguro que es más fácil distinguirlos que a un sueco de un italiano!

Maqueira guardó silencio.

—Estoy avergonzado —confesé— de haberte soltado casi entera… la lección. ¡No deberías haberlo consentido!

—Estás muy equivocado, Jaime. Hace diecisiete años que echaba de menos nuestras charlas. ¡No sabes cómo me rejuvenece oírte hablar con tanto calor!

Encendí un pitillo y ofrecí otro a Maqueira.

—Es admirable —comentó— la cantidad de volúmenes que has publicado. Tu bibliografía es mayor que la de muchos viejos.

—¿Qué títulos míos recuerdas?

—Veamos: «*Influencia de las leyendas antiguas en la Cartografía Medieval»; «El mapa de Vinlandia y la mandíbula de Pildown: breve recopilación de fraudes históricos»; «Estudio antropológico de los indios lucayos»; «Los cartógrafos mallorquines en la Corte de Portugal»; «Luis Colón, primer Duque de Veragua*, y *el Diario de navegación de su abuelo*»…

—¡Basta! ¡Basta! Me estás abrumando…

—No he concluido. Aún recuerdo más: «*Ocupación de las Lucayas a España por Carlos II de Inglaterra», «La Catedral de Santo Domingo y la Cartuja de Sevilla: tumbas de los Colones»; «El Padre Las Casas y la mano de obra africana en América*». Por cierto, que aquí le das un buen vapuleo a Fray Bartolomé…

En el escritor, la vanidad no está teñida de soberbia en tanta medida como de amor a los frutos de su trabajo. Es un sentimiento de paternidad más que de vanagloria lo que la enciende. ¡Ah, Maqueira, ladino y viejo amigo, qué bien me hiciste! Yo había trabajado siempre con amor, pero sin eco. Y ¡por todos los diablos!, como gustaba de decir el gallego, el sonido de ese «eco» supera al de la mejor partitura.

—¿De dónde has sacado tanto tiempo? —preguntó Maqueira. Y apenas lo hubo dicho, se arrepintió.

—¡He tenido mucho tiempo libre para trabajar! —confesé riendo—. Piensa que, salvo los dos primeros libros, el resto los he escrito… —iba añadir «en el manicomio», pero Maqueira, azorado del rumbo de la conversación, no me dejó terminar.

—Yo he perdido mucho tiempo en trivialidades estúpidas…

—No tanto —repliqué—. Sé que ganaste tu cátedra.

Observó, sorprendido, mi súbita palidez.

—¿Cuándo lo supiste?

Hice una gran pausa ahogando el dolor que aquel recuerdo me producía.

—En América. Hace ya muchos años… Aquél fue uno de los días más amargos de mi vida.

—¿Te «amargó» saber que había obtenido mi cátedra?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Me alegré mucho al saberlo, pero aquella misma noche ocurrieron otros sucesos que no guardan relación contigo. Prefiero no hablar de ello ahora. Discúlpame.

Maqueira intuyó que había temas «tabús» que no debían ser abordados. Se inclinó sobre el fuego y extendió las manos hacia las llamas, absteniéndose de preguntar.

—Dime, Justo: ¿qué fue de la Empresa que dirigía mi padre?

—Quebró. ¡Hace ya muchos años de esto!

—¿Cuándo?

—¡Qué sé yo! Estando tú en Hansbrook. No estoy muy seguro, pero creo que antes de tu viaje a Bahamas.

—¿Y don José Sanmiguel?

—Murió.

—¿Hace mucho?

—Dos años o tres.

—¿Nunca se supo nada del dinero sustraído?

—Jamás.

—¿Ni quiénes fueron sus cómplices?

—No.

—Dime: ¿qué ha sido de Tonuca?

—¿Quién?

—Tonuca.

—No sé de quién me hablas.

—¿Tampoco recuerdas tu conversación conmigo en los jardines de la Universidad? Y el número cincuenta y seis de la calle del Barco… ¿no te dice nada?

—¡Acabáramos! Tú te refieres a Antoñita, claro. ¿Cómo no voy a acordarme? Tonuca era el nombre que usaba en tu casa. La retiró un señor hace ya tiempo. Y le puso una peluquería, de la que son clientes todas las chiquitas de vida airada de Madrid. Le van muy bien las cosas. Es lista como un rayo y se ha sabido apañar.

—¿La has vuelto a ver?

—Sí. Yo, en realidad, tuve unos escarceos con ella, ¡agua pasada, imagínate! Y no hace todavía seis meses la encontré en la calle. Sigue siendo una mujer de bandera. Ya andará por los treinta y muchos años; pero está colosal…

Sonreí para el cuello de mi camisa. ¿Dónde estaban las viejas heridas que ya no sangraban? ¿Era yo mismo, el mismo que era antes? ¿Sería en el futuro el mismo que era hoy? ¿Cuál es el hilo permanente que une la vida del hombre desde la cuna al sepulcro? ¿Existe, por ventura, este cable, o hay sólo una sucesión de heridas que necesitan abrirse para apagar el dolor de las antiguas? Miré para mis adentros en busca de una respuesta y no la hallé.

La nieve que cubría la hierba de mi jardincillo frailuno, impidió que oyéramos los pasos de la guardesa. Cuando la advertimos, ya estaba dentro, haciendo grandes aspavientos desde la puerta.

—¡Señorito! ¡Señorito! —exclamó riendo, y enseñando al reír sus descamadas encías.

—¿Qué ocurre, Damiana? —pregunté intrigado.

—No es a usted, sino al otro señorito. ¡Que se están llevando su coche!

Justo Maqueira se puso en pie de un salto.

—¿Mi coche?

—¿No es el suyo uno abandonado en la cuesta, antes de la entrada del pueblo?

—Sí.

—¡Pues se lo están llevando!

—¿Quién?

—Los bueyes.

—¿Los bueyes?

—Sí, señor. Los bueyes del señor alcalde.

—¡Caramba! ¿Y adónde se lo llevan?

—A su casa.

—¿A casa del alcalde?

—Sí.

—¿Y dónde vive el alcalde?

—Aquí, en el pueblo.

—Me había usted asustado, mujer. No es que se estén *llevando* mi coche. ¡Lo están *trayendo*! Tendré que ir a ver al alcalde para darle las gracias.

—Las gracias, y cuarenta duros por lo menos. ¡Bueno es el alcalde para prestarle a nadie los bueyes sin un estipendio!

—Pues acérqueme usted mi abrigo, que los cuarenta duros los llevo puestos. ¿Me acompañas, Jaime?

—Con este tiempo, no me apetece salir.

—Ponte unas botas y nos damos un paseo por el pueblo. ¡Vamos, anímate!

—No me gusta salir de casa —dije—. No salgo casi nunca.

Me observó sorprendido. No hizo comentarios. No insistió. Se enfundó en el abrigo que le trajo Damiana y salió al exterior. Aunque sin la furia de antes, seguía nevando.

—La gente de Madrid está chaveta —comentó Damiana—. ¡Con el día que hace, y han venido al pueblo tres automóviles de Madrid! El de su amigo y otros dos.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—No sé. Están comiendo en la fonda.

—¿Y usted qué nos va a dar de comer?

—Lo que le dije denantes. Repollo y cordero, vino, pan, y queso.

—Excelente. Tengo mucho apetito. Y mi amigo Maqueira, si no me falla la memoria, es un buen tragón.

¡No me falló la memoria, no! Llegada la hora del yantar, Maqueira repitió de todo, a pesar de que las artes culinarias de Damiana no se distinguían por su exquisitez.

—Me ha hecho usted pasar un mal rato, señora —dijo Maqueira a la guardosa—. El alcalde se ofendió cuando le ofrecí dinero.

—Será porque quiere quedarse con el coche.

—No es cierto eso; el coche lo tengo aquí a la puerta, gracias a él.

—Entonces es que no insistió usted bastante.

—Sí insistí, y se ofendió más.

—Será porque le parecían poco los cuarenta duros. Ése ve una peseta caída en la calle, y se desmaya.

Damiana pertenecía a la casta de quienes juzgan imposible que alguien realice, desinteresadamente, una buena acción. En cuanto tuvo oportunidad de hacerlo, me dijo bajando la voz, aunque gritando con las manos y refiriéndose a Maqueira:

—¡Ése viene aquí a por algo! ¡Mucho ojo con él!

A la hora del café, una vez que Damiana se hubo ido a su casa, intenté sincerarme con Justo.

—Dime exactamente la razón de tu visita.

Maqueira se rascó una ceja, estiró las largas piernas sobre la alfombra, esbozó una sonrisa, se encogió de hombros.

—¿El móvil?… verte. Pura y simplemente eso: verte. ¿El pretexto? La lectura de tu último libro. Desde que supe que… habías salido del sanatorio, tengo… ¿cómo diría?… un continuo remordimiento por no haber venido a verte antes. Días pasados vi un libro tuyo en la biblioteca de la Universidad; lo compré, lo leí y me hice el firme propósito de no aplazar un domingo más el visitarte: eso es todo.

—Dime la verdad, Justo. ¿Cómo supiste que salí del sanatorio?

—¿Me lo preguntas en serio?

—¡No te quepa la menor duda!

El gallego dejó la taza de café en el bordillo de la chimenea. Comprendí que estaba dispuesto a sincerarse. Mas no existe gallego en la tierra que sepa decir las cosas por lo derecho. Necesitan recorrer largos caminos sinuosos antes de llegar a donde quieren.

—Jaime…, no sé si te das cuenta de algunas cosas… Tú, aquí, vives en una torre de marfil. No sabes nada del mundo, ni te interesa saber nada del mundo. Pero allá, en ese mundo que tú desprecias, se te conoce; tus libros se comentan, se citan, se discuten. ¡Eres un hombre conocido!

—Supongo que mis «circunstancias» —dije lentamente— habrán colaborado más que mis libros a ser «comentado» y «conocido».

—Estás en un error. Por supuesto que las gentes «saben» algo de tu biografía, que es… ¿cómo voy a negarlo?… bastante… peculiar. Pero también hay otras figuras en este país que son conocidas y respetadas por sus

obras, por lo que representan en el pensamiento contemporáneo, o en una rama de la ciencia o de la investigación, sin que nadie comente, por eso, los azares de su vida privada. ¡Y también los hay «peculiares»…, te lo aseguro! Tu salida del sanatorio fue, desde luego, comentada. La gente habló de ello, por supuesto; bien que siempre con respeto, y si me lo permites, hasta con alegría. ¡Pero mucho más que de tus problemas privados se habla de tus méritos en el campo de la investigación histórica!

—¿Es cierto que hay libros míos en la biblioteca de la Universidad?

—¡Me parece insólito que me preguntes eso! ¡Están todos!

—Dame un cigarrillo…

—Me gustaría poder convencerte de…

—Dame fuego…

—Voy, en fin, a decirte lo que ha hecho inaplazable esta visita mía.

—Acércame el cenicero…

—Se van a crear tres cátedras nuevas en la sección de Historia de la Facultad de Filosofía… ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—¡Mira hacia el ventanal, Justo Maqueira! Ha dejado de nevar y está saliendo el sol…

—¡Y yo soy Presidente del tribunal de oposiciones! —concluyó, echando todo el aire que le quedaba dentro.

¡Al fin había soltado lo que quería! ¡Ah, granuja, cómo supo engatusarme primero los oídos; lubricar mi vanidad para que, sobre el aceite de los elogios, resbalase mejor la noticia final: la invitación final!

Me puse en pie.

—Mira, mira… ¡qué maravilla!

Retiradas las nubes, o desintegradas en copos, se había descorrido el telón que cubría aquel escenario prodigioso y siempre nuevo. Yo había seguido día a día la transformación cromática del paisaje. Amarillo en verano, por la sequía; rojo y azul en otoño, por las llamaradas de las hojas novembrinas y los cultivos de la flor, celeste, del azafrán; verde en invierno por las lluvias que revitalizan las praderas y hoy blanco, como una luna llena caída sobre la tierra.

Me imaginaba a Maqueira, desalentado, balanceándose detrás de mí como un oso de gitanos húngaros. Le oía resoplar enfurecido.

—¿Has visto nada mejor? —comenté, señalando el panorama.

Maqueira, vencido, se acercó al ventanal.

—No imaginaba esta profundidad de paisaje —dijo en voz baja.

—Nadie imagina que pueda verse tanto desde aquí. Vivo en un alcor como las águilas.

—Pero tú no eres águila, Jaime Gades, sino hombre. ¿Has *atendido* a lo que te he dicho? ¿Has *entendido* lo que significa?

—Perfectamente. Que estás dispuesto a respaldar una injusticia a mi favor y darme una cátedra, aunque no la merezca, sólo porque eres amigo mío.

—Estás muy equivocado. Tendrás enfrente tuyo otros opositores que contarán con amigos suyos en el tribunal.

—¡No me siento con fuerzas para luchar contra ellos!

—Su preparación equivale a la que tú tenías hace muchos años. Son muchachos estudiosos. Sólo saben lo que dicen los libros. ¡¡Tú, en cambio —añadió gritando, pues había perdido, con la paciencia, el control de su voz—, los has escrito; has investigado por tu cuenta!! ¡Tu triunfo está asegurado! ¡Y no por mi favor, repuños, sino por tus méritos!

—Me hace el efecto de que ignoras que estoy bajo un régimen de «libertad provisional»… O soy delincuente o soy loco. No tengo otro dilema.

—Me consta que el doctor Maldonado va a pedir al juez que tu libertad provisional se transforme en definitiva.

—Justo Maqueira —respondí suavemente—, te suplico que no hablemos más por ahora del tema. Las drogas, cuando son fuertes, hay que tomarlas a dosis pequeñas. Lo que me propones me tiene trastornado: me asusta y me atrae…, me repele y me fascina. Pero más que nada me produce una excitación nerviosa como no puedes ni siquiera imaginar. Mira: toca mis manos.

Lo hizo y percibí la impresión que le produjo. Estaban heladas y sudorosas. Me acerqué a la chimenea, aticé los troncos, miré de soslayo a Justo, que, de pie ante el ventanal, contemplaba el panorama nevado y meditaba. Se volvió lentamente.

—Bien. Doy este asunto por aplazado. No volveré por hoy a hablar del tema. Sólo, para terminar, quisiera decirte algo. Si no te encuentras con fuerzas; si necesitas un tiempo para ordenar tu plan de estudios, o por cualquier otra causa te conviene un plazo más amplio, la convocatoria de una de las tres cátedras podrá retrasarse un año…

—Gracias —dije en voz tan baja que apenas se oyó.

Se acercó a la biblioteca que enmarcaba la chimenea.

—Déjame curiosear en tus libros… ¡Buena edición ésta de Quevedo!

No había apenas comenzado a hojearla cuando llegó Damiana de la calle pegando gritos. Para mí que la presencia de Justo Maqueira le brindaba la

oportunidad de dar suelta a sus dos tendencias más acusadas: la charlatanería y la socarronería, cosa que no era fácil conmigo, pues hablarme mientras trabajaba era como pescar en un estanque sin agua.

—¡Señorito! ¡Señorito!

—¿Qué le ocurre ahora, Damiana? —pregunté.

—No es usted a quien llamo, sino al otro señorito. Se tiene usted que marchar —le dijo— ¡y pronto!

—¿Por qué?

—Porque hay lobos.

—¿Y qué tiene eso que ver? —exclamé indignado—. No creo que los lobos derriben a los coches como si fuesen rinocerontes.

—Se han visto lobos en el barranco, ¡más de diez!, y ha dicho el Alcalde que se cierre la puerta del pueblo para que no suban aquí y armen de noche un estropicio en los corrales. Y si se cierra la puerta, ya me dirá usted por dónde sale el señorito cuando se quiera ir. De modo —añadió mirando a Maqueira y golpeándose los muslos con ambas manos—, que ya puede ir usted calentando motores.

—¿Y los otros coches que estaban en la plaza —preguntó el gallego— también se van?

—No, señor. Ésos se quedan.

—¿Por qué?

—Porque las carreteras están bloqueadas por la nieve y no hay Dios que salga de aquí.

—¡Damiana —grité enfadado—, no le tolero a usted esas irreverencias!

—¡Vamos! ni que estuviera yo hablando con San Pascual Bailón; que todavía estoy esperando verle a usted en misa un domingo.

—¿Es domingo hoy? —pregunté.

—¿No sabes siquiera el día en que vives? —terció Justo.

—¡Qué más da un día que otro día! Ya sabes que no salgo de casa; que estoy enfermo.

—¿Enfermo usted? —terció Damiana—. Si usted está enfermo, yo soy Botella, el rey intruso. Lo que es usted es un hereje y un comodón. Y nada más.

—Vamos al grano —terció Maqueira—. Eso de las carreteras bloqueadas es más serio que lo de los lobos. Lo que no acabo de entender es por qué pretendía usted que me largara si en definitiva no se puede salir.

—Lo que pretendo es que se espabile usted y se entere delo que pasa; porque algo pasa.

—Voy a la plaza a enterarme —me dijo Maqueira—. ¿Vienes conmigo?

—Ya te dije antes que no me gusta salir, y menos habiendo forasteros.

Las noticias que trajo Maqueira de la Plaza fueron éstas: la carretera de Francia había sido limpiada por las máquinas quitanieves y el camino de Madrid estaba expedito por el Puerto de Somosierra. No así los carriles que unían Pedraza con la carretera general. En Matabuena, en Matamala, en Arcones y otros pueblos situados entre el nuestro y la autopista de Madrid-Burgos, multitud de turistas domingueros se habían visto obligados a dejar sus coches abandonados en los caminos. Al día siguiente, uno de los «quitanieves» bajaría del puerto para desembarazarlos. Entretanto, Maqueira no tenía posibilidad de salir de Pedraza. Hube, pues, de invitarle a pernoctar en casa, lo que hice con harto mayor placer del que hubiera podido imaginar al recibirle.

De eso hace exactamente dos semanas y me pasmo al considerar la proximidad con el episodio que estoy relatando. Porque los otros sucesos acerca de los que escribía cuando llegó Maqueira, interrumpiendo mi narración… ¡son ya tan lejanos! Esta duplicidad de planos de mi relato (los de ayer, que redacto por prescripción del médico, y los de hoy, que acaecen en el tiempo mismo en que los escribo) me obliga a mirar mi vida desde extrañas perspectivas. Es como si el Jaime de las Bahamas, el feligrés de Father Nightingale y el rival de David Haughton, vecino de Wassermann y amante de Pepa Niebla, conociera por una rara transposición de épocas al Jaime de Pedraza, el que tuvo a Damiana por guardesa y tiene a Maldonado por mentor. Ya sé que no es así, sino al revés: que es el Jaime de ahora quien conoce, porque lo rememora, al de entonces. No obstante, al haber tenido que traer al presente el pasado, y vivir «*hoy*» con tanta intensidad los episodios de «*entonces*» y tener —además— que interrumpirlos para mezclar con ellos los sucesos de «*ahora*», me acaece una cosa chocante: veo toda mi vida en presente de indicativo, como dicen los teólogos que se verá la historia del hombre desde la Eternidad. Quizá sea una simpleza esto que digo. Pero ahí queda expresada; no sólo de sutilezas y exquisiteces mentales viven los escritores, sino también de vulgares experiencias y discretas y mínimas introspecciones.

Bien podría decir Justo Maqueira como el Redentor: yo no he venido a traer la paz… ¡Qué de vueltas y vueltas di en la cama dejándome tentar por su ofrecimiento! Era probablemente la última oportunidad que se me presentaba

para alcanzar mi vieja ambición de adolescente. ¿Cómo no confesar que, por encima de mi desidia y retraimiento, nunca dejó de brillar en mi vida, como una estrella lejana, la esperanza de reincorporarme a la actividad social y ocupar un puesto de responsabilidad en la vida docente? Yo era incapaz de salir a cuerpo limpio a la calle a buscar esa oportunidad. Mas he aquí que no era yo quien salía a buscarla, sino que era la oportunidad misma quien venía a visitarme. No debía dejarla escapar. Era inútil decirme que en Madrid no podría escribir ni encontrar el sosiego necesario para trasvasar mis ideas a las cuartillas. Mi capacidad de aislamiento era cosa probada y no sería difícil encontrar una vivienda alejada del tráfago y acomodada a mis necesidades. Estaba dispuesto a sorprender mañana a Maqueira, diciéndole: «Justo, me voy contigo».

Como si hubiese despertado al toque de mi pensamiento, le oí llegar desde su habitación y entreabrir la puerta de mi cuarto.

—Los lobos… —me dijo en un susurro—. ¡Ven a verlos! Están ahí…

Me puse una bata y un abrigo sobre el pijama, calcé unas botas de fieltro y salí con Maqueira a la solana. Era noche cerrada y el frío intensísimo. Los lobos jadeaban exactamente debajo de nosotros, en la breve cornisa que mediaba entre la antigua muralla (sobre la que estaba construida mi casa) y el precipicio. No se movían con la agilidad del perro, sino sigilosamente, cautamente, como ladrones en despoblado. Eran cinco; dos de ellos de gran tamaño. Sus ojos brillaban en la noche como pequeñas constelaciones. Debieron de intuir nuestra presencia, pues se alejaron.

—Van hambrientos —murmuró Maqueira—. Hizo bien el Alcalde en cerrar las puertas del pueblo.

—Me estoy congelando. Vamos dentro…

—Espera. ¿No oyes?

Me estremecí, no tanto por el frío como por el aullido del lobo. Era de una tristeza y una melancolía singulares: no amenazador como el rugido de las fieras, sino triste y nostálgico, cual si el que lo emitía añorara ser perro y amigo de los hombres, esos seres que le cerraban las puertas cuando él y los de su especie tenían hambre.

La mayor parte de mis grandes recuerdos van asociados a minucias pasajeras. La muerte de mi madre, al calor de una cama; la conversación con tía Lisa, al olor de los crotos tropicales; la visita de Justo Maqueira, que tan definitiva importancia ha tenido en mi vida, a la protesta impotente, angustiada del aullido de un lobo.

El día amaneció soberbio. La nieve caída la víspera brillaba bajo los rayos del sol como polvo de diamantes. Mi ánimo, a pesar de no haber dormido, reverberaba tanto como la nieve. Me levanté cansado, mas —paradójicamente — de excelente humor. Mis dudas se habían disipado al igual que las nubes. Mi decisión estaba tomada. Encendí por mí mismo el fuego de la chimenea. Hurgué con el tizón en la ceniza de ayer. Aún quedaban brasas; sobre ellas coloqué la yesca y las astillas.

—¡Vamos, Maqueira, no seas gandul y ayuda!

—¿Y qué puños estoy haciendo? —dijo éste trayendo entre sus brazos más troncos de los que yo hubiera podido subir de la leñera en tres viajes.

—Hay que soplar, abanicar, o hacer algo si no queremos que se apague.

Justo se quitó la chaqueta y comenzó a ventear como un loco. No pude menos de reír. ¿Fui yo mismo quien dijo que mi amistad por él había desaparecido?

—Estás de muy buen humor esta mañana —comentó.

—Sí, lo estoy. Mi decisión está tomada: renuncio.

Dejó de abanicar el fuego. Le vi palidecer.

—¡Estás bromeando!

—Nunca he hablado con mayor seriedad. Y creo que la satisfacción interior que me hace parecer tan alegre como dices se debe a que he tomado esta resolución y no otra.

Su rostro era todo un muestrario de sensaciones. La ira y la decepción, y la sorpresa, alternaban con un sentimiento de pena por mí, a quien sin duda apreciaba y quería; y de humillación por él, a quien se despreciaba el mayor regalo que era capaz de hacer. Quería pagarme las toneladas de cerveza que se bebió en mi casa hace tres lustros regalándome una cátedra en la Universidad. ¡Qué cara, Dios! Era un contraste harto cómico de palideces y sofocos, franjas blancas y rojas producidas de consuno por el pasmo y la rabia. La gente que está en el mundo —consideré— toma demasiado a pecho las cosas. Se encorajinan, y decepcionan e ilusionan y sufren… por menudencias que no merecen una pulsación de más o de menos en nuestras venas.

Alcé los brazos sonriendo.

—Acéptame el supuesto (que hoy, a Dios gracias, considero absurdo) de haberte dicho «sí». ¿Estaría yo ahora tan contento como estoy? Iría a tu lado en el coche camino de Madrid y me verías retorcer los dedos, dudar, suspirar…: sufrir. Y apenas apareciera a lo lejos el caserío de la ciudad, te ordenaría parar, aunque fuese a la fuerza, entiéndeme bien, y daría la

espantada corriendo como una liebre por el campo. Me asusta el mundo, Justo Maqueira, y odio a la gente, y no creo en las personas, y desprecio a las masas. ¿Por qué voy a dejarme engañar por el señuelo de una vocación pedagógica que un día tuve y ya no tengo? ¿Por qué voy a perder la paz y el gusto de vivir que gozo en este rincón? Ya he pagado a la vida el cupo de sobresaltos y sinsabores más alto que se puede pagar. Ya he pagado también mi cupo de miedo. Un miedo feroz, un miedo paralizador: el miedo a que sea verdad lo que uno necesita imperiosamente que no sea cierto…

—Estás loco, Jaime…

—Un elemental sentido del buen gusto debería haberte frenado antes de decir eso, ¿no te parece? Pero ya ves: no me ha ofendido. Estoy seguro de que esta decisión irrevocable, créeme: *i-rre-vo-ca-ble*, es la más cuerda que he tomado en mi vida. Vosotros sí me parecéis locos. Peor aún: ridículos. Os veo correr, luchar, afanaros por trivialidades: perseguir honores. Honores: ¡qué grotesca palabra! Sois como niños pequeños matándoos por una golosina que después tiráis porque os empalaga. Hoy he pasado la última noche en vela, como tantas veces cuando vivía allí entre vosotros. Y volvería a pasar otras ocho de cada diez si me lanzara al tráfago de eso que llamáis «vivir». Aspiro a seguir escuchando este silencio que no ahoga las voces que tengo dentro y que me interesa oír. Aspiro a no desvelarme más que para ver lobos con rabo y no con sombrero, bajo mi ventana. Aspiro a no tener otros diálogos que con los espíritus más exquisitos que pueden hablarme desde sus libros. Aspiro a escribir aunque nadie me lea, y a buscar la sabiduría allí donde está y no donde la venden.

Justo se armó de paciencia, apretó los dientes, y dijo, como quien habla con un muchacho que no ha entendido lo sustantivo del tema propuesto, sino sólo su contorno adjetivo:

—Yo no he venido a ofrecerte honores, Jaime, sino responsabilidades. Mira, yo no soy un buen profesor. Pero he sentido, dentro de mí, el orgullo de creer que tú sí lo serías. Ignoro cuál será tu escala de valores, pero si hay una ocupación en la vida que merece respeto, es la del maestro de promociones y promociones de jóvenes estudiosos.

Maqueira jugaba sucio con palabras nobles. Ponía el dedo en mis llagas sin importarle el dolor que pudiera causarme.

—¡Te ruego que te calles —grité— y respetes mi libertad!

—Muchos de ellos no siguen su vocación porque el maestro no ha sabido alentarla, o lo que es peor: porque ha sabido quebrar su ilusión, defraudar su esperanza. Un buen maestro, en cambio…

—¡Calla, te digo, y vete de una vez…!

—Un buen maestro que sienta su vocación como un sacerdocio, que forme con su ejemplo y con su palabra, y no deforme, con sus actos; un hombre capaz de establecer ese contacto directo con la inteligencia y la sensibilidad del alumno…

Me había vuelto de espaldas por no mirarle, por no oírle. No sé si acabaría convenciéndome. Pero temí que me arrebatara, para siempre, la paz. Hurgué con rabia en la leña avivando el fuego con el atizador, y de pronto, sin mediar más advertencia, ni haber dicho él nada con ánimo de injuriarme, me volví bruscamente y le golpeé en la cabeza con el hierro que tenía en la mano. Fue un golpe violento y bárbaro. Tan inesperado para él como para mí. ¿Por qué lo hice? He aquí una pregunta carente de sentido, por lo que tiene de inútil. ¿Pueden buscarse razones a la sinrazón? Hoy podría decir que por miedo a dejarme convencer. Y sería tan incongruente como el hecho mismo de preguntármela. Maqueira cayó de espaldas y vi manar la sangre de su frente. A trompicones, a gatas, con el espanto y el pasmo reflejado en sus ojos, logró asirse a una silla, que utilizó más tarde como escudo —pues el atizador seguía alzado en mi mano— y huyó de mi casa. En la nieve del jardín quedó un reguero escarlata, como si al escapar se le hubiera desengarzado un collar de rubíes.

«No he sido yo», me oí decir. Y aquellas palabras, por segunda vez repetidas, laceraron mi alma con un nuevo sabor: el de la reincidencia.

Pasmosamente sereno esperé a Damiana, en la puerta de la calle.

—Hoy no la necesito —le dije—. Mi amigo se ha ido y yo voy a acostarme. El aullido de los lobos no me dejó dormir.

Y me acosté. Y dormí.

A las seis de la tarde me despertó el doctor Maldonado. Todo fue muy sencillo.

—Le esperaba —dije incorporándome.

Para que no hubiera duda de mi destino, en la puerta de casa estaban dos enfermeros y un coche ambulancia. El doctor, al ver que no ofrecía resistencia, prefirió llevarme en su automóvil particular.

—¿Ha muerto?

—No.

—¿Va a morir?

Guardó silencio.

El coche comenzó a rodar sobre la nieve. Rememoré las palabras proféticas del doctor Maldonado pronunciadas varios meses antes: «*Recuerde*

usted esto, Jaime. Yo le sacaré de aquí. Y no será contra su voluntad».

Ya no escribo desde Pedraza de la Sierra. La habitación que me han concedido en el Sanatorio es excelente. No da a mediodía —lo que me priva de algunas horas de sol—, pero está muy aislada, y esto es lo que más aprecio, pues así no molesto a los demás internados con el tecleo incesante de mi máquina de escribir.

XXIX

ORNITOLOGÍA

ESTÁBAMOS PEPA NIEBLA y yo en la zona deshabitada de la isla. Sólo Wassermann vivía en aquella costa y a no menos de dos kilómetros. Era obsesivo no ver una sola construcción, ni el humo de hogueras y chimeneas, ni un vestigio de vida. La cinta de la playa se extendía a nuestra izquierda hasta el infinito. El mar estaba quieto. El cielo, cubierto. El agua, gris.

Detrás de mí ondulaban los arenales. Unos juncos rubios crecían en pálidos manchones y unas plantas secas, sin la belleza barroca de los cardos castellanos, promiscuaban con los juncos. La bata que antaño fue amarilla de Pepa Niebla había sido lavada y estaba colgada en lo alto de un bambú.

Yo llevaba horas abstraído, contemplando a mi insólita compañera. Se había lavado, frotando su piel hasta sacarle lustre con arena fina del suelo del mar, y ahora iba y venía de la playa a la barca —fondeada a muy pocos metros de la orilla— y de la barca a la playa trasladando sobre su cabeza diversos objetos. (Me pasé la mano por la frente. Aún estaba dolorida).

Apenas hubo concluido de ordenar los aperos de pesca, y de trasladar a la arena multitud de cosas inútiles, Pepa Niebla se alejó de mí y a poco volvió con dos cocos de agua. No eran de los peludos y oscuros como cráneos de gorila, sino de los lisos y verdes, semejantes a melones. Los partió de un tajo y me ofreció a beber su líquido, frígido y áspero. Después los tiró al mar y quedaron a la deriva cual minúsculas embarcaciones de juguete. Los miró flotar y se metió en el agua tras ellos. Los empujó, obligándolos a alejarse. Los volvió a atrapar. Jugaba con ellos. Se reía; les hablaba.

¡Cuánta belleza —pensé— encierran las pobres cosas humildes! Los poetas del lienzo, los pintores de ideas y palabras se han inspirado no pocas veces en su infinita poquedad. Unos con rabia, buscando la propia degradación en la glorificación de lo feo, sórdido y desolado; otros con ternura, sacralizando las pobres, humildes cosas, de una vaga y bella tristeza melancólica. Recordé un poema de Rafael Morales dedicado a un cubo de basuras; la fotografía artística de una muñeca rota, ahogada en un charco; un cuadro de Sancha, en que se percibía el vaho que ascendía de los escombros

hacinados de un trapero. El arte (pensé recordando la definición de Wilde) no es tanto un espejo de lo exterior como un estado del alma. Y mi particular estado de alma me inclinaba a gustar de esos elementos plásticos: el mar quieto y gris, los juncos rubios, la arena blanca, un traje de mujer colgado de un bambú, una barca fondeada y una negra demente, con el agua por los muslos, jugando con un coco desventrado como si fuera una barquilla velera. Las solas notas cromáticas eran los dos manchones rojos de la pobre, humilde ropa interior; de una pobre, humilde mujer; de una pobre, humilde raza de esclavos; que jugaba con unos pobres, humildes frutos que flotaban en el mar.

Me senté en la orilla con Pepa Niebla, las piernas en el agua.

—¿Estás triste por lo ocurrido?

—¡No!

—¿Te gusta este sitio?

—¡Sí!

—Aquí no valdrá nadie a pegarte con palos ni a tirarte piedras.

Se incorporó hasta ponerse de rodillas.

—¿Le duele? —me preguntó, rozando con las yemas de los dedos la herida de la frente.

—Un poco —respondí.

Posó los labios sobre sus bordes.

—¿Y ahora?

—Ahora, ya no.

La víspera, al regresar a Burton's House después de haber hecho la compra (pues a Pepa Niebla no me atrevía a encargarle estos menesteres por temor a cualquier fechoría), encontré a nueve o diez mozalbetes armados de estacas que pretendían atacar a Josephine. Ésta había conseguido refugiarse en lo más alto de un árbol. Los golfillos, desde abajo, miraban el modo de encaramarse. En cuclillas sobre una gruesa rama y mordisqueándose las uñas, Pepa Niebla parecía un orangután acosado y estremecido. Al sentirme llegar los muchachos se dispersaron, pero uno de ellos al ver que estaba a punto de dar alcance a otro de sus compañeros me acertó en la frente de una pedrada. Los alaridos de Josephine al verme caer no son para contados. Me incorporé enseguida. Y por consolarla y calmarla le prometí que pasaríamos una larga temporada en nuestro Paraíso, que así denominábamos al prodigioso estero. Al acercarse nuestra motora levantaron el vuelo los pájaros y todo el cielo se cubrió de un falso techo de plumas. La frase no es hiperbólica. Pongo a Colón

por testigo: «*Las manadas de los papagayos oscurecen el sol*», escribió, muy cerca de aquí, el 21 de octubre de 1492.

Descargados los aperos, habilitadas las tiendas del centro ornitológico, hecha la cura de mi herida con un ingrediente compuesto por Pepa Niebla con hojas masticadas (ingrediente que lo mismo pudo ser innocuo, medicinal o venenoso), puesto el sol, nos dispusimos a dormir. Estaba ya amaneciendo cuando me despertó un brusco movimiento de mi compañera. A la luz del primer claror del alba la vi sentada sobre las mantas, escuchando atentamente, cual si aguzara el oído en presencia de un peligro. Yo no sentía nada, como no fuera el gozoso clamor de los pájaros saludando al nuevo día.

—¡Loado sea Dios que ha cegado a nuestro enemigo! —dijo de pronto Josephine.

Si el movimiento de su cuerpo me había despertado, el oír de sus labios tales palabras acabó por desvelarme.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué enemigo hablas?

—No es un enemigo «nuestro» —aclaró para tranquilizarme—. Es un enemigo de los pájaros. Y yo he repetido lo que les estoy oyendo gritar. ¡Escuche, escuche! ¿No les oye decir a coro: «*loado sea Dios que ha cegado a nuestro enemigo*»?

—Sí, lo oigo. Lo oigo con toda claridad. Pero tengo mucho sueño y prefiero seguir durmiendo.

Di una vuelta sobre las mantas, hundí la cabeza bajo la ropa y procuré dormirme, cosa que tardé en conseguir, a causa de la algarabía matinal de mis alados vecinos.

Al despertarme, Pepa Niebla no estaba junto a mí. Al pie de mi tienda, y escrita en la arena con grandes trazos, hallé la siguiente inscripción:

P J W C T T T T T T

que en sentido literal significaba «Mujer pescar pájaros comer bosque». Cierto que la «J» significaba «anzuelo» y por extensión «pescar», pero no siendo nuestro vocabulario tan rico en signos como el de los chinos, consideré la trasposición de términos gramaticalmente lícita. Tampoco existía ninguno que representara la idea de bosque, pero la multiplicación para dio de la «T», que equivalía a «árbol», me pareció perfectamente adecuada. Enterado por su mensaje de que Pepa Niebla se había ido a cazar pájaros para el almuerzo, el problema estribaba en localizarla en el bosque. No me gustaba saberla sola.

Salí, pues, en su busca y la ubiqué al cabo de una hora larga de camino. He aquí la puntual descripción de lo que vieron mis ojos: *primero*, una fosa a

modo de tumba, cavada bajo una jara o arbusto muy bajo y una techumbre de juncos sobre el agujero a modo de visera o marquesina; *segundo*, un haz de ramas cortadas dispuestas en forma de hoguera; *tercero*, una vasija mediada de unos frutillos redondos y verdes que me recordaron los guisantes; *cuarto*, a la organizadora de todo aquel cotarro recolectando (de una planta parásita semejante al boj que cubría algunos árboles) los consabidos frutitos, que depositaba a puñados, apenas cogidos, en la vasija.

—Buenos días, Pepa Niebla. He leído tu mensaje. ¿Puedo ayudarte en algo?

La muchacha negó con la cabeza. Introdujo un grueso palo en la vasija y comenzó a remover las frutillas puestas, al fuego.

—¿Qué vas a hacer?

No me respondió.

—¿Para qué sirve esa sopa?

—Para cazar pájaros.

—¿Vas a envenenarlos?

—¡Oh, no! ¡Los pájaros no comen sopa!

—Explícame entonces para qué sirven esos granos que estás cocinando.

Me contempló llena de recelo.

—¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Ah, no! Te aseguro que no. Tú sabes cosas distintas a las que yo sé y quiero que me las enseñes.

Pepa dejó de batir el increíble condumio.

—¿Se acuerda esta mañana lo que gritaban los pájaros?

—Estaba medio dormido. No lo recuerdo bien.

Josephine puso los ojos en blanco, en actitud de recordar.

—«Loado sea Dios, que ha cegado a nuestro enemigo». ¡Eso fue exactamente lo que dijeron!

—Te confieso que sé bastantes idiomas: latín, francés, inglés, español y unas briznas de griego antiguo. Pero me avergüenzo de no entender el idioma de los pájaros. ¿En qué lengua hablan?

—En a rameo.

—¿En arameo has dicho? ¿Tú entiendes lo que es eso?

—Sí.

—¿Y lo sabés hablar?

—Sí.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Los pájaros.

Tragué saliva.

—Bien. Ahora dime por qué loaban a Dios los pájaros en arameo.

—No quiero.

—¿Por qué?

—¡Porque todo el mundo lo sabe! ¡Y usted se quiere reír de mí preguntándome tonterías y más tonterías, que ni siquiera se enseñan a los niños en la escuela porque *ya se saben*!

—Te he dicho que sé hablar latín… —respondí alzando la voz— ¡pero no sé hablar arameo! ¡Tú, en cambio, sabes hablar arameo, pero no latín!

Este razonamiento pareció convencerla. Al fin y al cabo yo era un extranjero, un hombre raro que tenía distinta la piel, las ideas y los conocimientos, cuyo pelo era lacio y que no podía andar descalzo sin dar grandes voces de dolor, del mismo modo que ella no podía usar zapatos sin hacerse callos.

Pepa Niebla retiró del fuego la vasija cuyo contenido se había convertido en una masa pegajosa, dobló su cuerpo sentándose en los calcañares, cruzó los brazos sobre el pecho y con tono y ademán de quien se dirige a un niño subnormal que todo lo ignora y nada entiende, se extendió en una asombrosa disertación compuesta a partes iguales de reminiscencias bíblicas, nociones de Historia Natural y experiencias personales:

—Los mochuelos, *Mr*. Geids, son perversos y mentirosos. Todos los días le dicen a Dios: «¡*Devuélvenos la vista y no volveremos a pecar*!». Y Dios, al llegar la noche, les dice: «*Os devuelvo la vista. Pero el que tenga oídos que oiga esto bien: podréis comer lagartos, lagartijas, ratones y serpientes, pero no comeréis los huevos de vuestros hermanos los pájaros que anidan en los árboles ni devoraréis sus crías*». Y los mochuelos responden a una sola voz: «*Así sea*». Pero apenas la luz se ha hecho en sus ojos y ven que los huevos de los pájaros que anidan en los árboles son buenos para comer y agradables a la vista, olvidan su promesa y los devoran. Al hacerse de día y ver Dios que los mochuelos juraron en falso y comieron lo prohibido, se apodera de Él una gran ira. Y al caer sobre los mochuelos la cólera de Dios quedan todos ciegos a la salida del sol y no pueden ya volar ni defenderse de los otros pájaros que los buscan clamando venganza. Y todas las aves del cielo exclaman a coro: *Loado sea Dios, que ha cegado a nuestro enemigo*.

Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—¡Ya no sigo más!

—¿Por qué?

—Porque se está riendo de mí.

—¡No me he reído!

—No se ha reído por fuera, pero sí por dentro. ¡No sigo más!

Volvió a colocar en el fuego la vasija, cuyo contenido al hervir se transformó en una masa viscosa y repulsiva, y, ayudándose del palo, untó aquel ingrediente desconocido sobre todas y cada una de las ramas, hojas, flores y espinos del matorral, cuidando mucho de no rozar la techumbre de paja que había previamente construido bajo su fronda, ni de manchar la fosa[10].

—Ahora escóndase aquí conmigo y no hable más —ordenó Pepa Niebla.

Me arrastró debajo de la falsa techumbre de paja y nos acurrucamos juntos en la fosa. Como el habitáculo no estaba calculado para dos, la posición que ocupábamos era bastante incómoda. Apenas nos hubimos instalado, Pepa Niebla cerró los ojos para mejor concentrarse y comenzó a imitar la voz del mochuelo:

—¡Hu-hí… hi-hu… hu-hu… hu… hu-hú…!

Guardó silencio un gran espacio de tiempo. Al cabo del cual repitió:

—Hu-hú-hú… hu-hú…

—¿Sabe lo que he dicho ahora?

—Lo siento; no entiendo el arameo.

—Pues he dicho: «*Señor Yaveh, ahora que estoy herido y enredado en una zarza te lo pido: devuélveme la vista y no volveré a pecar*».

Inmediatamente oímos una piada desapacible, seguida de otra no menos desentonada. Las ramas de los árboles vecinos se fueron paulatinamente cubriendo de pájaros blancos. Se dirían magnolios florecidos. Pepa Niebla clavó sus uñas en mis manos. Estaba radiante.

—Escuche, escuche, lo que dicen: «*Hipócrita, no pretendas engañar al Señor que te ha creado. Si vuelves a tener vista la emplearás en comer nuestras crías y arruinar nuestros nidos*». ¿No lo ha oído?

Más que por sus diversas especies los pájaros se diferenciaban por sus actitudes. Unos eran gritadores —como las verduleras en los mercados— y azuzaban a los bravucones para que se enzarzaran contra el enemigo; otros, los más audaces, volaban en órbitas concéntricas cada vez más estrechas estudiando el modo de atacar; otros, en fin, como las siniestras *tricoteuses* de la Revolución Francesa, se aprestaban anhelantes y crueles a contemplar el espectáculo de la próxima degollina.

—*Voy a morir* —replicó Pepa Niebla en arameo—. *No puedo defenderme. Si no me devuelves la vista —¡oh, Jehová, Pontífice de misericordia!— no podré desenredarme de estas zarzas donde he caído*…

A esta voz tristísima, infinitamente melancólica, respondió una algarabía de piadas, silbos, trinos y graznidos amenazadores.

—¡*Sepulcro blanqueado, enemigo del pueblo. No es mejor el que grita Señor, Señor, sino el que escucha la palabra de Dios y cumple sus mandamientos*!

—Hu-hú, hu-hú, hu-hú-hú…

Un estruendo se produjo sobre nuestras cabezas. Hundí la mía en el pecho y me protegí la nuca con las manos. Parecía que el mundo se nos venía encima o que una legión de águilas nos devorara. Convencidos los pájaros de que el mochuelo no podía defenderse, una avanzadilla de los más bravos cayó sobre la mata y sus patas quedaron prendidas en la mortal substancia; al agitar desesperadamente las alas impregnaron sus plumas en el cruel pegamento, agravando su mal; incluso los que lograron separarse de su cepo cayeron bien pronto al suelo, inhábiles para volar. Salimos precipitadamente de nuestro escondrijo. Media hora más tarde caminábamos alborozados, de regreso hacia el hogar, cada uno con dos racimos de pájaros en las manos.

—Mi conciencia no está del todo tranquila, Pepa Niebla. Deberíamos haber capturado al mochuelo asesino, pero no a sus víctimas inocentes.

—Ellas también son perversas —dijo agitando su colección emplumada.

Se detuvo para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Ah, sí!, son perversas, porque atacaron a un pobre herido y ciego que sufría mucho. Y el alma buena no tiene que pensar si el que se lamenta es o no samaritano.

—¿Qué… qué has dicho? ¡Repíteme eso!

—No quiero. Lo ha entendido usted muy bien.

Caminamos en silencio. Cerca ya de la zona del estero, pregunté.

—Y… ¿qué vamos a hacer con tanto pájaro?

—Comerlos.

—Son demasiados para nosotros solos. Te propongo que se los regalemos al doctor Wassermann. Él tiene nevera y los podrá conservar.

—¿Y se los comerá todos?

—No, mujer. Nosotros le regalamos los pájaros. Y él nos invitará a comer.

Hicimos el largo recorrido a pie. Largo era, en efecto, para que el tiempo en llegar transcurriera sin sorpresas. Súbitamente Pepa se detuvo, me agarró de un brazo y me dijo bajando la voz:

—¡Oh, *Mr*. Geids! ¿Ha visto qué traje más raro lleva esa señora?

Se volvió, con disimulo para observarla. Yo también me volví. Un gracioso arbusto florecido, semejante al adelfo (y probablemente próximo pariente suyo), agitaba sus ramas suavemente.

—Es un traje muy antiguo —me dijo al oído—. Ya no se llevan esos estampados de flores. ¡Ah, no, ya no se llevan!

Le puse ambas manos en los hombros.

—Descríbeme ese traje. ¡De prisa! Sin meditarlo. Dime cómo es.

Inclinó la cabeza de un lado a otro asombradísima.

—¿Para qué? Usted lo está viendo igual que yo…

—Te he dicho cien veces que tú ves cosas que no ven los demás. Ese traje no existe, Pepa Niebla. Es una invención tuya. ¡No existe!

Arrugó la nariz en un gesto muy suyo, frunció los labios, sonrió.

—¿Está usted enfermo? ¿Se encuentra mal? «Ese traje no existe, no existe»… ¿Va acaso desnuda? ¡Vamos, vamos, míster Geids, déjese de bromas y andemos de prisa!

Dijo esto y comenzó a saltar y a bailar delante de mí nevando mis pasos con plumas de pájaros como lo haría una virgen oriental que sembrara de flores el camino del Príncipe.

¿Era Pepa Niebla —pensé— una mujer bonita? Me formulé esta pregunta con ánimo de calibrar si la exaltación que me producía verla bailar estaba realmente justificada. Y también para hurgar en la intimidad de mis sentimientos y saber si sus bailes me fascinaban por lo que había *en ellos* de genialidad o por lo que había *en ella* de belleza.

Frente a tía Elisabeth no me hubiera permitido nunca preguntarme si era o no bonita, pues la respuesta se hubiese anticipado a la misma formulación: era perfecta. ¿Y Pepa Niebla lo era o no lo era? Llegué a la siguiente conclusión: Josephine, para ser armónica, necesitaba el movimiento: el ademán, el gesto, la postura. Tía Lisa, en cambio, soportaba la total quietud.

Recordé la decepción que me produjo el primer día que la vi sin su pintoresco sombrerito de rafia colorada. Tocada de aquella extravagancia escarlata la veía tan graciosa, tan raramente divertida, que no podía menos de admirarla. Sin su sombrero, o sin un turbante que utilizaba mucho y le favorecía… ya no era igual. El pelo le nacía demasiado cerca de las cejas (como al Padre Nightingale) y era tan crespo, duro y rebelde, se erizaba de tal modo, que parecía continuamente la caricatura de una mujer aterrorizada.

El encanto de Pepa residía en la no quietud. Cuando se movía, todo era primoroso y justo en sus desplazamientos. Ninguno de sus gestos o ademanes era inútil. La rotunda belleza de su cuerpo (la unión de la nuca con la espalda;

la increíble liviandad de su cintura; la comba del vientre y la cadera; la longitud, dureza y elasticidad de sus piernas) daba a todos sus movimientos un sentido —cautela, ritmo, gracia, ira— semejante al de los antílopes y los felinos.

Bailando y saltando con los racimos de pájaros en la mano llegó a casa de Wassermann —que muy sonriente nos contemplaba desde lejos—; trazó ante él una muy cortés y graciosa reverencia y depositó la ofrenda de aves a sus pies. Acto seguido corrió hacia mí, que llegaba algo retrasado, y me cubrió la cara de besos.

—Venimos a corresponder a la invitación de champaña de hace tres meses —le dije al médico, mientras estrechaba su mano.

—¿Está usted herido?

—No es nada. Una pedrada.

—Una pedrada siempre es algo. Debería usted ir armado.

—Sería incapaz de disparar contra nadie.

—El mayor servicio que presta un arma de fuego no es tener que utilizarla, sino evitar que los demás, por temor, utilicen las suyas contra uno.

Se volvió hacia Josephine.

—¿Qué le ocurre a la gran bailarina que no me da un abrazo? Algún día iremos a aplaudirte *Mr*. Geids y yo a un gran teatro. En cuanto te contraten, avísanos…

Los ojos de Pepa Niebla quedaron súbitamente enganchados en un punto indefinido del espacio. Su respiración comenzó a agitarse como la de un perro en celo.

—¿Vendrá la Reina…?

Wassermann ya había penetrado en su casa indicándonos el camino y no la oyó o fingió no oírla. Yo sentí súbitamente un acceso de tristeza. Seguí tras el médico. Junto al sillón donde éste acostumbraba a sentarse había un gran libro abierto con grabados. Al ver que posaba en él la mirada, Wassermann lo cerró.

—¿Qué es? —pregunté.

—Casos clínicos difíciles. No es un libro para profanos.

—Mi curiosidad lo abarca todo. ¿Me permite hojearlo?

—Como guste.

El primer grabado era una criatura con dos cabezas. El segundo, el sexo de un hambre muerto, devorado por las ratas. El tercero, una cara de mujer, a la que faltaba la nariz y tenía el labio superior comido por la lepra, de modo

que aquella caricatura de la muerte, parecía alentada por una risa indomable y siniestra.

Cerré el libro con repugnancia y comenté:

—Tenía usted razón. ¡No es plato para paladares profanos!

—Hay un caso muy bonito —declaró Wassermann abriendo de nuevo el libro y pasando lentamente las hojas con fotografías de escrofulosos, sifilíticos, oligofrénicos y leprosos—. Se trata de dos siamesas unidas por la médula. No se han podido separar y creo que aún viven. Son dos ucranianas, ¿me deja usted ver?…, sí, en efecto, ucranianas. Mire, mire, qué caso más admirable. Se han apuntado la marca mundial de supervivencia.

Eran dos horrendas mujeres desnudas, de perfil, de unos cincuenta años de edad. La una tenía los pies en el suelo; la otra, no. La primera era inmensamente gorda y fuerte. La segunda era un guiñapo que colgaba de su espalda como un saco de piel humana, reseca y arrugada. Situadas en esta posición por el fotógrafo, el pequeño monstruo colgante volvía la cabeza hacia la cámara y sonreía. El médico me ofreció una ginebra con hielo.

—¿Gusta?

—Sí, por favor.

Apuré el vaso de un trago.

—Sírvame otra, ¿quiere?

—Con mucho gusto.

Pepa Niebla irrumpió violentamente en la habitación. Estaba excitadísima.

—¡Ha venido un señor! ¡Un señor muy «handsom» (buen mozo) y muy gentil y un gran caballero! ¡Y me ha dicho que la Reina me quiere ver bailar! ¡Y va a venir! ¡Va a venir *aquí*! ¡Va a venir *ahora*!

Quedó como pasmada, los ojos en blanco, la cabeza torcida. Estaba escuchando la música del cortejo real que se acercaba. Pepa Niebla dio un grito.

—Yo no quiero que venga todavía. ¡No estoy peinada! ¡Esta ropa no sirve! ¡No quiero que venga!

Se desplomó sobre el suelo y comenzó a arrancarse los pelos y darse de cabezadas contra las baldosas. Tanta era su conmoción, tales sus gritos y sus golpes, que me lancé sobre ella para sujetarla. Le dije que no era cierto que la Reina viniese hacia aquí. El cortejo se dirigía al Palacio de la Televisión. Y faltaba mucho para que empezase el programa. Sentado en el suelo junto a ella la abracé con la mayor ternura, la acaricié, la besé. (Wassermann contemplaba nuestros arrumacos con una extraña sonrisa. Creí advertir en sus ojos un brillo semejante al que los encendía mientras me mostraba el grabado

de las siamesas ucranianas…). Pepa Niebla tan pronto se calmaba como volvía a sus primeras convulsiones con mayor agitación que antes.

—¡No sé qué voy a bailar! ¡Me quiero morir! ¡No he ensayado nunca con esa orquesta!

—No te preocupes por la orquesta —dije para calmarla—. Yo mismo la dirigiré. Y piensa que no eres tú quien habrá de seguir los compases de la música. Es la orquesta quien acompañará tus evoluciones. ¡Así lo hacemos siempre con las grandes bailarinas!

Las lágrimas desaparecieron instantáneamente de sus ojos. Con la misma celeridad su rostro pasó del terror a la beatitud.

—*Herr* Gades —oí decir a Wassermann a mi espalda—. Posee usted extraordinarias condiciones para domador de fieras.

—Te sugiero —le dije a Josephine sin hacer caso de las burlas del médico— que interpretes la danza, de Judit ante Olofernes.

—Ella no sabe quién es Judit —rió el alemán.

—¡Ella está doctorada en Ciencias Sagradas! —protesté.

Pepa Niebla, entretanto, meditaba.

—¡Sansón y Dalila! ¿No te gustaría, Josephine, representar a Dalila cortando a Sansón su cabellera?

—¡Ya sé cuál prefiero! —exclamó la bailarina haciendo un ademán que equivalía a borrar de una pizarra todas mis sugestiones.

—¿Cuál?

—¡La Creación!

Quedó un instante sumida en profundos pensamientos deleitándose en la contemplación de un tema de inmensas posibilidades coreográficas. Acto seguido se puso en pie y, antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, se despojó ágilmente de toda su ropa, saltó en carnes vivas a lo que supuso ser un escenario, e hizo ante Wassermann —que del susto cayó de espaldas sobre un muelle sillón— una perfecta reverencia de corte. Pensé que al dueño de casa le daba una congestión. Y no (cual me confesó más tarde) por encontrarse, sin guisarlo ni comerlo, con aquella impensada anatomía «al natural», sino por lo cómico que resultaba ver reflejados en mi rostro la desolación, la rabia, el pudor y la ira. Yo no sabía qué hacer: si cubrirla con un mantel o azotarla.

—¿Qué pasa con la orquesta? —preguntó la negra con un gemido de angustia.

Resignado con mi estrella, alcé loe brazos imitando a un director, golpeé con la imaginaria batuta sobre un atril inexistente, marqué los campases de

rigor y —con gran complacencia de Wassermann para quien yo, vestido y todo, comenzaba a ser un fenómeno no menos insólito que Pepa Niebla en cueros— di entrada a los timbales; marqué el llegar de las flautas, y abrí paso, con solemnidad y grandeza, al viento de los violines.

¡Ah, qué fabuloso espectáculo, qué nunca visto prodigio el que aquella criatura desplegó ante mis ojos atónitos! ¡Qué maestría en su arte, qué sabiduría en sus movimientos, qué finura para sentir y qué poder para trasmudar sus emociones a las mías! ¿Qué poeta o qué músico hubiera sido capaz de superar su interpretación de *La Nada*, anterior al *Verbo en movimiento*?

Y las Tinieblas estaban
sobre la haz del abismo
y el Espíritu de Dios
flotaba sobre las aguas.

Las cadencias, los graves pasos, el contrapás, el balance, sugerían el silencio total, el vacío total, la total ausencia. Un salto prodigioso, una orden fulminante, un estallido de voluntad, y la luz fue hecha. Pepa Niebla se transformó en luz: una luz recién creada que atravesó como un rayo los abismos de tinieblas, desventró la oscuridad y llenó de claridad el espacio infinito.

¡Una sinfonía de planetas cruza ahora el mar de luz! ¡Ya se disparan las estrellas! ¡Ya se ordenan las galaxias! Pepa Niebla gira, gira, gira, sin encontrar su órbita. Al fin queda enganchada en la del sol. Se mira a sí misma —¡La Tierra se mira a sí misma!— y se encuentra pobre, desnuda y sedienta.

«La Tierra era vana y vacía», dice el Génesis. Pepa Niebla queda en quietud, sentada en los calcañares, alzadas las manos y cabeza, abierta la boca y los párpados entornados. ¿Por qué se mueven ahora sus labios? ¿Por qué tiemblan sus dedos? Pepa Niebla va a enmendar la plana al Génesis y va a hacer llover sobre el gran erial del planeta. Esos gestos suyos corresponden a la sed de la Tierra, que saluda al gran milagro de la lluvia. Y bebe la Tierra, bebe Pepa Niebla, y el agua rebasa de su boca, y resbala por su piel, y llega al suelo desde la montaña y abre cauces a su paso y fertiliza el suelo.

El arte de Pepa Niebla alcanzó aquí su más elevada magnificencia. La aparición de la Vida en forma de hierba fue excelsamente interpretada: representó el apogeo de si inspiración. Se diría que la hacía crecer con las manos, que tiraba de ella para extraerla del seno del caos. Y después de la hierba nacieron las plantas, las flores, los árboles: el frutal pequeño, la esbelta

palmera, el temible drago o el pino hirsuto que celebraron su eclosión a la vida danzando en brazos del viento.

El baile llegaba ahora a la parte fundamental: el hombre, recién creado, comenzaba a reconocer la naturaleza; a palpar con voluntad de dominio la tierra que le había sido dada; a beber el agua de los regatos; a probar con fruición los frutos y las raíces; y a dar nombre —señal de soberanía— a todas las cosas.

Apenas la estatua de barro se puso en movimiento, Pepa Niebla se transformó en miríadas de pájaros que volaban sobre Adán proclamándole por su rey y señor; más tarde en una ballena y en un león que le rindieron pleitesía en representación de los animales de la tierra y de la mar; después en el ojo de Dios, dentro de un triángulo, contemplándolo todo. Parecía imposible que Josephine fuese al mismo tiempo lluvia, hierba, árbol, pájaro, pez, león, hombre, Nada, triángulo y Dios, pero así fue.

Súbitamente Dios se reclinó en el suelo; cruzó las piernas al modo oriental, dobló todo su cuerpo adelante hasta hundir el rostro entre las rodillas. Cumplido el séptimo día, en esta postura, de Buda en oración, el Creador del Cielo y de la Tierra descansó.

Pepa Niebla permaneció así mucho rato. «¡Que siga la música veinte segundos más!», la oí decir. Vencido este tiempo, se incorporó ágilmente, adelantóse a las candilejas y saludó. Su reverencia duró tanto que llegué a pensar si no había perdido el conocimiento. Tardé en comprobar que había que medirla por la duración de los bravos y de los aplausos, que sonaban estruendosos, interminables, en su imaginación. Ya no estaba ante las cámaras de un estudio de televisión, sin más espectadores qué los técnicos y operarios, sino en un teatro de la corte, con el público puesto en pie atronando el recinto con sus ovaciones. Se incorporó radiante. Saludó a las alturas, a los laterales, al frente. El sudor empapaba todo su cuerpo, volviéndolo lustroso; las lágrimas de alegría corrían abundantes por su rostro. Hizo una segunda reverencia tan larga como la primera. Al fin, repartiendo besos, llorando y riendo, salió por un lateral y vino corriendo hacia mí que la esperaba entre bastidores con la bata playera; bata que le enfundé y abroché con toda la celeridad que pude, mientras Wassermann, enfermo de tanto reír, dolorido de tanto contorsionarse, juraba y volvía a jurar, que yo era el mejor director de orquesta del mundo; que Josephine era la más genial bailarina que hubo ni habrá, y que, ambos a dos, formábamos la pareja más compenetrada, adecuada y amoldada que existía en todo el planeta. (Lo cual, todo hay que decirlo, me molestó profundamente).

Josephine comentó candorosamente, humillando la cabeza en el pecho:

—¡Ya no nos tiran piedras!

Aquella noche Pepa Niebla y yo dormimos en casa de nuestro protector. Nunca había visto a mi amante sobre sábanas blancas: ébano en la nieve. ¡Qué ridícula metáfora! Yo estaba envenenado de literatura. La diferencia con otros de mi misma especie es que yo no jugaba a las paradojas, a las metáforas, a los *reductio ad absurdum*, con las palabras sino con mi propia vida.

La cacería de pájaros («Loado sea Dios…»), el baile de la Creación, mi alfabeto ideográfico, mis diálogos con Pepa Niebla comparando el silencio de los muertos con el de los no nacidos… ¿qué eran sino literatura desaforada, desequilibrada, tremendista, feísta, esperpéntica, escrita no con tinta sino con el trazo invisible de mis horas muertas, de mis horas locas, de mis horas perdidas?

Recordé enternecido mi primer encuentro con tía Elisabeth. «¿En qué piensas?», le pregunté. «Pienso en que mi sobrino es muy guapo hombre», la oí decir. «Eres un Dartmoore puro». Imaginé entonces el retrato de mi abuelo, rubio, espigado, con los mismos ojos de mi madre, de tía Elisabeth; con los mismos ojos que yo. No era mi abuelo corpulento, sino esbelto. No era alto, pero tenía la virtud de parecerlo. No era barbilindo, pero había nobleza en su rostro. Comprendí entonces que el joven arrogante unido a la pordiosera; el intelectual amancebado con la loca hebefrénica; el Dartmoore atado a aquel desecho de la comunidad, visto por Wassermann, debía producirle una impresión semejante al de la robusta ucraniana pegada a la carga dorsal de su arrugada y desnutrida hermana siamesa. Y que si Wassermann sonreía al mirarnos, si gozaba en protegernos, era porque aquello le agradaba, del mismo modo que contemplar el recién nacido de las dos cabezas o el sexo de aquel cadáver comido por las ratas. ¡Qué extraordinario descubrimiento! Estaba seguro que acababa de interpretar con exactitud al alemán espía de Inglaterra. Y no le menosprecié por eso, pues a mí me acontecía igual, o —por hablar con propiedad— algo más intenso todavía, pues lo cierto es que yo no era espectador sino actor de aquel esperpento comicosiniestro de mi propia vida.

Estuve largo rato vanagloriándome a solas de este fantástico hallazgo. Mi capacidad creadora, mi poder de invención, mi arte para fabular, no me había llevado como a otros escritores, a exaltar en sus obras la degradación… Yo

había llegado mucho más lejos: ¡había creado, fabulado, con regodeo de estilista, mi propia degradación!

Pepa Niebla dormía a mi lado. La contemplé largamente. El presunto profesor de Universidad; el hombre de quien había dicho tía Elisabeth que le enorgullecía su afición y su dedicación a «las cosas del espíritu», estaba amancebado con una loca por el solo gusto de arrancar chispazos imprevistos, nuevos, al choque de la razón y la sinrazón… ¡Esto no lo habían hecho otros más que con la pluma: yo, con mi vida! Hacer esculturas de piedra es fácil: lo meritorio era producir en el laboratorio estatuas de carne. Y yo era mi propia obra: yo era mi propia estatua.

Di una vuelta en la cama, me abracé a Pepa Niebla e intenté dormir.

XXX

AGONÍA DE LA TORTUGA

UN AMANECER en que el mar estaba calmo, íbamos bogando lentamente Pepa Niebla y yo hacia los fondos rocosos con ánimo de pescar cuando vi a Ja negra maniobrar sigilosamente con la cuerda del ancla auxiliar; me indicó después por gestos que remara sólo a mano diestra; modificó luego mi trayectoria usando la barra del timón y, en un movimiento rapidísimo, volcó medio cuerpo sobre el agua y se enzarzó en singular combate con un enorme galápago o tortuga de mar.

Aquel día aprendí que estos animales (cuyo caparazón, de finísima concha, se cotiza muy alto en el mercado) recibían con frecuencia, cada vez que arribaban a tierra, la visita de unos parásitos no poco incómodos: cangrejos. Estos pequeños crustáceos en su perpetuo deambular en busca de vivienda que los proteja del calor, no sólo escogen la concha de las caracolas sino también las axilas —rugosas, cavernosas, durísimas— de las tortugas, donde se instalan tan guapamente a salvo de los rigores del sol. Para deshacerse de tan incómodos huéspedes, los quelonios utilizan una argucia: se tumban boca arriba en el agua y dejan que el sol calcine el recóndito escondrijo entre sus patas y su cuerpo. Los cangrejos, que escogieron aquel lugar por lo que tenía de umbrío, se deslizan entonces hacia el caparazón de la tortuga, y ésta —apenas siente que se han trasladado a la concha— se sumerge y comienza a navegar a gran velocidad. Como la superficie de la coraza es lisa y carece de sostén donde poder agarrarse, los cangrejos resbalan y caen al fondo del mar, con gran descanso y satisfacción de los ancianísimos reptiles. Bien: todo esto parece elemental. Pero es el caso que el galápago cuando queda boca arriba en el mar corre un gran riesgo, ya que para escapar de cualquier peligro necesita primero enderezarse, y eso no puede hacerlo sino con grandes esfuerzos y ayudándose del impulso de una ola. Esta posición —boca arriba y despatarrada— es, por tanto, ideal para pescar a mano una tortuga, y tal era, precisamente, la que tenía nuestra víctima cuando Pepa Niebla la atrapó rodeando sus dos aletas traseras con un nudo corredizo. Quedé espantado de su habilidad. Yo, que la había visto cazar pájaros a mano

y desnucar serpientes de un solo movimiento de muñeca, no salía de mi asombro al ver la facilidad con que remataba esta captura. ¡Lástima que el arte de condimentar nuestras presas no estuviera tan desarrollado en Pepa Niebla como su habilidad para apresarlas!

Regresamos a tierra, remando por las sinuosidades del estero y arrastrando al pobre bicho, pues Josephine se negó, con harta razón, a subirla a bordo.

—¡Ah, *Mr*. Geids, eso es muy peligroso! Es tentar a Dios.

Una vez que estuvimos fondeados, saltó Pepa Niebla a tierra para amarrar en una palmera el cabo que sostenía la tortuga, y yo permanecí a bordo observando, muy sorprendido, sus extrañas evoluciones.

Estaba el galápago, como digo, fuertemente atado por sus patas traseras, de modo que era imposible que pudiera desprenderse. No obstante, nadaba bajo el agua en dirección contraria a su atadura con tal violencia que se diría que pretendía llevarse consigo la cuerda, la palmera y hasta la isla en que el árbol estaba enraizado. Teniendo unas mandíbulas tan poderosas como para haber partido la rama de un roble («y hasta la pierna de un hombre si se le pone delante», según la afirmación de Josephine), resultaba increíble que no se volviese y tajara de un solo golpe el esparto que la sujetaba. Lejos de esto, lo único que hacía por liberarse era nadar. De cuando en cuando surgía a la superficie, respiraba y se volvía a sumergir para redoblar su patético e inútil esfuerzo.

—¿Hasta cuándo hará esto? —pregunté.

—Hasta morir —respondió desde la orilla Pepa Niebla—. Entonces la sacaremos y la podremos comer. Antes es muy peligroso. ¿No recuerda lo que le pasó al hijo de President Washington Norman? ¡Una tortuga le partió un pie en dos pedazos, y el doctor Wassermann se los tuvo que pegar!

—Ven aquí, Josephine. Quiero enseñarte algo.

La chica chapoteó por la orilla y saltó a mi lado.

—Escúchame. Quiero que pienses en la superioridad del raciocinio sobre el instinto. Si este animal tuviese una brizna de inteligencia mordería la cuerda a la que está atado, para ganar su libertad. Nosotros no podríamos hacer nada por impedirlo. Pero como es radicalmente estúpido y sólo atiende a su instinto de huir, nadará y nadará neciamente apuntando hacia alta mar; sus pulmones se reventarán con el esfuerzo inútil y morirá en el empeño.

Nunca pude imaginar que aquella consideración tan pueril causara un efecto tan grande en Pepa Niebla. Durante horas estuvo intentando poner la cuerda al alcance de su pico. Cada vez que el torpe animal salía a respirar a la superficie y la amarra se aflojaba, Pepa hacía girar el cable como una comba

de modo que cayera ante su misma cara. Todo inútil. Una vez repuesta su reserva de aire, la tortuga sumergía su cuerpo y nadaba desesperadamente, repitiendo una y otra vez su necio y suicida movimiento. En esta contemplación estábamos cuando, súbitamente, Pepa alzó la cabeza, tensó las orejas y movió rítmicamente las ventanillas de la nariz. Semejaba un animalillo atento a un peligro.

—¿Qué escuchas? —pregunté.

—Los pájaros.

—Los pájaros están callados. No se les oye…

—Los pájaros se han callado porque alguien se acerca —replicó con aire misterioso.

Volvimos al unísono la cabeza y descubrimos asombrados la antena de un soberbio barco de recreo moviéndose entre los juncos.

—¡Qué extraño! Mira…

Resuelta la incógnita, miles de aves (acostumbradas a nuestra presencia, pero a ninguna otra) alzaron el vuelo asustadas.

—Voy a ver quiénes son… ¿Vienes conmigo?

—No —respondió con voz sombría.

Agarré fuertemente los remos y me dispuse a bogar hacia la desembocadura. Se trataba de un precioso yate deportivo. Avanzaba muy lentamente por el estero con la solemnidad y la gracia de un cisne. Tumbada sobre una toalla playera de colores vivos, una mujer tomaba el sol en la cubierta de proa. Un inmenso sombrero de paja amarilla protegía su cabeza y su nuca.

—¡Eh, eh…! —grité a todo pulmón—. ¡No avancen más! ¡No hay fondo bastante para ese barco…!

La mujer, al oírme, se incorporó bruscamente; hizo pantalla con la mano sobre el oído para escucharme mejor y corrió por el estrecho pasillo de babor para avisar a alguien. No me atreví a acercarme más, pues dos embarcaciones no cabían entre las dos orillas; antes bien comencé a recular con los remos para evitar un choque. No tardé en advertir un cambio en las revoluciones del motor, al tiempo que dos hombres desnudos de medio cuerpo, pero cubiertos con elegantes gorras de visera a lo «Yatchman», corrían hacia proa.

—¿Cuánto fondo hay? —preguntó uno de ellos.

—Dos metros escasos…, pero al bajar la marea hay menos.

—¿Y la marea está bajando?

—Sí. Y dentro de poco esto se queda seco.

—¿Hasta dónde podemos avanzar? —me preguntaron en un inglés demasiado correcto para ser americano.

—¡Deben ustedes retroceder! Nunca debieron adentrarse tanto.

—Estamos equidistantes de las márgenes —protestó.

—Pero la mayor profundidad no corresponde al centro del estero. ¡Están todos locos! ¡Retrocedan si no quieren perder el barco!

La mujer de la pamela, acompañada de un joven y de otra señora que se me antojó la versión «europea» de tía Elisabeth, se acercaron a los dos hambres. Me hizo el efecto de que no entendían bien mis palabras. Hubo un corto parlamento entre ellos.

—¿Qué sugiere usted que debemos hacer? —dijo la más joven hablándome muy lentamente.

Su acento me pareció claramente extranjero. «Ni son americanos —me dije—, ni ingleses, ni siquiera de las Bahamas».

—Ante todo detengan los motores, no vayan a quebrarse las paletas de las hélices con el fondo —respondí—. ¿Tienen ustedes una lancha con «fuera borda»?

—Sí.

—Amárrenla por popa y remolcaremos el buque hacia atrás. ¿Quién de ustedes lleva el timón?

—Yo mismo —respondió uno de ellos.

—¿Me permite usted que le dé unas instrucciones?

—Se lo agradezco mucho.

Me situé junto al costado del yate.

—Yo dirigiré la barca auxiliar —les dije—. Pero usted debe mover su timón de modo que siga exactamente mi trayectoria. No se preocupe de no ir por el centro; a veces es necesario pegarse totalmente a una de las márgenes, porque es ahí donde hay más fondo.

Salté a la motora junto con uno que no quiso, por cortesía, dejarme solo. La maniobra resultó perfecta. El yate quedó anclado en la boca del estuario con cinco metros de calado y no menos de tres en la bajamar; les aseguré que por mucho viento que se levantara, el mar fuerte no entraría hasta allí debido a la protección de la falsa costa coralífera (que es donde se hallaba la verdadera rompiente), y acepté, una vez concluida la maniobra, la invitación de subir a bordo y visitar el barco. Trepé por la escalerilla que me tendieron y, al sacar mi cabeza sobre la bañera de popa, vi cinco caras, cinco sonrisas, cinco manos tendidas hacia mí. Y, por encima de la baranda opuesta, en tierra, escondida entre los altos juncos, la figura erguida de Pepa Niebla, que

nos estaba espiando. Al ver mi rostro de frente, la negra se agazapó, pegándose contra el suelo, y la perdí de vista.

—Ha sido una suerte encontrarle —me dijo quien parecía el patrón, o dueño del barco, o, al menos, su inquilino—. ¿Hay alguna ciudad por aquí cerca?

—Burton's Town —respondí— estará a una o dos horas de navegación.

—¿Quiere usted una copa?

—La acepto con gusto.

—¿Ginebra?

—Veo que tienen jerez. Prefiero un jerez.

Me presentaron a las señoras y, al advertir que besaba la mano de la casada (la otra no lo era, o al menos no lo entendí así en la rápida presentación), dedujeron que yo no era inglés, ni americano del Norte, pues tal costumbre es típicamente «continental», como dicen los británicos de cuanto se refiere al resto de Europa.

—Usted no es del archipiélago, ¿verdad?

—No, señor. Soy español.

Si les hubiese dicho que era el Rey Neptuno desterrado de la Hélade o un marciano explorando la tierra, su incredulidad no se hubiese manifestado con semejante alborozo. Rompieron los cinco a reír con tanto estrépito, que me consideré en la ineludible obligación de ofenderme.

—¿Y qué hace usted aquí? —me preguntaron en castellano.

—Pero ¿cómo? ¿Habla usted español? —pregunté a mi vez sorprendidísimo.

—¡Naturalmente! Somos españoles.

—¿Quienes?

—¡Todos…!

—No es posible… Y ¿qué hacen ustedes aquí?

Entonces fui yo quien rompió a reír, al oír de mis labios la misma pregunta que me formularon.

Es proverbial la locuacidad de mis compatriotas cuando descubren un bípedo de su misma especie en un lejano lugar del planeta. En Hong-Kong o en Sidney, en Valparaíso o en Ankorage, no hay dos españoles que se encuentren sin sentirse irresistiblemente atraídos por idéntico afán de consumir juntos varias miríadas de palabras. La insolidaridad que nos demostramos en la Península exige esta contrapartida de cordialidad cuando nos tropezamos fuera. Cuatro amabilidades, dos chistes, unos vasos y un cigarro convierten a dos celtíberos en viejos amigos al minuto de estrecharse

por primera vez las manos. Y no nos ofende que quieran saberlo todo de nosotros, pues lo cierto es que estamos deseando saberlo todo de ellos. A los pájaros del estero les acontecía lo mismo. Era difícil hacernos oír entre la algarabía de trinos, gorjeos, zureos, piadas, arrullos, graznidos y otras voces, no siempre armónicas, de las aves que acudieron a curiosear volando sobre cubierta. En pocos minutos, los pájaros y yo nos impusimos de las siguientes noticias: el dueño del barco se llamaba Adolfo Tellería y era campeón mundial de pesca deportiva, título que obtuvo en las Bahamas el año anterior y que estaba a punto de perder, o había perdido ya, el presente año. La señora de más edad, Marisa, era su mujer, y la más joven —María Dolores—, hermana de esta última; los otros dos caballeros eran invitados del matrimonio: Carlos, natural de Bilbao; Emilio, de Jerez de la Frontera. Después de perder lamentablemente el tiempo el día de ayer por falta de pesca, hoy les había acontecido otro tanto por culpa de los motores. Uno de ellos se había parado; el otro se recalentaba de modo alarmante. La Guía de Navegación por las Bahamas señalaba como puerto natural de refugio más próximo el estero de la Isla de los Mosquitos, y aquí se habían dirigido con objeto de reparar estas averías. Más datos: el barco no era suyo sino alquilado; habían pernoctado dos noches en Nassau, donde tenían excelentes amigos, y antes de regresar a España por aire (vía Miami-San Juan de Puerto Rico-Madrid) volverían a New Providence para asistir deportivamente al homenaje en honor del nuevo campeón y cederle el cetro.

Al llegar a este punto María Dolores me reprochó que preguntara demasiado y que, por el contrario, no respondiera a nada. Encontrarse con un compatriota en estas soledades era tan misterioso y sorprendente que el enigma merecía aclaración. ¿Quién era yo? ¿De dónde era natural? ¿Qué hacía aquí? ¿A qué me dedicaba? ¿Dónde vivía…?

Me disculpé diciendo que eran muchas preguntas para responderlas de golpe y que a todas contestaría, pero no en aquel momento. Me había sorprendido su llegada —les dije— cuando acababa de pescar una gran tortuga y debía vigilar sus amarras, parque seguía viva y con muchas ganas de escaparse.

Esto les animó a hacerme más preguntas. ¿Cómo era de grande? ¿Cómo se pescaba? ¿Por qué la mantenía viva? ¿Cómo se condimentaba? Fui liberado de ellas por Adolfo Tellería, quien se brindó a enseñarme el interior del barco antes de que me fuera.

¡Qué impresión más ingrata me produjo verme reflejado en un espejo! Aquella figura desharrapada, magra y sucia ¿era realmente yo? Si mi

delgadez me impresionó, mi desaliño aún más. Me observé despaciosamente ante el asombro del dueño del barco.

—¿Se encuentra usted enfermo?

—He cambiado mucho. Me ha sorprendido el verme.

—¿Tanto tiempo hace que no se enfrentaba usted con un espejo?

Hubiera podido decirle que me veía en el espejo con tanta frecuencia como cualquier otro, pero que esta vez no me miraba con mis propios ojos sino con los ojos de los recién llegados. Había querido averiguar cómo era yo para estos españoles; qué veían ellos en mí, y el resultado de tal análisis me dejó confundido y pesaroso.

No habíamos aún salido a cubierta cuando, como premio a mis servicios, Tellería me ofreció un billete de diez dólares. Los rechacé, y le sugerí, riendo, que me pagara en especies: unas pastillas de jabón, cigarrillos y un tarro de agua de colonia. Quedé en volver a visitarlos al atardecer, me despedí de todos y salté a mi bote.

Bien es sabido que uno de los defectos nacionales consiste en no medir la potencia de nuestras voces en relación con la admirable disposición de la naturaleza para trasladar por las ondas las vibraciones sonoras.

—¿Quién será este tipo? —fue lo último que les escuché decir mientras me alejaba.

No es fácil, ahora, al cabo del tiempo, convertir en palabras las contradicciones de mi ánimo ante la presencia de aquellas gentes en mi paraíso particular. De una parte experimentaba la incomodidad de quien asiste a una violación de su domicilio; de otra, la satisfacción de oír hablar en mi idioma y reconocer el acento vernáculo de Adolfo Tellería —sevillano a pesar de su apellido vascongado— o de Emilio, natural de Jerez de la Frontera, o de Carlos, oriundo de Bilbao. Pero no era sólo el idioma y las peculiaridades del habla lo que llegaba a mis oídos con entrañable melancolía, sino el extraño y casi olvidado sonido de las carcajadas. ¿Cuánto tiempo hacía que no escuchaba a nadie reír? Hasta aquel día no caí en la cuenta de que Pepa Niebla no reía jamás. Hice repaso de memoria. La había visto sonreír, mas no le había escuchado reír. ¿Sería acaso la risa privilegio de la inteligencia? El hombre sabe distinguir el llanto de los animales, mas no su risa. ¿Ríen los perros, loe caballos, los gatos? ¿Ríen los peces? ¿Ríen las hormigas? Ni a ellos ni a Pepa Niebla les había otorgado Dios el privilegio de la risa. Siempre se ha creído que el hombre es el único animal que ríe. *Le rire est le propre de*

l'homme, escribió aquel voraz monje benedictino, francés, del Renacimiento, conocido por Francisco Rabelais. Reflexioné también en las últimas palabras españolas que llegaron a mis oídos: «¿Quién será ese tipo?». ¿Quién era realmente yo? ¿Cómo era yo y por qué era así? Visto con ojos ajenos, ¿qué juicio merecía mi comportamiento? ¿Era yo un hombre normal en una situación anormal o viceversa, siendo, por tanto lo anómalo lo peculiar en mí?

Estuve varias horas poseído de un extraño furor de limpieza e higienización. Me lavé en una de las pozas del riachuelo que cedía sus aguas al estero; sentí la fruición de la espuma en mi cuerpo y el ardor de la colonia en mi piel; quemé hojas aromáticas en cada una de las cabañas y eché colonia en sus cenizas; trasladé uno de los catres a mi despacho, para no publicar nuestra intimidad, caso de que los españoles visitaran las tiendas, y extraje de la maleta la mejor ropa que tenía, no utilizada desde el crucero con David Haughton y tía Beth.

Más que a la satisfacción de oír hablar en mi idioma, más que el reencuentro con el sabor olvidado del vino, más que el contacto con enseres y quisicosas aparentemente triviales —un mechero de oro, una blusa de seda cruda, un magnetófono de bolsillo con música escogida—, lo que más excitaba mi sensibilidad era él olor a limpio que se desprendía de las ropas y las personas. Cuando besé la mano a Marisa, la fragancia de su piel me trastornó. Y sentí vergüenza de mi estado y mi abandono. La propina que me había sido ofrecida no me indispuso con el dueño del barco (a su lado yo parecía un pordiosero), sino que me incitó vanidosamente a ensalzarme ante aquellos compatriotas míos a los que veía por primera vez y a quienes probablemente no volvería a ver más.

Mientras me lavaba en el río, advertí entre los juncos a Josephine, que me observaba. La llamé y no respondió. Cuando llegué a casa tampoco quiso aparecer. ¿Qué le ocurría a Pepa Niebla? ¿Sentiríase acaso ofendida por no haberla invitado a subir a bordo? En momento alguno se me ocurrió presentársela a nadie; antes bien, celebraba su retraimiento. No sabría cómo explicar a los españoles su presencia junto a mí.

En mi barca, baldeada, enlucida, acicalada, y más limpia que mil oros, con mi ropa impoluta y dispuesto a hacerme cotizar, remé por el estero hasta el yate, cuando ya el sol declinaba y el calor comenzaba a ceder.

—¡Ah, de la casa! —grité—. ¿No hay nadie?

Emilio, el más joven de todos, se asomó en la bañera de popa.

—Están deliberando abajo —me dijo después de saludarme llevándose negligentemente un dedo a la visera.

—¿Malas noticias?

—Peores. La avería va para largo. Hemos hablado por radiofonía con Nassau. Y hasta dentro de muchos días no pueden enviar a nadie a remolcarnos. Con el campeonato todos los barcos están ocupados.

—¿Y qué es lo que deliberan?

—Si es prudente o no salir a la mar con un solo motor y en no muy buenas condiciones.

—Yo no se lo aconsejaría.

Se acercó a la escotilla y gritó a los de abajo:

—Está aquí el de antes. Y dice que no nos aconseja de ningún modo salir. Yo opino lo mismo.

Hubiera podido decir «el *tipo* de antes», «el *hombre* de antes», «el *señor* de antes». La indeterminación indicaba sus dudas en cuanto a la manera de tratarme o de considerarme.

(No puedo menos de reírme ahora, mientras lo escribo, de la importancia que daba entonces a estas trivialidades. Hoy considero tan pueril aquella preocupación por ser tratado de una u otra manera, como le parecía a un cartujo haberse inquietado en su juventud por honores, títulos, excelencias u otras zarandajas. Esto me demuestra que, aun teniendo por aquel entonces no poca aversión al mundo y la sociedad, no estaba tan despegado de ellos como lo estoy ahora, en que se me da una higa (como sabe muy bien mi amigo el doctor Maldonado y Valls) que me traten como a un sátrapa o como a un villano; que juzguen buena o mala mi obra; que conozcan o ignoren mis escritos; que me condenen o justifiquen por cuanto hice).

Volvamos a nuestra historia. Bajó Emilio por la escotilla y subió a cubierta María Dolores. Se apoyó en el pasamanos.

—Hola…

—Hola…

—¡Qué elegancias! Está usted hecho un brazo de mar —bromeó—. ¿Va de fiesta?

—Vengo de visita y *a tout seigneur, tout honneur*. (El acento me salió perfecto).

Me pareció adivinar en sus ojos cierta ironía, como si pensara: «No es un patán, es un cursi».

—Nuestros hombres están pesadísimos —comentó—. Llevan tres horas estudiando planos y distancias. Mi cuñado merecía ser de Estado Mayor.

—¿No les interesa a ustedes dar un paseo por tierra?

—Le confieso —respondió riendo— que estoy deseando salir de aquí.

—Pues baje usted y le enseñaré estos rincones.

Se volvió decidida.

—Voy a ver si convenzo a alguien.

Minutos después Emilio, María Dolores y yo navegábamos entre las junqueras por los mil recodos y sinuosidades de la ensenada.

Mis acompañantes estaban maravillados. No les faltaban motivos. El sol atardecía y sus rayos llegaban sesgados hasta nosotros a través de los bambúes y cañas que, a esa luz, parecían de oro. El color del agua y del aire —influido por el tamiz amarillo de las plantas acuáticas— adquiría una rara transparencia dorada. Los pájaros, protegidos en las sombras a las horas de más calor, se aventuraban a nadar, y estando a gusto en el agua, perezosos de volar, nos precedían como si tiraran de nosotros. La tarde apacible, el aire quieto, el sol declinante, el olor primitivo de la tierra, el ancho y redondo silencio de aquel laberinto sólo turbado por el breve y lento chapoteo de los remos, y más que nada el increíble color que nos envolvía (y autorizaba a pensar que navegábamos dentro de una burbuja de champaña), tenían subyugados a los españoles. Se diría que la Naturaleza había acicalado y dispuesto las cosas para complacer a sus nuevos huéspedes.

María Dolores tardó algún tiempo en mostrarse a su verdadero aire. Hicimos en silencio la primera parte del recorrido, guardando cierto respeto religioso a aquel paisaje que parecía entroncar con los orígenes del mundo, antes de que la aparición del hombre (como especie singular, bulliciosa y cruel) revolucionara la Tierra. No obstante, muy pronto dio suelta a su personalidad. Tenía muy acusado el sentido del humor: era charlatana, curiosa, reidora, confianzuda e imaginativa. Quería saberlo todo, y tanto sus preguntas como sus ocurrencias estaban tocadas de un punto de guasa que tenía más de malicia que de maldad. Emilio parecía estar al quite de sus originalidades, temeroso de que la muchacha —que debía de jugar entre sus compañeros de viaje al *enfant terrible* de la expedición— resultara impertinente para un hombre que, como yo, no la conocía.

—¿Vive usted solo?

Negué a Pepa Niebla como Pedro a Cristo.

—Vivo solo.

—Créame que le envidio —comentó el jerezano—. ¡Esto es un paraíso!

María Dolores no consideraba que había tantos motivos para envidiarme.

—¿Vive usted aquí por gusto u obligado?

—¡Nadie me obliga a vivir aquí! —respondí riendo.

—Quiero decir que si es por hacer penitencia.

—María Dolores, no seas insolente —terció Emilio.

—Soy curiosísima, no puedo negarlo. Antes, en el barco, estuvimos comentando…

—María Dolores, no seas indiscreta…

—Comentamos que de quien se escondía usted era de la policía. ¡Era la única explicación!

—Era «tu» única explicación —acusó Emilio con buen humor.

—Mire —interrumpí—, ¿ven aquellas tres cabañas que aparecen ahora detrás del recodo? Ésa es mi casa. Cada cabaña, una habitación. En la del centro, duermo; en la de la izquierda, trabajo. En la otra vive la negra, cuando viene a lavarme la ropa.

—¿Y qué clase de trabajo es el suyo?

—Soy escritor. Y he escogido este sitio para estar lejos de cuanto pueda distraerme. El peor enemigo de un escritor es el bullicio. Por huir del bullicio y encontrar el sosiego me he escondido aquí.

Al oír decir esto María Dolores miró a Emilio; Emilio a María Dolores.

—¡Usted es Jaime Gades!

—Sí.

—¡Gades Dartmoore!

—Sí.

—Sobrino de Elisabeth.

—Sí.

Ambos rompieron a reír.

—«¡Mi sobrino es el hombre más raro del mundo!», nos dijo. «Lo ponen en un circo y la gente pagaría por verle…».

—María Dolores, eres imposible…

—Bah, bah, bah. Dijo eso y al mismo tiempo se le caía la baba. Elisabeth le adora a usted, bueno, quiero decir que te adora. Yo creo que debíamos tutearnos. ¡Somos íntimos de Beth Dartmoore! El próximo abril vendrá a Sevilla. Marisa y Adolfo la han invitado a pasar la Feria en su casa.

Guardé silencio ganado por la melancolía. Golpeé involuntariamente con un remo en la pared de juncos amarillos; una pareja de jóvenes galápagos se lanzaron al agua asustados muy cerca de nosotros.

Marisa volvió a reír.

—¡Qué pequeño es el mundo! ¡De modo que tú eres el sobrino escritor de Beth Dartmoore!

Los galápagos cruzaron raudos bajo la quilla; habíamos ido a sorprenderles de nuevo allí donde quisieron esconderse. Y ahora volvían a su

primer refugio.

—¿Y qué es lo que escribes ahora?

—Perdón, María Dolores. Te contestaré a esto un poco más tarde. Pero ahora vais a contemplar un espectáculo curioso. Creo que os interesará. ¿Veis aquella cuerda que sale del agua y está amarrada a la palmera? ¿Veis cómo se tensa y distiende y se vuelve a estirar después?

—¡Qué cosa más sorprendente!, exclamó Emilio. ¿Qué es?

—Es la tortuga que he pescado esta mañana. Ahora veréis qué magnífico ejemplar.

Nos acercamos al reptil. Sus evoluciones eran ya mucho más lentas. Cuando surgía a la superficie para llenar sus pulmones quedaba un instante quieto, como si dudara en entregarse a su destino y dejar de luchar. Pero al punto volvía a hundirse y a bracear desesperadamente. Sus fuerzas comenzaban a fallar. Cuando nos cansamos de contemplarlo, desembarcamos en la playa y los invité a conocer mis miserias. Celebré no encontrar a Pepa Niebla. Su presencia me hubiera intimidado frente a mis compatriotas. No hubiera sabido cómo explicar sus excentricidades, y lo mismo me violentaba que se presentase desnuda, denunciando así mi intimidad con ella, que ataviada con uno de los vestidos robados a la señora Wassermann, y creyéndose mi mujer ante Dios y el Registro Civil.

María Dolores lo registró todo en el campamento. Exigió que le dedicara uno de los ejemplares de mi *Ocupación de las Lacayas* (cosa que hice también con Emilio); me suplicó que le prestara la carpeta con los folios de mi obra inédita para leer hasta donde alcanzara, según el tiempo que permanecieran, y no quiso irse sin conocer el cuarto de Pepa Niebla.

—¡Qué peste! —dijo—. ¡Huele a zoológico!

Me invitaron por cortesía a cenar con ellos en el barco. Acepté. Los acompañé hasta el yate y prometí no tardar más de dos horas en volver.

Todos los miembros de la expedición estaban en cubierta.

—¿A que no sabéis quién es este señor? ¡Es Jaime Gades, el sobrino de Beth Dartmoore! —gritó María Dolores aún antes de llegar.

—¿El escritor?

—El mismo.

—¡No!

Allí fueron las exclamaciones de sorpresa, los parabienes, las frases hechas y hasta las bromas a Adolfo por los diez dólares que me ofreció. Yo estaba confundido y satisfecho a la par por tanta alharaca.

—Elisabeth es la mujer más adorable del mundo —comentó Marisa—. ¡Somos muy amigas!

Ayudé a Emilio y María Dolores a pasar de la barca a la escalerilla que les tendieron y regresé a la cabaña.

El veneno de las dudas comenzaba a minar mi entereza. La presencia de aquellas gentes en mi refugio había sacudido mi ánimo despertándolo de su letargo. He empleado la palabra justa: «despertar». Contemplé mis manos; las dejé resbalar sobre mi rostro. Mi sensación era la de un hombre que se debatiera por salir de un largo sueño.

XXXI

EL FRUTO TERRIBLE

CUANDO ME RETIRÉ a la cabaña, las dudas me atormentaban. Pepa Niebla, sentada a la puerta de mi tienda, contemplaba absorta la agonía de la tortuga. No me miró al llegar; no me habló. Quizá se sintiera humillada o empequeñecida ante la distinción y las maneras de los recién llegados; irritada por mi dedicación a sus personas; tan sorprendida de oírme hablar en español con ellos como a mí de escucharla parlotear en arameo con los pájaros. La intuía asombrada al ver cómo me acicalaba y vestía para mostrarme más digno ante los extranjeros; celosa al observar mi paseo en barca con María Dolores; atónita al comprobar la maniobra de separar las camas de cuarto.

En la conversación que don Pedro Maldonado y Valls mantuvo conmigo en Pedraza de la Sierra (trascendental conversación de la que di amplia cuenta en un capítulo precedente de estas Memorias) el médico aventuró la hipótesis de que en todo el tiempo que abarca mi narración yo era un hombre sano, y que cuando estoy enfermo es ahora al momento en que, siguiendo su mandato, voy poniendo en orden mis recuerdos.

¡Nadie mejor que yo sabe cuán equivocado estaba al decirme aquello! Ignoro si al presente seré o no seré un hombre normal; en cambio tengo la certeza de que entonces no lo era. Me quedaba abstraído largas horas observándome por dentro y no sabía por qué. Ahora entiendo que aquel mirar hacia lo hondo de mí mismo no era otra cosa que un deseo inconsciente de interpretar las primeras palpaduras de una enfermedad que muy pronto se erguiría incontenible y que hasta entonces sólo se manifestaba como el augurio de que algo extraño, inquietante y desconocido se estaba cociendo en mi interior.

¿Experimenté aquel día uno de estos avisos? La presencia de los españoles me provocaba a meditar acerca de algunas actitudes mías que siempre procuré mantener alejadas del campo de la reflexión.

En una postura inverosímil que participaba por igual de la tensión de un trapecista en el aire y de la ingravidez de un místico en trance de levitación, Pepa Niebla espiaba los últimos estertores del galápago inmundo. ¿Por qué —me pregunté al contemplarla— me había atraído tanto esta criatura apenas supe por Ludwig Wassermann que era una hebefrénica en estado agudo, incurable y probablemente peligrosa? Tanto interés por este guiñapo humano ¿no denunciaba, acaso, un cierto grado de anormalidad por parte del que lo sentía? Mi singular aptitud para entenderme, comunicarme y compenetrarme con ella ¿no me situaba en un plano muy próximo al suyo?

La sirena del barco rasgó el aire como un cuchillo.

Comprendí que había perdido, como tantas veces, el sentido del tiempo y que mis compatriotas, impacientes por mi tardanza, me avisaban que la cena estaba lista. Me incorporé, y ya estaba dispuesto a subir a la barca cuando de improviso Pepa Niebla —que parecía ausente de todo cuanto no fueran los últimos movimientos del reptil— dio un salto de felino sobre mí, cayó a mis pies y se abrazó a mis piernas. Estuve a punto de caer. Quise hacer un movimiento para liberarme, pero clavó sus dientes en mi carne, y las uñas me desgarraron la piel.

—¿Creías que me iba, Josephine?

Respondió con un lamento.

Procuré que mi voz fuera suave y convincente.

—Sé razonable, Pepa Niebla… Me estás haciendo daño, suéltame…

Tumbada en el suelo; clavados uñas y dientes en mi carne, sollozando, gimiendo, me forzó a tener conciencia al unísono de su dolor y mi ternura. Doblé las rodillas, me recliné junto a ella; acaricié su rostro.

—¡Vamos, Pepa Niebla, vamos, sé razonable! Estos *gentlemen* del barco son del mismo país que yo y han llegado desde muy lejos para saludarme. Tengo que ser cortés con ellos y he de aceptar su invitación para cenar a bordo. Después de cenar, volveré.

Lejos de atenderme se puso en pie. Me agarró fuertemente de las manos y tiró de mí, arrastrándome hacia las cabañas. Allí me obligó a sentarme sobre una de las cajas vacías que nos servían de sillas. Ella lo hizo en el suelo. Y comenzó a besarme, sin dejar de llorar, en el mismo sitio en que me había mordido.

Era como un perrillo infinitamente humilde que lame la mano del amo cuando lo castiga; un perrillo pegajoso, baboso, irritante y molesto; un perrillo

a quien se quiere, a pesar de lo que fastidia; un perrillo que impacienta, a pesar de que se le quiere.

Volvió la sirena a rasgar el aire; me desprendí del cepo de aquellos brazos, subí al bote, y alcancé el yate cuando ya venían en mi busca.

La tertulia a bordo fue ingeniosa, desenfadada, alegre y vivaz. Dicen los ingleses —y dicen bien— que somos los españoles *terribly noisy*: escandalosos, vociferantes, ruidosos.

Aquella noche nuestras carcajadas atronaron el estero; nuestras voces acongojaron por igual el sueño de los pájaros y el insomnio de Pepa Niebla.

Adolfo, el dueño del barco, enfurruñado y hosco durante todo el día por su fracaso deportivo, decidió al llegar la noche poner a mal tiempo buena cara y ahogar en champaña su decepción. Él y yo, por distintos motivos, fuimos blanco de las sátiras y bromas del resto del equipo; discretas, por parte de los hombres, audacísimas por parte de las señoras. Como es frecuente en nuestras latitudes, la conversación tuvo esa linea sinuosa y abrupta que puede quitar el juicio a un amante del rigor. La política, los chismes mundanos, el arte, la teología, la honra y temas escabrosos fueron puestos sobre el tapete sin orden, sentido ni concierto. Yo no tenía —quizás a causa de mi sangre inglesa— agilidad bastante para seguir tales evoluciones de la cháchara, en la que los íberos puros son fantásticos malabaristas. Pero tampoco excluyo que no fuera mi herencia sajona (apta para un humor más fino y menos desaforado que el nuestro) la que me hiciera aparecer torpe y desangelado frente a mis brillantes interlocutores, sino el peso de una preocupación más honda y trascendente. ¿Qué burda sinrazón me retenía por más tiempo, prisionero de mí mismo, en tan apartado rincón de la Tierra, lejos de mi casa, de mis gentes y de toda posibilidad de centrar y desarrollar mi vocación? Esfumado el *espectro* de la miseria, que tanto me angustiaba en Hansbrook, ¿por qué, una vez resuelto el doloroso incidente con tía Elisabeth, no regresé a mi país? ¿Qué clase de hombre era yo que a cualquier embate de las circunstancias escogía siempre el camino de la retirada? Me pareció grotesco haber renunciado a mis oposiciones cuando el suicidio de mi padre; indigno no haber regresado a España tras el episodio de tía Lisa; inútil y peligroso para mi salud prolongar un día más el voluntario destierro en que me encontraba, amancebado con aquella caricatura de humanidad a la que en un rapto delirante había bautizado con un nombre de bruma.

—Te veo preocupado, Jaime —me dijo María Dolores—. ¡Vamos, sírvete otro *whisky*, y cuéntanos tus penas!

—Son muy sencillas —dije, aceptando el nuevo vaso que me ofrecían—. Me he encerrado en esta isla para redactar una obra muy ardua y compleja: *Estudio antropológico de los Indios Lucayos*, en la que demuestro la supervivencia hasta nuestros días de la raza que fue testigo del Descubrimiento de América. Como el libro ya está concluido, el peso de la soledad comienza a hacérseme insoportable.

María Dolores se anticipó a mi petición.

—¡Es increíble que hayas resistido hasta ahora sin morirte de tedio!

—Te equivocas. He sido muy feliz aquí.

—Muy feliz…, pero estás deseando dar la espantada. Y haces bien.

—No estoy decidido, no. Ése es mi angustioso problema.

Sobre el tema de la felicidad, la soledad, la compañía, se dijeron no pocos despropósitos. María Dolores hizo gala de su ingenio; Emilio, de su buen humor; Marisa, de su curiosidad. Decían que ningún hombre se encierra, como yo hice, sin tener motivos para huir de algo o apartarse de algo. Emilio, siempre al quite de las señoras, puso múltiples ejemplos de misántropos, eremitas, navegantes solitarios y otros fugitivos de la sociedad. Él se consideraba capacitado para hacer lo mismo, y defendió con ardor y no pocos argumentos válidos el poderoso encanto de la vida retirada.

—¿Y qué harás cuando te saquemos de aquí? —preguntó la señora de Tellería.

—Si llego a decidirme… regresaré a España. Tengo una vieja propiedad en la provincia de Santander. Una vez allí, quizá me deje vencer —¡y convencer!— por una antigua ambición.

—¿Qué ambición?

—Preparar oposiciones a una cátedra de Historia en la Universidad.

Carlos, el bilbaíno, comentó:

—Yo acabo de licenciarme en Letras.

—¿En qué Universidad? —pregunté interesado.

—En la de Madrid.

—¿Qué profesores tenías? Los conozco a casi todos.

Me brindó una larga enumeración de nombres conocidos: Cornejo, Suárez, Molludo, Álvarez-Vázquez, Maqueira…

—¿Maqueira? ¿Justo Maqueira?

—Sí.

—¿En Filología Románica?

—Exacto. ¿Le conoces?

Me dejé dominar por la añoranza.

—Mucho; le conozco mucho. Y siento una gran alegría de saber que, al fin, consiguió su cátedra. ¿Es buen profesor?

Carlos rompió a reír.

—Sería un buen maestro —comentó— si asistiera a las clases como es su obligación. ¡Pero va muy poco!

—Yo le aprecio extraordinariamente —murmuré, tocado de una vaga tristeza—. ¡Es un excelente muchacho! Tengo ganas de abrazar a ese gran bribón.

Apuré mi vaso hasta sentir el hielo sobre los labios.

—Adolfo, ¿cuándo crees que podréis salir de aquí?

—Mañana por la mañana recibiré noticias por radiofonía desde Nassau —respondió el dueño del barco—. Parece ser que uno de nuestros rivales, ya eliminado del concurso como nosotros, se ha brindado a venir en busca nuestra y remolcarnos hasta Burton's Town. Allí vendrá una avioneta a recogernos.

Adolfo observó mis manos atormentadas. Se diría que cada uno de mis dedos quisiera descoyuntar a sus adláteres.

—Sé que acabaré decidiéndome —reí.

—¡Bravo! —exclamó María Dolares.

—No acabo de estar seguro —protesté—. Aún no he dicho mi última palabra. Temo y deseo volver a España. La vida en Madrid fue muy dura conmigo hace unos años.

Hubo entre ellos un cruce de miradas.

—Tú eres hijo de Carlos Gades, ¿no es eso? —preguntó María Dolares con inefable candor.

Moví afirmativamente la cabeza. Adolfo hizo un gesto a su cuñada que equivalía a una prohibición de llevar la charla por ese derrotero y se hizo un incómodo silencio.

—Todo el mundo sabe —comenté— que mi padre estafó a la Sociedad de la que era Presidente y se suicidó después. Pero nadie sabe que al hacer esto acabó con dos vidas: la suya y la mía.

Miré el fondo de mi vaso. Estaba vacío. Extendí el brazo.

—¡Sírveme otra copa, María Dolores!

¿Cuándo moriría, caso de no ser inmortal, el estúpido galápago? Al regresar a tierra para acostarme, Pepa Niebla, bañada por la luna, seguía contemplándolo. Las evoluciones del bicharraco llegarían a obsesionarme. ¡Quiera Dios, pensé, que no sea éste mi último recuerdo del Estero de los Pájaros! (Y Dios fue piadoso, y leyó mi pensamiento, y accedió a mi deseo).

—Josephine…

Alzó la cabeza y no respondió.

—Josephine…

La vi pendiente de mi boca como el reo de los labios de su juez.

—Mañana pediré a estos señores que me dejen llevarte a bordo hasta Burton's Town. Father Nightingale debe estar muy triste de que no le hayas visitado en tanto tiempo. Yo tendré que ausentarme durante unos días. En cuanto regrese te mandaré llamar.

Pepa Niebla no pareció inmutarse. Volvió lentamente el rostro hacia el yate de los españoles, del que sólo se veía la antena, como un tallo más, entre los altos bambúes, y lo contempló largamente. Después volvió a sumergir la vista en el agua. La cuerda que amarraba el reptil a la palmera seguía tensa, animada de un vago, débil, casi imperceptible estertor.

Me disculpé por dormir separados; no convenía que nos sorprendieran juntos caso que nuestro poblado fuese visitado por los españoles. Me sentiría muy celoso —le dije— de que otro hombre pusiera sus ojos en ella.

No conseguí conciliar el sueño. El peso de la villanía que estaba dispuesto a cometer me acongojaba hasta el paroxismo. Procuré rebelarme contra mis escrúpulos. ¿Por qué iba a ser una felonía arrancarme de una vez la venda que me cegaba y atreverme a mirar la luz cara a cara? Mi crimen no consistía en decidirme a ser hombre sino en renunciar a serlo. Más vale prevenir que curar; detenerse a tiempo que caminar forzado. La villanía no estaba en concluir, sino en prolongar el engaño en que vivíamos. Comencé a sudar copiosamente. No resistía el roce de la ropa. Salté de la cama y salí al exterior. (De noche, bajo la luna, el estero, que al atardecer era de bronce, se había transformado en estaño bruñido. Encendí un cigarrillo y aspiré hondo).

Al cabo de dos horas, el suelo estaba nevado de colillas; mis pulmones, intoxicados de humo; mi cabeza, de fantasías. Antes de consumar mi traición a Pepa Niebla, ya la abandoné con el pensamiento. El deseo de hallar una fórmula de reconciliación con Elisabeth Dartmoore, de recibirla en Hansbrook, y reanudar aquel género de relación que ella calificaba de «¡tan peculiar!», se anticipó al hecho físico de mi alejamiento de esta pobre

demente que se creía mi mujer y cuya honda y rítmica respiración llegaba hasta mí desde la cabaña en que dormía.

Ensoñar equivale a configurar a nuestra conveniencia el tiempo que ha de venir. Ahora sé que Dios castiga la impertinente intromisión de los humanos en lo que no es suyo. El hombre es usufructuario de su presente; mas no se le permite usar de un futuro que está fuera del alcance de su voluntad. Volví dolorosamente de mi ensoñación. ¿Dónde estaba mi barca? El bote (en el que había regresado remando cuando concluyó la cena a bordo) no estaba varado donde yo lo dejé. Penetré en la cabaña de Pepa Niebla. La cama estaba vacía. ¿Qué era entonces aquel rumor oscilante que yo había tomado por su respiración? Salí fuera de la choza y comencé a caminar por el borde pantanoso del estero rastreando el origen del rítmico sonido cuyas notas —a medida que me acercaba al barco de los españoles— fui percibiendo cada vez más cercanas. Un pájaro anidado entre los juncos alzó el vuelo, y el aire batido por sus alas venteó mi rostro erizándome la piel. A la altura del yate, cuya blancura se destacaba fantasmal en la noche, me detuve espantado. Mi bote estaba amarrado a la cadena del ancla de popa del barco de los españoles. Pepa Niebla, uncida a los remos, doblada por un puro y total agotamiento, pretendía arrastrar tras ella —o creía quizá que arrastraba— la inmóvil embarcación de sus rivales. El cable de su imaginario remolque se tensaba cuando ella hundía las palas en el agua y se distendía —elástico— cuando las sacaba. Era un ritmo lento, espeluznante e ineficaz, como el de la tortuga, prisionera; una lucha a muerte contra lo imposible; un esforzado, temerario afán por alejar de nuestro paraíso a los intrusos que habían turbado nuestra dicha. Ese y no otro era el hondo rumor acompasado que oía desde las cabañas. ¿Cuántas horas llevaba Pepa Niebla imitando las locas evoluciones del galápago? Las lágrimas nublaron mis ojos y una congoja insoportable me turbó. La espuma manaba de su boca, tenía los ojos entornados y el sudor fluía de su piel como un ácido manantial bañando su cuerpo. Estaba muy próxima a mí, empapada de luna. A su reflejo la vi deformada por el dolor y el agotamiento. Era el suyo un movimiento mecánico, alucinado y pugnaz. Sus puños aherrojaban los mangos de las palas con fuerza inusitada; su cuerpo se arqueaba hacia atrás para dar mayor impulso al imaginario arrastre de una embarcación que estaba firmemente anclada, y un ronquido terrible, semejante a un estertor de agonía, acompañaba cada uno de los vaivenes. Me zambullí, consiguiendo acercarme a ella en dos brazadas. Ni advirtió mi presencia ni sintió el brusco balanceo del bote al saltar yo a su interior. Tuve que hacer acopio de fuerza para vencer la presión de sus dedos y emplear la

violencia para separarla de su asiento. Deshice el nudo del cable y tomando los remos enfilé hacia las cabañas. La bajé en brazos del bote y la dejé tendida sobre la playa. Junto a nosotros, la cuerda de la tortuga ya no estaba tensa. El animal había rendido, luchando, su último aliento; y su cuerpo, vientre arriba, flotaba en el estero yendo donde la marea le empujaba. Cubrí con besos y lágrimas los labios, los ojos, las mejillas de la negra. Un gemido agudo e interminable emanaba de su pecho. Corrí en busca de agua fría e intenté reanimarla vaciando varios cubos sobre la cara y la nuca; froté con agua de colonia y arena sus articulaciones hasta que el pulso comenzó a sosegarse y la respiración a acompasarse. Cuando se durmió, sobre la línea de levante comenzaba a clarear. Agotado yo también por el esfuerzo, eché una manta sobre su cuerpo, saqué la mía de la cabaña y me tumbé junto a mi víctima. (El vientre de la tortuga semejaba una gran hoja de nenúfar flotando en la corriente). *Dormí* algo más de una hora. Me desperté sobresaltado al no hallar el volumen que esperaba bajo mi brazo. La barca sin remos seguía varada en la orilla; no obstante, algo había cambiado: el cuerpo muerto del reptil yacía en la arena, junto a la barca. Y no en el agua como antes. Alguien lo había halado desde tierra para apropiarse de la soga que lo capturó. Pedí a Dios que no fuera cierta la terrible sospecha, o que me permitiera llegar a tiempo para evitar el horror que imaginaba. Guiado de mi instinto más que de un conocimiento previo, rebasé la zona de palmeras, y a toda la velocidad que mis fuerzas me permitían encaminé mis pasos hacia el único bosque de los contornos: donde ella me citó la mañana alucinante de la cacería de pájaros.

Había amanecido, y el monte bajo exhibía sus volúmenes a los primeros rayos transversales del sol. Con la soga que apresó al reptil ceñida al cuello, Pepa Niebla pendía de un árbol como un fruto terrible. Unos pájaros voraces se disponían a atacarla. Cuando la descolgué, ya estaba muerta. Cargué con el cuerpo y lo trasladé a la fosa abierta por ella bajo la zarza. Los pájaros, sus rivales, volaban sobre nosotros hiriéndome con sus gritos agudos y desentonados. Recordé estremecido las voces que Pepa tradujo y que parecían referidos a ella. «Loado sea Dios, que ha cegado a nuestro enemigo». Tuve que espantarlos con ramas y piedras para que no la atacaran mientras yo cumplía la macabra labor de forzar la postura del cadáver para que cupiese en aquel espacio que ella misma abrió para engañar a los pájaros. Su cuerpo no estaba aún tan frío como lo estuvieron mis nervios. Dios me concedió aquel día toda la capacidad de dominio de que me privó más tarde. Ayudándome con manos y pies fui cubriendo el agujero con la tierra que Josephine había extraído de su sitio meses antes y que estaba amontonada junto al hoyo.

Como quien arrastra una alfombra, llevé por el suelo, tirando de su entramado, unas enredaderas próximas y tapé con aquel hacinamiento de ramas y campanillas azules la tumba donde yace Pepa Niebla. Pensé que si Wassermann se acercaba algún día a la zona del estero para visitarnos y el azar le traía hasta aquí sería imposible que localizara los restos: tan escondidos estaban. Pero Wassermann (aunque él y yo lo ignoráramos) volvería a ser muy pronto Martin Eichhoff. Y la horca le esperaba al recodo de los meses.

Herido por el dolor, pero no vencido; con claridad de juicio y frialdad que aún me espanta, me arrodillé junto a la tumba y empeñé por tres veces un juramento. No he sido como los mochuelos que olvidan al legar la noche lo que juraron de día. Han pasado muchos años desde entonces y cumplí lo que juré al pie del matorral donde nadie sino yo sabe que está enterrada Pepa Niebla.

Cumplido este rito que ha marcado desde entonces toda mi vida, me senté junto a la fosa. Una suerte de morbosa indiferencia aplanaba mis sentimientos. Miré hacia dentro de mí mismo y no me reconocí. En tal estado de inhibición permanecí muchas horas, al cabo de las cuales sacudí la cabeza como hace un perro al salir del mar. Por segunda vez en muy poco tiempo tuve la impresión de estar despertándome de un largo sueño.

XXXII

LA MUERTE DE YOCASTA

CARGUE SECRETAMENTE mi barca con los enseres y las ropas de Pepa Niebla; me alejé media milla de los arrecifes de coral y, al llegar sobre una fosa de cuatrocientas brazas de profundidad, lo hundí todo en el fondo del mar. La maleta que Josephine robó de casa del médico —cargada de piedras y vestidos—, se desplomó en línea vertical. La mancha rojiza se alejó de mi vista hasta perderse en los fondos opacos de las corrientes. No he de mentir. Al verla desaparecer imaginé que era un símbolo de mi liberación. Ya no quedaba rastro de Pepa Niebla sobre la tierra. Su recuerdo —al igual que esa mancha rojiza que se acababa de hundir en el mar— se alejaría también de mi memoria hasta perderse en los fondos insondables del olvido. ¡Eso pensé! Respiré muy hondo y emproé hacia casa de Wassermann. Le llamé a grandes voces y a poco le vi salir con un rifle de mira telescópica en la mano.

—¡No son horas para visitar a nadie! —rezongó al reconocerme.

—Necesito su ayuda y su consejo, doctor Wassermann.

—¿Ocurre algo grave?

—Sí.

—¿Le pasa algo a Josephine?

—Sí.

—¡Suba usted!

—Imposible. Tengo el tiempo justo. Lo que quería decirle es que Josephine ha desaparecido.

—Eso no es grave, amigo mío. A todos se nos ha escapado alguna vez.

—Pero es que yo salgo para Nassau, y no sé el tiempo que tardaré en volver. Quizá fuera mejor salir en su busca. ¡Puede pasarle algo!

—Mi joven amigo. Sigue usted tan ingenuo como el primer día. Lo más que le puede pasar…; bueno, ¡no quiero ser cruel con usted!

—¿Qué puede ocurrirle?

—Que se encapriche de otro joven apuesto. Pero eso tampoco es grave, pues nunca ha sentido reparo en volver a sus antiguos amores.

—No esperaba oírle hablar así, doctor…

—¡Vamos, vamos! No lo digo por ofenderle, sino por consolarle. ¡Volverá con usted! ¡No lo dude!

—De modo, doctor Wassermann, que no considera usted que haya motivo para alarmarse…

—No lo hay, hágame caso, no lo hay.

—Bien, doctor, así me marcho más tranquilo. En cualquier caso me parecía obligado avisarle a usted acerca de esta nueva desaparición de la muchacha. ¡Hasta la vista, doctor!

—Adiós, señor Gades. ¡Hasta pronto! ¡Que tenga suerte en Nassau!

Doblé la barra del timón y aumenté las revoluciones del motor. (*«Todo va bien* —me dije—. *Estoy consiguiendo comportarme con frialdad y con inteligencia. No debo tolerar que me dominen estas otras voces que pretenden alzarse dentro de mí». «No las escuches, Jaime…». «No. No las escucho… Estoy satisfecho de mí mismo. No soy responsable de lo ocurrido… Madre, ¿me oyes? ¡Yo no soy responsable!, ¿verdad?». «No la escuches, Jaime; esa voz no es de tu madre… No te dejes engañar por esa voz. Busca a tía Lisa. Sólo ella puede salvarte…». «¿Salvarme, de qué? Ningún peligro me amenaza… Estoy contento de mi manera de actuar… Todo va bien…». «¿De qué peligro me hablabas…?». «De las voces: de esas voces… ¡No las escuches…!». «No; no las escucho. Todo va bien. Todo va bien…»).*

Remolcados por el yate de unos portugueses, que se ofrecieran generosamente a sacar a sus compañeros de competición del apuro en que se hallaban, tardamos tres horas en cubrir la distancia que separaba mi paraíso perdido del muelle de Burton's Town, donde nos esperaba una avioneta, previamente contratada.

En ese tiempo me comuniqué por radiofonía con Edward Swam, a quien encargué un billete de avión para aquella misma noche con destino a Londres y su correspondiente enlace con Bilbao.

A medida que cesaba mi actividad comencé a experimentar los primeros síntomas de mi alucinación. El alma de Pepa Niebla, desterrada de su cuerpo, buscaba otro cuerpo en el que encarnarse. Yo luchaba desesperadamente por no pensar en ello, no fuera a abrirle, con la ayuda del pensamiento, las puertas del mío. No era aquella una alucinación continua, sino a ráfagas. La idea de que Pepa Niebla quería alojarse dentro de mí, con ser tan feroz, no era fija. Tan pronto me estremecía como me olvidaba de ella.

—¿Se encuentra usted enfermo, Jaime?

No sé quién me hizo esta pregunta. Respondí tartajeando, pero con gran congruencia, que me asustaba regresar al mundo después de haber gustado la

magia y el sosiego de una soledad tan prolongada. «Me considero —expliqué— como un cartujo que sale de la clausura para asistir a un baile de máscaras». Lo cierto es que el dolor de Pepa Niebla —ese dolor que, al adivinar mi deseo de huir de su lado, le hizo insoportable la vida— se introducía ahora en mí, se alojaba en mi sentimiento con intensidad creciente. Pero ¿era sólo un trasvase de dolor de su espíritu a mi espíritu? ¿O era su mismo espíritu el que pretendía introducirse en mí?

(*«No pienses en la negra, Jaime, o acabarás enloqueciendo. Piensa en Nassau y en Elisabeth Dartmoore. ¿No hueles el aroma de los crotos salvajes de su jardín? Acércate a ella, bésala, decídete. Ni esos ojos ni esos labios son los de tu madre; son los de Beth, y Beth no es un fantasma: su cuerpo ocupa un lugar en el espacio; al pisar el césped sus pies dejan huellas sobre la hierba, su piel despide calor…». «Apártate, Pepa Niebla. Eres como un perrillo, pegajoso, baboso, irritante y molesto. Déjame solo con Elisabeth…». «Madre, la negra me ha obedecido. Sé buena y obedéceme tú también: ocúltate y déjame solo con Elisabeth. Ella puede ser mi salvación». «¿Por qué digo siempre mi salvación? Ningún peligro me amenaza». «Ningún peligro te amenaza». «Cállate, Pepa Niebla, y vete lejos. No, madre, tú no te vayas pero cállate también…». «No escuches más voces que las de tu entendimiento…». «¡No quiero escuchar otras!». «Sosiégate». «Ya no gritan como antes. Ya apenas las oigo». «¿Las escuchas ahora?». «Ya no». «Mejor, mejor… Sosiégate». «Ahora va todo mucho mejor…»*)

En el aeropuerto de Nassau me esperaba mi fiel Edward Swam. Le entregué la carpeta con la segunda parte del original de mi obra para que la hiciera llegar al editor. Y encargué al pecoso adorador de tía Elisabeth un saludo lleno de emoción para ella, con el ruego de que me perdonara por no haber acudido a abrazarla.

—Al saber que regresaba usted a España —comentó con cierta sequedad— y que al pasar por Nassau no deseaba verla, su tía Elisabeth ha sufrido una gran decepción. Yo nunca había visto antes de ahora Morar a *Miss* Dartmoore. Si me permite usted este exceso de confianza, le diré que…

—No, Edward. No se lo permito.

Me llamaron por los altavoces. Pasé la Aduana. Me despedí de Swam. (Acabo de saber que hace ya seis años que murió).

Apenas me volví a sentir solo y a medida que el reactor ganaba altura me ciñó como un cilicio la evidencia de que la suicida pretendía de nuevo

comunicarse conmigo. No llegué esta vez a dialogar con ella, de eso estoy seguro, pues me esforcé en desoír sus llamadas, a pesar de lo próximas que las sentía. Al cabo de un tiempo Pepa Niebla dejó de importunarme y pude dormir.

Alberto, el guarda de Hansbrook, me esperaba en el aeropuerto de Bilbao. Leí en su rostro la impresión que le produjo ver el mío. En las manifestaciones que hizo a la policía algún tiempo después, declaró que yo parecía un repatriado que llega a su pueblo con el tiempo justo para morir.

Yo había entregado a Edward Swam en Nassau el texto de un telegrama para Alberto, advirtiéndole de mi llegada vía Londres, y celebré comprobar tanto la celeridad del administrador en cumplir mi encargo cuanto la del guarda en agenciarse prestada una furgoneta, para trasladarme desde el aeropuerto a Hansbrook. Sus alusiones a mi aspecto físico me irritaron; sus preguntas, insistentes y corteses, acerca de la hermana de mi madre, me llagaron el alma. Conducía detestablemente aquel cacharro y no paraba de hablar mientras conducía. Opté por hacerme el sordo.

Miré el reloj. No había movido las manillas desde las Bahamas. A aquella misma hora, veinticuatro antes, yo estaba en mi bote de remos, media milla mar adentro de los arrecifes, viendo cómo se hundía en la corriente la mancha rojiza de la maleta que Josephine robó al doctor Wassermann.

Un brusco viraje de Alberto para sortear en una curva a un carro tirado por un caballejo; el chirrido del freno y el bronco ronquido del motor al pasar a una marcha más corta me arrancaron de mis recuerdos.

Alberto, el guarda, me hablaba de Tonuca. Me dijo que se había hecho «industriala». Y regentaba una peluquería. Y se iba a casar con un hombre de bien.

Las praderas, los maizales, los viejos caseríos de Vizcaya se sucedían unos a otros a cada recado del monte, a cada vuelta del camino. Unas vacas gordas pastaban en las laderas; unos muchachos robaban manzanas y dos ciclistas, cubiertas las cabezas de inmensas boinas negras, avanzaban a pie, llevando la máquina de la mano por no pedalear en la fuerte pendiente. Mis ojos resbalaban sobre el paisaje español recién encontrado; mi pensamiento, empero, se esforzaba en reconstruir el curso de las horas desde mi salida de la Isla de los Mosquitos. No lo conseguí más que a retazos sueltos. Había grandes lagunas en mi memoria. No recordaba el paso por Londres, con ser tan reciente, ni el cambio de un avión a otro, ni cuántos o quiénes eran mis compañeros de viaje; ni cómo, dónde o cuándo me despedí del grupo de los Tellería, a los que no he vuelto jamás a ver.

—¿Quiere usted que paremos a comer? —me preguntó Alberto—. Aquí, en la raya de Santander y Vizcaya, la gente sabe guisar.

Le ordené, con gran disgusto suyo, que prosiguiera el camino. La mole colosal de los Picos de Europa se perfilaba en la lejanía, asomando sus crestas por encima de un techo de nubes.

Desde Hansbrook no se veían los picos. Una cadena de lomas impedía la visión de aquellas formas geológicas torturar das y tremendas.

(¡Hansbrook! En la penumbra del «cuarto de Lisa» me esperaba el cuadro de mi madre para dialogar conmigo).

—Alberto, ¿cuánto falta para Polavieja? —pregunté impaciente.

—Cuando alcancemos aquellas lomas últimas, ya se verá el caserío.

—En el avión de Londres a Bilbao —le dije— he ido madurando un propósito. Vaya despacio; no se distraiga y atiéndame.

—Soy todo oídos —respondió el guarda—. No he tenido ocasión de usarlos desde que salimos de Bilbao[11].

No sabré expresar mi tribulación al pisar de nuevo los suelos de mi casa. Apenas me vi solo, con el hacha que fue rival del diccionario destrocé una espléndida mesa de caoba antillana al solo efecto de cegar el hueco de la puerta principal y desgajé las vigas y solerías del desván para condenar las ventanas y tapiar la entrada de la cocina, ya que la de este cuarto al exterior quedaba abierta para que Alberto —sin que yo le hablara ni le viera— depositara bajo techado sus compras periódicas.

Cuando hube concluido, subí al piso alto y me dirigí al cuarto de Lisa, donde estaba colgado aquel óleo de mi madre pintado por Laszlo, el gran retratista inglés de origen húngaro. Me acerqué a la puerta, golpeé con los nudillos pidiendo permiso para entrar. Nadie me respondió. Rocé el pomo con la mano, apoyé la frente en el panel. Nada se oía. Quise penetrar en el cuarto, pero una fuerza oculta y poderosa atenazó mi ánimo impidiéndome cumplir mi deseo. Mi madre —era seguro— no deseaba verme. Yo había pecado dos veces contra ella: una, cuando la vi con ojos incestuosos encamada en tía Elisabeth; otra, cuando por desarraigarla de mi corazón y mi pensamiento busqué en los brazos de la negra el contrapunto de cuanto mi madre era y representaba. Horas antes no había querido detenerme a comer en el camino sólo por no aplazar el momento solemne y ternísimo de este reencuentro; apenas entré en mi casa, me dediqué a la labor durísima y penosa de cegar las puertas y los huecos para que nadie pudiera interrumpirme durante mis deliquios con ella; y luego, agotado, roto, sudoroso, anhelante, me fallaba la

fuerza moral para empujar la puerta, entrar y abismarme en el agua dulcísima y transparente de sus ojos.

Me dejé caer, lloré, me di de cabezadas en el suelo: el proceso de mi enfermedad alcanzó un grado virulento y feroz que sólo recordarlo me llena de horror. Es preciso advertir que esta consideración me la hago ahora mientras lo escribo, mas entonces yo no tenía conciencia de mi locura como no la tiene de ser albino un invidente a quien la ceguera impide conocer la pigmentación de los demás.

Entregado a la contemplación de mi interioridad, deambulante por galerías y estancias solitarias, interlocutor de mí mismo, receloso de que nadie se atreviese a violentar mi guarida, me recuerdo los días que siguieron, entre las paredes de Hansbrook, con el alma despedazada por un sentimiento de abandono sólo comparable a la infinita desolación en que vi sumergido mi espíritu cuando quedé huérfano siendo niño. Con un punto de mayor gravedad: que entonces quería a mi madre y ahora comenzaba a nacer dentro de mí una acusación, velada en sus primeras manifestaciones y airada en las posteriores: la acusación de ser ella quien había desquiciado mi existencia entera con su recuerdo, del mismo modo que una lumbre irreal obsesiona y engaña al navegante perdido en la oscuridad. Yo no me sabía loco: pero deseaba estarlo para poder acusar a mi madre de ser la causa de mi desvío.

Entretanto, sólo podía defenderme de las acuciantes solicitaciones de Pepa Niebla por reencarnarse en mi cuerpo con una serie de ceremonias de cuya eficacia no tardé en obtener pruebas concluyentes. Comprobé, en efecto, que el espíritu de Josephine no podía penetrarme si yo doblaba mis extremidades simulando la postura fetal. Sentado, pues, en el suelo, dobladas las rodillas a la altura de la cara, hundido el rostro entre las piernas, y los brazos en torno a las rodillas, me pasaba días o noches enteras sin poder moverme de esta posición hasta comprobar que la presión del espíritu de la negra sobre mi carne comenzaba a ceder. Prolongaba entonces, lleno de miedo, unos minutos más la posición que guardé antes de nacer en el seno de mi madre, y, sólo al percibir que mi víctima ya no estaba a mi lado, me incorporaba y comenzaba a saltar, hacer ejercicios gimnásticos o subir y bajar a grandes zancadas la escalera para desentumecer los miembros ateridos a causa de la inmovilidad.

Para quitarme de encima a Pepa Niebla y que no me importunara me dediqué a escribir pequeños cuentos y poemillas de una absoluta simplicidad pues de otra manera no hubiera podido entenderlos. Los escribía en nuestro código ideográfico y los dejaba en cualquier lado de la casa seguro de que ella los encontraría. La argucia sirvió de muy poco. Al cabo de pocas semanas,

Josephine me cogió desprevenido y penetró en mí. Hice lo indecible por desprenderme de ella y, al no conseguirlo, recordé la frase de Wassermann. «Un negro, aunque esté loco, jamás participa en las conversaciones de los blancos a menos que sea requerido para ello». Decidí por tanto hablar con alguien y… ¿con quién mejor que con mi madre? Subí la escalera y, al llegar frente al «Cuarto de Lisa», que ella desconocía y cuyo secreto talismán ignoraba, abrí súbitamente la puerta y me eché de bruces frente al cuadro de Laszlo.

—Arráncamela, madre. ¡Me da asco! ¡Me da miedo! ¡Arráncamela…!

En cuanto comenzamos a hablarnos —yo de viva voz, mi madre como una aura blanda y persistente— el alma de Josephine se alejó de mí…

¡Ah! ¿Cómo pude nunca haber deseado perder su influjo, separarme de su luz? ¡Benditos los pecados que cometí contra su recuerdo si me habían de proporcionar tan dulce reconciliación! Nos dijimos todo eso, tan leve, tan íntimo, que la lengua no sabe expresar porque está más allá y por encima de las palabras: eso que entienden, no obstante, con sólo mirarse los que se quieren. Quedó suspendido en una suerte de contemplación como los ascetas, y mi madre me exigió renovar ante ella el juramento que hice ante la tumba de Pepa Niebla. Ésta había sido la primera mujer que conocí íntimamente y sería la última. Apenas lo hube jurado, mi madre penetró en mí por la vía mística y pasó a ocupar el sitio abandonado por la negra.

Desde entonces tuve siempre dos almas ajenas junto a la mía: mas nunca juntas, sino alternativamente: la de mi madre, que se alojaba en mi espíritu en el cuarto de Lisa, pero cuyo influjo no podía traspasar la puerta —quizá por la gran lejanía de su muerte—, y la de Josephine, que se hermanaba con mi alma apenas la de mi madre se alejaba de mi cuerpo.

«¡Qué linda es!», me dijo Pepa Niebla cuando horas más tarde salí del cuarto.

—¿La encuentras mejor que su hermana? —pregunté inquieto.

«¡Ah, no! ¡*Miss* Elisabeth Dartmoore es la mujer más linda de toda la tierra!».

Sin más limitación al desconocimiento de mi locura que una suerte de vanidad de mis rarezas producida por la autoobservación de mis extravagancias y la melancólica satisfacción que me originaban, una vez reconciliado con mi madre por la ofrenda del voto, no hallaba otro consuelo a mi tristeza ni más apetecible entretenimiento a mis horas de encierro que mis deliquios con ambas mujeres. El contenido y la intimidad de estos diálogos alucinados, los temas escogidos y el modo de desarrollarlos demuestran hasta

la saciedad el grado de desvío mental que nublaba mi entendimiento y enervaba mi sensibilidad, cuando una tarde de primavera de hace doce años un automóvil desconocido cruzó las verjas de Hansbrook y se detuvo ante el porche de mi casa.

Alarmado por el rumor, me acerqué —con Pepa Niebla dentro de mí— a una de las ventanas de la planta más alta, frenético yo por la violación de mi soledad, acobardada ella ante la presencia de quien o quienes, desconociendo mis instrucciones, se atrevían a turbarla. No podré expresar los dispares sentimientos que tensaron mis nervios al contemplar desde la ventana quién era. Cuando observé que tía Elisabeth miraba hacia los peldaños del porche, pedí a Dios que la alejara de mi vista; mas cuando rectificó su primer movimiento y se dirigió hacia la zona del río, le rogué que no la dejara marchar. Cruzó tía Lisa muy lentamente todo el antiguo parque, se acercó a la baranda de piedra y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, decepcionada; recordé entonces mi propia tristeza de años atrás al ver aquellas aguas, otrora limpísimas, convertidas, por culpa de los detritos de las fábricas, en un inmundo hacinamiento de fétidas espumas. Ensimismada en sus recuerdos permaneció varios minutos contemplando el río. Después se volvió suavemente y miró hacia la casa. Me apreté contra la esquina en sombra del ventanal para no ser descubierto. Tía Lisa extrajo un pañuelo y se lo llevó a los ojos. Este solo movimiento me arrancó las lágrimas, por hacerme revivir las emociones que me laceraron el alma el día de mi reencuentro con la casa en que nací. No era tanto el paisaje del parque, las lomas, el bosque y el río lo que me produjo —al verlo reconocido por ella— tan singular melancolía, sino el paisaje de sus emociones, mucho más entrañable para mí que el del contorno geográfico. Por eso hubiera podido traducir con inequívoca exactitud todos y cada uno de los pensamientos de tía Lisa cuando, volviendo sobre sus pasos, se quedó contemplando el hueco que dejó la tormenta en el lugar que estuvo otro tiempo ocupado por el quiosco oriental que destrozaron los rayos; o cuando ascendió hasta el nivel de la pérgola donde pintaba mi madre y quedó unos segundos absorta mirando el lugar donde aquélla montaba su caballete; o cuando rozó con las yemas de los dedos el césped reconstruido por mí donde se instalaba el *croquet*; o cuando mirando hacia la casa reconoció en su estructura, tan semejante a las edificaciones coloniales de Nassau, los recuerdos que influyeron en mi abuelo para inspirarle su construcción. Con todo y con eso, cuando una vez comprobada la inutilidad de penetrar en la casa por la parte principal, la vi dirigirse por los laterales en busca de una entrada, creí perder el juicio (dicho sea en sentido no metafórico

sino real, pues yo ignoraba entonces que carecía de él). Corrí desalado y sin sentido de una habitación a otra; acarreé muebles para atrancar la puerta que daba a la cocina; al no encontrarlos de bastante peso, decidí ocultarme en la planta baja con la intención —apenas la sintiera subir al piso de los dormitorios— de huir a través de la misma puerta por donde ella entrara. No conseguí cumplir mi propósito. Pepa Niebla entorpeció todos mis movimientos. Ella no tenía por qué esconderse de tía Beth. Antes bien, deseaba cumplimentarla, expresar la admiración que siempre había proclamado por su celestial belleza, y, como prueba de afectuosa devoción, ofrecerse a bailar otra vez esa danza que improvisó en la playa (bajo la luna deforme y amarilla del trópico) y que tanto había elogiado *Miss* Dartmoore una lejana noche alucinante:

«¡Bailad las criaturas, que el Gran Dios nos sonríe…!».

Cegados mis reflejos por las maniobras de la negra, torpe de ideas y movimientos, me di de bruces con tía Elisabeth cuando iba a intentar huir.

—¡Oh, Jaime…! —exclamó en inglés.

No pudo evitar un sobresalto. Más de dos años habían transcurrido desde que dejamos de vernos y nunca imaginó aquella transformación tan radical en mi indumentaria y en mi persona. Quizá fuera la barba, las melenas, la suciedad o el odio —el odio que adivinaba en mis ojos— lo que la asustó.

—He recorrido el jardín —añadió tristemente, hablando siempre en el idioma de sus padres—, ¡nada es igual a lo que yo recordaba!

En aquel mismo instante Pepa Niebla me abandonó. Tan grande era el respeto que le inspiraba Elisabeth Dartmoore, que sus necios propósitos de bailar ante ella se desvanecieron apenas la oyó hablar. Me sentí súbitamente liberado, y lúcido. Y tuve conciencia de mi estado físico y mental. ¡Y me llené de espanto!

Tía Lisa estaba intensamente pálida. Mi silencio acrecía su dolor.

—Me siento muy triste, Jaime. Y voy a marcharme pronto. Quiero respetar tu libertad de querer estar solo. Y no verme más.

Me sentí impulsado a abrazarla y pedirle perdón. La crueldad de que he hecho gala con mis actos no ha sido nunca compartida por mi conciencia. No obstante, guardé silencio. Adiviné en su gesto un gran esfuerzo por dominar las lágrimas.

—Pensé que iba a hacerme mucho bien volver a Hansbrook —añadió tía Elisabeth— ¡y no ha sido así! Sólo quiero visitar tres cosas: el despacho de papá, el cuarto de tu madre y mi dormitorio. Después me iré.

Hizo una larga pausa como dialogando consigo misma. Se le quebró la voz:

—¡Y procuraré olvidar que he visto brillar el odio en los ojos de quien he querido tanto!

Hubiera podido gritar que no era a ella a quien yo odiaba. Había odio en mí; un odio abstracto y real; pero sin destino: un odio palpable que buscaba, como los personajes de Pirandello, una entidad donde poder incorporarse.

Alzó la vista, contempló las paredes, las puertas, los muebles.

—No recuerdo nada de esto. ¡No puedo recordar nada! ¡Dios quiera que algún día me pase lo mismo contigo!

Dudó antes de avanzar hacia una puerta.

—¿Era éste el despacho de papá?

Movió la manivela. Empujó la hoja. No. No era lo que ella buscaba. Era un armario, o mejor una alacena donde se guardaban los manteles, las servilletas y las vajillas del comedor. Abrió una segunda puerta; quedó largo rato en el quicio. Al fin penetró en él, acarició los muebles, los libros, la escribanía.

—¡Todo era más grande; inmensamente más grande! —exclamó al salir —. ¡No recuerdo nada! Ya ves, si no estuvieras aquí, me apetecería llorar. ¡Pero no voy a darte ese gusto! Quiero irme. En cuanto vea el cuarto de mi hermana Dorothy y el mío nos despediremos para siempre.

Se acercó precipitadamente a la escalera.

—¡Cuidado! —grité.

Fue la primera palabra que salió de mi boca. La advertencia llegó tarde. Elisabeth había alzado una pierna mucho más alto de lo necesario para subir el primer peldaño y, cuando dejó caer el peso del cuerpo, al sentir el vacío, tropezó y quedó sentada al borde del escalón.

—Los peldaños eran entonces más grandes. Sabía que ibas a tropezar, tía Lisa.

Inclinó la cabeza como un pájaro que escucha un sonido inesperado. Parecía asombrada de haber oído mi voz; y complacida.

Me observó atentamente.

—¿Cómo sabías que iba a caerme? ¡Ah, no sólo la vida es estúpida! ¡Yo también lo soy! Tengo absoluta necesidad de llorar. Pero no quiero hacerlo y no lo haré.

Sonrió por primera vez como disculpándose por lo que iba a añadir: «No lo haré, salvo que seas un caballero galante y sólo por unos minutos te apartes de mi vista».

Se esforzó en bromear.

—En ese caso, lloraré un poco y cuando haya concluido gritaré para avisarte: «¡Jaime, ya puedes venir!».

—Anda, sube a tu cuarto, tía Lisa —murmuré con la voz rota—. ¡Sería muy ridículo que nos pusiéramos aquí a llorar los dos!

No hizo ningún ademán por levantarse, ni yo por ayudarla.

—Siéntate aquí a mi lado —murmuró— y háblame de tus cosas.

Moví negativamente la cabeza.

—¿Qué haces en España? —pregunté.

—¡Ah, sobrino, qué forma de hablar! ¡Más que una pregunta parece una acusación! He venido invitada por tus amigos, los señores de Tellería, a la feria de Sevilla. Yo los atendí mucho allá. Y me llenaba de ilusión que me hablaran de ti. Ellos quedaron subyugados por las Bahamas. ¡Yo he quedado deslumbrada por Andalucía!

—¿Quién te ha traído hasta Hansbrook?

—Un mapa de carreteras y un coche alquilado. ¿Te parece mal?

—¿A qué has venido?

—¿Cómo piensas que podía irme de España sin visitar Hansbrook? —exclamó ofendida. Y añadió enérgica: «¡De no haber estado tú aquí, hubiera venido igual!».

Dulcificó la voz. Habló lentamente.

—Cierto que te hubiera buscado por todas partes para que hiciésemos juntos esta visita. Pero, de no encontrarte, hubiera venido sin ti: puedes estar seguro.

—¿Dónde alquilaste el coche?

—En Santander.

—¿Dónde están ahora los Tellería?

—En Santander.

—¿Por qué no has venido hasta aquí con ellos?

—Quería estar a solas contigo.

Me volví de espaldas para que no reparara la convulsión que me sacudía el cuerpo. Tan grande era mi temblor que para disimularlo me senté en el suelo, en el otro extremo del cuarto, junto a la puerta del despacho de mi abuelo. Doblé las piernas y crucé las manos sobre las rodillas. Procuré que mi voz pareciera sosegada y que mi rostro no manifestara ninguna alteración.

—¿Por qué querías verme a solas? —pregunté fríamente.

Lisa se llevó las yemas de los dedos a las comisuras de los ojos y las deslizó suave y repetidamente hacia las sienes. Parecía cansada o recelosa.

—Desde la última vez que nos vimos quería pedirte algo. Aquel día estábamos todos borrachos, ¡todos! Yo también. Y tú. Y David Houghton… Pero desde aquel día tu comportamiento tan… tan inusual, ¡me ha impedido pedírtelo!

Guardé silencio.

—¿Sabes cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces, Jaime?

—No.

—Dos años, tres meses, diez días…

—¡No he mirado nunca el calendario en este tiempo!

—Si no miras nunca el calendario… ignorarás qué día es hoy.

—En efecto: lo ignoro. No me interesa.

—Hoy cumples veintinueve años, Jaime.

(La miré espantado. Días antes mi madre me había preguntado la edad. Y respondí sin ánimo de mentir: «Veintiséis»…).

Hizo un gesto que pretendió ser cómico y no pasó de ser mundano.

—Ya ves, aun siendo tu cumpleaños no he venido a traerte un regalo…, sino a pedírtelo.

—¿Qué es ello, tía Lisa? —pregunté con profunda alteración.

—Algo que espero de ti desde hace dos años, tres meses, diez días…

—¿Qué es ello, tía Lisa?

—Algo que no querrás concederme.

—¿Qué es ello, tía Lisa? —repetí impaciente.

—Tu perdón.

(Un ejército de mínimas hormigas se desplazaba muy cerca de mí por el ángulo que formaba el suelo con el paramento. Era el camino habitual de sus silenciosas migraciones. A pesar de su vecindad conmigo yo desconocía por igual su meta y su procedencia).

—No pido que renuncies a tu libertad, ni que vuelvas a casa, ni que me demuestres tu… tu afecto. Sólo busco tu perdón.

(Las hormigas corrían en dos líneas contrarias y paralelas. ¿Para qué se afanaban tanto en entrar, si después se afanaban tanto en salir?).

—No hace falta que hables, no hace falta que digas nada, para que yo entienda que me has concedido lo que he venido a buscar. Basta con que me sonrías para que yo te comprenda. ¡Basta sólo con eso!

(Cuando les fallaba el mecanismo de su minúsculo radar algunas de las hormigas «que iban», tropezaban de frente con algunas de las «que venían». Se disculpaban cortés y precipitadamente y luego seguían sumisas el mandato inapelable de sus opuestos destinos).

¡Tía Lisa y yo parecíamos lerdos los dos, sentados cada uno en un extremo de la ancha nave vacía, mirándonos a los ojos sin hablar, mirándonos llorar, mirándonos sonreír!

(Pepa Niebla, para escribir «hormiga», pulsaba el signo «g» de mi máquina de escribir. ¿Cuántas de ellas —acharoladas, cavadoras, lustrosas, pacientísimas hormigas— no habían escogido como almacén, habitación, casa cuna, escuela de caminantes o asilo para hormigas ancianas la tumba de Pepa Niebla?).

—Gracias —murmuró tía Lisa.

Hizo ademán de incorporarse.

—Nadie cumple sus promesas. Tú habías prometido no perdonar; yo no llorar… ¡Los dos somos débiles e inconstantes! —rompió a reír—. ¡Dios nos bendiga!

No respondí. Tía Lisa se puso en pie y subió, con cuidado de medir bien la pequeñez de los peldaños, hacia su antiguo dormitorio.

Empujó la hoja de la puerta con respetuosa unción. Sus ojos quedaron prendidos en el retrato de su hermana. Entornó los párpados; inclinó levemente la cabeza; dejó descansar el peso de su cuerpo sobre un solo pie. En esa postura permaneció inmóvil mucho tiempo. Las contemplé a las dos poseídas de un vago recelo.

—Dorothy era mucho más joven que yo ahora —comentó.

Se volvió hacia mí, pero no mantuvo sus ojos en los míos, pues acababa de descubrir a mi espalda su cama de niña. Se inclinó para ver mejor unas pintorescas incrustaciones en el frente y en la cabecera del mueble. Representaban tres damiselas con grandes sombreros de lazo jugando a la pelota con un perro de lanas. Las figuras —muy del gusto de la época de mis abuelos— no estaban pintadas, sino compuestas con maderas de diversos tonos naturales: limoncillo, caoba, nogal, ébano, castaño.

Se incorporó y fue a la ventana, abrió los cristales y se extasió ante el paisaje: su paisaje. Más que hacia fuera se diría que lo contemplaba dentro de sí. Estaba conmovida.

Volvióse y dio un giro en redondo, observándolo todo.

—Ese escritorio no estaba aquí en mis tiempos. Había en su lugar un mueble tocador muy pequeño y un espejo ovalado con un marco pintado en azul.

—Está arriba en el desván. ¿Quieres verlo?

Cerró los ojos. Apretó los párpados. No respondió a mi pregunta.

—Voy a permanecer en España todavía un mes —dijo lentamente—. Quiero visitar lo más posible. Supongo que no querrás acompañarme.

El cuadro de mi madre estaba detrás de tía Beth. Las dos mujeres me observaban pendientes de mi respuesta. Tía Lisa, con anticipada tristeza por la negativa que adivinaba. Mi madre, severa. Yo había empeñado un juramento ante ella. ¿Sería acaso perjuro?

—Te he preguntado algo, Jaime…

Esperó inútilmente mi contestación. La veía sufrir por ella y por mi propio sufrimiento. Sus labios temblaban y la voz no parecía la suya.

—Adiós, Jaime. Me voy. No debería haber venido aquí.

—Espera. Es pronto todavía —supliqué con voz ronca.

Mi madre desaprobó estas palabras. Experimenté físicamente su desagrado. Estaba celosa de su hermana. Rehuí su mirada.

—¿Quieres que me quede un poco más? —preguntó tía Beth sorprendida.

Tardé en responder.

—¡No!

—¿Quieres que me vaya?

—¡No!

—¿Qué quieres entonces?

(«*Déjala marcharse* —ordenó mi madre—. *Sólo yo soy tu molde y tu lumbre. Tu forma y tu calor vienen de mí. Yo soy tu fuente y tu mar, tu fin y tu principio. Vuelve a intentar la postura que tenías en mi vientre. Al irte me he vaciado y siento frío*»).

—¿Qué te pasa, Jaime? —preguntó alarmada tía Elisabeth—. Se te ha ido el color de la cara… ¿Por qué no hablas?

—¡Soy muy desdichado, tía Beth! —grité con voz patética y desgarrada —. ¡Estoy enfermo! ¡No quiero vivir más!

—¿Enfermo, Jaime? ¿Qué quieres decir con eso?

—Hay alguien dentro de mí que no soy yo mismo. ¡Creo que estoy enloqueciendo!

—¡Jaime, querido, Jaime! No puedo oírte hablar así.

—Tengo dos almas, tía Lisa; y sólo una de ellas te adora.

—¡Te prohíbo que hables de ese modo! ¡Ah, Jaime, déjame ayudarte!

—¿No has comprendido todavía que yo… soy dos?

Fue un movimiento imperceptible de los brazos. Lisa los separó del cuerpo y los alzó muy levemente con temor de ser despreciada. Yo contemplaba sus manos como hechizado. Cuando las extendió hacia mí me lancé en aquel dintorno buscando desesperadamente su amparo, refugiándome

en ella, acogiéndome a ella, sediento de su protección. Fue un abrazo largo, apretado, rostro con rostro; lágrimas con lágrimas. No quería separarme por miedo a mirarla. Fue ella quien lo hizo para decirme que nunca me dejaría solo, pues todos mis males se reducían a haberme envenenado de soledad. No la dejé concluir. Inmovilicé fuertemente su rostro con mis manos y busqué sus labios.

—¡No, Jaime; no hagas eso! —suplicó, rehuyendo el rostro y pretendiendo desasirse.

Fui más fuerte que ella y encontré lo que buscaba. Al fin cedió la resistencia, y sentí sus manos ascendiendo por mi espalda y acariciando mi nuca. Y cuando me separé fue ella quien buscó mi boca para prolongar la comunión de los labios y las lágrimas. Mi madre lo contemplaba todo. No pude soportar el castigo de sus ojos. Giré bruscamente por no verla, y al hacerlo caímos juntos sobre la misma cama que albergó los sueños y terrores infantiles de Lisa. Permanecimos un instante perplejos y asustados, temiendo ganamos, temiendo perdemos.

—Cierra esa horrible luz.

Me incorporé; quedé unos segundos sentado al borde de la cama, los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. La conciencia de que mi madre nos observaba se me hacía insufrible.

—¡Entorna las contraventanas!

Al ponerme en pie sentí en mi espalda como un rayo de luz helada, el impacto de los ojos que Laszlo pintó: aquellos ojos que me hicieron exclamar de niño: «Mamá es azul». No me atreví a mirar el cuadro. Cerré las maderas y corrí las cortinas. En la penumbra, Lisa me esperaba: los párpados entornados y una sonrisa en los labios. Entonces mi madre me recordó el juramento y puso entre mis manos el medio de no traicionarlo. Alcé el hacha y la descargué con toda la fuerza de que fui capaz. La hoja quedó incrustada en el cráneo de la mujer. El cuerpo se arqueó levemente cual si hubiese tenido un mal sueño. ¡Mi destino estaba cumplido! Sólo entonces comprendí qué entidad era esa que buscaba mi odio para poder concretarse. Levanté el rostro contraído por la desesperación más honda y miré de frente al retrato de Dorothy Dartmoore. Retiré el hacha de la cabeza de Elisabeth y avancé hacia el lienzo con paso amenazador y el arma levantada. De un tajo partí la tela. La sangre de la muerta, que empapaba la hoja, resbaló sobre el cuello de su hermana. Espantado de mí mismo, cegado por el odio, fui ganando a golpes de hacha mi libertad hasta que no quedó un vestigio de la pintura ni del marco que la cobijaba. Sólo entonces me arrodillé junto a Lisa. «Ya podemos

quererernos», murmuré. Y la besé en los labios, aún tibios, fundiendo mis lágrimas con su sangre.

Epílogo

DIAGNÓSTICO DEL DOCTOR MALDONADO

EL SANATORIO PSIQUIÁTRICO PROVINCIAL, antiguamente conocido por Manicomio de Santa Emilia, está enclavado en uno de los parques más frondosos y recoletos de la ciudad. Fue donado a la Diputación de Madrid a comienzos de este siglo por don Rosendo Azcárraga y Meneos, intendente de Palacio, en memoria de doña Emilia Lemos Inclán, quien —privada de juicio desde muy joven— vivió recluida hasta su muerte en el palacete que aquí se alzaba, sobre cuyo emplazamiento se eleva hoy el nuevo edificio.

La ausencia de ruidos, el espesor de la arboleda, los espacios abiertos entre las frondas, el número de pájaros que anidan en las ramas, hacen gratísimo el pasear por los muchos vericuetos, muy del gusto de la época en que fueron construidos (laberintos de boj, estanques, fuentes escalonadas, grutas artificiales) que se espacian aquí y allá entre setos, mármoles neoclásicos y praderas. Aunque no conozco Hansbrook más que por las descripciones de Jaime Gades, se me antoja pensar que ambos parques no son desemejantes.

La ventana de mi despacho da sobre el jardín y a ella me asomé, no hace mucho, con intención de localizar al autor de Pepa Niebla y comentar con él algunos aspectos de su libro. Hoy es día de visitas. La mañana es luminosa. El parque está lleno de paseantes: los menos, pacientes míos; los más, deudoso amigos que vienen a acompañarlos. No puedo menos de considerar cuán asiduas suelen ser estas visitas para los recién internados y cómo más tarde se van espaciando hasta el extremo de no ser infrecuente que enfermos miembros de familias muy numerosas fallezcan en el Manicomio al cabo de muchos años de absoluto desamparo y soledad.

No diviso a Jaime Gades en el parque; por no entorpecer sus trabajos o interrumpir sus lecturas renuncio a buscarle en su cuarto y me dispongo a trazar un doble diagnóstico que complete sus Memorias: el del personaje literario que alientas en las páginas de Pepa Niebla y el del hombre a quien el juez cañedo, hace un año, la libertad que gozaba en Pedraza de la Sierra para ordenar —a instancias mías— su inmediato reingreso en el Sanatorio, tras el atentado cometido contra el catedrático señor Maqueira.

Mi diagnóstico del primero coincide plenamente con el del doctor Tangil: esquizofrenia paranoide.

Tres brotes de la terrible enfermedad —los dos últimos más intensos que los precedentes— he podido reconocer en las Memorias: el primero sobreviene a Jaime en su casa de Madrid (poco antes de huir a Hansbrook); el segundo, en la Isla de los Mosquitos (poco antes de huir al Estero de los Pájaros); el tercero en el Estero de los Pájaros (poco antes de regresar a España y tapiar las puertas y ventanas de la casa en que nació, donde cometería, con «ferocidad esquizofrénica» el asesinato *simbólico* de su madre y el *real* de Elisabeth Dartmoore).

Profundamente neurótico desde su juventud —por los excepcionales traumas afectivos que incidieron dolorosamente en la formación de su carácter— Jaime, mucho antes de manifestarse el morbo esquizofrénico, reúne ya todas las características del esquizoide; es decir, del hombre que, sin ofrecer el cuadro completo de los síndromes esquizofrénicos, posee algunos rasgos precoces de lo mismo, en estado larvado o en estado agudo.

Aunque el libro no nos facilita datos bastantes para poder confirmar una ascendencia esquizofrénica en mi paciente, de la atenta lectura de sus páginas se deduce que ni don Carlos, el suicida, ni el viejo Dartmoore, fundador de aquel estrafalario Museo del Traje, padre y abuelo materno respectivamente de Jaime, eran, en el sentido estricto del término, personas normales.

Recordemos a este respecto las expresivas palabras de Elisabeth: «¡Ah, sobrino; tu abuelo inglés era muy mucho original!»**[12]**.

En la etapa de su vida que abarcan los capítulos que van del I al V, vemos a Jaime como la más propicia de las ceras para ser moldeada por una psicosis. Ésta aparece de súbito en el capítulo VI y acoge en sus zarpas a un hombre excepcionalmente bien dotado para padecerla.

Cuando el especialista se encuentra ante un caso de difícil diagnóstico (y la esquizofrenia paranoide es de las más arduas de descubrir, pues los atacados por día son «locos razonadores»), es de radical interés para el médico conocer los síntomas del primer brote maligno y comprobar si concatenan o no con cuantos otros caracterizan esta peculiarísima modalidad.

Por lo general, uno de los primeros avisos lo recibe el propio sujeto atacado al sufrir lo que en términos psiquiátricos llamamos la «extrañeza del yo». El enfermo comienza a notar sorprendentes y desconocidas turbulencias dentro de sí y se dedica a observarlas con creciente temor. Se encuentra cambiado («Me encontraba distinto a mí mismo», escribe Jaime en el capítulo VI) y procura averiguar las causas. *Si ya no soy el mismo de antes* —se dice el

enfermo, torturándose— *¿no será que me estoy transformando en otro (o en algo) distinto al que era hasta ayer*? Este fenómeno, conocido por «desdoblamiento», se produce muy pronto en Jaime Gades, con caracteres atenuados o en forma de duda, para evolucionar años después hasta alcanzar situaciones límites. En la primera fase, cuando recibe los primeros zarpazos psicopáticos, confiesa: «*Temía volverme niño (cap. VI) y aunque mi buen sentido me denunciaba la necedad de tal pensamiento, me pasé horas enteras frente al espejo espiando en mi rostro un retroceso de mis facciones hacia la infancia paralelo al que descubría en mi espíritu*». En la última fase del desarrollo del morbo esquizofrénico, ya no existirá para Jaime indecisión mental al respecto. Él conoce que lo que dice es cierto y grita estremecido: «*¡Tengo dos almas, tía Lisa, y sólo una de ellas te adora!… ¿No has comprendido todavía que yo… soy dos?*». (cap. XXXII). Esta fisión de la personalidad «o desdoblamiento del yo», que es típicamente esquizofrénica, produce en quien la padece tres reacciones psicosomáticas que no dejan de tener cierta coherencia. El individuo se siente cada vez más distante de cuanto le rodea y sabiéndose incomprendido tiende a encerrarse dentro de sí mismo («autismo»). Producido el aislamiento, aumenta la separación con los demás, se despega de ellos; al despegarse, deja de sentir la proximidad de los afectos y, al no sentirla, comienza a odiar a los mismos a quienes quería («ruptura afectiva»). Solo y sin afectos siente miedo, y ese miedo le lleva a la conclusión de que un gran mal, una desgracia terrible va a caer sobre él, o quizá sobre la humanidad entera («vivencia catastrófica»).

¡Qué admirablemente descrito está el proceso citado en el libro de Gades!

Autismo: «Yo huía del mundo porque no me era grato; de las gentes, porque las temía». (Cap. VI.).

Ruptura afectiva: «El odio hacia mi padre se me reveló de pronto como una entidad corpórea[13]». O bien: «Yo no me sabía loco pero deseaba estarlo, para poder acusar a mi madre de ser la causa de mi desvío». (Cap. XXXII).

Vivencia catastrófica: «Tenía la sensación de que una gran desgracia se cernía sobre mí. Pepa Niebla era la Nada y yo deseaba lanzarme a aquel abismo a sabiendas de que nadie sería capaz de impedírmelo. Ni de salvarme después». (Capítulo XXVI).

Esta primera declaración de «vivencia catastrófica» es asombrosamente tardía; corresponde a la etapa final de la Isla de los Mosquitos; surge después de un largo lapso de inactividad morbosa (en el que el mal yacía oculto) y es la señal de que el segundo brote esquizofrénico acaba de manifestarse. Esta virulenta reaparición del morbo se produce en el instante mismo en que

aprende de labios del doctor Wassermann la locura de Pepa Niebla. Acaece automática e instantáneamente: como la presión del dedo en el pulsador y el sonido del timbre. La atracción psíquico-erótica hacia aquella extraña mujer, que Jaime percibe redoblada dentro de sí, no es «a pesar» sino «a causa» del conocimiento exacto de la demencialidad de la negra. La psicosis que yacía aletargada en el hombre, aparentemente sano, de esta época, se yergue incontenible al olor de la enfermedad ajena como el animal en celo ante la proximidad de la hembra propicia. ¡No son los sexos, sino las enfermedades las que se atraen!

Ni el doctor Tangil tuvo nunca entre sus manos un documento tan precioso como estas Memorias que obran en mi poder, ni es frecuente que médico alguno tenga a su alcance nada parecido a la hora de elaborar un diagnóstico.

Los clínicos-historiadores se han hecho no pocas veces con papeles pretéritos de individuos de personalidad muy marcada y conocida, o con obras que describían las circunstancias tabuladas de personajes ficticios y han conseguido trazar —con singular fortuna— los cuadros clínicos de Amiel, Don Juan, Petronio, Van Gogh o Don Quijote. Mas poder hacer otro tanto con un paciente propio sometido a nuestra observación actual, es realmente insólito. No es siempre fácil arrancar a un enfermo explicaciones retrospectivas de sus experiencias en un tiempo en el que aún no estaba sometido a tratamiento médico.

En las Memorias de Jaime no falta un solo elemento de la muy larga y compleja simomatología de su proceso esquizofrénico en evolución creciente. Cuando Jaime, recluido en Pedraza, le dice a Maqueira: «¡Qué más da un día que otro día!». (cap. XXVIII)**[14]**, o cuando aprende que tiene veintinueve años y creía tener veintiséis (cap. XXXII), ¿qué otra cosa son esas palabras sino clarísimas manifestaciones de *desorientación alopsíquica* o pérdida del sentido del tiempo en que se vive o del lugar en que se halla? Cuando Jaime escribe que su madre le hablaba «como una aura blanda y persistente». (cap. XXXII) está reconociendo padecer el síndrome conocido por *sonorización del pensamiento*; y, cuando inventa su alfabeto ideográfico (cap. XXVII), no hace sino obedecer el imperativo mandato de su dolencia mental hacia lo que en psiquiatría entendernos por *simbolización del lenguaje o la escritura*.

Que el Jaime que conocemos a través de sus Memorias pertenece a la gran familia esquizofrénica es de todo punto evidente. Veamos por qué aplicamos

al nombre genérico (común a todas las modalidades) el apellido «paranoide» y no el de «catatónico», «hebefrénico» o el de «esquizofrénico simple».

El esquizofrénico paranoide es razonador, capaz de destacar en una actividad intelectual (como Van Gogh), aparentemente normal en muchos aspectos de su conducta, y coherente incluso en sus ideas delirantes. Esta coherencia, sumada a una suerte de talento especial para encontrar una explicación plausible a sus actos más absurdos, le impele a no considerarse loco ni a declararse jamás como tal. Y lo que es más grave: suele convencer a los demás.

El internado a quien se pregunta si ha descansado bien por la noche y responde: «La rupia colorada limones a sabiendas» o acaso «zumorte aportita chatera sabrosá» es incoherente, pero puede no ser delirante, pues la respuesta dicha en su código particular quizá signifique: «He descansado muy bien, doctor. Gracias». En cambio, cuando Jaime nos dice: «Experimenté físicamente su desagrado. Estaba celosa de su hermana. Rehuí su mirada…», tales afirmaciones son en alto grado coherentes: tanto, que nadie caerá en la cuenta de que son delirantes mientras no se sepa que quien tenía celos era la madre del declarante; que tales celos los experimentaba veintitrés años después de su propia muerte, y que la mirada que rehuía Jaime era la de un cuadro pintado al óleo.

En el caso de Jaime Gades Dartmoore, y por mucho que pretenda explicarlo racionalmente —adjetivación paranoide—, son rigurosamente opuestos y contrarios a la razón —absurdidad esquizofrénica—, entre otros muchos, los siguientes hechos: renunciar a toda comunicación con el mundo y encerrarse en una isla semidesierta con una mendiga alucinada; hacer voto de perpetua castidad ante la tumba de la suicida; acusar a su madre (que murió cuando él tenía seis años) de las adversidades sexuales que le acaecen cuando ya ronda la treintena; liberarse por medio de un crimen feroz de una alucinación morbosa y vanagloriarse de haberlo conseguido. («¡Ya podemos querernos!, le dice al cadáver de su víctima después de destrozar el cuadro de Laszlo»).

En resumen: la absurdidad, inconsecuencia y despego de la realidad de cuanto hace Jaime en la vida, sumado a los delirios, alucinaciones y demás síntomas descritos en sus Memorias claman por un diagnóstico de esquizofrenia. La engañosa comprensibilidad de sus despropósitos, la lucidez para razonar sus desatinos avalan la necesidad de añadir al morbo básico el apellido de estirpe paranoica.

Concluidas las líneas que anteceden, consideré muy útil que Jaime las conociera. No tardé en divisarle desde mi ventana tomando el sol en el parque del Sanatorio junto a sus dos inseparables: Pedro Zaragüeta y María Rosa Ibáñez. Al ver a un hombre tan competente y de tantas cualidades en tan pobre compañía, el ánimo se me llenó de tristeza. María Rosa Ibáñez, dotada de un coeficiente muy bajo de inteligencia, padece, además, una histeria grave con fases depresivas. Es, en todo el sanatorio, la persona más ingrata de tratar. Produce continuos conflictos entre los internados y huyen de ella, por igual, enfermos, médicos y personal subalterno. La asiduidad de Jaime y Zaragüeta a tan incómodo sujeto es de índole muy diversa. Zaragüeta, persona muy querida y respetada en su pueblo, aunque hombre mezquino y soez, fue procesado tres veces por practicar la medicina sin título académico alguno, hasta que se descubrió que se creía real y verdaderamente un cirujano y fue internado (al igual que Jaime) por sentencia firme de un tribunal. Atribuye su encierro a la envidia de sus colegas, contra los que se siente ya muy viejo para luchar. Paranoico puro, no puede llevársele, sin grave riesgo, la contraria.

No hace dos meses que Jaime Gades me vino a denunciar que el tal Zaragüeta había concertado con María Rosa Ibáñez operarla de una lesión cerebral que, según el falso cirujano, era la causa de todas sus dolencias; y que, ambos a dos, andaban buscando la ocasión propicia para introducirse subrepticiamente en los quirófanos y consumar la mortal insensatez.

Agradecí el precioso informe; reforcé las medidas de precaución en la sala de operaciones y encarecí al denunciante no dejase de vigilarlos. Desde entonces Jaime no sólo ha cumplido mi encargo con la mayor discreción y puntualidad, sino que se ha constituido en una suerte de guardaespaldas y tutor de la deficiente mental. Es muy hábil y sufrido con ella; sabe cómo comportarse en su presencia, cómo hablarle y sobre todo cómo escuchar con sosegada tolerancia sus cuitas y adversidades.

Los contemplo largamente. De los tres internados sólo hay uno cuya dolencia no es imposible de sanar. Por desgracia no está solo en mis manos conseguirlo, sino en las suyas: sobre todo, en las suyas.

Cual si supiera que alguien le observa, Jaime Gades ha alzado la cabeza; dirige la mirada a mi ventana; me saluda de lejos; le hago señas de que suba. Le veo disculparse cortésmente con sus acompañantes. Ya viene hacia mí. (Zaragüeta, al verse solo con la mujer, acaricia embelesado el cráneo de María Rosa como a una avellana que le apetece cascar).

Jaime Gades está de pie junto a mí. Tiene mis cuartillas entre las manos. Las lee con profunda atención. A veces, vuelve la mirada hacia atrás y repasa, concentrándose, un párrafo, una llamada, un inciso. Sabe que le observo y eso le altera, pero se esfuerza en no dejar traslucir ninguna emoción. Jaime es un hombre que, sin serlo, parece alto; no muy fuerte, de buen porte. Su rostro es noble. Sus maneras, carentes de afectación. Cumplió los cuarenta años tres meses después de reingresar en el sanatorio tras la fallida experiencia de Pedraza. En estos once últimos años —dos de cárcel, ocho de sanatorio, uno de libertad provisional— ha adquirido un gran dominio de sí mismo y sabe resistir, sin inmutarse, lo que otros llaman «la terrible mirada del médico». Sus ojos no demuestran la agudeza intelectual que se advierte en sus escritos. Da la impresión de que todo cuanto mira le pasma: quizás esta sensación sea falsa y se deba al color singularmente claro de su iris o a la poca movilidad de sus párpados. Los ojos de Jaime son más jóvenes que él. Parecen los de un niño bueno incapaz de engañar y profundamente observadores. («¡Parecen, parecen…!»: he aquí un término que el médico ha de borrar de su vocabulario. Para la ciencia experimental, las apariencias no significan nada). Jaime ha terminado de leer mi diagnóstico. No obstante, finge no haber concluido. Está pensando las palabras exactas que ha de decirme: palabras que no le comprometan y que le aclaren la duda que mi texto le ha producido.

—Si no he leído mal —comenta Jaime lentamente mientras me alarga las cuartillas—, esto significa, doctor Maldonado, una rectificación de su criterio anterior.

—¿No se sienta usted, Jaime?

Contempla asombrado la butaca. Sonríe.

—¡Qué absurdo! ¡Creí que estaba sentado! Perdón.

Ahora lo hace. Se acomoda. Me mira. Tras la quietud lacustre —si se permiten al médico tales metáforas— de sus ojos de niño descubro un vago recelo: recelo de hombre.

—Dígame, doctor. ¿Qué le ha movido a rectificar tan radicalmente su criterio?

—¿Qué es lo que usted cree, Jaime?

Se sonrojó como un muchacho.

—Supongo que aquello tan… tan inexplicable que me ocurrió en Pedraza. ¡Justo Maqueira era mi amigo! Yo le apreciaba: le sigo apreciando…

Comencé a repasar las cuartillas de mi diagnóstico hasta encontrar la cita que me interesaba.

—Aquí, en este párrafo, aludo a los «médicos-escritores» que han conseguido trazar con singular fortuna los cuadros clínicos de personajes históricos como Amiel o Petronio. Y lo que es más admirable aún: los de seres que nunca han existido como Don Juan o Don Quijote. Eso es exactamente lo que yo he hecho con el protagonista de una obra de ficción que lleva su mismo nombre de usted: trazar el diagnóstico de un personaje ficticio. El libro que usted ha escrito, Jaime Gades, no pertenece al género de las Memorias. ¡Es una estupenda fabulación! Hasta hoy le había admirado a usted como muy puntilloso y riguroso historiador. A partir de ahora le admiraré, sobre todo, como creador de situaciones y tipos humanos que no han existido jamás. El diagnóstico que he realizado sirve para el personaje literario de su mismo nombre que usted ha inventado… ¡pero no sirve para su inventor!

Jaime frunció los labios. Juntó las manos; fijó sus ojos en un punto indeterminado de la pared.

—¿De modo que usted considera, doctor, que Pepa Niebla no ha existido?

—Es posible que haya existido, pero todo cuanto usted dice de ella, no. Las conversaciones en arameo con los pájaros, el baile de la Creación, los diálogos intergaláxicos con los *no nacidos*, son inverosímiles. Después de muerto Martin Eichhoff ¿quién lo podrá comprobar? La modalidad hebefrénica de la muchacha negra no la ha estudiado tan a fondo como la que usted se atribuye.

—¿Y… tía Lisa? —preguntó con voz tan baja que apenas se le oyó— ¿existió alguna vez?

—Ella sí. Es el único personaje histórico de su libro. Se diría que no se ha atrevido a falsearla como ha hecho con su padre, su abuelo, su madre, Pepa Niebla, Tonuca y… por supuesto —¡más que con nadie!— con usted mismo.

Jaime volvió sus ojos hacia mí sin ira y sin alegría.

—¿Qué soy yo entonces?

—¡Un simulador! —respondí con firmeza—. Y, si no le ofende que se lo diga, añadiré que no de los más hábiles.

Mantuvo su mirada en mis ojos con ese vaporoso aspecto de pasmo de quien se siente víctima de una injusticia o incapaz de luchar contra el error ajeno. El sarcasmo se le notó en la voz, pero no en los ojos.

—Considéreme decepcionado, don Pedro. Un hombre como yo está siempre ahíto de novedades. Y temo que no voy a escuchar de usted nada que

no le haya oído otras veces. A saber: que soy un hombre sano y que siempre lo he sido ¿no es eso?

—No me atrevería a decir tanto. Usted padece en la actualidad una enfermedad *yatrógena* profundamente arraigada y síntomas muy acusados de *hospitalismo*.

—Si tiene la bondad, doctor, de adaptar generosamente la riqueza de su léxico a lo exiguo de mi inteligencia, quizá consiga entenderle.

—La voz «yatrógena» —expliqué— deriva de «yatros» que en griego significa médico, y por tal se entiende la enfermedad provocada por una cadena de errores cuyo primer eslabón es un diagnóstico equivocado; y los siguientes, los desaciertos que haya habido en el tratamiento de un mal que el sujeto no padecía. ¿Está claro?

—Me siento profundamente afligido de padecer un mal tan vulgar —ironizó.

—Y por «hospitalismo» —continué, sin hacer caso de los sarcasmos— entendemos un cuadro clínico que deriva directamente de una prolongada hospitalización y que es muy diverso según la calidad o la sordidez de cada centro hospitalario y la idiosincrasia de cada paciente.

Con marcado acento tragicómico Jaime comentó:

—Me llena de esperanza el pensar que dentro de ese «cuadro clínico tan amplio» mi caso particular pueda revestir cierta noble originalidad…

—Siento no poder favorecerle tampoco en esto, respondí. La «más noble originalidad» de «los casos de hospitalismo» es la de aquellos que fallecen por desalación desesperada: desean la muerte y la alcanzan. En el otro extremo están los que experimentan tal sensación de bienestar, que por nada del mundo —¡ni siquiera al precio de su curación!— quieren abandonar el ámbito donde han encontrado una paz, un sosiego y una protección que, fuera de allí, la vida no les deparó. ¡Tal es el caso de usted!

Jaime esta vez no ironizó. Se miró las uñas, y el dorso, y las palmas de las manos tomándose el tiempo necesario para esclarecer si las palabras que le apetecía decir cuadraban o no dentro de las características de lo que fingía.

—Confieso —dijo al fin— que eso es cierto. Yo no me encuentro mal aquí.

Hablé lentamente, procurando que mi voz tuviera a la vez el tono de comprensión de quien brinda ayuda a quien la necesita y de firmeza y autoridad.

—Hubo un tiempo, amigo mío, en que el clamor insoportable de su conciencia le impulsó a creer que tenían razón los peritos de la defensa que

proclamaron su irresponsabilidad. Cuando mi ilustre colega el doctor Tangil —en la cúspide de su prestigio… y de sus muchos años— llegó a la conclusión de hallarse ante un esquizofrénico paranoide… ¡usted, Jaime, acogió el diagnóstico con la íntima satisfacción de quien intuye que el eminente profesor le liberaría por igual de la última pena y del horror de saberse responsable de lo que hizo! ¡La colección de volúmenes sobre psiquiatría que posee usted en su dormitorio es casi tan importante como la de temas históricos! Salvo ahora, para escribir su… «novela»… nunca los consultó con tanta avidez como entonces. En los dos años de cárcel ¡qué ilusión la suya al creer encontrar una característica coincidente, y qué decepción más tarde, a medida que iba descubriendo que los síntomas esquizofrénicos de que hablan los libros no guardaban relación alguna con la verdadera historia de su interioridad! No obstante, procuró usted adaptarse a la enfermedad que le atribuían: vivir conforme a ella y olvidar de ese modo que siendo usted el heredero universal de Elisabeth Dartmoore, la petición del fiscal fue congruente, equivocado el diagnóstico del doctor Tangil e injusta la sentencia absolutoria.

Le observé por encima de los lentes. Cambió dos veces de postura. Cruzó una pierna sobre la otra. Las descruzó. Fingió no haberme entendido. Rompió a reír y volvió sobre el tema anterior.

—¿Puedo saber cómo ha llegado usted, doctor, a tan estupenda conclusión?

—No sólo puede; debe saberlo. Y digo esto porque en adelante, Jaime, ya no nos engañaremos más los dos.

—¿Los dos…? —preguntó asombrado.

—Sí, Jaime: los dos. En descargo de su conciencia le confesaré que yo también le he engañado.

Gades dobló todo el cuerpo hacia mí. No diré que clavó sus ojos en mis ojos porque tal expresión no cuadra con su manera de mirar. Más adecuado sería decir que los depositó.

—Atiéndame, Jaime Gades, y créame, ante todo, que no deseo humillar su clara inteligencia. Precisamente por reconocer su agudeza es porque lo que me he visto precisado… (¡para desenmascarar su simulación!) a utilizar un artificio concorde con la categoría intelectual que le reconozco. Y usted, Jaime, ha caído en la trampa que le tendí con tanta facilidad como aquellos pájaros que hablaban en arameo cayeron en la añagaza que Pepa Niebla les tendió.

—No entiendo lo que quiere decir —comentó secamente—. ¿Qué artificio fue ése?

—Quizá le parezca a usted cruel, Jaime, por el mucho trabajo que se ha tomado. Mi artificio fue sugerirle que escribiera sus Memorias.

Apretó los dientes y se encerró en un silencio áspero y desabrido.

—Mire usted, Jaime: he tratado a muchos centenares de esquizofrénicos y ninguno —escuche esto: ninguno— ha reconocido ante mí padecer una psicosis. La inmensa mayoría negaron estar enfermos en absoluto y atribuían su internamiento a malquerencias de sus hermanos, usurpaciones de herencias y otras zarandajas. Algunos —poquísimos— proclamaron tener una enfermedad de carácter somático (tumores cerebrales, lesiones, arteriosclerosis), pero jamás una enfermedad mental. Yo no sé si esto lo dicen o no los libros que usted ha leído, querido Jaime, pero mi experiencia clínica me ha enseñado muchas más cosas de las que se aprenden en letra impresa. Consecuente con esto me dije: «Si Jaime Gades se siente impulsado a ocultar sus muchas intimidades no siempre dignas de vanagloria —ocultación que es típica del esquizofrénico—, me veré forzado a reconsiderar mi diagnóstico provisional. Si por el contrario se empeña en dejar constancia, primero, de sus predisposiciones, más tarde de sus brotes incipientes, y, por último, de su desarrollo —poniendo mucho cuidado en no olvidar ninguno de los síndromes de que hablan los tratados sobre la modalidad paranoide que le atribuyeron un día—, no hay duda de que quien tal haga será un simulador». Y usted lo ha sido y, ya le dije antes que no de los mejores.

Guardé silencio. Jaime no respondió. Me pareció importante insistir.

—Ni siquiera los *locos razonadores*, situación que usted ha pretendido recabar hábilmente para sí a lo largo de toda su obra, pueden resistir la invencible repugnancia de su instinto a enfrentarse de una manera tan reiterada con sus últimas y dramáticas verdades.

—Si está usted convencido de lo que dice —murmuró Jaime de súbito, con más curiosidad que afán por defenderse— ¿por qué me ha recluido otra vez aquí después de mi atentado contra Maqueira?

—Ni yo podía permitir —repliqué con cierto calor— que se me acusara de haber puesto en libertad a un hombre internado en mi sanatorio como esquizofrénico por sentencia firme de un tribunal de Justicia, ni me parecía prudente que se acostumbrara usted a pensar que toda violencia le estaba permitida tras la impunidad que le brindó en su día el doctor Tangil.

Jaime se llevó las manas a los ojos y deslizó las yemas de los dedos por los párpados cerrados.

—Estoy muy cansado, doctor. Yo no sé por qué lo hice. ¿Puede usted saberlo acaso?

—Yo sí, Jaime. Yo sí conozco con qué intención lo hizo. ¡Con la de regresar al hospital! Al solo temor de que yo le diera algún día definitivamente de alta, usted recayó en su endémico *hospitalismo*, de idéntico modo que un alcohólico recae en el alcoholismo.

—Estoy muy cansado, doctor… Prefiero retirarme. Ya me contará algún día qué otros fantásticos secretos ha averiguado de mí en estos dieciocho meses.

—El único interesante —respondí, mirándole a los ojos— es el de la motivación del brutal asesinato de su tía Elisabeth Dartmoore, cometido por usted en un arrebato de aborrecimiento y despecho de sí mismo.

Tenía ya las manos apoyadas en los brazos del sillón para incorporarse. Desalentado, dejó caer de nuevo el peso del cuerpo sobre el asiento. Su capacidad de fingimiento tenía un tope. Y esta vez no pudo superarlo. Lo intentó débilmente con las palabras, pero su rostro dejó de ser impenetrable. Había angustia en su mirada y una muda súplica al destino para que me impidiera decir lo que no deseaba escuchar.

—Yo mismo no sé cómo fue —añadió con voz cansada, en un último esfuerzo de fingimiento.

—Pues lo va a recordar cuando me oiga, o, mejor dicho, cuando *se* oiga, pues estas palabras están escritas por usted.

Golpeé el folio correspondiente con el dorso de los dedos y comencé a leer: «*Tonuca se había sentado al borde de la cama…*».

—¿Qué tiene que ver Tonuca con todo esto? —me interrumpió muy alterado—. ¡La he borrado de mi memoria! ¡No sé quién es!

—…«*Me cubrí la cara con las manos* —añade el texto— *para no verla*». (¿para no ver «qué», Jaime? ¿Por no verla *a ella* o para no ver *lo* que hacía: desvestirse, por ejemplo?). «*Sentí sus manos acariciando las mías y su aliento muy próximo a mi rostro. Hubiera debido*» (este verbo, Jaime, está muy bien puesto)… «*hubiera debido echarla de mi lado, pero me agradaba su proximidad porque me envilecía*». ¿Qué ocurrió después, Jaime? ¡Usted no nos dice lo que ocurrió después! Pero yo se lo voy a decir. Hubo un intento de acto amoroso. Un intento frustrado: ¡frustrado por usted, que no pudo superar la fase del intento!

—¿Y usted, doctor Maldonado, es el que me acusa a mí de fabulador? ¡Qué colosal invención! De haberlo yo querido, ¿por qué iba a frustrarse el intento?

—Porque le vinieron a las mientes pensamientos ferozmente inhibidores: pensamientos que usted sitúa en otro lugar de su relato. Tales como éste: «…y contemplé largamente con nuevos ojos a la que sin duda fue amante ocasional de mi padre». (cap. VII). O éste: «¡De modo que cuando ella tenía entre sus brazos a un viejo o a un hombre grosero, brutal y sucio, mientras recibía con repugnancia sus besos y secreciones, se consolaba pensando en mí! Sentí náuseas al comprender esto» (capítulo VII). No necesito explicarle a usted, Jaime —o quizá, sí, necesite explicarle—, que el impulso sexual es complejísimo dentro de su aparente simpleza. Elementos neurológicos, somáticos, hormonales y psíquicos colaboran íntimamente a la culminación del acto, y si uno sólo de dios se inhibe arrastra consigo a los demás. En su caso puede estar seguro de que la repugnancia psíquica se impuso a la atracción corporal y a su normal desarrollo. A centenares de hombres normales les hubiera pasado lo mismo. Y todos ellos, en un intento futuro de aproximación sexual, habrían sentido, por un proceso de «reflejo condicionado», la angustia derivada de aquella primera experiencia adversa. Y, de no poder superarla, sumada la antigua angustia al temor presente de fracasar de nuevo, correrían el riesgo de provocar otra vez la inhibición psíquica y, con ella, la de todo el cuadro fisiológico. Eso fue lo que le aconteció a usted con Elisabeth Dartmoore a bordo del *Tuckaway*, agravado por una circunstancia de nuevo cuño altamente inhibidora: la incómoda cercanía de David Haughton, cuya «fuerte y honda respiración». (cap. XXI) llegaba hasta donde usted estaba. A esa proximidad del que usted creía su rival y al «reflejo condicionado» de Tonuca los podrá acusar en justicia, amigo mío, de lo que acaeció, pero nunca al recuerdo de su madre que se interpuso… ¡Dios me valga!… entre los dos…, ¡como la espada del romance de Gerineldos! Todo lo relacionado con su madre pertenece en su escrito a la más audaz invención literaria. El muy noble y tierno recuerdo que guarda de ella le ha servido para hacer buena literatura y mejores mentiras, mas no para hacerme comulgar a mí con ruedas de molino.

Con un creciente complejo de castración, y sabiéndose como se sabía un hombre normal, buscó usted en la negra una nueva fuente de experiencias. El hecho de ser loca no era un obstáculo; antes bien, le facilitaba el penoso y degradante proceso de intentar con ella lo que nunca había conseguido. Su inclinación era, por tanto, puramente intelectual: y resultó ser la más insensata de las medicinas. Triunfó usted con ella, pero se degradó. Tuvo conciencia plena de ser hombre, pero un hombre envilecido. Cuando más satisfechos estaban sus instintos, más alta era la voz de su conciencia acusándole de haber

raptado, para su deleite, a una menor, casi una niña, privada de juicio, un ser ínfimo y humanamente deleznable, situada en el último peldaño de la escala de nuestra especie. Y he aquí que era con ella con quien podía usted calmar da sed que no pudo saciar en aguas de más alcurnia.

A esta sensación de envilecimiento sirvió de poderoso catalizador su propia educación moral, que me merece —lo repito de nuevo— muchísimo respeto. Relea su propia confesión en el cap. IV, cuando se escandaliza de la ínfima laya de las mujeres que su amigo Maqueira se agenciaba en las verbenas y bailes populares. «No me cabía en la cabeza —escribe usted— que un hombre tan equilibrado como él pudiera entretenerse con gitanas y fregonas. Y me preguntaba qué conexión podría haber entre un espíritu tan elevado y culto como el del filólogo y una buscavidas medio analfabeta y probablemente sucia». Lo mismo que usted se preguntaba de Maqueira me pregunto yo —pensando en aquella miserable hebefrénica de color— respecto a usted. ¡Josephine Mist no era plato para su estómago! ¿No hemos quedado en que el tipo de mujer que le atraía era exactamente el opuesto?

Usted triunfó de sus temores de timidez sexual; triunfó plenamente, pero al precio de una íntima repugnancia y con el pensamiento puesto en la mujer rubia de piel blanca y ojos celestes que tuvo entre sus brazos a bordo del *Tuckaway* y no legó a conseguir.

Todo esto, amigo mío, es muy vulgar, ¿verdad? Son miserias íntimas con menos grandeza que la locura, ¿no es cierto? Son tristes peculiaridades de la condición humana que se deslizan a ras de tierra y que a un hombre de espíritu exquisito como usted le resulta insufrible confesar.

(Hundida la cabeza en el pecho, la mirada fija en el sudo, Jaime Gades no se debatía ya contra mis palabras).

—El acierto sexual con la negra —proseguí, dispuesto a llevar hasta sus últimas verdades mi declaración— no fue obstáculo para un acrecentamiento progresivo de su neurosis, que llega a un punto máximo a la muerte de Pepa Niebla. Acuciado por la adversidad, desalentado por los muchos errores cometidos, sabiéndose culpable de la muerte de aquella pobre víctima de sus torpes experimentos triunfales, avergonzado de haber perdido tantos años de aproximación universitaria, entristecido por haberse despegado, acaso sin remedio, de Elisabeth Dartmoore, que fue el único gran amor de su vida, se enclaustra, usted en Hansbrook. Su posición mental es harto distinta a como usted la describe. Necesita estar solo, trazarse un plan de vida, reflexionar. Aún está a tiempo de rehacer su vida profesional. El futuro está en sus manos. Ha llegado el momento de cerrar el paréntesis de desesperanzas que se inició

con el escándalo financiero de su padre y se prolongó con el viaje a las Bahamas. Es preciso combatir con el trabajo y el éxito la eterna neurosis que coarta sus ilusiones y paraliza su voluntad. En esta coyuntura noblemente esperanzada comienzan a presentárseles como posibles sus anhelos más arraigados. Y es entonces cuando aparece en Hansbrook Elisabeth Dartmoore. Ella viene a salvarle, a tenderle una mano que le ayude a salir del pozo en que se encuentra. Así lo cree usted entonces, y yo también ahora. Su llegada aumenta su optimismo. Su presencia le devuelve la dicha perdida y la confianza en sí propio. Nada de cuanto escribe usted en su último capítulo es verdadero. «La morfología esquizofrénica del crimen» es científicamente perfecta, pero ha sido literariamente inventada. La realidad fue muy otra. ¿Trazaron planes comunes para el futuro? ¿Hablaron, quizá, de matrimonio? Yo no tengo la capacidad de invención que usted posee para atreverme a describir lo que aconteció y cómo aconteció, pero poseo en cambio una capacidad de deducción de la que usted carece para saber que fue ella quien cedió a sus acuciantes solicitaciones amorosas y no usted a las de ella. ¿No hemos dicho antes que en aquella coyuntura comenzaban a presentársele como posibles sus anhelos más arraigados? Si Elisabeth Dartmoore cedió, fue por creer que así le ganaría para siempre. ¡Y no sucedió así!

Atormentado por la angustia de malograr otra vez lo que tanto quería; más pendiente de estudiar sus propias reacciones que de entregarse al amor; incapaz de reprimir su renovado complejo de castración, se vio degradado ante los ojos de ella hasta límites insoportables y, no pudiendo sufrir el reproche de su mirada, sumido en la más honda desesperación, se sintió súbitamente dominado por un arrebato irresistible de despecho y de furia, y la mató. El crimen fue tanto más feroz cuanto más vulgares y torpes sus motivaciones. Todo esto es muy poco literario, Jaime, groseramente prosaico, pero yo no soy un poeta como usted ni es mi propósito iiteraturizar su vida como usted ha hecho, sino salvarle, obligándole a descender desde su orgulloso olimpo a la cruda, sucia y trillada realidad.

Jaime permaneció largo tiempo inmóvil y silencioso. El dolar y el espanto que el recuerdo del crimen le producían estaban patentes en su rostro. Habló muy lentamente:

—Está usted en un error, doctor Maldonado.

(Si algo hay que la práctica de la medicina no ha conseguido atenuar en mí, es la alteración de mi ánimo ante el sufrimiento ajeno. La insensibilización profesional que algunos atribuyen a los médicos no va conmigo).

—Está usted en un error, doctor Maldonado.

Por mucho que me violentara y hasta repugnara hurgar en sus sentimientos (pues al hacerlo le ponía frente a frente con la responsabilidad de su crimen que él se negaba tenazmente a aceptar), consideré que debía seguir ahondando en su congoja y herir su orgullo y despertarle de su apatía. Mis siguientes palabras fueron, en consecuencia, acres y despectivas:

—Ésta es la triste realidad de su vida que usted ha ocultado en sus Memorias del mismo modo que hubiese ocultado los síntomas de su locura caso de haber sido un esquizofrénico. Desde que fue internado ha pretendido usted confundir ridículamente las huellas psíquicas que dejaron en su ánimo unas experiencias adversas (huellas de las que estoy especializado en no dejar rastro) con un voto perpetuo de castidad no poco grotesco; sus Memorias con una obra de ficción; los síntomas depresivos de su neurosis crónica con síndromes psicopatológicos primarias; la cátedra universitaria a la que en justicia le corresponde aspirar, con una casa de locos, que es el menos apto de los sitios para usted; los errores cometidos en la terapéutica aplicada por unos profesionales (que estaban influidos —dicho sea en su descargo— por la sentencia firme de un tribunal de Justicia) con la incompetencia de toda la clase médica. Ha procurado confundir todo esto. Y ahora, en efecto, ¡está usted confundido! Escúcheme bien esto —añadí con intención de concluir, y haciendo caso omiso de sus protestas—. Por mucho que me espante el crimen que usted cometió, aún me parece más condenable y brutal la consciente autodestrucción de su personalidad, el lento y voluntario suicidio de su espíritu a que dedica usted cri-mi-nal-men-te todas sus horas, que el asesinato de una mujer inocente en un arrebato pasional.

—Está usted en un error, doctor Maldonado. De todo cuanto ha dicho sólo una cosa es cierta. Me encuentro a gusto en el Sanatorio y no quisiera salir nunca de él. Mi atentado contra Maqueira pudo muy bien haber tenido la motivación que usted ha descubierto y que yo, antes de escucharle, no hubiera sabido interpretar. En todo lo demás… ¡está usted en un error, doctor Maldonado!

—Puede usted retirarse, Jaime. Ya me ha dicho cuanto quería en sus Memorias. Yo, por mi parte, no tengo más que añadir.

Le volví la espalda y di la cara a la ventana.

—Doctor… —le oigo murmurar.

—¡Puede usted retirarse, Jaime!

Jaime Gades se incorpora torpemente. Permanece unos instantes de pie. Siento cómo entreabre la puerta y se detiene ante ella, indeciso.

—Yo no he pretendido en mi libro engañar a usted, ni engañarme a mí. El diagnóstico que usted ha trazado de ese «personaje literario» que lleva mi nombre es a mí a quien cuadra. ¡Yo no he inventado a Jaime Gades! ¡Ese hombre soy yo! ¿Tanto le cuesta, doctor, reconocer el acierto de su colega —*y su maestro*— el doctor Tangil?

La insolencia que este último sarcasmo entrañaba me dolió profundamente, y no sólo por el respeto que siempre me ha merecido el eminente profesor (respeto que no amenguan los muchos desaciertos de sus últimos años), sino por poner en entredicho la independencia y limpieza de mis juicios. Mi indecisión a responderle adecuadamente le envalentonó.

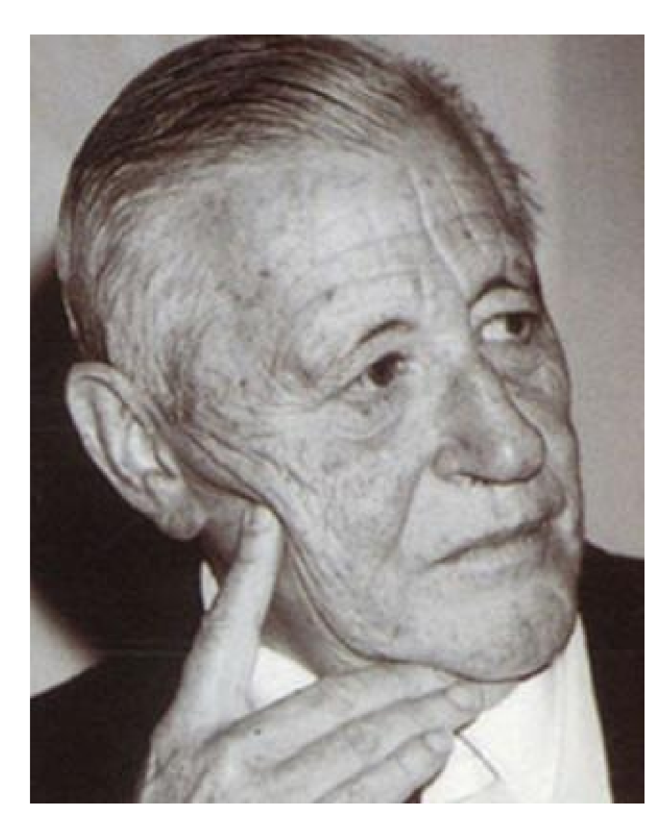
—Le ruego, doctor, que me escuche con paciencia y con humildad. Si no he ocultado en mis Memorias aquellos síntomas que usted considera típicos del esquizofrénico, y que un verdadero enfermo hubiera siempre eludido confesar, se debe a que hoy no sufro aquella dolencia. Y cuando he escrito mis Memorias es hoy. ¿Cómo y por qué voy a comportarme de acuerdo con la sintomatología de un mal que ya no tengo? ¡Yo sé cuándo sané, doctor! Sané el día que cometí eso que usted llama «el asesinato simbólico de mi madre». Aquel día terrible no fue un personaje de ficción; fui yo mismo quien mató —«con ferocidad esquizofrénica»— a Dorothy Dartmoore. Lo hice por vengar a Lisa, pues fue mi madre quien armó mi mano; ella, quien me utilizó como instrumento para llevar a cabo aquella monstruosa sinrazón de la que no soy responsable. Pero también lo hice para liberarme de su nefasto influjo que me ha convertido en esta brújula sin norte que yo soy. Y me liberé. Y sané. Mi gran paradoja es haber vivido internado desde que estoy bueno en compensación de los muchos años que anduve libre cuando estaba enfermo.

—Sus Memorias, Jaime, están tan claras para mí que no necesito que me ayude a interpretarlas. Le ruego me disculpe por haberle invitado a escribirlas.

Siento la puerta cerrarse a mis espaldas. Escucho los pasos de Jaime Gades alejarse por el corredor. «He aquí —me digo— mi último y definitivo diagnóstico: éste es un hombre que se ha condenado de por vida a cumplir la sentencia que el Tribunal debió dictar y no dictó». Me encojo de hombros con amargura. Yo no busco su gratitud. Busco su curación. No puedo hacer más. Jaime Gades me pedía paciencia y humildad. De ambas he tenido que hacer acopio para escucharle repetir una y otra vez: «¡Está usted en un error, doctor Maldonado…!».

Abajo, en el parque, los padres de María Rosa Ibáñez pasean con su hija enferma bajo los castaños. No sé de qué hablan. María Rosa parece feliz y ríe. El cura y el alcalde del pueblo de Zaragüeta han venido a visitar al falso cirujano. El sacerdote ofrece un cigarro al paranoico. Éste lo acepta y golpea amistosamente la espalda del clérigo. Jaime Gades no tiene a nadie que venga a verle. Tampoco lo desea. Pienso en dio, y, al punto, le veo salir desde el porche al jardín. Avanza unos pasos buscando a sus amigos. Comprueba que están acompañados; se detiene; duda; al fin, tuerce por una vereda opuesta y se aleja —la mirada ausente, el porte distinguido, el aire levemente británico— entre dos hileras de rosales. Está solo. No sufre por ello. Solo: como ayer. Si su voluntad no colabora conmigo, solo; como mañana.

Costa de los Pinos (Mallorca), 7 de agosto de 1964.
Pedraza de la Sierra (Segovia), 2 de marzo de 1970.



TORCUATO LUCA DE TENA. Nació en Madrid el 9 de junio de 1923. Su familia perteneció a un afamado linaje de periodistas dentro de la corte. Su abuelo, que al igual que él se llamaba Torcuato Luca de Tena, fundó la revista *Blanco y Negro* y el *ABC*.

Torcuato vivió con su padre durante unos años en Chile. Estudió derecho y escribió poesía, publicando su primer libro con tan sólo dieciocho años de edad. Más tarde se traslada a Madrid donde se da a conocer como periodista y trabaja en la revista *ABC*. Al estallar la Segunda Guerra Mundial ejerce como corresponsal en la ciudad británica de Londres pero sus desavenencias con el ministro de información falangista Arias Salgado lo obligan a dejar de colaborar en *ABC*. Sus comentarios fueron víctimas de la censura, aún así a mediados de los años cincuenta se presenta como candidato a las elecciones como concejal de Madrid junto a Joaquín Calvo Sotelo, Joaquín Satrústegui y Juan Manuel Fanjul.

Actuó como corresponsal en Washington, Oriente Medio y México y a principios de los años sesenta vuelve a ocupar su cargo en el periódico fundado por su abuelo, el *ABC*. Incorporó a figuras, como Gonzalo Fernández de la Mora o Laureano López Rodó, en diversos puestos del periódico e intervino en el campo de la política como Procurador de las Cortes.

Fue miembro de la Real Academia Española y del Consejo Nacional donde votó en contra de la sucesión de Juan Carlos I cuando muriese el dictador

Franco. Torcuato fue siempre un devoto seguidor de Juan de Borbón.

Con ocasión de su nueva destitución por parte de la dirección de *ABC* viajó a Mexico donde empezó a escribir novelas, comedias y un libro de poesía: *Poemas para después de muerto*. Fue en este periodo donde publicó la mayor parte de su producción literaria.

Destacan entre sus obras las novelas *Los hijos de la lluvia*, *La brújula loca*, *Edad prohibida*, centrada en el mundo de la adolescencia, y *Los renglones torcidos de Dios*, que trata sobre la locura. También escribió algunas novelas históricas, ensayos y obras teatrales: *La otra vida del capitán Contreras, La prensa antes las masas*, *Los mil y un descubrimientos de América*, *América y sus enigmas* y *Franco, sí, pero…*

Uno de los principales rasgos de toda su obra es el interés por la caracterización psicológica de los personajes. Tanto es así, que para documentarse para *Los renglones torcidos de Dios*, llegó a internarse en un psiquiátrico para convivir con los enfermos y comprenderlos mejor.

Recibió varios premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Literatura en mil novecientos cincuenta y cinco, el Premio Planeta en el sesenta y uno, el Premio Fastenrath en el sesenta y nueve, el Premio Espejo de España en el noventa y tres y el Premio de la Sociedad Cervatina de Novela.

Murió en Madrid, el 1 de junio de 1999.

Notas

[1] J. M. PEMÁN: La orilla inmóvil. <<

[2] AGUSTÍN DE FOXA: Un niño provinciano. <<

[3] Nota del doctor Maldonado: Las palabras Que me atribuye el autor en este pasaje son inexactas. Nunca, en vida del eminente colega, me hubiese atrevido a emitir un juicio tan agrio y desconsiderado, por mucho que pusiera en duda su criterio respecto a la irresponsabilidad de Jaime. Después de fallecido el doctor Tangil el respeto que debo a su memoria hace esta rectificación inexcusable. Si he mantenido en el texto la frase tal como Jaime la redactó, es para demostrar cómo éste falsea la realidad en algunas ocasiones y de una manera reiterada en cuanto se refiere a su enfermedad. El diálogo «real», tal como lo recuerdo, fue el siguiente:

JAIME. ¡Y porque un colega de usted, el doctor Tangil, demostró ante el tribunal que yo era totalmente irresponsable!

DOCTOR. No seamos ingenuos. El doctor Tangil actuaba como perito de la defensa.

JAIME. ¡No pretenderá insinuar que se «vendió» al abogado defensor…!

DOCTOR. No he dicho tal cosa. Lo que afirmo es que el abogado defensor lo citó como perito sólo después de conocer su criterio favorable a usted. Y este criterio, Jaime, quizás estuviera equivocado. A veces pienso, aunque mi juicio no es definitivo, que cuando cometió usted el crimen era un hombre sano. <<

[4] Nota del doctor Maldonado: No hay error de transcripción. El autor —a pesar de no haber conocido antes de este episodio a *Miss* Elisabeth Dartmoore — ha escrito «reencuentro». <<

[5] Yo pronuncio *Gadds*

Tú pronuncias *Guuds*

¡oh, Dios, qué bueno!

Tú pronuncias *Gades*,

ella dice *Goöd*

¡oh, Señor, buen Dios!

¿*Gaids, Gadds, Goöds, Guuds*?

¡oh, Dios, qué bueno! <<

[6] Hay no poca ironía en este pasaje respecto a cuantos pretenden someter la verdad histórica a intereses bastardos. <<

[7] Nota del doctor Maldonado: Me considero obligado a intercalar esta nota en el texto de Jaime Gades —cosa que haré también más adelante en otros pasajes— para manifestar mis dudas respecto a la candidez de que hace gala el autor en este y en otros momentos cruciales de sus Memorias. Que Jaime era un muchacho sin pervertir, no evolucionado sexualmente —como explica muy bien él mismo en el Capítulo III de esta obra— queda fuera de duda; más en ningún caso podemos admitir que fuera un tarado o un imbécil. Un episodio como éste es un antecedente demasiado precioso para comprender bien lo que acaecerá más adelante, como para que Jaime lo deje pasar sin ilustrar lo con esas «consideraciones personales» a que es tan aficionado, cada vez que se le antoja deformar su responsabilidad. La alusión a este episodio como «bochornoso», sólo por la borrachera y no por haber dormido aquella noche en brazos de la hermana de su madre, es a mi juicio altamente reveladora de su insinceridad. <<

[8] Nota del doctor Maldonado: Me parece interesante hacer notar la similitud de esta escena con la reseñada por el autor en el Capítulo III de sus Memorias. También Tonuca iba descalza, también «el escote de la camisa de dormir era más que generoso». También Jaime la manda retirarse: «Y ahora —le dice— vete a acostar. No le necesito. Estás medio desnuda». Las reacciones de ambas mujeres son tan distintas como su personalidad. Donde se produce la similitud es en la constante de Jaime respecto al pudor ajeno: en el temor reverencial hacia el cuerpo de la mujer. Así como el autor no es sincero en otros momentos de su relato (muy particularmente cuando interpola consideraciones actuales en la narración de hechos pasados), en este caso sí creo en su sinceridad. Esta desorbitación del pudor, esta glorificación del cuerpo y horror al desnudo es muy propia de los hijos únicos, altamente apegados a sus madres y tarados de una suerte de infantilismo que se prolonga mucho más de lo que justificarla la edad. El odio al padre —como acontece en el caso de Jaime Gades suele ser complemento frecuente de lo anterior en estas individualidades, en cierto modo anómalas, propensas a la misantropía y la introversión. De aquí a cualquier grado o tipo de locura, hay un abismo. <<

[9] Nota del doctor Maldonado: Se refiere aquí Jaime Gades a la última pena solicitada para él por el fiscal. Durante el juicio, que fue seguido con enorme expectación, el abogado defensor exigió de Jaime la traducción de numerosas cuartillas escritas a máquina (que obraban en poder de la policía española y que el letrado solicitó fueran incorporadas al sumario)… redactadas en lo que Jaime acaba de definir como «nuestro asombroso código particular».

La traducción. Que Jaime realizó en la Sala, fue de extraordinaria eficacia para la ulterior redacción de la sentencia absolutoria. Mi ilustre compañero —desgraciadamente desaparecido—, el doctor Tangil. Que actuó como perito de la defensa, encontró en este Código un argumento valiosísimo para certificar la anormalidad mental del acusado e ilustró a la Sala con numerosos datos estadísticos explicando por qué la invención de «claves» está íntimamente relacionada con la sintomatología de la esquizofrenia paranoide.

Por mi parte, sigo pensando que si el hecho de realizar a lo largo de la vida determinadas extravagancias o actos que resultan incomprensibles para quienes están lejos de la verdadera intención de quien los hace, fuese prueba de esquizofrenia, no habría ser humano que se librara de ese diagnóstico.

Añadiré aquí una observación que considero importante. Jaime Gades, más agudo y despierto que los médicos que decretaron su anormalidad, al ver los muchos fallos de un diagnóstico que le favorecía, ha pretendido mejorar los fundamentos de este diagnóstico introduciendo —incluso ante su propia conciencia, auto engañándose— elementos provocados que dieran a su falsa locura la consistencia de que antes carecía. Y esta simulación la hizo y mantuvo a lo largo de su primera reclusión no por eludir el castigo, sino por huir, como detallaré en otro lugar, del horror que le producía ser responsable del crimen que cometió.

Hubo un tiempo en que Jaime Gades sólo escribió en este código cuyos orígenes acaba de explicar. Yo sostengo que lo hizo como una argucia más de su simulación. De no ser así, el diagnóstico del doctor Tangil estaría acertado y la larga reclusión de Jaime durante ocho años en el Manicomio, plenamente justificada. <<

[10] Nota del doctor Maldonado: Jaime hace alarde en este pasaje de no poca ignorancia. No hay duda, por su misma descripción, que la enredadera parasitaria semejante al boj de la que Pepa Niebla recolecta unos frutillos que le recuerdan los guisantes, no es otra cosa que el muérdago, y la substancia «desconocida» producida por la cocción, la liga. Cazar pájaros con liga es algo tan viejo como el mundo. La originalidad de este pasaje no estriba tanto en la utilización conjunta de la liga y la añagaza, que ahora se verá, como en la intervención personalísima de la muchacha en la aventura cinegética. <<

[11] Nota del doctor Maldonado: Para evitar repeticiones innecesarias, he sugerido al editor que suprima el largo diálogo que recoge Jaime Gades en sus memorias, y al llegar a este punto lo sustituya por el mantenido entre el guarda y el doctor Tangil, donde aquél cuenta todo lo que Jaime le habló a su regreso de Bahamas. He tenido ocasión de escuchar la grabación de este diálogo que el doctor Tangil facilitó para su conocimiento a mi antecesor en la dirección de este centro y que se conserva en sus archivos. La reproducción, por tanto, es exacta:

ALBERTO. Todo el dolor del mundo le cabía en los ojos. Parecía un hombre que se repatría por el solo gusto de morir en la su cama. Pero pronto comprendí que su mal era otro.

DR. TANGIL. ¿Qué comprendió usted?

ALBERTO. Que estaba tocau: que no estaba en sus cabales.

DR. TANGIL. ¿Por qué?

ALBERTO. Emprimero, porque en todo el viaje de Bilbao a Polavieja ni quiso detenerse a comer, ni a hacer aguas, ni a estirar las piernas. Ensegundo, porque ni por buena crianza se dignó contestarme a las preguntas que también por buena crianza yo le hacía. Y en tercero, porque cuando habló… ¡más le valiera no haber hablau!

DR. TANGIL. ¿Qué le dijo?

ALBERTO. Fue cuando ya se columbraba Polavieja entre curva y curva. Comenzó a preguntarme cosas que no casaban; o que yo, así de sopetón, no les cataba el sentido, aunque endispués até cabos y vi de qué pie cojeaba. Me apreguntó si había conventos de clausura en Polavieja. Díjele que sí, que había uno de monjas; que les decían clarisas. Apreguntóme entonces si yo conocía alguna, y respondíle que no. Y después que si alguien del pueblo conocía a alguna y contesté lo mismo. Y que si la gente las tenía por locas, por encerrarse de por vida y arrenunciar a tantas cosas que las gentes tienen en mucho y que a la hora de la verdad no valen nada. Volví a decir nones; que no las tenían por locas. Para mí que apreguntaba por industria cosas que ya sabía, y con la mira puesta en llevar la conversación a donde la llevó después… «¡Ah, ladrón —dije para mis interiores—, que ya te veo venir!

Mira que soy perro viejo y tú más raro que un abril sin lluvia», De suerte qué cuando me declaró su propósito, no me cogió desprevenido.

DOCTOR. Bien, díganos con detalle qué propósito era ése de don Jaime.

ALBERTO. Lo que él quería lo sabe usted mejor que yo, doctor: tapiar las puertas y ventanas de Hansbrook; encerrarse dentro como un cartujo y columpiarse en las lámparas o darse cabezadas en las paredes. ¡Porque otra cosa… ya me dirá usted! Yo debía dejarle cada día en la cocina lo necesario para su alimento, y una vez al año, lo mismo para vestirse, y cada mes, materiales para escribir: lápices, tinta, papel y cosas de ésas. Bien que me duele haber accedido… En fin; ¿para qué hablar de esto? El caso es que sellamos el trato. Y el hombre tapió las puertas y ventanas de la parte baja de la casa, menos la de la cocina. Y se encerró dentro. Y se dejó crecer la barba y el pelo. Y se puso a hacer penitencias o chifladuras que, en puridad de verdad, yo no sé a cabales qué puños hacía. Y ya nadie volvió a verle ni a hablarle que es mismamente lo que él queda. La comida que le dejaba una mañana, ya no estaba a la siguiente, de suerte que sólo por eso sabía que estaba vivo. ¿Usted cree que eso es de un hombre que está en sus cabales? Yo me hacía cruces preguntándome cómo acabaría todo. ¡Y demonios, usted ya sobe cómo acabó! <<

[12] Estadísticamente se ha comprobado que el 40% de los hijos de padre y madre esquizofrénicos son anormales. <<

[13] Léase el texto completo (capítulo V) de la declaración de odio a su padre. No tiene desperdicio. No es un hombre el que odia. Es un esquizofrénico que odia. <<

[14] El lector curioso debe releer estas citas por extenso en sus correspondientes lugares. <<